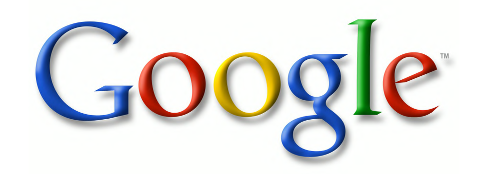


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

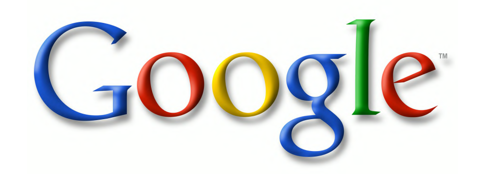
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 1722.2.1

Harvard College Library



FROM THE

SALES FUND

Established under the will of Francis Sales, Instructor in Harvard College, 1816-1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."



OBRAS

DE

DON MANUEL RAMIREZ APARICIO

LOS CONVENTOS SUPRIMIDOS EN MEXICO

TOMO I.

MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.

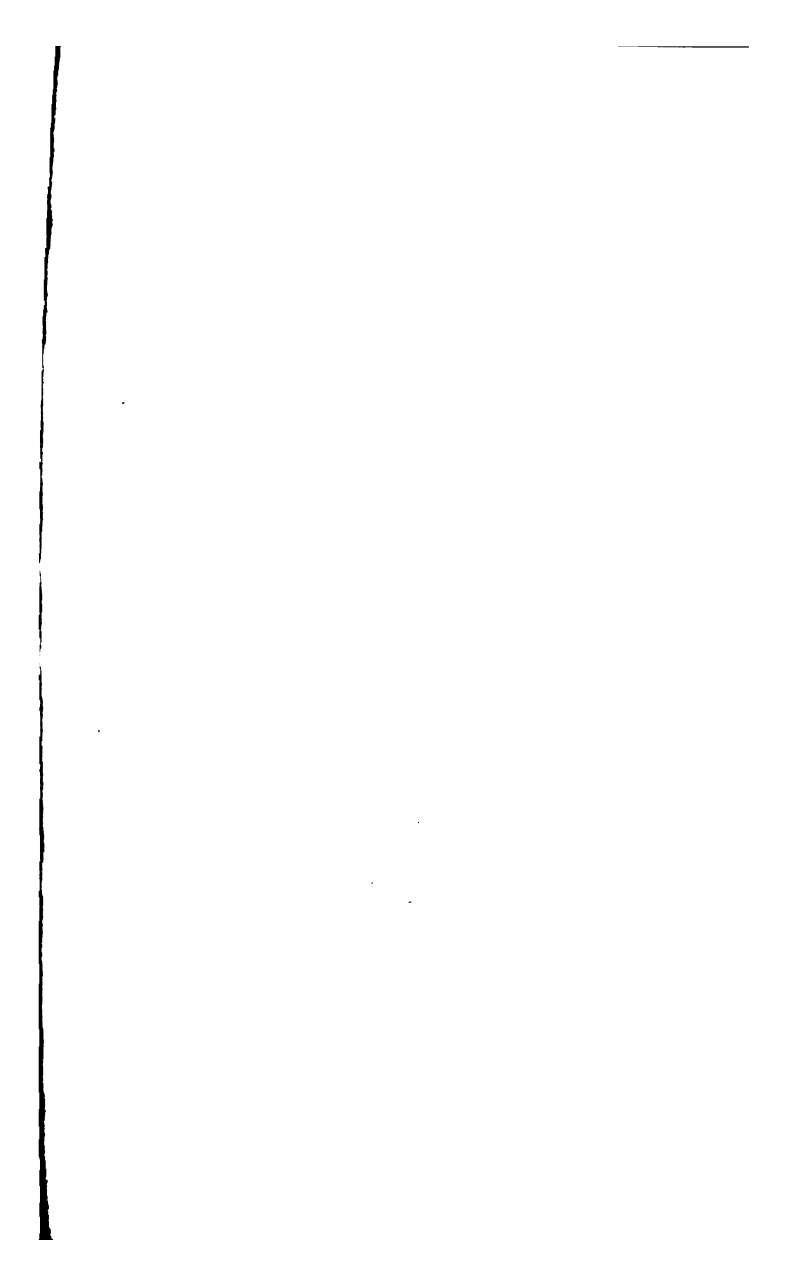
1908

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

HISTORIADORES





M. Ramírez Aparicio


BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
59
OBRAS
DE
DON MANUEL RAMIREZ
APARICIO
LOS CONVENTOS
SUPRIMIDOS EN MEXICO
TOMO I.
MEXICO
IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.
1908

HARVARD COLLEGE
JUN 6 1910
LIBRARY.

Salter fund
(I-II)

BOUND, SEP 19 1910



NOTICIA BIOGRAFICA DEL AUTOR

Nació el señor Lic. Don Manuel Ramírez Aparicio, en una aldea del Estado de Puebla, Los Reyes de Acatzingo, el 12 de Marzo de 1831. Su padre, el señor Don Manuel Cristóbal Ramírez de Arellano, murió dejando á su hijo de edad de dos años. El P. Filadelfia se encargó de la primera instrucción del niño; y cuando éste tuvo once años, su madre, la señora Doña María del Carmen Aparicio, lo envió al Seminario de Puebla. Entonces compuso sus primeras poesías, algunas de las cuales (las que escribió teniendo dieciseis ó dieciocho años) aparecieron en su libro "Consuelos y Esperanzas."

Después de graduarse de bachiller, pasó á la Capital de la República, á fin de

estudiar leyes en el antiguo colegio de San Ildefonso.

En 1856 obtuvo el título de abogado, habiendo sido pasante del famoso Lic. Don José M. Cuevas.

Poco después fué nombrado Oficial primero de la Sección de Crédito Público en el Ministerio de Hacienda, y en ese puesto sirvió al país con inteligencia y honradez.

Por los años de 1859 y 1860, fué el señor Ramírez redactor de la "Gaceta de los Tribunales," y en ese periódico—fundado por el Lic. Don Luis Méndez—se publicaban los extractos que su redactor hacía de todas las causas criminales. En esta época era también Jefe de la Sección de Desamortización en el Ministerio de Hacienda, del que estaba encargado á la sazón Don Guillermo Prieto en el gabinete del Sr. Juárez.

Durante la intervención francesa, el señor Ramírez se vió obligado á salir de la capital, siguiendo al Gobierno de quien era empleado.

De San Luis Potosí, ciudad donde aquél se disolvió, pues sólo continuaron hácia la frontera el Presidente Juárez y sus Ministros, pasó el señor Ramírez á Durango; y allí, en compañía de Don José Antonio Godoy, se encargó de la

redacción del periódico oficial del Estado, que tenía por título "La Libertad."

En esa época desempeñó algunas comisiones delicadas del General Patoni cerca del General González Ortega.

En 1864, establecido ya el imperio de Maximiliano, se vió obligado á regresar á México, y aquí desempeñó el cargo de auditor del Congreso de Estado y de Secretario de la Dirección de Caminos.

Pocos meses después del triunfo de la República, en 1867, el 10 de Diciembre de ese año, falleció el señor Ramírez en el rincón de su ignorado hogar á donde se había retirado, con el ánimo decaído y profundamente desalentado.

En 1858 había contraído matrimonio con la señorita Estefanía Castañeda, hija del señor Lic. D. Marcelino Castañeda, que ocupó distinguido lugar en el foro mexicano.

Según testimonio de Don Francisco Zarco, que lo conoció y trató, el señor Ramírez Aparicio "fué un modelo de virtudes privadas."

Digamos algo ahora de sus obras literarias.

Desde muy joven dió pruebas de su afición á la poesía, y ya queda dicho, que en el Seminario de Puebla, cuando sólo

contaba dieciséis ó diecioclio años, escribió sus primeras composiciones.

Ese amor á las letras se acrecentó en él durante su permanencia en el colegio de San Ildefonso. En las distribuciones de premios, de cada año, casi siempre leía él mismo alguna de sus poesías, obteniendo calurosos aplausos y felicitaciones de sus profesores y compañeros.

Aparte de esto, los periódicos de la capital publicaban, con beneplácito, composiciones suyas en prosa y verso. "El Siglo XIX," entre otras, publicó en 1855 una novela del señor Ramírez Aparicio con el título de **"El Cura de Almas."**

En 1858 publicó un tomito con el título de "Consuelos y Esperanzas" en que aparecen coleccionadas sus composiciones en verso, y al frente de ellas figura un prólogo que es un reflejo del estado social de la época, y en el cual el autor expone sus ideas sobre la poesía en general, y sobre lo que, acerca de ella, se sentía y pensaba entonces en México.

Dice que al poeta se le tenía en muy triste concepto, cual era el de un utopista, el de un soñador, cuyos pr**oyectos benéficos encaminados á las reformas y adelantamiento social,** no podían en modo alguno llevarse á la práctica porque se pensaba que tales medidas y proyectos,

simplemente por salir de los labios de un poeta, eran lucubraciones, sueños, poesía.

"Afortunadamente—agrega después el señor Ramírez—no es éste el modo general de concebir y apreciar entre nosotros;" y después de afirmar que el joven que ha recibido el sagrado privilegio de la inspiración poética no debe desalentarse con la idea de ser tenido por un apóstol de la mentira, agrega:

"Por otra parte, el pueblo mexicano, si quiere ser justo, jamás podrá desconocer esta verdad, y es, que mucho de lo que es y será en adelante, lo debe á sus poetas que no han vivido en medio de él inútiles y ociosos, que no sólo fueron hombres de gabinete, sino que supieron hermanar el estudio y la acción, la ciencia y las virtudes, la palabra y los hechos; y que en esta doble vida le han prestado servicios eminentes, contribuyendo no poco á desarrollar en su seno la semilla del bien, y rodeando su nombre de una aureola de inmortalidad."

En comprobación de su aserto, cita á Navarrete y á Sánchez de Tagle, á Calderón y á Gorostiza, que prestaron importantes servicios á la sociedad y á la patria.

Para concluir, señala el autor los san-

tos y nobles destinos de la poesía, así como también la alta misión del poeta. "Su influjo—dice—se extiende al órden físico y al moral, al mundo de la inteligencia y al mundo de la materia. A manera de un diestro piloto, conduce el espíritu humano por los tenebrosos mares del presente á las expléndidas regiones del porvenir. Ella le da al corazón lo que más necesita en esta época: "consuelos y esperanzas."

Así pensaba el señor Ramírez, y así procuraba él practicarlo al escribir. Por eso en todas sus composiciones poéticas se encuentran acentos de fé y de esperanza, de ternura y de consuelo, que derraman sobre el alma un bálsamo delicioso y reparador.

En 1861 publicó otro tomo de poesías, al cual puso por título "Cantos Patrióticos y Amorosos." En él se registran setenta composiciones.

Al verificarse en 1861 la expulsión de religiosas y religiosos de sus respectivos conventos, en esta capital, tuvo el señor Ramírez la feliz idea de escribir y publicar una serie de artículos biográficos, con el nombre de **"Los Conventos Suprimidos en México."**

Proponíase con esta obra, no sólo satisfacer una deuda de gratitud á esas an-

tiguas instituciones, á las que tanto debía la sociedad, sino salvar del olvido la memoria de muchos hombres virtuosos que florecieron en el claustro y legaron á la patria obras útiles y dignas de eterna recordación. "¿ Echaremos por tierra—decía el señor Ramírez—física y moralmente esos monumentos seculares que fueron el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?"

Animado, pues, y sostenido por ese generoso impulso, emprendió el entusiasta escritor la obra que queda mencionada, la cual publicó por entregas el activo y benemérito editor Don José María Aguilar Ortiz.

En ella, á la manera que lo había hecho Don Víctor Balaguer en España, con su libro **"Los Frailes y sus Conventos,"** mezcló la tradición y la historia, la piedad y el sentimiento, escribiendo narracions interesantísimas, algunas de ellas hasta dramáticas, con toda la riqueza de colores y esa poesía del pasado, que tan singular encanto comunica á las obras de este género.

Algunos errores, sin duda, se deslizaron en esas narraciones; mas puede asegurarse que no fueron de mala fé, sino tal vez debido á la falta ó insuficiencia de los datos que tuvo á la mano.

Seamos indulgentes con el autor, ya que, por otra parte, debemos agradecerle su obra meritoria y patriótica, con la cual prestó un servicio á la historia, no menos que á la causa de la civilización cristiana.



INTRODUCCION

Preciso es aceptar los sucesos como vienen. A fines del año pasado y principios del corriente asomó la revolución por las calles de la capital con la sonrisa en los labios y la frente coronada de gloria: tuvimos días de regocijo febril, incomparable, inmenso; vivas y gritos frenéticos, casas engalanadas, banderas flamantes de todos colores y matices, arcos suntuosos, flores y guirnaldas para los vencedores, triunfos menos ceremoniosos, menos oficiales, más sinceros que los de los antiguos romanos, y lo más notable de todo, repiques á vuelo que escuchaba el sol al dejar los brazos de la aurora y seguían tributándole estrepitosas armonías aun después de reclinarse á descansar en su lecho de púrpura.

Mas ¡oh triste condición del humano linaje! por qué la alegría de unos se compra á costa de la amargura y padecimientos de otros? Para que un hombre sea feliz, ¿por qué es forzoso que sea desgraciado su semejante? No tratemos de romper los sellos del libro del destino.

Lo cierto es que en medio de la grandiosa fiesta no faltaban excepciones de luto. Entre los rostros animados con el color sonrosado de la dicha, había otros, y no pocos, desencajados por la sorpresa y el desaliento: las miradas de amor y de júbilo se cruzaban con las miradas centelleantes de cólera, ó empañadas con el desdén. Por entre nuestros hermanos del bando vencedor se deslizaban nuestros hermanos del bando vencido.

Entre los grupos que se formaban en las aceras, pasaban escenas curiosas. Hallábase un joven charlando y riendo con algunos amigos en la tercera calle de San Francisco. Repentinamente un sujeto misterioso le dirige la palabra en estos términos:

—Caballero, ¿me permite usted un instante?......

—Mándeme usted, contesta el joven, dejando su alegre compañía y alejándose algunos pasos.

—¡Vaya! ¿con que no me conoce usted?

—Me parece que.... nunca he tenido ese honor.... ¡Ah!.... vamos..... vamos.... sí.... ¿no es usted Fr. M?.....

—Es posible que tan olvidadizo sea usted?

—Pero, "Pater," ¿cómo iba á descifrarlo si está usted hecho un enigma, un geroglífico egipcio?

—Calle, hermano, por amor de Dios, no me comprometa; más bajo, más bajo.

—¡Qué miedo es ese, si está usted inconocible con el disfraz!

—Pero no faltará algún oficioso que....

—¿Y qué?

—Las iras populares......

—Hombre, ¡viene usted de la luna! ¿tan poco así conoce usted el corazón de sus paisanos?

En efecto, nuestro fraile nada tenía que temer, y por lo demás al joven le sobraba razón. ¿Quién podía adivinar á un ex religioso en un elegante "rojo" de cobarta encendida, sombrero á la Garibaldi y varita flexible?

De esta metamórfosis tuvimos innumerables pero innecesarias porque á ninguno se maltrató y si al día siguiente á la entrada de las huestes victoriosas quedaron vacíos los conventos, no fué menester valerse para ello de la fuerza: el hecho se verificó en silencio, sin aparato, como un femómeno en que no se piensa, como el

fruto maduro que cae por su propia virtud.

Otra cosa pasó en la refundición de las comunidades de religiosas.

Una noche—¡noche terrible!—se oyó rodar por las calles un desusado y prolongado estruendo: no parece sino que todos los coches de la ciudad se han vuelto locos, y vagando ora por aquí, ora por acullá, han dado en el tema de no dejar dormir á los pacíficos moradores.—¿Qué será eso? preguntábamos á la almohada, ¿qué sucederá?

Entre tanto, paraban los carruajes á las porterías de los conventos de monjas, y los ciudadanos comisionados se entraban de rondón, intimando á las reverendas la orden de exclaustrarse para ir á mudar aires á otro monasterio.

—Pero señores, ¡por amor de Dios!...

—¿Cómo puede ser eso?

—Sea lo que Dios dispone.

—Hágase su voluntad.

—Pero ¿adónde hemos de ir? ¡esto es inícuo!

Tales eran las frases que interrumpían el silencio pavoroso del claustro; pero los ínclitos ciudadanos comisionados tenían una tapia en los oídos, y á todas las observaciones sólo contestaban, restregándose las manos.

—Vamos, vamos, "señoritas," no tenemos tiempo que perder.

En efecto, el tiempo era limitado.... la noche.... porque de día tal vez... los ciudadanos comisionados hubieran tenido.... asco de penetrar en los conventos ó bien, porque sólo de noche pueden llevarse á buen término ciertas travesurillas ministeriales.

Es fama que algunas pícaras novicias al oírse llamar "señoritas," olvidaron por un instante su dolor y sonrieron.... No faltó madre de las que aún no entran de lleno en la categoría de las monjas "graves" que hiciese lo mismo. Y después de todo, ¿no será excusable semejante falta que no pasa de venial? Una muchacha linda y fragante como una azucena ¿no se fastidiará de oirse llamar todo el día y á toda hora "madrecita, mi reverenda madre, cómo está su reverencia?"

Pero volviendo á los ciudadanos comisionados, es menester hacerles justicia: se manejaron de perlas, porque son hombres "come bisogna"; y á la mañana siguiente, cuando todos nos preguntábamos qué sucedió anoche, se nos contestaba en tono festivo, indiferente ó sepulcral:—han exclaustrado á las monjas.

—¿Cómo así?

—Como lo oye usted; se han refundido

unas comunidades en otras, y todos están yendo á visitar los conventos vacíos.

Este es un suceso de los que, como decíamos al principio, es preciso aceptar. ¿Viene de Dios? ¿viene de Satanás? Todo puede ser, mayormente si el lector opina como algunos, esto es, que Satanás es..... todos nosotros.

Pero después de tan extrañas aventuras, apareció la destrucción con semblante azorado, y con su pesada barreta empezó á descargar golpes furibundos sobre los desdichados conventos.

Este es otro suceso como los demás: es preciso también aceptarlo; mas no como viene, porque podemos influir en él ó siquiera en sus consecuencias. Y aquí disimule el lector que perdamos los estribos.

¿Y ya no hacen falta los frailes? ¿son plantas sin savia? ¿los conventos ya no ejercen en la sociedad actual la benéfica influencia que en los primeros años de su establecimiento?

En hora buena. ¿Pero nada les debemos? ¿ya nos decargamos de nuestra deuda de gratitud?

La revolución ha sacudido esos mundos paralizados como una revolución geológica.

Pero dejaremos perecer en el sueño del olvidado la memoria de algunos hombres

virtuosos que florecieron en el claustro y dieron frutos de bendición? ¿Echaremos por tierra física y moralmente esos monumentos seculares que fueron alguna vez el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?

No fueron siempre los institutos monásticos lo que por desgracia llegaron á ser después.

Penetrado de esta verdad, no he vacilado en presentar á mis conciudadanos el fruto de los "estudios" que he emprendido sobre los conventos suprimidos en esta ciudad; acaso vendrá día en que pueda extenderlos á los de otras poblaciones de la República. Este es la pequeña ofrenda con que contribuyo para satisfacer la deuda que contrajeron nuestros abuelos. Obra laudable ha sido amputar del cuerpo social los miembros que ya no daban señales de vida, pero la posteridad tomará cuenta á la actual generación del uso de su fuerza, y le echará en cara su desdeñoso abandono si no le ofrece el perfume de algunos recuerdos ilustres salvados entre los escombros de la demolición.



mo vamos á retroceder hasta esa época, confiamos en que no será desechada nuestra invitación.

Era una tarde..... la más sobria en poesía que imaginarse pueda; era una tarde.... así, como las de la mayor parte del año, con sus pretensiones de serenidad, sus antojos de lluvia y sus coqueterías de arco-iris y celajes.

El muro celoso que ceñía el atrio del convento, aún estaba en pie: la cerca, la formidable cerca que había rehusado jurar la constitución y había protestado contra las leyes de Reforma, estaba renuente á inclinarse ante los laureles de Calpulálpan.

A la entrada se veía sentado en un banco el oficial de la guardia, que custodiaba el edificio. Era un árgos benigno que dejaba paso libre á todos los curiosos, y se hallaba á la sazón en sabrosa y animada plática con varios amigos.... de corbata roja, por supuesto.

En el atrio jugueteaban algunos soldados, haciéndose diabluras, llamándose por sus apodos y echando á correr de cuando en cuando para librarse de la persecución de algún camarada ofendido por sus travesuras. Otros, empleando mejor el tiempo, limpian sus armas ó comen al ado de sus mujeres y

chiquillos, saboreando los placeres de la vida en familia después de las vicisitudes y contratiempos de tres años de combates.

Mas ved al frente, hácia el Norte, la magnífica fachada del templo con sus co lumnas corintias y su friso, donde el arquitecto ha esculpido todos los risueños adornos del arte; parad la atención en esa torre esbelta, desde cuyos arcos salían no ha mucho escandalosas voces de júbilo, como una monstruosa y sostenida carcajada Una gasa de tristeza parece cubrir todo el monumento; la gran puerta está desdeñosamente cerrada; las campanas guardan silencio, y entre los arcos de la torre no se ve más que un sér viviente.... un soldado que, puesto de codos sobre un balcón y sacando la rodilla por entre dos balaustres, contempla con aire de indiferencia el espectáculo que tiene á la vista.

A la izquierda se abre el vestíbulo del convento, notable por la solidez de su construcción; pero lóbrego como la boca de una caverna. Sigue la portería; y si es cierto que los conventos se edificaron á imitación de las casas romanas, esta parte del que observamos corresponde al **prothyrum,** ó sea pasadizo entre la puerta que daba á la calle y la

interior que comunicaba con el **atrium ó cavaedium.**

Por lo demás, nada notable recuerda la portería, si ya no es el hecho de haber estado en ella la célebre cruz verde del Santo Oficio, que según nos informa Alamán en sus Disertaciones, permanecía allí colgada todavía hasta su tiempo.

Pasemos adelante.

En lugar del pacífico donado, nos encontramos á la puerta un grave centinela de mirar hosco y áspero bigote, que con voz tremenda nos grita: ¡atrás!

—Permítanos usted un solo momento.

—¡No hay orden!

—Venimos á ver las momias.

—Ya pasó la hora.

Desconsolados por tal recibimiento, no teníamos otro recurso que volver pie atrás, pero he aquí que un incidente viene á favorecer nuestros deseos.

Un murmullo sordo al principio y después clamoroso se deja oír á lo lejos en el patio. —¿Qué será eso?—Esperemos.

Era un concierto grotesco formado de voces femeniles mezcladas con gritos roncos y salvajes: era una riña; los contendientes se acercan, ya se oyen más

distintas las palabras, ya vemos á los que las profieren.—¡Cabo cuarto!, exclama el centinela, y acude el cabo, y acude el Oficial de guardia, y acuden todos los soldados y... y á río revuelto, ganamos nosotros la entrada del patio.

Aunque ya otra vez habíamos visitado aquel lugar, no pudimos menos de detenernos á ver los corredores. El patio es un cuadrado amplísimo, y su centro está ocupado por una fuente que ha substituido al **impluvium** de los antiguos. El techo de los cuatro corredores se halla sostenido por veintiocho arcos, que descansan sobre elegantes pilastras; y á pesar de lo ahumado de los muros interiores y del ambiente húmedo y sepulcral que allí se respira, el efecto de la airosa columnata, no puede ser más agradable.

Del patio, y siguiendo el corredor de la derecha hasta su extremo, pasamos á una galería vasta, aunque obscura, donde nos llamó la atención un espectáculo extraño y lleno de vida. ¿Quién podía esperar ver en aquel recinto á más de cincuenta **soldaderas** entregadas, cerca del fuego, á las ardientes faenas de la cocina! Unas asaban carne, envueltas en nubes de humo; otras agitaban compasadamente el aventador para avivar

el fuego; ésta, con el mismo objeto, sopla sobre los tizones, y la llama refleja sobre su rostro como si la encendiera; aquella empuña varonilmente una enorme cuchara, y metiéndola en la olla la mueve circularmente con un ruido particular; la de más allá trata y regatea con algunos vendedores de comestibles; finalmente, todas charlan y rien, forman do una algazara no interrumpida.

La travesía por aquel océano cocinal fué árdua; pero al fin llegamos á la escalera que conduce á las galerías superiores, y un momento después nos hallábamos en el claustro, á cuyo extremo se ve la capilla que encerraba las momias.

Por las paredes cubiertas de polvo y telarañas, el altar vestido de luto, el retablo apolillado, y en suma, por el aspecto de antigüedad, de vejez, de decrepitud, que se notaba en la capilla, cualquiera la hubiera juzgado digna tumba de los restos humanos que ostentaba; era también un cadáver exhumado; la momia de la arquitectura que acogía en su regazo á otras momias.—Estas se mostraban al través de una reja gótica, la mayor parte en fila, reclinad s sobre una banca, en pie, y con el se - blante hacia los espectadores.

Digna era, por cierto, de observarse aquella entrevista de la vida con la muerte, de los inquietos huéspedes del mundo con los silenciosos moradores del sepulcro; aquella hilera de séres animados, alegres, llenos de curiosidad, en frente de otra hilera de seres misteriosos, quimeras de hombres, fábulas de vivientes, que no tenían ojos y parecían ver, que no tenian labios y parecian recibirnos con un gesto de indiferencia ó de ironía; aquel encuentro singular entre las miserias y las glorias de la generación actual y las reliquias de las anteriores; y finalmente, aquel saludo del presente al pasado, del tiempo á la eternidad.

¡Oh!, aquellos restos enjutos y cubiertos de harapos, esas estatuas de polvo, hojas secas desprendidas del árbol de la humanidad, eran una lección imponente! Pero ni el tiempo ni las circunstancias nos permitieron aprovecharla. Después de un período altamente filosófico en que combatió gloriosamente una idea contra otra idea, un principio contra otro principio, empezábamos á envolvernos en el humo de las pequeñas miserias de partido; al drama sucedía el sainete: después de una guerra titánica entrábamos con mucho calor y seriedad

en el combate liliputiense de los lazos rojos con los lazos verdes.

Pero no todos los frutos de un árbol son lozanos y gustosos; prodúcelos también amargos y raquíticos: dejemos á cada tiempo lo que da, y volvamos á las momias.

Tarea difícil y enojosa sería referir los diversos juicios que sobre ellas se formaron. Por muchos dias, cada uno pensó y creyó lo que primero se le vino á las mientes: circulaban comentarios, se aventuraban conjeturas, llovían amenazas de venganza, se daban la mano las consejas, brotaban gritos de indignacion y tropezaban unas con otras las explicaciones, ¿y todo para qué? Para explicar la inesperada aparición de unos pobres frailes desecados que esperaban tranquilamente en el osario el clamor de la trompeta del juicio final, y no contaban con que manos caritativas habían de ir á turbar su sueño para dar un espectáculo curioso, una función gratis á los habitantes de la capital. Pero ésto merece una brevísima advertencia.

Hay en nuestros partidos políticos ciertos entes que son, con todo rigor, los mites de la gran revolución social, que en el país se representa. Por de contado que ellos se consideran personajes

de importancia y de los más bien iniciados en las tradiciones y misterios de su comunión: ellos son los que en el periodo de caída encuentran á usted en la calle y con aire cauteloso le dicen:—¡estamos conspirando!—y ellos los que en tiempo de alta, le dicen á usted, estrechándole la mano con tono afabilísimo: —¡amigo!, parece que no gobernamos tan mal: ahora puede usted colocarse; voy á solicitar un empleo para usted, y espero que no nos desairará. Todo lo saben, de todo hacen un secreto, cualquiera palabra suya es una revelación; cuando despliegan los labios es menester creerlos como á un oráculo; andan siempre con aire apresurado, no tienen tiempo que perder, desempeñan comisiones de cuenta, son el factotum de los ministerios, y empuñan el timón del gobierno, ni más ni menos que como araba la mosca pegada al cuerno del buey.

Para ellos debe representarse el partido como los sacramentos, con signos sensibles: el traje y todo lo concerniente á la persona debe ser consecuente con la idea política. Así es que el conservador usará patillas, sombrero alto indispensablemente, cuello erguido y rebelde, pantalón negro, prendedor en la ca-

misa, y pese á quien pesare, capa española.

El liberal cometería un crimen de lesa-nación si renunciara al **fieltro**, que es el sombrero democrático por excelencia, y ni todos los amagos de guerra extranjera le obligarían á abandonar la cinta del reloj y la corbata rojas.

Sus principios, si son realmente principios los que profesan, se encierran en el dogma del exclusivismo y la incompatibilidad.—¿Trata usted á fulano?—¡qué!, ¡cómo!, ¡si es un **puro**!—¿Y usted aprecia á Zutano?, es hombre de mérito. —Ni por pienso; no entran en mi reino los retrógrados.

En sus apreciaciones campea la calumnia, y creen muy formales hacer un servicio á su casa, procurando desacreditar la contraria, aun cuando para ello se valgan de sandias especies ó de tradiciones fabulosas.

El conservador cree á pie juntillas que todos los puros son herejes ó punto menos que ateos; ningún liberal obra de buena fe; todos persiguen sistemáticamente al culto católico y á sus ministros, permiten la libertad de imprenta para desmoralizar al pueblo, y pretenden entregar á la nación en cuerpo y alma á los yankees.

En cambio, el puro sostiene á capa y espada que los conservadores nos venden á España; que todos son hipócritas, falsos, déspotas, ignorantes y acérrimos partidarios de la inquisición. Concretándonos al asunto que nos ocupa, conoce tan ampliamente la historia del país, que, en su concepto, los frailes no vinieron á México sino para sistemar la tiranía; ningún beneficio se les debe; todos son y han sido un hato de zafios, inteligentes sólo para apropiarse los bienes ajenos, y promover autos de fe: ¿se extrañará, según lo dicho, que los liberales de esta ralea hayan querido hacer creer al vulgo que las momias eran frailes emparedados, víctimas de las venganzas de sus propios hermanos, ó del implacable tribunal del Santo Oficio?

Por fortuna no todos se dejan alucinar con los engendros de almas visionarias. La exhumación se hizo á presencia de muchos, y antes de ocho días todos sabíamos que las momias fueron extraidas del osario del convento, donde reposaban como cualesquiera otros cadáveres de los hijos de la orden.

Hay más: un librito escrito con veracidad hizo populares los nombres que tenían cuando Dios las animaba con su

aliento de vida. Entre ellos, ¿quién no recordará con admiración y gratitud el Dr. Fr. Servando Teresa de Mier?

Este religioso fué uno de los primeros mexicanos que se presentaron con lucimiento en Europa, acreditando que la nación no era indigna de ocupar lugar entre las civilizadas. En todas partes le granjeaban amigos su conducta intachable y modales decentes, al paso que era estimado por su claro talento y sus letras. Durante los doce años, poco más, que residió en Inglaterra, vivió entregado á labores científicas, y estableció una academia de idiomas, en la que él mismo enseñaba español, francés, italiano y latín; esto ciertamente no dejaria de llamar la atención en un tiempo, (hacia fines del siglo pasado), en que tan pobre idea se tenía de nuestros paisanos.

Pero el hecho más relevante de su vida fué la parte tan activa y gloriosa que tuvo en la independencia de la patria. El comprometió al General Mina á venir á México, proporcionándole los recursos necesarios para organizar su ejército; juntos desembarcaron en Soto la Marina; juntos batallaron contra el poder colonial, teniendo por mucho tiempo una parte igual en los favores y en los reveses de la fortuna. Y bien mira-

do, esta consagración eficaz y exclusiva otorga al Dr. Mier mejores títulos á nuestra gratitud, que aún al propio Mina; éste, como él mismo declaró, "no había pasado á América á favorecer directamente la revolución, pues que no amaba á los americanos **ni mucho ni poco.**"

Además, para que no faltase ningún mérito al P. Mier, su amor á la independencia le acarreó amargos sinsabores. Sufrió destierros, prisiones y tratamientos indignos con la serenidad de un héroe, con la maravillosa resignación de un mártir.

Después, verificada ya nuestra emancipación política, tuvo asiento en el primer Congreso constituyente, siendo uno de los individuos que formaron la Constitución de 24. Murió tres años después, generalmente sentido, legando á la posteridad varias producciones de su pluma, entre otras las célebres **Profecías** y una relación de sus viajes por Europa. ¿Pudieran muchos presentar una vida mejor empleada?

Pero volviendo á las momias, se asegura que una ha sido donada á la Escuela de Medicina, y cuatro van á ser transportadas ó ya lo fueron, á la República de Buenos Aires. Si lo último es cierto,

y entre ellas va la del Dr. Mier....... ¡raro en verdad es el destino de este hombre! Su suerte es viajar aún después de muerto, como el Cid guerreó contra los moros ya convertido en cadáver.

Lejos estábamos de prever este paradero, los que arrimados á la fría reja contemplábamos sin repugnancia. y antes bien poseídos de un sentimiento indefinible, aquellos seres silenciosos que parecían próximos á convertirse en polvo; aquellas sombras de faz indecisa, evocadas de un mundo lejano para venir al nuestro, á patentizarnos con lenguaje insinuante la vanidad de la vida.

Una vez apagada la curiosidad. discurrimos por el claustro un momento, con la íntima convicción de ser éste el último que nos era dable aprovechar para ese objeto, porque ya la demolición se preparaba á sus faenas. La soledad y el silencio habían invadido aquellas galerías que parecían interminables: la noche estaba próxima, y el crepúsculo les comunicaba por las estrechas ventanas uno que otro rayo de claridad enfermiza y pavorosa.

Volvimos á bajar por la escalera que remata en la ancha y espantosa galería donde las soldaderas tenian senta-

dos sus reales. Las tinieblas anidaban en la bóveda; seguian con el mismo ardor la charla y las maniobras; las risotadas tenían eco en el claustro, y las fogatas esparcidas por el desigual pavimento, alumbraban las paredes de los lados con una luz infernal.

Allí supimos la causa de la riña que nos facilitó la entrada al convento. Un soldado habia tenido en México sus quebraderos de cabeza antes de partir á la campaña, y cuando volvió con el ejército triunfante, traía consigo á una tapatía por **esposa**; las sirenas de la capital, luego que le vieron sano y salvo, le reclamaron por suyo; él se burlaba de todas; pero la tarde á que nos referimos, tuvieron ellas una entrevista en la susodicha galería: cada una alegó prioridad de derecho; aquello fué una cuestión legal, una conjuración. Pero cuando todas disputaban y ninguna se convencía, aparece el soldado, causa de la quimera, y todas arremeten contra él como furias....

Cuando atravesamos el patio, ya iba entrando la noche; y mientras las pilastras se dibujaban en un claro-obscuro, reflejaba la luna su luz en la parte superior de los muros, como una caricia melancólica.

Seguimos nuestro camino, y á un lado de la puerta, vimos otra vez al centinela que descansaba en su arma, inmóvil y callado como la estatua de la vigilancia, que decora la entrada de la mansión del reposo.

II

Pasado.

¿Pero nada dicen al pensamiento estos lugares? ¿No hiere vivamente á la imaginación este sello particular que distingue á los antiguos monumentos de las obras de ayer? ¿Quiénes echaron los cimientos de estos muros? Cuáles son las santas memorias que encierran, y los dramas silenciosos de que han sido teatro? ¿Permanecerá muda la historia á nuestras preguntas? Volvamos la vista al oçéano.

Era una mañana esplendente: el cielo ostentaba su azul purísimo, exento de la más ligera nube; parecía la mirada del Eterno fija sobre la naturaleza y complacida en su gallarda hermosura.

El sol, que brotaba del seno de las ondas, derramaba torrentes de gloria y

se levantaba lentamente, como bañándose en el mar.

En estos momentos de amor inefable y recogimiento sublime, en que todo ruido es armonía, todo afecto adoración, y toda palabra un himno; en estos momentos de animación universal, los habitantes de Veracruz se hallaban en la playa con los semblantes convertidos al Oriente. ¿Qué buscan sus ojos en las remotas soledades del piélago?

Mírase en el horizonte un objeto de forma indecisa que se acerca majestuosamente. ¿Será una nube impelida por los halagos de la brisa? ¿Será un cisne que tiende sus blancas alas sobre la espuma y se goza en vagar al capricho de las olas?

Es una vela.

Poco á poco se va distinguiendo su figura.

A medida que se acerca, sube de punto la curiosidad y toma creces el regocijo en el concurso que la espera.

Ya está en el puerto. Al mudo interés de los espectadores siguen aclamaciones entusiastas.

Viene en esta nave el Lic. Luis Ponce de León, que sucederá en breve á Cortés en el gobierno de México; pero trae asimismo á doce personajes miste-

riosos, cuyos nombres no se proclaman; pero á quienes todos miran con el mayor rendimiento y veneración.

Al día siguiente se les ve tomar su camino hacia la capital, solos, sin aparato, sin el séquito fastuoso con que más tarde emprendían su viaje los vireyes.

Con todo, su peregrinación es un triunfo; por todas partes salen los naturales á recibirlos con cantos y danzas, ofreciéndoles ramilletes fragantes y vistosos. Una voz interior aseguraba á los infelices indios que éstos nuevos huéspedes, pobremente vestidos, y en cuyo modesto semblante leían la benevolencia, no eran como los hijos de Tonatiuh que fulminaban rayos, convertían en ceniza los pueblos y reducían á servidumbre á los moradores de Anáhuac.

Por eso los recién venidos eran objeto de éstos y otros mil agasajos: el sentimiento que despertaban en cuantos los veían, era el que excitan los enviados de la Divinidad.

Contemplaban ellos, radiantes de júbilo, las selvas vírgenes que los acogían en su seno de perfumes, los valles dilatados donde se espacía la vista por alfombras de lirios y gentiles arboledas; las cataratas les hablaban el idioma del desierto; una brisa balsámica les daba

el ósculo de paz; aves de nunca visto plumaje seguían sus pasos, vertiendo la magia de la armonía, y hasta las nevadas cumbres de la excelsa cordillera, parecían inclinarse á darles la bienvenida.

En medio de esta pompa risueña llegan á esta ciudad, de donde sale á recibirlos lo más granado de la nobleza española recién avecindada, y á su frente el conquistador. Todos á porfía se empeñan en darles las más brillantes pruebas de amistad y acatamiento; pero ninguno se extremó tanto como Cortés. Arrodillado delante de cada uno, le besaba las manos y vestidos, poniéndoselos en los ojos y sobre su cabeza.

Los hombres que movían las fibras más delicadas de tantos corazones, en quienes se cifraban tantas esperanzas, y cuya presencia se consideraba como un dón del cielo, eran doce frailes humildes, pertenecientes á la religión que produjo á Santo Tomás de Aquino, el varón más docto de su tiempo, y en la que florece el P. Lacordaire, dechado de predicadores; eran los primeros religiosos de la orden de Santo Domingo, que pisaban nuestro suelo.

Esta entrada en México, se verificó en 23 de Junio de 1526.

El origen de la venida de los religio-

sos, no fué sino el celo en que ardían en aquella época todos los varones apostólicos por extender el imperio de la fe en las regiones del Nuevo Mundo, recientemente conquistadas. Y no cabe duda en que la mies que habían de cosechar era copiosa.

Nuestros frailes vinieron de España enviados por su general, que lo era á la sazón el P. Fr. Silvestre de Parra. Fueron cinco de la provincia de Castilla·

Fr. Tomás Ortiz, vicario,
Fr. Vicente de Santa Ana.
Fr. Diego Soto Mayor,
Fr. Pedro Santa María, y
Fr. Justo de Santo Domingo.
Tres de la provincia de Andalucía:
Fr. Pedro Zambrano,
Fr. Gonzalo Lucero, diácono, el lego
Fr. Bartolomé de Calzadilla ó Salcedilla, según otros.

No quizo más de ocho religiosos el vicario, porque traía noticia, según refiere un cronista, "del bendito P. Fr. Domingo de Betanzos, que estaba en la Isla Española, y traía licencia del general para que de aquella provincia pudiese hacer cumplido el número de doce religiosos para México." Este número era

sagrado, y hacía alusión al de los apóstoles.

En efecto, al pasar por la Isla de Santo Domingo, se unieron á los viajeros, además del referido P. Betanzos, otros tres, con los cuales se completó el número deseado, y fueron:

Fr. Diego Ramírez,
Fr. Alonso de las Vírgenes, y
Fr. Vicente de las Casas, novicio.

Recibidos en esta ciudad, como se ha dicho, fueron llevados en procesión al convento de San Francisco, donde se hospedaron, manteniéndose en él tres meses, hasta Octubre del mismo año, que fueron al sitio que se les señaló para fabricar su convento, en una casa que estaba donde fué después la Inquisición, y probablemente donde hoy está la Escuela de Medicina.

Pusieron manos á la obra, y en poco tiempo consiguieron darle cima; pero los acogió tan mal el temperamento, que en menos de un año murieron cinco religiosos y enfermaron los demás, de suerte que el año siguiente de 1527, Fr. Tomás Ortiz, que vino de Superior, tuvo por conveniente regresar á la Península, y con él otros tres religiosos.

Pasó después en 1528 el mismo P. Ortiz con otra mision de veinte religiosos á Santa María, de órden del Emperador, quien al año siguiente lo hizo Obispo de allí, y fué el primero de aquella provincia: con esto ya no quedaron en México sino tres frailes, que fueron Fr. Diego Lucero, Fr. Vicente de las Casas y el P. Betanzos, á quien se debe no sólo la fundación de este convento, sino de toda la provincia de Guatemala.

Permanecieron los religiosos en el sitio indicado hasta el año de 1530. El gobernador Juan Alonso de Estrada les señaló y dió el de la esquina de enfrente, y según nos informa el escritor de quien tomamos esta noticia, "labraron allí su convento á costa de la real hacienda, cuya iglesia se dedicó el año de 1575, y el año de 1590 á 8 de Diciembre, la consagró el señor D. Fr. Alonso de Guerra, religioso de la misma orden, y Obispo de Michoacán; pero después, como la iglesia y convento por lo cenagoso del sitio estaban tan maltratados y hundidos, el día 6 de Julio de 1716 se anegó de tal suerte la iglesia y oficinas bajas del convento, que le fué preciso al provincial, que lo era á la sazón, Fr. Francisco Aguirre, juntar sus Padres á consejo, y fabricar nueva iglesia y conven-

to, que con efecto se resolvió, y desde luego se comenzó con bastante ardencia, de suerte que en 3 de Agosto de 1736, se dedicó la nueva iglesia enteramente acabada, que es uno de los más magnífi cos y suntuosos templos de la ciudad" Costó más de doscientos mil pesos.

"Su situación es de Norte á Sur; á este viento la puerta, y á aquél el altar mayor; tiene seis capillas á la banda del Poniente y cinco á la del Oriente, todas magníficamente adornadas, y la del Rosario puede servir de iglesia principal.

"Este convento es la cabeza de la provincia, la que hizo independiente de la Santa Cruz de la Isla Española, que pretendía tenerla unida, el P. Fr. Domingo de Betanzos, fundador de ella, que el año de 1531 pasó á España á este efecto, y consiguió dos bulas del señor Clemente VII, la una fecha en Roma á 2 de Julio de 1532 y la otra en Bolonia, á 8 de Mayo de 1533, y patente de su general para erigirla en provincia, separada é independiente de la Santa Cruz de la Isla Española; y por haber llegado á México en 24 de Julio de 1533, víspera del apóstol Santiago, le tomaron por su patrono, y se intituló la provincia de Santiago de México, orden de predicares."

En cuanto á la capilla del Rosario, se dedicó en 29 de Enero de 1690, habiendo sido abierta á los fieles el día anterior. El diario del Lic. Robles nos describe este suceso de la manera siguiente: "Sábado 28, se abrió la capilla del Rosario, y se trajo la Señora del Rosario, á las cinco de la mañana á Catedral, de donde volvió en procesión á la tarde; y fué el señor Arzobispo en ella vestido de pontifical, y asistió el virey y ciudad; hubo muchos fuegos; fué por las Escalerillas á la calle del Reloj por la Encarnación."

Del claustro no sabemos más, sino que se dedicó con procesión y sermón el 29 de Septiembre de 1692.

Fundáronse asimismo otras dos capillas con entrada por el atrio, mirando al Oriente: una dedicada al Señor de la Espiración, cuyo altar mayor da frente á este mismo rumbo, y otra que es de la Tercera Orden, se extiende de Norte á Sur, quedando el altar mayor hacia este último viento.

Tal es el cuadro en que encerramos la historia de la fundación del primer convento de domínicos en el país: de intento hemos renunciado á darle mayores dimensiones por evitar la proligidad que resultaría de incluir en él pormeno-

res que pudieran acaso parecer impertinentes ó fastidiosos. Sin embargo, no es dable referir este suceso, sin trasladarse á la época en que se verificaba, y contemplar con interés, con cariño y admiración el grandioso espectáculo de la lucha de dos civilizaciones, ambas antiguas, imperfectas ambas, de las cuales una moría y la otra empezaba á aclimatarse en nuestro suelo. Llevaban la parte más meritoria en esta labor difícil los primeros varones apostólicos que llegaban á la capital, los cuales no bien se proporcionaban un albergue, cuando cediendo á los impulsos de la caridad, daban principio á sus misiones, sembrando entre los idólatras la semilla del Evangelio y con ella las primeras ideas de reconciliación entre las razas vencida y vencedora. Ellos fueron—preciso es confesarlo con la antorcha de la historia en la mano—ellos fueron los primeros que levantaron la voz indignada contra los desmanes sacrílegos de los conquistadores, y armados de la cruz se colocaron entre éstos y los oprimidos mexicanos. como un escudo de acero. No se encerraron en el lóbrego recinto de sus misterios, como los sacerdotes de Egipto; por el contrario, llamaron á sí y á la participación de sus luces. á to-

dos los menesterosos; y en vez de contentarse con dar oídos á los que pedían su ayuda, iban ellos mismos á buscarlos á sus moradas, arrostrando todo género de peligros. Así fué como dieron principio á una conquista más suave, sin valerse de otras armas que la palabra y el ejemplo; así fué como se esparcieron paulatinamente por el territorio nacional, descubriendo nuevos países, impulsando los adelantos de la geografía, estudiando la historia y las lenguas indígenas, perfeccionando las nociones que se tenían sobre agricultura, introduciendo nuevas artes, y ganando al mismo tiempo prosélitos del cristianismo y de la civilización.

Pero seguir el desarrollo progresivo de una y otro, es asunto de una obra especial que alguna vez se escribirá; nos limitaremos nosotros á señalar sus primeros pasos. Y como estos están inherentes á la vida apostólica de los religiosos que pisaron nuestro suelo recién hecha la conquista, señaladamente de los franciscanos y dominicos, ya que tratamos de los segundos, convendrá dar algunos apuntes biográficos de varios, que no por haber vivido en el retiro, son menos acreedores á las miradas de la

posteridad. Empezaremos por el fundador de la provincia de México

---

III

Fray Domingo de Betanzos

Nació este varón insigne en León de España, no se sabe á punto fijo el año ni el día. Desde sus primeros pasos en la vida, dió claras muestras de lo que alcanzaría en la edad provecta, siendo por esta causa la delicia y la admiración de sus padres, que figuraban entre las más ilustres familias de la ciudad.

Luego que manifestó disposición para los estudios, le enviaron á la célebre Universidad de Salamanca, donde cursó con notable aprovechamiento, gramática, retórica y filosofía, aplicándose después á la jurisprudencia. Descolló tanto en el estudio de esta facultad, que en breve recibió en ella los grados de bachiller y licenciado.

Pero al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento, ejercitábase en otro estudio más fructuoso, cual es el de la práctica del Evangelio, y de esta suerte crecía su alma en ciencia y en virtud.

Concedióle el cielo la rara felicidad de un verdadero amigo en el joven Pedro de Arconada, **mozo de buen ingenio y buena vida,** como le llama un biógrafo, y era su compañero no menos en los estudios que en el ejercicio de la caridad. Vivían juntos y aprovechaban todos los momentos que les dejaban libres sus atenciones en visitar los hospitales, en donde eran el consuelo de los enfermos, así por el empeño que ponían en aliviar sus dolencias, como por las limosnas que les daban.

No pocas veces se entregaban en su misma casa á tan laudable ocupación, llamando á dos pobres de los más menesterosos de la ciudad, á quienes aplicaban algunas medicinas, si estaban enfermos, y si no, los socorrían con dinero, ó los sentaban á su propia mesa, sirviéndoles como criados la comida. También los hacían dormir en sus camas, acostándose ellos en el suelo. ¿Se ven ejemplos de esta clase en nuestros días?

Entre tanto, la fama de sus virtudes se propagaba por toda la ciudad. Captábanse el aura popular sin pretenderlo; llegaron alguna vez á sus oídos las alabanzas de que eran dignos por sus merecimientos; mas esta popularidad que otros hubieran comprado aún á costa de

los mayores sacrificios, la conceptuaron ellos un gravísimo peligro, y determinaron no hacerle frente, sino huirle, apartándose del mundo.

Pasados algunos días, vemos á Pedro tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de San Esteban de Salamanca, y á nuestro joven emprender el camino de Roma con ánimo de solicitar del Padre Santo la autorización competente para poder entregarse á la vida de ermitaño.

Obtiene un buleto que favorecía este intento, y para realizarle, se dirige á Nápoles, y de allí, en la barca de un pescador, á la isla de Ponza, donde pasa cinco años encerrado en una gruta incómoda y entregado á las asperezas de la más ruda penitencia. Respetemos ésta determinación, hija de una alma nutrida con la lectura de las vidas de los anacoretas: no le apliquemos el metro inexorable con que averiguamos la distancia que recorre la locomotora en nuestros ferrocarriles, y el pensamiento en el alambre del telégrafo. A cada edad, sus elementos propios, su labor correspondiente en la grandiosa obra del progreso universal. Tocó á la nuestra admirar la trinidad magnífica del desarrollo moral, intelectual y material;

pero no desconozcamos la parte de influencia que han tenido las anteriores en los adelantos de la humanidad. Si hoy graduamos de inútil y ociosa la vida del retiro, hubo tiempo en que la moral y la ciencia se albergaron en su seno, y en él se mantuvieron vivos los fuegos del astro, que más tarde amaneció esplendente en medio de las tinieblas de la barbarie.

Pero el joven ermitaño se había equivocado en su elección de vida. La Providencia le destinaba á recorrer una senda más difícil y gloriosa. El siglo XV había contemplado con asombro poco antes de expirar, el espectáculo de un nuevo mundo; y el que le siguió inmediatamente no apartaba la vista de las regiones descubiertas por el númen de Colón. Este período de actividad sin ejemplo, fecundo en conquistas y prodigios, que dió nuevo ser á los pueblos europeos aguijoneándolos para acometer las empresas más osadas; este período que vió nacer y realizarse las más locas esperanzas y los proyectos al parecer más absurdos, que hizo surcar los mares poco antes desconocidos á las naves de los hijos de Jafet, ávidos de contemplar el suelo americano, atlántide que renacía de entre las olas, paraíso re-

conquistado que volvía á brindar con sus delicias; este período fué en el que tuvo la buena suerte de vivir nuestro héroe. ¿Podía permanecer indiferente en medio de esta animación portentosa, de esta superabundancia de vida que rebosaba de un continente para precipitarse en otro continente? De ninguna manera.

Su alma noble sentía un abismo inmenso que no acertaba á llenar la meditación. Salvando á menudo el ámbito estrecho de la gruta, se transladaba á un mundo lejano donde aires más puros le adormecían suavemente, apagando el intenso ardor que sin cesar la devoraba. El joven había perdido la paz que con tanto anhelo buscó en la soledad. De tarde, cuando subía al punto más elevado de la isla para orar á la luz del sol poniente, ya no le ofrecía atractivo ni el Vesubio con su diadema de llamas, ni la ciudad reclinada en la ribera sobre un tapiz de verdura, ni las islas vaporosas que asoman entre las olas del golfo, como ninfas que se bañan; fijábanse sus ojos en el Occidente, siguiendo hasta su término la superficie luminosa del océano, y una vez oculto el sol, parecía que le llamaba desde el seno del crepúsculo una voz misteriosa y divina.

No pudo resistir mucho tiempo á esta voz, y ella le hizo comprender su verdadero destino. Abandona la isla y vuelve á Salamanca. Determinado ya á tomar el hábito de Santo Domingo, entra al convento de San Esteban, donde Arconada le recibe con aquella exaltación de júbilo y ternura que sólo comprenden dos amigos que han dejado de verse por muchos años. Mas no pasan dos sin que se separen de nuevo para no volver á juntarse en el mundo. El P. Betanzos se embarca para la Española, y desde este instante presenta una nueva fase su existencia.

IV

Continuación

Es imposible dejar de admirar más y más cada día los buenos efectos que produce el consorcio del cristianismo y la ciencia, especialmente en la vida práctica. Cuando se reflexiona en la conducta depravada de los conquistadores españoles, y en el tesón con que los primeros misioneros se oponían al maltrato y vejaciones de que los indios eran objeto,

queda el ánimo absorto al palpar la diferencia entre el carácter de unos y otros. Cualquiera pensaría que imbuídos en unas mismas creencias, vástagos de una misma raza, educados en la misma patria, bajo la influencia de idénticas costumbres, y partícipes de los beneficios de una misma civilización, todos tendrían iguales miras y se enderezarían á ellas por un mismo camino.

No era así ciertamente. Mientras el fraile aspiraba á conquistar almas para el cielo, sentíase el soldado inquieto con la pesadilla de los metales preciosos; cuando el primero creía ver en los ritos y en algunos objetos de la idolatría de los americanos, semejanzas con el sistema religioso del antiguo mundo, rebosaba de alegría el compañero de Cortés al columbrar la ciudad de Cempoala, cuyos edificios al reflejar los primeros rayos del sol, le parecían de plata.

Consecuentes ambos con su idea favorita, procuraban realizarla cada cual á su modo, y en el trato con los naturales los separaba una distancia inmensa. El uno veía en ellos á los niños del Evangelio, á quienes era preciso atraer por medio de la caridad y la enseñanza á una creencia más pura; el otro los consideraba en su codicia únicamente como seres

explotables: aquél los amaestraba á un tiempo en las prácticas religiosas y en las artes, que hacen la vida menos desgraciada, y éste los reducía á esclavitud y los obligaba á trabajar como bestias, para centuplicar los productos de sus heredades.

Y esta diferencia nacía de que el rudo aventurero no atesoraba más ciencia que la de destruir, ni sentía otro estímulo que el de pasiones de baja ley, mientras el varón apostólico, ilustrado con las adquisiciones científicas de la época, comprendía el verdadero espíritu del cristianismo y encaminaba todos sus esfuerzos á difundirlo entre sus semejantes. De esta manera la propagación de la fe, que para el uno era nada más que un pretexto, en el otro era la realidad de sus proyectos filantrópicos, el pensamiento continuo y exclusivo que absorbía toda su existencia.

La suya consagró el P. Betanzos á tan santa causa. En la Española le contemplamos entregado á la sublime tarea de la predicación y de la conversión de los indios á la vida civil, no menos que á la defensa de los más caros intereses del hombre, cuales son la existencia y la libertad. "No trabajó menos el santo en plantar la fe en los indios, que en refor-

mar el desorden de muchos españoles. Es lástima aún ahora acordarnos de las crueldades y fierezas que nuestros españoles usaron, en particular en aquella isla y su comarca, en los pobres indios." Así se expresa á este respecto el P. Fr. Agustín Dávila Padilla; y en otro lugar de su crónica añade: "Bien se ha parecido por los efectos cuán maltratados han sido aquellos indios, pues ha quedado ya su tierra despoblada con haber sido tan famosa. Todo se acabó y despobló por el rigor y crueldad de algunos capitanes y soldados, que interpretando siniestramente las justas leyes de los reyes católicos, llamaban promulgación pacífica su violenta demanda de oro; y el no dársela, llamaban resistencia á la promulgación del Evangelio, y con esto los destruían."

Hácia este tiempo todavía se usaban los **repartimientos** ó **encomiendas**, especie de servidumbre contra la que tanto combatió el ilustre Las Casas. Del cronista ya citado, tomamos este dato sobre una de las ocupaciones á que solían los encomenderos dedicar á los infelices que les estaban sujetos. "Enviaban, (dice) á los indios á que buscasen oro en los ríos, y á las indias á que cultivasen las tierras en sus propias granjas y sem-

brados, sin darles de comer, más que una libranza en las yerbas y raíces del campo, y sin más paga que un ordinario disgusto de sus trabajos, pareciéndoles á los amos poco lo hecho, respecto de lo que los hambrientos de riquezas deseaban."

Betanzos reprendía enérgicamente á los autores de tales excesos. Es un consuelo para el que medita ante el sangriento y lóbrego espectáculo de la historia, callar casi siempre al lado de los opresores quien abogue por las víctimas. Si la defensa no surte el efecto apetecido, si en la lucha con la maldad es derrotada, no por eso alcanza menos prez; su gloria reside no precisamente en el triunfo, sino en la proclamación de la justicia ante la violencia, en la protesta incesante y audaz de la libertad ante la tiranía.

Tal fué el noble papel que desempeñó Fr. Domingo durante su residencia en la Española, hasta que movido por las instancias del P. Fr. Tomás Ortiz, y ansioso de nuevas conquistas, se vino con él á México.

Ya dijimos lo bastante acerca de esta peregrinación, de las circunstancias que la acompañaron, y de su término final, que fué el establecimiento de la orden

dominicana en esta capital, de donde se extendió por toda la entonces Nueva España. Réstanos seguir los pasos de nuestro excelente fraile después de la fundación

Inútil parece advertir que su conducta en el nuevo teatro á que le llamó la Providencia, no desdijo en nada de la que había observado en la España, señaladamente con respecto á los indios.

En efecto, él fué su constante patrono, y abogó siempre porque se les tratase con los miramientos debidos á su dignidad de hombres. Con este objeto, y para dar una lección severa á los que medraban con el trabajo y vida de los infelices naturales, desecho siendo prior de este convento la propuesta del gobernador Alonso de Estrada, que tenía comisión del Emperador para dar pueblos en encomienda, sobre que los de Cuitla huac, Mexquic, Zumpango y Xaltocan, que están fundados en la laguna, tributasen al convento de Santo Domingo, en pescado fresco, lo que habían de tributar en dinero y maíz á otro encomendero.

En esta repulsa no sólo tuvo por mira el bienestar de los mexicanos, sino la santidad de costumbres de los regulares, á quienes quiso mantener en el estado de pobreza evangélica que profesaban.

Por esta misma causa rehusó siempre admitir rentas y tener haciendas, aunque con importunos ruegos le ofrecían los ciudadanos de México grande cantidad de dinero y posesiones.

Parecióle más conforme al espíritu de su instituto, vivir de mendicidad; y consecuente con esta idea, enviaba diariamente á sus frailes por las calles de dos en dos con árguenas al hombro, que pidiesen la comida por amor de Dios. Si alguno de estos buenos religiosos, salvando los umbrales de la muerte, apareciese hoy en medio de nosotros, ¿qué pensaría de nuestras contiendas por unos bienes que vieron ellos con tanto desprecio y aun aversión?

Pero no sólo estableció que en común careciese de propios toda la provincia, sino que en particular cada fraile fuese muy pobre: "vestíanse, como afirma el cronista ya citado, de una jerga gruesa que se hacía entonces. Era el sayal muy tosco y las ropas cortas y angostas, por el orden que mandan las constituciones. La túnica era una ropa á raíz de las carnes, y luego el hábito llamado saya, y escapulario y capilla de lo mismo."

Todos, aún los prelados, caminaban á pie, y no había excepción de esta regla, ni tratándose de largas distancias, como

de México á Tehuantepec. Sería verdaderamente pasmoso ver á un anciano como Fr. Domingo, atravesar las ásperas serranías de Oaxaca y Chiapas, para ir á fundar su órden á Guatemala: al volver á la capital encontró en el camino á Pedro de Alvarado, que ya sincerado en la corte de los cargos que contra él pesaban, regresaba con gran pompa y acompañamiento á Guatemala, como gobernador y capitán general de aquellas provincias. ¡Singular contraste el de aquellos dos hombres, uno de los cuales viajaba con un séquito regio, mientras el otro no llevaba consigo más recursos para subsistir que la pobreza, ni más compañeros que su báculo y su breviario!

Antes de pasar á bosquejar los progresos ulteriores de la orden de Santo Domingo en nuestro país, no conviene apartarnos de los primeros años de su fundación, sin referir dos casos que patentizan la benéfica influencia que ejercían los frailes en aquella época. Corresponde el primero al orden público. Dejemos hablar al P. Fr. Antonio de Remesal.

"En los primeros días del gobierno de Alonso de Estrada, hubo ciertas palabras entre Diego de Figueroa, vecino

de México, y Cristóbal Cortejo, criado de D. Fernando Cortés, que salió herido de la pendencia, y sin darle lugar á que se curase, en término de una hora, sin acusación de parte, se hizo Estrada fiscal y juez, y le sentenció á cortar la mano izquierda, sin oirle ni admitirle apelación. Y al escribano que le notificó la sentencia, por harto liviana ocasión, maltrató de palabra y obra.

"Cortada la mano á Cortejo, le mandó volver á la cárcel, porque juntamente le sentenció á destierro de toda la Nueva España, para hacerle cumplir el día siguiente esta segunda pena. Temíase este colérico gobernador de que D. Fernando Cortés, que había sentido, como era razón, la desgracia de su criado, procurándola vengar, ya que no la podía deshacer, se volviese contra él. Y tomó á censo otra inconsideración, y envió á notificar á D. Fernando Cortés, que se saliese de la ciudad, y que so pena de la vida no quebrantase el destierro. Abrasóse México con este decreto, y acudió toda la ciudad á D. Fernando, ofreciéndose á impedir su salida, con todo el daño posible de quien la mandaba hacer. Pero mientras más gente acudía á casa de Cortés con este intento, él se daba más prisa á aprestarse para cumplir su

destierro: cosa que se tuvo por ejemplo digno de inmortal alabanza de D. Fernando Cortés, y de su gran valor, prudencia, y respeto á los ministros del Rey, porque estuvo en su mano usar con Alonso de Estrada, el término que había usado con él, y peor que el que ejercitó con su criado Cristóbal Cortejo."

A este extremo habían llegado las cosas, cuando nuestros frailes se presentan por primera vez en la capital. Hállanla dividida en dos bandos; pero en lugar de entrar á las filas de alguno y atizar la discordia, deploran esta desgracia como una horrible calamidad, y emplean todos los recursos que les ministraban su ingenio y su sagrado carácter, en conjurarla ó por lo menos aplicarle algún remedio. "Rogaban á unos, suplicaban á otros, ponianse de rodillas á los pies de quien querían persuadir dejase el enojo contra su prójimo, y si era menester, sacaban del corazón lágrimas vivas, testimonio de su gran caridad, para mover á más compasión de los daños que de no hacer lo que pedían, se podían seguir. Ejercitáronse en esto muchos días hasta dar fin a la guerra civil, que se trazaba por el destierro de D. Fernando Cortés, el P. Fr. Tomás Ortiz y el P. Fr. Domingo de Betanzos.

que de todos sus compañeros eran los que más salud tenían. Y por orden suya, para confirmación de las paces, D. Fernando Cortés sacó de pila á un hijo de Alonso de Estrada, que le nació estos días: y tratándose de allí adelante los dos gobernadores de compadres (parentesco de grande unión en aquellos tiempos, y no poco celebrado en éstos), nunca jamás tuvieron diferencia alguna." ¡Qué no hayan vivido en nuestros días algunos eclesiásticos de esta especie! ¡Cuánto menores serían los males que tuviéramos que deplorar!....

El segundo de los casos á que nos referimos, mira al orden privado, y es una escena de costumbres.

En la casa del marqués del Valle, que comprendía varias de las que dan frente á la plazuela del Empedradillo, están reunidos algunos amigos de aquél, con ánimo de divertirse. Propone uno jugar, por vía de pasatiempo, y queriendo que al pensamiento corresponda luego la ejecución, arroja sobre una mesa los naipes que ya traía consigo. Opónese el marqués con otros de los concurrentes, haciendo memoria de los rayos lanzados desde el púlpito por el P. Betanzos contra los excesos del juego: hay sesudas

observaciones de parte de unos, y clamores y acaloramiento de parte de otros; mas al fin prevalece la idea de los que deseaban jugar.

Siéntanse todos al rededor de la mesa, y en breve no se oye más ruido que el de los naipes al escapar de manos del banquero, y el del oro, que circula con profusión.

Todos los rostros están desencajados, las miradas fijas en un centro común, las respiraciones fatigosas ó contenidas: no se hace uso de la palabra sino para expresar el gozo por el acierto, ó prorrumpir en desalmados juramentos por la derrota.

Entre tanto, el cielo se ennegrece: es de tarde y empieza á faltar la luz. Invade el cenit una nube inmensa, agitando sus desiguales partes como los negros miembros de un monstruo: fulmina, truena y vomita de su seno un aguacero tan copioso, que amenaza á la ciudad con un nuevo diluvio.

Los habitantes están consternados: muchos, en medio de su turbación, publican á voces sus culpas. El agua que inunda las calles, se introduce con estrépito en las casas bajas.

Entre tanto, los jugadores siguen impasibles en su malaventurado entrete-

nimiento: todos parecen ceder á una fascinación diabólica. A la luz del sol que los envolvía en una claridad apacible, ha sucedido la artificial que derrama una bujía colocada en la mesa, y que alumbra sus semblantes pálidos y descompuestos con siniestro resplandor.

De súbito el edificio todo se estremece, cruje el techo, y un rayo que cae á plomo sobre la mesa, la hace astillas...

En medio de la obscuridad, humo y polvo que siguieron á este instante indefinible, apenas se logra ver á los actores de la escena, helados de espanto, con los ojos fuera de las órbitas y tendidos en el suelo.

—¡Castigo del cielo!

—¡Favor! ¡favor!

—¡Dios mío, piedad!

Tales son las únicas palabras que se oyen en la sala luego que empieza á renacer la serenidad en aquellos ánimos conturbados.....

El día siguiente amaneció tranquilo y alegre: asomó la aurora por el horizonte, pura y divina, como una sonrisa de la naturaleza.

Todavía las calles estaban en parte inundadas y en parte cubiertas de cieno; pero en las acequias que atravesaban la ciudad, la agua espejeaba, y de trecho en

trecho ofrecía á la vista el animado cuadro de las canoas y las chalupas cargadas de verdura y flores.

Una brisa sutil, enriquecida con los perfumes de los jardines y bosques del valle, acariciaba los sentidos como una emanación del paraíso.

Los habitantes de la capital, formando corrillos, no hablaban de otra cosa sino de la tempestad pasada, y del suceso lastimoso que tan fatal pudo haber sido á Cortés y sus amigos. Alegrábanse, sin embargo, al saber que ninguno había padecido grave daño. Y como todas las impresiones se borran pronto del corazón, desvanecido el temor de la víspera, volvían á su puesto la tranquilidad y la confianza.

Pero mientras los pacíficos vecinos se entregaban sin zozobra á las delicias del presente, ocurría en el convento de Santo Domingo algo que llamaba la atención.

Arrodillados ante un fraile se veían en el claustro algunos caballeros engalanados con primor.

Era el fraile un anciano pobremente vestido, pero de un rostro venerable en que asomaba la limpieza de corazón; uno de esos rostros modestos y animados á un tiempo, que como el de algunos bien-

aventurados que admiró el Dante, insinúan la caridad, "visi á caritá suadi."

Los caballeros inclinan la frente y clavan los ojos en el suelo, atreviéndose apenas á desplegar los labios.

Rodeado de ellos el anciano permanece en pie, con los brazos cruzados, mirándolos con amor.

Tras algunos instantes de silencio, uno de los caballeros, el que entre todos parece de más autoridad, toma la palabra para manifestar que vienen con objeto de confesar una falta y pedir á Dios perdón. Entregáronse al juego el día anterior: profirieron varios juramentos; se olvidaron del cielo; pero el cielo tronó contra ellos, desató uno de sus rayos, y este rayo antes fué de misericordia que de ira, porque sólo sirvió para hacerles conocer su error y encaminarlos al arrepentimiento. Ruegan por lo mismo al anciano que implore por ellos la divina clemencia.

Este anciano era Fr. Domingo de Betanzos.

V

No son hombres los indios

Tal es el prestigio saludable de que rodean al hombre las sólidas virtudes. Pero nuestro apóstol no se aprovechaba del suyo sino para bien de sus semejantes, y especialmente de los oprimidos, los desdichados indios, cuyos padecimientos aliviaba siempre que estaba en su mano. Aunque ajeno á la política por razón del ejercicio de su ministerio, no lo estaba á la compasión que excitan las miserias de la especie humana, cuando son causadas por los errores ó la mala fe de los que tienen en su poder la felicidad ó desgracia, la vida ó la muerte de los hombres. Entre el partido del tirano y el del siervo no era dudosa su elección.

Más de una vez tuvo ocasión de demostrarlo; pero ninguna con más veras que cuando cegados los encomenderos por su sórdida codicia, no sólo vejaban á los indios, sino que para hacerlo á mansalva y establecer la servidumbre sobre inalterables bases, llegaron á idear la mayor ofensa con que podían zaherirlos, negándoles la racionalidad. "No son hom-

bres los indios, se oyó decir por todas partes: apliquémoslos al trabajo con dureza, y si perecen abrumados bajo el yugo, al fin son bestias."

El buen sacerdote quedó mudo de estupor al escuchar tales palabras que envuelven un concepto tan injurioso á la dignidad humana. Escandalizado de que hombres que blasonaban de cristianos las profiriesen y divulgasen, sintió conmovido su corazón de una manera extraña; y ardiendo en un celo de que sólo es capaz el hombre en los más floridos años de su vida; por la honra de la religión que ha proclamado el santo dogma de la unidad de nuestra especie; por la honra del nombre español, comprometido ante el tribunal inapelable de la historia y la filosofía, resolvió oponerse con todas sus fuerzas, con la omnipotencia de la virtud y la palabra, á la adopción y propagación de tan absurda y sacrílega doctrina.

Y consiguió su objeto.

Empuñaba á la sazón las riendas del gobierno de esta provincia. La influencia que le daba el puesto, acrecentaba la que ya antes ejercía por sus demás merecimientos. Siendo esto así, ni había dificultades que no desatara su ingenio, ni estorbos que su caridad no removiera;

y apadrinando la causa de los mexicanos como si fuera propia, lo que en favor de ellos no conseguía en el púlpito, lo intentaba en las conversaciones privadas con los encomenderos, interponiendo la mediación de sus comunes amigos, patentizando el error con argumentos vigorosos y avasallando por fin las voluntades.

Hizo más.

Persuadido de que una declaración de la Santa Sede sobre este particular, sería decisiva, envió á Roma á solicitarla al P. Fr. Bernardino de Minaya, varón docto é infatigable en las tareas apostólicas. Sus instrucciones se redujeron á pedir "declaración de que los indios son hombres y capaces de sacramentos."

Minaya apresuró su viaje, y sin detenerse más de lo preciso en los puntos de su tránsito, llegó á Roma y obtuvo de Paulo III, sin tropezar con el menor inconveniente, lo que pretendía.

Consta la declaración de S. S. en una bula, que por no ser conocida de todos nuestros compatriotas, nos parece que no será mal vista en este lugar. Por ella se vendrá en conocimiento que si algunos Papas comprometieron su dignidad por la ambición y aún la codicia; si el gobierno temporal y los cuidados que

exige les hicieron no pocas veces perder algunos palmos en la consideración universal, nivelándolos con los demás reyezuelos de Itatlia; si el tráfico de las cosas sagradas en que empleaban una mano, impedía á la otra empuñar bien el cayado del pastor, y finalmente, si el esplendor de la tiara llegó á poner en olvido la aureola de santidad que circundaba la venerable frente de los inmediatos sucesores de San Pedro, no obstante es menester convenir que una de las glorias del pontificado ha sido el velar sobre la libertad de los pueblos, fulminando anatemas contra los tiranos, y que si alguna vez fomentó la sed de conquistas de los reyes, nunca prestó su ascenso á la violación de los sacrosantos fueros de la humanidad.

El documento á que nos referimos, traducido del latín, es del tenor siguiente:

"Paulo Papa III. A todos los fieles cristianos que las presentes letras vieren, salud y bendición apostólica. La misma verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, cuando enviaba los predicadores de su fe á ejercitar este oficio, sabemos que les dijo: "Id y enseñad á todas las gentes." A todas, dijo, indiferentemente, porque todas son capaces de re-

cibir enseñanza de nuestra fe. Viendo esto y envidiándolo el común enemigo del linaje humano, que siempre se opone á las buenas obras para que perezcan, inventó un modo nunca antes oído, para estorbar que la palabra de Dios no se predicase á las gentes, ni ellas se salvasen. Para esto movió algunos ministros suyos, que deseosos de satisfacer á sus codicias y deseos, presumen afirmar á cada paso que los indios de las partes occidentales y las del mediodía, y las demás gentes que en estos nuestros tiempos han llegado á nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos á nuestro servicio como animales brutos, á título de que son inhábiles para la fe católica; y so color de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre, y los afligen, y apremian tanto, que aún la servidumbre en que tienen á sus bestias apenas es tan grande como la con que afligen á esta gente. Nosotros, pues, que aunque indignos, tenemos las veces de Dios en la tierra, y procuramos con todas fuerzas hallar sus ovejas, que andan perdidas fuera de su rebaño, para reducirlas á él, pues es este nuestro oficio, conociendo que aquestos mismos indios como verdaderos hombres, no solamente son capaces

de la fe de Cristo; sino que acuden á ella corriendo con grandísima prontitud, según nos consta; y queriendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos y declaramos, que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí adelante vinieren á noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no están privados ni deben serlo de su libertad, ni del dominio de sus bienes; y que no deben ser reducidos á servidumbre: declarando que los dichos indios y las demás gentes han de ser atraídos y convidados á la dicha fe de Cristo, con la predicación de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación se hiciere, sea en sí de ningún valor ni firmeza: no obstante cualesquiera cosas en contrario, ni las dichas, ni otras en cualquier manera. Dada en Roma, año de mil y quinientos y treinta y siete, á los nueve de Junio, en el año tercero de nuestro pontificado"

Con declaración tan solemne alcanzó Betanzos una victoria que ya nadie se atrevió á disputarle. Los pasos anteriores de su carrera envangélica nos revelan la celsitud de su carácter, siendo

otros tantos títulos que le hacen digno de eterno galardón; pero este fué y será siempre su mejor timbre.

VI

Nuevas Empresas.—Ultima peregrinación

La planta había arraigado y era ya un árbol que crecía vigorosamente, albergando en su frondosa copa á las aves del cielo, y convidando con su sombra al cansado peregrino. Sin embargo, era menester que al rocío bienhechor que desciende de las regiones del bien, se asociara el riego del hombre para que las raíces no sólo profundizasen en la tierra, sino que se extendieran por todas partes, echando hijos que llegaran á ser con el tiempo otros tantos árboles excelsos.

Betanzos comprendió esta necesidad, y se dedicó á satisfacerla con un cariño verdaderamente paternal. Fundado estaba el edificio de su religión: veíase enarbolado en la cima el magnífico estandarte donde había escrito "Amparo y protección á los desvalidos." Pero era menester que esta enseña flamease en los más remotos

ángulos del territorio nacional, y que la divisa fuese conocida de todos sus habitantes.

Para lograrlo, el buen fraile no sólo emprendió viaje á Guatemala y fundó el primer convento de aquella provincia, como se ha dicho, sino que procuró y realizó el establecimiento de otros en las cercanías de México, y aun en los distritos más lejanos como la Mixteca, enviando á este fin á los religiosos que conceptuaba más inteligentes, activos y virtuosos.

Fruto de este celo, merecedor de toda alabanza, fué por de pronto el convento de Tepetlaoxtoc, dedicado á Santa María Magdalena.

En seguida, y cuando vinieron de España otros ocho religiosos, fundáronse las casas de Oaxtepec, donde aprendieron la lengua mexicana, y sucesivamente las de Chimalhuacán, Chalco y Coyoacán. En una palabra, el año de 1591 teníian ya los religiosos dominicos en nuestro país sesenta y seis casas, con el competente número de conventuales, en las que se enseñaban las lenguas indígenas habiendo algunas que sabían hasta siete, y predicaban en todas con notable maestría.

Mas perdamos de vista por un momen-

to el principio y adelantos de la orden dominicana en México, para seguir al P. Betanzos en sus últimos días. De ninguno más propiamente que de este hombre venerable se pudo decir que su vida fué una peregrinación sobre la tierra; aunque si se fija la atención en las muchas que hizo y en los bien sazonados frutos que de ellas obtuvo, se deberá concluir, ó que en él han vivido al mismo tiempo otros hombres, ó que supo con las obras multiplicar su existencia hasta el grado de hacerla equivalente á la de muchos.

Esto, que se presenta con visos de paradoja, es realmente una verdad para quien estudia su vida. Desentendiéndonos esta vez del período de su juventud, ya de su yo interesante por las eminentes virtudes que en él ejercitó, y tomando el hilo de su historia desde que dejó el convento de San Esteban para venir á América, ¡cómo no admirar á un hombre á quien el exceso de vida obligaba á entrar y discurrir por distintos senderos, si bien para llegar á un solo término, hubo de sentir en su alma un vacío que no podía llenar sino lo infinito, y he aquí por qué desplegaba esa actividad inagotable, siempre creciente, siempre eficaz y bien dirigida, que le hacía adoptar no un medio solo, sino muchos, para con-

seguir el fin que se proponía: por esto aparece su vida una y múltiple; su carrera abraza al mismo tiempo otras carreras, y la aptitud que tiene para una la acredita para todas: por eso le vemos en el claustro perfecto cenobita, en la predicación ardiente apóstol, en la ciencia letrado distinguido, y en la sociedad cristiano severo y filántropo sublime.

Pero el noble viajero se acercaba á la meta, que había tenido siempre á la vista, y cansado del camino, sólo deseaba reposar en el Señor. Todas las épocas de su vida están señaladas por otras tantas peregrinaciones, y le había llegado su vez á la última. Cuando joven, le vemos dejar á Salamanca, donde su virtud podía suscitarle peligros, y encaminarse á Roma: de allí parte á sepultar esta misma virtud en el retiro de la isla de Ponza: cinco años después regresa á Salamanca y viste el hábito de Santo Domingo en el convento de San Esteban: en seguida toma el báculo y las sandalias para dirigirse á San Lúcar, donde se embarca rumbo á la Española: de esta isla viene á México; de aquí va á fundar su orden á Guatemala; vuelve luego que ha llenado cumplidamente su objeto, y emprende de nuevo su camino

á Roma para solicitar de la Santa Sede la independencia de la provincia de México de la de la Española, que pretendía tenerla sujeta. Pasado algún tiempo, le vemos aquí de regreso, dedicado, como antes, á sus tareas evangélicas. Y cuando agobiado por los años, pero no abatido, esperaban todos los que tenían la fortuna de conocerle que exhalaría en esta tierra el último suspiro, quedan atónitos al observarle emprendiendo una nueva peregrinación en compañía del P. Fr. Vicente de las Casas. ¿A dónde dirige sus pasos el anciano apóstol?

Fijos lleva los ojos en el Oriente, donde brilla una luz divina que le embriaga y atrae con mágia irresistible. ¿Será la imagen de la patria que hermosa y radiante como un ángel le invita á morir en su regazo? Pero el discípulo de San Pablo no tiene más patria que el suelo donde hay hombres que gimen. Otro es el imán que ejerce en su alma tanto imperio; otro el lucero cuyos fulgores le hechizan.

Allá en las regiones de la aurora contempla una tierra sagrada, objeto del culto y de las bendiciones del mundo; tierra de amor y prodigios, sembrada de tiernas memorias, y teatro donde se representó el drama inefable de la reden-

ción del género humano..... Allá le llevan sus ansias, quisiera volar en alas de su anhelo. y despreciando la cárcel del cuerpo, su mente salva las distancias. Quiere regenerarse en las linfas del Jordán y apagar la sed en los ríos que nacen del Edén perdido; quiere aspirar las brisas impregnadas del olor de los cedros del Líbano, contemplar en su majestuoso aislamiento á la ciudad deicida, y meditar á la sombra de los olivos seculares que inclinaron sus ramas para acoger la tristeza y sublime agonía del Hombre-Dios; ¡quiere morir en la Tierra Santa!

Pero quiso Dios llamarle á sí antes de que se cumplieran sus deseos. Embarcóse para España; navegó con próspero viento, y en el mes de Julio de 1549 aportó á San Lúcar. Continúa su camino, sin encontrar el más mínimo estorbo, y con esto cobra nuevos bríos su esperanza; mas al llamar á la puerta del convento de San Pablo en Valladolid, se siente gravemente enfermo, y algunos días después deja de existir para el mundo.

Refiérese que poco antes de expirar, ocupado todavía en la suerte de los indios, anunció en tono profético su completa desaparición, "de suerte que antes

de muchas edades se había de preguntar de qué color eran los que vivían en estas tierras antes que los españoles viniesen á ellas." ¡Tales serían los tratamientos que recibían entonces de parte de los nuevos señores de este continente! Y nosotros ¿hemos hecho lo posible por impedir ó á lo menos aplazar el cumplimiento de esa profecía? ¿Qué deben los hijos de la raza conquistada á los actuales descendientes de los conquistadores? Ya no existen los repartimientos, ¿pero ha desaparecido la servidumbre de las haciendas? Los progresos de la civilización han hecho pedazos la vara del encomendero, mas ¿quién piensa romper el látigo del mayordomo? ¿Quién se propone de buena fe disipar la nube de ignorancia que envuelve á la clase indígena? ¿Dónde están las escuelas gratuitas que se hayan fundado en los pueblos para instruirla? ¿Quién de nuestros gobiernos ha pensado enjugar sus lágrimas y respetar sus dolores, esos dolores íntimos y silenciosos que sobrelleva sin murmurar? ¡Libertad y reforma! ¡Religión y fueros! ¡Progreso! ¡Garantías!.... Palabras huecas para nosotros, sonsonete de voces cuyo sentido es arbitrario, sombras sin substancia, máscaras de ideas sin ideas. Los crédulos, los embaucado-

res, y también los amantes de la verdad, salgan de las capitales y vean qué son las instituciones en un pueblo de indios. La libertad es allí el trabajo forzado y la explotación del hombre por el hombre; las garantías son la leva; el progreso es el **statu quo** de la ignorancia; la reforma el **requiescant in pace** de los abusos; la religión, la idolatría.

¡Oh!, en medio de tantos declamadores sin meollo, de tantos hombres de Estado que no han salido de garitas, de tantos apóstoles sin fe ni caridad; en medio de las entidades que se disputan el poder como una presa, de la afluencia de ambiciones ridículas ó descabelladas, de los proyectos absurdos, de las miras innobles y de los principios-pretextos; en medio de los sepulcros blanqueados de la política, ¡cuán satisfactorio es apartar la vista del mezquino panorama del presente, y salvando horizontes más limpios, llegar á una edad remota, transladarse á un recinto sagrado y asistir á los últimos instantes de hombre humilde, que ha empleado la vida en bien de sus semejantes, sin ostentación ni esperanza de recompensa! ¡Cuán grato es observar que en aquella hora suprema, su último pensamiento es para la humanidad, y el último suspiro que exhala para una raza oprimida!

La noticia de la muerte de Betanzos se propagó en España y América, con la rapidez del relámpago, y en todas partes se consideró la pérdida de este hombre como una calamidad. Valladolid se conmovió, y todos sus moradores se agolpaban á las puertas del convento pidiendo á voces que se les permitiera contemplar los restos del varón esclarecido, muerto en olor de santidad. Dificultad hubo en evitar que no acabasen por dejar desnudo su cuerpo venerable, pues tanto así era el empeño que cada uno tenía en quitarle un retazo de sus vestidos, para conservarle como sagrada reliquia, reliquia del santo apóstol mexicano. como entonces le llamaban.

Así acabó sus días este hombre singular. Consagrado á las tareas apostólicas de una manera exclusiva, si bien atesoraba buenos conocimientos en todas materias, apenas tuvo tiempo para escribir. La única obra suya que ha llegado á nuestra noticia, tiene por título "Adiciones á la doctrina cristiana, que compuso F. Diego de Córdova."

Pero sujetos como el héroe de esta historia, no han menester estampar su nombre en la portada de un libro para legar su memoria á la posteridad. Fresca y suave la guardarán los siglos como un perfume del cielo. Nosotros hemos

aspirado ese perfume delicioso, y aún sentimos en el alma un gozo que no se disipará jamás. La vida de Fr. Domingo Betanzos, es la de un modesto religioso, pero un religioso ajustado á los preceptos del antiguo instituto, y á las exigencias de todas las sociedades y de todos los tiempos: resplandece en ella el verdadero discípulo de Jesucristo, digno de estima por las obras y por los subidos quilates de la virtud. Al seguirla en todo su curso y peripecias, el corazón no puede menos de prendarse de un hombre que tan ardientemente profesaba el culto de Dios y de la humanidad, llevando el amor divino hasta la abnegación, y el de sus hermanos hasta el sacrificio

---

VII

Calamidades

En el cuadro cuyo velo vamos poco á poco descorriendo, todas las figuras son bellas, todas subyugan al alma, porque muestran en la frente el sello de la virtud. Y aunque la del P. Betanzos es entre ellas la más descollante, quedan otras de segundo orden no menos amables, que irá contemplando el lector en el cur-

so de esta narración. Pero así como no hay pintura sin sombras, ni grande efecto artístico sin contraste, no faltó al lado de los religiosos eminentes, cuya vida estudiamos, un mal fraile, una figura siniestra y mezquina, que realza el mérito de las otras en el hermoso grupo de los primeros fundadores de nuestro convento.

Era este desgraciado, (de cuyo nombre no quiso acordarse el cronista, y será bien que respetemos su olvido) un joven adinerado de esta capital, que errando de medio á medio la vocación, y cediendo á un entusiasmo pasajero, tomó el hábito de Santo Domingo.

Durante el año del noviciado, mostró felices disposiciones para la vida á que se consagraba, y ni el monje más austero hubiera observado un levísimo lunar en su conducta; mas apenas transcurrieron algunos meses después que hizo la profesión solemne, cuando empezó á descubrir su verdadero carácter, que era el reverso del que había manifestado. Comenzó por desobedecer á los superiores, siguió por burlarse de sus piadosas amonestaciones, y acabó por insultarlos de un modo acerbo, y entrar frenético en la carrera del libertinaje y escándalo.

Llegado á este extremo, deploraron los religiosos sus yerros, sin pretender que

se redujese á buen camino, porque lo consideraron inútil; y la determinación que tomaron todos, de común acuerdo, fué despojarle de un hábito que era indigno de vestir, y echarle ignominiosamente á la calle, como lo verificaron. ¡Mengua eterna á los hombres que por un malquistarse, vuelven los ojos á un lado para no ver los abusos! ¡Honra y prez á los que, arrostrando los peligros del escándalo, antes quisieron mostrar que se habían equivocado en su elección, que abrigar una serpiente en su seno!

Mas no deseaba otra cosa el fraile libertino, y una vez desbocado por el carril del mundo, no tuvo límites su corrupción. La capital fué ya un círculo estrecho para su vida licenciosa, y acompañado de dos jóvenes perversos como él, á quienes erróneamente apellidaba amigos, parte á lejanas tierras á hacer gala del asqueroso cáncer que le devoraba.

Desde este punto se pierde el hilo de su historia, y no le hallaremos sino hasta algunos momentos antes de su muerte, ocurrida en Tabasco. Solazábanse los tres compañeros á orillas de un río caudaloso. Era la siesta: las aves se acogían al follaje de los árboles para escudarse contra los rayos de un sol tropical; apenas tienen aliento para confiar al aire alguna que otra melodía. Las flores de las

márgenes se inclinan desmayadas por el calor, y no se mueven sino al pasar alguna brisa perdida, que suena entre las hojas como un suspiro de soledad

Entre tanto, los jóvenes, recostados sobre la grama, veían espejarse las copas sombrías, y las cortinas de lianas intrincadas y caprichosas. Vaga el río mansamente, ostentando una superficie tersa y cristalina, como una alma sin doblez. El cielo, de un azul claro donde juega la luz diamantina, también se retrata en aquella agua purísima, ofreciendo la imagen de una vida tranquila, dedicada al cumplimiento del deber. Los tres espectadores se gozan en aquel cuadro, sin hablarse; dos de ellos recogen en el fondo de su corazón el placer inefable que gota á gota se desprende de los objetos; pero el otro pasa adelante con la consideración; piensa en su destino, y de recuerdo en recuerdo llega hasta los días serenos de su niñez, embellecidos por el cariño maternal, por los contentos embelezadores de la familia y por el entusiasmo religioso que Dios hace gustar á la inocencia. Piensa después en los extravíos de su juventud, y entonces el remordimiento suscita en lo íntimo de su alma una tempestad horrible que le hunde en la desesperación: quiere un instante volver al sendero de la virtud, mas lue-

go se arrepiente, cree delirar, y ríe y se burla de sí mismo.

En este instante brota del río un ruído extraño; la superficie se turba, formando olas que avanzan hasta la orilla, y en medio del agua transparente aparece un mónstruo que se dirige hacia los espectadores nadando, y con los ojos hechos brasas. Es un enorme cocodrilo.

Al verle aquéllos, dan un grito de terror y emprenden la fuga á todo correr; pero el terreno escabroso y casi escarpado, opone un obstáculo invencible á la soltura de sus movimientos, y el reptil espantoso que los sigue no descansa hasta hacer presa en el que se queda atrás á quien despedaza y devora.

Este infeliz no era otro que el fraile renegado, cuya vida y lastimoso paradero deploraron los dominicos, como una calamidad.

Con otra quiso afligirlos la Providencia, que en aquellos tiempos de fe sincera y de gran fervor religioso, se tuvo por un azote del cielo.

Hallábase en Guatemala Fr. Domingo Betanzos, y el religioso que durante su ausencia había quedado haciendo las veces de Prior en el convento, quiso decir misa cierto día muy de mañana, y antes del amanecer se encaminó á la iglesia. No celebraba el santo sacrificio

sin prepararse con un rato de oración, y acostumbraba hacerla delante del sagrario. Llegóse en esa ocasión á un sitio próximo al altar; ¡mas cuál sería su asombro al notar que la puerta del sagrario estaba abierta, y los objetos contiguos en desorden! Acércase, registra, y helado de espanto ve que falta la urna en que estaba guardada la custodia.....
—¡Robo sacrílego!, ¡se han llevado al Santísimo Sacramento!, ¡el Señor castiga en nosotros alguna grave culpa!...
Tales fueron las exclamaciones que resonaron por todo el convento, y que pronto tuvieron eco en la ciudad. Día fué este de luto y consternación para los frailes, no menos que para los vecinos todos.

Salieron los primeros, y voz en cuello, con las mejillas humedecidas en llanto, publicaban por calles y plazas el desgraciado suceso, dando á conocer muy á las claras que no había medio humano que los sacase de aquella tribulación. Dispusieron, por tanto, de acuerdo con las autoridades, implorar la piedad divina en un acto solemne á que concurriesen todos los habitantes, por ver si con este arbitrio lograban conmover las entrañas del impío que cometiera tan abominable desacato, y le decidían á con-

fesar su crimen, así como á entregarles la custodia.

En consecuencia, se hizo el día siguiente una procesión de sangre, á la que asistieron los principales vecinos, la audiencia y el marqués del Valle, que no dejaba pasar ocasiones como esta sin aprovecharlas, para acreditar más y más su amor á la religión y el gran respeto con que miraba á los padres dominicos. En ella salieron éstos, descalzos y con la cabeza cubierta de ceniza, asociados á los franciscanos, y todos presididos por el P. Fr. Martín de Valencia, que al mismo tiempo iba predicando. Adoptó por texto las palabras "quem quoeritis?" que dirigió Jesucristo á los judíos que venían á prenderle, y desarrollando todo su sermón sobre ese tema, hacía derramar abundantes lágrimas al auditorio.

Tal fué el modo con que procuraron aquellos frailes sencillos, reparar el sacrilegio. La autoridad, por su parte, hizo también lo posible por descubrir al criminal, pero en vano; todo el fruto que dieron sus pesquisas, fué el haber hallado á orillas de la laguna varios fragmentos de la urna susodicha.

La tercera de las calamidades que nos hemos propuesto referir, no cayó directamente sobre el convento de Santo Domingo; pero siendo un suceso pertene-

ciente á la historia general del país, en que figuran los religiosos á un tiempo como víctimas y como ángeles de caridad, sería culpable omisión no consagrarle algunas líneas. Para esto, nos transladaremos al año de 1575.

Algunos antes, habían celebrado los españoles el quincuagésimo de la toma de la capital, con públicos festejos, en que tuvieron participio los indios, como si quisiesen demostrar que, olvidados de sus antiguas glorias, no daban ya ningún valor al holocausto de su independencia, y más bien se afanaban en adornar con rosas el yugo que los oprimía. Depuesta la actitud hostil que no pocas veces habían manifestado recién hecha la conquista, empezaban á complacerse en el letargo que produce la costumbre de la esclavitud, y ya sólo apetecían una paz no interrumpida. Pero el cielo, que miraba su envilecimiento con desdén, iba á mandar sobre ellos, no los desastres de la guerra, pero sí los males de una plaga más terrible.

A la aprición de un cometa sucedió un día la de las parelias, que se vieron desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. De aquí tomó ocasión el vulgo para hacer anuncios funestos, y el resto del año se pasó en continuos sobresaltos.

Mas por una de aquellas raras coincidencias que se efectúan en el orden de los humanos sucesos, el siguiente año vino á justificar los temores que se habían concebido. Una peste horrible empezó á desarrollarse entre los naturales, con tal vehemencia, que para curarla no bastaban los muchos médicos que había, y aunque éstos se hubieran multiplicado, no hubieran sido de provecho, siéndoles incógnita la causa y sus remedios. "No sabemos (dice el P. Cavo, de quién es esta noticia) en qué lugar haya comenzado, pues los autores lo callan. Lo que consta es que por más de seiscientas leguas desde Yucatán hasta los Chichimecas, corrió con tal mortandad de los naturales, que en la historia de México no tiene ejemplar.

"Entrada la primavera, sin haber precedido causa alguna, comenzaron los mexicanos á sentir fuertes dolores de cabeza, á éstos sobrevenía calentura, que les causaba tal ardor interior, que con las cubiertas más ligeras no podían cobijarse. Nada los recreaba más que el salir de sus pobres casas y echarse ó en sus patios ó en las calles, lo que hacían los que carecían de asistencia: á esto se agregaba una perpetua inquietud, y sobreviniendoles flujo de sangre á las narices, á los siete ó nueve días morían. Si alguno, por

dicha, escapaba de este fatal término, quedaba con tal debilidad, que á cada hora temía la muerte.

"Ninguna casa de los mexicanos fué exenta de esta calamidad, por haberse pegado la peste de unos á otros, y esta fué la causa del grande estrago que hizo. Aquellos que ó no tenían deudos que los asistiesen, ó cuyas familias todas estaban contagiadas, no teniendo quien les ministrara aquel corto alimento de atole, como llaman en México, ó de poleadas de maíz, morían de hambre; y fueron tantos los que murieron por esta causa, que acaso á los principios, mayor estrago hizo la necesidad que la peste. Esta no perdonó sexo ni edad, y causaba horror entrar en las casas de los apestados y hallar á los moribundos niños entre los cuerpos de sus difuntos padres.

"Los mexicanos, casi atónitos con aquel improviso estrago, como si su raza hubiera entonces de acabarse, caían en una profunda melancolía que les era fatal. Mexicanos hubo que se contagiaron de miedo. A la verdad, este azote de la divina justicia tenía tan maligno carácter, que no se puede explicar, y por lo mismo, pareció cosa extraña, mucho más teniendo la singularidad de que contagiándose casi todos los naturales, los españoles é hijos de ellos gozaban de salud.

"El Arzobispo, que era á la sazón Don Pedro Moya de Contreras, y el virrey Don Martín Enríquez, cada uno por su parte pensó en levantar hospitales en que se curaran los apestados; pero imposibilitado este arbitrio por ser la peste general, llamaron según conjeturo á los médicos más insignes y los exhortaron á que averiguada la causa, aplicaran los remedios convenientes; pero éstos, después de muchas juntas y repetidas disecciones de cadáveres hechas en el hospital Real por el Dr. Juan de la Fuente, nada determinaron, pues en los anatomizados no observaban sino hinchazón en el hígado, y así, jamás atinaron con los remedios: lo que á los unos sacaba de las fauces de la muerte, aplicado á otros les abreviaba la vida: las sangrías y demás auxilios del arte, nada aprovecharon.

"Viendo esto el Arzobispo, llamó á los superiores de las religiones y les encomendó el cuidado de los apestados. Encargados éstos, conforme al número de sujetos que tenían, los padres franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas, se distribuyeron por aquellos barrios de los indios, de esta manera: los unos llevaban los alimentos y medicinas; otros oían sus confesiones, les administraban el viático, extremaunción y los exhortaban á morir cristianamente: en

seguida venían otros que sacaban de las casas los cuerpos muertos, y llevaban á enterrar á las iglesias vecinas: esto se hacía á los principios; pero después, cuando la mayor parte de los naturales estaba contagiada, en los cementerios, que por lo común están delante de las iglesias, se abrían profundas fosas en donde les daban sepultura eclesiástica.

"Tuvieron gran parte en el piadoso trabajo de asistir á los apestados, no sólo los clérigos, sino también los seculares; pero sobre todos, las matronas, mujeres é hijas de españoles, que se mostraron en esta ocasión madres de los desvalidos indios; corrían éstas acompañadas de sus criadas por aquellos barrios, de casa en casa, limpiando las horruras de los enfermos. Conociendo, como era verdad, que la incuria y desaseo eran causa de tanto mal, los proveían de ropa limpia y les suministraban los alimentos más delicados que su caridad les sugería; y como para el cuidado de los enfermos están dotadas de particular gracia, á muchos libraron de la muerte.

"Esta asistencia poco más ó menos tuvieron los indios en las poblaciones donde había muchos españoles; pero en aquellas en que sólo ellos habitaban, todo el cuidado de los apestados cargó so-

bre los curas, religiosos, que salían de sus conventos ó casas al amanecer, gastando el día en administrar los sacramentos, enterrar á los muertos y llevar la comida y remedio á los enfermos, ni volvían á sus casas sino al Ave María. Este continuado trabajo fué la causa de que muchos murieran. Cuántos hayan sido éstos, se ignora. Se sabe solamente que de los Padres Franciscanos murieron muchos, ocho de los Padres dominicos y uno que fué el Rector de los Padres Jesuitas. Y de verdad me es muy sensible que escribiendo la historia de México, no pueda dar razón individual de tantas víctimas de la caridad que nos dejaron tan buenos ejemplos. Es de notar que estos celosos ministros no fallecieron de peste, pues como antes dijimos, ningún español se contagió sino de otra enfermedad parecida á esta, originada del excesivo trabajo y hálito pestilente de los enfermos

¡Sea cual fuere el nombre de esas víctimas sagradas, bendito sea! Erígense monumentos suntuosos á los conquistadores; se repiten de una en otra generación los nombres de los bárbaros, que por saciar la ambición ó la codicia, derraman la sangre de sus hermanos; apláudense los crímenes de los grandes

guerreros de oficio, hienas vestidas de hombres, asesinos con disfraz de galones, que en el vocabulario de los necios se llaman héroes, ¡y se condenan al olvido los nombres de los atletas de la virtud, que dan gustosos la vida por salvar la de sus semejantes! ¡y la posteridad tiene que preguntar en vano quiénes fueron los mártires de la caridad!... ¡Almas sublimes!, ¡piadosos desconocidos!, ¡gozad en vuestra esfera de soles la eterna recompensa debida á los grandes méritos! No habéis menester para vuestra gloria ni los mezquinos recuerdos ni los tibios homenajes del hombre; ¡mas plegue al cielo que vuestro ejemplo tenga siempre muchos imitadores!, ¡plegue al cielo que sepamos todos aprovecharnos de la lección que nos dáis en vuestra vida!

VIII

Nuevo Servicio.

Hubo antes, en 1545, otra peste, que también atacó solo á los naturales, y en los seis meses que duró, hizo desaparecer cinco partes de la población de esta

raza, aunque Dávila Padilla asegura que no fallecieron más que ochocientos mil individuos. En ella prestaron los dominicos los mismos servicios eminentes que en la referida poco antes. Además, en este año se señalaron por otra acción de más valía, que no debemos pasar en silencio.

Ya se ha dicho cuánto trabajó Fr. Domingo Betanzos por la libertad de los indios. Pero los insignes triunfos que alcanzó sobre los interesados en mantener la esclavitud, sólo sirvieron al principio para exacerbar las malas pasiones de éstos, y si bien pudo afirmarse que había salido vencedor en teoría, los encomenderos se encargaron de probarle que era fácil y hacedero frustrar sus miras en la práctica. Los repartimientos seguían en vigor, y conforme al antiguo sistema.

Verdad es que por influjo del venerable Las Casas, el emperador había prevenido en una ley "que se tuviera cuidado de que los españoles trataran bien á los naturales, pues eran tan libres como ellos; pero tanto ésta, como otras hidalgas disposiciones, eran eludidas por los encargados de cumplirlas, cediendo á las instancias de los muchos que pretendían seguir viviendo del jugo de las encomiendas. Ni aun la comisión del visitador Te-

llo surtió todos los buenos efectos que eran de esperarse.

No obstante, la ejecución de uno de los puntos que abrazaba, dió margen á un hecho que favoreció grandemente la causa de los naturales. El punto á que aludimos, era nada menos que la orden de convocar á los Obispos de la Nueva-España para que arreglaran lo que convenía al bien espiritual de aquellos infelices.

Juntáronse efectivamente en esta ciudad todos los Obispos, menos el de Chiapas, que ya lo era Fr. Bartolomé de Las Casas, á quien el virrey Mendoza detuvo á algunas jornadas de aquí para sustraerlo á los insultos de los encomenderos, que le odiaban como á su mayor enemigo; y si bien es cierto que de esta junta, especie de concilio provincial, á la que concurrieron igualmente los superiores de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo, nada resultó, desde luego, favorable á la mira con que se había convocado, todavía sirvió para mover la cuestión "de si era ó no, lícita la esclavitud de los indios," que se trató animosamente en otra conferencia posterior.

Tuvo ésta verificativo en el convento de dominicanos. No quiso el virrey que asistiesen á ella los Obispos, porque siendo protectores de ellos los encomenderos, se dijo que indudablemente resolve-

rían á su favor; pero sí asistieron, además de nuestros frailes, muchos otros eclesiásticos de probada virtud y ciencia, y unánimes resolvieron que por ningún título era lícita la esclavitud de los mexicanos, y que á los que hasta entonces habían estado en ella, debía darse libertad. "Esta decisión (dice el historiador antes citado) con aplauso de los naturales de Nueva-España, se publicó por toda ella, y aun por las islas, para que constara que cuanto en aquella materia habían ejecutado los españoles, era contrario al derecho divino y humano. A más de esto, los Obispos en las diversas sesiones que tuvieron, fuera de otras resoluciones que no pertenecen á esta historia, decretaron que los encomenderos negligentes en tener ministros eclesiásticos en sus repartimientos que enseñaran la doctrina cristiana y administraran los sacramentos á aquellos neófitos, fueran privados de sus encomiendas y compelidos á restituir todo lo que de ellos habían percibido, cuyo producto se aplicaría á la enseñanza de aquéllos y de otros indios"

Tal era la ingerencia que por razón de su ministerio creían deber tener entonces los eclesiásticos en la política; tales los medios de que echaban mano para conciliarse el amor y la estimación de los pueblos; tales las armas que juzgaban lícito

y conveniente blandir contra los gobernantes para obligarlos á entrar en el sendero de la justicia. ¿Quién hubiera sido osado á tacharlos en su conducta, de parcialidad vituperable? ¿Los movía algún sentimiento bastardo? Pero su interés personal y de corporación hubiera ganado más en ponerse del lado de los encomenderos. ¿Tenían mucho que esperar de los mexicanos? Al contrario; debían estar convencidos que si por ventura llegaban éstos á sublevarse contra el poder colonial y á obtener un triunfo, quedarían ellos asimismo envueltos en la ruina común. De esta manera, su interés, su tranquilidad y aun su vida, estaban vinculadas en el interés, la tranquilidad y la vida de sus compatriotas. ¿Cuál era la razón de su apego á los indios?

¡Sólo la caridad!

IX.

Fr. Domingo de Santa María

Sí, la caridad!.... La fe hace mudar de asiento las montañas; con la fe dirá el hombre á este monte arrójate al mar, y le obedecerá! pero la caridad amalgama todas las naciones para formar una sola,

tiende los brazos á todas las razas, por incompatibles que parezcan, para estrecharlas á su seno de madre, brinda á todos los pueblos los tesoros de su amor para encerrarlos en una sola familia, la humanidad: ella transforma el mundo viejo en mundo nuevo: al mundo tiranía substituye el mundo libertad; al mundo miseria y abyección, el mundo bienestar y riqueza; y al mundo ignorancia y caos, el mundo pensamiento y esplendor!

La caridad así comprendida era lo que constituía el ser moral é intelectual de nuestros primeros misioneros. De aquí ese celo inaudito con que trataban de abarcar al hombre en todas sus relaciones, y seguirle en todas las situaciones de la vida para derramar en cada una un beneficio; de aquí ese empeño altamente fecundo que convertía al misionero en instrumento de la creencia religiosa y en obrero de la civilización. Véamoslo prácticamente en Fr. Domingo de Santa María.

Bien así como Betanzos y Las Casas son los políticos por excelencia, de la Orden dominicana, el personaje de que vamos á hablar es el tipo social más acabado de que, con justicia, puede gloriarse. Nada se sabe de sus primeros años: todo lo que ha llegado á nuestra noticia, es que fué natural de Jerez de la Frontera,

y que en su juventud vino á México con su familia, que se avecindó en esta capital. En ella vivieron con honra y distinción, merced á su buen comportamiento, siendo el joven uno de los que en su clase se aventajaban en decencia y apostura.

Con tan buenas prendas estaba muy bienquisto en la sociedad, y en su porvenir le esperaba sonriendo amorosamente la fortuna; pero he aquí que cuando la vida le ofrecía más halago y seducciones, toma súbitamente la resolución de encerrarse en el claustro, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para apartarle de su idea.

Dos años después, le vemos convertido en un fraile austero y rigoroso consigo mismo, mas al propio tiempo, indulgente y amable con los demás. Imagínáronse todos que la finura de sus modales, su porte caballeroso y la estrecha amistad que le ligaba con personas de alto puesto, le hacían á propósito para residir en la ciudad, donde su permanencia podía ser provechosa á su convento: así era la verdad; pero él abrigaba pensamientos más nobles, aspiraciones más encumbradas, y profesando en toda su extensión el principio de que nadie es apóstol entre los suyos, solicita y obtiene del superior el permiso de ir á establecerse en el con-

vento recién fundado de Yanhuitlán, pueblo de la Mixteca.

Su primer cuidado allí es aprender la lengua de los naturales, en cuyo estudio llega á hacer tales progresos, que en breve no sólo fué capaz de enseñarla, sino de reducirla á reglas, y escribir en ella un tratado de la doctrina cristiana.

Una vez dueño de este vehículo, para comunicar sus ideas, comienza desde luego la serie de sus tareas evangélicas y la divulgación de los conocimientos y doctrinas que dan por resultado suavizar las costumbres, y mejorar la condición social de aquellos pueblos. El fué quien los instruyó en el modo de criar la seda, conociendo la buena disposición del clima para esa suerte de industria, y plantó él mismo é hizo plantar los morales, cuyo cultivo se esmeró en enseñar teórica y prácticamente. Perfeccionó, además, el de los nopales, y señaló los medios más á propósito para multiplicar los ganados. En una palabra, ofreciendo en una mano el alimento del espíritu, y en la otra el pan del cuerpo, transformó en pocos años el lugar de su residencia y toda la comarca, en un jardín delicioso, en una magnífica alquería.

Sin embargo, algún tiempo después, acatando una orden de su Prelado, y electo Prior de este convento, tuvo que de-

jar á Yanhuitlán, con gran sentimiento de los moradores, y volvió á México, donde residió hasta su muerte, que se verificó siendo provincial. No hace muchos años todavía, recordaban los pueblos de la Mixteca con efusión de gratitud, el nombre de su buen padre Fr. Domingo de Santa María.

X

Fr. Bernardo de Minaya

Observó muy bien el gran Humboldt, que los hijos de esa comarca son inteligentes, activos é industriosos, y esto se debe en parte á los dominicos que se establecieron en ella, los cuales convirtieron sus moradas en otros tantos focos de ilustración y de cultura.

Apóstol no de la Mixteca, sino de la Zapoteca, que linda con ella, fué el P. Minaya, y en su conducta no se desvió ni un ápice de la observada por el buen religioso cuya vida acabamos de bosquejar. Mas por cuanto se advierte una semejanza casi completa entre una y otra, excusaremos pormenores acerca de la del P. Minaya, y sólo referiremos un inciden-

te ocurrido en su viaje á los lugares donde iba á doctrinar.

El lector verá con gusto en este episodio la parte que cupo á los niños indios en la destrucción de la idolatría, y en la propagación del Evangelio. Pero cedamos el puesto al P. Motolinía, contemporáneo del suceso:

"Vino aquí á Tlaxcallan un fraile domingo llamado Fr. Bernardino Minaya, con otro compañero, los cuales iban encaminados á la provincia de Oaxyecac (hoy Oaxaca): á la sazón era aquí en Tlaxcallan guardián, nuestro padre de gloriosa memoria, Fr. Martín de Valencial, al cual los padres dominicos rogaron que les diese algún muchacho de los enseñados, para que los ayudase en lo tocante á la doctrina cristiana.

"Preguntados los muchachos si había alguno que por Dios quisiese ir á aquella obra, ofreciéronse dos muy bonitos é hijos de personas muy principales: al uno llamaban Antonio; éste llevaba consigo un criado de su edad, que decían Juan, al otro llamaban Diego; y al tiempo que se querían partir, díjoles el P. Fr. Martín de Valencia:

—"Hijos míos, mirad que habéis de ir fuera de vuestra tierra, y váis entre gente que no conoce aún á Dios, y que creo que os veréis en muchos trabajos: yo

siento vuestros trabajos como de mis propios hijos, y aun tengo temor que os maten por esos caminos; por eso antes que os determinéis, miradlo bien.

"A esto, ambos los niños conformes, guiados por el Espíritu Santo, respondieron:

—"Padre, para eso nos has enseñado lo que toca á la verdadera fé: ¿pues cómo no había de haber entre nosotros quien se ofreciese á tomar trabajo para servir á Dios? Nosotros estamos aparejados para ir con los padres, y para recibir de buena voluntad todo trabajo por Dios; y si él fuere servido de nuestras vidas, ¿por qué no las pondremos por él? ¿No mataron á San Pedro crucificándole, y degollaron á San Pablo, y San Bartolomé no fué desollado por Dios? ¿Pues por qué no moriremos nosotros por él, si él fuese servido?

"Entonces, dándoles su bendición, se fueron con aquellos dos frailes, y llegaron á Tepeyacac, que es casi diez leguas de Tlaxcallan. En aquel tiempo, en Tepeyacac no había monasterio como le hay ahora, más de que se vistaba aquella provincia desde Huexotzinco, que está otras diez leguas del mismo Tepeyacac, é iba muy de tarde en tarde, por lo cual aquel pueblo y toda aquella provincia estaba muy llena de ídolos, aunque no públicos.

"Luego, aquel padre Fr. Bernardino Minaya envió á aquellos niños á que buscasen por todas las casas de los indios los ídolos, y se los trajesen, y en esto se ocuparon tres ó cuatro días, en los cuales trajeron todos los que podían hallar. Y después apartáronse más de una legua del pueblo, á buscar si había más ídolos en otros pueblos que estaban allí cerca: al uno llamaban Quauhtinchan, y al otro, porque en la lengua española no tiene buen nombre, le llaman el pueblo de Orduña, porque está encomendado á un Francisco Orduña.

"De unas casas de este pueblo sacó aquel niño, llamado Antonio, unos ídolos, é iba con él el otro su paje, llamado Juan: ya en esto, algunos señores y principales se habían concertado de matar á estos niños, según después pareció; la causa era porque les quebraban los ídolos y les quitaban sus dioses.

"Vino aquel Antonio con los ídolos que traía recogidos del pueblo de Orduña, á buscar en el otro que se dice Quautitlán, si había algunos; y entrando en una casa, no estaba en ella más de un niño guardando la puerta, y quedó con él el otro su criadillo; y estando allí, vinieron los indios principales con unos leños de encina, y en llegando, sin decir palabra, descargan sobre el muchacho llamado Juan,

que había quedado á la puerta, y al ruído salió luego el otro Antonio, y como vió la crueldad que aquellos sajones ejecutaban en su criado, no huyó, antes con grande ánimo les dijo:

—"¿Por qué me matáis á mi compañero, que no tiene él la culpa, sino yo, que soy el que os quito los ídolos, porque sé que son diablos y no dioses? Y si por ellos los habéis, tomadlos allá, y dejad á ese que no os tiene culpa.

"Y diciendo esto, echó en el suelo unos ídolos que en la falda traía. Y acabadas de decir estas palabras, ya los indios tenían muerto al niño Juan, y luego descargan en el otro Antonio, de manera que allí también le mataron. Y en anocheciendo tomaron los cuerpos, que dicen los que los conocieron que eran de la edad de Cristóbal (otro niño de quien se hablará más adelante), y llevéronlos al pueblo de Orduña y echáronlos en una honda barranca, pensando que echados alli nunca de nadie se pudiera saber su maldad; pero como faltó el niño Antonio, luego pusieron mucha diligencia en buscarlo, y el fraile Bernardino Minaya encargólo mucho á un alguacil que residía en Tepeyacac, que se decía Alvaro de Sandoval, el cual con los padres dominicos, pusieron grande diligencia; porque cuando en Tlaxcallan se los dieron, ha-

bíanles encargado mucho á aquel Antonio, porque era nieto del mayor señor de Tlaxcallan, que se llamó Xicotencatl, que fué el principal señor que recibió á los españoles cuando entraron en esta tierra, y los favoreció y sustentó con su propia hacienda, porque este Xicotencatl y Maxiscatzin mandaban toda la provincia de Tlaxcallan, y este niño Antonio había de heredar al abuelo, y así ahora en su lugar lo posee otro su hermano menor, que se llama D. Luis Moscoso.

"Parecieron los muchachos muertos, porque luego hallaron el rastro por donde habían ido, y en dónde habían desaparecido, y luego supieron quién los había muerto; y presos los matadores, nunca confesaron por cuyo mandado los habían muerto; pero dijeron que ellos los habían muerto, y que bien conocían el mal que habían hecho, y que merecían la muerte; y rogaron que los bautizasen antes que no los matasen .

"Luego fueron por los cuerpos de los niños, y traídos, los enterraron en una capilla, en donde se decía la misa, porque entonces no había iglesia.

"Sintieron mucho la muerte de estos niños aquellos padres dominicos, y más por lo que había de sentir el padre Fr. Martín de Valencia, que tanto se los había encargado cuando se los dió, y pare-

cióles que sería bien enviarle los homicidas y matadores, y diéronlos á unos indios para que los llevasen á Tlaxcallan.

"Como el señor de Cuauhtinchan lo supo, y también los principales, temiendo que también á ellos les alcanzaría parte de la pena, dieron joyas y dádivas de oro á un español que estaba en Cuauhtinchan porque estorbase que los presos no fuesen á Tlaxcallan; y aquel español comunicólo con otro que tenía cargo de Tlaxcallan, y partió con él el interés, el cual salió en el camino é impidieron la ida. Todas estas diligencias fueron en daño de los solicitadores, porque á los españoles aquel alguacil fué por ellos, y entregados á Fr. Bernardino Minaya, pusieron al uno de cabeza en el cepo, y al otro atado, los azotaron cruelmente y no gozaron del oro. A los matadores, como se supo luego la cosa en México, envió la justicia por ellos, y ahorcáronlos. Al señor de Cuauhtinchan, como no se enmendase, más añadiendo pecados á pecados, también murió ahorcado con otros principales.

"Cuando Fr. Martín de Valencia supo la muerte de los niños, que como á hijos había criado, y que habían ido con su licencia, sintió mucho dolor y llorábalos como á hijos, aunque por otra parte se consolaba, en ver que había ya en esta

tierra quien muriese confesando á Dios; pero cuando se acordaba de lo que le habían dicho al tiempo de su partida, que fué:—¿Pues no mataron á San Pedro y á San Pablo, y desollaron á San Bartolomé, pues que nos maten á nosotros no nos hace Dios muy grande merced?— no podía dejar de derramar muchas lágrimas."

En este hecho observamos dos cosas: la imprudencia de Minaya en alejar de sí á los niños para que desempeñasen una comisión de suyo peligrosa, y la reprensible falta de respeto al domicilio de los naturales. Mas de ningún modo debemos imputarlas al religioso, que en todo era guiado por la más sana intención, sino á las ideas generalmente recibidas entonces, y que formaban esta pauta invariable para la conducta así del fraile como del gobernante; por alcanzar la conversión de los infieles no hay que excusar medios, pues todos son lícitos y todos se justifican.

En cambio, este mismo P. Minaya hizo mucho bien en la Zapoteca, donde misionó, y fué uno de los que cooperaron con más empeño á la grande obra de la libertad de los indios, yendo á Roma, según dijimos, á conseguir la bula que los declaró racionales y capaces de sacramentos.

XI

Bibliografía

Mas, ¿á qué extremo iríamos á dar si dejando correr la pluma, guiada por la admiración, pretendiésemos reseñar la vida de tantos buenos religiosos, como ilustraron la orden de Santo Domingo en los primeros tiempos de su fundación en nuestro país? Los dos últimos tercios del siglo XVI forman en la historia del convento el período de su mayor esplendor, su edad de oro. Referir no ya los sucesos históricos enlazados con su existencia ó determinados por la propagación de su doctrina, sino meramente los hechos privados de sus hijos, los triunfos alcanzados en sus predicaciones, las conquistas de su ciencia sobre la ignorancia y la barbarie, la vida, digámoslo así, individual, doméstica de la orden; referir solo esto, decimos, es materia de una labor especial que no emprenderemos por no desviarnos de la senda, que seguimos, y que daría por fruto algunos interesantes volúmenes. Mas á pesar de esta consideración, no es dable pasar en silencio los nombres de varios religiosos que á los merecimientos de los que se

distinguieron en el apostolado, supieron unir la gloria de producir obras con que se honra nuestra literatura, para lo cual fueron movidos, no por la vanidad, sino por el deseo de ser útiles, participando á la sociedad los conocimientos adquiridos á fuerza de estudio y pacientes investigaciones. He aquí un catálogo de esos hombres beneméritos:

Fr. Benito Fernández.—Escribió un tratado de la doctrina cristiana en lengua mixteca.

Fr. Pedro de Feria.—Compuso una obra á que dió por título: **Confesionario Zapoteco.**

Fr. Diego de Carranza.—Nos dejó un tratado de la doctrina cristiana en lengua Chontal.

Fr. Diego de Santa María, que fué provincial, imprimió en lengua mixteca la doctrina cristiana y las epístolas y evangelios, que en opinión de su biógrafo "fué la luz que han tenido los predicadores de aquella nación."

Fr. Diego Durán, hijo de México, escribió dos libros, uno de historia y otro de antigüedades mexicanas, que es, según Dávila Padilla, la cosa más curiosa que en esta materia se ha visto; y aunque no llegaron á imprimirse en su totalidad, parte de ellos lo fué ya en la

Historia natural y moral de Indias, del Padre José Acosta.

Fr. Alejo García.—Imprimió en México el **Calendario Perpetuo.**

Fr. Juan de Córdoba.—Escribió vocabulario de la lengua zapoteca.

Fr. Francisco Alvarado.--Idem, vocabulario mixteco.

Fr. Antonio de los Reyes.—Imprimió Gramática de la Lengua Mixteca, con algunas curiosidades importantes para entender la cuenta de los años y tener luz en las historias de los indios.

Fr. Luis Rengino.—Supo las lenguas mexicana mixteca, zapoteca, mije, chochona y tarasca, y escribió en ellas algunos tratados sobre diversas materias.

Fr. Antonio Dávila—Escribió una buena gramática de la lengua mexicana.

Fr. Agustín Dávila Padilla, hermano del anterior, nació en México el año de 1562, siendo sus padres D. Pedro Dávila y Da. Isabel Padilla.—Beristáin nos da acerca de él las siguientes noticias. A los dieciséis años de edad recibió en la Universidad Literaria el grado mayor de maestro en artes, y á pocos meses, el hábito de Santo Domingo, en cumplimiento del voto que había hecho, por haberle Dios librado de perecer bajo las ruinas de una casa. Fué lector de Filo-

sofía y Teología en los colegios y conventos de Puebla y de México. El introdujo la costumbre de que sus hermanos en América llevasen el rosario descubierto por encima del escapulario, lo que no usan los dominicos de Europa. Su doctrina, celo y elocuencia le merecieron del Rey Felipe III los títulos de su predicador y cronista de las Indias, y últimamente la mitra de la iglesia primada de Santo Domingo, á donde pasó ya consagrado en 1601. Gobernó su iglesia cuatro años, habiéndose distinguido por su caridad y por haber vivido como religioso en una celda del convento de su Orden. Murió este digno prelado en la corta edad de cuarenta y dos años, en el de 1604.

Tenemos de su pluma.—**Historia de la Provincia de Santiago de la N. E. del Orden de Santo Domingo,** impresa en Madrid en 1596, reimpresa en Bruselas, 1625, fol. y en Valladolid 1634. De la primera edición es el ejemplar que posee la Biblioteca de nuestra Universidad. Escribió también "Historia de las antigüedades de los Indios." Manuscrito que cita el P. Franco en su "Segunda Parte de la historia de la Provincia de Santiago del Orden de Predicadores de la N. E."

El estilo de Dávila Padilla es sencillo,

natural y á veces ameno; en su lenguaje campea la soltura y gallardía de la buena locución del siglo XVI. La primera de las obras suyas que hemos enumerado, y es la única que conocemos, está reconocida por nuestros literatos como una de las fuentes de la historia nacional. En el mismo caso se halla la crónica de la provincia de Chiapas y Guatemala del P. Remesal. Esta, sin embargo, será consultada con más fruto por el que aspire á hacerse dueño de buenos y amplios datos acerca de la historia general de México.

En cuanto á las producciones de los demás religiosos que figuran en el catálogo antecedente, no hay más que advertir, sino que puestas á un lado las obras ascéticas, sólo hemos llamado la atención hacia las que tratan de arqueología y lenguas indígenas. La razón qúe para ello nos asiste, se comprende fácilmente. Sin pretender apocar las obras del género mencionado, en primer lugar, hemos creído que interesará más generalmente tener noticia de las colocadas en segundo, por cuanto los estudios filológicos y de antigüedades están destinados á hacer un papel muy importante en las investigaciones sobre el origen y emigraciones de las razas primitivas de nuestro continente.

Por otra parte, ellas indican la naturaleza de las labores secundarias que tomaban á su cargo nuestros misioneros, en las cuales se advierte desde luego un objeto de utilidad práctica é inmediata, como era, posesionarse de la lengua de los naturales para ponerse en contacto más íntimo con sus necesidades y remediarlas, al paso que sujetándola á reglas gramaticales, y ordenando sus elementos en forma de diccionarios ó vocabularios, la salvaban de una ruina inminente á causa de la destrucción progresiva de los que la hablaban, y la transmitían en toda su pureza á las generaciones futuras.

Remontándonos á la edad que tenemos á la vista, ¡cómo se agrada el alma en presenciar la aplicación de las facultades intelectuales y materiales que condujeron á ese resultado! Parécenos asistir á las escenas encantadoras motivadas por las primeras predicaciones evangélicas en el país. ¡Qué cuadros tan risueños!, ¡qué sencillez de costumbres!, ¡cuánta elevación en medio de la simplicidad y la pobreza! Ved ahí al misionero en medio de los neófitos; es el pastor rodeado de su grey. Acaba de hacer una conquista, la de su corazón, no para sí, mas para el cielo; acaba de obtener un triunfo

espléndido, reducirlos á la vida civil, tener reunidos en un solo pueblo á hombres que no ha mucho habitaban en las gargantas de los montes, ó en el laberinto de las cañadas, guarecidos en chozas miserables, contentos en su aislamiento, sumergidos en el fango de la superstición, y que no buscan la sociedad de sus hermanos sino para tener cómplices en las prácticas abominables de la idolatría. Pero el Ministro de paz goza en tenerlos á su lado, como un anciano patriarca al verse en medio de su numerosa descendencia, y ellos poseídos de un sentimiento generoso, gustan el mismo placer tranquilo que el viandante á la sombra de un árbol hospitalario. Ya experimentan ese bienestar inefable que trae consigo la adquisición de la verdad; ya ven ensancharse el horizonte de la vida, cuando escuchan de labios del apóstol los mágicos acentos de una religión sublime, que establece como uno de sus principios cardinales, el amor. El, entre tanto, modesto y diligente, laborioso como el ciervo activo del Evangelio, siembra y cultiva en un mismo terreno el árbol que da la vida y la tierna planta que perfuma la existencia temporal; pone en manos del indio el libro sagrado que encierra un bálsamo divino para curar las heridas de

la humanidad, y el arado civilizador con que obligará á la tierra á ser más pródiga de sus tesoros; muéstrale la senda que conduce al empíreo, y se la cubre de rosas; alecciónale en sus deberes de ciudadano; estudia sus costumbres, conserva fielmente sus tradiciones, y recoge una á una las voces de su lengua, para formar con ellas un tesoro que confía á un libro. ¿Se extrañará ahora que con esos méritos se haya granjeado su cariño? ¡Con una conducta semejante, no causan asombro las maravillas de Orfeo! Y cuando se reflexiona que estos hechos tuvieron por teatro una naturaleza vírgen, fecunda, vigorosa y llena de encantos; cuando se piensa que el actor es un hombre separado millares de leguas de su país natal, ajeno de todo interes que no sea el de practicar el bien, y resuelto á sacrificarse por llevar adelante su misión bienhechora, entonces la admiración sube de punto, se aplauden tan nobles determinaciones y se siente un placer entrañable en pagar un tributo de gratitud á la fuerza celestial que las dictaba.

No hay que dudarlo: el dedo de Dios selló la época en que brillaron nuestros primeros apóstoles. Su historia es un poema, pero un poema en que la realidad

hace las veces de ficción; un poema en que los héroes se presentan revestidos de una naturaleza excepcional y animados de un espíritu angélico. El libro de su vida es el libro de la inmortalidad. Nosotros hemos recorrido sus páginas de oro: ¡qué torrente de luz!, ¡cuánto amor!, ¡cuánta enseñanza!, ¡qué modelos tan acabados de desprendimiento y noble desinterés!... ¡Y quién ha podido hacer olvidar acciones tan meritorias!, ¡qué mano fatal ha cubierto con un velo sombrío esas efigies gloriosas!, ¡por qué todo lo humano decae y degenera! ¡qué maldición oculta pesa sobre las instituciones más benéficas! ¡por qué la relajación traidora se inocula en ellas y las carcome y disuelve como un humor corrosivo!, ¡por qué se introduce insensiblemente el abuso como un reptil venenoso hasta en el sagrario de la virtud!

¡Almas leales!, hombres de corazón limpio, que no podéis hallar solaz en un mundo donde todo es parodia y corrupción, que apartáis los ojos con tristeza de las sociedades degeneradas, que no veis en los institutos monásticos ni la sombra de lo que fueron, venid! Digamos á Dios al presente, y cruzando por entre las ruinas de los siglos, lleguemos

á la infancia de una orden religiosa, embellecida por las armonías de la santidad y de la ciencia. Dejemos á la espalda el mundo de las tinieblas, y busquemos la esfera de la luz para embriagarnos en sus fulgores: el corazón que no descansa en los objetos que le rodean, se complace por instinto en divisar, aunque de lejos, el espectáculo del bien. Cuando el caminante se detiene cansado á orillas del río que serpea por el valle, y ve melancólico discurrir las turbias ondas que arrastran cadáveres vegetales, no puede menos de dirigir la vista hacia la vecina montaña, de donde el agua procede, y con el pensamiento subir por su cauce, entre bosques amenos, hasta llegar al manantial purísimo de que nació. Allí admira la cuna del río, esmaltada de flores que brindan su néctar á la mariposa, y escucha los himnos de las aves hospedadas en los árboles que forman un delicioso concierto, mientras ve pasar por entre las ramas la gallarda nube que camina en silencio por el firmamento azul.

XII

El Ilmo. Sr. D. Francisco Naranjo

Pero avancemos algún tanto más, y coloquémonos en el siglo XVII. Ya en esta edad comienza la decadencia de la Orden dominicana. Amortiguado el fervor primitivo, se iba infundiendo el espíritu del mundo en las costumbres de sus hijos, y á la estrecha observancia de la regla, sucedía la vida meramente vegetativa de la celda, ó lo que es peor, la ingerencia en asuntos cortesanos y las controversias fútiles suscitadas por el espíritu de escuela. Caía en desuso la santa pobreza de los buenos tiempos, y se levantaba en su lugar el deseo de amontonar tesoros: ya no basta el pan de cada día; han tomado cuerpo las necesidades, y mientras se apaga el amor de los bienes del cielo, enciéndese más y más el anhelo por los bienes instables de fortuna. El estado de la comunidad, que representa las nuevas exigencias y el desahogo con que se cubrían, llamaba la atención: era el de la prosperidad material. Balbuena decía entusiasmado al observarla:

"Su templo, casa y su riqueza admira."

Pero en cambio, ¡cuán lejos estaba ya del objeto primario de su instituto! Los religiosos abandonaban las misiones para aglomerarse en los conventos de las capitales; la palabra eterna carecía ya de órganos en el desierto, donde los naturales reincidían en las abominaciones de su culto sanguinario, mientras los que antes desempeñaban aquel sagrado oficio, hacían resonar los templos con sermones repulidos y amanerados, buenos para contentar el oído, pero que no arrancaban una lágrima.

Nuestra Orden volvía la espalda á los indios y hacía las paces con los opresores: divorciábase de la caridad y estrechaba afectuosamente la mano de la inquisición.

No obstante, solía aún brotar en la soledad del retiro algún nardo de regalada esencia. Dejemos por un momento el claustro de Santo Domingo, y transladémonos á la Universidad.

Un concurso numerosísimo se apiña á sus puertas. Alabarderos hacen la guardia. La gente pugna por entrar al patio, y se agita y arremolina con rumor sordo, como el agua contenida que se esfuerza en romper el dique.

—¡Afuera!, ¡afuera! Ya no hay campo, exclama el centinela.

En efecto, el patio apenas puede contener la concurrencia, en que están representadas todas, las clases, especialmente la de letrados y estudiantes. Todos conversan.

Puebla el ambiente un ruido confuso no interrumpido, como el que forma una arboleda conmovida por el aquilón. ¿De qué se trata?

Acerquémonos á aquel grupo situado junto al pedestal de una columna.

—¿Creerá su merced, señor Licenciado, que ya voy perdiendo la paciencia?

—De verdad, que ya es mucha espera.

—Como su excelencia ya vendrá bien almorzado, se le dará un ardite que nosotros estemos con el estómago vacío: cierto que la necesidad me aqueja.

—¡Pues qué, asiste el señor virrey!

—Así lo dicen.

—No lo crea vuesamerced: sobrado quehacer tiene en las casas reales.

—Diga más bien en los conventos. con los refrescos y jamaicas de las monjas.

—Y con los chismes de los capítulos de los frailes.

—Y con las nuevas de Filipinas.

—Y con el susto de que en la flota de España venga su sucesor.

—Y con los antojos de la excelentísima señora virreina.

Pero e· [illegible] ñores, punto en
del ob [illegible]
religi· [illegible] ¿asiste su excelen-
ra a [illegible]
cap [illegible]
de [illegible] real audiencia?
t· [illegible] poco.

—Según eso, el buen fraile no lucirá delante de lo mejor del reino.

—¡Friolera, pues nosotros!..... ¿qué no valemos algo?

—Y la fiesta se quedará entre gente menuda.

—Y al pobre hombre de nada le valdrán sus afanes.

—Va á enfermarse de pesar.

—¡Tiene tal hipo de lucir!

—¡Silencio, mala canalla! sabed que el reverendo es un fraile humilde, que no hace alarde en público de su saber, sino por obediencia. Allá á los prelados las pullas.

—Y á vos, señor Licenciado, ¿cuánto os paga el padre por patrocinarle?

No lejos de estas personas que tan caritativamente hablaban del prójimo, se pasean en reducido trecho dos colegiales, que muestran ser teólogos.

—Ninguna oposición á cátedra de vísperas ha estado más concurrida.

—Estuvo aún más la que hizo el mis-

mo padre á la de prima. ¡Oh, eso fué sobresaliente! ¡cómo nos dejó á todos satisfechos el fraile!

—Su ciencia juzgan no adquirida, mas infusa.

—Así es la verdad. Si Escalígero le hubiera conocido, no se asombrara tanto del ingenio portentoso de Pico de la Mirándula, llamándole monstruo "sine vitio," por haber propuesto defender novecientas conclusiones. Nuestro teólogo en esa ocasión estuvo dispuesto á sustentar tres veces más.

—¡Tanto como eso!

—Figúrate que puesto ya en la cátedra, pidió se le asignasen puntos en toda la suma; y habiéndosele determinado, entre los que ofreció la suerte, el artículo quinto de la cuestión 71 de la "prima secundoe," dijo á la letra, de memoria, el artículo (que ya ves no es corto), y le comentó y explicó "de verbo ad verbum," y después excitó sobre él ocho cuestiones, sobre que habló con admirable erudición y magisterio por espacio de dos horas.

—¡Pues ya no es cosa!

—Y hubiera hablado mucho más, á no haberle hecho señal la universal aclamación del concurso, que atónito le cortó el hilo con esta sublime expresión: "Nunquam sic locutus est homo."

—Bien! bien! "jamás habló así hombre." ¡Bien dicho! muy merecido!.... ¿Pero, qué es aquello?

—¡Ya vienen los doctores!

—Con los padres dominicos: ¡mira al opositor qué afable!

—Es un gran sujeto. Pero, ¿á dónde vamos á dar si queremos entrar en el aula, todos á un tiempo?

—Dí más bien: ¿cómo haremos para que quepa en ella tanta gente?

—¡Imposible!, cabrá la más principal, y "laus Deo."

—No obstante, vamos entrando.

—Ya que fuimos llamados, procuremos ser de los escogidos.

En este momento, el gentío, que se agolpaba á la entrada del general, se abre formando calle para dejar paso á los doctores, á muchos seglares distinguidos, á las religiones, y entre ellas á la de Santo Domingo, á quien pertenece el opositor. No bien acaban de entrar todos, cuando invaden de golpe el local y los asientos vacíos los colegiales y demás convidados y curiosos, produciendo en el entarimado una trápala descomunal.

Gran parte de los concurrentes, que había quedado sin asiento por estar ya ocupada toda la sillería, permanece en pie á la puerta, formando un muro impenetrable, y con los semblantes vueltos á la cá-

tedra. No lejos de esta, se ven cuatro mesas con sus carpetas y recado de escribir, destinadas á otros tantos amanuenses.

Después de un momento de rumores sordos y cuchicheos, sigue un silencio general, quedando todos como petrificados en sus asientos ó en pie. Vése salir de entre los religiosos dominicos, uno de fisonomía distinguida y modesto continente, que haciendo una ligera inclinación ante los doctores, se encamina á la cátedra; mas antes de subir á ella, pone sobre un bufete ciento cincuenta y cuatro tarjetas, en que están apuntadas las principales y más difíciles materias que trata el maestro de las sentencias en sus cuatro libros, y pide se le asignen por elección ó por suerte, cuatro de ellas, para exponerlas de palabra ó por escrito.

Un murmullo general en la concurrencia, sigue á esta manifestación.

Restablecido el silencio, los que presiden el acto asignan por suerte las materias, leyéndolas en voz alta, y resolviendo que el religioso las exponga de ambos modos.

Puesto en la cátedra, implora de rodillas el divino auxilio, y saluda después al concurso con una oración latina cuyo exordio son las palabras que del angélico doctor dice la Iglesia: "De rebus di-

versis angelus inter homines, quandoque tribus, interdum etiam quatuor amenuensibus scribenda dictabat."

Prosigue exponiendo los cuatro puntos, que siendo de materias sumamente diversas, unas de la teología escolástica y otras de la moral, las ordena y combina con tal artificio, que habla de la primera, y sin violencia alguna en las transiciones, pasa á la segunda y á las otras, volviendo después á continuar la primera, y siguiendo en las demás, de modo que en cada una habla como si fuese sola: y tanto en una como en otra, hasta que cumplida una hora, se le dice que dicte sobre las mismas materias á los cuatro amanuenses, que ya están prevenidos frente de la cátedra.

Crece la admiración y la curiosidad en los circunstantes, especialmente en los que están en pie, los cuales estrechando más y más el círculo que media entre ellos y la cátedra, procuran todos observar á los amanuenses durante la operación que va á seguir.

Toman éstos la pluma en la mano, y con el rostro hacia el opositor, esperan que les hable.

Comienza dictando al primero una proposición, se la repite, y pasa al segundo; díctale otra proposición sobre distinta materia, y del mismo modo al tercero y

al cuarto en diversas materias, y vuelve al primero, dictándole otra proposición concerniente á su materia, y continúa así con los otros, sin que ninguno le dé pie y le repita la proposición que antes ha escrito.

Admiran todos la prodigiosa comprensión con que tiene presentes las proposiciones que ha dictado, para continuar dictando congruentemente en cada materia, sin necesitar de que le repitan una proposición, ni confundir los asuntos; de manera que después de pasar una hora en esta operación, se leen los escritos y se hallan cuatro lecciones del todo diversas, y tan perfectas como si separadamente y con especial estudio se hubieran formado.

No pudiendo en este instante reprimir su emoción los concurrentes, victorean al opositor, tendiéndole los brazos para bajarle de la cátedra. El entusiasmo se comunica á los que se han quedado afuera, y por todas partes se oye exclamar, al son de las campanas de la Universidad: —¡Viva el señor Naranjo! ¡Viva el gran doctor y maestro! ¡Este hombre es extraordinario! ¡El hecho es milagroso! ¡No hay duda que Santo Tomás le decía lo que dictaba!

Así concluyó un acto con que el Ilmo. señor Naranjo alcanzó una celebridad á

que no aspiraba, pero que hizo famoso su nombre en toda la nación y aun en España.

Era natural de México. Estando sirviendo en la milicia espontáneamente y sin sueldo en el castillo de Ulúa y puerto de Veracruz, se pasó, con edificación de sus camaradas y amigos, al claustro de la religión de predicadores, donde en poco tiempo hizo en virtud y letras tan ventajosos progresos, que se constituyó oráculo de su provincia y asombro de la República literaria.

Fué siempre de vida muy ejemplar. El autor del Prólogo á las Constituciones de la Universidad, que es quien nos ministra estos datos, hablando de este varón esclarecido, agrega: "Sus ocupaciones continuas eran las distribuciones de su santa regla, la oración y el estudio; y así, no sólo sabía de memoria la Suma del doctor angélico, sino que estaba tan versado en todas sus obras, que á cualquiera especie que le propusiesen, respondía con palabras del santo doctor, citando fielmente el tomo y el lugar donde la trataba."

Era, sin embargo, de genio amable y festivo, procurando con esta dote velar la austeridad de su virtud y la copia de ciencia que acaudalaba. La siguiente

anécdota viene en apoyo de nuestro aserto.

Años después del acto de oposición antes descrito, los dos colegiales teólogos que tenían del señor Naranjo el concepto que se merecía, y cuyo diálogo referimos, se volvieron á juntar en la Universidad, siendo ya doctores, con motivo de una función semejante.

—¿Haces memoria de una muy lucida oposición á que asistimos cuando éramos estudiantes?

—¿Es por ventura la del señor Naranjo?

—La misma.

—¡Cómo no había de acordarme de un acto que no ha tenido hasta ahora su igual, ni creo que llegue á tenerle! ¿Y qué me dices del buen anciano?

Tan jovial como siempre: apesadumbrado porque ya no puede bailar el Puerto-Rico.

¡Cómo es eso! no te entiendo.

—Ya verás cómo sí.

—Veamos.

—¿No ha llegado á tu noticia un sonecillo que llaman el Puerto-Rico?

—No tal.

—Pues sábete que le hay, y muy alegre.

—Bien; ¿pero qué tiene que ver eso con el señor Naranjo?

—Mucho: ya te lo manifestaré. Días pasados fuí á visitarle, y con su afabilidad acostumbrada, estrechándome la mano, me dijo:—Amigo! tenemos obispado!

—No esperaba otra cosa, le respondí, ¿y cuál?

—El de Puerto-Rico.

—¡Oh, qué me place!

—No hay gran razón para ello, volvió á decir, y después agregó, sonriendo:

Me tocan el Puerto-Rico,
Ya que no puedo bailarlo.

En efecto, el buen fraile tenía motivos para no alegrarse de su promoción al Obispado, siendo entre otros, el que por los achaques consiguientes á su avanzada edad, no podía desempeñarle como hubiera querido. Pero en los citados versos aludía principalmente á lo poco que en su concepto le faltaba que vivir.

Su muerte, acaecida algún tiempo después, vino á justificar la verdad del presentimiento.

Mas apartemos ya la vista del cuadro que presenta la existencia del convento en lo general, y fijemos la atención en un hecho particular con ella enlazado tan íntimamente, que á primera vista parecen formar una misma entidad.

XIII.

La Procesión de la Cruz Verde.

Invitamos al curioso lector á que atraviese con nosotros el espacio lóbrego de los años pasados hasta llegar al de 1649. Es la tarde del 10 de Abril. Una colgadura de nubes de color aplomado como el de las cenizas volcánicas, se extiende por la inmensa cúpula celeste, privándola de su azul diáfano y suave, y comunicándole un aspecto extraño y fatídico. El sol, que ya se va acercando al ocaso, aparece sin brillo como el ojo de un moribundo ó como un astro siglos antes esplendoroso y ahora próximo á extinguirse.

Esta fisonomía del cielo, si así podemos llamarla, tiene un sello de inmovilidad, de indiferencia ó desprecio, que pesa sobre el alma; y la vista, que involuntariamente se aparta de ella, fíjase con placer en el punto del horizonte donde asoma, en medio de campo azulado, la frente del Popocatepetl descollando sobre un cúmulo de negras nubes, como se levanta la esperanza en medio de una escena de desolación.

El único indicio de vida y movimiento que se nota en los solitarios dominios del aire, viene de algunas de esas aves que

frecuentan los lagos cercanos á México y circulan con tardo vuelo, ya bajando, ya volviendo á subir, aguardando el anochecer para tomar hospedaje en los árboles.

No así en las calles, donde se agita un inmenso concurso.

¡A la procesión! á la procesión! se oye exclamar por todas partes en diferentes tonos; aquí con voces roncas y cascadas, allá con agudas y chillonas, y más adelante con desaforados gritos que truenan en medio de un concierto confuso de grotescas notas:—¡A la procesión de la Cruz! ¡á la procesión del Santo Oficio! ¡de Santo Domingo á la plaza del Volador! ¡á ganar las indulgencias! ¡á ganar todas las gracias!....

Estas explosiones de acentos humanos, fuertes y continuas, como son, no bastan, sin embargo, á matar la estentórea voz de las campanas de Catedral y demás iglesias, que se difunde por la atmósfera conmoviendo el ánimo como el presentimiento de alguna calamidad espantosa; el toque de rogativa es general é incesante.

Sale, entretanto, de Santo Domingo, la procesión del auto de la fe.

Asombroso es el gentío en las calles por donde ha de pasar. Dos muros humanos se extienden paralelamente desde la pla-

zuela de Santo Domingo hasta la del Volador, ocupando las aceras de las calles de la Encarnación, Reloj y Palacio, hasta el Puente del mismo nombre. Los balcones están engalanados con infinita variedad de vistosas cortinas; en ellos, así como en las azoteas, se ven grupos de personas de ambos sexos y de todas edades y condiciones: desde el esclavo negro que platica y ríe con sus camaradas en la azotea de la casa del gran hacendado ó del oidor; desde el niño consentido y travieso que molesta á cada rato á sus padres en el balcón, indicándoles con el dedo desaseado los conocidos de la familia, que distingue entre los espectadores; desde la rica y noble señorita que no tiene otro interés ni más ahinco que descubrir allá bajo sus pies, ó en la acera de enfrente al dulce imán de sus inocentes suspiros, hasta el anciano de cabellos como la nieve, que apenas logra ver formas confusas é indecisas, y la dama cincuentona, devota y arriscada á un tiempo, que así se pavonea y reverdece á la vista de un elegante caballero, como se santigua y da golpes de pecho elevando al cielo lánguidos ojos, cuando considera la desventura de los judíos y herejes que van á ser quemados vivos.

Un rumor desigual pero no interrumpido, pasea el aire, imitando el que se

produce en los bosques á los primeros empujes de un violento huracán. Verdad es que no todos los concurrentes platican, pero entre los muchos que lo hacen, se aventajan algunos por un metal de voz privilegiado. Estos sonríen, aquellos fuman en silencio ó conversan sosegadamente, los de más allá (y éstos son los elegantes de la época) clavan con descaro inaudito ardorosas miradas sobre las beldades que ilustran los balcones; por esta acera se abren camino entre las filas de curiosos, y con imponderable dificultad, algunos vendedores de golosinas, estimulando el apetito de muchachos y muchachas, y anunciando sus artículos con voz gangosa; por la de enfrente, se lanza con paso militar una falange de estudiantes, que están de asueto, atropellando por todos los obstáculos, arrollándolo todo, hasta situarse donde más les conviene, y granjeándose por ello sendas maldiciones, desdeñosas muecas, miradas centellantes de cólera, y mil otras demostraciones injuriosas de parte de los que bien colocados en su puesto, se ven precisados á dejarle violentamente.

Pero donde más carga la muchedumbre, es en las esquinas, junto á las cuales remolina, se agolpa, estruja y agita en vaivén, hasta chocar con las paredes ó con los enormes coches, que forman en

las bocacalles como un batallón de monstruos antidiluvianos, atraídos por la curiosidad de presenciar una escena del mundo actual.

Mientras esto pasa, los clamores majestuosos y severos de las campanas no cesan, y la procesión tan ansiada atraviesa apenas, con las detenciones de costumbre, la plazuela de Santo Domingo.

Cerca de una hora se consume en esta mortal agitación, y cuando la espectativa empieza á ser para muchos un tormento insufrible, se deja oír súbitamente un murmullo, una oleada de voces, hácia la esquina de las calles del Reloj y la Encarnación, que se propaga con eléctrica rapidez mayormente por la segunda de las calles mencionadas, dando nuevo impulso á la inquietud de la concurrencia: acércase la procesión al sitio desde donde vamos á verla desfilar.

—¡Ah! ¡vaya! ¡bueno!

—¡Ya estaba aburrida!

—¡Gracias á Dios!

—¿No se lo decía á vuesa merced?

—Pero ya estaba fastidiado de esperar.

—Esta gente anda con piés de plomo.

—Procesión de graves tortugas.

Estas y otras expresiones del mismo jaez cruzan el aire veloces como saetas, mientras todos los rostros, animados de

vivísima alegría, mezclada con sobresalto, se convierten hácia el sitio por donde en breve va á despuntar la procesión.

¡Héla allí!

Doce alabarderos de librea vienen abriendo paso.

Síguense los ministros de vara y familiares del tribunal, los comisarios, con bastones dorados, la nobleza y caballeros de órdenes militares ricamente vestidos, y por remate, el señor Don Fernando Altamirano y Castilla, conde de Santiago, que lleva el estandarte de la Inquisición, cuyas borlas sostienen dos caballeros de Calatrava y Santiago, sobrinos del Arzobispo.

Inmediatamente detrás del conde de Santiago, sigue su hijo don Juan, adelantado de Filipinas, y el alguacil mayor del Santo Oficio, don Juan Soaznábar y Aguirre.

Advertiremos de paso que la casa de los Condes de Santiago ha disfrutado siempre de la distinción de llevar en casos tales el estandarte. En efecto, si subimos hasta el primer auto celebrado en México el año de 1574, en él vemos que le saca Diego de Ibarra, caballero de la cruz de Santiago y abuelo de la condesa de Santiago, doña María de Velasco, prima y mujer de don Fernando Altamira-

no; y en 1600, que fué la segunda vez que salió el estandarte, lo sacó don Juan Altamirano, padre del citado don Fernando. Volvamos á la procesión.

Después del estandarte caminan las comunidades de religiosos mezclados entre sí, luego los consultores y calificadores del tribunal con sus insignias, después, la religión de predicadores con vela en mano, y á su cabeza el padre prior, llevando la cruz verde, que tiene tres varas de alto y dos de brazo y pendiente de uno y otro, un velo negro.

La capilla de coro de la Catedral va entonando el himno de la Santa Cruz, "Vexilla Regis," que los concurrentes escuchan con devoto recogimiento.

Pero ya comienza á entrar la noche: las luces que llevan los frailes en la mano se ven arder con más brillo; aumentan la confusión y el desorden en la muchedumbre que puebla las calles del tránsito de la procesión; y llega ésta, al fin, á la plazuela del Volador, donde ya de antemano está dispuesto un tablado y un altar en que colocan la cruz y cantan las preces y oraciones de estilo.

La construcción de este tablado se remató en basta pública en Marcos de Moya y Bartolomé Bernal, encargado de las obras del Santo Oficio, en siete mil pesos

el teatro y dos mil ochocientos ochenta la vela, á cuyas cantidades se añadieron después sumas no pequeñas, por nuevos agregados. En los tres meses que ha durado la fábrica, hubo excomunión para los curiosos que se acercasen á verla, aunque muchos lo consiguieron mediante licencia.

Tiene todo el teatro cincuenta y seis varas de longitud y cuarenta y ocho de latitud, sobre una altura de ocho varas. Cerca de sus cuatro ángulos se elevan otros tantos tablados, vara y cuarta más altos que el principal; dos de cincuenta y seis varas y dos de veintiocho de longitud, y todos cuatro de seis varas de anchura.

Arrimado al Convento de Portacoeli, se ve también un tablado en que se han dispuesto alojamientos para los jueces, y tiene la misma longitud de cincuenta y seis varas y cuatro y media de latitud. Para comunicarle con el convento ha sido menester romper una ventana. En la medianía, sobre una fachada, está colocado un dosel negro con las armas reales bordadas de oro; además, una mesa revestida de terciopelo negro, almohadas y sillas correspondientes, y tintero de plata para el tribunal. Ocho columnas de orden dórico jaspeadas adornan esta fachada, y en

su frontis se leen estas palabras: "Pax vobis, et ostendit eis manus et latus," que es el texto de San Juan, que ha de servir de tema al sermón que se predicará mañana en este lugar.

Del lado de la Universidad se eleva la media naranja con asientos para los reos, sostenida por cuatro arcos decorados con los escudos de Santo Domingo, Inquisición y San Pedro Mártir. En el centro está colocada una cruz de verde y oro. De esta media naranja parte una crujía hasta el centro de todo el tablado, donde se ve el asiento que será ocupado mañana por cada reo al oír su causa y sentencia, alternativamente. Frente á la media naranja está el altar para la cruz verde y dos púlpitos, uno para el sermón y otro para la lectura de causas, comunicados ambos y con la mesa de los secretarios por crujías. Dos escaleras, una del lado de la Universidad para los reos, y otra de los Flamencos para los inquisidores, dan paso al tablado, además de otras treinta para los muchos convidados, así de corporaciones como de gente principal de ambos sexos.

Completan este adorno magníficas colgaduras de terciopelo carmesí, asientos cómodos y decentes, cien blandones de plata que sostienen cirios de cuatro pábi-

los, y una multitud asombrosa de hacheros igualmente de plata con sus correspondientes luces, todas las cuales producen una espléndida iluminación.

Terminadas las preces y oraciones, los padres dominicos despiden á las demás personas que formaban la comitiva, y se quedan ellos en el tablado para velar la cruz toda la noche.

XIV

Historia.

Entretanto, procuremos arrancar algunos secretos á las pasadas edades.

¿Qué significa este aparato teatral á la vez oficial y religioso, pero de carácter tan lúgubre? ¿Qué concurso de causas hizo importar de Europa á México, nación nueva y casi inculta, la institución terrible que ha preparado estos espectáculos imponentes llamados autos de fe?

La Inquisición, esto es, el tribunal instituído para descubrir y castigar la herejía y otros crímenes contra la religión; su origen, progresos, fines, tendencias y modo de obrar, son cosas de que se tiene generalmente una idea clara y exacta;

mas no así de su historia en nuestro país, y á este punto nos concretaremos.

Establecida la inquisición en España durante el reinado de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, para la persecución y juicio de los judíos y moros, que después de haber abrazado el cristianismo le diesen la espalda volviendo á sus antiguas creencias, fué recibida con general aplauso, atendido su objeto, que era hacer la guerra á unas sectas y razas miradas con odio. Sin embargo, los abusos que á su sombra se cometieron, especialmente en el reinado de Felipe II, la hicieron acreedora á la más agria censura, sin que ésta deba moderarse por la consideración de que la gravedad del mal á que se juzgó oportuno remedio, exigía un medicamento cáustico y proporcionado. No, la conducta de Felipe en esta parte no se disculpa con que tenía que seguir una política esencialmente española, é impedir á todo trance la introducción en sus reinos de las nuevas doctrinas de la reforma protestante, que tantas guerras y disenciones habían producido en el resto de Europa; tampoco puede invocar en su abono el que la atrocidad de las penas estaba en relación con las costumbres del siglo, todavía medio bárbaro, ni hallar apoyo en la concurrencia de la

nación en todas sus órdenes y las señales manifiestas de aprobación que daba á estos espectáculos sangrientos. Nunca deben emplearse remedios peores que la enfermedad, y era de esa especie un tribunal que en sus procedimientos tenebrosos violaba á sabiendas los principios más sagrados del derecho, y que en su esencia era un ataque declarado y sistematico á la libertad individual. En cuanto á la razón tomada de la aprobación con que era acogido el tribunal en todos sus actos, admira que el Dr. Balmes, que es quien la invoca, dé por esta vez tanta importancia á las manifestaciones populares. Lo más que de este hecho puede colegirse, es que en la nación se hacía cómplice del monarca, ó que los pueblos aceptan casi siempre lo que se les da ó impone, mayormente si lisonjea la parte corrompida del ser humano: "panem et circenses" tenía Roma y no aspiraba á más; España debía estar mucho más agradecida á su rey, pues no sólo le daba "pan y toros" según se expresa el ilustre Jovellanos, sino.... autos de fe.

Por otra parte, ¿eran francas estas señales de aprobación? ¿No serían, en unos, demostraciones hipócritas para no incurrir en la desgracia del soberano, y estudiadas apariencias en los más, para captarse

buena fama y alejar de sí los males de que otros eran víctimas?

Como quiera que sea, lo cierto es que de España vino la Inquisición á México. He aquí lo que acerca de su establecimiento en nuestro país hallamos en un excelente artículo inserto en el "Diccionario universal de Historia y de Geografía."

"Dependiente la Nueva España de la antigua, era forzoso que los asuntos de aquí siguieran en la debida proporción la marcha de los de allá, y de allí es que la expulsión de los judíos y moros hecha en la metrópoli, atrajera medidas semejantes en las colonias, y así vemos, que en el año de 1527 se dió aquí providencia para cumplimentar una cédula del emperador para arrojar del reino á los judíos ó sus descendientes, y á los condenados por la Inquisición, embarcándose, al efecto, los que hubiere, con prohibición conminatoria de volver á él.

"El tribunal, sin embargo, de la Inquisición no se fundó aquí hasta mucho tiempo después. Algunos comisionados especiales con facultades inquisitoriales solían venir de vez en cuando; tal fué el Lic. Marcos Aguilar, el cual vino aquí con encargo de "entender en las cosas tocantes al Santo Oficio de la Inquisi-

ción," y el Visitador don Francisco Tello de Sandoval, que vino en tiempo del Virrey Mendoza, y á quien se le encomendó que durante su visita ejerciese las atribuciones de inquisidor, como latamente lo expone Herrera en la cédula por la que se le nombra visitador y se le dan las facultades é instrucciones anexas: de Fray Martín de Valencia asegura expresamente Fray Antonio Daza en la crónica de la provincia de franciscanos, que ejerció el cargo de inquisidor.

"En el gobierno de la segunda audiencia, según Herrera, se celebró una junta en México, de que fué Presidente el que lo era en la audiencia, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, Obispo de la Española, los oidores Salmerón, Maldonado, Ceinos y Quiroga, el conquistador Don Fernando Cortés, el Arzobispo Zumárraga, los dos prelados de Santo Domingo y San Francisco, con dos frailes de cada religión en su compañía, Diego Fernández de Proaño, alguacil mayor; Bernardino Vázquez de Tapia, regidor; Francisco Ordóñez y Bernardino de Santa Clara, vecinos. En esta junta se determinó: "Que había gran necesidad de que se pusiese el Santo Oficio de la Inquisición, por el comercio de los extranjeros y por los muchos corsarios que

platicaban por las costas, que podían introducir sus malas costumbres en los naturales y en los castellanos, que por la gracia de Dios se conservaban libres del pésimo contagio de la herejía, y tanto era más necesario, cuanto los pueblos castellanos estaban unos de otros muy remotos y apartados."

"A consecuencia de la petición de esta junta, en que, como hemos visto, estaban representadas todas las órdenes y clases del reino, y calificada según las ideas del tiempo, la necesidad de establecer aquí el tribunal, se encargó por el rey al cardenal Diego de Espinosa, Obispo de Sigüenza, presidente del consejo de Castilla, é inquisidor general, nombrase inquisidores para los reinos de Nueva España, y en efecto, eligió á los señores Dr. D. Pedro Moya de Contreras, que después fué arzobispo de México; Lic. Juan Cervantes, que murió en el viaje, y Lic. Alonso Fernández de Bonilla, deán de la Catedral de México, para fiscal. Se extendieron los términos de su jurisdicción á Guatemala y Filipinas, y quedó únicamente sometido el tribunal á la suprema de Castilla.

"Los indios fueron expresamente exceptuados de su jurisdicción desde su creación. Por cédula real, fecha 16 de

Agosto de 1570, que he visto en el archivo municipal, se ordena á la ciudad, que "por cuanto el reverendo en Cristo padre cardenal de Sigüenza, presidente del consejo é inquisidor general, nombró inquisidores á D. Pedro Moya de Contreras y Lic. Juan Cervantes, se les dé para ellos y sus familias buenas posadas, que no sean mesones, y la ropa que hubieren menester sin dineros, y todos los otros bastimentos y cosas necesarias por sus dineros. Que se les favorezca y honre, y se dé á los dichos inquisidores una buena casa para audiencia y cárcel, pagando á su dueño alquiler según tasa por dos buenos peritos, uno nombrado por los inquisidores y otro por el dueño, y en caso de discordia un tercero por la ciudad." Por otra cédula expedida en la misma fecha, se manda al virrey, audiencia, ayuntamiento y demás autoridades, "los honren y favorezcan como ministros de un tan santo negocio, porque así conviene al servicio de Dios y nuestro."

"Conforme estas disposiciones, el año siguiente se fundó el tribunal en México. El P. Vetancurt, á quien copio textualmente por encerrar la historia de la fundación de la Inquisición, se expresa así: "El tribunal de la Inquisición (alcázar fuerte y monte de Sión) se fundó en es-

ta ciudad de México, año de 1571. Fué su primer inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, que murió en el viaje, y el Lic. D. Antonio Fernández de Bonilla. su primer fiscal. Consta de tres inquisidores apostólicos, un fiscal, con tres mil pesos de salario cada uno, los tercios adelantados; un alguacil mayor, un depositario y receptor, tres secretarios, muchos consultores, y calificadores, y familiares seculares. Está debajo de la protección de San Pedro, mártir, con una célebre cofradía que celebra su fiesta, para cuyo efecto se nombra un hermano mayor. Ha celebrado autos generales y particulares de fe, con notable grandeza de autoridad y concurso, quedando en todos la fe católica y su verdad con victorias. Para los salarios se ha señalado una canongía en cada iglesia catedral de su distrito, con cédula de S. M. del año de 629, despachada en conformidad de la concesión que le hizo la santidad de Urbano VIII para este efecto. Su fundación fué siendo pontífice San Pío V, rey de las Españas Philipo II é inquisidor general el Ilmo. y Rvmo. D. Diego de Espinosa, cardenal de la Santa Iglesia, y Presidente de Castilla. Cantóse en cuatro de Noviembre del mismo año, misa en la Santa Catedral,

á que asistieron todos los tribunales, prece diendo la procesión con el estandarte de la fe, y el "Te Deum Laudamus," dando gracias de haber entrado en este nuevo mundo, el crisol de nuestra santa fe, la luz de la Iglesia y el complemento del Evangelio."

"No se sabe á punto fijo si desde un principio se fijó la Inquisición en el edificio que le conocimos, y que en su origen fué el convento de los dominicos: parece probable que así fuese; lo que consta, es la donación de estos religiosos de su casa antigua para el efecto.

"El brasero ó quemadero, como se llamaba, estaba entre la Alameda y San Diego, el cual era, dice el señor Alamán, "un espacio cuadrado con pared y terraplenado, para fijar en él los palos á que se ataban los ajusticiados y rodearlos de leña. Las cenizas se echaban en la acequia ó ciénega que estaba detrás de San Diego, en lo que ahora es jardín de Tolsa." Había otro quemadero en San Lázaro, que servía para ejecuciones de justicia, mandadas por otros delitos y autoridades. Cuando el virrey marqués de Croix mandó agrandar la Alameda, se quitó ese brasero."

Por esta breve noticia se ve que aunque la Inquisición pudo existir en nues-

tro país con total independencia de la religión dominica, el hecho es que ésta siempre se consideró respecto del tribunal del Santo Oficio, si no como un elemento constitutivo ó condición indispensable, sí como un auxiliar poderoso; y esta cooperación nata y eficaz es la que ha hecho creer que la Inquisición fué á manera de una planta parásita, que llega á confundir su follaje con el árbol á cuyo arrimo vegeta, ó como un ingerto que nuevo y vigoroso se hace dueño de toda la savia del tronco que le abriga y alimenta.

Pero insensiblemente nos hemos alejado del teatro á donde condujimos al lector después de la procesión de la cruz verde, y justo es que volvamos al punto de partida, á la plazuela del Volador.

XV

El auto de Fe.

Dejamos á los Padres dominicos velando la cruz, y mientras rezan el rosario todos en coro, asistamos al coloquio entablado entre dos viejos, que por no perder su asiento el venidero día, han

tomado el partido de pasar la noche, como varios otros curiosos, ante el altar de la cruz y en penosa vigilia.

—¿Vuesa merced será servido de decirme si hubo jamás en España cosa que iguale á esta solemnidad?

—¡Oh, y mucho que sí!, vosotros los criollos no sabéis hasta dónde alcanzan la gala y pompa que se gastan en Castilla. Aquello es corte, aquello es bizarría en todo: esto es nada!

—Mañana os lo preguntaré.

—Y lograréis la misma respuesta.

—Bien, bien, no disputemos.

—Lo que sí me place es que también por estas tierras hagan algo en pro de la integridad y aumentos de nuestra santa fe.

—Muy cierto: los señores inquisidores (á quienes Dios dé larga vida), se afanan por ello sin descanso.

—Ya lo sé.

—Y antes de este auto se han celebrado otros varios así generales como particulares.

—¿A cuánto subirá el número de los quemados hasta el día?

—Hombre, á punto fijo no lo sé.

—Por lo tocante á España, se calcula que sólo durante la época en que fué inquisidor general Fr. Tomás de Torque-

mada, pasaron de diez mil los relajados que visitaron el brasero.

—¡Muy en hora buena! Nosotros aquí no podemos gloriarnos de tanto: con todo, no han escaseado; como que, gracias á Dios, desde que su Divina Majestad me presta la vida, casi, casi no ha pasado año sin que haya habido un auto de la fe, no tan lucidos como éste, que..... diga vuesa merced lo que quiera, es mucho auto; pero sí fueron todos muy concurridos y famosos. En cuanto á los penitenciados, ni se diga....

—¿Y todos se han celebrado en esta plaza?

—No, señor, en distintos lugares. El de 1646, por ejemplo, se verificó en el cementerio de nuestro Padre Santo Domingo, donde se puso un tablado eminente. Fué á 16 del propio mes en que estamos; lo presidió el señor D. Domingo Vélez de Asas. Salieron en él cuarenta judaizantes y una estatua, los cuales se reconciliaron con Nuestra Santa Madre Iglesia; por otros delitos, ocho.—El del siguiente año se celebró en el átrio de la Santa Iglesia Catedral, á 23 de Enero, habiendo sido en él reconciliados veintiún penitentes, que salieron con corazas, soga y vela verde por judaizantes. Dos de éstos eran naturales de Castilla,

uno de Málaga, doce de Portugal, cuatro de Veracruz y dos de esta corte.

—¡Con que también mis paisanos tienen por aquí sus cuentas pendientes con el Santo Oficio! Es cosa peregrina, porque siempre los castellanos fueron cristianos viejos.

—Pues tampoco faltó uno, Fr. Gaspar Alfar, natural de ese reino, en el auto que celebró la Santa Inquisición el año próximo pasado, á 30 de Marzo, en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús. En él salieron, además, un tal Fr. José de Santa Cruz, natural de Sevilla, cuyo delito consistía en que después de haberse fugado del convento, se fingió secular y médico, y contrajo dos veces matrimonio, el primero en el Valle de las Amilpas, y luego muerta la mujer, que le dejó cuatro hijos, casó segunda vez en la Puebla: otro llamado Alejo de Castro, de ochenta y dos años de edad....

—¡Pues era muy mozo!

Fué condenado á servir en un convento, mientras viviera, atendida su mucha vejez, por sospechoso de mahometano, como se deja ver de que no oía misa, ni ejercía algún otro acto religioso, siendo así que oraba los viernes delante de una espada y una llave, y cometía otras sande

ces por ese estilo. Otro de los desdichados que tuvieron su merecido en este auto, fué un negro esclavo, Domingo, (también llamado Munguía), que se había casado dos veces, viva su primera consorte, y que sirviendo en las cárceles de la Santa Inquisición, había violado el secreto de ellas, llevando recados y cartas á las familias de los presos. Fue sentenciado á doscientos azotes, seis años de galeras, y en caso de que el tribunal no le remitiera á galeras, fuese vendido en cien pesos de oro, para gastos extraordinarios del Santo Oficio.—Fuélo así mismo á doscientos azotes por hechicera, una mulata de sesenta años, llamada Ana Vega, la cual, según se sospechaba, tenía pacto con el demonio. Pero de todos los penitenciados, ninguno más célebre que Martín de Villavicencio Salazar, á quien por sus trampas llamaban unos **Martín Droga,** otros por sus maldades **Martín Lutero,** y todos por sus astucias y embelecos, **Martín Garatuza.**

—¡Ah!, ¡este es el famoso Garatuza de quien tanto se cuenta!

—El mismo. Habiéndole hurtado á un sacerdote sus títulos de órdenes, se puso su nombre y ejerció todas las funciones sacerdotales, valiéndose de este ardid para ganar dinero. Fué condenado á ga-

leras por cinco años y doscientos azotes. Declaró en su confesión, que cuando oía las de los penitentes, la absolución que daba era ésta: **Dios te tenga de su mano y á mí también.** Cuando celebraba misa, es voz común que consagraba, diciendo: **Martín, ¿en qué pararán estas misas?**

—¡Vaya si no era hombre que lo entendía!

—Ya lo veis.

—¿Y no tendremos mañana algunos tunantes de este jáez?

—No sé; mucho se habla de los penitenciados, entre ellos, de un relajado diabólico, un tal Temiño ó Treviño, de Sobremonte.

—Y después de todo, ¿qué harán á estas horas los pobres relajados?, ¿ya sabrán la suerte que se les depara?

—Sin duda alguna. Los señores inquisidores les habrán notificado su sentencia, cuando les hayan llevado los sacerdotes, que es costumbre se queden con los reos toda la noche para disponerlos.

—Pero qué, ¿obligan á los Padres á bajar á los calabozos, ó sacan de ellos á los ajusticiados para ponerlos en lugar decente?

—Nada de eso. Bajan á los sacerdotes después de tomarles el correspondiente juramento de sigilo, y en estos momen-

tos, los dichos sacerdotes están haciendo inauditos esfuerzos por reducir á los sin ventura, que mañana á estas horas se habrán convertido en ceniza.

Mas dejemos á nuestros viejos proseguir su conversación, y volvamos á los Padres dominicos, que ya acabaron de rezar su rosario.

A las doce cantan maitines, después de los cuales empiezan á decir misas hasta el amanecer.

¡Oh, qué noche ésta para la capital! ¡Cuán pocos la durmieron!, ¡qué afluencia de gente en derredor del tablado!, ¡cuánta en las calles inmediatas esperando con ansia el momento de la llegada de los reos!, ¡cuánta en la calle de la Perpetua y plaza de Santo Domingo, espiando su salida de las casas del Santo Oficio! Hay ahora en México forasteros de doscientas y trescientas leguas de distancia, atraídos por la curiosidad de tan grande espectáculo, y parece, como alguno ha dicho, que toda la Nueva España ha quedado desierta, y su población concentrada en la capital.

El concurso en las calles por donde pasó la procesión de la cruz, es el mismo de ayer, pues por ellas van también á venir los ajusticiados, y los coches se quedaron en las bocacalles desuncidos toda

la noche, para no perder el lugar. Forman valla y patrullan para evitar desórdenes, las cinco compañías del batallón de la ciudad, levantadas al efecto, y la de soldados de Barlovento.

Mas ya empieza el toque general de rogativa; el tañido de las campanas es lúgubre en señal de duelo, por la pertinacia de los reos.

En este instante salen de las casas del Santo Oficio dos procesiones, la de los ajusticiados y la de los señores inquisidores, corporaciones y nobleza. La segunda desfila por las calles de Santo Domingo, el portal, y las siguientes, á dar vuelta por el arco de San Agustín para entrar á Portacoeli. Vienen en ella todos á caballo: primero los familiares y nobleza, luego el consulado, el claustro de doctores, los dos cabildos con su pertiguero y maceros; va el eclesiástico á la derecha, y presidiendo al secular el corregidor D. Gerónimo de Bañuelos, general y del hábito de Alcántara: luego el tribunal, yendo el fiscal D. Antonio Gabiola con el estandarte y el inquisidor D. Bernabé de la Higuera y Amarilla; en su compañía, y detrás el Ilmo. señor Arzobispo, y á su derecha el inquisidor decano D. Francisco Estrada y Escobedo, y á la izquierda el señor D. Juan Sáenz

de Mañosca. A continuación el contador del tribunal, el abogado fiscal, á caballo, y los capellanes y demás familia, á pié; cierra el todo el coche del Arzobispo y los de los demás caballeros.

Mas ya se acerca la procesión de los ajusticiados. Vienen delante dieciséis familiares de vara, luego las cruces del Sagrario, Santa Catarina, mártir, y Santa Veracruz, con mangas negras, los curas y sus clérigos: traen estos tres misales, otros tantos ceremoniales, y tres cruces pequeñas. Siguen luego las estatuas de los reos muertos ó prófugos en número de sesenta y siete, y veintitrés cajas de sus huesos; luego cuarenta reconciliados, con sambenitos de media y entera aspa, sogas, corazas y vela verde, cada uno con su padrino; en seguida trece reos relajados con sus dos confesores cada uno, corazas de llamas y demás insignias de reglamento. Después el alcaide con bastón negro, á pie, y á caballo un gran acompañamiento de ministros, que conducen una acémila enjaezada y con campanillas de plata, la cual traé á lomos una caja de nácar y embutidos del Japón que encierra las causas, y á los lados de la caja vienen las varas de la reconciliación, todo cubierto con un telliz de terciopelo carmesí. Finalmente, rema-

tan la procesión doce alabarderos, el alguacil mayor, y el Secretario, D. Eugenio de Saravia, á caballo..

Llegan juntas ambas procesiones á la plazuela del Volador. Los alabarderos tienen gran trabajo en domeñar el gentío, que hace los esfuerzos de un mar enfurecido por acomodarse en los mejores lugares: no menos agitación reina en las azoteas de los edificios contiguos, Universidad, Palacio y casas de Flamencos, donde la concurrencia se ve apiñada á manera de una fuerte vegetación humana.

Hecha la reverencia á la cruz, y acomodados en sus respectivos asientos los inquisidores, corporaciones civiles y eclesiásticas, penitenciados y demás personas de cuenta, hacen la protesta de fe por el cabildo eclesiástico, su tesorero y provisor D. Pedro Barrientos; por el secular, el corregidor, y por todos los circunstantes, el secretario del tribunal, ministrando las cruces y misales para el auto los clérigos de las parroquias antedichas. Luego se lee por el Secretario la bula de S. S. Pío V de Protegendis en que constan las gracias é indulgencias concedidas por S. S. al tribunal, sus auxiliares y concurrentes á sus autos. Comienza en seguida á predicar, adoptando el tex-

to consabido, el señor D. Nicolás de la Torre, deán de la metropolitana, y obispo electo de Santiago de Cuba.

Son las siete.

Media hora después, y ya concluído el sermón, empieza la lectura de las causas de los relajados.

De éstos, uno es el famoso Tomás Treviño de Sobremonte, natural de Castilla; entre los cargos que se le hacen en su causa, es curioso el de que se comunicaba en las cárceles en lengua mexicana, y en ella maldecía la Inquisición, los reyes y Papas y demás que la han fundado. Se porta tan rebelde, que hasta su suegra, Leonor Núñez, también relajada, le ha dicho que le duele por su alma de verle tan iracundo; pero él le contesta: ¡ea! madre de los macabeos, refiriéndose á los muchos relajados que ha tenido por hijos.

No menos notable es Simón Montero, que en oyendo notificarle su sentencia, se puso á bailar.

Antonio Báez Tirado es un judío de importancia, rabino y hablando de los cristianos dice que son unas bestias, aplicándoles el salmo "**sicut equus et mulus.**"

Gonzalo Flores pidió audiencia una vez á deshoras de la noche, por molestar á los inquisidores, y otorgada que le fué,

les dijo en tono entre serio y burlón—Señores, solo he querido hacer venir á vuestras mercedes al calabozo, para asegurarles de nuevo, que es mi voluntad vivir y morir en mi secta.—Se fingió loco; pero los médicos han opinado que su demencia era simulada, lo mismo que la de su compañero Gonzalo Báez, que metía mucho ruido en las cárceles, por lo que á veces se le ha castigado, y denostaba á los inquisidores llamándoles "perros y ladrones de sus haciendas."

Ana Gómez se vanagloría de morir mártir, y María Gómez es tan celosa de su ley, que por paga de sus liviandades exigía ayunos y otras prácticas de sus ritos.

Concluída la lectura de las causas de los relajados, se procede en breves términos á hacer relación de las de los relajados en estatua. Anuncia el principio de cada relato el retiñir de la campanilla que toca el Arzobispo presidente.

Representan las estatuas diez relajados muertos en las cárceles del Santo Oficio, cuarenta y siete fuera de ellas, y ocho que se fugaron luego que tuvieron sospechas de que se les perseguía.

Uno de los primeros, Agustín Rojas, se ahorcó en el calabozo.

María Rivera se dejó morir de hambre.

Blanca Enríquez y Catalina Rivera, se dejaron sacramentar, añadiendo el sacrilegio á la impenitencia final.

Isabel Núñez pidió audiencia antes de morir; mas no pudo hacer ninguna confesión, y con grandes contorsiones expiró, lo que la hizo juzgar por posesa.

De los segundos, es decir, de los que murieron fuera de las cárceles, hay notable solamente la muerte de Gonzalo Díaz Santillán. Este, poi estafar á sus correligionarios, los amenazaba con denunciarlos, y al efecto, salía y entraba á las casas de la Inquisición, para hacérselos creer hasta que ellos, cansados, le dieron muerte.

Isabel de Segovia se encontró ahorcada, sin haberse podido averiguar si por suicidio ó por los suyos.

Juan de Araujo murió bajo las ruinas de un templo que se derribó.

Leonor Báez, mexicana, soltera, estaba tan infatuada, que en su cama oía músicas celestiales; y aseguran muchos que era el demonio quien le daba estas serenatas, tomando la figura de una negrilla que por allí apareció una vez.

Entre los relajados fugitivos llaman la atención Pedro Mercado, que compuso una comedia, y en su representación dió asiento de preferencia á los judíos sobre

los católicos, lo que le acarreó sospechas y celos.

De los reconciliados también los hay en estatua, y en persona.

Figuran entre ellos primeramente un francés, Francisco Razén, único preso por protestante. De éste dicen que se burla del Papa, Inquisición y demás cosas de la Iglesia Romana; añadiendo que las demandas de las cofradías son abusiones y en pro de los clérigos, para recoger plata.

No es menos notable Da. Juana Enríquez, á quien todos han conocido en México por sus galas, coches y demás aparatos de grandeza, en compañía de su marido Simón Báez, hijo de un carnicero y verdugo, como después se ha averiguado.

Diego Correa se fingió loco en la cárcel de la Inquisición, y quiso matar á un ministro del tribunal; por este delito, antes del auto, se le recetaron doscientos azotes.

Finalmente, no es bien dejar sin mención especial á una muchacha de Ixmiquilpan, Inés Pereira, de quien dicen los suyos ha de nacer el Mesías, y la tenían muy adornada, le encendían velas y le tributaban otros homenajes de este género.

Concluída la lectura de las causas, se advierte en la concurrencia una gran conmoción, al tiempo mismo que cruzan el ambiente algunas ráfagas de acentos humanos; y en medio del ruido monótono y confuso de tantos pies que mudan de asiento, tantos vestidos que se rozan y rasgan, tantos sombreros que se doblan y estropean, y de tantos codos que se oprimen y forcejean; en medio de este ir y venir continuo de la muchedumbre, que en masa compacta se agita, ora á esta parte, ora á la otra, como un monstruo de mil cabezas, y bajo un sol de Abril que arde en el firmamento como una hoguera, se oyen por todas partes y como á excusas, algunas frases indagadoras, algunos, ¿qué sucede?, algunos ¿y ahora qué sigue?, acompañados de mi radas de fuego, y proferidos por labios tostados por el calor y la sed.

Pero cesa el ansia general luego que se anuncia la entrega de los reos al brazo secular para que se les aplique la pena. Verifícanla el alguacil mayor y el secretario, quienes dirigiéndose al corregidor de la ciudad, le recomiendan que al sentenciar á los relajados use de piedad.

Mas, ¡ay, del corregidor si toma á pechos la recomendación! En el primer

auto que siga al presente, figurará él mismo con coraza y vela verde.

XVI

El Brasero

Son las tres de la tarde.

Sobre un tablado que se respalda en las casas de ciudad ó Diputación se asienta el tribunal del Corregidor, ante quien comparecen los reos.

Vuelve á hacerse una relación sumaria de las causas, y terminada, con consulta de asesor, pronuncia la autoridad su sentencia condenando á doce de los relajados á ser quemados después de habérseles dado garrote, y á Tomás Treviño de Sobremonte por sus blasfemias y pertinacia á ser quemado vivo.

Acto continuo, en medio de los vivas al Corregidor y los mueras á los relajados, son conducidos éstos al suplicio, haciéndolos montar en bestias de alabarda

El paseo se verifica lentamente por las calles de Plateros y San Francisco, donde la muchedumbre es tal, que apenas deja espacio para que camine la siniestra y ridícula cabalgata.

Todas las miradas se clavan en Tomás Treviño, y él pasea las suyas por todo el espectáculo con una indiferencia y calma horribles. Los insultos que se le hacen, los acoge con un desdén abrumador. Un indio va estirando la bestia en que monta, y de cuando en cuando le da de puñadas en la boca si le oye proferir alguna palabra malsonante, ó le exhorta á reducirse á la fe católica, aconsejándole que "crea en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo;" pero él ni contesta, ni parece hacer caso de lo que se le dice, y su pensamiento vaga por otras regiones lejos de los objetos que le rodean.

En llegando cerca del brasero les sale al encuentro el Señor de la Misericordia..... ¡Profanación sacrílega!, ¡monstruosa inconsecuencia! Si esa efigie sagrada se animase, si se tranfigurase en el Hombre-Dios, ¡cuál sería su actitud ante las víctimas y los verdugos! —Yo soy, diría, el cordero sin mancha, sacrificado por los delitos del hombre; yo derramé mi sangre en un patíbulo para sellar la verdad de mi palabra; pero mi yugo es suave; mi doctrina no se impone, se predica; no se introduce en el corazón con la punta de la espada, penetra por sí sola en la inteligencia, como el primer rayo de la aurora que se abre paso entre las som-

bras. Yo soy la verdad y la vida; si vuestra alma duerme á mi voz, tiempo ha de venir en que salga de su letargo. Pero vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis la hacienda del huérfano y de la viuda, que profanáis mi templo convirtiéndolo en tienda de mercaderes, que os constituis ministros de la Divina Justicia, debiendo comenzar por vengarla de vosotros mismos, temblad ante mi brazo; yo os haré desaparecer de la haz de la tierra, porque sois indignos de contemplar ese cielo donde me buscan las miradas del bueno, ese sol que os da vida, las aves que derraman en vuestros oídos su armonía, y la nieve que mi mano ha puesto en las montañas para que brille entre el cielo y la tierra como un diamante eterno! Yo soy la verdad y la vida; pero á fuerza de cerrar los ojos á la luz, estáis ciegos; á fuerza de hollar mis mandatos, os habéis connaturalizado con el crimen; á fuerza de aparentar ante vuestros hermanos lo que no sois, habéis llegado á engañaros á vosotros mismos; habéis triunfado del remordimiento, y duerme vuestra alma el sueño de la muerte!....

El tumulto que se forma en torno del brasero á la aproximación de los ajusticiados es indescribible. Las mujeres ha-

cen la señal de la cruz como para conjurar al demonio, y en los semblantes se pinta un sentimiento inefable de temor y dolorosa curiosidad.

La gente se ha proporcionado puntos para observar no sólo en tablados construídos de improviso, no sólo en las azoteas y balcones de las casas circunvecinas, sino hasta en las ramas de los árboles de la Alameda.

Ejecutados doce de los reos, se arrima leña á las estatuas y huesos, que se consumen con gran facilidad. Proceden después los verdugos al suplicio de Tomás Treviño. Como un acto de piedad y por ver si se convierte ante la idea sensibilizada de los tormentos que le esperan, le aplican á las barbas un leño ardiendo antes de ponerlo en el cadalso.

Prorrumpe en execrables blasfemias. Rodéanle de leña á la que prenden fuego; óyese un chisporroteo infernal al tiempo que se levanta una llama monstruosa envuelta en una nube de humo, y en medio de esta horrible hoguera se ve á Treviño atrayendo á sí mismo con los pies los tizones encendidos.... Un grito de triunfo salvaje se oye resonar por el ámbito de la plazuela, y animado este pobre pueblo fanatizado de un delirio febril y diabólico, ríe á carcajadas de

las angustias del infeliz penitenciado que lucha con la muerte; los soldados disparan contra él sus armas de fuego, y hasta los muchachos le arrojan piedras.

Así termina el bárbaro suplicio.

Dura el fuego hasta muy entrada la noche, devorando los restos de todos los sentenciados, sus huesos y estatuas. El hambre del brasero está satisfecha, y el monstruo dormita aletargado saboreando la grasa de su presa.

Mañana vendrá el corregidor, y en carretones hará transladar las cenizas á la ciénega que está detrás del convento de San Diego.

Entre tanto, volvamos nosotros á la plazuela del Volador, donde nos espera todavía algo curioso que presenciar.

XVII

La Reconciliación

Una iluminación tan soberbia como la de la noche antecedente baña el tablado y refleja en los muros de Palacio, la Universidad, Flamencos y Portacoeli, dando realce á sus partes salientes y

colorando los rostros de los circunstantes con una claridad rojiza.

Suena otra vez el clamor de las campanas en señal de rogativa, y hacen salir de Portacoeli en fila de dos en dos, á los reconciliados.

El inquisidor decano con sobrepelliz y estola, asistido de los curas, procede, según lo prescrito en el ritual, a la abjuracion, reconciliación y alza de censuras á los penitentes; el secretario hace las preguntas del credo, que contestan éstos y los circunstantes, y les lee, repitiendo ellos, la abjuración. Tiene este acto un carácter de solemnidad forzada, que apenas puede disimularse. Al pronunciar los concurrentes las palabras del credo con voz fervorosa, en verdad que no están poseídos ni de amor á la fe católica, ni de celo por la gloria de Dios, recuerdan sí los lamentos de los infelices penitenciados y arde muy viva en su imaginación la llama de la hoguera.

Concluída esta ceremonia, el oficiante canta las oraciones, mientras los clérigos dan de varazos á los penitentes, hecho lo cual, termina la función. Al repique iniciado en Portacoeli sigue inmediatamente el de las campanas de toda la ciudad. El pueblo, ávido de espec-

táculos, ha saciado ya su sed. Reunido por todo el día en la plazuela del Volador, comienza á retirarse en desórden por las calles más próximas, como las corrientes que parten de un gran manantial.

Entre tanto, los inquisidores y los reos vuelven procesionalmente, en el mismo orden en que vinieron, á las casas del Santo Oficio.

Mas ya que hablamos de este edificio, bueno será consagrarle algunas líneas.

XVIII

La Casa de la Esquina Chata.

Así le llamaba el vulgo en años anteriores, á causa de la estructura particular de su fachada, construída sobre la superficie que deja el corte oblícuo de la esquina de las calles de los Sepulcros y de la Perpetua. En esta fachada está la puerta principal.

Los habitantes de México no han menester indicaciones con respecto al plano en que se asienta este célebre edificio, que por tanto tiempo tuvo el triste privilegio de ejercer en los ánimos un

horror incontrastable. Para los que no conozcan su situación, bástales saber que ocupa una área, de cuyos límites dos son las aceras de las calles antes mencionadas, que miran al Sur y al Poniente, y forman al tocarse la "esquina chata," opuesta al vértice del ángulo correspondiente de la plazuela de Santo Domingo. El departamento más amplio es el que posee actualmente la Escuela de Medicina, y los demás están convertidos en casas particulares, habiendo mudado de forma y disposición.

Antiguamente, en el gran patio de la casa del Santo Oficio, no se gozaba ese aspecto alegre y aseado que hoy ostentan los muros: su pintura era hosca y sombría, como el semblante de un alcáide. La persona que le visitaba era todo, menos lo que aparentaba en su fisonomía: una gravedad afectada, el silencio y la mesura eran de rigor.

El arco principal de la escalera, por la parte que mira hacia dentro, ofrecía al curioso una lápida, con la inscripción siguiente:

"Siendo Sumo Pontífice Clemente XII; Rey de España y de las Indias Felipe V; Inquisidores generales sucesivamente los Excmos. Sres. D. Juan de Camargo, Obispo de Pamplona; y D.

Andrés Orbe y Larreategui, Arzobispo de Valencia; Inquisidores actuales de esta Nueva España, los señores Lics. D. Pedro Navarro de Isla, D. Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, y D. Diego Mangado y Clavijo, se comenzó esta obra á 5 de Diciembre de 1732, y se acabó en fin del mismo mes de 1736 años, á honra y gloria de Dios, y Tesorero D. Agustín Antonio Castrillo y Collantes."

Al leer la parte final de esta inscripción, alguno tuvo duda sobre si la obra de que se trata se acabó siendo tesorero la persona indicada, ó si se acabó á honra y gloria de Dios y también del tesorero.

A la derecha de la escalera, en el corredor que mira al Poniente, había una puerta que daba entrada á las salas de audiencia y demás departamentos de oficiales y ministros. En la primera pieza estaban los retratos de los inquisidores, que llegaban á cuarenta, con pomposos rotulones, en que se indicaba el lugar de su nacimiento, la edad que alcanzaron y aún la enfermedad que les causó la muerte, no menos que los empleos que tuvieron durante su carrera respectiva, el año y día de su colocación en la casa, etc., etc.

"Por este cuarto se entraba al salón de audiencia, que tendría sus treinta varas de largo, sobre ocho de ancho, el cual estaba magníficamente adornado: las columnas y demás ornatos arquitectónicos eran de órden compuesto, y los intercolumnios estaban cubiertos de damasco encarnado. En el extremo del salón que miraba al Sur, había un altar bastante bien decorado, y en su centro, San Ildefonso, que recibía la casulla de la Santísima Virgen María. En el lado opuesto, y después de una gradería de poco más de una vara de alto, estaba la mesa de los inquisidores, con sus tres sillones cubiertos de terciopelo carmesí con franjas y recamos de oro, y sus tres cojines ó almohadones correspondientes aforrados en lo mismo. Había además un dosel clavado en la pared, también de terciopelo, del mismo color, con franjas y borlas de oro. En él estaban las armas reales, y apoyado en el globo de la corona un crucifijo, y al rededor: **Exurge, Domine, judica causam tuam.** Ps. 73.

"A su lado dos ángeles: uno tenía en una mano una oliva, y con la otra sostenía una cinta, en que se leía: **Nolo mortem impii, sed ut convertatur et vivat.** Ezeq., cap. 33.

"En el otro lado había otro ángel con una espada en la mano derecha, y en la izquierda otra cinta con este mote: **A el faciendam vindictam in nationibus: increpationes in populis.** Ps. 148.

"Todo lo cual estaba recamado de oro y seda, y era más antiguo que la casa, pues lo bordó Roque Zenón en México el año de 1712.

"En la pared de dicho salón que miraba al Sur, había una puertecilla que conducía á las prisiones: otra en la que miraba al Poniente con este rótulo:

Mandan los Señores Inquisidores, que ninguna persona entre de esta puerta para adentro, aunque sean oficiales de esta Inquisición, si no lo fueren del secreto, pena de excomunión mayor.

"Había también otra puerta junto al dosel, llena de escopleaduras circulares y oblícuas, para que el delator y testigos pudiesen ver desde dentro al reo, sin ser vistos por él.

Bajada la escalera que conducía á las prisiones, había un cuarto con un torno, por donde se daba la comida á los carceleros para distribuirla en los calabozos: en el mismo cuarto había dos puertas, una de las cuales conducía á un patio bastante espacioso, en cuyo centro había una fuente y "algunos naranjos"

y al rededor diecinueve calabozos; la otra conducía á una prisión bastante capaz, que los de la casa llamaban ropería, y que se componía de tres ó cuatro cuartos, de los que el último parecía ser el que más había servido.

En las paredes de este último cuarto había varias poesías de D. Antonio Castro y Salgado, que compuso durante su prisión: había también algunas pinturas del mismo sugeto, y entre ellas un paisaje que representaba un campamento; entre las tiendas de campaña había algunos árboles, á lo lejos se distinguían mástiles y velas de embarcaciones: en el centro un alférez con los brazos abierto, y á poca distancia un hombre embozado. Debajo de este paisaje había esta inscripción:

Atravesando el autor A. C. y S. el campamento de......á las diez de la noche, un embozado le dice: "Pon tu persona en salvo, y huye á Francia." Así lo hizo á la edad de 21 años, y á la de 25 vino á esta prisión, después de haber corrido una suerte no menos trágica que la del Barón de Trenck.

"Sobre la puerta que daba entrada al patio de las prisiones y mirando á éstas, había una lápida de piedra, y en ella

una inscripción latina, que traducida al castellano decía:

"Reinando Carlos IV y Luisa, siendo inquisidor general de España el Exmo. Sr. D. Ramón de Arce, y de México los Doctores Prado, Flores y Alfaro, esta cárcel, que se hallaba casi arruinada, se reparó y mejoró, habiendo quedado abierta por algún tiempo, para que el público la reconociese, día 9 de Diciembre del año del Señor de 1803, y el cuarto del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre Pío VII."

"Las más de las prisiones tenían de largo dieciséis pasos y diez de ancho, aunque había algunas más chicas y otras más grandes, dos puertas gruesísimas, un agujero ó ventana con rejas dobles, por donde se les comunicaba la luz escasamente, y una tarima de azulejos para poner la cama.

"Detrás de los diecinueve calabozos había otros tantos jardincillos, que llamaban asoleaderos, á donde llevaban algunas veces á los presos para que tomasen sol; pero construídos de manera que era imposible verse los unos á los otros: últimamente estaban llenos de yerba, y no cuidados como lo estuvieron hasta 1813."

Estas noticias nos las suministra el

Diccionario de Historia ya citado. No contentos con solo ellas, procuramos una vez identificar los lugares; pero todo nuestro afán no dió más fruto que determinar el local del antiguo patio de los naranjos. Este, según opinión de varios y en especial de un viejo portero de la Escuela de Medicina, era precisamente la misma área en que hoy está situada la casa número 7 de la calle de la Perpetua, en la que habitó nuestro elegante poeta D. José Joaquín Pesado.

Tampoco nos ha sido dable averiguar si es realidad ó fábula el tan mentado subterráneo que, según la creencia popular, comunicaba el edificio de la Inquisición con el convento de dominicos.

Otra cosa permanece envuelta en las nubes del misterio: la pieza á que se entraba por el salón de audiencia, y á cuya puerta tenían que detenerse sin pasar adelante, pena de excomunión, todos los que no eran oficiales del secreto: ¿qué objeto tenía, á qué estaba destinada? ¿Era por ventura el lugar donde se guardaban los instrumentos del suplicio? Curioso y horrible sería el aspecto de aquella reunión de aparatos inventados por la crueldad más refinada. ¿Era la galería donde las estatuas de los reos fugitivos y los huesos de los que habían muerto en

la cárcel, esperaban el día del auto de fe para ser devorados por el fuego?

La Inquisición no disimulaba su rencor salvaje. Avida de venganza, era un dragón que tenía cien garras para hacer presa, y cuando no podía dar alcance al fugitivo, se consolaba quemándole en efigie, que así á lo menos echaba un borrón indeleble en su memoria. Solía la muerte disputarle sus víctimas, sobre todo, cuando el tratamiento que se les daba en las prisiones era excesivamente bárbaro; pero todavía así le quedaban los cadáveres.... no, las osamentas, contentándose entonces con las sobras del festín. No sin razón dijo el cantor de la Grandeza Mexicana que la Inquisición era:

Una espía, á quien no hay secreto obs-
(curo.
Que tiene ojos de Dios, y el delincuente
Aun en el ataúd no está seguro

Por lo demás, su historia abraza épocas notables y episodios interesantísimos, matizados de hechos prodigiosos, á veces dramáticos, pero entre los cuales se descubre un fondo horrible como una niebla nocturna. No es, sin embargo, nuestro intento, referirlos, ni cabe tal empresa en el plan que nos hemos propuesto; consa-

graremos sí, algunas páginas á la parte leyendaria ó cíclica de la Inquisición por amor á nuestras tradiciones populares.

XIX

La Mulata de Córdoba.

¿No habéis asistido alguna vez á las risueñas pláticas de nuestra gente pobre? Si algún aguacero os ha obligado á tomar asilo en un zaguán, ¿no habéis escuchado los diálogos que alegran el cuarto del portero? ¿No ha llegado á vuestros oídos, sin quererlo, algún fragmento amoroso del idilio representado en la calle entre un mozo de café y una linda costurera? Se trata de una empresa difícil, se trata de que la muchacha, venciendo los obstáculos que le opone la suspicacia de una tía terrible, acuda á una cita..... ¡dura exigencia! ¡proyecto irrealizable!

Pero el amante insiste; redobla su empeño, y aun ya sospecha que la negativa procede del poco afecto que se le profesa, ó quizá de algún compromiso contraído con otra persona

—¡Nada de eso! pero.....

—¡Dí claro que ya no me quieres!

—Nada de eso, pero....

—¡Pero qué!

—Me pides un imposible! ¡eres un imprudente! ¡yo no hago milagros! ¿qué soy la Mulata de Córdoba?

Asoma á vuestros labios una sonrisa al oír este nombre que os hace recordar con deliciosa armonía en lo íntimo del alma la conseja á que se refiere, y que con mil otras escuchábais de niño durante las primeras horas de la noche, á la luz de la bujía, de labios de la sirvienta más antigua de vuestra casa, ó tal vez de los de alguna hermosa Scherazada que á la sazón se hallaba en ella de visita. Os transladáis involuntariamente á esos tornasolados años de la inocencia, que disfrutásteis ajenos de pesar y de inquietudes, dejado apenas el regazo de la madre, y en que recién venidos á la vida empezábais á gustar no más que sus placeres. ¡Oh! quién no vuelve los ojos con encanto á esa edad tranquila, aurora de la existencia, perfumada con el amor de la familia, fresca y pura con el rocío de tiernas puerilidades! ¡quién no conserva en el corazón, aunque marchitas, algunas de las flores que cortó durante sus primeros pasos en el mundo! ¡Quién no atesora como las reliquias de esa fugitiva edad las relaciones fantásticas, los sabrosos

cuentos que entonces le entretuvieron y embelesaron!

Sí, pocos habrá que no sepan la leyenda de la Mulata de Córdoba y no hay mas que penetrar en el hogar del pobre para oír frecuentes alusiones al poder mágico y portentoso de esa célebre mujer. ¿Pero existió realmente? ¿No es una de tantas ficciones inventadas para alejar de los niños el sueño? Prescindiendo de la virtud sobrenatural de que se presenta revestida, hay que convenir en que su existencia fué un hecho; y deponiendo la crítica veámos lo que acerca de ella cuenta la tradición.

La Mulata de Córdoba empezó á darse á conocer de una edad en que habiendo alcanzado el perfecto desarrollo de su organización, no podía llamarse ni joven ni vieja.

No faltaba, sin embargo, quien asegurase ya de edad avanzada, haberla conocido desde niño en el mismo estado en que todos la vieron siempre; por lo que una de las primeras virtudes que se le atribuían era la de conservarse la misma á pesar de la destrucción y desmejora que acarrea el trascurso del tiempo.

Lo cierto es que era el oráculo de la gente supersticiosa de su época, en atención á que se le suponía estar en contac-

to con seres de un mundo misterioso y sobre natural, con quienes comunicaba cuando mejor le parecía, sabiendo por ellos los secretos del presente y los del porvenir. Poseía, además, dotes que la hacían buscar como un remedio universal para las dolencias del cuerpo y las aflixiones del espíritu.

El lugar de su residencia era un arcano: tenía el don de ubiquidad, y alguna vez se supo que á la misma hora había respondido á una consulta en Córdoba, y aplicado un medicamento á un enfermo de la capital. Ordinariamente habitaba una caverna; este la visitó en una hundida accesoria; aquél la vió en una de esas casas horrorosas que tan mala fama tienen en los barrios más inmundos de las ciudades, y otro la conoció en un modesto cuarto de casa de vecindad, sencillamente vestida, con aire vulgar, maneras desembarazadas, y sin revelar el mágico poder de que estaba dotada.

Pero el medio más común de ponerse en relación con ella, era invocar su presencia en cualquier lugar, y entonces aparecía súbitamente; dábase á conocer y ofrecía sus servicios al invocante. Las más veces se dejaba ver sin saber cómo; pero alguno la vió venir atravesando rápidamente los aires sobre una nube.

¿Qué fuerza natural ó qué elemento no caería bajo el dominio de semejante mujer?.

He aquí por qué era considerada como un paño de lágrimas en las necesidades más apremiantes.

¿Había una doncella herida de amorosos cuidados? Tal vez suspiraba lejos del dueño de su corazón; tal vez sentía el roedor veneno de los celos y anhelaba cerciorarse de la fidelidad de su amante, tal vez éste la había abandonado partiendo á lejanas tierras, y ella se consumía en estériles votos sin poder consolarse, sin poder reprimir sus ansias, sin poder echar en olvido al objeto á la vez aborrecido y adorado de su pasión, y entre tanto

"Llorando la ausencia
Del galán traidor,
La halla la luna
Y la deja el sol:
Añadiendo siempre
Pasión á pasión,
Memoria á memoria.
Dolor á dolor"

En tal situación, ¿qué camino tomar? ¿á quién acudir?

La Mulata le dará un filtro maravillo-

so, que una vez circulando en las arterias de su amante, irá al corazón de éste y grabará en él con letras de fuego el nombre de la ninfa. Desde entonces nada tiene ya que temer, porque el prestigio de que se ha de ver rodeada será irresistible, omnipotente.

Un caballero está oprimido de mortal pesadumbre: el demonio de la pobreza le tiene entre sus garras, quiere mejorar de condición; pero le faltan medios; quiere elevarse en la sociedad, adquirir un puesto distinguido, fama, nombradía; pero carece de posibles.

"Poderoso caballero,
Es don dinero."

¿De dónde conseguirle? ¿Cómo obligarle á venir á sus manos? ¿cómo llegar á merecer sus favores? ¡Un tesoro! ¡una mina! ¡una lotería!.... Sí una lotería, ya que el trabajo nada produce, ya que la economía y las privaciones no mejoran la suerte, no ablandan á la fortuna. ¡Una lotería!.... Pero ¿cómo adivinar el número que ha de ser premiado?

Una hermosa dama, sí, hermosa, pero no rica, desea ardientemente presentarse en un baile adornada con magnificencia, ya logró un traje con que hará morir de

envidia á las más encopetadas señoritas de la corte. Consulta con el espejo y sonríe al mirarse tan hechicera, más..... ¿qué sombra anubla su frente? Nota que le hace falta el aderezo de diamantes; ¡ah, si poseyese el que estrenó hace poco la virreina! ¿cómo tener uno igual ó semejante?

La dama y el caballero saldrán de angustias acudiendo á la Mulata.

Era ésta, en suma, una Circe, una Medea, una Pitonisa, una Sibila, una bruja, un ser extraordinario á quien nada había oculto, á quien todo obedecía y cuyo poder alcanzaba hasta trastornar las leyes de la naturaleza.... Era, en fin, una mujer á quien hubiera colocado la antigüedad entre sus diosas, ó á lo menos entre sus más veneradas sacerdotisas; era un "medium," y de los más privilegiados de los más favorecidos que disfrutó la escuela espiritada de aquella época..... ¡Lástima grande que no viviera en la nuestra! ¡de qué portentos no fuéramos testigos! ¡qué revelaciones no haría en su tiempo! ¡cuántas evocaciones! ¡cuántos espíritus no vendrían sumisos á su vez! ¡cuántos incrédulos dejarían de serlo!

Pero la Inquisición era demasiado lince y superlativamente materialista. Cuan-

do llegaron á sus oídos tan estupendas maravillas, sonrió con desdén y clavó sobre la maga una mirada de serpiente.

Después alzó la mano con sorna dispuesta á caer sobre su presa; escabúllese ésta con celeridad vertiginosa y cruza triunfante por el cielo; pero su perseguidora ya estaba preparada á este lance: tiende en el aire su red de acero y...... no hubo escape, la Mulata quedó prendida entre las mallas.

Cuando se supo que yacía sumida en una de las cárceles del Santo Oficio, quedaron consternados sus prosélitos y admiradores; mas entonces á ella, que todo lo sabía, le llegó su vez de reír y lo hizo con una desdeñosa carcajada que resonó pavorosamente por todos los ángulos del edificio.

Tenía razón.

Pasado algún tiempo, y cuando ya se iba desconfiando más y más de la fuerza sobrehumana de que había hecho alarde; cuando los que la tenían presente aguardaban que de un día á otro se leyera su causa en un auto de fe, é incontinenti fuese conducida al quemadero, ella se propuso chasquear á sus guardianes y dejar atónito á todo el mundo.

Estamos en la mazmorra inmunda que la aprisiona: en una de las paredes ha

pintado con carbón un buque, y está presente el carcelero contemplando el primor de la pintura.

—¿Qué le falta á este barco? pregunta la Mulata.

—Nada, repondió el guardián, solo que ande.

—Eso es lo de menos; pero no caminará solo.

En diciendo esto la hechicera, por una de sus artes se introdujo en el buque susodicho, el cual comenzó á deslizarse poco á poco á lo largo de la pared, hasta perderse con su carga en el rincón de la pieza, quedando el espectador de aquella escena con un palmo de narices.

Desde entonces desapareció para siempre la Mulata.

XX

Un reo que parece juez

—¿Ya sabes la gran nueva de hoy?

—¿Llega acaso el galeón de Filipinas? ¿está ya en Veracruz la flota de España? ¿trae mercedes?, ¿á quiénes?

—Cierto que ignoras cómo anda el mundo.

—Pues dime, ¿qué hay?....

—¡Qué ha de haber! ¡Que el Santo Oficio ha hecho hoy una gran presa, una presa ilustre! Ya se persuadirán los detractores de la Santa Inquisición, que no sabe lo que es acepción de personas, que para ella lo mismo es el rico que el pobre, el rey que el vasallo. Esto hacía falta, sí, un ejemplo ruidoso, un caso nunca visto, ¡la primera autoridad haber de reconocer que muy cerca de sí tiene al superior que vela sus pasos!, ¡excelente!

—Pero tú te has vuelto loco, y quieres que yo te acompañe á San Hipólito! ¿Acabarás de decirme qué pasa?

—¿Qué pasa?

—Sí.

—Que su excelencia el señor virrey tiene que comparecer hoy día, (óyelo bien) ante el tremendo tribunal del Santo Oficio!

—¡Cómo es eso!

—Sí, se le citó inmediatamente...... ¡muy acertado!... y á pesar de su pompa, á pesar de su boato.... habrá de obedecer. Ya lo veremos, señor marqués de Croix, ¡de Croix!, tras de la cruz está el diablo!

—Hasta ahora.... si no te explicas más.....

—Pues sí, sábelo bien. La corte está escandalizada, y en breve lo estará todo el reino; porque quien debía ser un espejo de religiosidad, un dechado para todos nosotros, es el primero que ve con menosprecio las cosas sagradas.

—¡Ah, vamos, algún sacrilegio!

—Hoy que nuestra Santa Madre Iglesia recuerda al hombre que es polvo y.....

—Ceniza: dígalo si no mi frente.

—Fueron los señores Canónigos á las Casas Reales á dar, según costumbre, la ceniza al señor virrey; pero su excelencia....

—¡La rehusó!

—No tanto; pero sí mandó decirles que tuvieran á bien aguardar.... ¡como si tratase con alguna comisión de concejales de pueblo!

—¿Pero al cabo tomó ceniza?

—Sí.

—¡Vaya, si no me sales con el parto de los montes! ¡No ves que su excelencia tendría á la sazón algún negocio, cuyo despacho no pudo retardar!

—Lo cierto es que á la media hora ya estaba emplazado para presentarse ante el Santo Tribunal.

—¿Y no le sorprendió la cita?

—¡Vaya si no! Dicen que al recibirla, exclamó: **Con que también los virreyes**

están comprendidos en la jurisdicción del Santo Oficio! Ya ves que lo que debe sorprender es la duda de su excelencia.

—¿Y no cabe duda en que acudirá al llamamiento?

—Y dentro de pocos instantes, como lo verás.

En efecto, no bien habían terminado su diálogo nuestros dos interlocutores, cuando los toques de ordenanza anunciaron en Palacio que salía el virrey; salía, es verdad, mas no solo, sino al frente de un batallón competentemente armado y seguido de una batería.

Toda la gente se preguntaba con susto qué objeto tenía aquel aparato; pero la comitiva siguió impávida en dirección á las casas del Santo Oficio.

Al llegar, la tropa puso cerco al edificio, y el virrey atravesó con serenidad el patio, subió la escalera y se presentó en la sala de audiencia ante los inquisidores, que con grande autoridad le esperaban sentados en el tribunal. Sus miradas se fijaron á un tiempo en el emplazado con una expresión indefinible que podía significar sorpresa, satisfacción. orgullo y aún altivez. Pero él, con una calma imperturbable y cierto aire libre y depresivo, como de quien viene á imponer la ley antes que recibirla, sin esperar

á que le hablasen, sacó el reloj y tomó la palabra, encarándose al inquisidor presidente:

—Ante todo conviene tener entendido que para esta entrevista no podemos disponer sino de diez minutos. Vea V. S. lo que tiene que decirme en este espacio, porque si expira antes de que salga á la calle, la artillería que está abocada al edificio empezará á obrar hasta reducirlo á escombros. Por lo mismo, creo que á todos nos importa ser breves.

—No cabe la menor duda, excelentísimo señor, aunque es extraño......

—Bien; pues pasemos al asunto.

—No hay para qué seguir adelante. excelentísimo señor.

—Según eso, la audiencia está terminada.

—Y muy felizmente, porque.... Será bien que V. E. piense ya en retirarse.

—Porque quien se presenta á juicio con tantos y tales abogados.....

—No puede menos de salir airoso; pero, dispensando, suplico á V. E. se digne retirarse.

—Podemos hablar todavía por algunos minutos.

—No es menester, y el tiempo es precioso.... una distracción.

—Podía sernos funesta..... comprendo. Así, que......

Al decir el virrey estas palabras, hizo una ligera inclinación ante el tribunal, y consultando el reloj con presteza, empezó á andar sosegadamente.

Cuando llegó á la calle, y antes de montar en su coche, dirigió una mirada alrededor. La gente estaba azorada esperando con avidez el resultado del juicio. La mecha humeaba en manos de los artilleros, y el jefe de la fuerza, inmóvil como una estatua, seguía con la mirada fija en la carátula de su reloj los pasos del minutero.

—¡A Palacio!, se oyó decir desde la testera del carruaje, con un acento que no indicaba la menor emoción, y casi en el mismo instante partió el carruaje, atravesando después orgullosamente la plazuela de Santo Domingo.

¡A Palacio!.... por entonces; más no pasó mucho tiempo sin que el marqués de Croix recibiese la orden de volverse á España.

No podía la Inquisición entregar maniatado al virrey á la voracidad del quemadero; pero sí pudo comparecer ante el monarca y suplicarle con semblante beato, con actitud doliente, que separase del gobierno de la Nueva España á un

hombre que hacía esperar á los canónigos para tomar ceniza, y que se presentaba á las casas del Santo Oficio, como si fuera á apoderarse de un fuerte por asalto. Faltas eran éstas que podía disimular, mas nunca echar en olvido. Sobre todo, jamás toleró que le usurpasen sus fueros, y nunca pensó sin derrame de bilis en un reo que parece juez.

XXI

Presos Insignes

El calabozo que la Inquisición había preparado para el virrey quedó, como hemos visto, esperando el bocado con la boca abierta. Al fin tuvo que resignarse á perderle, aunque no sin desconsuelo. Con todo, pronto vinieron á reemplazarle nuevas presas, supliendo la abundancia lo ilustre de la que se había escapado.

El Santo Oficio era insaciable: su actividad rayaba en fabulosa; no podía estar muchos días sin alimento, y casi siempre ponía los ojos en las eminencias de la sociedad; la vulgaridad le fastidiaba, y en esta parte, era más exigente y descontentadizo, que el minotauro. Obra inter-

minable sería la enumeración detallada de todas las víctimas que respiraron el aire infecto de sus cárceles, pero ¡cómo pasar en silencio los nombres de algunas, cuya memoria derrama un bálsamo en el corazón, y será el esmalte de este libro!

¡Morelos! ¡Hidalgo! ¡Teresa de Mier!.... ¡cuántos recuerdos despiertan en el alma al evocar estas sombras venerables! ¡Su gloria está llenando los primeros lustros de nuestro siglo, y se asocia melodiosamente á todos los sentimientos patrióticos, á todas las más nobles y fervientes aspiraciones que engalanaron la aurora de nuestra regeneración social y política!

Sí, estos ciudadanos eminentes fueron el blanco de los tiros de la Inquisición, y dos de ellos gustaron el pan negro de sus calabozos. Sin embargo, el tiempo en que tuvieron esta suerte, corresponde al período de la historia del tribunal, en que ya no era ni la sombra de lo que fué: su rigor ya había amainado; en el lugar del brasero crecían los árboles de la Alameda con su pompa y sus aves, como para borrar la enojosa memoria del tormento; ya no se celebraban tan á menudo los autos de fe; la mayor parte de éstos eran secretos y particulares, como si el tribunal se sonrojase de sus propios hijos; los penitenciados solían sustraerse con más

frecuencia á sus furores; dos de ellos, Don Juan Olavarrieta y Don José Rojas, después de salir en el auto de 1804, lograron la absolución, y el primero partió á España, donde más tarde se hizo célebre, publicando el "Diario de Cortes," y el segundo emigró á los Estados Unidos, donde, en venganza, dió á luz un opúsculo contra la Inquisición. Era ésta, en suma, ya no más que un espantajo, y con mucha propiedad se le definía:

"Un Santo Cristo,
Dos candeleros,
Tres majaderos."

Sin embargo, al oír el grito de Dolores, que inició la gloriosa revolución de independencia, pareció reanimarse y dar muestras de su antiguo brío. El 13 de Octubre del mismo año en que ésta se proclamó, hubo de fulminar un edicto terrible contra Hidalgo y sus secuaces. Hay quien afirme que ya desde 1800 tenía el héroe causa pendiente ante el tribunal; pero que no se le había reducido á prisión, por la reforma que en él se notara. Doce son los cargos que le hicieron en el edicto, entre los cuales es curioso el de no haber querido graduarse en la Universidad, porque decía ser ésta "una cuadrilla de ignorantes." Concluye el edicto

citándole dentro de treinta días, so pena de seguir la causa en rebeldía, hasta la relajación en estatua, y además, fulmina excomunión y pone quinientos pesos de multa "á los que aprobasen la sedición, mantuviesen trato ó correspondencia epistolar con Hidalgo, ó le prestasen cualquier género de favor ó ayuda; así como también á todos los que no denunciasen ó no obligasen á denunciar á todos los que favoreciesen las ideas revolucionarias, ó de cualquiera manera las promoviesen ó propagasen."

A pesar de esto, Hidalgo tuvo la rara felicidad de no pasar bajo las horcas caudinas del Santo Oficio.

No así el gran Morelos.

Promulgada la Constitución española en 1812, empezó la nación á caminar derechamente y de prisa por la senda de las reformas; una de las que primero introdujeron las Cortes, fué la extinción del funesto tribunal, previo un ardiente debate, que terminó con la aprobación del decreto de 22 de Febrero de 1813. Este se promulgó en México, el 8 de Junio, y por otros dos bandos se mandaron incorporar los bienes de la Inquisición á la real hacienda, y quitar de la Catedral las tablillas con los retratos y nombres de los reos que habían sido penitenciados.

"Por una ordenación de las cortes—

leemos en el Diccionario de Historia citado—se mandó publicar el decreto de extinción, tres domingos consecutivos, en la misa mayor de las Catedrales y parroquias. El Nuncio apostólico y el Cabildo de Cádiz, se opusieron á esta determinación, como contraria á los usos y cánones que sólo permiten "inter missarum solemnia," la exposición del Evangelio ó los edictos y pastorales de los Prelados. En México, para obviar, el Arzobispo Don Antonio Bergosa y Jordán, hizo preceder el decreto de un edicto suyo. En cumplimiento de estos decretos, el intendente Don Ramón Gutiérrez del Mazo, procedió á recoger é inventariar los bienes, entregando los inquisidores con la mejor buena fe, y cosa que en un siglo de corrupción como el en que vivimos, causa un asombro estupefaciente, sesenta y cuatro mil pesos en plata, ocho mil en oro, y lo que es más, la obra pía del Lic. Vergara para alimentos de los presos de la cárcel, de la que eran los inquisidores patronos y herederos, por una cláusula terminante, si dejara de existir el tribunal, ó quisiese otra autoridad intervenir en la obra pía, cuya condición se cumplía entonces. Por la Administración de esta fundación, tenía cada uno de los inquisidores un tintero de plata anualmente, el día de San Pedro Mártir; de

los productos de dicha obra pía, construyeron los inquisidores la casa de las Recogidas, de San Lúcas."

"Al tiempo de la extinción, eran inquisidores los Doctores Don Bernardo de Prado y Ovejero, Don Isidro Sáenz de Alfaro, primo del Arzobispo Lizana, y Don Manuel Antonio Flores."

Mas con la vuelta de Fernando VII al trono de España, y derrocada la Constitución, se restauró todo á como estaba antes de la sanción de aquel Código. El tribunal de la Inquisición fué restablecido en México el 21 de Enero de 1814. Días antes, el Arzobispo Bergosa había publicado un edicto, por el que mandaba "caritativamente" á sus diocesanos, "acudan á denunciar al Santo Oficio, á sus comisarios y ministros, todos los delitos de herejía ó sospecha de ella, como también la lectura de libros prohibidos, bajo la pena de excomunión mayor."

No tardó en darse cumplimiento á la prevención, y vemos á poco al Santo Oficio, fulminar contra la Constitución de Apatzingan, y apoderarse de cuantos en su concepto estaban comprendidos en el edicto, empezando por D. N. Movellan.

Aquí también da principio la tragedia de Morelos. Háse referido tantas veces y por plumas tan gallardas, que fuera sobrada avilantez pretender hacer una nue-

va edición por completo. No obstante, se nos excusarán algunas breves pinceladas.... ¡hay tanto atractivo en reproducir esa emoción indefinible, ese placer doloroso que causa la narración de tales historias!

Era el 22 de Noviembre de 1815. El héroe, el caudillo insigne que acababa de ser aprehendido en Tesmalaca por el brigadier Don Manuel de la Concha, era traído de Tlálpan, muy de mañana, y en un coche, para evitar escándalo, á las cárceles secretas de la Inquisición.

Las jurisdicciones militar y eclesiástica unidas, comienzan la causa, que queda instruída en el espacio de veinticinco horas, y se desea proceder inmediatamente á la sentencia y ejecución. ¡Tan implacable y frenético así es el encono que se tiene contra un hombre, á quien deificarán las generaciones venideras!

Pero el Arzobispo electo, Dr. Don Pedro José de Fonte, reclama su parte en la triste gloria de condenar al acusado, y al efecto, nombra una Junta de eclesiásticos, que por dictamen unánime de sus miembros, le sentencia á privación de oficio y beneficio, degradación de las órdenes, y entrega al brazo secular.

No queriendo quedarse atrás la Inquisición, suplica al Virrey que difiera la

ejecución de la sentencia pronunciada por el Arzobispo y su Junta, y lo consigue.

Cuatro días después, se agolpa la gente á la entrada de una sala enorme. ¿Qué pasa en su recinto? Celebran auto los inquisidores Flores y Monteagudo, y el fiscal Tirado, asistidos de los dos consultores togados, el provisor y el delegado de la mitra de Michoacán. Morelos oye los cargos que se le hacen, sentado en un banquillo sin respaldo, con sotanilla corta sin cuello y vela verde, en hábito de penitente. El acusado se descarga satisfactoriamente, y con todo se falla: que el presbítero D. José María Morelos, es hereje formal negativo, fautor de herejes y perturbador de la gerarquía eclesiástica, profanador de los Santos Sacramentos, traidor á Dios, al rey y al Papa, y como á tal se le declara irregular para siempre, depuesto de todo oficio y beneficio, y se le condena á que asista á auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde, á que haga confesión general, y tome ejercicios, y para el caso inesperado y remotísimo de que se le perdone la vida, á una reclusión para todo el resto de ella en Africa, á disposición del inquisidor general, con obligación de rezar todos los viernes del año los salmos penitenciales y el rosario de la Virgen, fijándose en

la iglesia Catedral de México un sambe nito como á hereje formal reconciliado.

Presto se llevó el viento estas vanas palabras, que solapan intenciones más ruines y feroces. La verdadera sentencia está ya pronunciada de antemano, y se le notifica al héroe el 21 de Diciembre del propio año, estando en la Ciudadela. En la noche de ese día ocurre un incidente singular.

Entre los carceleros que custodian á Morelos y le dispensan toda suerte de consideraciones, se presenta á visitarle un personaje misterioso: manifiéstale que sólo ha venido para conocerle, y al conversar con él, queda prendado de su carácter; admira su entereza, trata de sorprender en su ánimo algún indicio de debilidad, y no puede menos de confesarse á sí mismo que las relevantes dotes que adornan al ilustre preso, le constituyen merecidamente el caudillo de un gran pueblo y el sostenedor de la causa que ha abrazado. Este desconocido, que para salir del paso, se ha valido del disfraz, es nada menos que el virrey Calleja.

Cuando vuelve á Palacio, ya muy entrada la noche, halla á la virreina en vela, esperándole en su retrete. Al verle, cae de rodillas, y bañada en lágrimas, le dice:

—No puedo ocultarte que me duele en el alma la suerte de ese hombre.... ¡pudieras librarle del suplicio!.... Sí, tú lo puedes; yo te lo suplico rendidamente; mándale á España. Acaso allí serán menos inhumanos.

¡Tal es la política de los satélites de la Corona!, ¡tal la simpatía que han encontrado siempre en la piedad del sexo hermoso, los caracteres heróicos y los grandes infortunios!!

Al siguiente día, cabalmente un mes después de la entrada de Morelos á las cárceles del Santo Oficio, sale de México, á la madrugada, un coche que, escoltado, camina hacia el pueblo de San Cristóbal Ecatepec.

En llegando, se apean á la entrada de una casa que sirve de cuartel, dos hombres, uno de los cuales porta modesto traje eclesiástico, y el otro uniforme militar, que parece de oficial de alta graduación.

Conversando amigablemente entre sí, pasan el umbral, y toman posesión de una pieza, donde se les sirve de comer. Hablan sobre el mérito de la fábrica de la iglesia del lugar, y se divagan, tratando de otras cosas indiferentes, como si estuviesen meramente de camino.

Concluída la comida, el militar, dirigiéndose á su compañero, le dice:

—Señor cura, ¿sabe usted á qué ha venido aquí?

—No lo sé, contesta el eclesiástico; pero lo presumo.... á morir....

—Sí.... tómese usted el tiempo que fuere necesario....

—Muy luego despacho; pero permítame usted que fume un "puro," pues lo tengo de costumbre después de comer.

Diciendo esto, enciende el puro con tranquilidad, mientras le proponen traerle á un fraile para que se confiese.

—Que venga el cura, replica, pues no he gustado de confesarme con frailes.

Viene el Vicario, y encerrándose con él en una pieza, recibe la última absolución.

Después, viendo desfilar al toque de cajas, las tropas que componen el cuerpo de guardia del destacamento, exclama:

—Esta llamada es para formar: no mortifiquemos más.... Deme usted un abrazo, señor Concha, y será el último.

En seguida, metiendo los brazos en la "turca" y ajustándosela bien, añade:

—Esta será mi mortaja, pues aquí no hay otra.

Quieren vendarle los ojos; pero él lo resiste, diciendo:

—No hay aquí otro objeto que me distraiga.

Saca el reloj, ve la hora.... pide un

Crucifijo, y le dirige estas palabras solemnes: "Señor, si he obrado bien, tú lo sabes, y si mal, yo me acojo á tu infinita misericordia."

Persisten en que se vende los ojos, y lo hace él mismo, tomando su pañuelo por las puntas encontradas, dándole vueltas y atándoselo....

—¿Aquí es el lugar? pregunta.

—Más adelante.

Da unos cuantos pasos, y previniéndole que se arrodille, pregunta segunda vez:

—¿Aquí me he de hincar?

—Sí, aquí, exclama el clérigo que le auxilia: "haga usted cuenta que aquí fué nuestra redención!"

Puesto de rodillas, se da la voz de fuego, y el gran Morelos cae, atravesada la espalda por cuatro balas; pero dando todavía signos de vida, le duplican la descarga..... Pongamos un sudario sobre la víctima sublime; no, ¿para qué ofuscar el velo resplandeciente con que le cubre la inmortalidad? ¡No ha muerto! Vive, y vive la vida de los siglos! La gratitud nacional no le ha erigido una estatua en el pueblo humilde, altar del holocausto. ¡No importa! La memoria del héroe se transmite con nuevo brillo de generación en generación, como una herencia sagrada, y en cada corazón me-

xicano tiene un monumento imperecedero.

Las palabras pronunciadas en los instantes que preceden á la consumación del destino del hombre, tienen un carácter augusto y brotan de labios inspirados. Cuando hirieron el aire las palabras "haga usted cuenta que aquí fué nuestra redención," las sombras de las pasadas edades se miraron atónitas, y aplaudió el porvenir, acogiéndolas como una profecía cumplida; porque la patria iba en breve á extremecerse al sentir en su seno la caliente sangre del mártir, y este rocío del cielo lavaría su afrenta, y no hay duda, la redimiría de su esclavitud de tres centurias.

El día de este suceso fué también señalado con un violento terremoto....

¿Ha sido penoso al lector, seguirnos en la narración de este episodio?

Tal vez.

Confesamos que, seducidos por la valiente figura de Morelos, casi habíamos perdido de vista un objeto accesorio aunque muy atendible, en el mismo cuadro: la serpiente que tiene aquél bajo la planta, sin poder evitar que se la muerda.... la Inquisición. Démosle la postrer mirada.

Hemos comprendido poco antes al P. Mier entre las víctimas insignes del es-

pantable tribunal del Santo Oficio. Tiene, efectivamente, este mérito, ante la posteridad, y como de propósito hemos omitido enumerarle al bosquejar su vida, justo es que ahora le coloquemos en su propio lugar.

Después de acompañar el buen fraile al General Mier en toda su carrera de triunfos y desastres, cayó prisionero en la toma del fuerte de Soto la Marina, por el brigadier Arredondo, y se le trajo á México con fuertes grillos en los piés, en un macho aparejado, padeciendo en el camino el accidente de un golpe, que le quebró el brazo derecho, quedándole inutilizado para toda su vida. Al llegar, se apresuró la Inquisición á abrirle sus ferradas, puertas, y no le devolvió á la luz del día, sino hasta el año de 1820, en que fué confinado al castillo de Ulúa.

Sin embargo, es preciso confesar, para hacer justicia á todos, que durante su prisión en los calabozos inquisitoriales, fué objeto de consideraciones hasta entonces sin ejemplo, llegando hasta á proporcionarle medios para escribir, y permitírsele comunicaciones de afuera.

Los que personifican en la orden de predicadores el tribunal del Santo Oficio, no podrán menos de ver reproducida en este hecho la fábula de Saturnó, que devoró á sus propios hijos.

XXII.

Presente.

No siempre es injusto el tiempo al cumplir con la obra de destrucción que le ha confiado la Providencia. Si descarga sin conmiseración su rudo martillo, sobre las instituciones benéficas que honran á la humanidad, también se apresura á minar con la misma indiferencia esos negros monumentos, levantados por pasiones bastardas, que parecían eternos sobre sus bases de pórfido.

¡Murió la Inquisición para no resucitar jamás!

Avida de riquezas, confiscaba los bienes de los infelices, á quienes asestaba sus tiros..... ¡miseria humana! ¿Pudo acaso prever que le estaba reservada la misma suerte? Su temido alcázar pertenece ahora á muchos dueños, y por un alto destino, la casa donde ella fulminaba anatemas y destrozaba los miembros del hombre en la tortura, oprimiendo á la vez la conciencia y el cuerpo; esa casa, mansión un tiempo de la aflicción y la muerte, es hoy el santo albergue de la ciencia, que consagra sus vigilias al alivio de las enfermedades y á la conservación de la especie humana.

Nadie tiembla ya al acercarse á sus puertas, si no es el vulgo, que cuando pasa de noche por la calle de la Perpetua, todavía se estremece, al fijar la vista en el aspecto adusto del edificio, y cree oír allá en lo interior el son de las cadenas y los dolorosos ayes de los presos. Aun de día, cediendo á una preocupación invencible, poco transita por la calle mencionada, y acaso el nombre de ésta viene de la "perpetua soledad" en que regularmente se encuentra.

Mas ya es tiempo de decir adiós á las casas que fueron del Santo Oficio, y de encaminar otra vez los pasos al convento de domínicos. ¿Conocísteis la cerca que aprisionaba el atrio, quitando parte de la vista del templo principal, y casi sofocando las capillas? Ya no quedan del celoso muro sino los cimientos, que se dejan ver en una línea blanquizca y escabrosa; pero el monumento ha ganado, y ahora luce por entero la gallardía de su construcción y la magnificencia de su aspecto

En uno de los ángulos del atrio está acumulado el escombro de la parte del claustro, que ha sido preciso derribar, para abrir la calle que desemboca en la de la Puerta Falsa. Acrecen también cada día ese cúmulo informe, los restos de las capillas del Señor de la Expiración y de la Tercera Orden, que no se sabe por

qué son destruídas. Es lástima, porque ambas eran de bella arquitectura, y particularmente la segunda, se hallaba aderezada con retablos de buen gusto. Dirigió la fábrica de ésta, el artífice Don Lorenzo Rodríguez; se bendijo en la mañana del 19 de Febrero de 1757, y todos sus costos fueron ministrados por los terceros, dando la mayor parte el teniente de capitán, Don Juan Martínez de Aspiú, y Don Juan de Inclán.

El templo mayor, tan pronto se abre como se cierra, y torna á abrirse al culto católico, y es un triste ejemplo del vaivén de las determinaciones humanas.... ¡No pongamos en ridículo nuestros ensayos de libertad religiosa! ¡hagamos palpar con hechos, que no es una impostura el principio felizmente conquistado de la independencia entre las potestades civil y eclesiástica! ¡no degrademos la política hasta convertirla en un perpetuo carnaval! ¡comprendamos al fin que encarcelar á la libertad en un círculo de pequeñeces, es desprestigiarla, y poner en sus manos el cetro del despotismo, prostituirla! ¡La suspicacia y el recelo son armas de la tiranía! ¡la libertad es franca y noble! ¡la libertad no es asustadiza, nada tiene que temer, porque es grande y fuerte, como la omnipotencia!

No ha mucho, era todavía la torre un

gigante que significaba sus pesares y contentos por medio de labios de metal: en el día sólo conserva la sonora campana mayor llamada "Nuestra Señora del Rosario," que se estrenó, según el Diario de Castro Santa-Anna, el 12 de Junio de 1753, habiendo sido fundida dentro del convento por el maestro José de Lemos, que se hallaba allí, retraído, y siendo provincial el R. P. Fr. Antonio Villegas. Sacó de peso cuatrocientas cuarenta arrobas.

Si del atrio pasamos al interior de la iglesia, veremos con gusto que su ornato es el mismo de siempre, y que las festividades religiosas se celebran con la pompa acostumbrada. El que no tenga idea de ese interior, imagínese una nave con crucero, pero una nave esbelta de más de cincuenta metros de longitud: además del cimborrio, forman su cima ocho bóvedas; tiene en el costado que está á la derecha del que entra, cinco capillas, tres grandes y dos pequeñas, debajo del coro, y la entrada que mira á la calle de los Sepulcros. En el izquierdo se vé una capilla más, que es la del Rosario, la cual es á manera de una rotonda, comunicada con el templo principal, por medio de una corta galería: su adorno es gracioso, y se conoce que fué obra de una mano hábil, aunque no muy severa,

y, por decirlo así, clásica, en punto á arquitectura. Con todo, produce buen efecto el altar mayor, no menos que el cornisamento, sostenido por dieciséis columnas, con chapiteles festonados, y la balaustrada, que descansa sobre la cornisa superior, cerca de la cual arranca el cimborrio. Completan el adorno unos cuadros del maestro Villanueva, que representan pasajes de la vida de la Virgen.

La fiesta del Rosario fué establecida, como todos saben, por San Pío V, en acción de gracias por la victoria que alcanzaron en Lepanto los cristianos contra los turcos, el 7 de Octubre de 1571. Muy luego después, fué introducida esta devoción en México, merced á los afanes del religioso dominico Fr. Tomás de San Juan, llamado también del Rosario, el cual fundó la Cofradía del mismo nombre, no sólo en esta ciudad, sino en la de Puebla. La capilla se construyó y dotó, por la munificencia de los mismos cofrades, entre los cuales figuraban personas de distinción y riqueza. El alguacil mayor de México, Gonzalo Cerezo, y su mujer, María de Espinosa, donaron para el culto, según refiere un cronista, una efigie de María Santísima, de plata, "del cuerpo de una mujer alta, cuyo rostro salió con mucha hermosura y perfección, y cuyo ropaje quedó adornado con

de más de cincuenta mil reales de plata, que son seis mil y tantos pesos, que llaman de tipuzque." La festividad correspondiente se celebraba cada año, precedida de quincenario, con una magnificencia regia. Era notable, sobre todo, por el simulacro de batalla naval entre cristianos y turcos, que se verificaba en el atrio del convento, en medio de tumultuoso concurso.

Mas no volvamos los pasos al terreno de lo que fué, y fijemos por última vez los ojos en el cuadro de lo que es. Aunque la destrucción no respetó el claustro, queda todavía una parte en pie, como para manifestar con arrogancia que el infortunio no le abate, y que su fuerza de inercia es mayor que la del destino. Un ambiente sepulcral se respira en las abandonadas galerías; las celdas están sin techos, y el patio presenta en las junturas de sus losas algunas de esas plantas de tallos lánguidos, que son la única compañía de las ruinas. La soledad habita en el triste recinto, animado un tiempo por las sabias lecciones de Naranjo, y embellecido por las virtudes de Betanzos y Minaya. El genio de la melancolía, que deja ver sus formas pálidas á la escasa luz del cielo estrellado, suele aparecer al pie de una columna, abismado en la meditación.... ¿Qué se hicieron

varias piedras preciosas, haciendo costo los moradores del convento? El soplo de Dios los ha dispersado, como arrebata el viento de otoño las hojas marchitas que estaban para desprenderse del árbol. Los miembros de una misma familia ya son extraños entre sí, y gustan lejos unos de otros, el pan de la desgracia. Refiérese que el santo fundador de la Orden, poco antes de morir, legó su maldición á las comunidades de sus hijos, que, contraviniendo á su instituto, poseyesen bienes: ¿habrá alcanzado esa maldición á los religiosos que formaban la provincia de México?

LA ENCARNACION

I.

El Patio Principal.

Como hasta el día en que fueron reunidas las monjas en menor número de conventos, no conocíamos por dentro sino los de frailes, cuando los de aquéllas así como los de éstos, quedaron abiertos al público, el deseo de visitarlos que nos subyugaba fué imperioso, y no pudimos resistir á la tentación de formar parte de esa cadena de eslabones humanos que, como un hilo de hormigas, se extendía por las calles y enlazaba unas con otras las moradas de las religiosas.

La población toda, con raras excepciones, confundiendo sus clases, deponiendo por un momento sus odios de partido, y

acallando la voz de ciertos temores, se agolpaba á las porterías, derramándose en seguida por los corredores, escaleras, coros y viviendas de los monasterios, poseída de un sentimiento de curiosidad más enérgico que el que domina al viaje ro al penetrar por esas ciudades momias llamadas Pompeya y Herculano.

Lo que pasaba era real y verdaderamente una exhumación. Los piadosos asilos que por tantos años ocultaron las flores quizá más exquisitas de la juventud y la belleza, habían sido siempre para el mundo unos misterios de piedra. Sus puertas, eternamente cerradas, no se abrían sino para el capellán, el mayordomo, los prelados, y en caso absolutamente necesario, para el médico. Durante la dominación colonial, hubo, además de las personas indicadas, otras que disfrutaban el privilegio de salvar sus umbrales, y eran los virreyes. ¿Pero qué cosa se negaba á los virreyes? No se aventura mucho en asegurar que el bastón que empuñaban era una vara de virtud. Regularmente, los primeros días que seguían á la toma de posesión del Gobierno, eran los destinados á la visita de las monjas. Su Excelencia, acompañado de sus pajes, y la virreina con sus damas y algunas otras señoras principales convidadas, se dirigían á los monasterios ostentando todo

el refinamiento del boato cortesano, y afectando el porte desdeñoso de quien acaba de llegar de un país que conceptúa más culto. Era de ver entonces el aparato con que se les recibía, los agasajos de que eran objeto y las atenciones que se les tributaban. Un alegre repique anunciaba la aproximación de los ilustres huéspedes. Al poner las plantas en la portería, los acentos de la música les salían al encuentro, y los padres capellán y sacristán, y aun tal vez el arzobispo con su séquito de clérigos, les daban la bienvenida al frente de la comunidad. Pasaban luego á recorrer una á una las celdas ó viviendas de las monjas, los coros, salas de labor, noviciado, jardines, y, en una palabra, las oficinas y aposentos todos. Terminado este paseo, si la visita era de mañana, seguía inmediatamente un almuerzo opíparo; si de tarde, se les servía un magnífico refresco, después del cual, y previa la representación de algún entremés ó la vista de fuegos de artificio, regresaban sus excelencias al real Palacio, más que medianamente satisfechos.

La gente menuda, entre tanto, se consolaba con saborear en la imaginación la idea de tan primorosas fiestas. Ocho ó más días, no eran á veces bastantes para agotar las congeturas, adivinaciones y comentarios sobre el mismo asunto. Mas

al fin volvía la calma ó la indiferencia; la atención pública se fijaba en otro objeto, y pocos pensaban que había monjas en el mundo. De esta manera, el olvido por una parte, y por otra la estricta ley de la clausura, conspiraban á hacer ver en cada religiosa un ser invisible, y una tumba en cada monasterio.

Pero llega el año de 1861, y con mano de bronce se propone levantar la lápida sobre la que había impreso cada siglo al pasar, un sello formidable. El secreto que envolvía en su sombra los conventos, huye á la región de las tinieblas; y un día sin saber cómo, ni cómo no, dudando si es sueño ó realidad lo que vemos, nos encontramos en el recinto del monasterio de la Encarnación.

¿Quién es el que al ver por vez primera el interior de ese edificio, no se ha detenido á cada paso, cautivado por un sentimiento de asombro y admiración? El departamento principal es una maravilla; entre las antiguas glorias arquitectónicas de la capital en ese género, no puede disputarle la primacía, sino el departamento mayor del nacional colegio de San Ildefonso. El armonioso conjunto que forman su jardín, esmaltado de exquisitas flores, empapado en el rocío de la aurora ó idealizado con la luz de la luna, y cubierto por una atmósfera donde se besan

las emanaciones fragantes con los murmullos de las aguas, que ríen cariñosamente; sus tres corredores sobrepuestos ostentando hacia el patio otras tantas series de pilastras, perfectamente labradas, aún más perfectamente conservadas como si acabaran de salir de manos del artífice; esa sencillez, esa sobriedad de ornato que se nota en todas sus partes; las balaustradas que hacen de cada arco un balcón, de cada balcón un mirador excelente, y la suavidad de la pintura que le cubre, en consonancia con lo elegante de las formas y la festiva vegetación del patio, todo este armonioso conjunto, decimos, coloca el edificio en un lugar eminente entre las obras artísticas, y le hace aparecer, no como realidad, sino como un ensueño delicioso, ó como el palacio de una hada que ha venido á situarse repentinamente entre nosotros á las evocaciones de un mago. Si la fantasía crease alguna vez un libro de cuentos occidentales en contraposición al de las "Mil y una Noches," este departamento debía figurar, sin duda, como la encantada residencia de una hurí americana. Hoy, según sabemos, está destinado á las exposiciones de industria. Bien pensado; mas no así el cubrirle, como se ha pretendido, con una cúpula de cristal; porque sobre quitarle parte de la luz que realza sus primores, rebaja-

ría en gran manera la majestad de su apariencia. Este patio no debe tener más cúpula que el firmamento.

Tal, por lo menos, es el juicio que formamos la tarde que le hicimos nuestra primer visita. Tratemos de delinear el cuadro que á la sazón ofrecía, animado como estaba, por la presencia de los curiosos. Quizá á muchos de ellos, si estas páginas llegan á sus ojos, les será grata la imagen de lo que entonces observaron.

Pocas horas faltaban al sol para terminar su viaje diario: un haz de sus rayos, atravesando el espacio, venía á reflejar sobre los arcos superiores del edificio, dejando los de abajo juntamente con el jardín, envueltos en fresca sombra.

Después de clavar la vista en la colgadura luminosa de arriba, buscaban los ojos, por una propensión connatural al hombre, la extensión ilimitada del cielo; de este cielo de México que como una bóveda arrogante parece descansar, sin oprimirla, en la cumbre de la cordillera titánica que ciñe el valle; de este cielo incomparable, piélago azul, abismo fascinador que atrae con una fuerza irresistible el pensamiento, y absorbe las ideas y sentimientos todos del alma contemplativa para devolvérselos en oleadas de luz y de misteriosos consuelos.

En efecto, después de algunos momentos de observación, las miradas reposan en el cielo como en el regazo de una madre, ó como en un libro eternamente abierto donde está segura el alma de hallar solución á los más importantes problemas de su destino.

No fuimos entonces la excepción de la regla.

Fijamos la atención alternativamente en el jardín y en el cielo, y descubrimos una relación graciosa entre ambos: parecían dos séres que simpatizaban; el jardín no tenía perfumes y sonrisas, sino para el cielo, y el cielo sólo tenía una mirada, única, exclusiva, profunda, apasionada, y ésta era para el jardín.

Alrededor de éste, y formando grupos en la galería inferior, se agolpaban á la reja, para mirarle, los espectadores: algunos muchachos trepaban sobre las verjas hasta donde más podían, para gozar del espectáculo á todo su sabor.

Al lado de estos grupos se mueven otros que van ó vienen, y se cruzan en sucesión interminable, como las ideas en un alma agitada.

Ningún semblante se muestra triste ó compungido; las miradas atraviesan instantáneamente por todas partes; todo lo recorren, examinan, juzgan, revisan y escudriñan, para abarcar el cuadro en todos

sus pormenores, en todos sus accidentes, y á la vez en toda su majestuosa unidad.

La curiosidad sentada á la puerta que comunica con este primer corredor, se apodera de cada uno de los que pasan, toca su corazón con dedo eléctrico, y limpiándole de toda preocupación ó malquerencia, le predispone á olvidar para sentir, y á ver para admirar.

La brisa embalsamada, que juguetea entre las verjas y pilastras, y retozando, acaricia los arbustos del jardín, se ha llevado en sus alas el polvo de nuestras rencillas políticas; y aunque pasan sin cesar unos al lado de otros, los colores rojos y verdes en las corbatas de los hombres, en los vestidos de las damas, y hasta en los adornos de los sombreros de las niñas, en esa hora y en presencia de tal espectáculo, se respira un ambiente de reconciliación y de paz, y no se oyen sino estas expresiones, y otras semejantes:

—¡Cuánto aseo!

—¡Cuánta elegancia!

—¡Con cuánta calma y placer se deslizarían aquí los años!

—¡Qué hermosos corredores!

—¡Cuánta amplitud!

—¡Este edificio es un palacio oriental!

II.

Carrera de Baquetas.

Sabido es que nuestros elegantes son el fruto de todo mercado, y los espectadores natos é indispensables en toda concurrencia donde hay algo con qué divertirse, y mucho por qué reír á costa del prójimo.

El "lion" mexicano, aunque menos pulido y más superficial que el parisiense, es acaso también más intolerante, y desdeñoso en su censura. En todo halla defectos, nada está como es debido, todo le desagrada, nada satisface su gusto, y lo que es peor, todo lo ridiculiza y á nada perdona su sátira. Si en la mayor parte de sus juicios no asomara más bien el deseo de singularizarse que el fruto de las convicciones que abriga, debíamos conceptuarle el ser más desventurado de la tierra, porque no viendo en todo sino fealdad y ridículo, la sociedad sería para él un perpetuo sainete, la naturaleza un cuadro sin hechizos, y la vida un suplicio ó una ironía.

No es así, por fortuna, y en ninguna clase reina más buen humor que en la de nuestros jóvenes de moda: ¿No los oís cantar hasta en la calle, fragmentos

de arias de "Lucía" ó de "Traviata?" ¿No los véis en todas partes, en los paseos, en los cafés, en los teatros y tertulias? Pues esto está probando que sus días resbalan coronados de rosas en el río de la vida, y que no tienen en los labios ni una queja contra el cielo, ni una maldición contra el destino.

Era, por lo mismo, una necesidad, un hecho inevitable, su presencia en la Encarnación.

Allí los veíamos solos, de dos en dos, ó en hileras, recorrer todo el edificio, sin dejar cosa por ver.

Aquí se detiene uno que parece afecto á pintura, aplica el lente al ojo, y se pone á examinar el cuadro que tiene á la vista en la pared. Pasea brevemente la mirada por todo él, y haciendo después un gesto de displicencia, sigue adelante su camino, mostrando en el semblante una ligera nube de disgusto.

Este joven es un juez competente en materias artísticas. Con el buen gusto eternamente en los labios, fallando con aplomo sobre toda clase de producciones de ingenio, y poniendo el sello de su reprobación, sobre todo lo que se habla ó se escribe, pasa á los ojos de las personas de su compañía por un terrible y concienzudo aristarco.

Si se trata de música—¡oh!, este es un

arte divino que aún no se comprende en nuestro país! Aquí todo se ensalza, todo se aplaude; pero hábleles usted de las delicadezas, del idealismo de la armonía, todos se quedan en ayunas.—Tal es su juicio: en la ópera es el oráculo de los "diletanti," y ¡ay del tenor ó la primadona que no le satisfacen!

¿Gira la conversación sobre poesía?—¡Bah!, en México no hay inspiración, no hay originalidad, no hay más que versistas adocenados; Carpio, Pesado, Prieto, Roa, Bárcena, Esteva..... ¡pobre gente!.... imitadores.... poetillas que no valen un comino. La Harpe ó Capmani no sentenciarían con más fundamento, ni de peor talante.

Con respecto á pintura, ya le vimos examinar el cuadro consabido: su juicio se reveló mediante una mueca epigramática. Es preciso, sin embargo, concederle la razón por esta vez: nada ó muy poco han hallado los inteligentes que admirar en los cuadros y obras de escultura de la Encarnación.

Pero él tiene la desgracia de dar siempre con los abortos del mal gusto, ¡y luego ser tan soberanamente descontentadizo!

Sus esperanzas de satisfacción literaria, han padecido también un choque

violento. La ciencia del anticuario le embelesa, y ante una buena inscripción se extasía horas enteras; mas todo se conjura contra él en este malhadado convento. Acierta á ver algunos renglones de caracteres antiguos grabados sobre la clave de un arco ó en la parte superior de una puerta..... ¡oh!, ¡buen hallazgo! Esto merece.... sí, leamos:

ESTA ES LA CASA DE DIOS
Y PUERTA DEL CIELO

—¡Vaya!, ¡qué estrella la mía, exclama; y estirándose los mostachos, pasa adelante para observar otro monumento epigráfico:

EN TU CONCEPCION, MARIA,
INMACULADA FUISTE.
RUEGA POR NOSOTROS....

¡Qué no vuelva á hallar lectura semejante!, dice con una especie de mugido sordo, como queriendo completar de burlas el sentido de la jaculatoria.

Después de dar mil vueltas, y ya casi descorazonado, pasa súbitamente delante de unos signos medio carcomidos:— ¡Vamos!, ésto ya es algo..... latín.... esto me va á recompensar: ¡qué veo!

SANCTUS DEUS, SANCTUS FORTIS SANCTUS INMORTALIS, MISERERE NOBIS

—¡"Miserere Nobis!" Sí, apiádate de mí, Dios mío, que soy un podenco: ¡querer hallar buenas piezas literarias en un convento de monjas!..... ¡Es empresa! Sin embargo, madres ha habido que no solo supieron azotarse y rezar en el breviario, por ejemplo, Sor Juana Inés de la Cruz, y..... ¡vamos adelante!

Terminando este soliloquio echa andar con mesurados pasos, mirándolo todo al soslayo y como con despecho. A duras penas halla un lenitivo en la vista del jardín; pero he aquí que al acercarse distraídamente á la escalera que conduce al primer alto, en medio del murmullo formado por las voces de la concurrencia, oye un ¡chis! que le obliga á volver el rostro hacia un lado. ¡Quién había de ser! un buen amigo que poniendo la mano sobre el hombro de nuestro erudito, le saluda:

¡Tú por aquí, perillán!

—Ya ves.

—Pues no declamabas tanto contra....

—Qué quieres, hijo, á todos nos arrastra el torrente. Y además, no estamos en la época de las transformaciones?

—Justo es que tú también dejes el hom-

bre viejo y te revistas del nuevo, como dicen los místicos, ¿no es eso?

—Cabal.

Aquí se interrumpe el diálogo con la llegada de otro amigo: en pos de este viene otro, y después un tercero y un cuarto, con los cuales se forma un corrillo no lejos de la escalera ¡pléyade maligna! ¡reunión de sátiras animadas! ¡conjunto de sarcasmos de levita y armados de "fouet"!

—Buenas alhajas nos hemos juntado.

—Y luego en la casa de la oración y de la penitencia.

—¡Hum! ¡penitencia!

—Por tal á lo menos la he tenido.

—¡Chico! tú acabas de llegar de Marruecos ¿crees que estamos en plena edad-media?

—No, pero siempre las monjas....

Excelentes, no hay duda, pero eso de penitencia.... sí, magnífica penitencia... no tener que apurarse por el pan de cada día, visitar diariamente el refectorio á las mismas horas y hallarle siempre bien abastecido, pródigo, zalamero; no ver á su lado ni chiquillos que lloran de hambre, ni mujer que carece de botines y de argelina, ni cobrador que se presenta á exigir el primer tercio de la contribución ó la renta vencida de la casa.... meritoria penitencia. Y luego sobre to-

dos los tormentos enumerados, haber de vivir en un tabuco así como este que parece un alcázar.... ¡vamos, no hay duda que es agria penitencia!

—¡Calla, hombre, que allí viene una belleza de peinado verde!

—Tu ocurrencia me hace recordar...

—¡Vamos, vamos! no hay que proseguir el artículo de fondo.

—Tu ocurrencia me hace recordar.....

—¡Qué cosa!

—El concepto que se ha formado un escritor francés—Thiers me parece de la vida monástica.

—¡Sí? ¿y cuál es?

—La considera como un suicidio..... como el único que permite el cristianismo en sustitución del suicidio físico á que acudían los gentiles cuando no podían sobrellevar la carga de la vida.

Y me parece exacto, porque quien abraza la vida de la celda renuncia á todo para siempre, muere para el mundo.

—Pues chico, si me afianzas todas mis comodidades, quiero morir para el mundo, quiero ese suicidio: ¡el mundo!...... ¡Para maldita la cosa!.... si precisamente yo estoy de cuernos con el mundo! ¡si precisamente es una de las ventajas más radicales que trae consigo la vida monástica, el morir para este mundo perverso! Pues, señor, tenga usted que alistarse en

la guardia nacional, quiera ó no quiera; que andar vestido á la moda ó de lo contrario, ser la befa de los pisaverdes; que hacer los domingos dos ó tres visitas de ceremonia, tenga ó no tenga ganas; que requebrar á Doña Pascacia, á quien quisiera usted ver ardiendo en el brasero de la Inquisición..... librarme de toda esta fantasmagoría infernal y de mis "ingleses" por añadidura, ¡chico!, esto sería no el suicidio, sino la resurrección, no la muerte, sino la vida eterna! Con que si tomas á tu cargo arreglar mis cuentas pendientes con Godard, Biron, etc., etc., ¡chico!, renuncio al mundo, muero cuantas veces quieras, me meto fraile.... ¡qué digo! ¡no han suprimido los conventos de frailes!

—Pero quedan algunos de monjas, y puedes pretender....

Una risa general acogió la chufleta, después de la cual continúa nuestro filósofo echando su retahila:

—Pero mirándolo bien, ¡cómo se conoce que Mr. Thiers, al formar ese concepto, no se acordó de lo que pasaba en México, ni España, ó tal vez no lo sabía! Cómo, á no ser así, llamara suicidio á lo que es realmente la aseguración por siempre, de la vida! De la misma manera que hay seguros contra incendios, naufragios y otras adversidades, los dan los

monasterios contra el hambre, y en la portada de cada uno bien se pudo escribir con sendos caracteres:

En esta casa no se conoce la miseria

—Pero Thiers habla en sentido moral.

—Pues yo hablo en uno y otro, en el moral y en el físico. Ya respecto de éste, creo que no debemos insistir más. En cuanto al primero, responde con la mano sobre el pecho, ¿será suicidarse moralmente sustraerse á todas las cargas de la sociedad y á los males con que el mundo se complace en angustiarnos? ¿será morir librarse de todas las tempestades de la vida y hallar en el claustro en la posesión del bien, la paz, la tranquilidad, el sosiego para el presente y la estabilidad para el porvenir? Cabalmente en esto consiste lo que puede llamarse felicidad sobre la tierra; cabalmente, esto es para mí pasarse "buena vida." Y si á lo dicho agregas que cada fraile y cada monja tienen certeza de alcanzar la bienaventuranza mediante la observancia de las reglas, deberás dar por sentado que en los conventos se logra todo lo que el hombre puede más apetecer.

—¡Bien! Pero lo que yo siempre sostendré, es que la vida monástica importa un sacrificio; porque el que la sigue se desprende de ciertos bienes.

—Sí, mas para afianzar otros de mayor estima.

—Pero frailes y monjas ayunan y se zurriagan el cuerpo lindamente.

—Por su gusto, convengo, y en ello no hay propiamente un sacrificio meritorio.

—¿Cómo así?

—Es lo cierto: ¿has visto ú oído decir que álguien se irrite contra sí mismo, por las mortificaciones que se impone á sabiendas? Sería locura. ¿Por qué? porque en su mano está no padecerlas, y si las sufre, es por su gusto, en lo que ciertamente no hay mérito ninguno: le hay, sí, en estar expuesto á todos los contratiempos y sinsabores, y aceptarlos con resignación. Así es que debemos convenir en lo que decía al principio; esto es, que la vida del claustro está lejos de ser un suicidio, y que frailes ni monjas no hacen penitencia: ¿qué dices?

—Lo que puedo asegurarte es que las monjas son buena gente.

—Eso es otra cosa, y yo jamás lo he puesto en duda. A propósito, ¿sabes dónde están ahora las señoras religiosas que habitaban aquí?

—En San Lorenzo.

—No ha sido muy cuerdo pasarlas á una casa estrecha para dos comunidades, y más perteneciendo á distinta Orden, lo que supone reglas diferentes.

—Se dice que las huéspedas están muy disgustadas.

—Ya lo ves.... si hubiera tal penitencia, si hubiera tal suicidio, el cambio de habitación les fuera llevadero, se resignaran con este mal, en el que verían un suceso ordenado por la Providencia. El justo en todas las cosas, prósperas ó adversas, ve la mano de Dios; el justo por nada se abate, nada teme, y como decía el buen Horacio, aun el mundo al desplomarse, le hallaría sereno, "impavidum ferient ruinae."

—¡Ah!, hijo, déjate de latines: nó me traigas á la memoria el colegio. Si vieras que cuando pienso en él, sudo como si me diera pesadilla....

—Así serías de perdulario; mas aguarda.... ¡qué veo! ¿conoces á esa simpática niña?

—¡Sí la conozco!.... Mucho

—Es mi vecina..

—Canta como pocas.

—En efecto, un ángel le ha dado su voz.... nota qué vestido tan sencillo y tan de buen gusto.

—Y sin los malditos adornos rojos ó verdes, que ya me hostigan.

—A fe que la que viene detrás.... ¡ay! ¡qué botines tan rojos! parece que viene pisando en brasas.

—¿Y qué me dices de la que le sigue? ¡mira qué piecito tan verde!

—Si el color verde simboliza la esperanza, podemos decir que jamás se ha visto ésta tan por los suelos. ¿Y quién es el jovenete que acompaña á la ninfa?

—¡Oh! es un bípedo que ya va pareciendo persona.

—¿Pues qué antes era cosa?

—Mueble de traspaso.

—¡Cómo!

—Ahora se nos presenta de "rojo" y ayer era hombre de cuenta entre reaccionarios.

—¡Bah! cosas del mundo.

—Después de todo, no es mala diversión la nuestra, estar viendo subir y bajar por la escalera botincitos rojos y botincitos verdes.

—Y estar comiendo prójimo, que es sabrosa fruta.

III.

El Pirata.

Según se ve, nuestros dos interlocutores no dejaban títere con cabeza. Hacían pasar carrera de baquetas á todos los transeuntes, con la misma afición, con el

mismo ahinco que si ejercitasen una obra de misericordia. Entre tanto, los demás compañeros no les iban en zaga, y asestaban sus pullas á las mil maravillas. Dos, sin embargo, eran los corifeos.

—¿Qué te parece la concurrencia?

—Heterogénea y curiosa.

—Parece que todas las naciones se han dado cita para este lugar, y comparecen por medio de sus representantes.

—Y la Encarnación está convertida en una Babel.

—¿Crees que me agrada esta diversidad de idiomas, todos en acción á un tiempo?

—Forman un mosaico de palabras primoroso. Mas, ¿quién habla por ahí con voz de pífano?

—¡Quién había de ser! Uno de los héroes de la noche del 13 de Febrero, el pirata.

—¡Hola!

—Sí, señor, no hay que asombrarse: piratas tenemos también por aquí.

—Sí, en las lagunas de Chalco ó de Texcoco.

—Y también de los que pretenden hacer cautivas á las monjas para vendérselas al Sultán.

—Tú deliras.

—Oyeme y sentenciarás: Eran las doce de la noche consabida. Las madreci-

tas estaban alarmadas con la noticia. que ya tenían de lo que les iba á suceder; y esperando el desenlace de tan desabrida situación, platicaban juntas, cuando el ruído de pasos masculinos por el claustro, las hizo estremecer. Poco á poco, las pisadas se fueron oyendo más cerca, y las voces, primero confusas, de los que penetraban en el recinto silencioso, se hacían más perceptibles, á medida que éstos iban subiendo las escaleras. ¡No hubo modo de conjurar la tormenta! Después de algunos instantes, nuestras reverendas se veían ante los inflexibles comisionados para intimarles la orden de trasplante, los cuales urgían por su cumplimiento, en atención á lo limitado del tiempo que podían emplear en esa operación. Aquí fué Troya. Por un momento todo es confusión, lágrimas y quejas; mas aquí engasta el episodio del héroe que nos honra con su presencia, y que sin duda viene hoy á cosechar tiernas memorias. Novelesco hasta el punto de conceptuarse un Lorencillo; enamorado como un Quijote, vasallo de una fantasía descabellada, y con achaques de poeta. emprende en tal ocasión la más risible diabólica aventura.

—Pues qué ¿formaba parte de la comitiva?

—Sí, señor, y se esforzó cuanto pudo por alcanzar esa honra

—Adelante.

—Conmovido ante el cuadro lastimoso que presentaban las madres, alza la mano derecha, y dirigiéndose á ellas con aire inspirado, les apostrofa de la manera siguiente:

"Vírgenes del sacro altar,
Mal seguras por sencillas,
Moráis junto á las orillas
Del antojadizo mar."

. . . .

"Los piratas se aproximan
En las horas más calladas;
La presa que más estiman
Son las vírgenes sagradas
Con su velo y su sayal."

—¡Oh! ¡qué loco, qué animal!

—Pues no fué eso todo, sino que al oír llorar á las monjas, continúa en tono sepulcral:

"Por las bóvedas sagradas
Resonaban los lamentos,
Blasfemias y carcajadas.
Súplicas y juramentos.
"Si las vírgenes gemían,
Y por Cristo suplicaban,

Los piratas maldecían
Y de Cristo blasfemaban."

—¡Y cómo le toleraban!

—Pocos de los circunstantes le hacían caso, y otros se divertían á su costa.

—¿Y siguió adelante la broma?

—¡Vaya! y subió de punto con una ocurrencia de las más cómicas.

—¡Dí, dí!

Mientras las religiosas se esparcían por los corredores y entraban en sus viviendas para sacar los utensilios que habían de transladar consigo á su nueva morada, nuestro pirata echó á andar tras una novicia linda y fragante.....

—¡Ah! ¡vamos! como una violeta.

—No, como un lirio de los valles, como un hacecito de mirra.

—¡Qué saborcillo bíblico le vas dando al cuento!

—¡Viejo! no es extraño.... ¡se trata de monjas!—Pues bien, la novicia que vió venir tras de sí al milano, y que por malos de sus pecados se encontraba lejos de las compañeras, creyendo que le amenazaba un gravísimo peligro, se puso de rodillas, y á voces empezó á pedir misericordia. Mas su perseguidor, que estaba ciego, quedándose en pie, sin tocarla, le dice en tono suave y amartelado:

—"No te enojes con tu estrella.
Niña bella;
Déjate amar una vez:
Por tí me dará un tesoro
Rico moro,
Que Reina te hará de Fez"

—¡Oh! ¡qué horrible insensatez! contesta la novicia, asombrada; pero su interlocutor prosigue impávido:

—"Olvídate del Santuario.
Del Rosario,
Letanía y oración....
No has nacido (sin lisonja)
Para monja,
Con tan linda perfección."
"Pronto te veré sultana....

—¡Linda estaré de sotana!
—¡Oh! no digo eso, replica el poeta, sino que

"Pronto te veré "Sultana."
Seda y grana
Por túnica vestirás:
Ambar, oro y elefantes....
—¡Más elefante que usted!

La novicia pierde en este instante los estribos, y reparando que tiene que habérselas con un loco, se pone en pie y

rechaza bruscamente las galanterías que antes le asustaron. Redobla su empeño el pirata, enójase la niña, suplica aquél de hinojos, huye ésta y síguela el amante, andando de rodillas y con los brazos abiertos.... No podría decirte á dónde hubiera ido á parar aquella ridícula entrevista del maniático con la monja, si no se presentase súbitamente á ponerle término uno de los comisionados, que tenía la cabeza en su lugar.

—¡Basta! ya no me dejo embaucar por más tiempo.

—Pues, ¿qué no das crédito á mi relación?

—No, viejo, tú soñaste esa historia, y hoy me la vendes por cierta.

—¡Cierta, ciertísima!

—Sí, como lo es el "salto de Alvarado," ó los piratas de Arolas, cuya poesía te sugirió esta leyenda.

IV.

Los nacimientos.

Después de haber recogido hasta la última expresión de la plática antecedente, que, como se vé, nada tiene de edificante, dejamos á nuestros jóvenes abismados en

su entretenimiento, y subiendo por una de las escaleras que conducen al primer alto, empezamos á visitar al acaso las piezas que encontramos abiertas. En la parte superior del marco de la puerta de varias, leímos esta inscripción:

Viva María y muera la herejía.

Una de esas piezas era la sala de labor. Perfectamente aseada y apropiada á su objeto, llamaba la atención de todos los visitantes, y hoy, según nos han informado, se pretende convertirla en una brillante galería de pinturas, entrando en ella todas ó las más, que pertenecían á los conventos suprimidos.

No menos espaciosa es la sala que precede al coro alto. En uno de los lados de la entrada al mismo, se vé pintado este cuarteto:

En la caridad perfecta,
En la humildad profunda.
En el silencio extremada,
Y en el hablar circunspecta.

En el lado opuesto se halla el siguiente:

En el coro asiste atenta,
Ora frecuente y devota,

De los cuidados remota,
De tu profesión contenta.

En el piso superior tuvimos ocasión de escuchar las maldiciones que algunas señoras mayores lanzaban contra la reducción de conventos de religiosas; maldiciones proferidas en tono fúnebre, y con ojos centellantes.

Desde allí también se goza la vista del jardín en su totalidad, así como la de los cuatro costados del interior del edificio, cuyo conjunto armonioso abarcado por una simple mirada hacia abajo, se presenta como el nido de la felicidad.

Las viviendas de las señoras religiosas eran unas casitas bien cómodas, ó "confortables," según ya suele decirse, y casi independientes unas de otras. Cuando no podíamos tener de los conventos más idea que la que reflejan los libros, de las vidas de santos; cuando en los sermones oíamos á cada paso éstas ú otras expresiones semejantes: "la austeridad del claustro, la estrechez de la celda, y el humilde rincón donde oculta sus lágrimas el religioso," creíamos positivamente y de buena fe, que los que nos ministraban tales apuntamientos sobre la vida monástica, hablaban en sentido literal. Así es que fué grande nuestro asombro, cuando ya en presencia de las realidades, obser-

vamos que en lugar de la "estrechez y pobreza," había en los monasterios habitaciones excelentes para cada religiosa, y que por el mucho uso que los braseros mostraban haber tenido, se podía concluir que la vida en común, impuesta por los cánones, no existía, á lo menos en la Encarnación, sino para las asistencias á los actos de oración y elecciones de preladas, y á mucho extenderse, para las diversiones domésticas permitidas á las monjas

En efecto, según parece, no había refectorio como en siglos anteriores, y cada religiosa tenía una sirvienta que le preparaba los alimentos para tomarlos aisladamente en su morada. Sean cuales fueren las ventajas que acarreaba este sistema, hay que convenir que no se ajusta á la ley eclesiástica, y que no es el más á propósito para estrechar los vínculos que deben ligar á individuos de una misma familia.

Por lo demás, el menaje de estas moradas era humilde, sencillo, y de una limpieza que no se puede encarecer bastantemente. Si el estado en que se hallaba autorizase una inducción respeto á la moralidad de las personas que le usaban, sería forzoso concluir que las costumbres de éstas resplandecerían por la inocencia. Todo su lujo consistía en varios cuadritos colgados á la pared, que representa-

ban imágenes de santos, y en los nacimientos colocados sobre una mesa ó altar que regularmente ocupaba una buena extensión en la pieza principal. Sin aspirar á dar idea de todos esos nacimientos, procuraremos describir uno solo.

El que no los vió se ha de figurar un curso de historia sagrada expresado con muñecos de barro y de cera en una su perficie plana de algunos metros.

Aquí, en un sitio poblado de árboles frutales, abrigado por la ladera de un monte y atravesado por un riachuelo cristalino, aparecen Adán y Eva ya en peligro de perder la inocencia primitiva. El árbol de la ciencia del bien y del mal los acoge bajo su funesta copa. La serpiente, formando espiral al rededor del tronco, extiende el cuello en actitud melosa hacia la madre del linaje humano, que tiene una manzana entre los dedos índice y pulgar. Los semblantes de una y otra parecen revelar al mismo tiempo, astucia, curiosidad, cariño simulado, temores y esperanzas. Adán, entre tanto, espera el resultado de este diálogo, mudo, pero elocuente. Las aves, que anidan en las ramas, y las fieras, que se solazan á la sombra, están suspensas ante la grande escena, que va á decidir de la suerte del mundo. He aquí el paraíso terrenal.

No lejos de este primer cuadro, huyen

Adán y Eva, perseguidos por la terrible espada de llamas que los destierra para siempre de la mansión de la felicidad. Eva aplica la mano á la mejilla, para enjugar sus lágrimas; Adán fija una mirada melancólica en las incultas soledades que se dilatan ante sus pasos. ¡Milton!... ¡perdona al nacimiento! ¡perdona á la pluma que la describe!

Mas, ¿quién es esta figura siniestra que vaga desatentadamente por el prado? Brilla en sus ojos una luz satánica, y en la frente marchita por la congoja, asoma algo que espanta.... la marca de la eterna reprobación. ¡Oh, Caín, bajo tu planta se agosta la yerba!.... Allá queda Abel tendido en la márgen de un arroyo, salpicando las flores con la sangre que brota de su herida. Apartemos la vista y contemplemos más acá el suceso que abre una nueva era.

El arca de Noé descansa sobre los montes de Armenia, ya pasado el diluvio. El patriarca recibe de la fiel paloma el ramo de oliva, y á su lado pasan en desórden los animales cansados de encierro y ávidos de espacio donde vagar á sus anchuras. Como restos del cataclismo, se ven todavía algunos espacios cubiertos por las aguas, entre los cuales ruedan los árboles y los cadáve-

res de los hombres. Asoma el Iris en el cielo, y la selva parece sacudir á impulso de la brisa, su cabellera húmeda.

Un paso más. ¡El fuego está consumiendo las ciudades nefandas! ¡Cuánto estrago! ¡Cuánta desolación! Sólo hay salvación para una familia... huyen sin tornar la vista hacia atrás; y ¡ay de la mujer curiosa que volvió el rostro para contemplar el incendio! Ahí está convertida en estatua de sal.

Pasemos esta colina, y veremos extenderse una feraz llanura, donde los ganados pacen en sosiego. Abraham, á la entrada de su tienda de pieles, cerca de una palmera, brinda á los ángeles con la hospitalidad. Una luz apacible anima el sem blante de los celestes peregrinos.

Más adelante, en la cima de un collado, se representa la escena del sublime sa crificio de Isaac. Un ángel detiene en el aire la terrible mano con que el patriarca iba á herir á su hijo único. Con una venda en los ojos aguarda éste sobre el ara el golpe mortal; mas el cordero que asoma entre los tallos de una mata contigua, le substituirá en el holocausto.

La escala misteriosa que Jacob vió en sueños, por donde bajaban y subían los ángeles, la escala que unía el cielo con la tierra, símbolo de la oración, imagen

de la aspiración incesante del hombre hacia lo infinito, aparece allá á lo lejos, en el desierto medio oculta por un grupo de nubes tornasoladas.

En seguida, y á poca distancia de una cisterna, se ve una reunión de hombres que al parecer deliberan entre sí sobre la suerte de un joven, el cual se halla en pie en medio de ellos con aire tímido y humilde. Es José, que va á ser vendido por sus hermanos á los ismaelitas.

Poco después, este mismo joven, régiamente vestido, se presenta en la sala de un palacio ante unos extranjeros, que, poseídos de temor, no se atreven ni á mirarle; pero él los tranquiliza diciéndoles:

—Llegaos á mí, yo soy José, vuestro hermano, á quien vendísteis para Egipto.

Tras estos cuadros siguen: la hija de Faraón á orillas del Nilo, sacando del agua la cestilla que contiene á Moisés niño;

Los israelitas en el desierto;

Ruth y Booz;

David pulsando el arpa delante de Saul;

El templo de Salomón;

Los israelitas volviendo de la cautividad de Babilonia;

Esdras leyendo al pueblo los libros san tos;

San Juan Bautista en el desierto;

La casa de María;

La Anunciación;

Y finalmente, el pesebre de Bethlén, bajo una gruta donde María, José y los pastores contemplan y adoran al niño. que viene á redimir al mundo.

Un ángel suspenso en el aire anuncia: "Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."

Tal es un nacimiento cuerdamente ordenado. En otros, la representación histórica se extiende hasta muchos sucesos posteriores, tales como la adoración de los reyes magos, la degollación de los inocentes, Jesús entre los doctores, su bautismo en el Jordán, la multiplicación de los panes y la conversión de la Samaritana. Los que se paguen de estas fruslerías, decidirán si tratándose de representar un hecho como el nacimiento del Salvador, no es tan absurdo invadir el terreno del Evangelio, como retroceder á los tiempos bíblicos.

Lo curioso en tales espectáculos, es observar los absurdos y anacronismos de

que regularmente adolecen; y así, no es raro ver campanas en el templo de Salomón, sillones del tiempo de Luis XV, y cama á la Josefina, en la casa de la Virgen, y, lo que es más, ermitaños que en las grutas hacen penitencia delante de un Crucifijo, vestidos con el hábito de San Francisco ó de San Diego.

Mas basta de un asunto tan pueril, en cuyo relato, á fuer de historiadores minuciosos, hemos creído conveniente emplear algunas líneas, pero que no es bien prolongar demasiado.

V.

El víctor.

Antes de salir del patio principal, entremos en el coro alto de las religiosas. Además del órgano, que es de muy graciosa hechura, se ven en su recinto algunos cuadros, debidos á un pincel no despreciable, entre otros, el que representa á Jesús, con la cruz á cuestas, cuyo rostro ha merecido elogios de un inteligente.

No sabemos qué ha sido de la sillería ni de una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que estuvo colocada en el re-

tablo, la cual fué donada al convento á mediados del siglo XVII por una india principal. En el acta de esta donación, que se conserva en el archivo del monasterio, consta que el día fijado para la entrega de la imagen, concurrieron al templo todos los individuos que componían la familia de la donante, y que puesta aquélla en el altar mayor, alumbrado por cirios, cantaron las monjas una salve muy solemne, después de cuyo acto fué llevada en procesión hasta la portería, donde la recibieron, para colocarla en el retablo del coro. A los lados de éste, y dilatándose hacia adentro de la iglesia, se hallan dos tribunas espaciosas.

El coro bajo es memorable por las tomas de hábito y las profesiones, no menos que por las elecciones de preladas. A la de abadesa concurría el R. Arzobispo ó algún otro eclesiástico, á quien delegaba para el caso con las facultades necesarias.

Este acto pasaba á puerta cerrada. Cerca de la reja del coro, por la parte que da á la iglesia, colocábase bajo dosel el sitial que ocupaba el prelado. Se imploraba el auxilio divino, y por la ventanilla del comulgatorio iban las religiosas depositando en la urna las cédulas con los nombres de las personas á quienes votaban. Reunidas todas, se llevaba la

urna á manos del Arzobispo ó su delegado, para la computación de los sufragios, hecho lo cual, y después de poner fuego á las cédulas, se proclamaba electa canónicamente á la nueva abadesa.

Pasaba en seguida el Arzobispo, si era él quien había presidido la elección, á visitar el templo, sacristía y todo el monasterio, para informarse del estado en que se hallaban los objetos pertenecientes al culto y al uso de las religiosas. Despedíase de éstas: acompañábanle hasta la portería, é inmediatamente después se encaminaban á cumplimentar á la prelada recién electa, que las esperaba en el coro. Hacia la entrada, tenían ya dispuesto un carrito triunfal, en el que la hacían montar de grado ó por fuerza, y entre risas y aclamaciones, la paseaban por los corredores, adornados con colgaduras, hasta que, rendidas de cansancio, la dejaban en sus habitaciones.

Tal era la ceremonia del víctor.

Este festejo era de rigor después de la elección de abadesa, la cual se verificaba según nos han dicho, y ahora sucederá lo mismo cada tres años.

No es improbable que para ganarla se pusiesen en juego algunas intriguillas, si bien no de la misma estofa que las que deslustran nuestras elecciones populares. Bajo el sayal y bajo la levita

late de la misma manera el corazon humano.

Sin embargo, la regla de las monjas concepcionistas, que es la que siguen las de nuestro convento, preceptúa en cuanto á elecciones de abadesa lo bastante para hacerlas acertadas. "Procuren las religiosas, (leemos en el capítulo V), con toda diligencia y cuidado elegir tal abadesa, que resplandezca en ella toda virtud, religión y honestidad, y sea mayor no solamente por el oficio, más por buenas obras y santas costumbres. Finalmente, sea tal, que por su ejemplo despierte á sus súbditas á obedecer á Dios con amor, y de tal conversación, que su vida les sea viva predicación."

Del patio principal al llamado de los lavaderos, no había antes más que un paso. En el día están incomunicadas por razón del destino que se ha dado nuevamente á cada uno.

El segundo, como su nombre lo indica, era el local en que se hallaban los lavaderos para uso de la comunidad, perteneciendo cada cual á una reverenda, que por lo mismo tenía inscrito en él su nombre. Al presente, todo se ha transformado. Esta parte del edificio se ve convertida en una casa elegante con gran puerta hacia la calle de Santa Catalina,

balcones, viviendas cómodas, cielos en los corredores, y galería con lienzos de cristales. La lotería nacional ha fijado allí su residencia, y en determinados días concede premios, hiere con desengaños y entretiene á todos sus amantes, como una coqueta, con vanas y halagüeñas esperanzas.

Con este patio comunicaba también un departamento pequeño, formado por la casa ubicada en el ángulo opuesto á la esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso; pero esta casa encierra hasta hoy un secreto que vamos á ser los primeros en revelar.

VI

Una Estrella Eclipsada.

I

En uno de esos años que se pierden en los remotos tiempos de paz inalterable, cuando nuestros abuelos vegetaban creyendo firmemente que vivían; cuando se solemnizaba cada dia de San Hipólito la toma de la capital por los conquistadores, con el paseo del pendón que saca-

ba el alférez real, acompañado del virrey, tribunales y nobleza, formando todos una gran cabalgata; cuando para apagar los incendios se hacía uso, á falta de bombas, de plegarias á los santos, cuyas efigies transladaban en volandas al lugar de la catástrofe; cuando la capital de la Nueva España tenía sus calles desprovistas de aceras y alumbrado, y finalmente, cuando al oír nombrar á Su Majestad el Rey, todos se tocaban el sombrero; en uno de esos años, decimos, hubo una noche en que con motivo de haber recobrado la salud la señora virreina, se veían reunidas en el real Palacio las principales familias de México.

La corte era un remedo de la de España, y era natural; pero en cuanto á lujo y ostentación de riqueza, á veces le excedía; al fin en México y no en la península residían los opulentos dueños de las minas de Tasco, Real del Monte, Fresnillo y Guanajuato. Así es que en esa noche los tertulianos competían en lo costoso de los trajes, como en días anteriores habían competido en lo rumboso de las dádivas que cada cual ofreció á sus excelencias por el fausto acontecimiento.

Brillante era la iluminación de la sa-

la. Algunos pajes en traje de rigurosa etiqueta, estaban á la puerta comisionados para introducir á las damas, las cuales se iban presentando deslumbradoras por su belleza y por las exquisitas galas que vestían. A falta del virrey, á quien asuntos de Estado tenían ausente, eran recibidas por la señora virreina, que las colocaba en asientos correspondientes á su categoría, agasajándolas con finura. Poco después se les servían refrescos en bajilla de oro.

A los acentos de la música, los corazones palpitaban de alegría, la conversación se animaba, los caballeros buscaban con ardientes ojos el semblante de las hermosas, y éstas correspondían con indiferencia ó con graciosas sonrisas.

Entre tanto, varios jóvenes sentados cerca de la puerta, pasan revista por todos los concurrentes y hacen la crónica escandalosa de la ciudad, analizando las familias y narrando la biografía de cada uno de sus miembros.

—¡Oh, mirad con cuidado aquella hermosura!

—¿Cuál?

—La del cabello negro y rostro pálido.

—Ah! qué ojos, Dios mío!

—Si un ángel tomase forma humana, estos y no otros serín sus ojos.

—Una alma muy sensible y pura asoma por ellos.

—En efecto, son extraordinarios.

—Decís bien: tienen mucho de divino! Cuidado con prendarse!

—Es verdad: ya no es tiempo....el que la obsequia.... parece haberse anticipado en su conquista.

—¡Quién!, ¿el hijo del señor virrey?

—Sí.

—¡Cómo la corteja!

—¡Ay amigos! no hay como ser un señor don Carlos!

—Hablais como unos papagayos.

—Pero con sobra de razón.

—Pues poco entendéis de achaques amorosos: el galán se lleva todas vuestras miradas; ¿pero habéis visto hasta ahora con detenimiento á la dama? Ved ¿cómo recibe los servicios de don Carlos?....

—Tienes razón.

—No había reparado.

—Hay algo de frialdad en el modo de aceptarlos.

—Todo es pura ceremonia.

—Le paga con tristes sonrisas.

—Pero el galán se afana.

—Para no alcanzar nada.

—¿Nada? Estos tunantes con sus humos de próceres castellanos seducen á nuestras criollas con harta más facilidad que nosotros.

—Pero en esta aventura se estrella "su excelencia chica."

—Como que la niña no querrá suerte igual á la de tantas otras conquistas del virreicito.

—¡Pobres muchachas!

—¡Qué pobres! ¡qué más quieren¡ El se divierte con todas para ir después á casarse con una grande de España.

La llegada de otro caballero interrumpió la conversación por un instante; pero se reanudó con más fervor luego que aquél vino á formar parte del corro.

—¿De qué se trata, calaveras?

—¡De la reina de la fiesta! de la criatura más linda que ha visto el sol.

—No te dejes arrebatar de un entusiasmo inútil; ya tiene dueño.

—¿Quién?

—¡Quién había de ser! ¿no ves lo que pasa?

—¿Pero acabaréis de decirme quién es la hermosura que os ha flechado?

—Ve, ¿quién está junto de la virreina?

—¿Al lado izquierdo?

—No, al derecho.

—¡Válgame Dios! ¡Esa es vuestra dulcinea! la obesa de doña Pánfila!..... Sí, no lo dudo os ha hechizado con su enorme tontillo, su rostro encendido, sus ojuelos picarescos, y sobre todo, con esa respiración trabajosa que ya la mata....

—¡Con setenta de á caballo! no seas ligero. Ya destrozaste á la matrona; pero mira bien, ¿quién está más acá escuchando los requiebros de don Carlos?

—¡Ah! la hermosa Clara, hija de doña Pánfila!

—¿La conoces?

—¡Qué pregunta! nuestras haciendas son colindantes, y mi familia y la suya se visitan. Pero ¿quién te ha dicho que don Carlos la requiebra?

—Lo supongo.

—Supones bien. Desde que la dama se presentó en la corte por primera vez, la tomó á su cargo y ha dado en llamarle la estrella de México.

—¿Y consigue algo?

—Desdenes, y de los que punzan el alma. Hace bien, porque es mucha mujer para un botarate.

—Tendrá demasiado orgullo.

—Te equivocas. Lo que hay en esto es que, según sospechas, ama á otro hombre en secreto...... ó quizá á ninguno.

—Por fin, ¿ama ó no ama?

—No sé lo cierto. Ella vive muy retirada, y se le ve en la corte por Corpus y San Juan.

—Y es linda si las hay.

Este diálogo se prolongó con el mismo calor hasta muy entrada la noche, y tal parecía que todos aquellos jóvenes estaban enamorados de la dama.

Pero llegó un momento en que la música negó sus armonías á la concurrencia, los cortesanos empezaron á despedirse, y acabó la tertulia.

Pasado algún tiempo, las hermosas bajaban por la escalera platicando alegremente, acompañadas de los caballeros, y en la calle no se oía más que el ruido de los coches que trasladaban á las familias á sus casas respectivas.

El hijo del virrey acompañó á Clara hasta la puerta de su carruaje, con gran disgusto de los adoradores de la ninfa, que envidiaban tanta dicha, especialmente al notar que en el acto de despedirse se mostró menos desdeñosa.

II

—Plácemes y enhorabuenas, señora doña Clara. No esperaba menos de tu mucha discreción, y si sigues conducién-

dote de la propia manera, ya tienes asegurada tu fortuna.

—No sé á qué viene esto, madre mía.

—Vamos, niña! ¿Me hacías tan embebida en la plática de la señora virreina? ¿crees que no oí toda tu conversación con el señor don Carlos? ¡qué galante! ¡qué buen mozo! aquello de llamarte el único amor de su alma, el blanco de sus deseos, la estrella más hermosa de este cielo americano, y qué sé yo cuántas cosas más.....

—Señora, si le escuché fué porque era preciso.... hubiera sido gran descortesía.....

—¡Tontuela!, ¿qué crees que me parece mal? Al contrario: el señor don Carlos te dotará, ¡y qué donas!, ¡qué festejos!

—Pero, madre mía, vuesa merced se adelanta demasiado.... no es para tanto.....

—¡Cómo!, ya verás, hija, tú no conoces á los hombres!

—Y además que yo no aspiro á riquezas: tenemos lo bastante para vivir con decoro.

—Lo que sabré decirte es que á estas horas están rabiando más de cuatro mozuelas al ver que tú tan sencillamente vestida, tan seria y tan modesta, al-

canzaste lo que ellas no pudieron con todos sus atavíos.

—Repito, señora, que las galanterías de don Cárlos nada significan, y yo no las estimo.

—¡Cómo así!, ¿y si me pidiese tu mano?

—Yo, madre mía, con licencia de vuesa merced, se la negaría sin titubear. Mi corazón....

—¡No sabes lo que te dices! Cuando llegue á realizarse mi sospecha, ya verás cómo varías de resolución.

Así hablaba doña Pánfila con su hija, mientras el coche las conducía á su morada por las calles del Seminario y del Reloj.

III

Una hora después paseaba un embozado frente á la casa contra esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso. Parecía ser un joven que acudía á una cita misteriosa. Sus miradas se dirigían con inquietud hácia los balcones que daban á la calle de la Encarnación; y como la espera se prolongaba, sin que nadie asomase por ellos, para matar el tiempo y animado acaso por

la serenidad del cielo estrellado, comenzó á cantar de esta manera:

¡Dulce imán de mis amores,
Estrella del alma mía!
Si me esquivas tus fulgores
Detesto la luz del día!

Torna á mí los ojos bellos
De que el cielo se enamora,
Porque sus claros destellos
Seducen más que la aurora.

Dame, sí, el mirar divino,
Lleno de casta ternura,
En que me guarda el destino,
Tesoros mil de ventura.

Bello es el sol, bello el mar
Y las flores, vida mía,
Mas sin tí, qué puedo amar?...
Detesto la luz del día!

Apenas se había apagado en la soledad el último acento del canto, cuando el brillo movible de los cristales de un balcón dió á conocer que álguien abría poco á poco la puerta. Tal por lo menos fué la esperanza del trovador.

No se engañó.

Asomó una joven pálida, vestida de

color obscuro, en cuyo pecho brillaba por todo adorno una cruz de diamantes. Parecía el genio de la noche que salía á contemplar la inmensidad del espacio, tachonado de estrellas.

Al verla el desconocido, encaminó los pasos hasta situarse debajo del balcón.

—¿Por qué tardabas, alma mía?, ¿te es ya menos grato concederme un momento de ventura?, has visto en Palacio algún objeto menos indigno que yo de tu cariño? Dime, ¿quién te ha cautivado?

—¡Oh, cuán injusto eres, Gonzalo!...

—Perdona, dueño de mi vida, que me exprese así contigo; pero es tanto lo que temo... ¡eres tan seductora!, ¡hay tántos que darían su vida por alcanzar un momento como el que disfruto! Tal vez á estas horas muchos suspiran por tí, y pensando en tus hechizos, no pueden conciliar el sueño; tal vez algún magnate.... tal vez el mismo don Carlos, el hijo del virrey.... ¡ah, si alguna vez conozco lo que vale la fortuna, es en este caso! ¡Tuviera un Estado, un nombre glorioso que poner á tus plantas!.....

—¡Basta, Gonzalo! ya no solo eres injusto, sino que muestras tener de mí un concepto que no creí te hubieras forma

do ¿Qué has visto en mí para juzgarme vanidosa?, ¿te hablo de riquezas, de títulos y honores?, ¿no eres tú quien trae siempre en los labios la gloria, las proezas, el renombre, la fama que no muere, y mil otras cosas que apenas comprendo?, ¿no te he descubierto mi ambición, limitada á una vida modesta como la más conforme á mi carácter? Vivir siempre contigo, escuchando tus palabras, disfrutando tus caricias, pendiente de tus menores deseos, ¿no es para mí el colmo de la felicidad?

—¡Clara de mi vida!.....

—¡Nada temas!, ¿qué mayor honra que llamarme tuya? ¡La nobleza!..... ¿qué cosa más noble que tu alma? No te apoques pensando que el hijo del virrey vale más que tú: yo en tu lugar me afrentaría si me compararan con él. No ya don Carlos, mas ni el monarca te iguala en bizarría; y si todos los reyes del mundo pusiesen sus coronas á mis pies, á todos los despreciaría por una sola palabra afectuosa de mi caballero!

—¡Quién al oirte no pierde el juicio! ¡Estrella de mi cielo, ángel mío, dueño de mi alma!... Todo el ardor de mi pecho, todo este incendio que me consume es nada para satisfacerte por lo que

acabas de decir.... ¡con que me amas tânto como yo te amo!....

—Ese cielo que nos está mirando me es testigo de que te adoro!

—¡Cuánto bien me hacen tus palabras!... mas, ¿qué ves tanto en el cielo?, ¿miras cruzar por él algún ángel?, ¿estás enamorada del cielo?

—Después de tí, él es el objeto que más amo en la tierra: es mi confidente.

—¿Y qué te dice ahora de mí?

La joven permaneció algunos instantes silenciosa; después respondió:

—No sé; pero me anuncia algo funesto!....

—¡Tú me asustas, alma mía!

—Como si dijese al corazón que esta es la última vez que estamos juntos... ¡mas, qué digo!.... no.... temores infundados, fantasmas: no me hagas caso. ¿Me amarás siempre?

—¡Ahora y en la eternidad!

No bien había proferido Gonzalo esta expresión, cuando el ruido de pasos que se acercaban en la calle hizo volver á Clara á su retrete.

IV

El amante puso la mano en el pomo de la espada y echó á andar con paso tardo hacia la calle de San Ildefonso, co-

mo tratando de esquivar un encuentro con la persona que venía en seguimiento suyo, y manifestando á la vez que no la temía; pero ésta se daba prisa para alcanzarle:

Advirtiendo Gonzalo que le perseguía con ahinco, detuvo el paso para entrar en explicaciones. Un desconocido, embozado hasta la nariz con una gran capa, se le acercó.

—¿Quién sois, vos?, le dice encarándose á él sin miramiento.

—Un caballero, contestó Gonzalo con sequedad.

—No tan cumplido que pueda verse conmigo cara á cara!

—¿Por qué no?, probad, si queréis...

—Dijéronme que servís á doña Clara, y quise tener una prueba.

—¿Y la habéis obtenido?

—Muy cabal.

—Me alegro que no hayáis perdido vuestro tiempo.

—Pero hay que advertiros en este particular, que el haber obtenido esa prueba os costará caro.

—¡Lo veremos!

—¡Al instante!

—¡Al instante!

Y al decir estas palabras, iban ambos interlocutores á desnudar las espadas;

pero, mudando de parecer, convinieron en buscar sitio más adecuado y se dirigieron á la plazuela de Santo Domingo, á la sazón desierta. Llegan, cruzan los aceros, combaten largo espacio, asestándose denuestos, y al fin caé uno de ellos mal herido. Quiere su adversario prestarle socorro, pero no le da tiempo la ronda que se acerca, y emprende la fuga.

V

En la tarde del día siguiente, recibía doña Pánfila en su casa una visita ilustre, la visita del virrey.

Su excelencia en persona iba á pedir para D. Carlos la mano de la hermosa Clara, excusándose de que no le acompañase aquél, por hallarse algo indispuesto á causa de algunas travesuras juveniles, que le habían salido mal la noche precedente.

En poco estuvo que no se volviese loca doña Pánfila.

—Vamos, niña, declara al punto tu voluntad á su excelencia; la mía no puede serte más notoria; entiendo que debes darte prisa en aceptar la honra que se nos ofrece.

—¿Podríais otorgarme tan sólo tres días para pensarlo?

Doña Pánfila se mordió los labios; pero el virrey contestó con aire apresurado:

—De mil amores, hija mía; y ahora estimo en más tu mucho juicio, porque siempre es bueno para obrar pensar. ¡Hermosa y discreta! No sin razón te llaman la Estrella de México.

VI

Acababa de despedirse su excelencia, cuando madre é hija salieron al balcón atraídas por un cierto rumor de gente, que pasaba por la calle en número mayor que el ordinario.

—¿Qué será eso, madre mía?

—¡Ah, vaya! había olvidado participarte.... sí, ¿no oyes doblar en San Ildefonso? Es un entierro: ve, ya sale el acompañamiento....

—Pero será el muerto algún colegial noble, ó tal vez uno de los reverendos padres jesuitas.

Era un joven de prendas. Su familia está inconsolable: ¡pobre, qué pérdida!..... esto pica en historia. Los padres jesuitas han puesto el mayor empeño en que no se sepa el cómo fué esa

muerte; pero ya vez que en este mundo nada se oculta, y los criados que todo lo husmean.... Un desafío por amores, hija de mi vida! ¡Oh, qué mozo tan calavera! Se quedó anoche fuera del colegio, y á la madrugada, ya casi moribundo, entraba el desdichado á sú cuarto en hombros de varios amigos que le trajeron desde el lugar de la contienda. Dicen que por poco no dá en manos de la ronda, y entonces hubiera sido grande el sonrojo de los deudos, porque el señor corregidor le hubiera tenido en las casas de ciudad á lo menos por algunas horas, y el caso se supiera á las mil maravillas. ¡Pobre familia! ¡cómo estará su madre!..... No vayas á contarlo!.... Me han dicho que es el hijo de la señora de Leiva.

—¿Quién de los dos, señora, porque son dos?

—Gonzalo.

—Gonzalo! ......

Distraída la madre por la gente, no hacía caso de Clara; más notando que ésta permanecía enagenada, volviéndose á ella, le dice:

—Pero, ¿qué tienes, hija, qué es eso?... óyeme!....... no me oyes! ¡Válgame la Vírgen! entremos! Ya no volveré á con-

tarte semejantes historias!....... Soy una aturdida!

Las dos damas tomaron asiento. Clara permaneció cerca de un cuarto de hora inmóvil, con el rostro inclinado sobre el pecho y la vista fija en un lugar. Sus mejillas y frente tenían la palidez de la azucena. Después salió de su enagenación dando un suspiro, y alzando los ojos al cielo dejó escapar una lágrima, limpia y brillante como una perla.

—Pero, mi alma, ¿por qué te ha conmovido tánto este suceso?

—Porque ese joven.... Gonzalo. . . era mi único amor: ¡era el alma de mi vida! Con él todo lo he perdido, y hoy nada en el mundo vale para mí. . . . ¡Madre mía, ved aquí mi última voluntad..... la última merced que os pediré y que no dudo me concederéis.....

Clara suspendió el curso de sus ideas al ver que la madre lloraba, y guardó silencio. Después prosiguió:

—¿Me la concederéis, madre mía? Es la mejor resolución que en estas aciagas circunstancias puedo tomar. Sí, cerca está el monasterio.... allí sepultaré mi dolor. El Señor me enviará una gota de consuelo en la soledad: oiré su voz en el silencio del retiro, y sus divinos acentos me infundirán la esperanza de vol-

ver á juntarme con Gonzalo en la eternidad!....

—Pero esta resolución debe tomarse con madurez, ¡Clara mía!, la elección que haces del estado de religiosa.....

—No me pesará jamás. Muerto Gonzalo, toda me debo á Dios. Sí, esconderé mis días en el claustro.

—Pues bien, amada mía, obedece á la inspiración del cielo; sigue siempre sus avisos. Yo no podré otorgarte mi licencia sin profundo pesar, pues sabes cuánto te he querido desde niña, desde que jugabas sobre mi rodillas.... ¡Ah, qué días aquellos!, ¡si tu padre viviera!.... pero voy á quedarme sola en el mundo, separada de tí, sin tus gracias y cariño que han sido hasta aquí mi embeleso y mi ventura. El deseo de darte estado conforme á tu calidad, es lo que me ha detenido en el mundo; mas, renunciando tú al matrimonio y en la firme voluntad de consagrarte al cielo enteramente, á mí no me queda otro camino que volverme al campo á cuidar de nuestra hacienda, y sólo de cuando en cuando vendré á visitarte.... ¿Y á qué convento prefieres entrar?

—A la Encarnación; á la Encarnación.... para estar cerca de vos, mi buena madre: cerca de la casa donde nací y

me crié.... ¡tiene para mí tantos hechizos esta morada!, ¡abriga tántas y tan tiernas memorias!

—Hija, me ocurre—porque insisto en dejar la corte—decía que me ocurre una idea; yo no quiero conservar esta casa si tú no vives en ella conmigo; propondré á las religiosas que te concedan habitarla.

—¿Cómo puede ser eso?

—Bien, cerrándole toda comunicación para la calle y abriéndosela para el convento. Así las madres aumentan su casa con una finca más que puede serles muy útil con el tiempo, y tú consigues quedarte viviendo en la morada que tanto amas.

VII

Tres días después de este suceso, los curiosos pudieron observar á un gallardo joven que iba y venía por la calle de la Encarnación, fijando la vista con asombro en la fachada de la casa de Clara. ¡Cuánta mudanza se notaba en ella!.. ¡ni puertas ni balcones! Unas y otros se delineaban en el muro á causa de los marcos que sobresalían; pero á las puertas y vidrieras habían sucedido cuadros de pared como las cubiertas de los ni-

chos de un panteón. El edificio del convento había hecho presa en aquella morada, asimilándose de tal suerte, que cual quiera afirmaría haberle pertenecido siempre.

Apenas podía el joven dar crédito á sus ojos, y le parecía soñar. A nadie preguntó qué significaba aquel extraño cambio. Después de clavar una mirada horrible en la fachada ciega é inexorable de aquella casa, echó á andar precipitadamente por la segunda calle del Reloj.

Era D. Carlos que iba á saber si por fin Clara aceptaba ó no su mano; pero la hermosa le había preparado la respuesta algún tanto ruda. La Estrella de México, se había eclipsado.

VIII

Fundación.

Del patio de los lavaderos, y atravesando el departamento principal, puede el observador pasar bien al noviciado, bien al patiecito contiguo á la iglesia, en donde no verá con desdén una fuente, ó más bien, arca de agua, que ocupa el

centro y se eleva á unos tres metros de altura. La primera impresión que se recibe á su vista es un ligero disgusto ocasionado por la inconveniencia de su colocación en aquel sitio: el que le estaría bien es un jardín compuesto de floridos arbustos, ó acaso el medio de un peristilo construído conforme al gusto romano.

Hay, en efecto, en el todo y los detalles de esa fuente, algo que imita la severidad y sencillez de la arquitectura de los antiguos. Su forma es la de un pedestal ensanchado gradualmente hacia la parte inferior y coronado por una pequeña cúpula, dividida en fajas horizontales y paralelas. Al pie se hallan cua tro tazas correspondientes á los lados, destinadas á recibir el agua que de ellos caía por otras tantas llaves. Aquí se lavaban los manteles, corporales y demás piezas de lienzo pertenecientes á la iglesia. El estilo de esa fábrica parece ser igual al de las arcadas del departamento principal, y tal vez una y otro fueron obra de un mismo artífice. Sea de ello lo que fuere, el observador no puede apartar la vista con facilidad de una pieza labrada con tal maestría, que parece formada en molde.

Mas ya es tiempo de visitar la igle-

sia. Es de una nave amplia; pero desearíamos que el arquitecto hubiese dado alguna más elevación á las bóvedas. Los retablos son del mismo gusto que los de todos nuestros templos, donde el adorno antiguo ha cedido el puesto á las construcciones modernas; la mayor parte son semejanzas de portadas de templos griegos ó romanos, en cuyo centro se ve por lo común un nicho ó un tabernáculo.

El retablo principal, construído no ha mucho, es obra sorprendente por el lujo del dorado. Costó gruesas sumas, porque se hizo dos veces, hasta quedar á gusto de las religiosas.

Si del estado actual de la iglesia pretendemos pasar á conocer su origen, la curiosidad nos conduce insensiblemente á los principios del convento, por un enlace de ideas inevitable. Hablemos, pues, de su fundación y progresos, á lo menos hasta donde puedan suministrarnos luz los datos que tenemos á mano.

En el año de 1594, ó según otros en el anterior, algunas religiosas del monasterio de la Concepción de México, salieron á fundar el que se conoció comunmente por de Nuestra Señora de la Encarnación, designado hoy con sólo el último nombre por ahorrar palabras.

Ignoramos muchas de las circunstancias de este suceso. Todos nuestros esfuerzos para averiguar los nombres de las fundadoras, han sido estériles, y en cuanto á su número apenas podemos conjeturarlo, en vista de un documento en que se hace referencia á la escritura de dotación, según el cual eran diez las religiosas que había en el monasterio el año de 1596.

Sabemos sí con certeza, que quien dotó al convento fué el Dr. D. Sancho Sánchez de Muñon, maestre-escuela de la iglesia Catedral. Según consta de escritura otorgada por él en 19 de Enero de 1594, ante Pedro Montiel, escribano de provincia, ofreció la dotación de veinte mil pesos, que por haber muerto antes de llegar á exhibirla enteramente, quedaron las monjas reducidas á pobreza.

El Ayuntamiento, como se ve en el libro de cabildo, les hizo merced del agua en 29 de Julio del propio año, á costa de la sisa, que era un impuesto sobre comestibles, licores y otros géneros.

La misma falta de cumplimiento del compromiso indicado dió lugar á que las religiosas privasen al sobrino y sobrina del maestre-escuela, no menos que

á todos los sucesores de ellos, del patronato, ó como entonces se decía, patronazgo del convento, sin reservarles ninguno de los derechos anexos á esa dignidad, bien que fuesen compelidas á este paso muy particularmente, por el natural deseo de mejorar de estado, supuesto que no reconociendo ningún patrono, podían esperar que no faltaría quien se moviese á socorrerlas por llegar á serlo. Cuál fuese el cimiento de esa esperanza, se conocerá atendiendo al carácter de aquella sociedad, dominada en verdad por el sentimiento religioso, mas también por el amor de las preeminencias. En efecto, no salió fallida.

Alvaro de Lorenzana, vecino de esta ciudad y de los principales por su riqueza, se ofreció á ser patrono del convento. Admitida la propuesta y concertados en breve los términos de la obligación, se extendió la escritura correspondiente, en la cual aparecen minuciosamente descritas las prerrogativas concedidas al nuevo patrono, en cambio de las cuales echaba éste sobre sí, cargas de no poco peso.

Una de ellas era la de fabricar á su costa nueva iglesia, por ser estrecha y mal construída la que entonces había, para lo cual cedió el convento "el terre-

no frontero á las casas de Alonso Picazo de Hinojosa."

Alvaro de Lorenzana se dió prisa á cumplir la palabra empeñada, y en la mañana del día primero de Diciembre de 1639, se ponía la primera piedra del edificio, cuyo acto fué acompañado de la solemnidad que en tales casos se acostumbra. Asistieron á él las comunidades de religiosos, los cabildos eclesiástico y seglar, la nobleza y el virrey de Nueva España, que lo era á la sazón D. Lope Díaz de Armendáriz, marqués de Cadereita.

Bendijo y puso la piedra el Dr. D. Bartolomé González Soltero, conforme á los ritos y ceremonias que prescribe el ceremonial y pontifical romano, y después celebró misa en un altar colocado donde aquella se asentó.

El virrey echó por su mano las monedas corrientes del rey D. Felipe IV el Grande, que fueron un doblón de á cuatro y otro de á dos de oro; un peso de á ocho reales, un real de á cuatro y otro de á dos, con otro sencillo, y medio real de plata; colocándose, además, debajo de la piedra "una lámina curiosa de bronce con dos letreros ó inscripciones de letras grandes grabadas con buril, y el de la parte principal es del tenor siguiente:

D. O. M.

Incarnato

Alvarus A. Lorenzana

DIVINAE. INCARNATIONIS

S. H. D.

A. Fundaments.

Hoc. Templum

Grat Ergo

Erigit. DD. CC.

Anno. A. Salute. Mundi.

M.D.C.XXXIX.

A. Creatione

VIVDLXXXVIII

Ab. Aera. Caesaris.

I. CIↃ. CIIↃ.

"A la vuelta de la dicha lámina está el otro letrero tallado en la misma forma, que es como sigue:

Urb. VIII. Pont. Max.

Anno XVI

Philippi. IV. R. Cath.

Anno XVII

Ferdinandi. Germ. Imp.

Anno III

D. D. LVPIO DE ALMENDARIZ

March

Gub. N. H.

Dioecesi. In. Se. Vac

Existente

Primariam Lapidem

Sacravit.

D. D. BARTH. GON. SOLTERO

Inq. App."

Concluída la fábrica de la iglesia, que diseñó el P. Luis Benítez, de la Compa-

ñía de Jesús, y que sacó de costo más de cien mil ducados, se pensó en la dedicación, la cual tuvo verificativo en 7 de Marzo de 1748, día de Santo Tomás de Aquino.

Se gastaron en esa fiesta, para darle todo el lucimiento necesario, tres mil ciento trece pesos, cuya suma se empleó, en su mayor parte, en paramentos de los altares y en comestibles para obsequiar durante ocho días consecutivos á los convidados.

En la cuenta correspondiente á este gasto, figura un asiento que llama la atención, y es el siguiente:

"Noventa y ocho pesos de siete piezas de cambray que se compraron á catorce pesos la pieza para cuarenta pañuelos que se hicieron y las enaguas de su excelencia, (la virreina), y ocho valonas con vuelos para personas de obligación."

No era esta la primera vez que se hacía un obsequio semejante á la virreina, pues que dos años antes, en la fiesta de Nuestra Señora de la Encarnación, regalaron las monjas á la condesa de Salvatierra, que asistió á las segundas vísperas, una toca de oro que sacó de costo veintidós pesos.

Entre las personas de obligación se contaban los bienhechores de la comuni-

dad, y en primera línea el patrono, á quien mostraban las religiosas su gratitud de cuantas maneras les era dable.

Sin embargo, Alvaro de Lorenzana parece haber sido un hombre verdaderamente desinteresado, según el desprendimiento que manifestó renunciando para sus sucesores el patronazgo y legándole á Nuestra Señora de la Encarnación.

Acerca de su muerte hallamos esta noticia en el diario de D. Martín de Guijo, que copiamos íntegra y literalmente, para dar idea de las costumbres de aquella época.

"Viernes 23 de Noviembre, á las doce horas del día sacramentaron á Alvaro de Lorenzana, vecino de esta ciudad, patrón del convento de religiosas de la Encarnación, y á cuya costa se edificó el templo; uno de los hombres más ricos que en este reino y fuera de él se ha conocido. Sacramentóle el Dr. D. Pedro de Barrientos, chantre de esta santa iglesia Catedral, y comisario de la Cruzada: fueron alumbrando doce religiosos de Santo Domingo y otros doce de San Francisco, y á sus expensas se va edificando la enfermería de dicho orden de San Francisco de esta ciudad, que es obra que costará más de cuarenta mil pesos. Murió el día de Santa Ca-

tarina, Mártir, á 25 de dicho mes, y dejó por sus albaceas al dicho Dr. D. Pedro de Barrientos, y al P. Soriano, de la Compañía de Jesús. Enterróse de cabildo en su bóveda en dicha iglesia de la Encarnación, y asistió toda la clerecía del reino, porque ordenó que se le diese á cada uno de los que acudiesen con sobrepelliz un peso y una vela: asistió asimismo la Congregación de San Pedro, por ser congregante. Sacáronle de su casa los provinciales de las órdenes, y luego le tomaron los hermanos del orden tercero. Presidió en este entierro el regimiento de la ciudad, corregidor y alcaldes ordinarios, pocos republicanos. Quedaron por tenedores de bienes los dichos Barrientos y P. Gerónimo Soriano. Dícese dejó en reales más de ochocientos mil pesos, sin las escrituras de casas y huertas y menaje de casa: hicieron figura de viudos detrás del cuerpo el provincial de la Compañía y el P. Francisco Calderón."

Después de la muerte de Lorenzana se presentó á las religiosas un sugeto reclamando para sí y sus descendientes los derechos de patrono del convento, dando por razón ser hijo de aquél; mas hecha la averiguación competente, se descubrió que el reclamante era un caballero de industria.

Ya tenían las religiosas un templo hermoso; pero sus escasas rentas no les permitían edificar un monasterio más amplio y cómodo que el que poseyeron al principio. Hiciéronlo, sin embargo, á fines del siglo pasado, y de entonces data el departamento principal, cuya vista ha producido tan grata impresión en los que no le conocían. Ignoramos su costo; mas sí tenemos noticia del arquitecto que dirigió la obra, y fué el célebre D. Miguel Constanzo.

No terminaremos esa relación sin mencionar un nombre estimable, el de la madre María de San Miguel. Esta venerable monja, natural de Puebla, floreció en el convento en el último tercio del siglo XVII, y murió con grande olor de santidad el 22 de Julio de 1702. Dejó escrita su vida por mandato superior. Esta producción, hasta hoy inédita, y que no vacilamos en colocar al lado de las obras de Santa Teresa, por la semejanza que con ellas tiene, así por el estilo como por lo castizo del lenguaje, bien merece ver la luz pública y pasar á enriquecer el catálogo de nuestras piezas literarias conocidas. El erudito sugeto que posee el manuscrito, comprende sin duda esa necesidad, y creemos que se apresurará á satisfacerla, ya que el convento tuvo este im-

perdonable descuido. Justo es que esa flor, oculta en la soledad por más de una centuria, exhale su fragancia y brille con sus nativos colores en nuestro cielo literario. De esta manera, si el convento de la Encarnación llega á desaparecer en algún tiempo, seguirá viviendo en los pensamientos, los afectos, inocencia y santas aspiraciones que embellecieron la vida de una de sus hijas.



LA PIEDAD

I

El día 2 de Febrero de 1652.

Después de tratar del convento de Santo Domingo, parece natural seguir la historia de los que pertenecen á la misma orden, ya porque la armonía exige presentarlos coleccionados en un solo grupo, y ya porque á veces entre la existencia de unos y la de otros se nota un enlace íntimo. Este proceder observaremos igualmente respecto de los demás monasterios que no son de esta orden, y mientras les toca su vez, hablemos del Santuario de la Piedad.

¿Conocéis la calzada de este nombre?, ¿habéis observado con atención esa hermosa calle de árboles que no es más que

la prolongación del Paseo de Bucareli, y que remata casi á la entrada de un templo de apariencia rústica? Al principio, y por un lado se asienta Romita, cuyas avenidas de fresnos y sauces se extienden en todas direcciones, como otros tantos brazos hospitalarios que no quisieran dejaros pasar adelante sin haberos estrechado.

En la misma línea os brinda sus placeres el "Petit Versailles," que no ha menester condecorarse con un nombre tan pomposo para ser una bonita casa de campo.

Si proseguís, por ambos lados hallaréis objetos en que la mirada se detiene complacida: ora es un sembrado de maíz, una "milpa," cuyas hojas verdes ó secas, según la estación, mece la brisa girando caprichosa y esmalta el sol con sus rayos más apacibles; ora un plantío de magueyes que se presentan alineados como un ejército de vegetales; ora, en fin, un prado extendido como una inmensa alfombra, donde pacen sosegadamente algunas vacas de ordeña.

Por último, después de algunas millas de camino llegáis al Santuario, que acompañado de algunas casitas y en medio del horizonte que le cerca, parece como encantado á la vista de México, que

se pinta en las lomas del Tepeyac, de la sierra de Ajusco, que se levanta como una muralla sombría, y de las frentes plateadas del Popocatepetl y el Istaxihualt, titanes que aún pretenden escalar el cielo.

Está calzada fué construída de nuevo, según nos informa el Barón de Humboldt, bajo el virreinato de D. Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, después de la gran inundación de México, ocurrida en 1604, y la nivelaron y alinearon los Padres Torquemada y Gerónimo de Zárate, únicos sabios de aquel tiempo. De entonces acá no ha dejado de ser frecuentada por toda clase de personas, especialmente los días festivos; pero nunca se ha visto en toda su extensión un gentío más numeroso que en el día de la fecha apuntada al frente de este capítulo.

Era una mañana serena: el sol, que apenas asomaba por la cima del Telapon, hería oblícuamente las lomas de Santa Fe, las casas de Tacubaya, el alcázar de Chapultepec, lugar de recreo de los virreyes, y la calzada de la Piedad, por donde transitaba la gente levantando nubes de polvo. Tal parecía que los habitantes de la capital, obedeciendo á una fuerza magnética, formaban una masa que se de-

rramaba en dirección al Santuario como un río caudaloso. Algunos caminaban de prisa, con semblante alegre, platicando y riendo como si fuesen meramente á un paseo; otros, formando reuniones numerosas, guiaban los pasos con mesura, y sin distraerse á vista de los objetos que los rodean, van rezando en alta voz el rosario. Al llegar á la Piedad, un cuadro risueño y animado se ofrece á sus ojos. Las vendedoras de frutas, los gallardetes y cortinas que adornan la torre de la iglesia y las colgaduras de las casas de los vecinos, todo indica en el lugar una gran fiesta, un regocijo extraordinario. La plaza y parajes que rodean la iglesia, apenas pueden contener las olas de aquel torrente humano; y en medio del murmullo no interrumpido de voces que se cruzan, chocan y confunden para formar el acento prolongado, sostenido, variado, gigantesco y único de un solo pueblo junto, se recogen al vuelo éstas y otras expresiones:

—¡Con que al cabo tenemos estreno!

—Ya no se quejarán los Padres, porque hasta les han sobrado limosnas.

—¡México es capaz de todo cuanto quiere!

—No ha mucho los frailecitos no tenían un solo tomín, y lo cierto es que

hoy vemos en pie un Santuario magnífico.

—Merced á nuestros sudores.

—¡Bien empleados!, la sagrada imagen merece mucho más.

—¿Y el señor virrey ha contribuido con algo?

—Dió, según dicen, una fuerte suma, y hoy asiste á la función.

—¡Qué gozo no tendrá el buen Padre!

—¿Quién?, ¿el predicador?

—No, el que trajo la bendita imagen.

—Vamos haciendo por entrar á la iglesia.

—¡Imposible, hay tanta gente!

En este momento el repique de campanas convocaba á la misa, que con gran pompa iba á celebrarse. Poco después, comenzó y no concluyó sino hasta la una de la tarde.

Durante este tiempo los curiosos que no pudieron tener cabida en el templo, invadían el claustro y corredores del nuevo convento de dominicos admirando las pinturas y la buena distribución de las celdas. Todo estaba flamante, todo acreditaba la munificencia de los hijos de México, y su amor á la Virgen de la Piedad, cuyo Santuario se abría entonces por primera vez.

Hacía poco tiempo en aquel paraje no

se veía más que un terreno pantanoso, recién abandonado por las aguas de la laguna, y á la sazón estaba convertido en una pequeña aldea, merced á las personas que de la capital y lugares circunvecinos habían pasado á fijar su residencia á la sombra del Santuario. La devoción semeja al heroísmo en la facultad de hacer prodigios.

Las danzas y festejos continuaron por el resto del día, y en la noche, terminó aquella solemnidad con fuegos artificiales, ó como entonces se llamaban, árboles de fuego.

II

Tradición.

Hallábase en Roma un religioso dominico con un encargo de su prelado, cuyo desempeño le hacía tomar informes acerca del pintor de más fama en aquella ciudad de artistas. Dió con uno, cuyo mérito corría parejas con su orgullo, y estando en el taller, se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Quiero de vuestro pincel una imagen de María Dolorosa.

—Está bien: la tendréis.

—¿Cuándo?

—No sé.

—Pero debo advertiros que regreso pronto á mi patria, y no puedo irme sin la imagen.

—La llevaréis si está acabada.

—Yo soy un fraile mexicano que no viene á Roma sino para lograr esa obra, con que enriquecer á mi convento.

—Ya habéis oído....

—Pero un esfuerzo para terminarla en breve....

—No trabajo sino cuando me viene la idea.... la inspiración si queréis.

—¡Eso es otra cosa! ¿Pero cuento con la pintura?

—Sí.

—Deseo que represente á la Virgen con Jesús en los brazos, y....

—Yo sé lo que debo hacer, y vendréis por vuestro cuadro cuando recibáis mi aviso.

Despidióse el religioso desconsolado, presintiendo que acaso tendría que regresar á México sin traer consigo el objeto que se le había encargado.

En efecto, días después volvía el dominico á pisar los umbrales de la casa del pintor. Por su aire y ademanes, podía adivinarse la zozobra que le agitaba.

—¿Qué me decís, amigo?, preguntó con una sonrisa forzada.

—¿Lo que os digo?, preguntó á su vez el artista con aire distraído y frunciendo ligeramente las cejas.

—Sí, del cuadro, replicó vivamente el religioso.

—¡Ah!..... sí...... olvidaba, está en bosquejo.

—¡Santo Dios!..... en bosquejo, y tener que partir mañana mismo... sin dilación.... ¡en bosquejo!

—Yo no os determiné cuándo quedaría concluido.

—¡Vamos!, no hay más partido que..... sin duda, la orden del prelado es terminante......

Aquí faltó la voz al religioso y permaneció en pie con los brazos cruzados, miéntras el artista, recobrando su calma habitual, que parecía haber perdido un instante, prosiguió en sus quehaceres con una indiferencia aterradora.

—¡Venga ese bosquejo!, exclamó al fin el dominico: llevándoselo al prelado verá que no soy tan culpable como me creería si compareciese sin él en su presencia: tomad y pagáos, añadió encarándose á su interlocutor, y presentándole al mismo tiempo una bolsa llena de oro.

—Pero ¿qué queréis?, preguntó el pintor sorprendido.

—¡El bosquejo!

—¡Y de qué os servirá!

—No faltará en mi patria quien acabe el cuadro.

—¡Hum!

—¿Lo dudáis?, ¿créeis por ventura que mis paisanos son lapones?

—No, pero.... hablemos claro: ¡para perfeccionar esta obra no hay más que un pincel en la tierra, y es el mío!

—¡Y no contáis con el cielo!

Por la primera vez en todo el curso del diálogo miró fijamente el artista al religioso. Su aspecto se había dulcificado á los acentos de una alma que contrariada por el poder humano, pone su confianza en el divino: el númen del pintor pagó un tributo de admiración á la sencilla religiosidad del fraile.

Un mes había transcurrido después de tan poco halagüeña entrevista, y el religioso, en compañía de un lego, navegaba en alta mar con rumbo á la América. Un frágil leño los separaba del abismo. No obstante, el océano había sido hasta entonces para ellos el regazo de una madre, y el rumor de las olas, el canto de una hermana que vela al lado de su hermano menor, y le mece en la cuna.

Mas vino un día, en que la luz del sol parecía enfermiza. Poco á poco fué asomando por el horizonte una gasa opaca de niebla, que se dilató, cubriendo el hemisferio como el velo de la muerte. Hubo un momento de calma espantosa en que pudieron oírse hasta las palpitaciones del corazón.

Empezó después á hincharse la mar como un monstruo que se ensaña, y un huracán violento levantaba montes de agua, en medio de los cuales flotaba la nave como una gaviota. La tripulación que en tal conflicto había perdido hasta la última esperanza de salvarse, imploraba á veces misericordia, sin hacer caso de la maniobra. Todos los pasajeros estaban helados de terror, á escepción de los dos compañeros mencionados.

—¿Padre mío, pereceremos?

—Ten confianza en la Estrella del mar, en la Virgen pura, que con una mirada de sus divinos ojos serena las tempestades.

—Hagamos un voto á María Santísima.

—Sí que lo haremos, y sea éste: si la Reina de los ángeles permite que el dibujo de su sagrada imagen, que traemos en el buque se salve juntamente con nosotros, prometemos de fabricarle un

santuario en los suburbios de México, mendingando las limosnas necesarias para cubrir el costo; y por cuanto habrá de usar piedad con éstos sus humildes siervos, sacándolos de la tribulación en que se encuentran, luego que el pintor acabe la obra que ahora llevamos delineada, la llamaremos Virgen de la Piedad, y la expondremos en dicho santuario á la veneración de los fieles.

Pasado algún tiempo, los buenos frailes desembarcaban en Veracruz, y cargados con su precioso bulto, se ponen en camino. Llegan á México, saludan los muros de su ciudad natal después de haber gustado el pan de la ausencia; pasan á su convento, y cuando desarrollan el lienzo delante de los prelados para mostrarles un bosquejo, quedan todos estupefactos al ver en su lugar una pintura acabada, que representa á María, tal cual la deseaba el religioso que la pintase el artista romano.

Inútil parece añadir que los dos compañeros de infortunio y de salvación se dedicaron en seguida á cumplir su voto con el mismo empeño, con la misma eficacia que si aún no hubiera pasado la hora del peligro.

Tal es lo que refiere la tradición acerca del origen del Santuario de la Piedad.

III

El Convento.

Desde el principio estuvo yendo á la iglesia un monasterio de dominicos, á quienes por un derecho indisputable correspondía cuidar del culto de la milagrosa imagen.

Este monasterio era de recolección, esto es, una casa en que se observaba más estrechez que la comun de la regla, ó por lo menos, según afirma el P. Florencia en su Zodiaco Mariano, en que vivían "muchos religiosos en exacta observancia, apartados del todo del tráfago de la ciudad, y dedicados del todo al servicio de Dios, y al cumplimiento de sus sagradas leyes y constituciones."

Posteriormente, y ya amortiguado el fervor primitivo, era tan sólo una ayuda de parroquia correspondiente á Tacubaya y servida por un religioso de la misma Orden, clérigo por sus costumbres más bien que fraile.

Así es que la supresión de las órdenes regulares no causó más variación en este religioso que ponerle en lugar del hábito una sotana, mientras que el convento sigue hasta el día en el mismo estado, si

no es la huerta que por haber pasado á otro dueño, va mejorando con el mayor cuidado que se pone en su cultivo.

Pasada la portería, se ve la entrada al peristilo, en la parte superior de la cual está pintada la noticia siguiente:

> Se reformó esta puerta y se acabó de enlosar y secutar este claustro, día 29 de Noviembre de 1785 años.

El peristilo nada ofrece de notable, á no ser el brocal del pozo que ocupa su centro, y está formado de una sola piedra.

Antes de entrar á la galería que precede á la escalera por donde se sube al claustro, tropieza la vista con esta jaculatoria escrita en la portada:

Sit nomen Mariae
Benedictum
Ex hoc nunc, et usque
In seculum.
Mayo 17 de 1786.

El claustro es como todos. Si descendemos al templo nos encontraremos con una sacristía aseada y espaciosa, donde se respira fragancia y bienestar.

En el templo hay algunas efigies de notable primor, y con respecto á pinturas solo llama la atención la de Nuestra

Señora de la Piedad, que ocupa el altar mayor, y es la imagen de María al pie de la Cruz, teniendo en los brazos el difunto cuerpo de Jesucristo. En uno de los cuadros laterales colocado cerca del púlpito, se leen estos versos que resumen la tradición acerca del origen milagroso de la Sagrada Imagen:

De romano pincel un religioso
Solicita la imagen de Piedad,
Por encargo que lleva, y le es forzoso
Regresarse con tanta brevedad
Que aunque al pintor ocurre cuidadoso
Halla sólo en bosquejo esta beldad.
El dibujo recoge, en pensamiento
Que en México ha de darse el comple-
(mento.
A la vela se da, y una tormenta
Iba á hacerle sepulcro de la nave:
Por la imagen se libra, á buena cuenta.
Y aún no da con la cuenta que le cabe:
Libre á México arriba, y cuando intenta
Entregar el dibujo á quien lo acabe,
Se admira ya la imagen, con desvelo,
Toda perfeccionada por el cielo.

La idea que presidió en la composición de este cuadro, es hermosa. María cercada de soledad, María al pie del patíbulo, gimiendo en silencio en el instatnte supremo de su dolor, es una concepción sublime.

No sin razón este Santuario, ha sido por tantos años el punto de reunión de todos los infortunios y de todas las miserias que buscan remedio. Levantado por la piedad de una generación, se ha conservado por las que le sucedieron, y se conservará por las venideras como una herencia inestimable. Todas las clases de nuestra sociedad niveladas por la desgracia, no han salido jamás de su recinto sin llevar en el alma una esperanza, un perfume de consuelo.



ATZCAPOTZALCO

I

El Hormiguero.

Años después de consumada la conquista de México, y cuando los guerreros españoles, demasiado entretenidos en mejorar sus habitaciones en la capital, apenas dejaban el recinto de ésta para atender á sus primeros establecimientos en el valle, dos peregrinos de más que mediana edad, en traje modesto y precedidos de un joven que les servía de guía, entraban lentamete por la llanura que se dilata al Norte de Tlacopan, hoy Tacuba.

México en aquella época estaba rodeado por la laguna, y no se comunicaba con tierra firme sino por tres avenidas ó cal-

zadas, que eran las de Ixtapalapan, Tepeyac y Tacuba: era propiamente una isla, un grupo aislado de casas blanquecinas, por cima de las cuales se asomaban algunas manchas sombrías formadas por la verdura de los jardines; y nuestros dos personajes solían volver los ojos hacia ella para contemplarla en medio de una superficie tersa y brillante como el acero. Los primeros rayos del sol reflejaban sobre los puntos descollantes de los edificios, y la ciudad toda, medio oculta en la niebla dorada, tornasolada á veces, que empezaba á levantar el calor, parecía una ondina, á quien sorprendía el astro rey, medio dormida en su lecho espléndido.

Era aquel un momento inefable. No se oía más ruido que el del aleteo de algunas aves acuáticas que de cuando en cuando pasaban en bandadas y pronto se perdían en el horizonte. Reinaba un silencio solemne. Las frentes de las montañas nadaban en una atmósfera ligeramente nacarada. La naturaleza parecía absorta, ensimismada, admirada de su propia hermosura; nunca como entonces se comprendía en un solo acto su variedad inagotable y su magestuosa unidad; era un solo pensamiento grandiosamente expresado por la Divinidad.

Entre tanto, nuestros dos caminantes se gozaban en el espectáculo sin desplegar los labios y como temiendo que el ruido de sus pisadas interrumpiese el delicado sentimiento que saboreaban á su vista. Iban poseídos de una embriaguez divina; pero como lo sublime no puede sentirse mucho tiempo, pasado un momento emprendieron conversación.

—¿No os parece soñar?, dijo uno al otro con voz suave.

—¿Queréis hablarme, contestó el compañero, de esta vista incomparable que el Señor nos concede gozar?

—¡De qué queréis que os hable, si no de este valle peregrino! Igual no le ví en mis días. Conozco las riberas del Tajo, celebradas por nuestros poetas; he paseado por la nunca bien ponderada vega de Granada; visité algunos de los reales sitios, pero ante el cuadro magnífico que contemplamos, debe callar toda alabanza, porque ninguna llegará jamás á dar cumplida idea de tanta hermosura.

—Los gentiles hubieran colocado en estos sitios sus elíseos campos.

—Y nosotros, á no indicarnos otra cosa los sagrados libros, no tendríamos reparo en creer haber hallado aquí el paraíso.

—Dios ha echado su bendición sobre

esta tierra, y nosotros, siervos suyos, nos afanaremos porque los moradores no pierdan los frutos de esa bendición.

Alzando después uno de ellos la voz, para que le oyese el guía, que iba á algunos pasos adelante, exclamó:

—Hijo, parece que no nos has traído por el camino más corto. Está la aldea algo más distante de lo que creía: ¿cómo la llamas en tu lengua?

—Atzcapotzalco, contestó el guía.

—"Escapuzalco".... ¿y qué significa?

—Significa.... lugar de hormigas.

—¡Ah, sí!, hormiguero querrás decir. ¡Es singular! Habrá en el lugar muchas hormigas.

—No, Padre.

—¿Pues por qué le llaman así?

—Ya lo verás cuando lleguemos, respondió el joven con acento franco.

Poco después entraban todos tres en la población.

Las calles eran en extremo irregulares á causa del poco ó ningún orden en la situación de las casas, que cada vecino edificaba á su modo. ¡Pero cuánta animación en los senos de aquel laberinto!

Los hijos de Atzcapotzalco no eran grandes agrícolas; pero sí excelentes alfareros. Su mercado competía con el gran "tiánguis" de Tlatelolco; y nuestros

dos caminantes quedaron asombrados al observar la muchedumbre infinita que se agitaba en la plaza.

—¡Loado sea Dios!, exclamó uno de ellos levantando las manos al cielo: en pocas partes se ofrecerá á nuestro celo una cosecha más abundante; ¡cuántas almas que son merecedoras de conocer al Señor y de entrar en la eterna bienaventuranza! ¡Hermano, aquí está la tierra para cuya conquista hemos venido desde nuestra España!

—Vámonos con tiento. Reparad cómo á pesar de que nuestros españoles han echado por tierra muchos ídolos y templos de estas partes, quedan aún muchos en pie dentro de esta villa. Dura es la condición de estos naturales.

—Todo se alcanzará con la ayuda del cielo. ¿Juzgáis por ventura que nuestros mayores fueron más dóciles á la voz de la fe cristiana, cuando se les predicó la vez primera?.... Confiad en que no pasarán muchos años sin que tengamos el gusto de ver en el lugar de cada templo del demonio, una iglesia del Dios verdadero.

Dichas estas palabras, nuestros buenos peregrinos, en quienes se habrá conocido fácilmente á dos misioneros, llegaban á lo más poblado del lugar, atra-

yendo en pos de sí todas las miradas. El guía, que era un azteca recién convertido, se veía á cada paso detenido por los curiosos que pretendían saber el objeto de la visita de los personajes, á quienes ya conocían por el vestido.

—¿Vendrán á vivir en nuestra tierra?

—¿Quieren que vayamos á levantarles sus casas en Tenochtitlán?

—Muchos de nuestros hijos han muerto de fatiga en esas obras.

Estas y otras frases eran el saludo con que recibían los habitantes de Atzcapotzalco al joven neófito; pero él los tranquilizaba, asegurándoles que nada tenían que temer de los religiosos de Santo Domingo, á cuya orden pertenecían los huéspedes, y que antes bien, no traían más objeto que enseñarles el camino del cielo.

Con tales insinuaciones bien pronto se vieron cercados los misioneros de los principales moradores de la aldea, quienes los acogían con singulares demostraciones de simpatía y benevolencia. A éstos siguieron otros vecinos de inferior categoría, y tras ellos, enjambres de gente llena de curiosidad silenciosa. De cada casa brotaban familias enteras que salían al encuentro de los extranjeros, y se asociaban á esta entrada triunfal de

los representantes de la religión y de los principios humanitarios, que iban tomando posesión de los pueblos para transformar las costumbres y encarrilarlos por una nueva senda. Cada semblante era una pregunta muda, pero expresiva; cada mirada un deseo; y de las palpitaciones de cada corazón, una significaba el temor y otra la esperanza. Un genio misterioso extendiendo las alas diáfanas sobre aquel pueblo sencillo que asistía á una época de mudanzas y prodigios, señalaba con una mano el hasta aquí á las glorias y miserias del pasado, y con la otra los inciertos horizontes del porvenir.

Mas entre tanto, ¿qué se había hecho el joven neófito?

Arrollado y casi envuelto por las olas del concurso, había perdido de vista á los misioneros. Cuando buscado por uno de ellos se les presentó, notaron en su semblante, ligeramente risueño, una expresión de triunfo:

—Y ahora, ¿qué me dices, Padre, tuvieron razón mis abuelos en llamar á esta ciudad lugar de hormigas?

—En efecto, hormiguea aquí la gente, hijo mío.

—Pues nada es hoy en comparación

de lo que fué, dijo el mexicano con un acento de melancolía.

—Pero vosotros podéis llamaros muy más dichosos que las generaciones pasadas, por cuanto ellas no conocieron á Jesucristo, de quien vosotros seréis dignos hijos.

Hablando así, fué el apóstol levantando por grados su sonora voz, y dirigiéndose á la muchedumbre, empezó á predicarles la doctrina del Evangelio, adoptando los términos más sencillos y capaces de herir vivamente la imaginación; sus ojos ardían en un fuego divino; hablaba á veces con mesura, y á veces las expresiones brotaban de sus labios una tras otra, como las llamas de un incendio. El auditorio permanecía como arrobado ante aquel ser eminente á quien no entendía por su lengua, pero sí por otro idioma sin disputa más perfecto y más inteligible para todos, el del amor y la virtud. Aquel hombre en esos momentos era más que hombre; era un ser esclarecido, privilegiado, sobrehumano; era por sí una doctrina viviente, animada, purificada, que se insinúa dulcemente en el ánimo como la armonía, como el sentimiento con todos sus misterios, como la pasión con todo su entusiasmo, como

la caridad con sus delicados sacrificios y sus ímpetus celestiales!

Una hora después, los dos frailes, acompañados del joven, tornaban á México por el mismo camino que siguieron antes; pero ya dejaban plantada una cruz de madera en lo más alto del **teocalli** situado en el corazón de Atzcapotzalco. El signo de la redención del género humano, se divisaba como un geroglífico divino bordado en la inmensa cortina de los cielos.

Más tarde, en el lugar del templo gentílico edificaban los dominicos el convento que ahora podemos visitar como un monumento, si no de los más bellos por el arte, si de los más notables por su antigüedad.

Se conoce que ocupó una área de extensión considerable; pero la acción del tiempo ha sido en él muy poderosa, y gran parte está reducida á escombros. Este hecho, que hemos visto reproducido en otros lugares aun en días en que el estado de las rentas eclesiásticas era floreciente, patentiza la decadencia del espíritu monacal. Encerrado el fraile entre sus muros medio derruidos, parecía como agobiado bajo el peso de los siglos, sin dar muestras de acción fecunda para el presente ni lo venidero. Mucho antes

de que surgiera la Reforma, se suprimían por sí mismos los conventos.

Pero la parte que aún subsiste del de Atzcapotzalco es un ejemplo del gusto de las edades precedentes.

El cementerio, que es una superficie amplia y cuadrada, tiene por límite una cerca coronada de trecho en trecho de pedestales, donde se asentaron, primitivamente, varias estatuas de piedra que representaban santos de la orden de predicadores. Decimos que se asentaron, porque al presente sólo quedan una que otra, y tan desfiguradas por la acción de la atmósfera sobre la materia de que se componen, que más que efigies, parecen momias ó problemas de efigies. Con todo, las que descansan sobre los tres arcos de la entrada principal abierta en la cerca misma, se conservan en estado menos deplorable, y parecen ser de Santo Tomás de Aquino, San Pedro, mártir, y del Patriarca de la Orden. En la parte frontera de los arcos que les corresponden, se leen los letreros siguientes:

Nosotros predicamos á Jesucristo cruci-(ficado,
Lució este como sol en la casa del Señor,
Temed á Dios y dadle el honor debido.

El centro del cementerio está ocupado

por el osario, y á los lados de éste, aquí y allí, vegetan algunos olivos seculares.

A la izquierda de la iglesia, la cual mira al Poniente, se abre la portería, y después de ella; el patio principal recibe al curioso con sus frondosos naranjos que parecen coetáneos del edificio, su fuente á flor de tierra á manera del **impluvium** de los antiguos, sus corredores techados y artezonados de madera de cedro, y sus paredes laterales cubiertas de pinturas. entre las cuales se admiran dos cuadros de Juan Correa, y son **el prendimiento** y **la última cena.**

El artista que enriqueció con estas dos joyas al convento, es uno de aquellos hombres modestos que no legan á la posteridad ninguna noticia de su vida, y sí solo el esplendor de su gloria. Todo lo que de él sabemos, es que fué natural de México y que floreció en la segunda mitad del siglo XVII. He aquí algunos apuntes que acerca de sus obras nos da el señor Orozco y Berra, en el Diccionario de Historia y Geografía. "Con asombrosa facilidad para la pintura y un raro talento, dejó en la ciudad inmenso número de cuadros. No sobresale por lo bello del colorido, sino por lo grandioso y sublime de la composición: sus obras principales existen

en la sacristía de la Catedral. Hasta su tiempo ningún pintor había sabido copiar con exactitud y verdad la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyas efigies eran buscadas con empeño por el amor nacional; él tomó los trazos sobre papel aceitado, con el mayor esmero, y desde entonces se reprodujeron las Guadalupanas sin faltarles ni una estrella, ni uno solo de los rayos. Correa, que fué sin duda un grande artista, hizo además á su país el servicio de ser el fundador de la escuela que sobresalió en el siglo XVIII, formando discípulos como Cabrera, Ibarra, Antonio Aguíllara, Antonio Sánchez, José de Rudecindo y otros de menor importancia."

La iglesia actual se edificó mucho después del convento. La fecha de la construcción de éste se ve todavía grabada en una viga de las que forman el techo de una galería. y es la siguiente:

: Mexicapa: A XXIII. Marco. 1565 años.

Es de suponerse que esta fecha se inscribiría á la conclusión de la fábrica, lo que prueba que el principio remonta á los primeros años después de la conquista.

En cuanto á la iglesia, sabemos que

se abrió á los fieles el domingo 8 de Octubre de 1702. Su interior es desmantelado y triste. Cerca de la entrada á la sacristía se ve colgado á la pared el retrato de una de las personas notables del pueblo, con esta noticia escrita en la parte inferior:

Don José del Carmen Rocha, Gobernador del pueblo de Atzcapotzalco, insigne bienhechor de este convento.

Si volviendo al cementerio se dirige la vista hacia el templo, no se observará con desagrado la fachada y la torre que son de una elegante construcción. Su mismo color sombrío contribuye al efecto pintoresco y poético del paisaje, cuyo complemento son los árboles del cementerio, las casas circunvecinas con sus grupos de fresnos, las demás capillas, cuyos campanarios blancos sobresalen entre los árboles, y por último, las sierras y el firmamento azul que sirve de fondo al conjunto.

Insistiendo en la torre, si se examina con detenimiento el lado que da frente á la plaza, se descubrirá hacia el remate del primer cuerpo una figura, á manera de hormiga, que simboliza la numerosa

población que contaba el pueblo en la antigüedad; á no ser que se quiera referir al significado de la palabra misma Atzcapotzalco, que según la traducción que de ella nos hizo el joven neófito, tanto quiere decir como **lugar de hormigas.**

II

Recuerdos.

Como quiera que sea, Atzcapotzalco, aunque escaso de población en el día, no por eso deja de ser una tierra clásica, ora se consulte á los tiempos modernos, ora se engolfe el pensamiento en el océano de las pasadas edades.

Xolotl, primer rey chichimeca en Anáhuac, concedió el Estado de Atzcapotzalco á su yerno Acolhuatzin, uno de los tres príncipes acolhuas, que con un grueso ejército de su nación vinieron á establecerse en el país. Tal fué el principio de la poderosa monarquía tecpaneca, cuya capital, ciudad entonces opulenta, es hoy el humilde lugar de que tratamos.

Tezozomoc, uno de sus reyes, sujetó á yugo tiránico á los mexicanos recién

venidos al valle, y por mucho tiempo fueron sus tributarios.

¿Quién ignora la horrible tragedia de Chimalpopoca, tercer rey de México, que se ahorcó él mismo en la prisión á que por fin le redujo Maxtla, después de los graves males que le causó en venganza de la parte que tuvo en la conjuración de Tayatzin contra el tirano? Esa muerte se verificó en Atzcapotzalco.

Pero pasando ya á nuestro siglo, nada ilustra tanto los anales de esa población, como la memoria de la batalla dada por el General Bustamante, contra los españoles en 19 de Agosto de 1821.

Después de la toma de Querétaro por los Independientes, emprendió el ejército su marcha para la capital: ¡cuántas esperanzas!, ¡cuánto ardor en el corazón de los héroes!, pero también, ¡cuántos obstáculos todavía qué vencer! El sendero de la gloria estaba sembrado de abrojos, y aún faltaba mucha sangre que verter en las aras de la patria. Llegó, sin embargo, el momento de acreditar en un nuevo combate la omnipotencia del valor hermanado con la justicia. Mas cedamos el puesto al señor D. D. Revilla, que nos refiere el suceso de la manera siguiente:

"El gallardo Epitacio Sánchez iba á

la vanguardia del ejército, y seguíanle por escalones las demás tropas: las divisiones de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla, con una división de caballería, á las órdenes de Sánchez: Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasión de batirse con Concha, (el jefe español), lo provocó el 22 de Julio á una acción en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlán. Vendrá día en que se revelará por quién y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha: no es la única en que se le negó la cooperación necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á Cuauhtitlán con algunas pérdidas, que fueron cortas por ambas partes; una tempestad y la entrada de la noche, también se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

"Otro día, bien temprano, los realistas marcharon para Tlalnepantla, y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su división en distintas direcciones, sin alejarse de la capital, y con la intención á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se

volvía cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide para verse con O'Donojú en Córdoba, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamente había quedado, pues, á las órdenes de Quintanar, y no sin algún disgusto interior, por tener que moderarse, pues era ya para él, días ha, punto de honor batir á Concha.

"El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide, con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones expresadas, se movieron de Tepotzotlán y Cuautitlán, hacia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aquí salió Concha con tanta precipitación, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien había escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia, y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitán D. Miguel Barreiro, hoy General y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19 temprano se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar, y dijo á éste:

—"Compañero, es preciso que avancemos y que replegando á los realistas se comience á estrechar el sitio de México, si le parece á usted, iré con una sección para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.

—"Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna acción y faltemos á las órdenes del primer jefe.

—"Pero también sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hacia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del señor Iturbide.

—"Está bien que avancemos; pero encargo á usted que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera, serían sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—"Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Atzcapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atención por un punto y reconocer su campo.

—"Supuesto que apruebo el plan de usted, expediré en este momento la orden para que se disponga la tropa que lleve usted.

"Después de una hora, el Coronel Bustamante se dirigió á los puntos expresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español: su infantería constaba de los regimientos espedicionarios Infante D. Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y Granaderos de Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por D. Julián Juvera.

"El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, D. Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacuba. El ejército español, lleno aún de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinión inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipación del país; su peculiar tenacidad, alentada á la voz de sus obcecados jefes, su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacía presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado. Ronca y terrible era todavía la voz del coloso que se había enseñoreado del vasto imperio de Moteuczoma por trescientos años. ¿Cómo terminar

sin esfuerzos el reinado que dió nuevo ser á la España de Cárlos V, y nuevo giro al viejo continente? La justicia no aprobaría esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mexicano tocaba reprimirlos.

"El Coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de 80 caballos, á las órdenes de un capitán, que como se ha dicho antes, tenía por objeto llamar al enemigo la atención y reconocer sus posiciones: la descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzcapotzalco y Tacuba, y después de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para alojar la caballería, el capitán D. Nicolás Acosta, oficiosamente y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una pequeña acción que obligó al enemigo á abandonar un puente, en el que se había hecho fuerte. El tiroteo fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenían más fuerzas que los independientes.

Al oír Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vió violento é incómodo.

—"Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga usted al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la infantería, y un cañón para reforzar á Acosta, pues voy á proteger la retirada de éste, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la acción.

"Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con gran violencia: él mismo pasó á donde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á proteger la partida comprometida.

"Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel D. Esteban Moteuczoma.

—"Es necesario que moderen ustedes su exaltado valor; el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos exponemos á perder algunos soldados.

"Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hacia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya éste había sido herido, y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante, con su presencia y sus rápidas

disposiciones, logró salvar á los suyos, nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que, sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida, los americanos se retiraron á Atzcapotzalco, permaneciendo allí bastante tiempo, sin que aparecieran los realistas. Serían las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Santa Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la acción que deseaba, cuando su retaguardia fué atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasión de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquél tocó alto y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolución, de que resultó que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de exterminio; púsose Bustamante con espada en mano al frente de las guerrillas, y con su voz y con su ejemplo las condujo á la refriega; jamás se le ha-

bía visto más decidido y esforzado como en esta ocasión, en que con aquella valentía que le es común, buscaba la gloria donde la muerte aparecía; lleno de noble ambición, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo más puro, pero como lleno de despecho y prodigando su vida como obscuro soldado, arrastró tras sí á los bravos dragones de la sierra de Guanajuato, Príncipe y Granaderos de la Corona y Primero Americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis, con una pieza de artillería, y enardeciéndose más el combate, los enemigos sucumbían por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formación y el denuedo con que hacían frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos, la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de éstos, embalara una del mismo calibre de las que tenían los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegarse á Atzcapotzalco, en donde se parapetaron para no ser destrozados completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco. se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

"Los independientes, sobreponiéndose

á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno, cortado con diversas zanjas y milpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podía maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pie de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpetuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroísmo compitió á porfía por ambos bandos.

"Serían las siete de la noche, cuando llegaron las demás fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante, hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el brío de los mexicanos, que se estában batiendo desde el principio, pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habían llegado.

"Sabido es que el Capitán D. Encarnación Ortiz había peleado diferentes veces en el Bajío, y en la primera época de la independencia contra los dragones fieles del Potosí y contra los de otros

cuerpos que venían ahora en el cjército trigarante, y con satisfacción recíproca tenían el orgullo de scr compañeros. Esto, sin embargo, no impedía que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la sierra de Guanajuato, y fieles del Potosí, una emulación toda de ho nor, toda de gloria.

"Eran las ocho de la noche, cuya obscuridad impedía distinguir los objetos más cercanos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacían los españoles desde sus posiciones ventajosas, mientras que los mexicanos no tenían más parapeto que sus pechos, que latían á los nombres sagrados de independencia y libertad; y pronunciando con entusiasmo estas palabras, ó al grito de ¡viva México!, ¡viva Iturbide!, bajaban á la tumba de los héreos. En medio de la más terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, can sado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él:

—"Ahora se verá si los Fiéles van

hasta donde llegan los de la sierra de Guanajuato.

—"Los Fieles, dijo un oficial jovén y bien parecido, van hasta donde entran los hombres: vamos adentro, compañero.

—"Vamos, dijo el Pachón, (Ortiz), y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron, perdiendo algunos de los suyos.

"El joven oficial era el capitán de los Fieles, Don Manuel Arana.

—"Erdozain, dijo Bustamante montado en furor, á uno de sus ayudantes: busque usted á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañón hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga usted al teniente coronel Don Francisco Cortazar, que al toque expresado avance también por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallón y el piquete de Tres Villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moteuczoma, divida usted en dos trozos su caballería, y que auxilien á las dos see ciones de infantería, buscando antes las entradas más fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirigiré con las

guerrillas del Príncipe y San Luis al centro, en apoyo de Ortiz y Endérica. Valiente y Castillo, ya pronto se quitará á ustedes su impaciencia.

"Habían pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines "alto," que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuando se multiplicaban; el valor iba aumentándose cuanto mayor era el peligro; la acción se había hecho más general por todas partes. El denodado Endérica desplegó toda su intrepidez con tanta constancia que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celaya, Don Manuel Arroyo y un joven como de veintiséis años, lo secundaron á porfía, colocando la pieza en la entrada á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metrallas que disparaba incesantemente. Ese joven teniente fué presidente interino de la República, General de División Don Valentín Canalizo.

"Los españoles, no obstante sus posiciones y la desesperación con que se batían, sufrían pérdidas considerables; á pesar de esto, se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones

que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le había protegido, y más que todo, el que los independientes hubiesen entrado en detal á la acción sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para éstos eran muy aciagas; reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenían en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se había casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y el heroísmo con que desafiaban tan de cerca la muerte. Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con ternura sin igual, y en lo más comprometido de la batalla, llamaba "sus hijos," y ciertamente que así los veía, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimía su corazón guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—"Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto la cureña, y la pieza está atascada en el fango.

—"El cañón no debe abandonarse sin abandonar antes la vida, replicó Ortiz,

Vamos, muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió á donde estaba aquel con sus intrépidos soldados.

—"También nosotros iremos, dijo el capitán Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados, hacían frente al enemigo, ínterin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terrible competencia de salvar el cañón y de batirse á la vez. La empresa se había hecho de las más temerarias; el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Fieles del Potosí habían caído muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, distinguiéndose heróicamente el nunca bien ponderado D. Encarnación Ortiz, modelo de valor y patriotismo. Al pie del cañón sucumbió al fin Ortiz; cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemente herido Arana y contuso Canalizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fué infiel al heroísmo, no habiendo respetado esa noche aquella vida tan ilustre en nuestros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canalizo se habían multiplicado para arrebatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barreiro á Bustamante, que lo había mandado con órdenes para que retiraran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muerto; Arana también ha sido mortalmente herido y de los soldados de ambos, pocos sobreviven....

—"¡Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad!... exclamó Bustamante. Quedóse un rato pensativo, como si dudase de lo que acababa de oír; y aunque no podía articular palabra, su semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar; hizo un gesto y sacudió la cabeza; después anduvo poco hacia adelante y dijo:

—"Erdozain, marche usted y dígale á Endérica que se retire dejando el cañón, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos y que el cuerpo de mi querido Ortiz no se deje allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

"Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habían cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió más de quinientos hombres; pero esta victoria se había comprado con la sangre de nuestros intrépidos soldados, cuya pérdida

era una página de luto en este glorioso día para las armas mexicanas.

"Iturbide, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esta acción Bustamante y sus soldados; les manifestó desde Puebla, á nombre de la patria, su reconocimiento, así como su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de que "pasara revista de presente." En los anales mexicanos se leen estos tres escudos: "Se distinguió en la brillante acción del 19 de Agosto de 1821." Este escudo le llevaron ó llevan el teniente coronel de la Corona, Don Francisco Cortazar; el mayor del mismo regimiento Tomás Castro; el comandante del escuadrón de Fieles, Don Estéban Moteuczoma; el teniente de Príncipe, Don Manuel Valiente; el teniente de San Luis, Don José María Castillo; el sargento mayor del ligero de Querétaro, Don Cayetano Montoya; el ayudante del mismo, Don Antonio Chávez; los capitanes Don Pablo Erdozain y Don Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería, Don José María Sandoval. El segundo que pertenecía con envidia á los heridos, tenía este lema: "Virtió su

sangre por la libertad de México en 19 de Agosto de 1821." Para los demás que concurrieron á la acción, se decretó el siguiente: "Acción victoriosa por la felicidad de México, 19 de Agosto de 1821." Los impávidos Endérica, Arana, Canalizo y Arroyo fueron además ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamante fué saludado héroe."

Si en la pintura que precede se ven reforzadas algunas tintas; si las épicas figuras de los independientes aparecen en el cuadro gigantescas y bañadas con todos los esplendores de la poesía, no se olvide que es un mexicano, y mexicano patriota, quien ha guiado el pincel.

Hay, sin embargo, una gran dósis de verdad en la representación histórica de aquel drama sangriento. ¡Cómo se agrada el alma en el estudio de unas costumbres en que todavía se advierte el sello de la nacionalidad con todo su candor y esclusivismo! Los pueblos llegarán á constituir una sola familia, pues que tales son las tendencias de la civilización, tales las aspiraciones de una política generosa, tales las exigencias del progreso basado en la mancomunidad de intereses, en la propagación ilimitada de las luces, en el trabajo de todos para todos y en la participación equitativa de los

mismos goces, de los mismos afanes y de los mismos contratiempos en la humana existencia. Pero entretanto, el espectáculo de una nación en los momentos que preceden á la realizacion de un cambio, de una pericia en su vida social ó política, es altamente interesante é instructivo. El corazón se complace á la vista de una sociedad tal cual la modeló la naturaleza ó un conjunto de causas peculiares en el transcurso de los siglos, que sin desprenderse de sus antiguos hábitos, encastillada en sus costumbres y adorando sus tradiciones, entra sin embargo en la nueva senda por donde la llaman principios más luminosos, una perspectiva de mayor ventura, y sobre todo, ese poder misterioso, sobrenatural é irresistible que llaman algunos "fuerza de las cosas," y en el que nosotros reconocemos la ley indeclinable de la Providencia que obliga á las sociedades á transformarse.

Esos momentos son también los de acción y superabundancia de vida, en que se presentan á obrar los grandes caracteres, los héroes, los hombres privilegiados, favorecidos con la mágia de la palabra y con todos los recursos de la fuerza.... ¡Epoca sublime de la independencia de la patria! ¡Sombras augustas de Hidalgo

y de Morelos! ¡Generación homérica á quien fué concedido cerrar para siempre las puertas de un pasado de oprobio y encaminarnos hacia las doradas regiones de la libertad! ¿No será su existencia más que una poética mentira? Sus hechos, sus grandes proezas, ¿no serán creaciones nacidas del mundo risueño de la fábula? La historia de su vida, cuadro imperecedero donde resplandece el númen al lado de la sencillez, y la modestia asociada á los milagros del valor, ¿no será, por ventura, una piadosa leyenda ideada por nuestros mayores, para inclinarnos á la virtud?

Tal es la duda que autoriza el triste espectáculo de la mengua y degradación de las generaciones posteriores. ¿Dónde están esos hombres cuyo corazón, templado en la fragua del patriotismo, dictaba acciones inmortales? A los gigantes ha sucedido una descendencia bastarda, indigna ya hasta de conservar el sagrado depósito de las glorias de sus padres!

¡Hijos de los insurgentes, alzáos!.... ¡No más molicie, no más desórdenes, no más fango! Jóvenes sois, y no os sientan los afeminados vicios de las sociedades decrépitas. Desechad los harapos de vuestras añejas rencillas; limpiáos la frente del polvo de las mezquinas ambi-

ciones. Mirad!.... el Oriente ha obscurecido, cubierto de tempestades! El nublado se presenta amenazante para invadir nuestro cielo azul! Quizá fulminará contra vuestras ciudades! Llegó la hora terrible para la patria; mas si obráis como vástago de los independientes; si unís vuestros esfuerzos, no temáis, porque resistiréis los rayos como el pórfido de las montañas; la unión os dará la omnipotencia! Mas si permanecéis embriagados con la fiebre de las discordias; si no deponéis el traje muelle de la orgía para revestiros de fortaleza; si no dejáis la existencia del reptil para emprender el vuelo del águila, símbolo de vuestro espíritu primitivo, temed! El coloso que asoma por las regiones donde el sol nace, tomará en su mano de hierro vuestro sér político, y deshaciéndole como un juguete inútil, le arrojará al abismo!

III.

Zancopinca.

Mas, ¿á dónde nos conduce el poderoso torrente de las ideas?

De los recuerdos hemos pasado al campo obscuro de los presentimientos.

Esto es natural á la vista del Oriente, que se nos presenta como una amenaza. El peligro no impone tanto por sí mismo, cuanto por la conciencia de la falta de medios para conjurarle ó hacerle frente. Hé aquí por qué la actitud de México ante los amagos de la guerra extranjera, es una dolorosa espectativa, es el ansia que acongoja la mirada fija en el punto del horizonte, de donde se espera la honra ó la infamia, la vida ó la muerte. ¿Y es posible dormir en la indiferencia?

De ningún modo. Pero mientras Dios resuelve el gran problema que se nos ofrece á la vista, mientras despeja la tremenda incógnita que habrá de fijar para siempre nuestro destino, no nos abandonemos á la inacción. Los hombres que empuñan el timón de la nave del Estado, piensen en los medios más eficaces de salvar el honor nacional, y nosotros volvamos á nuestra historia.

No nos despidamos de Atzcapotzalco sin visitar los dos objetos notables que ilustran sus afueras: Zancopinca y los Ahuehuetes.

Si de la calle que se extiende á espaldas del convento se camina durante un cuarto de hora hacia el Oriente, se llega á un sitio ameno donde yacen las ruinas de un acueducto al lado de una alberca de agua dulce y potable. Todas las apa-

riencias inducen á creer que el acueducto sirvió para surtir á Tlaltelolco, hoy barrio y en otro tiempo ciudad anexa á Tenochtitlán.

En la alberca, como en un palacio cristalino, habita la Malintzin: la Malintzin, la ninfa de Anáhuac, náyade aquí, nereida allá, que aparece á la mitad del día en una de las albercas de Chapultepec, y que se ve personificada en una montaña que se asienta á pocas leguas de Puebla, y tiene su nombre.

Pero si su aparición en Chapultepec no acarrea ningún resultado funesto, no sucede otro tanto en Zancopinca, donde el desdichado que llega á ver á la ninfa queda al punto herido de amores, y avasallado por sus hechizos, tiene que seguirla á su líquida morada, de la cual jamás vuelve á salir, sino muerto.

Dotada de una hermosura divina, no es extraño que ejerza tan mágica influencia; pero tiene, además, otra arma poderosa, y es una voz de sirena. ¡Oh, cuán arriesgado es pasear por los sitios vecinos á la alberca, muy de mañana, ó durante las primeras horas de la noche! El sol acaba de ponerse: el perfil de la cima de los montes se dibuja en una cortina de ópalo; hacia el meridiano, se ven agrupadas algunas nubes de color de perla, y por el Oriente asoma ya la noche,

cubierta de un velo melancólico, como una virgen que separada eternamente del objeto de su cariño, le sigue, sin poder alcanzarle.

Estos son los momentos en que se deja oír el canto suavísimo de la bella habitadora de Zançopinca. Sus melodías nacen de una región misteriosa, y se propagan por la llanura, como los acentos de una antigua pasión sin consuelo, acentos tristes y sentidos como el dolor; puros, etéreos, inefables como la inocencia sin ventura, como los trinos que suspira de noche un ave en el corazón de las selvas.

Quien ha comenzado á deleitarse en este canto, si aún no quiere desaparecer de entre los vivos, huya lo más pronto que sea dable. De lo contrario, habrá de apoderarse de sus miembros una dulce languidez, y cediendo á un imán irresistible, se verá conducido sin saber cómo ni por quién, hasta precipitarse en la alberca.

El anciano indio de Atzcapotzalco, de quien aprenderéis esta conseja, os dirá también muy al oído, y con la mayor formalidad, que el tesoro de Cuauhtemotzin, yace sin menoscabo alguno, en las profundidades de Zancopinca.

IV.

Los Ahuehuetes.

Emprendiendo el paseo por el rumbo opuesto, esto es, por el Occidente, se entra, pasada la plaza, en una calle un si es no es tortuosa y limitada de uno y otro lado por hileras de arbustos. A su extremo se alza un objeto en que desde luego se pára la atención, y de donde no se apartan fácilmente las miradas, una vez descubierto.—Es un árbol: no, son varios; es un grupo sombrío de vegetales gigantescos!

Tales son los ahuehuetes.

Señoreando la llanura en magestuoso aislamiento, aparecen desde lejos como un solo individuo, como el magnífico coloso de su misma especie, que forma el orgullo de Atlixco.

Cuanto más avanzáis, adquiere su figura mayores dimensiones: ensánchase la calle, y en medio de una placeta, en parte alfombrada de césped, arraiga el corpulento grupo, compuesto de unos cinco árboles, cuyas ramas, eternamente vestidas de follaje, se entrelazan, estrechan y adunan, como si fueran los brazos de algunos séres amigos que se prestan recíproco auxilio.

Contempláis unos instantes aquella copa sombrosa, imponente, y pasando por entre los robustos troncos, os halláis con admiración bajo una cúpula de verdura.

Descansad sobre el asiento natural que os brinda la cepa de uno de los ahuehuetes, y contemplemos á todo nuestro sabor esta maravilla del reino vegetal.

Si habéis emprendido la vista en un día de primavera ó de verano, gozaréis aún más que en otra estación, á causa de la muchedumbre prodigiosa de pajarillos que frecuentan las ramas saltando de una en otra, persiguiéndose y cantando de amor, de ternura, de alegría y de felicidad. Todos sus trinos, todos sus gorgeos, todas sus modulaciones, combinándose entre sí al acaso y sin arte, forman un conjunto inexplicable en la lengua del hombre, una consonancia, una harmonía inimitable en el idioma de los sonidos. El alma se extasía al escuchar ese concierto halagüeño en que bebe la calma y el contento consigo misma; y nunca como entonces, está en mejor disposición de comprender el sentimiento que dictó á Luis de León estos versos:

"Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves

De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido."

En una palabra, aquella reunión de voces tiernas, infantiles, juguetonas y placenteras, parece una conversación sostenida de los árboles con el cielo.

Pero si los visitáis en invierno, otra será la impresión que han de producir en vuestro ánimo. Subsiste el mismo lujo de follaje, pues que el ahuehuete pertenece á esa generosa especie de árboles que no sueltan las antiguas hojas, sino cuando ya se engalanaron con otras nuevas. pero los huéspedes risueños que antes los alegraban, los séres verdaderamente libres que no siembran ni siegan para alimentarse, y que no reconocen más ley que la voluntad del cielo, ya no habitan entre el ramaje, que está solo y triste, como un palacio deshabitado. La brisa helada del Norte, el aliento del invierno. atravesando suavemente entre las sutiles hojas, ocupa el lugar de las aves de primavera, y conmueve las ramas con voluptuoso vaivén, produciendo un rumor desigual, vago, como un suspiro exhalado del seno de los árboles.

Esta música apacible, armonía delicada, quejosa, amante, divina, desciende á vuestra alma como un rocío perfumado, como la memoria del primer amor, como

la poesía de los antiguos tiempos. Abismada la mente en el Océano de la historia, recuerda y medita ; ¡de cuántos acontecimientos no habrán sido testigos estos árboles! ¡Los primeros señores de Atzcapotzalco vinieron tal vez á solazarse bajo su copa, y les confiaron sus proyectos de ambición y sus ensueños de amor y de gloria!

Quizá mientras saboreáis estas ideas, acierta á pasar no lejos de vuestro asiento, algún pastor que conduce lentamente su rebaño á pacer el rastrojo en los vecinos campos. Ya tenéis un compañero. Es un joven tímido, pero vos le alentáis dirigiéndole la palabra:

—¡Amigo! ¿me dirás quién plantó estos árboles?

—¡Ah, señor! ¡quién sabe!

—Pero, ¿cuántos años tendrán, poco más ó menos?

—Ya son muy viejos: desde que mi señor padre era como yo, los ahuehuetes ya estaban así de grandes y copados; sólo que.... los señores más viejos de mi pueblo, dicen que estaban encantados.

—¡Cómo así! Díme, ¿cómo es eso?

—Aquí cerca había un venero de agua dulce. Y la agua nacía, pero se quedaba represa junto á las raíces de los ahuehuetes. Y ninguno quería venir á beberla, aunque tuviera mucha sed. Y se sentía

mucha sed pasando por aquí; pero, ¡pobre del que bebía la agua, porque ya no se volvía á saber de él. Y cuando algún caminante se atrasaba y no lo volvían á ver sus compañeros, luego decían: ¡éste bebió del agua de los ahuehuetes! Y esto era, porque estaban encantados.

—¿Y desde cuándo ya no lo están? ¿Cómo desapareció el manantial?

—Yo se lo diré á su merced, señor amo. Un día salió de la iglesia grande una procesión, y se fué viniendo para acá; traían á la Virgen en unas andas, con muchas flores. Y todos decían: ¿á dónde irá esa procesión? Y los padres del convento (porque entonces, dicen, que había muchos padres) venían cantando por el camino. Y luego que llegaron al venero, pusieron á la Virgen en un altar, con sus velas, y un padre empezó á predicar. Y dijo que aquí estaba el enemigo malo; pero que echando tierra sobre el agua, se iría. Y todos se pusieron á echar tierra y piedras sobre el agua, hasta que quedó el suelo como ahora está.

—¿Y se acabó el encanto?

—Sí, señor amo. Y luego hicieron una capilla de tablas debajo de los árboles, con su altar, para la Virgen. Y desde entonces, los ahuehuetes quedaron desencantados para siempre.

—Pero, ¿cuánto tiempo duró esa capilla?

—¡Quién sabe! Dicen que se cayó de puro vieja. Y entonces se llevaron á la Virgen á la iglesia. Pero si su merced pone el oído contra la tierra, todavía oirá el ruído del agua, que pasa por debajo.

Tal es la antigualla con que os divertirá el pastor.

En seguida, pasando la mirada en torno, observaréis con agrado una vasta llanura, sembrada por todas partes de primores: ora es una hacienda que blanquea medio velada por los sauces, ora un campo de trigo ó cebada, donde juega la luz como en un tapiz de terciopelo, ora, en fin, un barrio aislado con su capilla, que sobresale de entre las cabañas, como un ánsar en medio de sus polluelos.

Atzcapotzalco y el convento llamarán también vuestra atención, en medio de una tierra favorecida por tantas bellezas naturales.... ¡Que transformación! Atzcapotzalco es ahora el convento; el convento que se desmorona bajo la planta de los siglos! ¡Y esto es todo lo que queda de la monarquía tecpaneca y de los Reyes antiguos que impusieron su cetro de hierro á los pueblos del valle! ¿Será que en ese lugar se alzó erguido el alcázar del tirano que tuvo usurpados los dominios de Netzahualcóyotl? El David ame

ricano hubo de apurar hasta las heces el cáliz de amargura. Errante por los montes; perseguido en todas partes por los satélites del régulo ambicioso; armado de su excelsa filosofía y dotado de un alma tierna y generosa, supo ser grande, sublime. Dióle el cielo una voz divina, y en dulcísimos cantos inmortalizó sus pesares: por esto su memoria ha cruzado el nebuloso desierto del olvido, y se nos presenta radiante y llena de harmonía, mientras el nombre de sus contrarios asoma apenas entre el polvo de las generaciones. En la tierra, sólo al númen corresponde la inmortalidad.

Pero quizá el lector se cansa ya de pasear por los alrededores de México con tan triste compañía, y justo es volver á la ciudad, donde nos esperan otros monasterios más interesantes por sí mismos, ya se atienda á su belleza material, ó ya á las memorias imperecederas que atesoran.



PORTACŒLI

I.

La Iglesia

Don Tadeo Ortiz, en su obra titulada "México considerado como nación independiente y libre," publicada en 1832, hablando de la plazuela del Volador, manifiesta el deseo de que, desembarazada de la reunión de inmundicias y figones que á la sazón la desfiguraban, ahuyentando la concurrencia, se convirtiera en un paseo nocturno, que por su excelente posición ofreciese atractivo á la gente, proporcionando variedad. "Un portal de gusto al rededor (añade), dedicado á las librerías y á las tiendas de los objetos de nobles artes, líneas de naranjos, una hermo-

sa fuente y cinco pedestales de mármol, adornados con las estátuas de nuestros grandes hombres y sabios compatriotas, Sigüenza, Alzate, Clavijero, Velázquez é Inés de la Cruz, le darían el nombre de plaza de los Grandes Hombres; y un nuevo y digno teatro entre el callejón de Tabaqueros y el colegio de Porta-Coeli, convertiría este sitio en uno de los más frecuentados y deliciosos."

Conviene saber que á la fecha en que escribía Ortiz, aún no se edificaba en la ciudad el gran Teatro Nacional, que actualmente es una de sus glorias.

En cuanto á la concurrencia, cuya falta deploraba el escritor, si ahora visitase la plaza, le parecería no solamente copiosa, sino sobrada, y las más veces, importuna, por favor del mercado. En el centro hierve, y en las cuatro calles laterales se choca, mezcla y arremolina, particularmente á ciertas horas del día. Con todo, hemos de abandonarnos á su corriente, para llegar á situarnos frente por frente de una pequeña iglesia que mira al Norte, y está embutida en la manzana.

Recién construída, hubo de ser graciosa su fachada. En el día tiene el aspecto de una dama bonita, en la flor de la edad, pero ajada y triste bajo el peso de los inviernos.

Las torres, que apenas se elevan so-

bre el nivel de las azoteas contiguas, semejan dos espectros que con faz adusta contemplan la animación del mercado, echando menos el Volador, que en otro tiempo ocupó el medio de la plaza, y la muchedumbre que asistió al célebre auto de fe de la "domínica in albis."

En el frontispicio, que es de agradable arquitectura, se leen estas palabras bíblicas:

Terribiles est locus iste
Domus Dei est, et
Porta-Coeli.

¿Recordáis el pasaje de donde están tomadas?

En cumplimiento de la voluntad paterna, caminaba Jacob á Mesopotamia de Siria, con objeto de tomar mujer de las hijas de Laban, su tío por parte de madre. Habiendo llegado á Luza, y queriendo reposar después de puesto el sol, tomó una de las piedras que había en tierra, y poniéndosela de cabecera, durmió en el mismo lugar.

Durante el sueño vió una escala cuyo pie estaba en la tierra y su remate en el cielo, por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios. Al mismo tiempo el Señor, apoyado sobre la escala, le decía: Yo soy el Señor Dios de Abraham, tu padre, y

el Dios de Isaac; la tierra en que duermes la daré á tí y á tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra: serás dilatado al Occidente, y al Oriente, y al Septentrion, y al mediodía, y serán benditas en tí y en tu simiente todas las familias de la tierra. Y yo seré tu guarda á donde quiera que fueres, y te volveré á esta tierra; y no te dejaré hasta haber cumplido todo lo que he dicho.".

Luego que Jacob despertó, dijo: "Verdaderamente, el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía." Después, lleno de espanto, exclamó: "¡Cuán terrible es este lugar! No hay aquí otra cosa, sino Casa de Dios, y puerta del cielo."

Se ve, por esto, que ha sido una feliz idea inscribir las citadas palabras en el frontispicio de la iglesia de que tratamos. El interior de la nave se ve adornado con retablos no de mal gusto, mereciendo atención el principal. En ella estaba la cátedra donde sustentaron actos y conclusiones públicas los más de los religiosos dominicos, que se distinguieron, por sus talentos é instrucción, en la provincia de Santiago de México.

La dedicación de esta iglesia se verificó en 23 de Mayo de 1711, y actualmente sigue destinada al culto católico

II.

Transformación.

Acabamos de decir que en el templo de Porta Coeli tenían sus funciones literarias los dominicos, lo cual no extrañará á quien sepa que la casa era el colegio de la Orden, á donde pasaban los profesos á hacer sus cursos de gramática, filosofía y teología.

Fundóse este colegio, con el nombre de Santo Domingo de Porta Coeli, el año de 1603. El sitio, que fué donde permaneció hasta la fecha de la supresión de las Ordenes religiosas, estaba ocupado por las casas de Doña Isabel de Luján, nieta de Juan Alonso de Estrada, que fué Gobernador de México, en compañía de Gonzalo de Sandoval. Vendiólas la señora á los dominicos de esta provincia, en doce mil ochocientos dos pesos, y aderezadas lo mejor que se pudo para acomodarlas al objeto á que se destinaban, tomaron posesión de ellas los religiosos en 18 de Agosto del mismo año, nombrando por primer Rector al padre Fr. Cristóbal de Ortega, por lectores de teología, á los padres Fr. Antonio de Hinojosa y Fr. Diego Pacheco, y por maestro de estudiantes, á Fr. Damián Porras,

Hecha y aprobada esta fundación por capítulo provincial del año 1604, la aprobó asimismo el general de la orden Fr. Gerónimo Javierre, en el capítulo que celebró en Valladolid de Castilla el año siguiente de 1605, concediendo á Porta-Coeli todos los privilegios de que gozan los demás colegios y universidades de dominicos, lo que por otras letras patentes confirmó y ratificó en 4 de Noviembre de 1609, el que le sucedió en esa dignidad, Fr. Agustín Galamino.

Posteriormente se amplió más la iglesia y colegio con haber comprado otras casas, que son las contiguas por uno y otro lado, pero sin demoler la primitiva que subsiste, y denota haber sido una de las primeras que se edificaron después de la conquista.

Al presente todo ha cambiado. La casa, según parece, ha pasado ya á dominio particular, y está completamente transformada por dentro. Su aspecto exterior, donde no se ven más que muros ennegrecidos y ventanas sin puertas, parece el esqueleto del antiguo edificio. Ya no resuenan en los claustros la voz de los buenos religiosos que iniciaban en los misterios de la ciencia. Allí brillaron grandes ingenios, cuyas obras encierran caudales de erudición y de doctrina: hoy,

sin embargo, pocos las conocen y estiman, y mucho menos á sus autores, pudiendo decirse de la nombradía que en otro tiempo alcanzaron, lo que el poeta rey de Texcoco en su elegía de la vanidad de la gloria humana:

Son del mundo las glorias y la fama
Como los verdes sauces de los ríos,
A quienes quema repentina llama,
O os despojan los inviernos fríos;
La hacha del leñador los precipita,
O la vejez caduca los marchita.



SAN FRANCISCO

I

El Mercado.

Dos años y meses después de la conquista de México, cuando las costumbres de los naturales conservaban todavía su carácter primitivo, amaneció un día de gran conmoción para la ciudad de Tlaxcállan.

Veíase entrar por todas las calles una muchedumbre afanosa que se iba aglomerando en la plaza principal, la cual sólo cedía en extensión á la de Tlaltelolco.

Cuadrillas de comerciantes aztecas, llevando en hombros todo género de mercaderías y apoyándose en báculos como los vemos hasta ahora, pasaban por en-

tre los habitantes, platicando alegremente y congratulándose unos con otros por haber llegado al término del viaje.

Luego que ponían las plantas en el lugar que les correspondía en la plaza, ataban juntos en un solo haz todos los báculos y les tributaban adoración. Lo mismo habían hecho en la posada donde durmieron la noche precedente, sacándose, además, sangre dos ó tres veces en honor de los palos, en quienes veían la imágen de su dios Yacateuctli.

Concluída aquella ceremonia empezaban á descomponer sus fardos y á presentar á vista de los curiosos los varios objetos que traían á vender. Por aquí se ven con admiración joyas de oro y plata y pedrería, obra de los artífices de Atzcapotzalco, por allí telas de algodón con sus magníficos bordados, en este lugar obras de resplandeciente pluma, en aquel innumerables especies de animales así vivos como muertos, toda suerte de comestibles, polvo de oro y piedras preciosas, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales, ungüentos, aceites, bebidas y otros medicamentos preparados por los médicos, toda clase de manufacturas y tejidos de hilo de maguey, de palma silvestre, de pelos de animales, y en una palabra, todos los productos naturales ó

artificiales qe pueden servir á las necesidades de la vida, á la comodidad, á las delicias, á la vanidad ó á la curiosidad de los hombres.

He aquí el mercado ó el "tianquiztli" de la capital de la antigua república, patria del gran Xicotencatl.

Tlascallán, la Esparta del Continente americano, se enorgullecía justamente con reunir en su plaza un concurso que re cordaba el de sus mejores tiempos; concurso que poblaba el mismo lugar cada cinco días, y le constituía en uno de los emporios de Anáhuac.

Pero en el día á que nos referimos, sobre ser extraordinaria la muchedumbre, hubo un motivo especial de curiosidad para moradores y forasteros. Dominando el sol la sombría sierra donde se adoraba á Matlalcueye, diosa de las aguas, acercábase al meridiano: sus rayos herían las olas caprichosas del río que atraviesa la ciudad, naciendo en Atzompa y rodando por los Estados de Puebla, Guerrero y Michoacán con los nombres de Atoyac, Río Poblano, de las Balsas y Mexcala hasta desembocar en el Pacífico, cerca de Zacatula. Era el momento de mayor tráfico; las voces de todos los concurrentes formaban un murmullo sordo y monótono, como el rumor de

las olas de un lago alborotadas á impulso del aquilón. Entre tanto, salían del palacio de Maxiscatzin, uno de los principales señores de la República, algunos extranjeros recién llegados, que por su vestido y el semblante á la vez melancólico y afable, no tenían, al parecer, nada de común con los terribles conquistadores.

Los naturales, que ya estaban familiarizados con la vista de éstos, quedaron atónitos á la presencia de aquellos hombres de porte singular, que en una lengua extraña les hablaban con entusiasmo, señalándoles el cielo y procurando hacerles comprender el misterioso sentido de sus discursos. Olas de gentes los seguían por donde quiera. Todas las miradas expresaban esta pregunta: "quienes son estos nuevos huéspedes?" Algunos de los jóvenes más gallardos de la población, formando corros en los parajes menos frecuentados, reían y cuchicheaban entre sí al verlos pasar; otros se mezclaban á la gente que se detenía á escucharlos cuando hablaban, y no comprendiendo ninguna de sus palabras, mirándose unos á otros, se decían:

—¿Qué hacen estos pobres miserables que tantas voces están dando?

—Mírese, decía alguno con sarcasmo,

si tienen hambre: deben ser enfermos ó estar locos.

—Dejadlos vocear, decía otro con aire de maligna indiferencia, que les debe haber tomado su mal de locura: pásenlo como pudieren y no les hagan mal, que al cabo de ello morirán.

—¿Y no hebéis notado, preguntaba uno dirigiéndose á sus compañeros, cómo desde que están entre nosotros á medio día y á media noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran?

Sin duda, contestaban todos sonriendo, es grande su mal, porque no buscan placer, sino tristeza.

Durante esta conversación, sostenida en "nahuatl," que era la lengua más culta, melodiosa y expresiva de los antiguos tlaxcaltecas, nuestros huéspedes nada entendían, sino por medio de intérprete. Uno de ellos, sin embargo, al oír la palabra "motolinia" creyó adivinar, bien por lo mucho que jugaba en la expresión, bien por el tono y manera con que se pronunciaba, que debía envolver una idea altamente significativa, y tal vez referente á ellos mismos. Ardiendo en deseo de cerciorarse, pregunta al intérprete qué significa ese vocablo.

—"Motolinia," contestó su interlocutor, quiere decir "pobre, infeliz, desdichado"....

—¡Qué me place! repuso el recién venido: quiero empezar á aprender la lengua de estos reinos; éste es el primer vocable que sé, y porque no se me olvide, él será de aquí en adelante mi nombre.

El sujeto que tal decía era conocido con el nombre de Fr. Toribio Paredes, ó de Benavente, y después, abreviando, se llamó Matolinia, Fr. Toribio.

II.

La llegada á México.

¿Por qué tanto júbilo, por qué tantos preparativos de fiesta? Los ávidos conquistadores dejan hoy de pensar en el oro y en el embellecimiento de sus moradas; los infelices indios descansan de las faenas á que los obliga la codicia y el regalo de sus nuevos señores.... ¡Tenochtitlán, no todos los días pertenecen al llanto! ¡No siempre el dolor es insaciable, y alguna vez se olvida de exigir al mortal sus ofrendas de amargura! ¡Aprovecha la tregua que te concede el destino, que tal vez no se repita, sino después de algunos siglos!.....

Las calles están aseadas con primor, y

todas las flores de las "chinampas," regadas en el suelo, alegran la vista con sus brillantes matices, y el olfato, con sus olores exquisitos. Ricas gasas y damascos adornan las ventanas de los edificios; cuelgan de las azoteas mil flámulas y gallardetes, y la ciudad toda, vestida de pompa y regocijo, parece una reina, en el acto de su coronación.

¡Cielo de México! ¡cielo incomparable! ¡cuán bella es tu luz, qué primorosos tus celajes! El sol se levanta señoreando la cordillera, como un ser superior ante quien son nada las demás grandezas; su luz se difunde por el espacio, acariciando las cumbres de Popocatépetl, de Ixtacxíhuatl y de Ajusco, reflejando en las lagunas del valle y en sus frondosos árboles, de donde hace brotar centellas apacibles de cada hoja, y de toda la copa un aureola mágica.

¿Mas, qué rumor circula por los aires?

—¡Ya llegaron!

¡Ya vienen por la calzada!

—Pronto los saludaremos en nuestros hogares.

—¡Bien venidos los enviados de Dios!

Tales son las expresiones que, con otras del mismo género, cruzan el ambiente, medio envueltas en la continua vocería. Algunos minutos después, los extranjeros singulares, los hombres mis-

teriosos, á quienes dejamos hace poco en Tlaxcala, pisan las calles de la capital, rodeados de prestigio y siendo el blanco de las aclamaciones de todos los habitantes. Cortés y los demás conquistadores, en compañía de los restos de la antigua nobleza mexicana, les salen al encuentro, llenos de alborozo; póstranse en su presencia; toman sus manos entre las suyas y las llevan á los labios, en un arrebato de cariño entrañable. En esta escena solemne, que contemplan absortos los naturales, calla la lengua y hablan los corazones y las lágrimas, lágrimas que no arranca el dolor, lágrimas que hace nacer el exceso de la dicha.

Después de este encuentro, verificado en un lugar de los suburbios, siguen los extranjeros, con la comitiva, en procesión, hasta el centro de la ciudad, donde no se oyen sino los vivas de la muchedumbre y los suaves acentos de la música. ¿Quiénes son estos huéspedes, tan poco parecidos al feroz guerrero, y á quienes se tributan honores divinos? ¿De dónde vienen? ¿Qué objeto, qué ambición ha dirigido sus pasos hacia las regiones de Occidente? ¡Ni traen ejércitos, ni procuran granjearse aliados! Vienen solos, y á pie caminan, su única compañía es la pobreza, un tosco sayal es su

vestido; sus armas, la oración; su tesoro las virtudes, su aspiración el cielo.

Y sin embargo, toman posesión de esta tierra como señores, como si para ellos hubiera sido conquistada. Ved á los bruscos capitanes, sumisos á sus pies, tender las capas en el suelo para que sobre ellas pasen. ¡Y cuánto más valen estos hombres modestos, de palabra insinuante, de modales atractivos, de corazón puro y rectas intenciones! ¡Moradores de Anáhuac! ¿no os parece ver en ellos algo de divino? ¿no es cierto que resplandece en sus frentes una luz celestial?

¡Pueblos recién conquistados y mal avenidos con el yugo que os oprime, saludad á vuestros protectores! Ved aquí el amparo de vuestros hijos, la guía de su corazón, la luz de su inteligencia. ¡Ved aquí á los hombres de corazón limpio que os dirán la verdad, que velarán por vuestra dicha, que os enseñarán las artes, y que serán el antemural de vuestra vida, donde se estrellen los tiros del despotismo exacerbado por la codicia! Si vuestra raza se ha de salvar de la destrucción que la amenaza, será por ellos. ¡Ellos son la compensación que os da la Providencia por tantos males, por tanta degradación como sobrevendrán á la conquista! ¡Hijos de México, abrid los brazos para recibir en vuestro corazón á

los santos misioneros, á los humildes religiosos de San Francisco!

III.

Mirada retrospectiva.

Deseaba el Emperador Carlos V, que la nación mexicana, hacía poco adquirida para su corona, lo fuese igualmente para la religión de Jesucristo. Con esta mira, solicitó del Papa Adriano VI, plenísima autoridad para enviar á América misioneros apostólicos, que, como delegados de la Santa Sede, y con gran suma de poder y facultades, pudiesen proveer á todos los asuntos espirituales que ocurriesen en regiones tan lejanas. La solicitud se contraía especialmente á los hijos de la orden seráfica.

Accedió el Pontífice á tan justa demanda, y como ya León X había expedido una bula por la cual se otorgaba lo que ahora pretendía el Emperador, todo lo que había que hacer era confirmarla, como lo verificó S. S. en 9 de Mayo de 1522, facultando ampliamente á todos los religiosos de las órdenes mendicantes, y singularmente á los franciscanos, para predicar el Evangelio en los países recién descubiertos. En el archivo de San Fran-

cisco, de México, se conservaba esta bula, que en lugar de sobrescrito tiene este título: "Carissimo in Christo Filio nostro Carolo Quinto, Romanorum Imperatori.". El compendio de su contenido. según Torquemada, es el siguiente:

"Lo primero, concede en ella (el Pontífice) que todos los frailes mendicantes (en especial de los frailes menores. como á los primeros, en cuyas personas se concedía) que fueren nombrados por sus Prelados para esta obra, y ellos. movidos con espíritu de Dios, voluntariamente se quisieren ofrecer al trabajo, para efecto de convertir y doctrinar en la fe á los indios, pusieron lícita y libremente pasar á estas partes, con tal que á Su Majestad ó real consejo parezcan idóneos en su vida y doctrina, para tan alta obra. Y para esto encarga la conciencia de los superiores que los hubieren de nombrar y darles licencia, que los elijan tales. Y á los así nombrados y señalados, después que ellos voluntariamente se hayan ofrecido, les manda, por el mérito de la santa obediencia, que cumplan el viaje y la obra á que son enviados, á ejemplo de los discípulos de Cristo, y les da su apostólica bendición, y so pena de excomunión "ipso facto incurrenda," manda que ninguno sea osado de impedírselo, por ninguna vía.

"Otrosí: concede en la misma bula, que los Prelados de las órdenes en estas partes de Indias, y los otros frailes á quienes ellos lo cometieren, tengan toda autoridad plena del Sumo Pontífice, tanta cuanta á ellos les pareciese ser conveniente para la conversión de los indios, y para su manutenencia y aprovechamiento de ellos y de los demás cristianos en la fe católica y en la obediencia de la Santa Iglesia de Roma. Y que esta autoridad tengan así para con sus frailes y otros de cualquier orden que acá estuvieren diputados para la tal obra, y para los indios convertidos á la fe, como también para los demás cristianos que para ejercitar la tal obra les tuvieren compañía. Y que se extienda esta autoridad para ejercer también todos los actos episcopales que no requieren orden episcopal (con tal que usen de esta autoridad, tan solamente en las partes adonde no hubiere Obispos), y adonde los hubiere, usen de ella cuando dentro de dos dietas (que son dos jornadas comunes) no se pudiere haber la presencia del Obispo ó de sus oficiales. Y además de esto, confirma y de nuevo concede en la dicha bula, todos los indultos que sus predecesores concedieron, y los que sus sucesores después de él, concedieren á los frailes que están ó vienen á estas par-

tes, para que libre y lícitamente usen y gocen de todos ellos."

Dado este paso, nombróse para la misión de las Indias Occidentales al V. padre Fr. Francisco de los Angeles; mas habiendo sido electo Ministro general de la orden el año de 1523, no pudieron tener efecto por entonces ni la bula de León X, ni la que se acaba de estractar. Lo tuvieron, sin embargo, algún tiempo después, cuando para substituir al P. Fray Francisco, se nombró al sujeto más digno, al ilustre superior de la provincia de San Gabriel, en la cual se guardaba en toda su pureza y severidad la regla de San Francisco: ese sujeto no era otro que el venerable Fray Martín de Valencia.

Exonerado del cargo de provincial, y con el título de comisario de la nueva custodia, del todo independiente de las provincias de España, se dispuso la partida de este religioso á las tierras recién conquistadas, con otros doce compañeros, dignos de vivir en la memoria y gratitud de la nación mexicana. Estos fueron los siguientes:

SACERDOTES.

Fray Francisco de Soto,
Fray Martín y
Fray José de la Coruña,

Fray Juan Juárez,
Fray Antonio de Ciudad-Rodrigo,
Fray Toribio de Benavente,
Fray García de Cisneros,
Fray Luis de Fuensalida,
Fray Juan de Rivas, y
Fray Francisco Jiménez, corista.

LEGOS.

Fray Andrés de Córdova, y
Fray Bernardino de la Torre.

El número de los religiosos que componían este nuevo apostolado, iba á quedar incompleto, con la separación de Fr. José de la Coruña, motivada por ciertos despachos que debían traerse á Indias, y que fué menester recoger en la Corte; pero ocupó el lugar de este religioso, Fr. Juan de Palos, que se les agregó en San Lúcar de Barrameda, en donde se embarcaron el 25 de Enero de 1524, día de la conversión del apóstol San Pablo.

Después de una navegación larga y molesta, arribaron los insignes expedicionarios á San Juán de Ulúa, el 13 de Mayo del mismo año, y en el propio día, pisaron las playas de Veracruz, donde los esperaba Juan de Villagómez, criado de Cortés, para felicitarlos y agasajarlos á nombre de su amo. Elios, sin embargo,

rehusando las comodidades y regalo que se les ofrecían, emprendieron su camino hacia la capital, á pie y descalzos, como verdaderos alumnos de Jesucristo, causando admiración en todas las poblaciones por donde pasaban, hasta llegar á Tlaxcala, y después á México, que llena de júbilo los recibió en su seno con la pompa que hemos descrito.

IV.

Convento Primitivo.

No se sabe de cierto el día en que nuestros frailes hicieron su entrada en la capital, si bien se conjetura que fué el 18 de Junio del mismo año de su arribo á Veracruz, esto es, el de 1524. Reina la misma incertidumbre en orden al sitio donde tuvieron su primera morada. Hay quien afirme que ésta ocupó una parte del palacio vulgarmente conocido por "de las fieras," que era un jardín donde los reyes aztecas, y en especial Moteuczoma, conservaban á gran costa un museo viviente de historia natural, compuesto de fieras de todas clases, peces raros que mantenían en estanques, y aves gallardas de cuya pluma se fabricaban esos

vestidos y dibujos que tanto admiraron los europeos; otros, como el padre Vetancur, de acuerdo con Torquemada, dicen resueltamente que el primer monasterio se edificó donde ahora está la Catedral, añadiendo que su iglesia fué, asimismo, la primer parroquia que hubo en México.

Pero lo más probable y que resulta de un examen minucioso, es, que de Junio del año de 1524 á 2 de Mayo de 1525, hubo dos monasterios de San Francisco, uno provisional, cuya verdadera situación se ignora, y el llamado en los libros de cabildo "San Francisco el nuevo." Este, según toda apariencia de verdad, estuvo en la calle de Santa Teresa, en un sitio contiguo á la casa que forma la esquina de la calle del Reloj y de la antes mencionada; y no estando destinado á servir definitivamente de habitación á los religiosos, es creíble que su fábrica sería de escasas dimensiones, especialmente la iglesia, que se reduciría á un pequeño oratorio, por el estilo del que tenía Cortés en su palacio.

Estas indicaciones con respecto al número y situación de las primeras moradas de los franciscanos, están fundadas, principalmente, en un pasaje del "Diccionario de historia y geografía," que parece ser el resultado de una investigación no me-

nos exacta que curiosa En él hallamos establecida la distinción como nosotros la reconocemos, entre San Francisco el viejo y San Francisco el nuevo; de manera que, según su contexto, podemos concluir, que los religiosos tuvieron dos casas antes de establecerse en el convento grande.

No faltan, sin embargo, autores que difieren de este sentir, entre otros, Alamán, que en sus "Disertaciones" declara de la manera más terminante, que los franciscanos no tuvieron más de dos conventos, entendiendo por San Francisco el nuevo, el que existió hasta nuestros días.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los religiosos, desde los primeros días á su llegada, empezaron á dedicarse á sus apostólicas tareas, con un celo que los honrará eternamente en la memoria de los hombres. Encontráronse en el país con otros cinco piadosos colaboradores, que los habían precedido en el apostolado desde el principio de la conquista, ó poco tiempo después, y reunidos todos, ya no formaron más que un solo cuerpo: tres de esos religiosos eran Fr. Juan de Tecto, Fr. Juan de Aora, y el amable y virtuoso Fr. Pedro de Gante, flamencos el primero y el último. La historia acaso ha sido injusta al callar los nombres de los demás.

Reforzada de esta suerte la benéfica milicia, empezó á luchar contra los estorbos que se oponían á su paso en la difícil senda de la predicación: el idioma de los naturales fué, desde luego, el objeto de su atención y de su más asiduo estudio. Los frailes recién llegados se valían, para aprenderlo, de los conocimientos adquiridos por los individuos de su orden, que habían pisado antes nuestro suelo, y más todavía, de los niños mexicanos, cuya natural viveza aprovecharon no sólo para este objeto, sino para otro de mayor estima, cual fué la propagación de la doctrina evangélica por todas las clases de la sociedad azteca.

Señalóse también este primer período de la existencia de la orden franciscana en nuestro país, por un hecho importante que afianzó la buena dirección de las futuras empresas de los religiosos, y cuyo inmediato resultado fué el concierto de las voluntades de todos para someterse á un jefe: tal fué el primer capítulo celebrado en 2 de Julio del mismo año de 1524, en que salió electo custodio el V. P. Valencia.

De aquí propiamente toman principio las tareas apostólicas de nuestros misioneros. Repártense de cuatro en cuatro por las ciudades principales, como eran entonces Texcoco, Tlaxcala y Huetxot-

zinco, ufanos con salir á sembrar entre los idólatras la semilla de la divina palabra. Si remontándonos con el pensamiento hasta esa época de transformación, asistimos á la partida de los obreros evangélicos, ¡cómo admiramos en ellos el sublime privilegio que goza la verdad en sus conquistas, jamás compradas con devastación ni llanto! Vémoslos caminar á pie y sin séquito, con una cruz en la mano y la vista fija en el horizonte; la esperanza los sostiene, les comunica valor la caridad, y los proteje la conciencia: ¡fuertes colonos que salen de la capital para internarse en un país desconocido, y que no han menester más guía que su celo, ni más intérprete que un niño!

Entre tanto, Fr. Martín de Valencia, á quien con otros cuatro religiosos tocó, según era natural, quedarse en México, seguía entendiendo en la conversión de los naturales al cristianismo. Habitaron en el convento situado en la calle de Santa Teresa, poco menos de un año, hasta que se pasaron al actual, cuya construcción tuvo principio, según todas las probabilidades, á poco tiempo después de su llegada. Hízose á expensas de Cortés, quien, por esta razón, tuvo el patronato del mismo, y se dedicó al patriarca de la orden, San Francisco. Mas reservando

tratar de este monasterio en otra parte, con la detención que merece, procuremos estudiar los tiempos en que floreció la religión franciscana en nuestra patria, penetrando en el santuario de la vida de sus fundadores. La existencia y las glorias del instituto se reflejan en los hechos de sus hijos.

V.

Fray Martín de Valencia.

I.

Rezaban maitines en el coro los religiosos de Santa María del Hoyo, en Extremadura, y cuando ya terminados los salmos era llegada la hora de las lecciones, levantándose de su asiento un fraile, en cuyo rostro se pintaba la austeridad de costumbres, se encaminó al púlpito, desde donde aquéllas se recitaban. Un momento después, leía en voz apenas perceptible, un fragmento de las profecías de Isaías, cuya lectura no puede menos de elevar á la alma en alas de la contemplación, á las regiones del entusiasmo y del misterio.

Poco á poco iba el fraile levantando la

voz al recitar la lección sagrada, hasta que, llegando á cierto pasaje, en que pareció deleitarse singularmente, como saliendo fuera de sí y lleno de júbilo, se interrumpió, exclamando: "¡ Loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo !"

A estas palabras, proferidas casi á gritos, creyendo los demás religiosos que el lector se volvía loco, le tomaron del púlpito, le llevaron á una celda, y enclavando la ventana y cerrando la puerta por defuera, se dirigieron al coro á terminar los maitines.

Entre tanto, aquel religioso singular permaneció atónito en la cárcel, donde se le había dejado, pasando en ella todo lo restante de la noche. En amaneciendo, volvió en sí; mas como se viese en tinieblas, quiso abrir la puerta ó la ventana, y no lográndolo, atinó desde luego con lo que le había sucedido, sonriendo al pensar en el temor que sus hermanos parecían haber abrigado, de que como loco, no se arrojase por la ventana.

Viéndose así encerrado, determinó aguardar pacientemente á que se cerciorasen que no lo merecía, y entre tanto, puesto de rodillas oraba con fervor, exclamando á veces: "¡ Oh ! ¿ y cuándo será esto? ¿ Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿ No sería yo digno de ver este con-

vertimiento, pues ya estamos en la tarde y fin de nuestros días, y en la última edad del mundo?"

El hombre á quien sucedía tan extraña aventura, era nada menos que el futuro superior de la Colonia franciscana, destinada á plantar el estandarte del cristianismo en estas regiones: era el venerable P. Fr. Martín de Valencia

II.

Este insigne varón fué natural de la Villa de Valencia, llamada de D. Juan, que está situada entre la ciudad de León y la Villa de Benavente, en la ribera del Esla. Nada sabemos de las circunstancias de su nacimiento ni de la posición social de sus padres, si bien podemos conjeturar que serían éstos de excelentes costumbres, atendida la buena y cristiana educación que supieron dar á su noble hijo, y cuyos frutos cosecharon más tarde, tanto España como México. Tampoco sabemos nada acerca de los primeros años de su juventud, pues su vida permanece envuelta en una completa obscuridad, hasta que le vemos retirarse al claustro, tomando el hábito de San Francisco en el convento de la Villa de Mayorga, provincia de Santiago, que es uno de los más antiguos de España.

Tuvo allí por maestro á Fr. Juan de Argumanes, excelente guía, con cuyas sabias lecciones hizo notables progresos, no menos en la ciencia que en la virtud; y ya profeso volvió á Valencia, por mandato de los superiores, de donde salió no mucho tiempo después, y muy contento, pues la compañía de sus parientes y conocidos solía distraerle del tenor de vida que había adoptado. Dedicábase ardientemente á la contemplación de las eternas verdades, y apeteciendo, por tal motivo, el recogimiento y el retiro del yermo, solicitó y obtuvo, pasar á vivir al monasterio de Santa María del Hoyo, donde ocurrió el peregrino incidente que acabamos de referir: ¿qué misterio encerraba este suceso tan malamente apreciado por los monjes?

Más tarde lo sabremos.

III.

Aunque suele el hombre enderezar su vida hacia un objeto que no es el que la Providencia le destina, rara vez deja de conocer, por ciertos movimientos interiores, que aún no acierta con el camino que le señala su verdadera vocación. El corazón en este estado, es una nave sin piloto, á merced de las olas de la incertidumbre. Pero llega al fin el instante de-

cisivo en que calmándose la tempestad de la inconstancia, y revelándose al mortal su verdadero destino, ya no vacila entre las mil sendas que se ofrecen á sus ojos, y de todos los elementos de su ser, de sus mismas pasiones, saca fuerza para encaminarse adonde le llama su estrella.

Nuestro buen fraile, como se ha visto, parecía exclusivamente nacido á la vida contemplativa, según el amor que mostraba á la soledad y al apartamiento del trato con sus semejantes. Así lo creyó él mismo por algún tiempo; mas hallándose en el monasterio poco antes mencionado, estuvo á punto de variar de su primer propósito. Un biógrafo, el P. Motolinía, nos describe con los más vivos colores, el estado de perplegidad en que cayó esa vez el P. Valencia, indicándonos también el medio singular de que Dios se valió para librarle del escollo.

"Comenzó (dice) á tener en su espíritu muy gran sequedad y dureza, y tibieza en la oración; aborrecía el yermo; los árboles le parecían demonios; no podía ver los frailes con amor y caridad; no tomaba sabor en ninguna cosa espiritual; cuando se ponía á orar, hacíalo con gran pesadumbre; vivía muy atormentado. Vínole una terrible tentación de blasfemia contra la fe, sin poderla lanzar de sí; pa-

recíale que cuando celebraba y decía misa, no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y á regaña dientes comulgaba; tanto le fatigaba aquesta imaginación, que no quería ya celebrar, ni podía comer. Con estas tentaciones habíase parado tan flaco, que no parecía sino tener los huesos y el cuero, y pareciale á él que estaba muy esforzado y bueno. Esta sutil tentación le traía Satanás para derrocarle de tal manera, que cuando ya le sintiese del todo sin fuerzas naturales le dejase, y así desfalleciese y no pudiese tornar en sí, y saliese de juicio; y para esto también le desvelaba, que es también mucha ocasión para enloquecer; pero como Nuestro Señor nunca desampara á los suyos, ni quiere que caigan, ni da á nadie más que aquella tentación que puede sufrir, dejóle llegar hasta donde pudo sufrir la tentación, sin detrimento de su ánima, y convirtióla en su provecho, permitiendo que una pobrecilla mujer le despertase y diese medicina para su tentación; que no es pequeña materia para considerar la grandeza de Dios; que no escoge los sabios sino los simples y humildes, para instrumentos de sus misericordias, y así lo hizo con esta simple mujer que digo.

"Que como el varón de Dios fuese á pedir pan á un lugar que se dice Roble-

da, que son cuatro leguas del Hoyo, la hermana de los frailes del dicho lugar, viéndole tan flaco y debilitado, díjole: ¡Ay, padre! ¿y vos qué habéis? ¿Cómo andáis, que parece que queréis expirar de flaco, y cómo no miráis por vos, que parece que os queréis morir?—Así entraron en el corazón del siervo de Dios estas palabras, como si se las dijera un ángel, y como quien despierta de un pesado sueño, así comenzó á abrir los ojos de su entendimiento, y á pensar cómo no comía casi nada, y dijo entre sí:—Verdaderamente, esta es una tentación de Satanás—y encomendándose á Dios que le alumbrase y sacase de la ceguedad en que el demonio le tenía, dió la vuelta á su vida.... Después que fué librado de aquellas tentaciones, quedó con gran serenidad y paz en su espíritu, gozábase en el yermo, y los árboles, que antes aborrecía, con las aves que en ellos cantaban, parecíanle un paraíso, y de allí le quedó que doquiera que estaba, luego plantaba una arboleda, y cuando era Prelado, á todos rogaba que plantasen árboles, no sólo frutales, sino de los monteses, para que los frailes se fuesen allí á orar.

"Asimismo le consoló Dios en la celebración de las misas, las cuales decía con mucha devoción y aparejo, que después de maitines, ó no dormía nada, ó muy po-

co, por mejor se aparejar; y casi siempre decía misa muy de mañana, y con muchas lágrimas, muy cordiales, que regaban y adornaban su rostro, como perlas."

Así se vió libre el V. P. Valencia de aquella suma de padecimientos inefables que abrumaban su vida, y que amenazaba precipitarle en un abismo. Por el fragmento que acabamos de dar á conocer, se habrá visto hasta dónde llegaba la sencillez y pureza de costumbres del religioso, y cómo ageno ya del hastío que por algún tiempo le causó el retiro, se afirmó más en el estado que había elegido en su juventud.

"Con todo, un nuevo deseo se apoderó de su alma, un deseo vehemente que quiso á toda costa realizar. Para expresarlo nos serviremos de las palabras mismas del escritor citado antes. "Otro sí: de allí adelante tuvo gran amor con los otros frailes, y cuando alguno venía de fuera, recibíale con tanta alegría y con tanto amor, que parecía que le quería meter en las entrañas; y gozábase de los bienes y virtudes agenas, como si fueran suyas propias; y así perseverando en aquesta caridad, trájole Dios á un amor entrañable del prójimo, tanto, que por el amor general de las ánimas, vino á de-

sear padecer martirio, y pasar entre los infieles á convertirlos y predicar: aqueste deseo y santo celo alcanzó el siervo de Dios, con mucho trabajo y ejercicios de penitencia, de ayunos, disciplinas, vigilias y muy continuas oraciones." Pero este mismo deseo y este mismo celo fueron también en lo sucesivo los únicos que dominaron en su alma, identificándose con su naturaleza, y comunicándole á torrentes ese entusiasmo con que abrazó el proyecto de transladarse á los países más remotos para evangelizar á pueblos gentiles. Esta era su verdadera vocación.

IV

Consecuente con ella nuestro apóstol, echó mano de los medios más eficaces para comenzar desde luego la gloriosa carrera de sus benéficas labores; pero, ¡cuántos obstáculos tenía que allanar antes de dar el primer paso! Previene la regla de los frailes menores, que si alguno por divina inspiración fuere movido á desear ir entre los moros ú otros infieles, pida licencia á su provincial para efectuar su deseo; y ajustándose él á este ordenamiento, solicitó la referida licencia por tres veces. Una de ellas,—pero

dejemos hablar al candoroso Motolinia— "una de estas veces había de pasar el río, el cual llevaba mucha agua é iba recio tanto, que tuvo que hacer en pasarse á sí solo, y fué menester que soltase unos libros que llevaba, entre los cuales iba una biblia, y el río se los llevó un buen trecho; y él encomendando al Señor sus libros y rogándole que se los guardase, suplicándole á Nuestra Señora que no perdiese sus libros, en los cuales él tenía cosas anotadas para su espiritual consolación, fuélos á tomar buen rato el río abajo, sin haber padecido detrimento ninguno del agua."

Pero le fué negada la licencia tantas veces cuantas la pidió, sin que conste cuál fuese la causa de esa negativa: acaso no inspiró la suficiente confianza para acometer y llevar á buen término su empresa, pues suele acaecer que para la realización de los humanos proyectos, sean pospuestos cabalmente los hombres más aptos y merecedores. Con todo, él no desmayó, como que entre sus innumerables prendas, poseía en grado eminente la constancia.

Por este tiempo pasó á morar en compañía del P. Fr. Juan de Guadalupe, en un convento de la custodia de la Piedad, donde se observaba la más rígida pobre-

za: perseguidos allí por los malos frailes, á quienes daban envidia la estrechez y aspereza en que vivían, se refugiaron en una isla formada entre el Tajo y el Guadiana, "que ni bien es en Castilla ni bien en Portugal." A instancia de sus hermanos volvió después nuestro Valencia á la provincia de Santiago, donde edificó un monasterio junto á Belvis con el nombre de Santa María del Berrocal; y así de este como de los conventos que tenía á su cargo Fr. Juan de Guadalupe, con otros que dió la provincia mencionada, se formó en 1516 la custodia de San Gabriel, en que estaba comprendido el monasterio de San Onofre de la Lapa. En él vivió algún tiempo el venerable apóstol; y como es peculiar atributo de los buenos hacer bien en todas partes, contribuyó eficazmente desde su retiro á establecer armonía entre las casas de Priego y Feria, á la sazón desavenidas, conduciéndose de tal suerte, "que más les pareció á todos ángel del Señor, que no persona terrenal."

V

Vengamos ahora á la época más interesante de la vida de nuestro héroe.

La que fué custodia de San Gabriel es

ya provincia con el mismo nombre, y tiene por superior al venerable P. Valencia, que habita en el monasterio de Belvis. Llega un día á las puertas de éste un personaje, á quien los religiosos dan la bienvenida con las mayores muestras de cordialidad y acatamiento: es el General de la orden, el P. Fr. Francisco de los Angeles, después Cardenal de Santa Cruz, y viene ahora visitando las provincias de regulares de España sujetas á su obediencia. Esto pasa en el año de 1523, dos después de la conquista de México.

De esta visita, esperaban los religiosos ver hacer algún hecho de suma trascendencia, y no se engañaron, porque llegado el día de San Francisco, que estaba señalado para celebrar capítulo; hallándose en él llamó el general al P. Fr. Martín de Valencia, "é hízole un muy buen razonamiento, diciéndole cómo esta tierra de la Nueva España era nuevamente descubierta y conquistada, á donde, según las nuevas de la muchedumbre de las gentes y de su calidad, creía y esperaba que se haría muy gran fruto espiritual, habiendo tales obreros como él, y que él estaba determinado de pasar en persona al tiempo que le eligieron por general, el cual cargo le embarazó la pa-

sada que él tanto deseaba; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, porque si lo hiciese, tenía él muy gran confianza en la bondad divina, que sería grande el fruto y convertimiento de gentes que de su venida esperaban."

Por esta vez tuvo una amable excepción la sentencia de La Bruyére, que dice: "Lo que más se desea es también lo que menos acude, ó si sucede no es ni en tiempo ni en circunstancia en que causaría extremado placer." En la indicación que el general hizo al venerable religioso y que honra tanto á entrambos, el segundo vió colmados los deseos más vehementes que abrigara, y del placer que entonces hubo de sentir, puede juzgarse por la prontitud con que á poco tiempo efectuó su venida á nuestro país.

Ya apuntamos los más notables incidentes de este viaje y hemos seguido al P. Valencia con sus doce compañeros hasta dejarlos establecidos en la capital; dijimos también cómo se habían repartido de cuatro en cuatro á misionar á las principales poblaciones entonces existentes, después de haber celebrado capítulo en que salió electo custodio nuestro apóstol; réstanos estudiar la vida de éste en el nuevo teatro á donde le llamó su

celo y que en breve llenaría con el esplendor de sus virtudes.

VI

Era una de esas mañanas de otoño, en que tras la lluvia de la noche precedente, el valle de México respira alegría y frescura: los árboles cargados de sabrosas frutas atesoran todavía en las hojas algunas perlas de agua cristalina, que dejan caer silenciosamente á las blandas caricias del céfiro: un ligero vapor que se tiñe de oro á los tibios rayos del sol naciente, se exhala de los lagos, y parece de lejos como el humo del incienso, como si fuese la plegaria que á su modo dirigiera el agua al Criador; los esbeltos montes descubren la frente de nieve por entre un anillo de nubes, y el cielo, lleno de luz y serenidad, fija una mirada cariñosa en la morada del hombre.

Apiñábase entre tanto, en el patio del convento de San Francisco, una muchedumbre de mexicanos al rededor de una gran cruz adornada de flores naturales. Colocados entre ellos algunos religiosos, le enseñaban una especie de canto llano; pero de suave y tierna melodía, que ellos repiten en coro, mostrando en

el semblante la seriedad y respeto del que asiste á un acto religioso. El aire recoge estos acentos como la expresión de un amor sencillo que sólo aspira á una vida de paz y de inocencia; como la protesta de sumisión á una fe divina, cuya enseñanza empieza á insinuarse en el alma, haciéndole entrever un horizonte de mejor vida.

De este modo enseñan los religiosos la sublime doctrina de Jesús á los recién convertidos aztecas, antes de darles el bautismo.

Vése asimismo en el patio no lejos del concurso, otra reunión compuesta de niños, á quienes da el nombre de hijos un fraile de unos cincuenta años de edad, y que rodeado de ellos, parece decir, como su divino Maestro: "Dejad á los niños acercarse á mí."

Este es el P. Fr. Martín de Valencia.

Como luego que vino á México se vió abrumado de tantas atenciones, siendo, además, ya entrado en años, no pudo dedicar al estudio de la lengua mexicana todo el tiempo que hubiera querido: logró, sin embargo, aprender algunas voces de las más usuales y necesarias, con cuyo caudal tenía lo suficiente para doctrinar á los párvulos, y enseñarlos á leer, en lo que mucho trabajó. Sentía

demasiado esta falta de conocimiento, especialmente porque le impedía ganar almas para el Evangelio mediante la predicación; mas procuraba repararla, así con las labores indicadas, como con la enseñanza práctica de las virtudes y con el santo ejercicio de la oración, á que se entregaba fervorosamente mientras sus hermanos se atraían los corazones desde el púlpito.

Pero su ocupación favorita eran las lecciones á los niños, ante los cuales deponía su severo talante, revistiéndose de aquella bondad y mansedumbre que requiere tan sagrado como penoso magisterio. He aquí por qué la mañana referida asistía entre sus alumnos, y era grato contemplar al lado de la inocencia de los primeros años, á la inocencia adquirida á fuerza de virtud: ¡escena tierna en que se estrechaban la mano la niñez y la experiencia, la aurora y el ocaso de la vida!

No menos seductor, aunque de diverso carácter, es el cuadro que representa la gente agrupada en torno de la cruz, oyendo cantar y cantando alternativamente. Míranse en él felizmente hermanados en una sola familia animada de los mismos deseos, al pobre con el rico, á los siervos con los señores, á los "ca-

ciques" con los "macehuales;" en una palabra, á todas las clases y condiciones de la sociedad mexicana. ¡Hechizo poderoso de una religión de amor y paz! Ella inculca el augusto principio de la igualdad, y le realiza; predica la paz, y la establece; rodéase del infortunio, y le consuela; y de las ruinas de un imperio subyugado por la codicia armada, logra formar una sociedad laboriosa, inocente, benéfica, civilizada.

¡Espectáculo hermoso y que admiraría Grecia en sus mejores tiempos! Anáhuac ve reproducirse en su seno las maravillas y la santidad de la primitiva iglesia. A la voz del humilde hijo de San Francisco, fiel intérprete de las bellezas y armonías del cristianismo, despierta un pueblo del letargo de la superstición que pervertía sus más nobles instintos, congrégase, obedeciendo á un atractivo inefable, á escuchar los acentos de la verdad, se despoja de sus hábitos feroces, y amamantado por una doctrina de amor y perfeccionamiento, se hace digno de alcanzar en el porvenir los más altos destinos.

VII

Desde el primer año que siguio al establecimiento de los franciscanos en la capital, los habitantes de México y de Tlaltelolco, que como ya se ha indicado, formaban dos ciudades reunidas, comenzaron á tener sus juntas en la cabecera de cada barrio, señaladamente los días festivos, y á ellas concurrían los apóstoles á doctrinar á los adultos y bautizar á los niños.

Celebrábanse estas juntas en unas piezas que Motolinía llama **salas antiguas,** "porque iglesia aún no la había, y los españoles tuvieron también, obra de tres años, sus misas y sermones en una sala de éstas que servían por iglesia, y ahora es allí en la misma sala **la casa de la moneda."** Nuestros investigadores no deben perder de vista este apuntamiento, cuando traten de fijar las primitivas localidades del establecimiento que se acaba de mencionar. Cuánto tendrían que trabajar los misioneros en esas juntas para dar idea de los dogmas cristianos, y desarraigar de las almas el torpe vicio de la idolatría, sólo puede congeturarse en vista de los obstáculos que presentaban por una parte la dificultad de ex-

presarse á derechas en una lengua extraña, y por otra, la resistencia de los indios á desnudarse de antiguas preocupaciones. Pero todo lo avasallaba el noble celo de que estaban aquéllos animados, y ora valiéndose de figuras simbólicas para hacerse comprender, ora patentizando las inestimables ventajas de una religión de paz y de clemencia sobre los ritos sanguinarios del paganismo, lo cierto es que en breve salieron airosos de la empresa.

Contribuyó no poco á este feliz resultado la rara disposición que acreditaron algunos religiosos para el aprendizaje de la lengua mexicana, en la que llegaron á expresarse á los seis meses de residencia en la capital los reverendos Fr. Luis de Fuensalida y Fr. Francisco Jiménez. Ayuda eficaz para ésto les dieron también los niños, como ya en otra parte se ha indicado, si bien al principio no sacaron de ella todo el fruto que se prometían, y era de esperarse, por haber cometido el grave error de comenzar sus instrucciones en latín, enseñando en este idioma á persignarse y rezar las oraciones, tanto á niños como á gente adulta. Esta práctica no podía menos de inducir confusión en quien los escuchaba, sin saber latín ni castellano, pues oyéndolos

expresarse unas veces de un modo y otras de diverso, hubo de inferir que para aprender lo que le enseñaban y para enseñar lo que él sabía, era forzoso hacer prodigios de memoria.

Pero conocido el error, luego le enmendaron, echando mano del recurso que describe Vetancurt, y que expresaremos con sus mismas palabras: "inspiróles Dios que con los niños que tenían por discípulos se hiciesen niños, y deponiendo la gravedad de sus personas, los ratos que podían se ponían á jugar con ellos con pajas y pedrezuelas, para quitarles la vergüenza y con la comunicación aficionarlos: traían papel y tinta, y en oyéndoles un vocablo, lo asentaban al propósito de lo que se hablaba; en juntándose comunicaban sus escritos, y sucedían no acertar; á los niños les enseñaban el castellano, y como hábiles á pocos días los niños, no sólo enmendaban lo que erraban, pero les hacían preguntas con que aprendían."

Descolló por sus servicios entre estos niños, uno cuyo nombre nos ha conservado la historia. Llamábase Alonso, y era hijo de una dama española que tenía dos, uno de los cuales era él. Ambos mantenían trato continuo con los muchachos mexicanos, y merced á esta circuns-

tancia habían llegado á ser muy peritos en la lengua, tanto que sabiéndolo los religiosos, consiguieron de Cortés que Alonso pasąse á vivir de asiento con ellos en el monasterio, y de allí adelante los acompañaba de pueblo en pueblo, vistiendo el hábito, leyendo á la mesa, y siendo "maestro en la lengua de los predicadores del Evangelio." Al fin llegó á ser religioso, con el nombre de Fr. Alonso de Molina.

Ya en nuestros estudios sobre el convento de Santo Domingo, señalamos, aunque brevemente, la cooperación de los niños mexicanos á la obra de la conversión del pueblo, y no será ésta la última vez que toquemos este asunto,encontrando á cada paso ejemplares que lo comprueban, pues con mucho fundamento decía Fr. Toribio de Benavente: "si estos niños no hubieran ayudado á la obra de la conversión, sino que solos los intérpretes lo hubieran de hacer todo, paréceme que fueran lo que escribió el Obispo de Tlaxcállan al emperador, diciendo: "Nos, los obispos sin los frai- "les intérpretes, somos falcones en mu- "da." Así lo fueran los frailes sin los niños."

Mas no perdamos de vista á Fr. Martín de Valencia.

VIII

Los sobrinos y nietos de Motecuzoma, que se educaban con gran esmero en el convento de San Francisco, eran señores de Cuauhtitlán, Tepotzotlán y otros pueblos á estos sujetos. Esta consideración movió á nuestros frailes á dar preferencia á los lugares indicados, con respecto á otros de la comarca, en la predicación del Evangelio y administración del bautismo; si bien no llegó á tal extremo que descuidasen de la salud espiritual de las otras poblaciones del valle y aún de tierras más lejanas. Prueba de este aserto son las expediciones fructuosas que hacían con esa mira á los lugares situados á las márgenes de la que entonces se llamaba "laguna del agua dulce."

Una vez salió de México nuestro Valencia, acompañado del P. Fr. Francisco Jiménez, y se encaminaron á visitar esos lugares que, según dice un historiador, no sabían ni cuántos eran.

Rayaba el alba convirtiendo el horizonte en una diadema de suavísima luz. Desde las copas de los sauces, ó cerniéndose á gran altura, saludaban las aves el advenimiento del día con esos himnos inefables, siempre los mismos, y

siempre nuevos para el corazón que los escucha.

Era el momento solemne en que combate el misterio de las sombras con la franca claridad del sol, que va á ostentarse; en que se apagan las estrellas, ofuscadas por las oleadas de esplendor que se derraman por el firmamento azul-obscuro; en que las menudas nubes teñidas de oro y púrpura emulan y aventajan á las flores de los prados y de los jardines; y en que la luna pálida, como una corola de azucena, parece una virgen sorprendida con la inesperada presencia de su amante.

Tal vez la brisa pasaba rozando con sus alas diáfanas la superficie de los lagos, y suspiraba armoniosamente entre la juncia.

Tal vez el agua hacía visos como una masa líquida de plata, enmedio de la cual jugueteaba el ánade azulado.

Y tal vez mientras vagaba la mariposa sobre las matas como una flor voladora, el eco solía traer al oído el melancólico canto del viandante que de apartadas regiones venía á la capital.

Entre tanto, los dos misioneros guiaban los pasos por la calzada de Iztapalápan, levantando al andar ligeras nubes de polvo, llegan al fuerte de Xolotl;

después á Huitzilopochco, hoy Churubusco; y por último, á Coyohuacán, pueblo donde residieron los españoles los primeros meses después de la conquista de México, y que más tarde perteneció con el nombre de villa al Marqués del Valle.

Para los naturales fué este un día de gran fiesta y regocijo. Antes de que llegaran los misioneros, salían á recibirlos en tropel, ofreciéndoles vistosos ramilletes, ordinario agasajo con que hasta ahora suelen algunas poblaciones obsequiar en tales casos á los curas.

La presencia de los ministros de paz los consolaba de las continuas vejaciones que les causaban el poco miramiento y aún crueldad de los conquistadores insaciables.

—¡Ah, si todos fueran como éstos!, decían entre sí, dudando de lo que veían con sus propios ojos.

—Ni nos hacen esclavos, ni violan á nuestras hijas.

—¡Ah, la esclavitud!, exclamaba alguno con muestras de la más viva indignación: ¡la esclavitud!.... ¡es intolerable! Dentro de algunos años ya no habrá en todo Anáhuac suficiente carne de esclavos para contentar á esos gavilanes rabiosos....

—Nuestros reyes y caciques, es verdad, nos hacían también sus siervos; pero no nos marcaban la cara con el hierro ardiendo.

—Hombres hay que ya no se conocen por el rostro, según lo desfigurado que le tienen con tantos y tantos letreros.

—¡Y así tuvieron algunos menguados por hijos de Quetzalcóatl á estos ladrones! Nuestros antepasados decían que este buen dios enseñó á los pueblos á labrar la tierra y á vivir como hermanos: y si los extranjeros son sus descendientes, cierto no se parecen á su padre.

—La tierra que ellos cultivan son las minas, donde nos hacen morir de fatiga ó de hambre, buscando el oro en las entrañas de la tierra.

¡Cuán poco se parecen á estos otros extranjeros pobres, que dicen haber venido para llevarlos al cielo! Si no les damos de comer, ellos no tienen boca para pedirnos nada, y morirían de hambre antes que quitarnos el pan.

—Pero sí nos quitan nuestros dioses, y echan por tierra los **teocallis.**

—¡Bien hecho! Huitzilopochtli ha gozado ya mucho tiempo en la sangre de sus adoradores; no quería más ofrenda que los corazones arrancados de las víctimas sacrificadas en sus altares, y no

creo en la deidad que se complace en la destrucción de los humanos.

—Tienes razón, hijo mío, decía un anciano de faz amable; pero la creencia que tratan estos hombres de inculcarnos no es nueva para mí: el gran monarca de Texcoco, Netzahualcóyotl, profesaba en secreto otra religión, si no igual, muy semejante á la que ahora se nos predica; y había erigido un templo, no á los dioses que adoraba el vulgo supersticioso, sino al Dios desconocido que está en todas partes sin tener figura humana, y que no exige del hombre sino amor, adoración, incienso y flores.

—¡Volvamos, pues, á los tiempos de ese buen rey, que tantos beneficios hizo á su pueblo, y que recuerdan nuestros ancianos con tanta complacencia! Quizá se irán de aquí los extranjeros malos, y sólo quedarán en la tierra los extranjeros buenos.

—Estos serán nuestros padres, yo lo espero, y nos defenderán de los malvados. Hagámonos de su partido.

Tal era la disposición de ánimo con que los naturales recibían á los dos religiosos. ¿Qué resulta de aquí? Un hecho sorprendente y de carácter sobrehumano.

Comienzan su predicación los minis-

tros del Evangelio, y atónito el auditorio, no sabe qué admirar más, si la excelencia y majestad de la palabra santa, ó la maravillosa soltura y propiedad con que aquéllos se expresan en un idioma que poco antes ignoraban.

—¡Raro portento!, exclama alguno con aire pensativo: no hay duda en que un Dios habita en estos hombres singulares: él les dicta una doctrina nueva para nosotros, pero amable, que al escucharla va penetrando en lo interior del alma como un rayo del sol que nace, como una suave melodía, ó como el aroma de una flor recién abierta. Su voz alivia los pesares, como la voz de una madre ó de una esposa: nuestros hijos la oirán desde la infancia, y durante las horas amargas de la vida, sonará en su corazón, como la palabra del amigo ausente, como un cántico divino.

Conmovidos hasta este extremo los me xicanos, no bien termina la alocución que se les dirige, cuando expontáneamente hacen pedazos los ídolos que antes veneraban, levantan cruces sobre los **teocallis** y señalan sitios para fabricar templos cristianos.

Los dos apóstoles pasan adelante; llegan á Xochimilco y á los demás pueblos de la **laguna dulce**; repítense las mismas

escenas que en Coyohuacán; los principales caciques piden para sí y para sus hijos el bautismo, y los religiosos alzan los ojos al cielo, y apenas pueden contener el júbilo por la abundante cosecha que se les prepara.

Entonces fué cuando el P. Valencia, dirigiéndose á su compañero en un arrebato de entusiasmo, le dijo:

—"Muchas gracias sean dadas á Dios, que lo que en otro tiempo el espíritu me mostró, ahora en obra y en verdad lo veo cumplir."

Aludían estas palabras al extraño incidente ocurrido en el coro de Santa María del Hoyo, durante los maitines, cuando nuestro buen fraile recitaba desde el púlpito una lección de Isaías. Habla en ella el profeta de la venida de los gentiles á la fe, y elevado el espíritu del lector á las regiones misteriosas donde se revela al hombre lo que es y lo que será, vió puntualmente lo que ahora pasa en su visita á los pueblos de la laguna de Xochimilco, esta presteza, esta expontaneidad, con que un sinnúmero de personas, tribus enteras, vienen á ser iniciadas en la sublime doctrina de Jesús.

Desatábase el enigma de su destino.

IX

Las ideas, los sentimientos, las opiniones, las doctrinas y en general todo lo que de algún modo interesa la suerte de la humanidad, ejerce ahora, y siempre ha ejercido, una especie de magnetismo intelectual ó moral en las sociedades. He aquí por qué al resonar la palabra que envuelve un pensamiento fecundo, tiene un eco más ó menos vivo, más ó menos duradero en todas partes; he aquí por qué una vez proclamado un principio social ó político, encuentra partidarios y por qué desde el punto en que una religión se predica, tiene prosélitos.

Mas la propagación del cristianismo en nuestro país, tuvo algo de excepcional y verdaderamente prodigioso; porque al dejarse oír la voz del Evangelio en un lugar, no parece sino que al mismo tiempo se conmovían otros muchos, y la influencia ejercida en el primero se hacía sentir en todos como una corriente eléctrica.

Con todo, esta virtud atractiva fué mayor y más poderosa para unas poblaciones que para otras, y contrayéndonos á las de que hablamos no ha mucho, señalaremos como una de las más prontas

en adoptar los nuevos dogmas á Cuitlahuac, lugar de suave temperamento y que por estar cercado de agua, fué llamado por los españoles Venezuela.

"En este pueblo, (dice el Padre Motolinia), estaba un buen indio, el cual era uno de los tres señores principales que en él hay, y por ser hombre de más manera y antiguo, gobernaba todo el pueblo: éste envió á buscar á los frailes dos ó tres veces, y llegados, nunca se apartaba de ellos, más antes estuvo gran parte de la noche preguntándoles cosas que deseaba saber de nuestra fe.

"Otro día de mañana, ayuntada la gente después de misa y sermón, y bautizados muchos niños, de los cuales, los más eran hijos, y sobrinos, y parientes de este buen hombre que digo; y acabados de bautizar, rogó mucho aquel indio á Fr. Martín, que le bautizase, y vista su santa importunación y manera de hombre de muy buena razón, fué bautizado y llamado Don Francisco, después en el tiempo que vivió fué muy conocido de los españoles.

"Aquel indio hizo ventaja á todos los de la laguna dulce, y trajo muchos niños al monasterio de San Francisco, los cuales salieron tan hábiles, que excedieron

á los que habían venido muchos días antes.

"Este D. Francisco, aprovechando cada día en el conocimiento de Dios y en la guarda de sus mandamientos, yendo un día muy de mañana en una barca, que los españoles llaman "canoa," por la laguna, oyó un canto muy dulce y de palabras muy admirables, las cuales yo ví y tuve escritas, y muchos frailes las vieron y juzgaron, habían sido canto de ángeles, y de allí adelante fué aprovechando más; y al tiempo de su muerte, pidió el sacramento de la confesión, y confesado y llamando siempre á Dios, falleció.

"La vida y muerte de este buen indio, fué grande edificación para todos los otros indios, mayormente los de aquel pueblo de Cuitlahuac, en el cual se edificaron iglesias; la principal advocación es de San Pedro, en la obra de la cual tra bajó mucho aquel buen indio D. Francisco. Es iglesia grande y de tres naves, hecha á la manera de España."

Como este hecho se repitieron varios otros que sería largo referir, y que demuestran por una parte, el anhelo con que abrazaban el cristianismo los naturales, y por otra la vida laboriosa, fecunda y verdaderamente evangélica que observaban los primeros frailes, señaladamen-

te el P. Valencia, de quien puede con razón asegurarse que su celo por la conversión de los gentiles era una llama siempre activa, siempre eficaz y siempre en aumento.

Pero tiene otros títulos á la gratitud de la nación mexicana. El fué, como el P. Betanzos, el defensor más firme y decidido de los indios; él fué quien primero fulminó contra los abusos de la tiranía; y él fué, por último, quien para ponerle freno, levantó la voz en contra suya en el seno de la primera asamblea, que con el carácter de concilio, se verificó en el convento de San Francisco. Presidióla él mismo, como legado apostólico, y fué compuesta de cinco clérigos, diecinueve religiosos y cinco letrados, ó tres, como asienta el P. Vetancurt. Asistió á ella D. Fernando Cortés, y empezó sus sesiones á fines del año de 1524, concluyendo á principios del siguiente. Su principal objeto fué proveer á la salud espiritual de los pueblos, procurando aprovechar las luces y experiencia de los asistentes para elegir los medios más adecuados al establecimiento de la fe, á la extirpación de las malas costumbres y especialmente de la idolatría, muy arraigada en los habitantes de distritos poco visitados.

Fué además el venerable religioso un astro de consuelo en medio de la tormenta suscitada por las malas pasiones de los hombres depravados, en cuyas manos dejó Cortés las riendas del gobierno, durante su funesta expedición á las Hibueras. Veamos cómo se expresa acerca de este suceso el P. Cavo.

X

"A este bravo capitán, (Cristóbal de Olid), que se había hecho famoso en la guerra de los mexicanos, vencidos éstos, lo despachó Cortés, como dijimos, á conquistar la provincia que llamaban Hibueras, distante de México más de cuatrocientas treinta leguas al sudeste; para este efecto le confió una formidable escuadra de seis velas con cuatrocientos infantes y treinta caballos, encomendándole al partir que á cierta altura destacara una de las embarcaciones al mando de Diego de Hurtado de Mendoza, su pariente, que costeando arribara al Darien en cumplimiento de la orden del Emperador, que deseoso de quitarse de contestaciones con los portugueses, por todos sus dominios de aquel nuevo mundo hacía buscar el estrecho que se decía del de un mar al otro.

"Olid, cumpliendo este encargo, llegó

á aquella provincia, y como los naturales de ella eran gente pacífica, con facilidad los redujo al dominio español; pero este hombre tan favorecido de Cortés le pagó ni más ni menos como Cortés había pagado á Velázquez. Se sustrajo de su jurisdicción y cortó con él toda comunicación.

"Mas Cortés, que tenía más poder y brío que Velázquez, determinó vengarse de aquel ingrato, y publicó la jornada de Hibueras, tanto más que en aquellos días una embarcación de Cuba le había traído la noticia del fallecimiento de Velázquez y de la instalación en aquel gobierno de su paisano Manuel de Rojas, casado con una pariente suya, de donde coligió que los amigos del muerto pasarían á Hibueras á unirse con Olid para su ruina. Entre tanto que se disponía al viaje, envió con los poderes más amplios que pudo á aquella provincia á Francisco de las Casas, para que viera el modo de asegurar la persona de Olid....

"Hecha esta diligencia, procedió á disponer su viaje, y ante todas cosas constándole de la mala voluntad que le tenían los oficiales reales, acaso por hacérselos amigos les dió repartimientos, con la condición de derribar los ídolos y pro-

curar la instrucción de los indios que les había señalado; las demás cosas dispuso de esta manera.... A Francisco de Solís nombró Cortés por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas; á Rodrigo de Paz, su primo, hombre bullicioso, encomendó su casa y hacienda, dándole los cargos de regidor y alguacil mayor; nombró por gobernador del reino en su ausencia, al tesorero Alonso de Estrada y al Licenciado Alonso de Zuaso. Cortés quería llevarse al contador Albornoz, por ser el más moderado de los oficiales reales; pero habiendo caído enfermo, por instancias del factor Salazar, lo asoció á los gobernadores. Este consejo de Salazar fué con el malvado fin de poner á los gobernadores en la ocasión de reñir, pues sabía muy bien la enemiga que tenía el tesorero con el contador.

Finalmente, para que el factor y veedor no quedaran sujetos á sus colegas, se los llevó á Coatzacoalcos, á donde apenas habían llegado, como que presintieron lo que sucedía en México, ambos pidieron á Cortés licencia de volverse. Este, acaso arrepentido de llevar por testigos de sus acciones, hombres que procedían de mala fe, les otorgó su demanda, y añadiendo á un favor otro favor,

también los asoció al gobierno del reino....

"Esto pasaba en Coatzacoalcos al tiempo que un correo despachado á toda furia del ayuntamiento de México, llegó á aquel lugar con la noticia de que luego que Cortés se alejó de la ciudad, habían reñido malamente el tesorero Estrada y el contador Albornoz; y por un asunto de tan poca monta como era de poner un nuevo alguacil, echaron mano á las espadas, perdiendo así el respeto debido á las casas de cabildo; que requeridos de que si no se conformaban con los dictámenes, serían depuestos del empleo de gobernadores, no por eso habían cesado los escándalos; que si Cortés no refrenaba la presunción del uno y la arrogancia del otro, la ruina del imperio era inevitable.

"Incontinenti Cortés, habiendo escrito á aquellos gobernadores que si no olvidaban la enemiga que los hacía proceder tan escandalosamente, los privaría del oficio, mandó que al punto se pusieran en camino para la capital el factor y veedor, dándoles por escrito toda su autoridad para procesar aquellos hombres, caso que aún durara el rompimiento.

"Entretanto, sobresaltado Cortés con la nueva de haber sido preso por Olid

Francisco de las Casas, apresuró su viaje, y así, habiendo juntado todos los soldados españoles que pudo y mexicanos que había convocado, con una comitiva inmensa partió para Hibueras, á tiempo que por Cuaulhtemalan venía á grandes jornadas Francisco de las Casas á darle aviso de que forzada la prisión en que lo tenía Olid, lo había muerto con alevosía.

"Habiendo Cortés partido de Coatzacoalcos para las Hibueras y restituídose á México Salazar y Chirinos, bien que hallaran agitadas las desavenencias entre Estrada y Albornoz contra la prohibición de Cortés, no sólo trataron de procesarlos, sino que tuvieron la avilantez de romper públicamente su mandamiento, que temeroso de sus violentos genios les había dado por escrito. En estos contrastes pasaron algunos días. hasta que se comprometieron á estar á lo que el licenciado Zuaso decidiese: éste declaró, que la voluntad de Cortés era que todos cinco unánimes gobernaran el reino; resolución que disgustó tanto al factor y veedor, que de ella apelaron al emperador, y determinaron vengarse á su tiempo del que la había dado.

"Corrieron casi tres meses sin que el mal ánimo de estos prorrumpiera en al-

gún escándalo. Pero Salazar, que era el que más ojeriza tenía á sus dos compañeros, no pensaba entre tanto sino en perderlos: para esto creyó oportuno grangearse la amistad de Rodrigo de Paz, hombre el más poderoso acaso que había en México, pariente de Cortés y tenedor de sus bienes. Este designio lo ejecutó valiéndose de este diabólico artificio: propone á los tres gobernadores que se prenda á Paz: ignoro el pretexto que alegó para procedimiento tan irregular; lo que consta es, que Estrada, creyendo que la proposición de Salazar nacía de particular enemistad, hizo cuan to pudo por impedir aquella violencia; pero al fin, sabedor de que los otros dos gobernadores habían expedido el mandamiento de captura, contra su voluntad la subscribió, y se procedió á la prisión de Paz. Cargado éste de hierros, fué encerrado en la casa de Salazar, que seguro de su intento, pasa á verlo, y mostrán dole el decreto de prisión de los gobernadores Estrada, Albornoz y Zuaso, no de otra manera que si se compadeciera de su desgracia, le dice:

—"He aquí la recompensa que has tenido de la amistad y favores con que has colmado á estos gobernadores: si fueran tus amigos como protestaban, y como en

la realidad lo somos Peralmidez y yo, no se hubieran conjurado en perderte. Si deseas salvar tu vida y vengar esa injuria, unámonos todos, que mañana luego te daremos la libertad, y juntos, á tus tres enemigos privaremos del gobierno.

"Oído este razonamiento, y considerando Rodrigo de Paz que aquellos en quienes más confiaba se habían vuelto contra él, incautamente juró á Salazar y á Peralmindez Chirinos eterna amistad. De hecho, estos dos al siguiente día intercedieron con los tres gobernadores para que el preso quedara libre, como se ejecutó. Y para más disimular su traición Salazar, propuso á sus compañeros que al otro día fueran á San Francisco á comulgar, con lo cual entendería el pueblo que cuanto se había hecho en la prisin de Paz, era con acuerdo de todos.

"El conocimiento de Salazar y Chirinos no fué tan secreto que entre tanto no lo barruntaran los tres gobernadores; por eso al siguiente día, habiendo concurrido. les dieron en cara con su traición en estos términos:

—"Con capa de amistad nos habéis engañado: á nuestras expensas habéis comprado la de Paz: gran premio á fe de caballero, obtendréis de esta maldad."— Hasta aquí el historiador antes mencionado.

Los hechos subsecuentes forman una horrible cadena de perfidias, intrigas, violencias, tumultos, robos, asesinatos, y, en una palabra, de todo cuanto importa la transgresión de la moral y el olvido de todo sentimiento de virtud ó caballerosidad. Salazar, Chirinos y Rodrigo de Paz, con algunos regidores que se habían ganado, tienen una junta en las casas de cabildo, y en ella declaran privados de su empleo á los tres gobernadores. Ocasiónase de aquí un alboroto en la ciudad, armándose todos para defender á este ó al otro partido; prende el fuego de la guerra civil, que procuran apagar los religiosos de San Francisco; luchan los de un bando con los del contrario; triunfa el de los reboltosos, y cuando ya se consideran suficientemente asegurados en el poder, pagan á Rodrigo de Paz con la más negra ingratitud, entregándole á manos del verdugo. Poco antes divulgaron que Cortés con su comitiva habían muerto en la expedición á las Hibueras, y para dar más visos de verdad á la noticia, celebran funerales por el alma del conquistador, todo con la mira de apoderar se de su hacienda; logran su intento, y al registrar el palacio de éste, se cometen mil villanías con las nobles mexicanas que había encargado fueran servidas en su ausencia con todo decoro; ávidos

de riqueza, no omiten diligencia para descubrir los tesoros que según la fama, tenía Cortés ocultos. Salazar, que quiere conciliarse la amistad de Albornoz, pone preso á Pedro de Paz, su enemigo; escápase éste de la cárcel y se retrae á San Francisco, lugar entonces de refugio para todos los que eran el blanco de la persecución; quieren los infames gobernadores asegurarlos, cercan el convento, y sacados de él, los ponen en la cárcel.

El Venerable Fr. Martín de Valencia desplegó en esa ocasión una energía de que pocos le juzgarían capaz. Requiere por tres veces á los profanos que habían violado el sagrado asilo, conminándolos con las censuras eclesiásticas si no reponían en el mismo lugar á los retirados. Salazar y Chirinos se hacen sordos á esta voz, pero el custodio fulmina entredicho en la ciudad, y saliendo de ella en procesión con sus frailes y los vasos sagrados, se encamina á Tlaxcala.

Desconcertados los gobernadores, y prestando oídos á la voz de su propia seguridad, amagada por los hombres que no podían ver con ojos serenos tanto desafuero y tantos escándalos, hacen volver á los religiosos y reponen inmediatamente en el monasterio á los retirados.

La Providencia quiso en esa vez manifestar que la justicia puede alcanzar

victoria aun en manos del mortal más débil.

XI.

Tal fué el desenlace de aquel ruidoso acontecimiento, que con razón pudo considerarse como una epidemia social. "Habiendo vuelto Cortés á la capital (dice el Ilmo. Baluffi, citado por el señor Dávila en un escrito relativo al P. Valencia), habiendo vuelto Cortés á la capital, fué recibido entre los mayores aplausos y lágrimas de consuelo, no solamente de los españoles, sino también de los mexicanos, que esperaban en él ver restablecida la paz y general prosperidad. Los primeros pasos del ilustre capitán fueron al templo de los franciscanos, de donde había venido la salvación, á dar gracias al Altísimo por aquel beneficio. Y no contento con esta demostración, consignó á la memoria de la posteridad, que así como poco antes un puñado de valientes soldados habían conquistado á la Europa aquel imperio, así entonces lo habían conservado un incomparablemente menor número de franciscanos."

Acreedor á este elogio es, singularmente, el V. Fr. Martín de Valencia, por cuyas inspiraciones se guiaban los demás religiosos. Y nótese de paso cómo sin in-

clinar la balanza de su afecto en pró de ninguno de los Bandos contendientes, como tales, se aprestó á la lucha luego que se trató de salvar al oprimido, luego que llegó la oportunidad de poner coto á tantos desmanes, á tantas injusticias y á tantas profanaciones como entonces se cometieron. Aun cuando no hubiera otro rasgo de su vida que nos le diera á conocer como un hombre extraordinario, bastaría la conducta que observó en esa crisis peligrosa, para graduar de muy subido el temple de su carácter y de excelente la bondad de su corazón. Pero cada paso que daba en su carrera, le acreditaba como un espejo de virtud, y su existencia era de aquellas cuyas horas se consumen en la práctica del bien, ó cuando menos en el deseo eficaz de realizarle: era una cadena de eslabones de oro.

Sigamos el hilo por las otras situaciones adonde plugo á Dios llevarla.

XII.

Bella es la ciudad populosa, capital de la antigua República, que, nutrida con sabias lecciones de virtud, y acrisolada en la escuela de la adversidad, supo mantener su noble independencia, á costa de privaciones y combate, en medio de un imperio poderoso que todo lo abarcaba!

¡Grande y gloriosa la capital del fértil territorio que no sintió jamás sobre sí el yugo monstruoso del despotismo azteca, que pesaba sobre la cerviz de tantos y tantos pueblos! ¡Digna y benéfica la patria de los héroes, la "tierra del maíz," la hermosa Tlaxcállan!

Un astro luciente preside sus destinos; su clima aconseja las grandes acciones: el tiempo la contempla respetuoso, sin atreverse á minar sus muros, y el río que pasa besando su planta le tributa el homenaje de sus linfas y la arrulla de noche en medio del silencio, con la armonía de sus murmurios.

Mas, ¿qué extraño rumor se levanta de su seno? ¿por qué puebla tanta gente sus calles? ¿adónde se encamina ese concurso imponente, que con paso mesurado parte de la gran plaza, y emprende la subida por la falda de la montaña vecina? Jóvenes y ancianos, mujeres y niños, todos van de consuno, y todos llevan una cruz en la mano.

En su andar, aunque tardo, se descubre la impaciencia, y en su semblante hablan á un tiempo el gozo y la curiosidad: ¿van á la conquista de un tesoro?

Ya desfilan por las sinuosidades de la garganta fresca y amena, y ya se dilatan por la ladera sin árboles, como una cinta viviente, como un solo cuerpo anima-

do. De lejos se ven en conjunto como una serpiente escamosa que sube tranquilamente á solazarse á la cumbre.

Poco después, una vegetación recia y lozana les abre su seno de sombra y silvestres perfumes. Los niños gozan en recoger las bellotas de los pinos, y en arrancar del tronco torcido de las encinas, las plantas parásitas que en él hallan abrigo.

Deléitanse las muchachas en el gemido de la tórtola y en los suspiros de la brisa al peinar la cabellera de los "ocotes."

Los ancianos rezan en coro, presididos por un religioso de San Francisco, que lleva al hombro una gran cruz de madera; y entretenidos cada uno á su modo ni sienten cansancio, ni dan entrada en su corazón al fastidio. Sin embargo, no ha muchos años que nadie podía penetrar por entre aquellos troncos seculares sin un sentimiento indefinible de temor supersticioso. Allí habita Matlacueye, la odiosa de la vestidura azul, la protectora de la labranza, el genio de los nublados, la diosa de las aguas. Desde la cresta de la montaña, adonde acuden las nubes sumisas á su voz, prepara las lluvias que han de ir á derramar la prosperidad en los sembrados de sus adoradores.

Aún se ve en pie en lo interior de una gruta, la imagen de la diosa: no bien

oreada está todavía en sus aras la sangre de las víctimas; mas el culto de que es objeto, va muy pronto á desaparecer, y su prestigio se desvanecerá como el humo del "copalli" que veía impasible elevarse hasta su fàz de piedra.

Llegó ya este instante supremo. El fraile y su comitiva tocan ya á la entrada de la gruta, y entre los mueras al enemigo del linaje humano, y los himnos y aclamaciones á Jesús y María, derriba el ídolo y levanta y pone en su lugar el sagrado signo de la redención. Dirigiéndose después con aire de triunfo á los que le rodeaban, dice en alta voz:

—¡Sóio el Dios verdadero es el que da el agua, y sólo á él se tiene de pedir!

El religioso que así obraba era el P. Fr. Martín de Valencia.

XIII.

Desde que el venerable apóstol vió reforzada la Colonia de franciscanos de México con la llegada de nuevos obreros, libre del cargo de custodio que había desempeñado por dos veces, y ardiendo en vivos deseos de ganar más almas para el Evangelio, resolvió pasar á China en compañía de Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo de México, y de Fr. Domingo de Betanzos.

Este proyectado viaje quedó, sin embargo, lejos de realizarse, pues aunque llegaron los misioneros al puerto de Tehuantepec para embarcarse en los navíos que había mandado hacer Cortés con esa mira, encontráronse con que éstos estaban en muy mal estado. De regreso ya en México, el P. Valencia, fué destinado á morar en Tlaxcala, cuyo monasterio se debe á él, siendo su guardián por mucho tiempo, y desde allí hizo la subida á la montaña de Matlacueye, con el objeto ya indicado.

Mas no sólo se encerró en el círculo de estas labores. Constante en el apego que tenía á los niños, dividía su tiempo entre las prácticas de religión y los ejercicios literarios, enseñando á sus alumnos, como dice Benavente, "desde el abecé hasta leer por latín."

XIV.

Después que dejó á Tlaxcala, fué sucesivamente guardián de Amaquemécan y de Tlalmanalco, hasta que llegado el año de 1533, en que hubo de celebrarse capítulo en México, pasó á esta ciudad para asistir á él; y aunque atendidas sus relevantes prendas, pensaron sus hermanos en reelegirle para alguna prelacía, instó tanto porque desistiesen de esta idea, que le

dejaron en libertad de vivir en la humilde clase de súbdito y en el lugar que más á su gusto conviniera.

Acerca de este último período de su vida, hallamos una noticia curiosa en Motolinía. "El año postrero (dice) que dejó de tener oficio, por su voluntad escogió de ser morador de un pueblo que se dice Tlalmanalco, que es ocho leguas de México, y cerca de este monasterio está otro que se visita de éste, en un pueblo que se dice Amaquemécan, que es casa muy quieta y aparejada para orar; porque está en la ladera de una terrecilla, y es un eremitorio devoto, y junto á esta casa está una cueva devota y muy al propósito del siervo de Dios, para á tiempos darse allí á la oración; y á tiempos saliase fuera de la cueva en una arboleda, y entre aquellos árboles había uno muy grande, debajo del cual se iba á orar por la mañana; y certifícanme que luego que allí se ponía á rezar, el árbol se henchía de aves, las cuales con su canto hacían dulce armonía, con lo cual sentía él mucha consolación, y alababa y bendecía al Señor; y como él se partía de allí, las aves también se iban; y que después de la muerte del siervo de Dios, nunca más se ayuntaron las aves de aquella manera. Lo uno y lo otro fué notado de muchos que allí tenían alguna conversación

con el siervo de Dios, así en verlas ayuntar é irse para él, como en el no parecer más, después de su muerte."

Ocurrió ésta en 21 de Marzo del año siguiente de 1534, á consecuencia de un ataque de pulmonía. Este suceso fué acompañado de tales circunstancias, que bien merece nos detengamos en describirle minuciosamente.

Hallábase el varón insigne en la gruta de Amaquemécan, con Fr. Antonio Ortiz, y aunque con asomos de buena salud, encarándose á él, le dijo en acento sosegado:

—"Ya se acaba."

—"¿Qué, padre?" contesta el compañero, sin atinar con el verdadero sentido de la expresión.

—"La cabeza me duele, añade aquél. pasado un rato, y desde entonces se le declara y va tomando creces la enfermedad.

En tal estado, emprende con su compañero el camino de Tlalmanalco. La gruta, en cuyo seno de paz había hallado el recogimiento que tanto le halagara, quedaba desde ese instante sola para siempre; y las aves que se congregaban en el árbol á gozarse en su oración, echándole menos al siguiente día, no tendrían ya á quien tributar el homenaje de su ternura y sus gorgeos.

Llega á Tlalmanalco, recibe los auxilios espirituales, y obsequiando la orden de su guardián, consiente en que se le translade á México para que en el monasterio de esta ciudad puedan sus hermanos dispensarle atenciones y cuidados que no es dable hallar en una población escasa de recursos.

Mas la esperanza que se fundaba en este paso, se disipa en breve. Colocado en una silla, sostenida por algunos sirvientes, camina en compañía de tres religiosos hacia el pueblo de Ayotzinço, donde habrá de embarcarse para llegar á México por agua.

Eternas parecen las dos leguas que separan á Tlalmanalco de ese lugar; pero al fin ya están en la ribera.

Disponíase el santo religioso á entrar en una canoa, cuando, mudando repentinamente de propósito, se acoge á la sombra de un sauce; pónese de rodillas, y volviéndose á Fr. Antonio Ortiz, le dice: —"Defraudádose ha mi deseo," aludiendo con estas palabras al martirio que había intentado ir á buscar á China.

Pocos segundos después, encomendando su alma al Señor, deja de vivir.

Sus compañeros quedan como petrificados al recibir un golpe tan rudo cuanto inesperado. Arrodíllanse todos á orar, y el sol baña con rayos de oro aquel grupo

inmóvil de tres hombres atribulados, haciendo brillar las lágrimas que se deslizan silenciosamente por sus mejillas.

XV.

Así terminan los días de un hombre que jamás se desvió de la senda de la virtud. Años antes había asegurado al P. Ortiz, su amigo, que moriría en el campo, y ya hemos visto con cuánta puntualidad se verificó el pronóstico.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Tlalmanalco, acompañándole hasta la última morada, las lágrimas de los religiosos y de los naturales, que con la pérdida de aquel padre virtuoso, se sentían huérfanos y desolados. Algunos días después, el P. Testera, que á la sazón era custodio, hizo exhumar los restos venerables, y transladarlos al convento de México, en donde se les dió honrosa sepultura. Dícese que pasados algunos años, fueron de allí transladados ocultamente á la gruta de Amaquemécan.

El sauce que contempló la agonía del ilustre apóstol, permaneció fresco y lozano por mucho tiempo; pero aún más fresca vive la memoria de las virtudes del mismo héroe, cuyo nombre, aunque no se vé en el catálogo de los santos, ocupa,

sí, un lugar eminente en el de los bienhechores de la humanidad.

Al referir su vida hemos hecho mención de algunas circunstancias en que campea lo maravilloso. Aun cuando la filosofía no apadrine tales especies, de propósito hemos querido darlas á conocer, por conservar á la crónica su fragancia de poesía. Pero donde debe estudiarse al P. Valencia, donde puede observarse á las claras la influencia saludable que ha ejercido, es en la série de hechos que constituyen su existencia real, esto es, en su conducta, en su comercio ordinario con los hombres, no en la vida contemplativa, no en la vida del espíritu extasiado ante las tornasoladas regiones del misticismo. Allí se admira á un hombre que al atravesar por el mundo no ha tenido más móvil, no ha tenido otro deseo, que el de hacer bien, que el de hacer bien aun á costa de su propio bienestar, y que tuvo la rara constancia de perseverar en el mismo deseo hasta la tumba.

VI.

Popularidad

Si la palabra santa halló eco muy pronto en los corazones de los mexicanos, fué debido á que los mismos en cuyos labios resonaba, eran los primeros en dar á conocer por su conducta, que era una verdad la doctrina que predicaban.

Cuando llegaron á nuestro país los religiosos de San Francisco, encontraron á los naturales destituídos de todo amparo, expuestos á todo género de vejaciones y abandonados á su primitiva ignorancia en materias de sumo interés, como son las que miran al conocimiento de la Divinidad y á los deberes del hombre con sus semejantes. Ellos, entonces, fieles á su enseña de paz y caridad, se consagraron á remediar estos males con el anhelo, con el amor entrañable que hemos visto precedentemente, y que los puso en la categoría de misioneros apostólicos, no menos que de padres y protectores de los infelices indios.

De aquí procedió el cariño verdaderamente apasionado con que éstos los trataban, y que llegó hasta el extremo de que rehusaran en sus pueblos la presencia de los religiosos de otras órdenes,

particularmente de aquellos que no les mostraban el afecto sincero que los hijos de San Francisco. Sobre este particular, es notable el siguiente caso, sucedido en Yeticatlan, y que refiere Motolinía. "Yendo por ahí un fraile de cierta orden, que no les ha sido muy favorable en obra ni en palabra (á los indios), y queriendo bautizar los niños de aquel pueblo, el español á quien estaban encomendados puso mucha diligencia en ayuntar los niños y toda la otra gente, porque hacía mucho tiempo que no habían ido por allí frailes á visitar, y deseaban la venida de algún sacerdote; y como por la mañana fuese el fraile con el español de los aposentos á la iglesia, do la gente estaba ayuntada, y los indios mirasen no sé de qué ojo al fraile, en un instante se alborotan todos y dan á huir cada uno por su parte, diciendo: "amo, amo," que quiere decir:—no, no; que no queremos que este nos bautice á nosotros, ni á nuestros hijos.—Y ni basta el español ni los frailes, á poderlos hacer juntar, hasta que después fueron los que ellos querían; de lo cual no quedó poco maravillado el español que los tenía á cargo, y así lo contaba como cosa de admiración."

Así como para persuadir es necesario estar persuadido, tiene que amar mucho quien quiera ser muy amado. Salvo casos

muy excepcionales, esta ley de reciprocidad se observa en la correspondencia de los afectos humanos: ¡cómo, pues, podían sustraerse á ella, corazones como los mexicanos, naturalmente rectos, inclinados al bien sin el más mínimo esfuerzo, y en los cuales la memoria del beneficio recibido es una llama siempre viva que obliga á la gratitud! ¡Y cómo no aficionarse á unos hombres que sin aparato, sin otra mira que el deber, á costa de mil penalidades y con peligro de su fama y aun de su misma existencia, desempeñaban el papel de patronos de la desgracia, ante el inexorable tribunal de los opresores! Apreciada como es debido esta conducta, ¿podía el corazón, podía la inteligencia, desdeñar el suave yugo del Evangelio? ¿Era dable rechazar una doctrina que se predica, que se patentiza con la palabra y con las obras? ¿Podían ser objeto de indiferencia los misioneros sencillos en quienes se admiraba este feliz consorcio del pensamiento con la realidad?

De ninguna manera, y hé aquí por qué la popularidad de los franciscanos era inmensa; hé aquí por qué ese prestigio, hijo de la caridad y de la pureza de costumbres, fué siempre en ellos un poder irresistible y sobrehumano con que realizaron en aquella sociedad las más nobles empresas.

¿Se pretende tener un ejemplo de los hechos que servían de base á esa influencia? No hay más que recordar la respuesta que los vecinos de algunos pueblos dieron á Don Sebastián Ramírez de Fuen Leal, Presidente de la primera audiencia, con ocasión de preguntarles por qué no recibían bien sino á los frailes de San Francisco. "Porque éstos (decían) andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente."

¡Respuesta admirable! ¡lección sublime que debieran aprovechar en todos tiempos los ministros de paz, pues que resume las causas de merecimiento y simpatía entre todos los hombres, y señaladamente entre los desgraciados!

Pudieran también los naturales haber añadido, que los franciscanos tan luego como el sayal se les caía á pedazos de viejo, en lugar de cubrir su desnudez con otra tela más fina, como pudieran, echaban mano de la tosca manta que fabricaban los mexicanos para el mismo objeto; pues tal es el origen del hábito azul que aquellos vistieron hasta nuestros días, y que no usan los de su misma observancia en Europa.

Hasta este grado llegó el espíritu de confraternidad práctica de los frailes me-

nores con los hijos de México. Y si se reflexiona que entre esos frailes se contaban hombres tan eminentes en santidad. artes y letras, como los Valencias y los Gantes, los Sahaguns y Torquemadas, los Margiles y Aparicios, no será fácil contener un movimiento de admiración y gratitud.

Uno, sin embargo, se distinguió en esta parte sobre todos, y fué el popular y amabilísimo lego, cuya vida vamos á referir en el capítulo siguiente.

VII.

Fray Pedro de Gante.

¿Conocéis el Canal que une la laguna de Texcoco con la garita de San Lázaro? ¿Habéis entrado alguna vez en una canoa, y caminado desde el embarcadero hasta el "Cubito," deslizándoos muellemente por el agua aprisionada entre las dos orillas cubiertas de matorrales? ¿Sería posible que no hubiéseis visitado los baños del Peñón, que no lejos de allí se levanta como una pirámide egipcia?

Pues bien, toda esa superficie, de aspecto adusto y desolado, cubierta de eflorecencias de sosa, que se dilata á uno y

otro lado del canal, no existía en los primeros años que siguieron á la conquista, y en su lugar se veían espejear las salobres aguas del lago, que extendía sus brazos cristalinos para ceñir á la ciudad más bella del nuevo mundo.

Por aquella superficie, entonces tersa y brillante como el escudo de un héroe de Homero, bogaron los bergantines que mandó construir Cortés, y que tan poderoso auxilio le dieron para la toma de México; en la misma se hundió destrozada la flota azteca, después de combatir heróicamente por la libertad de la patria, mientras las olas verdinegras se estrellaban contra las rocas porfiríticas del Peñón, que aparecía como un escollo, ó como el rostro de un titán asomando entre las aguas; y por ella también en un día de júbilo, después de tanta desventura, después de tanta humillación, se veía resbalar, engalanada y risueña, otra flota compuesta de canoas y chalupas, que no se preparaba á ningún combate, y que en lugar de envenenadas pasiones, sólo encerraba corazones agradecidos.

I

Hermosa está la mañana.

El sol, que ha caminado apenas algunas horas, en su carrera extiende sus ra-

yos benéficos por el espacio, dando lustre y vida á todos los séres, como el alma radiante de la creación.

Todo á su presencia parece nadar en una atmósfera embriagadora de bienestar inefable.

La selva de pinos y madroños que forma la majestuosa vestidura de las montañas; los fresnos y sauces del valle, de cuyos troncos, henchidos de savia, brotan tiernos y graciosos renuevos; las aves que cantan cerca del nido situado en la parte más recóndita del follaje, adonde apenas penetra un rayo de luz; el insecto de dorso azul y alas tornasoladas, que zumba entre las mil florecillas silvestres de la llanura; el lago por allá, tranquilo y silencioso, y más acá ligeramente agitado, deslumbrador, armonioso, con sus innumerables y pequeñas olas, lenguas de luz que cantan, ríen, suspiran y hablan entre sí, se persiguen, se chocan y confunden incesantemente; todo, todo en el gran cuadro que se ofrece á la mirada, se siente envuelto en el suave ardor del entusiasmo, y gozándose en la posesión de una felicidad imperturbable, no respira más sentimiento que amor, ni tiene otra voz que armonía. ¡No! esta hora no es la del éxtasis de la naturaleza, no es el crepúsculo; es el momento de animación, es el momento de superabundan-

cia de vida, de goce infinito, de regocijo sublime, de afecto apasionado, de himno universal!

II.

Entre tanto, bogan ligeros los esquifes de que se compone la flota, surcando armoniosamente las aguas al compás de los remos, de los cuales se desprenden gotas cristalinas.

¿A dónde se dirigen? ¿qué fiesta los atrae al centro del lago?

Las matronas y las doncellas van sentadas á la popa, coronadas de flores; los jóvenes reman, y los ancianos llevan ramilletes en la mano. Todos son mexicanos.

Arriban á orillas del Peñón; mas no se detienen. Su vista indagadora busca á lo lejos un objeto, un objeto que esperan con ansia, y que tan pronto creen descubrir, como se les pierde en la línea indecisa que forma el límite visible del lago.

—¿Nos habrán engañado?

—¿Habrá diferido para otro día su venida?

—No, sino que la canoa en que viene ha de ser muy pesada.

—¡Malos remeros!

—¡A qué hora llegará nuestro padre!

—Si tarda más, el sol va á molestarle demasiado.

No bien se ha pronunciado la última de estas expresiones, cuando se escapa una voz de triunfo de labios de un joven que va en la canoa delantera.—¡Ya viene!

—¡Sí, ya viene!, exclaman varios á un tiempo.

Y á estos gritos siguen otros mil que casi ahogan los acentos de las músicas, producidos por instrumentos poco tiempo antes desconocidos de los naturales, y que ahora tocan con destreza.

La armonía y los discordes gritos se perdieran en el espacio, si no fuera por el Peñón, en cuyas laderas hallan un eco fiel é instantáneo.

III.

Al principio se deja ver un punto negro inmóvil en el confín plateado: ¿es un ánade, ó es una barca?

Poco á poco, su forma va tomando más bulto.

Tan pronto parece alzarse como sumergirse en el agua.

Es una canoa que avanza ligera, y ya se distingue el movimiento de los remos.

La flota se mueve con gentileza, y re-

doblan la algazara y los conciertos de las músicas.

—¡Oh! cuánto tardaba, exclaman los ancianos.

—Ahora sí, ya viene nuestro padre, y vosotros tornaréis á la escuela, dicen las madres, dirigiéndose á los niños que juegan á su lado.

—¡Enhorabuena! contestan éstos, y sonriendo complacidos, se hacen entre sí diversas preguntas:

—Y tú, ¿qué sigues aprendiendo, luego que sepas leer y escribir?

—Yo, aprenderé á contar, ¿y tú?

—La música, la música, que tanto me agrada.

—Es mejor un oficio de carpintero ó de herrero.

—Es oficio de españoles; yo, más quiero irme á labrar el campo de mis padres.

—¡Y qué vida vas á pasar en tu pueblo!

—Mejor que la que tú pases en la ciudad.

—Allí no verás las fiestas de San Francisco, que son tan galanas.

—Veré las fiestas de mi lugar.

—¿Y si te fastidias de vivir allí?

—Nadie se fastidia de vivir en la tierra donde nació, y donde tiene su padre y su madre.

—Pero nuestro padre quiere que todos, cuando grandes, vivamos en México, y por eso nos enseña oficio de españoles.

—No, lo que quiere es que cada cual tenga medios para ganar su pan en donde quiera que se encuentre.

—¡Oh! ¡ya se acerca! dicen muchas voces en coro: ¡miradle!

Y en efecto, la barca de forma equívoca no ha mucho, está ya á poca distancia de la flota.

Viene en ella un anciano religioso de San Francisco, y al notar que la muchedumbre de canoas que tiene á la vista, se mueve en masa para salirle al encuentro, se pone en pié, apoyándose en su báculo.

—Hijos míos, dice en muy buen mexicano, hijos míos, ¿por qué hacéis esto conmigo? ¡no fuera mejor habernos visto hasta México! ¡para qué molestaros!

Y en este instante todas las canoas ya se ven en torno de la que él ocupa.

Cesan de repente las músicas, cesa la vocería; y en medio de un silenció sólo interrumpido por el sonar de las olas, que acarician los lados de las barcas, se deja oír la voz de un anciano cacique, que en actitud respetuosa pronuncia delante del franciscano una alocución de bienvenida.

Esa voz es tierna é insinuante, como

mo la voz de un padre lleno de experiencia que da sabios consejos á su hijo; esa voz recuerda las arengas que en otro tiempo pronunciaban los embajadores aztecas en el palacio, y ante el Monarca á quien iban á felicitar por algún fausto suceso, á nombre de sus Soberanos; voz solemne y apacible, hija de la amistad, expresión de benevolencia, que hacía exclamar al objeto del agasajo, en respuesta al embajador:

"Fragantes son los ecos de tus labios,
Como las olorosas clavellinas:
Tesoros viertes cual las ricas minas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas"

Recuerda el anciano cacique todos los beneficios de que es deudor el pueblo al buen religioso; siente placer en referirlos con todas sus circunstancias, con todos sus pormenores; promete en su nombre y de todos los mexicanos, que la memoria de esos beneficios será eterna en los corazones; y haciendo una conversión á los días más risueños de su juventud, concluye asegurando que jamás ha experimentado mayor gozo que el que siente en este instante, al recibir á tal personaje, y en presencia de tal espectáculo

El religioso contesta en términos bre-

ves y expresivos, y estrechando contra su corazón al cacique y á todos los de la comitiva, llega á tal punto su emoción, que le priva del uso de la palabra; dirige al cielo sus miradas y vierte lágrimas de ternura.

IV.

Veamos qué pasa, entre tanto. en la ciudad.

La gente que puebla las calles y la que está reunida en el llano ó plaza de San Lázaro, hace mil comentarios acerca de los hechos que acabamos de referir.

—Dicen que hoy llega.

—¿Quién?

—Quién había de ser, Fr. Pedro

—¿Fr. Pedro de Gante?

—Ya, y por eso los naturales están tan regocijados, que no parece sino que han ido á recibir á uno de sus antiguos señores.

—Razón les sobra: ¡es tan bueno Fr Pedro!

—Sí, más parece que antepone los indios á sus propios paisanos.

Merecida afición por cierto

—No es compatriota nuestro, que es de la tierra del emperador. Tampoco Su Majestad ve en todo por nuestro interés, y ya por ahí se dice que va á man-

dar quitar las encomiendas. Fr. Pedro hace sus veces en la tierra, quitándonos el amor que los naturales era justo nos tuvieran.

—Fuera justo cuando vosotros los encomenderos los tratáseis como Fr. Pedro. El los acaricia como á hijos; ha puesto escuelas para los niños, donde los enseña á leer y escribir, es su maestro en la música, y ha conseguido que muchos hayan aprendido á tocar varios instrumentos, que ya es maravilla ver cómo ofician en la iglesia; por él, ya saben todo género de industrias, y han salido hábiles en las artes mecánicas, como pocos artífices de España. Y vosotros, ¿que habéis hecho por su bien? Ni la doctrina les enseñáis, con ser obligación de todo cristiano viejo enseñarla á sus sirvientes, y mayormente cuando la condición con que os los da Su Majestad en encomienda, es, que los habéis de asistir y atender en todo lo que mira á su salud espiritual. Con que no portándoos con ellos como padres, razón tienen en amartelarse de Fr. Pedro, dándole un corazón que vosotros no habéis sabido granjearos.

—Si les mostrásemos cariño se rebelarían contra nosotros, creyendo que era de miedo: son de mala condición.

—Al contrario, apenas haya gente en

el mundo de mejores entrañas y de condición más apacible.

—Poco, según veo, los conocéis.

—Converso y trato con ellos muy á menudo, y vos sóis quien poco los conoce.

—Han menester ser gobernados con rigor. Nos quieren mal, que no pueden hasta ahora perdonarnos la conquista de sus reinos, y he oído, yo, que les entiendo su lengua, mil blasfemias y juramentos contra los españoles, en todas las conversaciones que tienen entre sí, sobre todo cuando recuerdan la muerte de su último monarca, y la matanza que hizo de sus principales caciques Don Pedro de Alvarado. No hay que dar crédito á los indios en todo lo que ellos cuentan, que por mi parte, apenas me voy convenciendo que son hombres capaces de sacramentos.

—¡Pero vos habéis perdido el seso!

[illegible] vienen á [illegible] partes, que- [illegible] del [illegible] cuerpo [illegible]

[illegible] Tzihuirio? [illegible] mías [illegible] á escuchar

la divina palabra, pedir el bautismo, quebrar los ídolos delante de los frailes, y mostrarse contentos de conocer la verdadera religión? ¿Por qué traen sus hijos al templo de Dios á que se eduquen?

—Perdonad; reparo que habéis tomado muy á pechos la defensa de los indios, y que usurpáis sus fueros al Obispo de Chiapas, á ese Cassaus ó Las Casas, ó llámese como se quiera....

—Y noto yo que envolvéis en vuestro injusto menosprecio no sólo á los indios y sus protectores los frailes, mas también á un varón tan eminente como el que acabáis de nombrar, y bueno será daros á entender que, á fe de caballero, conceptúo vuestro sentir en esta parte, harto infundado, y muy lejos de lo que fuera de esperarse de un buen castellano.

—¡Ni vos ni nadie, serán capaces de medir toda la grandeza del mal que ese Obispo iluso nos ha causado, y que redundará en perjuicio de los intereses de la corona.

—Los vuestros son los que os ponen una venda en los ojos, que os defiende ver las cosas como en sí son, ¡y voto á Dios que el buen Obispo saldrá con la suya, mal que pese á la codicia! Su raro ingenio y los quilates de su virtud le granjearán amigos en la corte, que serán ahora y más adelante, celosos patronos de

la causa de los naturales. Mas perdonad.... no es en mi mano refrenarme, cuando se trata de levantar la voz en pro del que padece.

—Sufra el yugo quien se ha hecho merecedor de llevarle en la cerviz. Sírvanos de algo la nueva tierra, que harto padecimos también en conquistarla.

—No siente como vos, el señor Marqués del Valle, que aunque (acá para los dos) deslustró su blasón con algunos hechos crueles durante la conquista, después se ha mostrado y muestra muy humano con los pobres vencidos, y él pidió á S. M. los frailes para que los sostengan y amparen.

—¡Y torna á los frailes!

—Y algo más os hablara de todos, si no se acercara ya uno en quien se encierran y acrisolan las perfecciones de muchos: allá viene Fr. Pedro; ved la gente cuál se agita: ¡qué victoria! ¿no os da envidia?

V.

Y en efecto, un inmenso concurso se adelanta por las calles que parten de la garita de San Lázaro.

No es una procesión: es un tumulto, pero un tumulto suscitado por generoso entusiasmo, por el amor, por el agradecimiento.

Las notas de la música vagan por los aires como los acentos mágicos de la alegría.

El semblante de los indios, habitualmente grave y melancólico, se ve animado de un gozo purísimo; sus ojos brillan con el delirio de la dicha.

Mas, ¿quién camina ensalzado en medio del gentío?

Es un anciano, en cuyas sienes venerables se ostenta una magnífica guirnalda de rosas; es un héroe modesto que va sostenido en los hombros de aquellos á quienes hizo bien, y enmedio del triunfo más espléndido y más desinteresado que han presenciado los montes de Anáhuac; es el padre de los desgraciados, el insigne Fr. Pedro de Gante!

Espárcense flores en su camino; vistosas danzas le preceden, y en medio de una muchedumbre atónita de admiración ó exaltada por un júbilo febril, llega á los umbrales del convento de San Francisco, donde le reciben sus hermanos.

El sol, desde el zenit, contempla con faz radiante y majestuosa el espectáculo.

VI.

Digamos dos palabras acerca de la vida del hombre que era objeto de un recibimiento tan suntuoso.

Fué hijo de Flandes, nativo de la ciudad de Igiien, en la provincia de Budarda. Tomó en su juventud el hábito de San Francisco, en el convento de Gante, según se puede conjeturar. Su extremada humildad le impidió aspirar al sacerdocio, y contentóse con ser siempre lego, aunque le sobraban méritos para figurar en los más altos puestos y dignidades de la Orden.

Fué, como ya hemos dicho, de los primeros franciscanos que vinieron á nuestro país, recién hecha la conquista, emprendiendo su viaje en compañía de los padres Fray Juan de Aora, hermano del Rey de Escocia, y de Fray Juan de Tecto, su mismo guardián en el expresado convento, y catedrático de teología, que había sido, en París.

Consagróse desde luego á sus apostólicas labores, enseñando á los naturales, juntamente con los principios civilizadores del cristianismo, las artes y los ramos todos del saber, que forman la cultura de las sociedades. El primer teatro de sus virtudes y talento, fué Texcoco.

De allí, y cuando hubo de asociarse á los doce misioneros que vinieron en 1524, pasó á México, donde hizo construir la capilla de San José, á espaldas de la primera iglesia de San Francisco el grande; y en el gusto por edificar, sobresalió tan-

to, que á él se deben más de cien iglesias de esta ciudad y los alrededores, siendo, entre otras, según se cree, las de San Antonio de las Huertas, Santa María, Salto del Agua, Popotla, Tacuba y San Bartolo.

Asimismo, puso él los cimientos del actual colegio de San Juan de Letrán, que, según su institución primitiva, era escuela de niños nobles, hijos de los señores del imperio mexicano, á quienes el venerable Gante aleccionaba en los ejercicios artísticos y literarios ya dichos, cuidando á un tiempo de su cristiana educación, y de asegurarles en la vida la felicidad que proporciona una subsistencia honrosamente adquirida por la industria y el trabajo. En esa escuela, que á la sazón era el santuario de las artes entre nosotros, se hicieron las primeras imágenes y retablos para las iglesias de toda la República.

Con no menos empeño procuró saber la lengua mexicana, y consiguió su objeto tan cumplidamente, que á pesar de ser tartamudo, conversaba en ella con los naturales, como si la hubiera ejercitado desde sus primeros años, no siendo éste el menor de los motivos porque tanto le querían. Cuando no había sacerdote que la supiese, él hacía sus veces, con fruto en la predicación. Compuso en la propia

lengua un tratado de la doctrina cristiana, muy extenso. Vetancurt afirma que Fr. Pedro la tradujo en mexicano, y que á los dos años la tenía ya impresa en Amberes, cuya edición pone en duda con buenos fundamentos, nuestro docto anticuario, Don José Fernando Ramírez, según lo expresa en una nota que acompaña á su curiosa obra titulada: "Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Benavente, ó Motolinía."

Tales méritos, prendas tan raras y estimables, era imposible que no le granjearan el amor de todos, y en especial de los mexicanos, siendo muy notable sobre este particular, un pasaje del artículo que el señor Dávila consagró á nuestro héroe en el Diccionario de Historia y Geografía ya citado. Hélo aquí:

"Fué muy querido este varón de Dios, de toda nuestra nación, y en todo el discurso de su vida, como se vió con multiplicados y repetidos ejemplos. Porque siendo fraile lego, y habiendo otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios, y Prelados de la Orden, que los confesaban y predicaban, sólo conocían á Fray Pedro de Gante por particular padre, y á él acudían en todos sus negocios, trabajos y necesidades; y así dependían de él principalmente los Gobernadores de las parcialidades de indios de esta ciudad,

y los de su comarca, en lo espiritual y eclesiástico, que solía decir el segundo Arzobispo D. Fr. Alonso de Montúfar, de la Orden de predicadores, como refiere el P. Torquemada:—Yo no soy Arzobispo de México, sino Fray Pedro de Gante, lego de San Francisco.—Y á la verdad, aunque no lo era, lo pudiera haber sido antes en la vacante, por muerte de su venerable antecesor, D. Fr. Juan de Zumárraga, si este bendito y humilde lego hubiera querido ordenarse de sacerdote; porque el Emperador Carlos V, como era de su patria y tenía entera noticia de su apostólica vida, y veneración de su persona, lo estimaba en mucho, y lo convidó con el Arzobispado de México; pero el religioso varón, huyendo esta elevada dignidad, escogió permanecer en su estado humilde de lego. Viniéronle en distintas veces tres licencias, sin procurarlas él ni saber de ellas, para ordenarse sacerdote. La primera, del Papa Paulo III; la segunda, del capítulo general celebrado en Roma, siendo Generalísimo de la Orden, Fray Vicente Lunel, y la tercera, de un Nuncio apostólico, que estuvo en la Corte de Carlos V, que sería por ventura á solicitud del mismo Emperador, que, como queda dicho, lo quería hacer Arzobispo, y tomaría este medio para ejecutar mejor su intento; mas todo

esto desechó el verdadero siervo de Jesucristo, queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocación, con que fué llamado de Dios al estado monástico."

Quizá esta afición señalada, quizá este empeño de parte de Carlos V en colmarle de favores, ha dado visos de probabilidad á la sospecha de algunos que le han supuesto hijo natural del Emperador, si bien ésta parece corroborada con las palabras de Vetancurt, cuando refiriéndose al Monarca, le llama "su muy cercano pariente."

Sin envolvernos en investigaciones de tan poco momento, señalemos ya el motivo que le tuvo por algún tiempo fuera de la capital, su ordinaria residencia.

Como á todo varón eminente, no le faltaron émulos y enemigos que le suscitaran persecuciones, porque, dice bien el citado cronista, "los que sirven más, suelen estimarse menos, y son más arresgados á la calumnia, ó ya con celos indiscretos de los que persiguen, ó ya por falsos testimonios que les levantan." No se sabe á punto fijo la absurda especie que sirvió de cimiento á la calumnia, ni por quién fué ideada, pero sí es seguro que nuestro Fr. Pedro fué víctima de las intrigas de algún mal queriente, que le atribuía faltas que no había cometido, y

que tal hubo de ser la causa, ó pretexto para que los superiores le obligasen á irse á morar en el convento de Tlaxcala, en donde, siempre sostenido por el espíritu que le animó desde sus primeros pasos en la carrera apostólica, siguió doctrinando y civilizando á los naturales, con la paciencia y tolerancia que le distinguían, y sin que se alterase en nada el carácter jovial que le hacía tan amable y buscado de todos.

Pero el triunfo de la calumnia fué de poca duración, y la verdad dió á conocer la inocencia del virtuoso fraile, disipando las nieblas de la intriga; arrepiéntense los superiores, del injusto destierro á que le condenaron: llámanle á México, á donde su presencia era la dicha, su persona un objeto idolatrado, y vuelve, en efecto, sin rencor, sin animadversión para con nadie, ángel de paz, lleno de amor y de ternura, haciendo su entrada, modestamente alegre, con sus amigos, en brazos de éstos, y con la pompa sin rival que se ha descrito.

VII.

¿Por qué es inevitable la ley de destrucción? ¿por qué todo está sujeto á fenecer en este mundo?

Si algún argumento formidable tienen

contra sí los partidarios del optimismo, es esta triste necesidad de la muerte, "necessitas leti," que, aunque á veces se acepta como una dicha, pesa también sobre séres cuya existencia debía durar eternamente para beneficio de la humanidad. Acabe el mal, desaparezca de la tierra; pero, ¡cómo es que el bien, la ciencia, la virtud, se abisman igualmente en las lóbregas profundidades del sepulcro!....

Al recorrer el libro de la vida de nuestro héroe, no hemos hallado, hasta aquí, sino motivos de agrado y bendiciones; mas, tiempo es ya de leer la última página, la página sombría.

Amaneció un día aciago, en que una voz de dolor circuló por la ciudad y pueblos comarcanos:—¡El siervo de Dios ha muerto!

Todos se conmueven á este anuncio.

Los lúgubres acentos de las campanas se difunden por el aire, como los gemidos de todo un pueblo que queda en la orfandad.

La gente se apiña en el cementerio del convento; agólpase á las puertas, y quiere á toda costa bañar con su llanto los restos ya fríos é inanimados del varón ilustre.

Los naturales vienen de muchas leguas á la redonda, á imprimir sus labios en la mano que en otro tiempo les enseñó las

artes, y que jamás se abrió, sino para derramar beneficios á los pobres y acariciar á la inocencia. Vienen á tributar el último homenaje de su reconocimiento, al padre, al amigo que acaban de perder.

Mas si el duelo se pinta en los semblantes, si todos los vestidos son luto, el aspecto del venerable religioso dista mucho de infundir tristeza: posa en su frente una claridad divina, una amable sonrisa expresan sus labios, y tiene los ojos cerrados apaciblemente. Parece un niño dormido....

Las flores que cubren los bordes del ataúd, las que alfombran la estancia, ofrecen esmaltados colores á la vista, esparciendo suavísima fragancia en el ambiente.

Llega después la hora de las exéquias, que se celebran con una solemnidad, con una magnificencia que no se ven iguales en el funeral de los Reyes. Todo en ellas, lo desempeña la más pura amistad, y el más profundo reconocimiento.

Los naturales se empeñan en poseer el cuerpo venerable, para darle sepultura en su iglesia favorita de San José, y así se ejecuta. Cada una de las parcialidades de esta ciudad, le tributan fúnebre homenaje, y el duelo dura por muchos días.

VIII.

El aniversario fué tan solemne como el entierro, manifestando los naturales, el día en que se verificó, que la memoria del bienhechor y del amigo, no se había evaporado de su corazón.

Fr. Pedro de Gante es uno de esos caracteres amables que viven siempre en la gratitud del humano linaje, y á quienes consagra la historia sus páginas más hermosas; es imposible negarle este tributo que nace expontáneamente del alma, seducida por una virtud que, aunque en realidad severa, sólo tiene para el hombre sonrisas y agasajos.

¿En dónde es ignorado el nombre del lego artista, que ocupado incesantemente en ilustrar á los indios, tenía una mano para el silabario y la otra para algún instrumento perteneciente á oficios mecánicos? Pocos son los conventos y aun parroquias, de las que administraban antes los franciscanos, en que no se conserve su retrato como un precioso tesoro.

VIII.

Literatos.—Motolinía.

Ya hemos seguido á la religión seráfica en los primeros pasos que dió por la senda de la conversión de los naturales al cristianismo; y antes de apartarnos de aquel período de lozana juventud, réstanos considerarla en sus relaciones con la esfera literaria, en la cual brillaron como astros algunos de sus hijos.

Descuella entre ellos Fr. Toribio de Benavente ó Motolinía, cuyo carácter personal, así como el de sus escritos, pueden estudiarse ampliamente en el opúsculo del señor Ramírez, poco antes citado. Contrayéndonos á estos últimos por ahora, llama ciertamente la atención el extenso catálogo que los abraza, no menos que la variedad de materias sobre que versan, con especialidad cuando se reflexiona que el escritor no podía consagrar á las letras sino los escasos momentos que le dejaban libres, ocupaciones de más valía.

De estas obras no conocemos nosotros más que las publicadas por el señor García Icazbalceta, en su colección de documentos, y son: la "Historia de los Indios de la Nueva-España," y la "Carta al Em-

perador Carlos V." El primero de estos escritos, nos ha suministrado varias noticias que están sembradas en el curso de esta narración; mas para que el lector que no los conozca se forme una idea completa, en cuanto cabe, del estilo de Motolinía, vamos á presentarle algunos otros pasajes, prefiriendo aquellos que derraman luz sobre puntos interesantes de historia y geografía.

"En el año del Señor, de 1523, día de la conversión de San Pablo, que es el 25 de Enero, el P. Fr. Martín de Valencia, de santa memoria, con once frailes sus compañeros, partieron de España para venir á esta tierra de Anáhuac, enviados por el Reverendísimo P. Fr. Francisco de los Angeles, entonces ministro general de la Orden de San Francisco. Vinieron con grandes gracias y perdones de nuestro muy Santo Padre, y con especial mandamiento de S. M el Emperador, nuestro señor, para la conversión de los indios naturales de esta tierra de Anáhuac, ahora llamada Nueva-España."

Hé aquí el primer párrafo de la historia, que no hemos podido resistir al deseo de transcribir, como un dechado de narración sencilla y elegante. Bien se echa de ver que Motolinía seguía el precepto de Horacio en orden á evitar los comienzos retumbantes, **inceptis gravibus**.

No menos fácil y gracioso es el estilo en lo restante de la obra, siendo notable entre ofros, el siguiente pasaje, que da á conocer el estado de las costumbres religiosas de los naturales en aquella época, el cual ha variado muy poco en nuestros días, según se notará:

"Celebran las fiestas y pascuas del Señor y de Nuestra Señora, y de las advocaciones principales de sus pueblos con mucho regocijo y solemnidad. Adornan sus iglesias muy pulidamente, con los paramentos que pueden haber, y lo que les falta de tapicería, suplen con muchos ramos, flores, espadañas, juncia que echan por el suelo, yerbabuena, que en esta tierra se ha multiplicado cosa increíble, y por donde tiene de pasar la procesión, hacen muchos arcos triunfales, hechos de rosas, con muchas labores y lazos de las mismas flores; y hacen muchas piñas de flores, cosa muy de ver, y por esto hacen todos en esta tierra mucho, por tener jardín con rosas, y no las teniendo, ha acontecido enviar por ellas diez y doce leguas á los pueblos de tierra caliente, que casi siempre las hay, y son de muy suave olor. Los indios señores y principales, ataviados y vestidos de sus camisas blancas, y mantas, labradas con plumajes, y con piñas de rosas en las manos, bailan y dicen cantares en su lengua, de las fiestas que

se celebran, que los frailes se los han traducido, y los maestros de sus cantares los han puesto á su modo, á manera de metro, que son graciosos y bien entonados; y estos bailes y cantos comienzan á media noche, en muchas partes, y tienen muchas lumbres en sus patios, que en esta tierra los patios son muy grandes y muy gentiles, porque la gente es mucha y no caben en las iglesias, y por eso tienen su capilla fuera en los patios, porque todos oigan misa todos los domingos y fiestas, y las iglesias sirven para entre semana: y después también cantan mucha parte del día, sin se les hacer mucho trabajo ni pesadumbre. Todo el camino que tiene de andar la procesión, tienen enramado de una parte y de otra, aunque haya de ir un tiro ó dos de ballesta, y el suelo cubierto de espadaña y de juncia y de hojas de árboles y rosas, de muchas maneras, y á trechos puestos sus altares muy bien adornados.

"La noche de Navidad ponen muchas lumbres en los patios de las iglesias y en los terrados de sus casas, y como son muchas las casas de azotea, y van las casas una legua, y dos, y más parecen de noche un cielo estrellado: y generalmente cantan y tañen atabales y campanas, que ya en esta tierra han hecho muchas que ponen mucha devoción y dan alegría

á todo el pueblo, y á los españoles mucho más. Los indios en esta noche vienen á los oficios divinos, y oyen sus tres misas, y los que no caben en la iglesia, por eso no se van, sino que delante de la puerta, y en el patio, rezan y hacen lo mismo que si estuviesen dentro....

"En la fiesta de la Purificación ó Candelaria traen sus candelas á bendecir, y después que con ellas han cantado y andado la procesión, tienen en mucho lo que les sobra, y guárdanlo para sus enfermedades, y para truenos y rayos; porque tienen gran devoción con Nuestra Señora, y por ser benditas en su santo día, las guardan mucho.

"En el Domingo de Ramos enraman todas sus iglesias, y más á donde se han de bendecir los ramos y á donde se tiene de decir la misa; y por la muchedumbre de la gente que viene, que apenas bastarían muchas cargas de ramos, aunque á cada uno no se le diese sino un pequeñito, y también por el gran peligro de dar los ramos y tomarlos, en especial en las grandes provincias, que se ahogarían algunos, aunque se diesen los ramos por muchas partes, que todo se ha probado, y el mejor remedio ha pareçido bendecir los ramos en las manos; y es muy de ver las diferentes divisas que traen en sus ramos; muchos traen encima de sus

ramos unas cruces hechas de flores, y éstas son de mil maneras y de muchos colores; otros traen en los ramos, engeridas rosas y flores de muchas maneras y colores, y como los ramos son verdes y los traen alzados en las manos, parece una floresta. Por el camino tienen puestos árboles grandes, y en algunas partes, que ellos mismos están nacidos; allí suben los niños, y unos cortan ramos y los echan por el camino al tiempo que pasan las cruces, otros encima de los árboles cantan, otros muchos van echando sus ropas y mantas en el camino, y éstas son tantas, que casi siempre van las cruces y los ministros sobre las mantas."

La "procesión de las palmas," tal como la describe nuestro autor, se verifica hasta ahora de la misma manera, en varias poblaciones que hemos visitado. En un lugar situado cerca de Tehuacán, llamado Zapotitlán de las Salinas, los niños, á semejanza de los que menciona el historiador, desempeñan su papel con el nombre de "benedictus," para lo que manifiestan gran alborozo. Vístenlos las madres, con un traje blanco, adornado de lazos de colores, y provistos de sendos pañuelos con rosas, suben á los árboles situados á orillas de la carrera de la procesión; tan luego como pasa el Señor de Ramos, cantan "benedictus qui venit in

nomine Domini," y lanzando al aire el pañuelo, que sostienen, mediante una cuerda, hacen caer una lluvia de flores.

En punto á descripción de costumbres, el padre Benavente quizá no tiene superior entre los historiadores de nuestra nación Hay tal candor, hay tal verdad en las pinturas que nos presenta, como en todos los cuadros que son la genuina expresión de la naturaleza; y el ánimo se ve arrastrado á darle ascenso, porque no puede menos de ser así, porque hay algo que convence, de que el hombre que tal dice, no ha sido engañado ni pretende engañarnos.

De su obra pudiéramos sacar una série completa de cuadros de las fiestas cristianas, tales como entonces se celebraban, lo cual sería salvar los límites dentro de los cuales debe permanecer nuestra relación en esta parte: basta asegurar que todas las principales festividades tenían verificativo, así en México como en las demás poblaciones, con una pompa y magnificencia que parecen fabulosas.

Pero á todas se aventajó la solemnidad del día de Corpus Christi, y en especial la que celebraron los tlaxcaltecas en el año de 1538, hablando de la cual el padre Fr. Toribio, dice, "que merece ser morada, porque creo que si en ella se hallaran el Papa y Emperador, con sus

cortes, holgaran mucho de verla, y puesto que no había ricas joyas ni brocados, había otros aderezos tan de ver, en especial de flores y rosas que Dios cría en los árboles y en el campo, que había bien en que poner los ojos y notar, cómo una gente que hasta ahora era tenida por bestial, supiese hacer tal cosa."

Difuso en demasía fuera presentar por completo la descripción que hace de esa fiesta tan ruidosa; pero creemos que será vista con gusto la noticia que nos da, relativa al tiempo y lugar en que comenzaron las procesiones en el país:

"El cuarto año (dice) de la llegada de los frailes á esta tierra, fué de muchas aguas, tanto que se perdían los maizales y se caían muchas casas. Hasta entonces, nunca entre los indios se habían hecho procesiones, y en Texcoco salieron con una pobre cruz, y como hubiese muchos días que nunca cesaba de llover, plugo á Nuestro Señor por su clemencia, y por los ruegos de su Sacratísima Madre, y de San Antonio, cuya advocación es la principal de aquel pueblo, que desde aquel día mismo cesaron las aguas, para confirmación de la flaca y tierna fe de aquellos nuevamente convertidos: y luego hicieron muchas cruces y banderas de santos y otros atavíos para sus procesiones, y los indios de México fueron luego

allí á sacar muestras para lo mismo: y desde á poco tiempo comenzaron en Huezotzinco é hicieron muy ricas y galanas mangas de cruces y andas de oro y pluma; y luego por todas partes comenzaron á ataviar sus iglesias, y hacer retablos, ornamentos, y salir en procesiones, y los niños deprendieron danzas para regocijarlas más."

No menos curiosa es la noticia que acerca del origen de las palabras Yucatán y Catoche nos da Motolinía en las líneas siguientes:

"Hay en estas montañas (las de México) mucha cera y miel, en especial en Campeche; dicen que hay allí tanta miel y cera, y tan buena como en Safi, que es en Africa. A este Campeche llamaron los españoles al principio, cuando vinieron á esta tierra, Yucatán, y de este nombre se llamó esta Nueva-España Yucatán: mas tal nombre no se hallará en todas estas tierras, sino que los españoles se engañaron cuando allí llegaron: porque hablando con aquellos indios de aquella costa, á lo que los españoles preguntaban, los indios respondían:—Tectetan, Tectetan, que quiere decir:—No te entiendo, no te entiendo:—los cristianos corrompieron el vocablo, y no entendiendo lo que los indios decían, dijeron:—Yucatán se llama esta tierra;—y lo mismo fué en un cabo

que allí hace la tierra, al cual también llamaron cabo de Cotoch; y Cotoch en aquella lengua, quiere decir casa."

Acabamos de saber el origen de la denominación de los lugares: veamos el de una ciudad como la de Puebla, en cuya fundación tuvo nuestro historiador una parte tan activa como inteligente. He aquí cómo se expresa:

"La ciudad de los Angeles, que es en esta Nueva-España en la provincia de Tlaxcallan, fué edificada por parecer y mandamiento de los señores Presidente y oidores de la Audiencia Real que en ella reside, siendo Presidente el señor Obispo Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, y oidores el Licenciado Juan de Salmerón, y Licenciado Alonso Maldonado, el Licenciado Ceinos y el Licenciado Quiroga. Edificóse este pueblo á instancias de los frailes menores, los cuales suplicaron á estos señores, que hiciesen un pueblo de españoles, y que fuesen gente que se diesen á labrar los campos y á cultivar la tierra al modo y manera de España, porque la tierra había muy grande disposición y aparejo; y no que todos estuviesen esperando repartimiento de indios; y se comenzarían pueblos en los cuales se recogerían muchos cristianos que al presente andaban ociosos y vagabundos; y que también los indios toma

rían ejemplo y aprenderían á labrar y cultivar al modo de España; y que teniendo los españoles heredades y en que se ocupar, perderían la voluntad y gana que tenían de se volver á sus tierras, y cobrarían amor con la tierra en que se viesen con haciendas y grangerías, y que juntamente con esto, haciendo este principio, sucederían otros muchos bienes, y en fin, tanto lo trabajaron y procuraron, que la ciudad se comenzó á edificar en el añ de 1530, en las octavas de Pascua de F res, á diez y seis días del mes de Abril, día de Santo Toribio, Obispo de Astorga, que edificó la iglesia de San Salvador de Oviedo, en la cual puso muchas reliquias que él mismo trajo de Jerusalem. Este día vinieron los que habían de ser nuevos habitadores, y por mandato de la Audiencia Real, fueron ayuntados aquel día muchos indios de las provincias y pueblos comarcanos, que todos vinieron de buena gana para dar ayuda á los cristianos, lo cual fué cosa muy de ver porque los de un pueblo venían todos juntos por su camino con toda su gente, cargados de los materiales que era menester, para luego hacer sus casas de paja. Vinieron de Tlaxcallan sobre siete ú ocho mil indios, y pocos menos de Huexotzinco, y Calpa, y Tepeyac, y Cholollan. Traían algunas latas y ataduras y corde-

les, y mucha paja de casas, y el monte que no está muy lejos, para cortar madera, entraban los indios cantando con sus banderas y tañiendo çampanillas y atabeles, y otros con danzas de muchachos y con muchos bailes. Luego, este día, dicha misa, que fué la primera que allí se dijo, ya traían hecha y sacada la traza del pueblo, por un cantero que allí se halló, y luego, sin mucho tardar, los indios limpiaron el sitio, y echados los cordeles, repartieron luego al presente hasta cuarenta suelos á cuarenta pobladores, y porque me hallé presente, digo que no fueron más á mi parecer los que comenzaron á poblar la ciudad.

"Luego, aquel día, comenzaron los indios á levantar casas para todos los moradores con quien se habían señalado los suelos, y diéronse tanta prisa que las acabaron en aquella misma semana; y no eran tan pobres casas, que no tenían bastantes aposentos. Era esto al principio de las aguas y llovía mucho aquel año; y como el pueblo aún no estaba sentado ni pisado, ni dadas las corrientes que convenían, andaba el agua por todas las casas, de manera que había muchos que burlaban del sitio y de la población, la cual está asentada encima de un arenal seco, y á poco más de un palmo tiene un barro fuerte, y luego está la tosca. Ahora

ya, después que por sus calles dieron corrientes, y pasada al agua, corre de manera que aunque lluevan grandes turbiones y golpes de agua, todo pasa, y desde á dos horas, queda toda la ciudad tan limpia como una Génova. Después estuvo esta ciudad tan desfavorecida, que estuvo para despoblarse, y ahora ha vuelto en sí, y es la mejor ciudad que hay en toda la Nueva-España, después de México; porque, informando su magestad de sus cualidades, le ha dado privilegios reales.

"El asiento de la ciudad es muy bueno, y la comarca la mejor de toda la Nueva-España, porque tiene á la parte del Norte á cinco leguas á la ciudad de Tlaxcallan; tiene al Poniente á Huexotzinco, á otras cinco leguas; al Oriente tiene á Tepeyacac, á cinco leguas; á Mediodía es tierra caliente, están Itzocan y Cuauhquechollan á siete leguas; tiene á dos leguas á Chololllan, Totomiahuacán; Caipa está á cinco leguas: todos estos son pueblos grandes. Tiene el puerto de la Veracruz al Oriente, á cuarenta lenguas; México á veinte leguas. Va el camino del puerto, á México, por medio de esta ciudad; y cuando las recuas van cargadas á México, como es el paso por aquí, los vecinos se proveen y compran todo lo que han menester en mejor precio que los de Méxi-

co; y cuando las recuas son de vuelta, cargan de harina, y tocino, y bizcocho, para matalotaje de las naos: por lo cual esta ciudad se espera que irá aumentándose y ennobleciéndose."

Dos capítulos, y no cortos, consagra nuestro autor al mismo asunto, encerrando en ellos la descripción geográfica y topográfica no sólo de Puebla, sino de sus alrededores, alcanzando hasta el valle de Atlixco, que llama vega, y de la cual dice, "que en toda la Nueva-España no hay otra mejor; porque personas que se les entiende y saben conocer las tierras, dicen que es mejor esta vega, que la Vega de Granada en España, ni que la de Orihuela."

Campean singularmente en la obra que estudiamos, los datos estadísticos; pero esto no quiere decir que la narración de Motolinía carezca de ese brío, de ese tono apasionado que distingue los escritos del hombre sensible á las bellezas físicas y morales, y suele tener pasajes en que brilla cierta elocuencia encantadora:

"De dos veces que yo navegué por este estero que digo (el formado por el río Papaloápam), la una fué una tarde de un día claro y sereno, y en verdad que yo iba con la boca abierta mirando aquel Estanque de Dios, y veía cuán poca cosa son las cosas de los hombres y las obras

y estanques de los grandes príncipes y señores de España, y cómo todo es cosa contrahecha adonde están los príncipes del mundo, que tanto trabajan por cazar las aves para volar las altanerías desvaneciéndose tras ellas: y otros en atesorar plata y oro y hacer casas y jardines y estanques; en lo cual ponen su felicidad: pues miren y vengan aquí, que todo lo hallarán junto, hecho por la mano de Dios, sin afán ni trabajo, lo cual todo convida á dar gracias á quien hizo y crió las fuentes y arroyos, y todo lo demás en el mundo criado con tanta hermosura"...

Motolinía estaba muy lejos de aprobar la conducta de los españoles que pasaban á América sólo por el ansia de enriquecerse, y más cuando para buscar los tesoros se servían de los naturales, oprimiéndolos y haciéndolos trabajar hasta que morían. Sobre este punto. es notable la variedad de armas de que hace uso para combatir el vicio, y la destreza con que las maneja. Echa mano, á veces, de la sátira, como en el siguiente pasaje:

"Cuando los españoles se embarcan para venir á esta tierra, á unos les dicen, á otros se les antoja, que van á la isla de Ofir, de donde el Rey Salomón llevó el oro muy fino, y que allí se hacen ricos cuantos en ella van; otros piensan que van á las islas de Tarsis ó al gran

Cipango, á do por todas partes es tanto el oro, que lo cogen á haldadas; otros dicen que van en demanda de las Siete Ciudades, que son tan grandes y tan ricas, que todos han de ser señores de s... va"....

Otras veces clama indignado, enumerando los graves males que causa la maldita sed de la riqueza, "aurí saçra fames:"

"¡Oh, qué río de Babilonia se abrió en la tierra del Perú! ¡Y cómo el negro oro se vuelve en amargo lloro, por cuya codicia muchos vendieron sus patrimonios, con que se pudieran sustentar tan bien como sus antepasados! Y engañados en sus vanas fantasías, de donde pensaban llevar con que se gozar, vinieron á llorar, porque antes que llegaran al Perú, de diez, apenas escapaba uno, y de ciento, diez; y de aquellos que escapaban, llegados al Perú han muerto mil veces de hambre, y otras tantas de sed, sin otros muchos innumerables trabajos, sin los que han muerto á espada, que no han sido la menor parte. Y porque de mil ha vuelto uno á España, y éste, lleno de bienes, por ventura mal adquiridos, y que según San Agustín no llegarán al tercer heredero, y ellos y el oro, todos van de una color, porque con el oro cobraron mil enfermedades, que los que por esta

Nueva-España aportan en la color los conocen, y luego dicen:—este perulero es:—y por uno que con todos estos males (sin el mayor mal que es el de su alma) aporta á España rico, se mueven otros mil locos á buscar la muerte del cuerpo y del ánima; y pues no os contentastes con la que en España teniades, para pasar y vivir como vuestros pasados, en pena de vuestro yerro es razón que padezcáis fatigas y trabajos sin cuento. ¡Oh, tierra del Perú: río de Babilonia, montes de Gelboe, adonde tantos españoles y tan noble gente ha perecido y muerto, la maldición de David te comprendió, pues sobre muchas partes de tu tierra, ni cae lluvia, ni llueve ni rocía! ¡Nobles de España, llorad sobre estos malditos montes! pues los que en las guerras de Italia y Africa peleaban como leones contra sus enemigos, volaban como águilas siguiendo sus adversarios, en la tierra del Perú murieron no como valerosos ni como quien ellos eran, sino de hambre, y sed y frío, padeciendo otros innumerables trabajos, unos en el mar, otros en los puertos, otros por los caminos, otros en los montes y despoblados!"

Contrayéndose particularmente á las crueldades de los españoles con los desdichados indios, dice Benavente, como poseído de horror é indignación:

"Mas bastante fué la avaricia de nuestros españoles para destruir y despoblar esta tierra, que todos los sacrificios y guerras y homicidios que en ella hubo en tiempo de su infidelidad, con todos los que en todas partes se sacrificaban, que eran muchos, y porque algunos tuvieron fantasía y opinión diabólica que conquistando á fuego y á sangre, servían mejor los indios, y que siempre estarían en aquella sujeción y temor, asolaban todos los pueblos donde llegaban; ¡cómo en la verdad fuera mejor haberlos ganado con amor, para que tuvieran de quien se servir!" . . . .

Como el pasaje anterior, pudiéramos poner á la vista otros muchos que honran á la vez los sentimientos del escritor y dan cabal idea de su estilo animado, vigoroso y piadosamente tierno. Ya en otra parte, cuando tratamos del convento de Santo Domingo, dimos á conocer á Motolinía como narrador de incidentes dramáticos, pues tal es la muerte de aquellos dos niños que el P. Fr. Bernardino Minaya pidió al guardián del monasterio de Tlaxcala, al pasar por esta ciudad en su viaje á la Zapoteca, y que fueron víctimas de los indios de Cuauhtinchan, pueblo de las cercanías de Tepeaca. Este incidente, con el martirio del niño Cristóbal, que refiere también Fr. Toribio, for-

ma el asunto de su opúsculo, titulado: "La vida y muerte de tres niños de Tlaxcalla, que murieron por la confesión de la fe," del cual, nos da un compendio en la obra que estudiamos. Y así, para no dejar trunca esta leyenda, como porque la relación de los padecimientos del niño Cristóbal forman un episodio interesante, será bien transcribirlo consagrándole el capítulo siguiente. Escuchemos á nuestro misionero.

IX.

Cristóbal.

"En esta ciudad de Tlaxcallan fué un niño, encubierto por su padre, porque en esta ciudad hay cuatro cabezas ó señores principales, entre los cuales se reduce toda la provincia, que es harto grande, de la cual se dice que salían cien mil hombres de pelea.

"Además de aquellos cuatro señores principales, había otros muchos que tenían y tienen muchos vasallos. Uno de los más principales de éstos, llamados por nombre Acxotecatl, tenía sesenta mujeres, y de las más principales de ellas, tenía cuatro hijos; los tres de éstos envió

al monasterio á los enseñar, y el más amado de él y el más bonito, é hijo de la más principal de sus mujeres, dejóle en su casa como escondido

"Pasados algunos días, y que ya los niños que estaban en el monasterio descubrían algunos secretos, así de idolatrías, como de los hijos que los señores tenían escondidos, aquellos tres hermanos dijeron á los frailes cómo su padre tenía escondido en casa á su hermano mayor, y sabido, demandáronle á su padre, y luego le trajo, y según me dicen, era muy bonito, y de edad de doce á trece años. Pasados algunos días, y ya algo enseñado, pidió el bautismo, y fuéle dado, y puesto por nombre, Cristóbal.

"Este niño, además de ser de los más principales, y de su persona muy bonito y bien acondicionado y hábil, mostró principios de ser muy buen cristiano, porque de lo que él oía y aprendía, enseñaba á los vasallos de su padre, y al mismo padre decía que dejase los ídolos y los pecados en que estaba, en especial el de la embriaguez, porque todo era muy gran pecado, y que se tornase y conociese á Dios del cielo y á Jesucristo su Hijo, que él le perdonaría, y que esto era verdad, porque así lo enseñaban los padres que sirven á Dios.

"El padre era un indio de los encarni-

zados en guerras, y envejecido en maldades y pecados, según después pareció, y sus manos llenas de homicidios y muertes. Los dichos del hijo no le pudieron ablandar el corazón, ya endurecido, y como el niño Cristóbal viese en casa de su padre las tinajas llenas del vino con que se embeodaban él y sus vasallos, y viese los ídolos, todos los quebraba y destruía, de lo cual los criados y los vasallos se quejaron al padre, diciendo:

—"Tu hijo Cristóbal quebranta los ídolos tuyos y nuestros, y el vino que puede hallar todo lo vierte. A tí y á nosotros echa en vergüenza y en pobreza.

"Esta es manera de hablar de los indios, y otras que aquí van, que no corren tanto con nuestro romance.

"Demás de estos criados y vasallos que esto decían, una de sus mujeres, muy principal, que tenía un hijo del mismo Acxotecatl, le indignaba mucho é inducía para que matase aquel hijo Cristóbal, porque, aquel muerto, heredase otro suyo que se dice Bernardino, y así fué que ahora este Bernardino posee el señorío de su padre. Esta mujer se llamaba Xochipa Palotzin, que quiere decir flor-de-mariposa.

"Esta también, decía á su marido.

—"Tu hijo Cristóbal te echa en pobreza y en vergüenza.

"El muchacho no dejaba de amonestar á la madre y á los criados de casa que dejasen los ídolos y los pecados juntamente, quitándoselos y quebrantándoselos.

"En fin, aquella mujer tanto indignó y atrajo á su marido, y él, que de natural era muy cruel, que determinó de matar á su hijo mayor Cristóbal, y para eso, envió á llamar á todos sus hijos, diciendo que quería hacer una fiesta y holgarse con ellos, los cuales llegados á casa del padre, llevólos á unos aposentos dentro de casa, y tomó á aquel su hijo Cristóbal, que tenía determinado de matar, y mandó á los otros hermanos que se saliesen fuera: pero el mayor de los tres, que se dice Luis (del cual yo fuí informado, porque éste vió cómo pasó todo el caso), este, como vió que le echaban de allí, y que su hermano mayor lloraba mucho, subiose á una azotea, y desde allí, por una ventana, vió cómo el cruel padre tomó por los cabellos á aquel hijo Cristóbal, y le echó en el suelo, dándole muy crueles coces, de las cuales fué maravilla no morir, (porque el padre era un valentazo hombre, y es así porque yo que esto escribo, le conocí), y como así no lo pudiese tar, tomó un palo grueso de encina y dióle con él muchos golpes por todo el cuerpo, hasta quebrantarle y molerle los bra-

zos, y piernas, y manos, con que se defendía la cabeza, tanto, que casi de todo el cuerpo corría sangre: á todo esto, el niño llamaba continuamente á Dios diciendo en su lengua:

—"Señor, Dios mío, haced merced de mí, y si tú quieres que yo muera, muera yo; y si tú quieres que viva, líbrame de este cruel mi padre.

"Ya el padre, cansado, y según afirman, con todas las heridas el muchacho, se levantaba y se iba á salir por la puerta afuera, sino que aquella cruel mujer que dije que se llamaba Flor-de-mariposa, le detuvo la puerta, que ya el padre, de cansado, le dejara ir.

"En esta sazón súpolo la madre del Cristóbal, que estaba en otro aposento, algo apartado, y vino, desolada, las entrañas abiertas de madre. y no paró hasta entrar adonde su hijo estaba caído, llamando á Dios; y queriéndole tomar para como madre apiadarle. el cruel de su marido, ó por mejor decir, el enemigo estorbándola, llorando y querellándose, decía:

—"¿Por qué me matas á mi hijo? ¿Cómo has tenido manos para matar á tu propio hijo? Matárasme á mí primero, y no viera yo tan cruelmente atormentado un solo hijo que parí. Déjame llevar mi

hijo, y si quieres, mátame á mí, y deja al que es niño é hijo tuyo y mío.

"En esto, aquel mal hombre tomó á su propia mujer por los cabellos, y acoceóla hasta se cansar, y llamó quien se la quitase de allí, y vinieron ciertos indios y llevaron á la triste madre, que más sentía los tormentos del amado hijo que los propios suyos.

"Viendo, pues, el cruel padre, que el niño estaba con buen sentido, aunque muy mal llagado y atormentado, mándale echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de leña de cortezas de encinas secas, que es la lumbre que los señores tienen en esta tierra, que es leña que dura mucho y hace muy recia brasa; en aquel fuego le echó, y le revolvió de espaldas y de pechos cruelmente, y el muchacho, siempre llamando á Dios y á Santa María, y quitado de allí casi por muerto, algunos dicen que entonces el padre entró por una espada, otros que por un puñal, y que á puñaladas le acabó de matar; pero lo que yo con más verdad he averiguado es, que el padre anduvo á buscar una espada que tenía, y que no la halló.

"Quitado el niño del fuego, envolviéronle en unas mantas, y él, con mucha paciencia, encomendándose á Dios, estuvo padeciendo toda una noche aquel do-

lor que el fuego y las heridas le causaban con mucho sufrimiento, llamando siempre á Dios y á Santa María.

"Por la mañana dijo el muchacho que le llamasen á su padre, el cual vino, y venido, el niño le dijo:—"¡Oh, padre! no pienses que estoy enojado, porque, yo estoy muy alegre, y sábete que me has hecho más honra que no vale tu señorío.

"Y dicho esto, demandó de beber, y diéronle un vaso de cacao, que es en esta tierra casi como en España, el vino, no que embeoda, sino substancial, y en bebiéndolo, luego murió.

"Muerto el mozo, mandó el padre que le enterrasen en un rincón de una cámara, y puso mucho temor á todos los de su casa, que á nadie dijesen la muerte del niño; en especial habló á los otros tres hijos que se criaban en el monasterio, diciéndoles:

—"No digáis nada, porque, si el Capitán lo sabe, ahorcarme ha.

"Al marqués del Valle al principio todos los indios le llamaban el capitán, y teníanle muy gran temor.

"No contento con esto aquel homicida malvado, más añadiendo maldad á maldad, tuvo temor de aquella su mujer, y madre del muerto niño, que se llamaba Tlapaxilotzin, de la cual nunca he podido averiguar si fué bautizada ó no, porque

hay cerca de doce años, que aconteció, hasta ahora que esto escribo, en el mes de Marzo del año de 39.

"Por este temor que descubriría la muerte de su hijo, la mandó llevar á una su estancia ó granjería, que se dice Quimichocan, no muy lejos de la vénta de Tecoac, que está en el camino real que va de México al puerto de la Veracruz, y el hijo quedaba enterrado en un pueblo que se dice Atlihuetzia, cuatro leguas de allí, y cerca dos leguas de Tlaxcalla: aquí á este pueblo me vine á informar, y ví adonde murió el niño, y adonde le enterraron, y en este mismo pueblo escribo ahora esto: llámase Atlihuetzia, que quiere decir adonde cae el agua, porque á se despeña un río de unas peñas y cae de muy alto.

"A los que llevaron á la mujer, mandó que le matasen y enterrasen muy secretamente: no he podido averiguar la muerte que le dieron.

"La manera con que se descubrieron los homicidios de aquel Acxotecatl, fué, que pasando un español por su tierra, hizo un mal tratamiento á unos vasallos de aquel Acxotecatl, y ellos viniéronsele á quejar, y él fué con ellos adonde quedaba aquel español, y llegado, tratóle malamente; y cuando de sus manos se escapó, dejándole cierto oro y ropas que traía, pen-

só que le había hecho Dios mucha merced, y no se deteniendo mucho en el camino, llegó á México, y dió queja á la justicia del mal tratamiento que aquel señor indio le había hecho, y de lo que le había tomado: y venido mandamiento, prendióle un algüacil español que aquí en Tlaxcállan residía; y como el indio era de los más principales señores de Tlaxcállan, después de los cuatro señores fué menester que viniese un pesquisidor con poder del que gobernaba en México, á lo cual vino Martín el Calahorra, vecino de México, conquistador, y persona de quien se pudiera bien fiar cualquier cargo de justicia. Y éste, hecha su pesquisa y vuelto al español su oro y ropa, cuando el Acxotecatl pensó que estaba libre, comenzáronse á descubrir ciertos indicios de la muerte del hijo y de la mujer, como parecerá por el proceso que el dicho Martín de Calahorra hizo en forma de derecho, aunque algunas cosas más claramente las manifiestan ahora que entonces, y otras se podrían entonces averiguar, por ser los delitos más frescos, aunque yo he puesto harta diligencia por no ofender á la verdad en lo que dijere.

"Sentenciado á muerte por estos dos delitos, y por otros muchos que le acumularon, el dicho Martín de Calahorra ayuntó los españoles que pudo para con

seguridad hacer justicia, porque tenía temor que aquel Acxotecatl era valiente hombre, y muy emparentado, y aunque estaba sentenciado, no parecía que tenía temor; y cuando le sacaron, que le llevaban á ahorcar, iba diciendo:

—"¿Esta es Tlaxcállan? ¿Y cómo vosotros, tlaxcaltecas, consentís que yo muera, y no sóis para quitarme de estos pocos españoles?"

"Dios sabe si los españoles llevaba temor; pero como la justicia venía de lo alto, no bastó su ánimo, ni los muchos parientes, ni la gran multitud del pueblo, sino que aquellos pocos españoles le llevaron hasta dejarle en la horca.

"Luego que se supo adonde el padre le había enterrado, fué de esta casa un fraile, que se llamaba Fr. Andrés de Córdoba, con muchos indios principales, por el cuerpo de aquel niño, que ya había más de un año que estaba sepultado, y afírmanme algunos de los que fueron con Fr. Andrés de Córdoba, que el cuerpo estaba seco, mas no corrompido."

X.

Apuntes biográficos

Bien se habrá visto, por los fragmentos anteriores, tomados de la Historia de los Indios, que el mérito del P. Benavente como escritor, dista de ser común. Su lenguaje adolece, es verdad, de algunos descuidos: en vano se buscarían en él la gallardía, la expresión, la pulidez y esmero en el decir que distingue á los autores clásicos: en su estilo se notan, además, no pocas incoherencias, algún desaliño, como si jamás hubiese revisado lo escrito; pero, en cambio, ¡cuánta naturalidad, qué amable abandono! Tal parece que no se preocupaba sino de referir la verdad, desentendiéndose absolutamente del modo, aunque no fuera este el más agradable, con tal que á su juicio llenase las condiciones de exactitud y precisión. ¡Y cuánto más ganaría el hombre en que siempre se le manifestase la verdad en este traje modesto, para poder distinguirla en todo tiempo y en todas las circunstancias, del error engreído que suele disfrazarse con una vana pompa!

Mas no sólo es notable Motolinía como escritor: sus virtudes, sus largos afanes por la conversión y civilización de los

mexicanos, y en especial, su constancia en hacerles bien sin ruído, sin alarde, son otros tantos méritos que le colocan en un puesto envidiable, y llamando la atención hacia su persona, despiertan el deseo de conocer su vida.

Esta es, por desgracia, una de aquellas que no entran en el dominio de la historia, sino desde que toman el cauce por donde han de caminar hasta su término. Lamentamos el vacío consiguiente, como una verdadera desgracia, porque el corazón se interesa naturalmente en saber todo lo que concierne á la niñez y juventud de los varones insignes; porque ya que los consideremos á inmensa distancia de nosotros, luego que han llegado al apogeo de una carrera ilustre, todavía nos es muy grato estudiar su carácter, su índole y hasta sus defectos, en aquel período de su existencia, cuando aún no se les señalaba con el dedo, cuando eran como nosotros, cuando sin salir de la esfera vulgar, pensaban, sentían, vivían como nosotros.

Así es que respecto de nuestro buen fraile tenemos que conformarnos con algunas noticias, no muy circunstanciadas, de los sucesos de su vida, posteriores al día en que tomó el hábito en la provincia de Santiago. Si colocados en este punto pretendemos dar una mirada retros-

pectiva, nos encontramos con una noche impenetrable, en medio de la cual no descubrimos más que un dato, y harto insignificante, acerca del apellido que tuvo mientras vivió en el siglo, que fué el de "Paredes," el cual cambió por el de "Benavente," nombre del pueblo de donde era nativo, al tiempo de entrar en la Orden franciscana. Tal era la usanza de aquellos tiempos.

De la provincia de Santiago pasó á la de San Gabriel, de donde vino á México con los primeros doce misioneros de su misma observancia, según ya hemos referido; y llegado á la capital, permaneció en ella después de la separación de sus hermanos para ir á residir á otros pueblos. Fué el primer guardián del convento grande; fuélo, asimismo, de los de Texcoco, Tecamachalco y Tlaxcala, morando en este último punto seis años; evangelizó en Guatemala, Yucatán y Nicaragua, recogiendo abundantes noticias acerca de esos países; edificó el monasterio de Atlixco; acompañó al P. Fr. Martín de Valencia hasta Tehuantepec, en el proyectado viaje á China, que se malogró, según dijimos; fué electo sesto provincial en el año de 1548; y finalmente, murió en México en 9 de Agosto de 1569, día de San Lorenzo, siendo el últi-

mo de sus doce compañeros que pagaron esta deuda á la naturaleza humana.

De sus predicaciones cosechó frutos copiosísimos; bautizó por sí mismo más de cuatrocientas mil personas; fué singular defensor de los indios contra los inhumanos encomenderos; y, en suma, es, como lo califica el señor García Icazbalceta, uno de los tipos más admirables y completos del misionero español del siglo décimosexto.

Parece haber sido muy aficionado á la pompa y brillo en las solemnidades del culto cristiano, según lo demuestran sus descripciones, que tienen por objeto este asunto, y el empeño que manifestaba porque las vestiduras sacerdotales fuesen de lo más lucido, ha llegado á nuestra noticia, por un dicho del P. Fr. Juan de Rivas que asienta Vetancurt en su menologio. Hallábase aquél de guardián en el monasterio de Tlaxcala, mientras nuestro misionero ocupaba igual puesto en el de Atlixco; y sabiendo que éste había hecho unas dalmáticas de raso para que sirviesen en la iglesia, habló de esta manera con el sujeto que se lo había participado:

—"Díganle al hermano Fr. Toribio, que se quite el nombre de "Motolinía," pues en las obras muestra ser rico."

La antítesis se hace más perceptible,

recordando que la voz motolinia tiene, entre otras, la acepción de "pobre."

Finalmente, el ilustre misionero sobresalió también por sus conocimientos en la lengua azteca, en la cual compuso un tratado de la doctrina cristiana, y supo, asimismo, varias otras del país.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO I.

Págs.

LA ENCARNACION

LA PIEDAD

ATZCAPOTZALCO

PORTACŒLI

SAN FRANCISCO

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

Tomos publicados

Obras de García Icazbalceta.—Tomos I y II Opúsculos varios.—III y IV Biografías.—V Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga.—VI, VII y VIII Opúsculos varios.—IX Biografías.—X. Opúsculos varios.

Obras de Peón Contreras.—Tomos I y II. Teatro. III Romances.

Obras de Villaseñor y Villaseñor.—Tomos I y II. Estudios Históricos.

Obras literarias de D. Victoriano Agüeros.—Tomo I.

Obras de D. José López Portillo y Rojas.—Tomo I.—*La Parcela*, novela inédita.—Tomo II y III *Novelas Cortas.*

Obras de Couto.—Tomo I Opúsculos varios.

Obras de D. J. Fern° Ramírez.—Tomo I. Opúsculos históricos.—Tomo II *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin*, inéditas.—Tomo III. *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* conclusión y Opúsculos históricos.

Tomos IV y V Memorias para servir á la Historia del Segundo Imperio Mexicano. Primera y segunda parte.

Obras literarias de D. José de Jesús Cuevas.—Tomo I.

Obras de D. Ignacio Manuel Altamirano.—Tomo I.

Obras de D. Manuel E de Gorostiza.—Teatro completo.—Cuatro tomos.

Obras de D. Lucas Alamán—Tomos I, II, III y IV.—Disertaciones sobre la Historia de México.

Obras literarias de D. Joaquín Baranda.—Un tomo.

Obras de D. Rafael Angel de la Peña.—Un tomo.

Obras literarias del Sr. Lic. D. Sivestre Moreno.—Un tomo.

Novelas Cortas de Autores Mexicanos del primer tercio del Siglo XIX (Rodríguez, Galván, Pesado, Pacheco Navarro, etc.) Dos tomos.

Obras de D. Manuel Payno, Tomo 1°, Novelas cortas.

Obras del Lic. D. Primo Feliciano Velázquez—*Opúsculos Históricos.*—Un tomo.

Obras de Roa Bárcena.—Tomo I. Cuentos.—Tomos II y III. Recuerdos de la Invasión Norte-americana, 1846-1848.—Tomo IV.—Biografías.

Obras de D. Fernando Calderón.—Poesías y Teatro.

Obras de D. Rafael Delgado. Tomo I, Cuentos.—II "Los Parientes Ricos." Novela.

Obras de Juan Díaz Covarrubias.—Novelas

Obras de Florencio M. del Castillo.—Novelas.

Obras de Don Bernardo Ponce y Font.—Un tomo.

Obras de Fr. Manuel Navarrete—Un tomo

Obras del Lic. D. Afredo Chavero. Tomo I.

Obras del Dr. D. Justo Sierra.- Tomos I y II.

Obras de Ignacio Pérez Salazar.—Un tomo.

Obras del Lic. Rafael Ceniceros y Villarreal.—Novelas.

Obras de D. Manuel Ramírez Aparicio.—Tomos I y II. Los Conventos suprimidos en México.

Precio de cada tomo:

$1 50 en toda la República y $2 en el extranjero

En Prensa:

Perfiles de artistas, por el Lic. D. Manuel G. Revilla.

☞ Todos los tomos serán enteramente iguales al presente. De venta en la Administración y librería de EL TIEMPO: Primera calle de Mesones 18, y en las demás librerías de la capital.—En los Estados, en las casas de los Agentes y corresponsales de EL TIEMPO.


BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
61
OBRAS
DE
DON MANUEL RAMIREZ APARICIO
LOS CONVENTOS SUPRIMIDOS EN MEXICO
TOMO II
V A
MEXICO
IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR
1908

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS



OBRAS

DE

DON MANUEL RAMIREZ APARICIO

LOS CONVENTOS SUPRIMIDOS EN MEXICO

TOMO II.

MEXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones N.° 18

1908

HARVARD COLLEGE
JUN 6 1910
LIBRARY.
Tales fund



SAN FRANCISCO

(CONTINUA)

XI.

Fray Luis de Fuensalida, y otros.

I.

Pero ninguno dominó tan absolutamente la lengua azteca, como el venerable religioso cuyo nombre aparece al principio de este capítulo. El fué, de entre sus compañeros, quien primero la aprendió, según tenemos asentado, si bien no hay noticia que hubiese escrito en ella alguna obra.

Sucedió al P. Valencia en la dignidad de custodio; y aunque el Emperador Carlos V le propuso el Obispado de Michoacán, no quiso aceptarlo.

Después de algunos años de residen-

cia en nuestro país, volvióse á España con ánimo de pasar á la Africa á conquistar otras naciones para el Evangelio; mas no pudo llevar adelante su determinación, por habérselo estorbado San Pedro Alcántara, á la sazón provincial, que conceptuó su presencia más necesaria en la provincia, en la que desempeñó dignamente los cargos de guardián y definidor.

Obtenida la licencia de regresar á México para seguir ayudando á sus hermanos en las apostólicas labores, se puso en camino el año de 1545; pero al llegar á la isla de San Germán, se sintió enfermo y terminó su gloriosa carrera, quedando allí sepultado.

II.

Si el venerable apóstol, cuya vida acabamos de reseñar, no nos dejó ningún escrito que conozcamos, no sucedió otro tanto con Fr. Francisco Jiménez, que fué el primero que compuso gramática y vocabulario de la lengua mexicana, y según se expresa Vetancurt: "una breve doctrina cristiana." Escribió, igualmente, la vida del venerable Fr. Martín de Valencia.

La suya se hizo notable, por la consagración eficaz á las labores de su santo ministerio, especialmente á la predicación, en que descollaba por su fervor y

copia de doctrina. Poseía grandes conocimientos en derecho canónico.

Su mucha humildad le impidió en España ordenarse de sacerdote, y vino á México de corista; pero á instancias de sus Prelados, y atendida la escasez de ministros, se decidió al fin á recibir las órdenes sagradas, y fué el primero que cantó misa nueva en el país.

Ejercitado continuamente en la oración, solía andar ensimismado, y era preciso que alguno de sus hermanos cuidara de que tomase alimento, pues de lo contrario, él no recordaba á veces, si había comido.

Llegaba á tal extremo su enajenamiento, que fijo en su idea se olvidaba no sólo de sí mismo, sino de todo lo que le rodeaba, dando lugar á incidentes curiosos. Sirva de ejemplo el siguiente:

Siendo guardián de Cuernavaca, venía á la capital con Fr. Miguel de las Garrobillas, que adolecía del propio achaque, y aunque ambos caminaban á pie, como era costumbre en todos los frailes de aquel tiempo, traían un caballo cargado con su vitualla. En llegando á cierto paraje, húyeseles la bestia; notan su falta á poco andar; búscanla, pero ninguno de los dos recordaba ni aun el color que ella tenía.

Murió este buen religioso en el convento de México, á 31 de Junio de 1537.

III

Más aventajado que los anteriores como políglota fué el P. Fr. Andrés de Olmos, natural del reino de Búrgos, cerca de Oña; que por haberse creado en Olmos adoptó el apellido del nombre de este pueblo. Tomó el hábito en el convento de Valladolid, y vino á México con D. Fr. Juan de Zumárraga. Dedicóse con tesón al estudio de lenguas indígenas y llegó en breve á poseer la mexicana, la totocana y la huasteca, de las cuales compuso gramáticas y vocabularios, que no sabemos si se imprimieron, ó dónde se encuentran actualmente los manuscritos, si ya no se han perdido, bien que según dice el cronista antes citado, el "arte, vocabulario, doctrina cristiana y confesonario en lengua huasteca" se conservan hasta su tiempo en Ozolama, pueblo de Tampico.

Compuso, además, en lengua mexicana "tratado de sacramentos, tratado de los sacrilegios, tratado de los siete pecados capitales" y un sermonario. Tradujo del latín en castellano el libro de "Hoeresibus" del P. Fr. Alonso de Castro, y dos epístolas de los Rabinos. El siglo en que floreció era el de los amos sacramentales, especie de composición dramática del que son un resto adultera-

do nuestras "pastorelas y coloquios;" y cediendo él á la influencia de la época, compuso el "auto del juicio final," que se representó en la capilla de San José en presencia del virrey Don Antonio de Mendoza y del señor Zumárraga, siendo de mucha edificación para españoles y naturales.

Representaciones de esta especie, abundaron en nuestro país durante aquel período de fe sencilla y devoción apasionada. La mayor parte se desempeñaban por los indios recién convertidos, con una habilidad y destreza, que causaban admiración á los conquistadores y aún á los mismos religiosos, que eran quienes los aleccionaban para ese efecto. Prueba de ello son las entusiastas descripciones que de esos autos, y de la impresión que causaban en los espectadores, nos ha dejado el P. Motolinía en su historia de los Indios, de que hablamos no ha mucho, y que se contraen á los que se presentaron en Tlaxcala con ocasión á varias solemnidades religiosas.

Una de ellas fué la que celebraron los cofrades de Nuestra Señora de la Encarnación en el año de 1559, distinguiéndose en esa vez los naturales por varios rasgos de caridad, repartiendo alimentos á los pobres, pues según parece la cofra-

día estaba instituída con la mira de socorrerlos y sostener un hospital para los enfermos desvalidos. En esta fiesta y para mayor lucimiento, se presentó un auto cerca de la puerta del expresado hospital, cuyo asunto fué la caída de nuestros primeros padres. He aquí como lo describe Motolinía.

Estaba tan adornada la morada de Adán y Eva, que bien parecía paraíso de la tierra, con diversos árboles con frutas y flores, de ellas naturales, y de ellas contrahechas de pluma y oro; en los árboles mucha diversidad de aves desde buho y otras aves de rapiña hasta pajaritos pequeños, y sobre todo, tenían muy muchos papagayos y era tanto el parlar y gritar que tenían, que á veces estorbaba la representación: yo conté en un solo árbol catorce papagayos entre pequeños y grandes.

"Habían también aves contrahechas de oro y pluma, que era cosa muy de mirar. Los conejos y liebres eran tantos, que todo estaba lleno de ellos, y otros muchos animalejos que yo nunca hasta allí los había visto.

"Estaban dos tecolotes atados, que son bravísimos, que ni son bien gato, ni bien onza; y una vez descuidóse Eva y fué á dar en el uno de ellos, y él de bien

criado desvióse: esto era antes del pecado, que si fuera después, tan en hora buena ella no se hubiera llegado.

"Había otros animales bien contrahechos, metidos dentro unos muchachos; estos andaban domésticos y jugaban y burlaban con ellos Adán y Eva.

"Había cuatro ríos ó fuentes que salían del paraíso, con sus títulos que decían Phison, Gehon, Tígris, Euphrates; y el árbol de la vida en medio del paraíso, y cerca de él el árbol de la ciencia, del bien y del mal, con muchas y muy hermosas frutas contrahechas de oro y pluma.

Estaban en el redondo del paraíso tres peñoles grandes y una sierra grande, todo este lleno de cuanto se puede hallar en una sierra muy fuerte y fresca montaña y todas las particularidades que en Mayo y Abril se pueden hallar, porque en contrahacer una cosa al natural estos indios tienen gracia singular.

"Pues aves no faltaban chicas ni grandes, en especial de los papagayos grandes, que son tan grandes como gallos de España; de estos había muchos, y dos gallos y una gallina de las monteses, que cierto son las más hermosas aves que yo he visto en parte ninguna; ten-

dría un gallo de aquellos tanta carne como dos pavos de Castilla. A estos gallos les sale del papo una guedeja de cerdas de caballo, y de algunos gallos viejos son más largas que un palmo; de estas hacen hisopos, y duran mucho.

"Había en estos peñoles animales naturales y contrahechos. En uno de los contrahechos estaba un muchacho vestido como león, y estaba desgarrando y comiendo un venado que tenía muerto; el venado era verdadero y estaba en un risco que se hacía entre unas peñas, y fué cosa muy notada.

"Llegada la procesión comenzóse luego el auto; tardóse en él gran rato, porque antes que Eva comiese ni Adán consintiese, fué y vino Eva de la serpiente, á su marido y de su marido á la serpiente, tres ó cuatro veces, siempre Adán resistiendo, y como indignado alanzaba de sí á Eva; ella rogándole y molestándole decía, que bien parecía el poco amor que le tenía, y que más le amaba ella á él que no él á ella, y echándole en su regazo tanto le importunó, que fué con ella al arbol vedado, y Eva en presencia de Adán comió y dióle á él también que comiese, y en comiendo luego conocieron el mal que habían hecho, y aunque

ellos se escondían cuanto podían, no pudieron hacer tanto que Dios no los viese, y vino con gran majestad acompañádo de muchos ángeles y después que hubo llamado á Adán, él se escusó con su mujer, y ella echó la culpa á la serpiente, maldiciéndolos Dios y dando á cada uno su penitencia.

"Trajeron los ángeles dos vestiduras bien contrahechas, como de vestiduras de animales, y vistieron á Adán y á Eva. Lo que más fué de notar, fué el verlos salir desterrados y llorando: llevaban á Adán tres ángeles y á Eva otros tres, é iban cantando en canto de órgano, "circumdederum me." Esto fué tan bien representado, que nadie lo vió que no llorase muy recio; quedó un querubin guardando la puerta del paraíso con su espada en la mano. Luego allí estaba el mundo, otra tierra cierto bien diferente de la que dejaban, porque estaba llena de cardos, y de espinas, muchas culebras; también había conejos y liebres.

"Llegados allí los recién moradores del mundo, los ángeles mostraron á Adan cómo había de labrar y cultivar la tierra, y á Eva diéronle husos para hilar y hacer ropa para su marido é hijos y con

solando á los que quedaban muy desconsolados, se fueron cantando por deshechas (por último) en canto de órgano un villancico que decía:

"Para qué comió
La primer casada,
Para qué comió
La fruta vedada.

"La primer casada
Ella y su marido,
A Dios han traído
En pobre posada
Por haber comido
La fruta vedada.

"Este auto fué representado por los indios en su propia lengua, y así muchos de ellos tuvieron lágrimas y mucho sentimiento, en especial cuando Adán fué desterrado y puesto en el mundo."

Ved ahí cómo nuestros misioneros no perdonaban medio alguno para mejor inculcar los dogmas cristianos en el entendimiento de los neófitos. No contentos con el recurso común de la predicación; poco satisfechos de las explicaciones doctrinales del catecismo echaban mano de símbolos y animadas figuras, invocando el auxilio de la imaginación, y aún pe-

dían á las musas, para revestir su enseñanza, las galas del arte y las flores de la poesía.

Más no perdamos de vista al P. Olmos.

Preparado con el conocimiento de algunas de las lenguas indígenas, como se prepara el guerrero con sus armas para el combate, empuñando una cruz y ardiendo en celo por la conversión de las almas, salió de México á recorrer, como lo hizo, las provincias más remotas del territorio nacional. Sin más compañía que su fe en Dios, y sin otro móvil ni sostén que su amor al hombre, atraviesa todo el país comprendido desde Hueytlalpan hasta las sierras de Tuzapan, bregando contra la aspereza y desigualdad del suelo, y molestado por el calor y los mosquitos que le maltraron el rostro hasta el extremo de parecer leproso.

A su paso enseñaba y bautizaba copiosamente, derramando al mismo tiempo en los corazones todos los consuelos del cristianismo.

No se detiene.

Emprende su viaje á Pánuco y Tampico: llega hasta el país de los chichimecas bravos, nuestros actuales bárbaros de la frontera del norte, y dispuesto á

hablar en nombre de Dios, desplega los labios, siendo suficientes la magia de su palabra insinuante para que aquellas tribus feroces depongan la actitud hostil, renuncien á la vida errante y se junten á formar poblado.

A él se debe la civilización de Tamaulipas.

Refiere la crónica que muchas veces intentaron los salvajes matarle, disparándole flechas, y que las que le tiraban se volvían contra ellos con la misma fu ria; que en cierta ocasión pusieron fuego á la choza pajiza donde se albergaba, pero que la acción de las llamas fué im potente para destruirla, y que con tales maravillas cobraron tanto respeto los bárbaros, que de cuarenta y más leguas venían á escuchar la voz del Evangelio y á recibir el bautismo. Agrega después, que muerto ya nuestro religioso, en encontrando aquellos á cualquier fraile de San Francisco, dejaban arco y flechas al instante y se venían de rodillas hasta él diciendo:—Andrés, Andrés.—con lo cual significaban que por el P. Olmos era la estimación que de él hacían.

Mas ¿á qué recurrir á portentos para dar prestigio á un héroe cuando los hechos de su vida real son más admirables? ¿Lo bueno y lo grande en el orden de

la naturaleza son menos asombrosos por ser naturales? ¿Es tan común la virtud que para ponerla en la categoría que le corresponde sea menester adornarla con la aureola de los milagros? Bastante se ensalza y se hace respetar por sí misma.

No, no hay necesidad de trastornar las leyes de la naturaleza para darse cuenta de esa benéfica revolución que la palabra y el ejemplo del venerable apóstol efectuaron en las costumbres y hasta en la índole de los salvajes.

Esa sumisión, ese acatamiento á la voz de los ministros de paz que fueron los inmediatos triunfos del apostolado en aquellos tiempos, se verían también al presente si hubiera eclesiásticos bastante animosos, bastante penetrados del espíritu evangélico, que renunciando á la comunidad y holganza de las ciudades, se decidiesen á calzar las sandalias y empuñar el báculo del misionero, y asimismo—preciso es hacer justicia á todos —si hubiéramos tenido un gobierno bastante ilustrado para comprender, con las páginas de nuestra historia á la vista, todo el bien que hicieron en otro tiempo las misiones en la frontera del norte, y todo el que podían hacer hasta hoy. Nuestra constitución política, que dis-

pensa protección á todos los cultos, no vería con desdén, hay más, vería con cariño el restablecimiento de aquellas pacíficas colonias de indígenas reducidos á la vida civil por un discípulo de Jesús, y presididos por él con entera sujeción á las leyes: en lugar de tribus bárbaras, plaga social, terrible amenaza á la tranquilidad de los establecimientos agrícolas y á las poblaciones todas de aquella parte del territorio, tendríamos aldeas civilizadas y aun tal vez ciudades opulentas, que serían la gloria de la nación: ¿no fué este el origen de San Luis Potosí y de Monterrey, fundadas la primera por Fr. Diego de la Magdalena, y por Fr Diego de León la segunda?

¿Y quién duda que los bárbaros recibirían hoy á los misioneros con el mismo amor y con la misma veneración que en otro tiempo? ¿Es grande, es terrible el encono de sus pasiones por la impolítica guerra que se les ha hecho? Pero todo lo contrasta la caridad, y el hijo del Evangelio lleva siempre consigo un talismán misterioso que le concilia todas las voluntades y le allana todos los caminos.

Hay un honroso ejemplo.

Tenemos noticia de que el actual obispo de Durango, cumpliendo con un de-

ber que imponen los cánones y que descuidan algunos otros diocesanos, hace anualmente ó cada dos años la visita de su obispado, que es bien extenso. Jamás figura en su comitiva una escolta; y con todo, atraviesa ileso aquellas inmensas y despobladas regiones, teatro de las depredaciones de los salvajes, por donde apenas se atreven á pasar ejércitos. No sólo, sino que los desalmados guerreros que habitan en torno de sus víctimas, que se divierten arrancando la cabellera á las mujeres, y lanzando al aire el cuerpo de los niños para recibirlo en la punta de la lanza, desarmados á la voz del pastor ilustre, doblan ante él la rodilla y le reciben en el desierto ó en sus aduares con tanto entusiasmo como si fuera una deidad bienhechora.

Hechos como este hablan muy alto.

Dígase lo que se quiera, el hombre es el mismo en todas partes, en todos tiempos y en todas condiciones; y por ínfimo que sea el punto que ocupe en la escala social, á ciertas armas opone siempre las mismas resistencias, y á tales otras se doblega indefectiblemente. Poco alcanza la fuerza y mucho la persuasión y la benevolencia.

IV

Algo tenemos aún que decir del P. Olmos.

De regreso en México, con objeto de recobrar la salud harto deteriorada por sus incesantes trabajos en el curso de las misiones, tuvo que salir á poco tiempo para ir á sofocar un levantamiento acaecido entre los chichimecas. Púsose en camino enfermo como estaba: llega á las serranías donde se habían fortificado los sublevados: predícales, manifiéstales las inapreciables ventajas de la paz y de la vida regular consagrada al trabajo: recuérdales las dulzuras que acompañan al cumplimiento de los deberes sociales, y en breve tuvo la satisfacción de observar que sus pasos no habían sido en balde, volviendo los naturales al estado tranquilo en que los dejara, y coronando de esta manera la obra que habían emprendido.

Después de ese suceso, ya no pensó en volverse á la capital, y se quedó en Tampico.

Llegóse entre tanto el tiempo en que como buen obrero en la viña del Señor, descansara, recibiendo el merecido salario. "Fatigado de una apostema (dice

Vetancurt) llamó á la gente del pueblo, y en agradecimiento del hospedaje repartió un rosario que traía, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un silicio. que eran las ricas alhajas que le acompañaban: y diciendo el credo dió su espíritu al Señor."

He aquí un buen modo que debieran imitar todos los que se dedican á la carrera del apostolado; he aquí una vida perfectamente ajustada á los preceptos del divino código de Jesús: nada para sí y todo para sus hermanos; llama siempre activa que se alimenta con la caridad.

V

Para completar, en cuanto es dable, el cuadro de los hijos de San Francisco que dedicaron su talento á las letras durante los primeros años que siguieron á su establecimiento en el país, permítasenos agrupar todavía algunas figuras: cada cual mostrará en la mano las obras debidas á su pluma.

Comenzaremos por el P. Fr. García de Cisneros, uno de los doce fundadores, como tenemos dicho. Era de prendas tan grandes y relevantes, que entre aquellos primitivos religiosos fué escogido para

primer provincial el año de 1536 con unánime consentimiento de todos: en su tiempo se fundó el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, y él dió á Fr. Toribio de Benavente la traza según la cual hubo de edificarse la ciudad de Puebla. No contento con la predicación propiamente tal, escribía sus sermones en mexicano, los cuales daba á los naturales para que los leyesen al pueblo. Ignoramos si hayan pasado hasta nuestros días. Murió en México en el año de 1537.

Fr. Alonso Rangel.—Compuso gramáticas de las lenguas mexicana y otomí, y en esta última, además un tratado de la doctrina cristiana. Pasó á México el año de 1529. Fué el primero que predicó en los distritos de Tula y Jilotepec, ocasionándole su empeño en la propagación de la santa doctrina, tenaces persecuciones de parte de los sacerdotes idólatras que más de una vez intentaron asesinarle. Desempeñó el cargo de guardián de muchos conventos, entre otros, del de Tula, cuya iglesia empezó á fabricar, si bien la prosiguió y acabó Fr. Antonio de San Juan. Electo provincial el año de 1546; y emprendiendo poco después viaje para asistir al capítulo general de Asís, que se celebraba en 1547, se perdió el buque en que navegaba y murió en el mar.

Fr. Maturino Gilberti, francés.—Vino á México con el P. Testera, y se aventajó á sus compañeros en el conocimiento de la lengua tarasca. Imprimió un escrito en la misma, con el título de Tesoro Espiritual. Fué un gran latino y escribió para los gramáticos de Tlaltelolco un arte de este idioma, que se imprimió en México el año de 1559, en la tipografía de Antonio de Espinosa, cuya obra tuvo en su poder y apreció mucho don Carlos de Sigüenza.

Fr. Juan Bautista de Lagunas, provincial que fué de Michoacán, escribió también en lengua tarasca gramática y doctrina cristiana. Fué natural de México.

El Ilmo. señor D. Fr. Francisco del Toral, primer Obispo de Yucatán, fué el que supo antes que ningún otro religioso la lengua popoloca, de Tecamachalco, en la que compuso gramática, vocabulario y algunas otras obras doctrinales. Aprendió también el mexicano y fué muy perito en ese idioma.

El venerable Padre Fr. Andrés de Castro, predicaba con mucha soltura en lengua batalzinca, y compuso en ella sermones, gramática y vocabulario. El matalzinca se habla en el valle de Toluca. Acerca de este religioso nos da Vetancurt los apuntes siguientes:

"Administró con tanto fervor, que los

domingos y días festivos, predicaba tres sermones al día, á los españoles, mexicanos y matalzincas: salía á los montes á reducir y convertir infieles; fué grande el número que catequizó y bautizó con tezón, que se le pasaba el día bautizando los niños, y confesando al sol y al aire, con un jarro de agua que bebía; todo el tiempo que cobraba ocupaba en el oficio divino y en la oración mental, en que fué muy ferviente; su abstinencia fué singular, porque comía muy poco, una vez en veinte y cuatro horas. Fué estimado de los naturales, que aunque les reprendía los vicios con severidad, era con ellos apacible: algunas veces intentó dejar los matalzincas y pasar á los mexicanos, diciéndoles que no había de volver á verlos hasta que se enmendasen de sus vicios; pero le salían al camino, unos llorando y otros abrazándose con él, y otros le volvían al convento en hombros."

Fuera nunca acabar el presente catálogo, si continuásemos la enumeración de todos los religiosos que enriquecieron la literatura nacional con sus escritos, especialmente de los que se dedicaron al estudio de las lenguas indígenas. Con todo, no podemos concluir sin hablar del padre Fr. Alonso de Molina, que sobresalió tanto en el conocimiento del mexicano, que su ciencia en esta parte fué repu-

tada infusa. Este es el niño Alonso de quien hicimos mención como de uno de los que más contribuyeron á la propagación del cristianismo por la eficaz ayuda que dió á los primeros varones apostólicos. El citado cronista asegura que el P. Molina fué el primero que compuso vocabulario de la lengua mexicana, que hasta hoy sirve. Compuso además toda la doctrina cristiana, confesonarios y otras muchas obras que dieron luz á los ministros evangélicos.

De los padres Sahagun y Torquemada, célebres historiadores á quienes tanto deben las letras, hablarémos cuando tratemos del colegio de Tlaltelolco.

Varias veces hemos mencionado al P. Fr. Juan de Zumárraga, y justo es que no terminemos la relación de las vidas de nuestros primeros misioneros, sin que fijemos en él una mirada. Lo harémos en el siguiente capítulo.

XII

El primer Arzobispo de México

Recién establecido el cristianismo en el país, hubo un fraile venido de España en 1,528 con el título de Obispo electo y protector de los indios, que tres años después dirigía al capítulo general de su religión, celebrado en Tolosa, una carta del tenor siguiente:

"Muy RR.PP.: sabed que andamos muy ocupados con grandes y continuos trabajos, en la conversión de los infieles, de los cuales, (por la gracia de Dios), por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico P. S. Francisco, de la regular observancia, se han bautizado más de un millón de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra, y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios las armas resplandecientes de la santa cruz. Y lo que pone admiración es, que antiguamente en su infidelidad, tenían por costumbre en esta ciudad de México, cada año sacrificar á sus ídolos más de veinte mil corazones humanos, y ahora no á los demonios, más á Dios, son ofrecidos, con innumerables sacrifi-

cios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos; por lo cual al mismo solo Dios se honra, y gloria, el cual es adorado, con reverencia en aquellos lugares, por los niños, hijos de estos naturales. Hacen muchos de éstos, algunos ayunos, disciplinas, y continuas oraciones, derramando lágrimas, y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños, y otros mayores, saben bien leer, escribir y contar, y hacer punto de canto. Confiésanse á menudo, y reciben con mucha devoción al Santísimo Sacra mento del Altar, y con grande alegría predican la palabra de Dios á sus padres, industriados para ello de los religiosos. Levántanse á media noche á maitines, y dicen el oficio entero de Nuestra Señora. á quien tiene muy particular devoción. Acechan, con mucho cuidado, adonde tienen sus padres escondidos los ídolos, y se los hurtan, y con fidelidad los traen á nuestros religiosos; por lo cual algunos han sido muertos inhumanamente por sus propios padres, ó más bien coronados en la gloria con Cristo. Cada convento de los nuestros, tiene otra casa junto para enseñar en ella á los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio, y una devota capilla. Son estos niños muy humildes y obedientes á los religiosos, y ámanlos más que á sus padres, y tratan verdad

con ellos. Son castos y muy ingeniosos, especialmente en el arte de la pintura, y han alcanzado buena ánima con Dios: bendito sea él por todo. Entre los frailes más aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno particular, llamado Fr. Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de más de seiscientos niños. Y cierto, él es un principal paraninfo, que industria los mozos y mozas que se han de casar en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio; é industriados los hace casar en los días de fiesta con mucha solemnidad. Para la manutenencia y doctrina de las mozas, envió de España la Serenísima Emperatriz Da. Isabel seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes; y mandó, por sus cédulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida, que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del Obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten á la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios, de varones religiosos. Después, ellos y ellas enseñan á sus padres gentiles lo que aprendieron, por lo cual parece haber dicho de ellos

el profeta David: De la boca de los niños y de los que aún maman, hiciste, Señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, á quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De México, 12 de Junio de 1531 años."

El religioso que en las lineas precedentes trazó el cuadro más acabado de sus apostólicas tareas, era el venerable Fr. Juan de Zumárraga, primer Arzobispo de México.

Vése asimismo en esa pintura representado fielmente su carácter, tal como era, tal como conviene que el mundo le conozca, y aprecie, y no como le desfiguran plumas apasionadas ó aturdidas, á quienes copian otras servilmente por no tener el trabajo de prepararse á juzgar con alguna dósis de crítica. La cualidad que en él resalta, es el ardiente celo por la conversión de las almas al cristianismo: cualidad que se pondrá en su punto por medio de una suscinta relación de la vida del héroe.

Fué ese natural de la villa de Durango en Vizcaya, aunque no falta quien diga que lo fué de la de Zumárraga. Tomó el hábito de San Francisco en el convento de Aranzazu de la provincia de Canta-

bria, y ya profeso vivió allí algunos años causando á todos admiración y respeto por sus raras virtudes.

Después de haber sido guardián del convento de Avila, y en seguida definidor y provincial, nos le encontramos presidiendo la comunidad del monasterio de Abrojo, cerca de Valladolid, en donde á los grandes méritos antes conquistados por su santidad, añadió una acción distinguida que le hizo célebre en su tiempo, y cuya memoria ha pasado á la posteridad. Fué la siguiente:

El Emperador Carlos V., como todos los hombres de su temple, era aficionado al retiro. Un día llamó á las puertas del expresado convento con ánimo de pasar en el claustro la semana santa. Recibido y agasajadc por los cenobitas, como le fué dable, quiso él á su vez pagarles de alguna manera la hospitalidad, á cuyo fin dió órden para que se les ministrase una suma en clase de limosna con que pudiesn tener en esos días una comida regalada. ¿Qué hace el venerable Zumárraga? Admite la limosna, pero en vez de destinarla á la comunidad, la distribuye íntegra entre los menesterosos del lugar, no reservando para sí más que la satisfacción de haberlo ejecutado —¡Cómo! dijo á sus hermanos: mientras S. M.

se retira en este santo tiempo de ayuno por abstinencia á los religiosos se les ha de permitir regalo!—Ved ahí al fraile.

Prendado Carlos V. de tan bello carácter, estando México conquistado poco tiempo hacía, presenta á Fr. Juan á la silla apostólica para primer obispo del nuevo reino. Opone resistencia el apóstol á aceptar la dignidad que se le ofrece; pero al fin tiene que ceder ante la firme voluntad del monarca, y antes de consagrarse viene á nuestro país en la clase y con el honroso título que dijimos al principio.

Hallábase México á la sazón devorado por la guerra civil. Pesaba sobre la ciudad el yugo de los ambiciosos que habían quedado gobernando en ausencia de Cortés, el cual aún no regresaba de la funesta expedición á Hibueras. Ya hemos presentado el cuadro de esos desórdenes ante los cuales se pierden de vista los que han turbado la paz de la nación después de su gloriosa independencia; porque si en nuestros días se ha derramado la sangre de hermanos en el campo de batalla, no tenemos todavía, por fortuna ejemplares de las crueldades, de las bajezas y de las villanías que entonces se cometieron en una sola población para apoderarse del gobierno.

La conducta del venerable pastor fué en esa vez toda de paz y conciliación, hasta que los excesos de la tiranía le obligaron á usar de rigor con los déspotas. Limitado al principio el señor Zumárraga, á cubrir con su sagrado manto á todas las víctimas, dispensando igual protección á indios y españoles, para quienes dispuso un asilo en el convento de San Francisco, valióse después de las más terribles armas de la iglesia contra los que trataban de burlar ese amparo, extrajeron del convento á los retraídos.

Pero esta misma entereza, esta misma energía le acarrearon la enemistad de los hombres á quienes hacía frente de una manera tan digna: mandan éstos á la corte los informes más desfavorables tanto respecto de la persona del obispo como de los franciscanos, en que calumnian á unos y á otros; impiden que las cartas y memoriales de los acusados pasen á España; y con tal medida acaso habrían triunfado, si la industria de un marinero vizcaíno no hubiera discurrido sacar al mar dentro de una boya embreada una carta del venerable apóstol y de allí conducirla secretamente hasta ponerla en manos de la emperatriz.

"Aquella carta, (dice el señor Dávila) produjo todo su efecto, volviendo la

tranquilidad á la República con la remoción del Gobernador y oidores que se habían abrogado el poder, haciéndoseles embarcar de órden de la emperatriz gobernadora para España, á dar cuenta de su irregular conducta. Pasó igualmente á la misma Península el venerable Zumárraga, para consagrarse de Obispo el año de 1532, siendo un nuevo objeto de edificación el ver la pobreza con que llegó á su patria, volviendo de una tierra de la que todos regresaban ricos. Los dos años que permaneció en España, se ocupó con el mayor empeño en defender con el mayor valor apostólico la libertad de los indios, y sacarlos de aquella miseria y vejaciones que sufrían de los encomenderos. Ya desde el año de 1530 se había expedido la primera real provisión para que fuesen manumitidos los indios esclavos, á consecuencia de las muchas y vigorosas representaciones del memorable Obispo de Chiapas, Don Fr. Bartolomé de las Casas, y otros varones religiosos; pero prosiguiendo los abusos no había tenido mayor cumplimiento. Nuestro prelado lo representó á la Emperatriz, y consiguió otra nueva orden con el mismo objeto, comisionándole expresamente para que velase sobre su observancia, renovándosele el título que anteriormente se le

había dado de preceptor de los indios Igualmente y en la misma cédula se le facultó para que representase ante el gobierno de México á fin de que se moderasen los tributos que tanto al rey como á los encomenderos pagaban los indios, de oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas ricas y que no fuesen vejados con el trabajo de los suntuosos edificios que fabricaban para los españoles. Y no pudo darse la comisión á persona más á propósito y que más amara á los indios: al venerable Zumárraga se debió la primera reducción de estos onerísimos tributos, que en los siglos siguietes llegaron á una cantidad insignificante por cabeza; así como se le debió también la escensión del trabajo de las minas, de la siembra de caña y de otros penosísimos con que los neófitos eran oprimidos por los encomenderos.

"Habiendo regresado á la Nueva España en 1534, con una escogida y copiosa misión de religiosos de su orden fué reducido en México con sumo honor de parte de los conquistadores, y mucha mayor alegría de la de los indios, que lo amaban cordialmente. Desde luego comenzó á aliviar su suerte corporal, consiguiendo, si no todas las ventajas que quería y para las que venía comisionado,

cuantas le fué posible á favor de sus amados indios, en aquella época tan difícil y comprometida para los ministros del Evangelio que tenían que chocar de frente con hombres ambiciosos, soberbios y en lo general de desarregladas costumbres. Pero considerando que su misión, más bien que de auxiliar las necesidades corporales era la de convertir las almas de que habría sido nombrado pastor, con mayor empeño se dedicó á instruir á los indios en sus deberes de cristianos y de arrancar de sus corazones los vicios y supersticiones de la idolatría; y al efecto, él mismo tomó á su cargo este cuidado, sin desatender por esto los demás oficios públicos de su cargo pastoral. En la Catedral, recién edificada señaló un lugar donde tenía púlpito y altar para decir misa y predicar diariamente á los indios, negros y demás gente de servicio de los españoles: su enseñanza no era solo en común y dirigiéndose á todos, sino que con un celo verdaderamente apostólico y paternal, á cada uno iba enseñando perfectamente la doctrina cristiana, les explicaba los misterios, les hacía las preguntas necesarias y los examinaba con mayor atención que si fuera un simple maestro de escuela.

Además de los servicios que van enu-

merados, la humanidad debe al Sr. Zumárraga, otro no menos importante, como fué el establecimiento de varias casas de beneficencia, entre otras, un hospital en Veracruz y otro en esta ciudad, conocido primitivamente con el nombre de San Cosme y S. Damián, y después con el del Amor de Dios, el cual estaba destinado á los que padecían enfermedades venéreas y ocupaba el mismo lugar donde hoy está la Academia de Bellas Artes. Toda la renta del obispado no pasaba por sus manos sino para ir á la de los pobres, y se refiere con este motivo, que no teniendo una vez que dar á un indio que le pidió limosna, le dió el paño con que se limpiaba el rostro.—Ved ahí al obispo.

Después de lo dicho, no parecerá exagerado lo que asentamos en órden á su carácter, señalando en él, como la cualidad de más bulto, el ardiente celo por la conversión de las almas al Evangelio. Pero este mismo celo es el que, considerado por sus detractores como un fanatismo absurdo, ha dado origen á un hecho memorable que se cita en su contra para guardarle de bárbaro: Zumárraga mandó reducir á cenizas un cúmulo de manuscritos aztecas en la plaza de Tlaltelolco ó en la de Texcoco, según otros

opinan, aniquilando de esa suerte quizá los monumntos más preciosos de la historia, de la poesía y de la literatura indígenas. Es cierto el hecho; y si no nos equivocamos, el mismo religioso alude á él en esta expresión que forma parte del expresado documento: "y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban (los indios) han sido hechas pedazos y quemadas." Pero comprendía él todo el alcance, toda la trascendencia de su acción?

Hablando de ella el señor Prescott, se expresa en estos términos:

"El primer Arzobispo de México, Don Juan de Zumárraga, cuyo nombre será tan inmortal como el de Omar, reunió las pinturas de todos los lugares, especialmente de Texcoco, la capital más culta de Anáhuac, y el gran depósito de los archivos nacionales; mandó apilarlas haciendo un monte, según lo llaman los mismos escritores españoles, en la plaza del mercado de Tlaltelolco, y luego fueron reducidas á cenizas. Su más célebre compatriota, el Arzobispo Jiménez, había celebrado un auto de fe semejante con los manuscritos árabes en Granada unos veinte años antes. Jamás había conseguido el fanatismo un triunfo más señalado que el de la des-

trucción de tantos documentos curiosos del ingenio é instrucción humana.

Comprendemos bien que un escrito de las prendas del célebre historiador americano, rara vez deja pasar una coyuntura como ésta, sin asestar un epígrama; pero de aquí á rendir á la verdad en todo caso el homenaje que merece, hay una enorme distancia. ¿Qué punto de comparación ofrece, bien mirado, el hecho de Zumárraga con el del Califa sucesor de Mahoma?

"Si estos libros dicen lo mismo que el de Alcovan, son inútiles; y si lo contrario, perjudiciales."

Tales fueron, según se refiere, las palabras que dijo Omar al mandar quemar la biblioteca de Alejandría; palabras que revelan toda la fatuidad de un exclusivismo intolerante y desmedido; palabras nacidas de una inteligencia encastillada en una sola idea, fuera de la cuel no concibe nada bueno ni útil.

No era esta la verdad de la creencia del venerable obispo, porque de lo contrario era menester suponer que no juzgaba bueno ningún libro, sino el Evangelio.

No, la falta de instrucción fué lo que le indujo á obrar de esta manera. Recuérdese que España en el siglo décimo-

sexto, si bien sobresalió en poesía, se hallaba en un atraso lamentable respecto de los otros ramos del humano saber, no cultivando con buen éxito en punto á ciencias más que las teológicas.

¿Cómo podía, pues, el señor Zumárraga dar á los manuscritos de que se trata toda la importancia que en sí tenían?

De ninguna manera.

Pero si veía en ellos un obstáculo y no pequeño, para que los aztecas viniesen á la fe cristiana, y para que se afirmasen más en ella los neófitos. Tal era la creencia común, y así lo asienta el mismo Prescott cuando dice: "que los caracteres extraños y desconocidos, inscriptos en aquellos (los manuscritos) excitaban sospechas; porque eran vistos como escrituras magníficas y á la misma luz que los ídolos y templos como los símbolos de una superstición pestilente que debía extirparse."

Pues bien: el Obispo de México quiso remover un obstáculo, quitar un peligro, y eso es todo; se hizo el instrumento de una necesidad que los demás comprendían como imperiosa, y la prueba de ello es, que nadie condenó aquella acción como un atentado, y antes bien, parece haber sido reputado muy natural y edificante; en una palabra, se do-

blegó á la influencia del tiempo y las circunstancias y á la más poderosa todavía de la opinión autorizada; y cierto, nadie, sino el númen goza el privilegio de ser superior al siglo en que vive.

Depurado este hecho, terminemos la relación de la vida de nuestro fraile.

Fiel observante como obispo de la ley de pobreza evangélica, tanto cuanto eran otros aficionados á atesorar riquezas para sostener un boato escandaloso, vivió siempre como simple fraile, mostrándolo así en el menaje, en el vestido y en la comida. Llegó en este punto á tal extremo su escrupulosidad, "que por haberle dicho cierta vez, con motivo de unas pobres colgaduras, que se habían puesto en la sala de recibir de palacio, que ya era obispo y no fraile, se conmovió tanto, que al momento comenzó el mismo á quitar aquel adorno, diciendo con lágrimas á sus familiares:—Dícenme que ya no soy fraile sino obispo: pues yo más quiero ser fraile que obispo.

Acreditó este deseo renunciando varias veces el obispado y aún abandonando el puesto, como lo hizo cuando en compañía del padre Valencia y de Fr. Domingo de Betanzos, dispuso pasar á

China á predicar la doctrina de Jesús, como simple misionero.

Pero Dios le tenía destinado no sólo para esa alta dignidad, sino para la de primer Arzobispo de México, pues que estando ya establecidas las diócesis de Puebla, Guatemala, Oaxaca, Michoacán y Yucatán, el sumo Pontífice Paulo III le envió en 1545 el sagrado palio para sí y para sus sucesores. Con todo, no llegó á tomarlo. Rehusando aceptar el arzobisdo, y para librarse de los ruegos de los que querían obligarle á doblar el cuello á esta nueva carga, se retiró al pueblo de Tepetlaoztoc donde á la sazón moraba su íntimo amigo, el venerable Betanzos. El cansancio del camino, su avanzada edad, que pasaba ya de ochenta años, así como la fatiga consiguiente á una tarea tan pesada como la de haber confirmado en el pueblo en cuatro días catorce mil quinientos naturales, quebrantaron su salud de tal manera, que ya sólo pensó en disponerse para morir. Agrávase su enfermedad; vuelve á México conducido por los religiosos sus hermanos, que deseaban atenderle con más esmero; pero todo es inútil, y expira en los brazos del venerable Fr. Domingo de Betanzos en la mañana del domingo des-

pués de la fiesta de Corpus, el año de 1548.

Poco antes de morir, manifestó deseo de que su cadáver fuera sepultado en el convento de su órden; pero el virrey y la audiencia dispusieren que lo fuese en la Catedral, y así se verificó con acompañamiento de personas de todas clases, y muy particularmente de los indios, que con la muerte del varón ilustre perdían á la persona que mejor desempeñara los oficios de padre, protector y maestro.

XIII.

Misiones.

La religión de San Francisco fué una planta que se aclimató en nuestro suelo y extendió en breve su benéfica sombra hasta los confines del territorio nacional; planta robusta y magnífica que tenía la raíz en México y las ramas dilatadas hasta los pueblos más extraños y bárbaros.

Ya con motivo de los viajes apostólicos del padre Olmos indicamos algunos de los servicios que prestó la orden

seráfica en pro de la causa de la civilización de nuestra frontera septentrional; ya vimos cómo varias poblaciones de las más importantes de aquellos distritos son los monumentos que acreditan gloriosamente el paso de los primeros misioneros por unas regiones donde no se atrevían á poner la planta las huestes de Cortés; y cuando se reflexiona que estos hechos tenían verificativo aun antes de que expirase el siglo décimosexto, no puede menos el corazón de interesarse y aplaudir el celo que los dictaba, como se encariña con la memoria del bien pasado y que no volverá jamás.

Reunir metódicamente estos hechos, considerarlos en todas sus relaciones, determinar su influencia y resultados, deducir por ellos el espíritu de la época, en una palabra, estudiarlos profundamente, sería emprender una labor para cuyo desempeño no bastarían algunos volúmenes; sería tanto como formar una historia, y lejos está de ser esa nuestra intención.

Pero sí entra en el plan de este libro seguir á los religiosos en algunas de aquellas santas peregrinaciones que tenía por objeto sacar de la barbarie á pueblos enteros y á veces tribus numerosas, que bien merecían escuchar la pa-

labra de vida: de ellas unas se debían sólo á los esfuerzos de los misioneros, y otras al espíritu emprendedor de estos favorecido y sostenido por el gobierno colonial. Consagremos por ahora algunas líneas á las de la última clase.

XIV.

Nuevo-México.

La provincia de este nombre fué descubierta por el capitán Francisco Hernández Coronado, que en el año de 1540 llegó por Chiametla y Valle de Corazones á los Tiguas y campos de Cíbola; pero no fundó población ninguna, y hubo de volverse á la capital, logrando solamente el reconocimiento de aquellas vastas regiones y sus habitantes, para disponer la translación y establecimiento de misioneros que llamaban estos "hacer una entrada." No obstante estar allanado en cierto modo el camino, pasaron once años para que ésta llegara á verificarse, y fué con ocasión del cristiano empeño del venerable lego Fr. Agustín Rodríguez, el cual salió de México llevando en su compañía dos sacerdotes del

convento, que fueron Fr. Francisco López y el R. P. Fr. Juan de Santa María. Dióseles para su seguridad algunos soldados, por temor de que corrieran la suerte que otros religiosos en provincias habitadas por gente semejante; caminaron por Zacatecas hacia el norte cuatrocientas leguas; dieron con los Tiguas, y contemplando con asombro la muchedumbre de aquellas tribus, de quienes eran recibidos con benevolencia, llamaron á la provincia Nuevo-México.

Pero tampoco se alcanzaron por entonces muchos frutos, porque habiéndose separado el P. Santa María de sus compañeros para venir á dar la noticia á sus hermanos de México, tomó por distinto rumbo del que habían seguido, y á los tres días de camino, cayó en manos de los bárbaros, que le quitaron la vida. Los soldados que le acompañaban y que lograron escapar de aquel trance, fueron los que trajeron al virrey la funesta nueva.

A este descalabro siguió otro no menos deplorable. El año de 1582, Don Antonio de Espejo penetró en la provincia con cien caballos, algunos soldados bien equipados y un misionero, el P. Fr. Bernardino Beltrán; llegan al país de los

Tiguas, pero hallando muertos á los PP. López y Rodríguez, tuvieron por conveniente retirarse, quedando abandonada la empresa por mucho tiempo.

Bien podía el gobierno haber intentado reducir por la fuerza á tribus como aquellas de condición tan intratable, pues ya contaba con los elementos necesarios; pero se conoce que la doctrina de Las Casas que reprobaba este medio violento para la conversión de los infieles, iba conquistando día á día en la opinión más terreno, del que se cree comunmente. Tarde ó temprano llega la razón á abrirse paso por entre las nieblas con que la ofuscan bastardos intereses.

Corriendo el año de 1595, se preparó y puso en camino otra misión compuesta de ocho religiosos, mandados por el comisario general Fr. Pedro de Pila, y presididos por el P. Fr. Rodrigo Durán, á quien sucedió Fr. Alonso Martínez en el mismo cargo. Llevaban en su compañía á varios colonos bajo el mando de Don Juan de Oñate, nombrado capitán general del nuevo establecimiento. Llegaron felizmente, y entre dos ríos fundaron una villa dedicada á San Gabriel, la cual prosperó en breve á causa de los aumentos que tuvo su población con

los indios que se iban convirtiendo al cristianismo.

Satisfechos los ministros apostólicos con el buen éxito de sus predicaciones, enviaron á México á algunos de sus compañeros para informar de lo ocurrido y á principios de la centuría siguiente, partió nueva misión á la villa recién fundada, llevando por custodio al venerable P. Fr. Juan de Escalona. Desde entonces fué en progreso la colonia, reforzada constantemente con nuevos obreros, y ya en 1623 se contaban siete monasterios, dechados de celo y observancia, estabecidos entre diferentes tribus, como eran las de los Mansos y Lanos, Tiguas y Teguas, Piros y Tumpiros, Pecuries, Taos, Pecos, Xumanas, Tanos, Queres, Hemes y Apaches. Por entre todas ellas hicieron brillar los frailes la antorcha del Evangelio, dando impulso á las labores agrícolas, secundados por la fertilidad asombrosa del terreno, y todos estos establecimientos formaron lo que entonces se llamó "Custodia de la conversión de San Pablo de la Nueva-México."

Para dar idea de los dones con que favoreció á aquel país la Providencia, traslademos á este lugar la pintura que de

él hacía Vetancourt en el siglo décimo séptimo. Védla ahí:

"Dista de la ciudad de México hacia el norte, con declinación al poniente, la que era la Nueva-México, cuatrocientas leguas: está en 37 grados de altura, cuyo temple es al de nuestra España, parecido, porque nieva como en Europa, y llueve al tiempo que en España llueve; tiene arroyos y ríos que la bañan, en particular el río grande del Norte, donde se crían varios géneros de pescados regalados, se cogen nutrias y castores, de que se han hecho sombreros; tiene montes de arboledas y pinos, donde se cogen piñones, que no se han visto mejores, ni más tiernos; montañas ásperas y fragosas, donde habitan leones, osos, lobos y todo género de caza: conejos, liebres y venados, que llaman alazanes, casi del tamaño de toros.

"En los campos, que se dilatan por muchas leguas, hay cíbolas, que son especie de vacas con el pelo largo, y andan vagando en manadas cuantiosas. Hay aves y pájaros de diversos colores: águilas, gavilanes, ruiseñores, gallinas, pavos, codornices, perdices, palomas, golondrinas, y todo género de patos, y ánsares, zenzontles, de aquellos que son en México célebres por los varios cantos, que en

mexicano cenzontli es número de cuatrocientos; hay minas de plata, de cobre, de azabache, de piedra imán, y una de talco transparente á modo de yeso, que lo sacan como tablas, y adornan las ventanas con ellas como si fueran de cristal.

"Hay árboles frondosos, encinas, sauces y álamos; á la orilla del río se va por sombra de álamos por más de cuatro leguas: las semillas, legumbres, viñas y árboles frutales se dan con abundancia como en España; las carnes son gustosas y de substancia, y se procrean vacas y carneros mejor que en otra parte de las Indias: la salud de los hombres es más robusta, porque los temperamentos á sus tiempos no son variables. En toda la tierra no se usa de moneda, porque los tratos son á cambio, trocando una cosa por otra en especie, y así siempre corren los géneros por un precio."

¡Dichosa la nación que posee actualmente ese dilatado territorio, donde la bendición de Dios hizo brotar un paraíso! El régimen colonial con su mezquina política de aislamiento y exclusivismo, si bien trató cuerdamente de poblar aquellas regiones en los primeros años que siguieron á la conquista, descuidó á la larga de proteger la inmigración, único medio de civilizar á las tribus bárbaras

que las habitaban: después de la Independencia siguieron sus huellas nuestros gobiernos, sin pensar que colonizando la frontera con familias extranjeras y mexicanas, se hubiera levantado una barrera, donde se estrellaran los tiros ambiciosos del coloso del Norte. Al presente ha dado este un paso hacia nosotros. La mitad de nuestro territorio le pertenece y tiene fija la mirada sobre la otra mitad. Los bárbaros le preceden, y son la terrible espada de llamas que nos impiden la entrada de aquel encantado Edén.

XV

La Paz

No tuvieron tan feliz éxito en Californias los afanes de nuestros misioneros, bien que se frustraron por mucho tiempo igualmente las tentativas que hicieron varios expedicionarios navales por sojuzgar aquellas dilatadas provincias.

Cortés, capitán ambicioso y afortunado, no contento con haber puesto á la obediencia de su soberano los reinos de México y Michoacán, intentó asimismo, primero por otros y después por sí con-

quistar las Californias, que se presentaban á su acalorada imaginación como un país de oro bañado por un mar de perlas.

Pero todas estas expediciones, así como algunas otras que se verificaron después, sólo sirvieron para adquirir el convencimiento de que la empresa ofrecía dificultades no previstas hasta entonces y acaso insuperables por muchos años.

Mas llegó el de 1596, y la fortuna pareció deponer el desdén con que había tratado á la ambición. Sebastián Vizcaino, hombre de mucho mérito, fué nombrado por el rey para expedicionar nuevamente á efecto de poblar y fortificar los puertos de California, que ya empezaba á ser objeto de la codicia de otras naciones, según pudo percibirse por el hecho de haber arribado poco antes á la península Francisco Drake, célebre corsario inglés y de haber tomado posesión de la parte septentrional, poniéndole el nombre de "Nueva Albión."

Con tres navíos bien provistos de todo lo necesario partió Vizcaino de Acapulco, llevando en su compañía cinco religiosos franciscanos que se ofrecieron para ese objeto, y fueron los RR. PP. Fr. Francisco de Balda, Fr. Diego Perdomo, Fr. Bernardino de Zamudio, Fr. Nicolás

de Zaravia y Fr. Cristóbal López. Llegaron al puerto de Zalagua y de allí á Mazatlán, donde desertaron algunos soldados y se quedó por enfermo el P. Balda.

Arribaron en seguida á un puerto que llamaron San Sebastián, donde hallaron gente que no usaba vestido, y de quienes no recibieron ninguna muestra de hostilidad. Finalmente, después de quince días de navegación trabajosa, llegaron á mejor puerto, donde los naturales los acogieron hospitalariamente ofreciéndoles desde luego perlas, pescado, pitahayas, ciruelas y una fruta menuda muy sabrosa, según el cronista, que no fué conocida de ninguno de los expedicionarios. Desembarcaron, y con asombro suyo llegaron á entender, por señas que les hacían los naturales, que allí mismo habían estado otros españoles, presumiendo que serían los que formaron la armada de Cortés, mandada por él mismo. Construyeron desde luego algunas cabañas para su habitación, y entre ellas una mayor para que sirviese de iglesia; tomaron posesión de la tierra con las ceremonias de estilo en aquella época, y aludiendo al buen recibimiento que les habían hecho los naturales, no menos que á la pacífica condición de éstos, llamaron á la nue-

va colonia el "Puerto de la Paz," nombre que conserva hasta el día.

Los religiosos con un ardor inestinguible y que parecía crecer con las dificultades, se dedicaron á la conversión de los indios, procurando disponerlos al bautismo con la enseñanza cristiana; mostrábanseles aficionados, esforzándose en aprender la lengua del país, y atrayendo á los niños con caricias y regalos; los indios correspondían á esta benevolencia sometiéndose á los apóstoles con la docilidad y cariño de hijos; y en una palabra, todo parecía afianzar para siempre la conquista de aquel territorio, cuando un incidente vino á echar por tierra esperanzas que se creían muy bien cimentadas.

Pero ese incidente, que nada tiene de ficticio, ha servido de base á una conseja que brevemente referiremos en seguida.

XVI

Perder un tesoro por lograr otro.

I

Era D. Lope un joven juicioso, trabajador, de fisonomía agradab[illegible] de genio suave y condescendente y d[illegible] [illegible] atractivos; era, en suma, l[illegible] [illegible] suele llamarse "un mozo de [illegible]vech[illegible]."

Aunque en España tenía [illegible] sufici[illegible] para vivir con decencia, pr[illegible] dalgo de casa solariega, contagiado [illegible] espíritu aventurero de la época de los Pizarros y Corteses, vino á Nueva España como paje del virrey D. L[illegible] [illegible] el II, deseoso de mejorar [illegible] sirviendo un empleo lucra[illegible] [illegible] pa[illegible] ó ya entrando en la carr[illegible] e[illegible]siástica con no dudosa esperanza [illegible]e obte[illegible]er u[illegible] pingüe beneficio.

No le faltaban estudios, habiendo pasado la flor de sus años en la célebre universidad de Salamanca, de donde concluidos sus cursos, salió á viajar por Italia con el único fin de aumentar el caudal de sus ya no vulgares conocimientos.

Estas prendas, unidas á las demás ventajas que su posición le daba, hacían de

él una persona que hubiera podido captarse la amistad de lo más florido de la sociedad mexicana, á no ser por su poca ó ninguna afición al trato humano, especialmente con individuos del sexo hermoso.

Procedía en gran parte este despego de cierta aventurilla amorosa que tuvo en sus primeros años, de la cual no salió tan airoso como deseara, y que había dejado en su corazón una huella muy profunda de pesar. No obstante, su estado habitual por lo tocante á afectos de esta especie era la más completa indiferencia. ¿Hablábasele de amores? contestaba con una ronsira amarga ó con alguna expresión irónica, que revelaban un alma herida de tristes decepciones.

No hay que dudarlo. Esa postración de las potencias afectivas del hombre como resultado de alguna contrariedad en los primeros pasos por la senda del amor, no es el patrimonio exclusivo de la juventud de nuestros días: hoy se decanta por el empeño mímico de ostentar una experiencia precozmente adquirida; pero en realidad de verdad ha sido enfermedad endémica en todos los siglos y en todos los países, y eso de "cruel escepticismo, desengaños atroces, ensueños desvanecidos, pesares roedores, mortal des-

aliento y perdidas ilusiones," era achaque de que adolecía nuestro D. Lope como el más desaforado romántico.

II

A la sazón vivía en México una señorita, criada en el mimo, ávida de lucir su hechicera persona en concurrencias escogidas, ardiente apasionada del baile, admiradora de jóvenes aturdidos con humos de calaveras, y para no decir más, el reverso de D. Lope.

La naturaleza y la sociedad parece que se complacen en tales contrastes, y no pocas veces se divierten intentando destruírlos por medio de la asimilación.

El joven juicioso vió una vez en la corte á Da. Elvira (tal era el nombre de la dama), la vió, es verdad; pero la vió sin el menor movimiento de admiración ó de entusiasmo: la vió como el matemático que se halla en presencia de un sólido, cuya densidad y volumen pretende averiguar por medio del cálculo.

No sólo la vió y contempló á todo su sabor sin el más mínimo peligro, sino que pudo resistir el brillo fascinador, las centellas que brotaban de los ojos de la hermosa, y lo que es más, el prestigio de su gallardo continente y de las dulcísi-

mas sonrisas que traveseaban en sus labios infantiles.

Terminó aquella casual entrevista. Da. Elvira se retiró de palacio sin haber reparado siquiera en la interesante figura del sesudo D. Lope; mas no sucedió otro tanto con éste, que al entrar á su aposento conoció que había visto demasiado, acaso con exceso, á la joven.

Alarmóse un momento al notar en su alma alguna zozobra: procura restituirse á la antigua calma, toma un libro en la mano y se empeña formalmente en distraerse con la lectura, pero son inútiles todos sus esfuerzos. Mientras recorría las páginas, leyendo sin entender lo que leía. escuchaba en sus adentros la voz argentina, sonora, melodiosa de Elvira, como si transportado al cielo escuchara el canto de un ángel; y cuanto más empeño ponía en librarse del recuerdo de la seductora virgen, más se sentía atraído, magnetizado, fascinado, poseído por su picante hermosura. Parecíale que una mano misteriosa estampaba en su corazón la imágen de la bella con un hierro ardiendo.

¿Será menester declarar que D. Lope estaba enamorado?

III

—"Nihil novun sub sole," nada hay nuevo en el mundo, verdad trillada y que sin embargo podrá, á mi juicio, valerme con las personas de seso que me conocen, cuando lleguen á enterarse de la locura en que estoy abismado. ¡Qué dirán! (hablaba consigo mismo el infortunado joven) D. Lope visita á Da. Elvira, D. Lope se casa; D. Lope, las esperanzas del reino, el ídolo de las personas sensatas, el ejemplo de la corte, está perdido de amores, ¡y por quién! por una niña casquivana, antojadiza, indiferente y juguetona como el agua de un arroyo que corre sin saber á donde va, y murmura sin expresar ningún sentimiento.

—¡Pues bien! esa es la verdad! ¡Lejos, lejos de mí la ambición! Nada deseo, nada quiero sino á Elvira: ¡Elvira es el aire que respiro, la vida que me sostiene, el sol que me alumbra y el amor de mi alma! Por seguirla recorrería sin descanso día y noche toda la tierra; una sonrisa suya es mi gloria; sus palabras suenan dulcemente en lo íntimo de mi corazón como una música divina; la adoro como á una deidad, y por alcanzar su cariño le tributaría el homenaje de todo mi ser!..

IV

Por lo dicho se ve que nuestro D. Lope estaba de buen temple.

No se requería más para que la niña fuese demasiado esquiva con el amante. Si hubiese sido menos leal, menos amartelado, menos rendido, acaso, y sin acaso, le habría tratado con más consideraciones; pero era todo lo contrario, y la traviesa dama le mataba á desdenes, no tenía para él ni una palabra afectuosa, ni una mirada compasiva, ni un ademán que le hiciese concebir la más ligera esperanza.

—¡Oh mujeres! ¡mujeres! ¡cuán terribles sois con las víctimas de vuestros hechizos!

Así exclamaba D. Lope á sus solas, dándose fuertes palmadas en la frente, haciendo propósitos de no volver á visitar á la joven y maldiciendo con todas veras el imán irresistible de su peregrina, aunque maligna hermosura.

Pero el amor hacía desaparecer tales resoluciones, como las plumas que arrebata entre sus alas un remolino.

V

Presentóse el joven una mañana en la casa de su amada, y la encontró sentada en un sillón, sola, con el pañuelo á los ojos y llorando á lágrima viva.

—¿Puedo saber lo que os aflige, señora mía? díjole con acento que hubiera conmovido á una roca.

—¿Qué pueden importaros mis padecimientos? contestó sollozando la dama; y aunque os importaran, ¿está en vuesta mano alcanzar lo que deseo? ¿teneis poder para remediar mi desventura? ¡Ah, si así fuera, mi mano os pertenecería! yo no sería más que de vos, porque ningún otro merecería mi afecto; pero ¡qué digo!..... El pesar me trastorna la cabeza: ya no sé ni lo que me digo, perdonad.....

—¡Decid, decid! Hablad con franqueza á un alma que es toda vuestra, y que se siente con fuerzas bastantes á realizar imposibles por mereceros, por grangearse vuestro amor, por decirse con orgullo—¡es mía!

El joven estaba asombrado de ver acongojada á una niña que, en su concepto, era incapaz de enternecerse por nada de esta vida; á quien no había visto se-

ria, verdaderamente seria, sino para desdeñarle; y que no había empleado sus diez y siete primaveras, sino en bailes, tertulias, paseos y diversiones de todo género, fuera de cuyo círculo no concebía felicidad alguna para los mortales. Aprovechando, pues, esta coyuntura que le ofrecía la conmoción de la bella, redobló sus esfuerzos para conquistar un objeto que hasta entonces había huído de su amoroso empeño, como la mariposa que se retira volando de una flor al tiempo que va á ser presa de los dedos de un niño.

—¡Hablad, hablad! no tenéis que hacer sino mandarme para ser obedecida: vuestros pesares son también mis pesares, vuestra dicha, la gloria de mi alma, y por libraros de un instante de pena, por excusaros el más leve disgusto, daría toda mi vida, todo mi reposo, toda mi fortuna, todo lo que soy y puedo!

—Sois galán á las derechas, D. Lope (contestaba la dama); pero, creedme, es inútil manifestaros mis cuitas ...¡se han hecho tantas diligencias!.... Nada.... todos mis parientes se han dado á buscarla con el mayor empeño.... se perdió cuando mejor guardada se creía.... y no, no parecerá jamás... oh! soy muy desdichada!—¡Adiós!

Terminando estas palabras se retiró Da. Elvira á llorar á su retrete, dejando al mísero amante hundido en la mayor confusión, de que no salió, sino con la llegada de algunos individuos de la familia, que le encontraron triste y cabizbajo.

VI

Y después de todo, ¿cuál era la causa de tanta angustia? ¿cuál el verdadero concepto que envolvían las expresiones inconexas que pronunció Elvira poco antes de retirarse?

Lo diremos aun con riesgo de que nuestra heroina baje quizá demasiado en la estimación de los lectores. Se susurraba lo siguiente:

Poseía Elvira entre sus alhajas una perla de extraordinario tamaño y de un oriente maravilloso. Su padre la adquirió en Portugal de un rico negociante de la India, que al vendérsela le dijo:— ¡Oh, señor! os haceis dueño en este instante de un objeto que casi, casi vale una fortuna: creedme, los mil ducados que me dais por ella es suma bien mezquina en comparación de su verdadero precio; y el Gran Turco me los ofrecí y aun quizá me habría hecho mejor pr puesta á tener yo ánimo de vendérsel

pero no quiero á esos perros de musulmanes, y si no hubiera un caballero cristiano que se quedase con ella, más bien se la regalaría á mi rey.

Elvira cifraba en la perla todo su orgullo de muchacha. Amábala no por el valor que tenía—mil ducados para su fortuna eran una bagatela—sino por la estimación de que era objeto entre sus amigas, por el placer que le causaba cuando todas á porfía se empeñaban en que les dijese la procedencia, el costo, y en una palabra, toda la historia del dije.

Pero este dije adorado se había perdido sin saber cómo ni cómo no. Para dar con él se hicieron laboriosas y exquisitas diligencias: todo fué inútil; y he aquí por qué la dama estaba inconsolable; he aquí por qué se conceptuaba la mujer más infeliz en toda la redondez de la tierra, y he aquí también por qué D. Lope, que había ido á visitarla dos días después de este suceso, fué recibido por ella de tan mal talante.

VII

Más cuando el amor ha echado profundas raíces en el corazón, jamás se des ienta ni amilana: todo lo cree hacede-r menos prescindir del culto que trib a á su ídolo.

Habiendo el joven emprendido todos los caminos decorosos que podían guiar á la conquista de su amada, y todos sin fruto, se decidió á valerse de un recurso, en la mayor parte de los casos, infalible. el interés.

—¡Oh! el interés! se decía á sí mismo como peseído de febril demencia; ¡el interés!.... ¡será posible!.... ¡no hay remedio! ¡rendirle parias!.... ¡maldito interés! El es la polilla que roe la sociedad: se mezcla en todos los negocios de los hombres, como esas dulzonas palabras de mentido afecto que se cambian ordinariamente en las conversaciones, y asoma en las acciones más generosas como entre la grama y las flores del prado suele aparecer una víbora.

En efecto, no hubo remedio. Volvió D. Lope á tener una entrevista con la bella, y moviendo el resorte consabido, le habló de esta manera:

—Estoy ya perfectamente informado de lo que causa vuestra desventura.

—¿Sabéislo? contestó Da. Elvira sonriendo con esfuerzo.

—Y no sólo, sino que....

—¿De veras? ¿no soy disculpable en afligirme tanto?

—Tenéis razón; pero lo que puede remediarse....

—¡Cómo! no alcanzo....

—¿Qué recompensa otorgais á quien os entregara la presea?

—Ya lo dije una vez delante de vos, y lo dicho, dicho.

—¿Cuál?

—Mi mano.

—¡Pues bien! tendréis lo que os hace tanta falta para ser feliz.

—Muy difícil lo veo.

—Para el amor no hay imposibles: adiós!

VIII

Una nora después llamaba D. Lope á las puertas de una casa ruinosa, sita en uno los barrios más solitarios de la capital.

Tocó dos y tres veces con brío.

Nadie acudió al llamamienir.

Ya se retiraba enfadado de tanta espera, cuando una voz que sonó en lo alto de la habitación le detuvo. Producíala una muchacha que asomando á una ventanilla, con una mirada en que se pintaban la desconfianza y el recelo, después de contemplar unos instantes al joven, le habló de esta manera:

—¿Qué desea usted, niño?

—Todo lo sé, proseguid.

—Pues si todo lo sabéis, decidme ¿qué es lo que me ha movido á venir á visitaros?

—La dama á quien servís exige mucho de vos....

—¡Bien! muy bien!

—Cosas que rayan en lo imposible... ¿no es verdad?

—Adelante, y pues que adivináis, decid ¿dónde se encuentra la malhadada perla, ó dónde podré proporcionarme otra semejante?

—¡Ah sí.... la perla!

En este instante la extraña mujer, fijando un dedo sobre los labios é inclinando la cabeza hacia el pecho, se puso á reflexionar repitiendo maquinalmente: la perla... la perla... sí, la perla.

Después, como si hubiera penetrado en su mente un rayo de luz, levantó el rostro y volviéndose al joven que esperaba con impaciencia una respuesta, díjole con aire triunfante:

Ya es tiempo perdido
Buscarla en la corte;
¡La miro en el norte
La miro brillar!

Princesa arrogante,
De estirpe guerrera,

La halló en la ribera
Del pérfido mar;

Y osténtala ufana
Del labio pendiente,
Con garbo inocente
Que provoca á amar.

Partid, caballero,
Partid de la corte
Que miro en el norte
La perla brillar.

—Pero vos me hacéis desesperar, buena mujer.... ¡será posible!... en el norte... ¡bien! pero ¿en dónde? ¿en qué país?.... ¡esto es muy vago! Explicaos algo más.

Y el desdichado D. Lope al pronunciar estas palabras, estrechaba entre sus manos con expresión un si es no es afectuosa, los descarnados dedos de aquella especie de sibila que había escapado por milagro de la garra de la Inquisición.

Mas la mujer permaneció muda.

Viendo el joven que el oráculo no se dignaba ya proferir ni una sílaba, puso un bolsillo con oro sobre el asiento que ocupaba y salió precipitadamente del albergue, conducido hasta el zaguán por la muchacha que le había hablado desde la ventana al entrar.

IX

—Ya no más que este absurdo me faltaba cometer en mi malaventurada carrera de amores para tener la gloria de haberlos cometido todos: ¡Vaya con el mozo de seso!... ¡Cómo quiso mi mala estrella que viniese á dar á manos de esta bruja ruín!... ¡Y vamos que se reviste de toda la majestad de una pitonisa!.... aire inspirado... respuestas en verso... poca precisión en los conceptos.... manía de todos los embusteros de su clase.... ¡Pero y si la Providencia ha querido darme un aviso por medio de esta mujer!... ¿Volveré á suplicarle que se dé á entender conmigo con más claridad? Pero ¿y si es inútil? ¿Y si ella misma no sabe acerca de la perla más de lo que me espetó en sus mal forjadas coplas?.... "La miro en el norte" ¡así podía estarla viendo toda su negra vida!..... ¿A qué tierra del norte os dirigís á buscarla?.... Pero aguardo.... ¿no es cierto que las nuevas provincias que llaman Californias se están haciendo famosas por las ricas perlas de los mares que las bañan?... Cabal: la bruja tiene sobrada razón. Pero vamos á que nos coma vivos un bárbaro chichimeco... En fin, ya veremos.

Tal fué el soliloquio de nuestro D. Lope después de salir de la casa de la sibila.

Llegó á su morada; entregóse á sus habituales ocupaciones; pensó en su suerte, soñó y deliró con el objeto de sus desvelos; en una palabra, su vida siguió el cauce acostumbrado; pero él desapareció de la ciudad después de algunos días, sin que nadie pudiese dar noticia de su paradero.

X

Hacia este tiempo se embarcaba en Acapulco la colonia que después se estableció en la Paz.

Luego que arribó al puerto de este nombre, mientras los franciscanos con parte de los soldados se dedicaron á construir habitaciones, el capitán Vizcaino á la cabeza de la otra parte siguió explorando la tierra, internándose hasta cien leguas de distancia. Al mismo tiempo hizo salir del puerto un navío á reconocer la costa que se dilata hacia el noroeste, previniendo á los que en él iban que no desembarcaran, sino en los lugares donde viesen á los indios dispuestos á recibirlos amigablemente.

Hicéronlo así, pero su expedición fué desgraciada, porque habiendo saltado á

tierra una vez, durante la navegación, fueron acometidos por los bárbaros, perdiendo en el encuentro unos diez y nueve soldados, si bien hay quien atribuye este desastre á que estos mataron á cuatro de los primeros. No habiendo descubierto, sino tierras estériles, volviéronse á la Paz, donde ya estaba de regreso Vizcaíno, que había sido más afortunado en su correría.

Pero comenzaron á escasear los víveres, y los soldados á mostrarse descontentos y aun impacientes por volver á México.

Había entre éstos uno, cuyo porte adusto y sombrío le alejaba las simpatías de sus camaradas, si bien él los miraba á todos con el desdén de un hombre que acoge con igual ánimo así la amistad como los odios de sus semejantes. Huía de las conversaciones: á ninguno descubría su verdadero nombre; unos le creían loco, otros desgraciado, y no faltaba quien le tuviese por algún criminal de alta clase, prófugo por no dar en manos de la justicia. Pero él se desentendía de todos los comentarios que podían hacerse acerca de su persona, y no variaba de conducta, porque tampoco estaba en su mano.

Paseando una tarde este soldado por la playa y espaciándose en la contempla-

ción del océano, vió á corta distancia á una india que venía majestuosamente sentada en una piragua conducida por algunas remadoras de gallarda figura. Era la hija del jefe de los naturales que habían dado hospitalidad á los españoles.

El soldado la observó con ahinco, y quedó admirado del gentil continente de la misma, cuando al desembarcar le saludó con una modesta sonrisa, y precedida de las muchachas que antes remaban, se encaminó al aduar de su tribu. Siguióla un momento con la vista, y dando después un grito que en vano procuró sofocar, echó á andar desaladamente tras ella hablando consigo mismo:

—Algo que luce á modo de perla he visto pendiente de su labio...... ¿será verdad?...... ¿habrá llegado el instante de conocer que no se equivocaba la vieja de marras? Sigamos á la india:

Princesa arrogante
De estirpe guerrera....

—¡Cabal!... ¡Oh dicha! ha vuelto el rostro para verme y ¡no hay duda! lleva la perla tan ansiada....

El militar apresura el paso; habla á la joven: pídele la joya; niégasela ella; insiste él en su pedido, y por fin se la quita por fuerza, dando lugar con este aten-

tado á que los indios se subleven y no dejen á los colonos más partido que el de embarcarse apresuradamente y tomar el rumbo de Acapulco.

Buscaron éstos con todo empeño al autor de la violencia, al soldado misterioso, pero había desaparecido poco tiempo antes de que se descubriese su delito.

XI

—¡D. Lope se casa!

—D. Lope obtiene lo que tantos otros mozos pretendieron en balde, la mano de la hermosa, de la sin par Da. Elvira.

—¿Y por qué ha estado ausente tanto tiempo?

—Se dice que fué á España á recibir una cuantiosa herencia.

—¡Bien! y ¿cuándo es la boda?

—Muy pronto, según se barrunta por ahí.

Tal era con corta diferencia el resumen del diálogo que entablaron los amigos de Elvira dos meses después del suceso poco hace referido, con ocasión de haberse presentado el joven juicioso en la casa de aquella, tan enamorado, tan rendido como siempre, á pedir en toda forma la mano de la ninfa.

El desvío, los desdenes habían desaparecido como por encanto. ¿Quién podía

explicar esta mudanza? ¿Poseía el joven la costosa perla, cuya entrega á Da. Elvira sería premiada con la posesión de ésta?

No cabe duda, atento el carácter de la dama, que esta era la única explicación que podía darse de aquel fenómeno.

Pero hay más.

Don Lope tuvo una entrevista á solas con su amada.

—Al fin os dejáis ver en la corte después de una ausencia de tantos meses: ¿habéis caminado mucho, D. Lope? Supongo que ya habréis tomado estado, ¿no es así? ¿cuál es el nombre de vuesta esposa? En punto á hermosura, doy por supuesto que ha de ser un prodigio, aunque no solías tener en esta parte muy exquisito gusto. Pero creo no llevaréis á mal que os pida por favor que nos véamos ella y yo en casa para conocernos, y espero que seremos buenas amigas; ¿ó pensáis de otro modo?

He aquí las palabras con que la dama recibió al galán y de las cuales no se prometió este ningún buen resultado.

—¡Oh señora! sois muy cruel con quien tanto os ama, y que no ha dejado pasar un sólo instante de su vida sin consagrároslo!

Al hablar así D. Lope sacaba del bol-

sillo un cofrecito de nácar, y poniéndolo en manos de la hermosa, siguió diciendo:

—Ved aquí la única respuesta que debo dar á las expresiones con que no ha mucho me habéis zaherido: ¡abridlo!... ¿Os causa sorpresa? ¿Es la misma joya que perdísteis y que tantas lágrimas costó á vuestros hermosos ojos?

La joven quedó mirando atónita el interior del cofrecito, donde lucía una perla maravillosa. Entre tanto ambos interlocutores guardaron profundo silencio.

—Sabeis amar, D. Lope, estoy convencida, dijo la dama después de un minuto. La perla de que os hablé hace meses, y que dió motivo á vuestro viaje, no ha existido más que en mi fantasía: he querido probaros, y no me arrepiento. Ahora disponed de mí á vuestro albedrío; y en cuanto á la perla que me ofreceis, tiene ya mejor destino, mejor dueño: el primer día después de nuestra boda iremos al Santuario de los Remedios y la pondremos en la corona ó en el manto de la Virgen: ¿os parece bien?

XII

Días después acaecieron en México simultáneamente dos hechos que llamaron la atención de una manera particular;

fué uno de ellos el matrimonio de D. Lope, y el otro la llegada de los soldados que habían salido para Californias al mando del capitán Vizcaino.

Toda la ciudad se conmovió al saber el hecho que apresuró la venida de los expedicionarios, y fué la causa porque se perdió la colonia de la Paz.

Misioneros y soldados no cesaban de repetir en todas las conversaciones sobre este particular:—"por una perla se perdió un tesoro."

Sólo D. Lope, que no daba tanta importancia á las lamentaciones, repetía á su vez estampando un ósculo en la mano de su esposa:—No lo niego, vida mía: soy culpable, pues conocí todas las consecuencias de mi acción; pero me consuelo con esta idea, que si por una perla se perdió un tesoro, por esa misma perla he ganado otro.

XVII

Obras de pública utilidad.

Volviendo á los religiosos de S. Francisco, bien pudiéramos aumentar el catálogo de los que prestaron eminentes servicios á nuestro país en las misiones, ya poniendo un dique al furor de los salvajes, sin más armas que un Crucifijo, ya descubriendo nuevas tierras á cuyos moradores se atraían no menos por la enseñanza evangélica que por los beneficios de la civilización, y ya finalmente, dando impulso á los adelantos del ingenio mediante la iniciación en las artes y las ciencias.

Con mucha generalidad se da por cierto que nuestros primeros religiosos vivían tranquilamente en sus monasterios, como los que conocimos en estos tiempos; este es un error: la base ó más bien el espíritu, el alma de aquella sociedad, era la vida activa, y los frailes la observaban en gran manera laboriosa y fecunda en resultados magníficos. Díganlo las tareas literarias á que se consagraban con ardor, y cuyos monumentos conservamos con cariño; dígalo la instrucción que adquirían los párvulos en las

escuelas dirigidas por ellos en todas las poblaciones donde se establecían; y díganlo también las lecciones prácticas de agricultura que dieron á los naturales, conforme á las cuales cultivan estos hasta el día la tierra, y tantas obras materiales que para bien de los mexicanos de su tiempo y de la posteridad hicieron construir ó ejecutaron ellos á veces con sus propias manos. No entraremos en el estudio de la vida de todos los religiosos á quienes somos deudores de estos bienes; pero, ¿cómo pasar en silencio nombres tan estimables y populares como los del P. Fr. Francisco Tembleque y del beato Sebastián de Aparicio? ¿Quién ignora que á éste se debe el camino de México á la ciudad de Zacatecas, y que aquél fué quien levantó el magnífico acueducto vulgarmente conocido con el nombre de "Arcos de Zempoala"?

Fuera pues incurrir en notoria injusticia negar á las biografías de esos ilustres religiosos un lugar en las páginas de esta obrita especialmente destinada á presentar el bosquejo de las glorias de los primeros varones apostólicos que florecieron en nuestro país. Digamos dos palabras acerca de la del beato Sebastián de Aparicio.

XVIII

Una visita á la iglesia de San Francisco de Puebla.

La ciudad de los ángeles atesora monumentos religiosos de primer orden. La Catedral, San José, La Compañía, San Agustín y la Concordia son otros tantos templos que á la majestuosa belleza de la arquitectura hermanan el prestigio de interesantes memorias. La iglesia de San Cristóbal llama justamente la atención por su Purísima de Cora y por el lujoso ornamento de su fachada. Pero ninguno de esos edificios está situado más ventajosamente para el efecto pintoresco que la iglesia de San Francisco. Separada de la parte más poblada de la ciudad, así como todo el monasterio, por un arroyo, cuya orilla izquierda está hermoseada por la alameda llamada el Paseo Viejo, se asienta en el suave declive de la ribera señoreando una muchedumbre de iglesitas y casas de recreo. Muy grata y duradera es la impresión que causa la vista de este edificio, cuya fisonomía grave, imponente y religiosa, parece decir á la alma que la contempla: yo soy una página sagrada que conserva el secreto de

las dichas y el pesar de cien generaciones. Por mis puertas han pasado el poder, la riqueza, la gloria, la hermosura.... ¡todo ha desaparecido, todo irá desapareciendo! ¡Sólo yo vivo la vida de los siglos, y el Eterno me sostiene como la imagen de la esperanza en medio de las vicisitudes y miserias de la humana exis tencia!

Dominados por esta impresión nos ha llábamos años hace en presencia del airoso edificio, á la sombra hospitalaria de uno de los árboles que pueblan el cementerio.

Era de tarde.

Los rayos del sol poniente se quebraban en la parte superior de la fachada y atravesaban por entre los arcos de la torre en haces luminosos de un efecto mágico.... ¡La torre!... La torre de San Francisco de Puebla es la maravilla de la ciudad; ¡el arquitecto quiso por ella remontarse al cielo! A su base formó una capilla, sobre la cual fué hacinando sillares hasta levantar un campanario esbelto, gallardo y ligero, como un alminar.... no, como un obelisco.

Dirigimos después los pasos hasta la entrada de la iglesia, y al penetrar en lo interior observamos con gusto la graciosa columnata que decora los muros

laterales, ostentando en los intercolumnios además de los altares bellos cuadros que representan pasajes bíblicos.

La bóveda sobre que descansa el coro, es otra maravilla: es tan atrevidamente plana, que no puede verse sin una mezcla de espanto y admiración. El arquitecto que la construyó no quiso presenciar el acto de quitar la cimbra, temiendo que se despiomara luego que le faltase el sostén, y desapareció, dejando á los religiosos sin saber qué partido tomar. Pusieron éstos fuego al armazón y con asombro suyo vieron que la bóveda se sostenía firme y sólida como permanece hasta el día.

En los altares hay efigies de primorosa escultura; pero ninguna llama tanto la atención como la Purísima, que ocupa el tabernáculo del altar mayor. En la tarde á que nos referimos, estaba vestida con una túnica blanca y manto azul de gasa, con lo cual, y recibiendo abundante luz por la parte posterior, la vimos tan vaporosa, tan aérea, tan idealmente hermosa, que parecía transfigurada ó que acababa de bajar del cielo.

Pero el objeto principal de nuestra visita á la iglesia de San Francisco, era contemplar los restos del beato Sebastián de Aparicio, religioso lego que flo-

reció en la segunda mitad del siglo décimo sexto y cuya historia en que se han empleado varias plumas, más que pintura de una vida real, parece una novela. Traigamos á la memoria los más importantes sucesos de esta vida.

Nació Aparicio en Gudiña, villa del Obispado de Orense en la provincia de Galicia, el año de 1502, y fué hijo de Juan de Aparicio y Teresa del Prado, que le criaron en la práctica del bien y le dedicaron desde sus primeros años á la labranza, en que se ejercitó la mayor parte de su vida.

Después de haber residido en varios lugares de España, pasó á México en 1531, embarcándose en San Lúcar de Barrameda, puerto feliz de donde en años anteriores habían salido también las colonias franciscanas y dominica que plantaron el estandarte del cristianismo en estas regiones. Hay lugares predestinados á ser repetidas veces el principio ó el punto de partida de la realización de grandes acontecimientos; lo fué el de que se trata respecto de los viajes de misiones apostólicas, así como el puerto de Palos lo había sido igualmente con respecto á los de descubrimientos en el Nuevo Mundo.

Llegado Aparicio á nuestro país, se

dedicó á conducir de Veracruz á México en carretas tiradas por bueyes los géneros y demás efectos, que venían de la Península, y en este ejercicio permaneció hasta el año de 1542: el comercio le es deudor, según se ve, de la introducción de ese medio de transporte que en aquella época fué sin duda considerado como una gran mejora material.

Pero dió un paso todavía más agigantado en esta senda con haber emprendido sus viajes, no ya á Veracruz, sino á Zacatecas, y desde entonces data la existencia del camino que llamamos ahora de Tierradentro. General admiración hubo de causar aquel hombre animoso que sólo y conduciendo una carreta, proporcionaba un medio de comunicación entre poblaciones importantes, sin arredrarse por los peligros, no siendo el menor de éstos el encuentro más que probable con los bárbaros.

Sin embargo, nunca tuvo el menor contratiempo en todo el período dedicado á esta ocupación, de la cual se apartó luego que llegó á juntar de utilidades una suma de consideración para comprar una finca de labor, como en efecto, la adquirió en el valle de México, cerca de Tlalnepantla.

Trabajando asiduaemnte en esta ha-

cienda, los productos correspondían á su dedicación; pero los distribuía él casi á todos los pobres, cuya triste situación aliviaba aún á costa de su propia conveniencia. Viniendo una vez á la capital, vió por el camino á un vecino suyo, á quien traían á la cárcel de corte por deber tres mil pesos que no podía pagar; no lo sufrió él y por librar de aquel trance al insolvente, aprontó la cantidad, de que no llegó jamás á reembolsarse.

Otra de sus excelencias, además de la caridad y la extremada pureza de costumbres, fué un candor angelical, era uno de los niños del Evangelio.

Aunque permaneció mucho tiempo sin contraer matrimonio, ya en el último tercio de su vida fué dos veces casado, si bien en el trato íntimo con sus jóvenes consortes nunca llegó á desempeñar otro papel que el de un padre con su hija.

Triste y desconsolado por la pérdida de su segunda mujer, á quien mucho amaba, quiso consagrarse á Dios lejos del mundo, y á este fin, siguiendo el consejo evangélico, renunció á todos sus bienes en favor de las monjas de Santa Clara de esta ciudad, que hacía poco tiempo habían fundado su monasterio. Dedicóse, además á servirlas en clase de donado.

Acaecía este cambio de su vida por los años de 1573.

En el siguiente, á 9 de Junio, tomó el hábito de San Francisco en el convento grande, subiendo un escalón de la vida monástica, pues de donado pasó á lego.

Ya profeso fué destinado al convento de Tecali y después al de Puebla, en donde rsidió hasta su muerte acaecida en 25 de Febrero de 1600, viviendo, como se advertirá, casi un siglo.

En todo este último período de su vida no se empleó sino en recoger limosnas para el convento, recorriendo con este objeto la mayor parte de los pueblos comarcanos, para lo cual se le proporcionaron carretas tiradas por bueyes, volviendo de esta suerte al ejercicio que tuvo en sus primeros años de residencia en México.

Este género de vida le abrió también un vasto campo á la práctica de la virtud en que más sobresalía, la caridad. Socorría, hasta donde le era dable, á los menesterosos; poniéndose en contacto con las clases pobres de la sociedad, penetraba en el secreto de las necesidades que ordinariamente las aquejan, y si no estaba en su mano remediarlas, lloraba con el afligido, y aconsejando la resigna-

ción, derramaba en los corazones un bálsamo diviño.

Era ingenioso en eludir el precepto de la obediencia monacal cuando se oponía esta á la ejecución de algún acto de humanidad. Refiérese que el guardián de Puebla, observando que no pocas veces regresaba al convento sin el manto por darlo á los pobres, le previno expresamente que no volviera á desprenderse de él. Salió al camino, llegó á cierto paraje, pídele el manto un mendigo que estaba casi desnudo, y él le contesta:

—"Hermano, á mí me han mandado que no lo dé; pero si vos me lo quitáis, ¿qué puedo hacer?

"Quitóselo el pobre, y después, reconvenido del guardián, dijo:

—"Si vos, como me mandásteis que no lo diera, me mandárais que no me lo dejara quitar, no lo consintiera; pero si tenía necesidad, ¿se lo había yo de quitar?"

Vetancurt, de quien tomamos este pasaje, haciéndose eco de la tradición refiere otros casos no menos notables de la vida del virtuoso lego á la cual por otra parte tampoco ha faltado el esmalte de lo maravilloso: los milagros son las flores con que honra la piedad cristiana la memoria de los justos, si bien están de

XIX

Arcos de Zempoala.

"Condolido el V. P. Fr. Francisco Tembleque, de que tanto número de gentes como las poblaciones de Otumba y Zempoala que en aquel tiempo eran crecidas, careciesen del agua necesaria por causa de que si en su gentilidad en unos jagüeyes rebalsaban la llovediza teniendo la necesaria, después los ganados de los españoles se la bebían, y les obligaban á los naturales á traerla de nueve leguas; determinó el traerla por barrancas y cerros en atargea de cal y canto, y aunque tuvo así de seglares como de religiosos contradicciones, emprendió la obra y en tres barrancas hizo tres puentes de arcos: la primera de cuarenta y dos varas y dos tercios de alto, y de ancho veinte y tres varas y una tercia, que á los que lo ven causa asombro, que si fuera paso podía por debajo de él pasar un navío de porte á vela tendida: de este arco, en que gastaron cinco años en hacerlo, van después disminuyendo sesenta y siete arcos colaterales conforme va subiendo la barranca hasta que vuelven á coger el plan de la atargea. Es-

tando en esta obra fué un alcalde de cor te á ver las dificultades que ponían los que juzgaban imposible que el agua, por parecer estaba muy baja, subiese á tanta altura, y sin darse á conocer fué á comunicar con el religioso esta dificultad, y con su conversación y ver que un gato que tenía le trajo un conejo para comer, y que diciéndole el religioso que fuese á traer otro para el huésped, le trajo, quedó convencido á que tendría efecto la obra que se hacía.

"Lo que es digno de ponderarse, es el ingenio con que lo hizo tan perfecta, sin haber aprendido el arte para tan insigne obra, la perseverancia que tuvo en diez y siete años que gastó en hacerla, y la fortaleza con que ha perseverado en más de ciento y cuarenta años, sin que se haya descantillado una piedra, y sin que le haya nacido una yerba en distancia de quince leguas que corre la atargea por los rodeos que hace, sin haber faltado agua en tantos años..."

Así se expresaba el P. Vetancurt acerca de esta obra admirable á fines del siglo décimoséptimo. El excelente religioso que la llevó al cabo de una manera todavía más admirable, fué natural de Tembleque (lugar de cuyo nombre tomó su apellido), perteneciente á tierra de To-

ledo. Vino á nuestra patria en compañía del P. Fr. Juan de Romañones, y á los pocos años de residencia supo la lengua mexicana con tal maestría, que no sólo conversaba en ella como cualquiera de los naturales, sino que en la misma les predicaba con notable desembarazo.

Por mandato de sus prelados fué á morar á Otumba, donde se dedicó á construir la obra referida, una parte de la cual se edificó cerca del campo donde años antes el ejército azteca había sido derrotado por el conquistador: los hijos de Otumba, que presenciaron aquel descalabro, ó sus descendientes, no pudieron menos de conocer á vista del acueducto, la distancia que separa la conquista que se vale de medios violentos, de la que para consolidarse estudia las necesidades de los pueblos, y las remedia con obras de pública utilidad.

No lejos del puente principial edificó el P. Tembleque una ermita que dedicó á Nuestra Señora de Belén. y junto á ella una celdita donde vivía pobremente, proporcionándose alimento del modo ya indicado. Moró allí muchos años, y ya en los últimos de su vida, pasó con el cargo de guardián al convento de Puebla, y después á Zempoala, donde acabó sus días en la observancia de su instituto y ocupado en aliviar las miserias de sus semejantes.

La obra portentosa que ha transmitido su nombre hasta nosotros, y que le hará pasar á las más remotas generaciones con el sello de la gratitud de la nación mexicana, resistió imperturbable el empuje del tiempo por más de dos siglos. El descuido y la indolencia hicieron después que ya no sirviese al objeto á que la destinara el venerable religoso, y hoy, de toda fábrica colosal, no quedan en pie sino algunos arcos monumentales que causan al viajero la misma admiración que las ruinas de los acueductos romanos; huellas magníficas del paso de un gran pueblo por el mundo.

XX

Inundaciones de México y desagüe de las lagunas.

Nadie ignora que la capital de la República ha tenido sus diluvios causados por las crecientes de los grandes depósitos de agua que cubren una buena parte de la superficie que la rodea.

A este mar se han aplicado dos remedios diferentes, pues ha tratado de impedir la invasión de las aguas, bien oponiéndoles un dique, ó bien proporcionán-

doles un derrame para disminuirlas en su lecho natural: lo primero se ha logrado en parte por medio del sistema de albarradas, y lo segundo también en parte, por medio del desagüe del lago de Zumpango, al cual se ha abierto paso por el canal de Huehuetoca. Púsose en práctica, además, otro medio, que podemos llamar negativo, y fué, impedir la entrada de ciertos ríos en las lagunas, como se hizo con el Cuauhtitlán respecto de la de Zumpango, variándole el cauce.

Para impedir las inundaciones en lo antiguo, sólo se echó mano del primero de los medios indicados, y es famosa la albarrada que Moteuczoma el mayor mandó construir ayudado de . Netzahualcoyotl, el rey de Tacuba y los de Iztapalápam, Coyohuacan y Xochimilco, la cual tenía más de tres leguas de longitud y dos brazas de anchura, que reformada modernamente es la calzada de Mexicaltzinco y San Antonio Abad. Su objeto era el detener las aguas de los lagos de Chalco y Xochimilco.

Años después, Ahuizotl, antecesor del segundo Moteuczoma, quiso introducir á la capital las aguas de un manantial llamado "acuecuexco," que brota en el pueblo de San Mateo Churubusco, entonces Huitzilopocho. La afluencia de esas aguas fué tal, que México se inundó otra vez.

Remedióse el mal y conjuróse el peligro para mucho tiempo después, con la industria de que se valió otro rey de Texcoco, Nazahualpiltzintli, cegando el referido manatial que, según se dice, fué á abrirse paso á la otra parte de la cordillera oriental, cerca de Huexotzinco. Parece que en Anáhuac estaba la ciencia vinculada á los reyes de Texcoco.

Sobrevinieron en los siglos posteriores las inundaciones, pues que, según se ha observado, son inevitables después de cierto período las crecientes de los lagos.

El Gobierno español, para atajar el daño, siguió empleando el procedimiento azteca, reparando las antiguas albarradas y construyendo otras nuevas, como lo verificó en las inundaciones acaecidas en el año de 1553, siendo Virrey don Luis de Velasco el primero, y en el de 1604, cuando regía á México el marqués de Montesclaros.

Pero advirtiendo que la medicina aplicada hasta entonces era insuficiente, puesto que el mal persistía, hubo de pensarse más seriamente en el modo de cortarlo de raíz, y se acudió al desagiie de las lagunas.

La historia y descripción de esa obra hidráulica, nos las da compendiosamente

nuestro poeta Ruiz de Alarcón en los siguientes versos:

"México, la celebrada
Cabeza del indio mundo,
Que se nombra Nueva España,
Tiene su asiento en un valle,
Toda de montes cercada,
Que á tan insigne ciudad
Sirven de altivas murallas
Todas las fuentes y ríos
Que de aquestos montes manan,
Mueren en una laguna,
Que la ciudad cerca y baña.
Creció este pequeño mar
El año que se contaba
Mil seiscientos y cinco,
Hasta entrarse por las casas;
O fuese que el natural
Desaguadero, que traga
Las corrientes que recibe
Esta laguna, se harta;
O fuese que fueron tales
Las crecientes de las aguas,
Que para poder bebellas
No era capaz su garganta.
En aquel siglo dorado
(Dorado, pues gobernaba
El gran marqués de Salina.
De Velasco heróica rama,
Símbolo de la prudencia,

Puesto que por tener tanta,
Después de tres virreinatos
Vino á presidir á España),
Trató este nuevo Licurgo,
Gran padre de aquella patria.
De dar paso á estas crecientes
Que ruina amenazaban;
Y después de mil consultas
De gente docta y anciana,
Cosmógrafos y alarifes,
De mil medidas y trazas,
Resuelve el sabio virrey
Que por la parte más baja.
Se dé en un monte una mina
De tres leguas de distancia,
Conque por el centro dél
Hasta la otra parte vayan
Las aguas de la laguna
A dar á un rio arrogancia.
Todo es uno el resolver
Y empezar la heróica hazaña:
Mil y quinientos peones
Continuamente trabajan.
En poco más de tres años
Concluyeron la jornada
De las tres leguas de mina,
Que la laguna desagua.
Después, porque la corriente
Humedeciendo cavaba
El monte, que el acueducto
Cegar al fin amenaza,

De cantería inmortal
De parte á parte se labra,
Que dá eterna paz al reino
Y á su autor eterna fama."

En esta agradable pintura notamos, sin embargo, una omisión y la aserción de un hecho hasta el día no averiguado, y más bien desmentido por la experiencia.

Atribuye Alarcón á solo el virrey toda la gloria del desagüe y no nos dice ni una palabra de Henrico Martínez que fué el ingeniero director de la obra.

Además, da por cierto que en la laguna, (que sin duda se refiere á la de Texcoco), hay un desaguadero natural que traga las corrientes que recibe la propia laguna. Este es un problema que trató de resolver el P. Francisco Calderón, jesuita, sondeándola durante tres meses consecutivos; mas el sumidero no pareció por ninguna parte, si bien el P. Calderón pretendía fundar la existencia de él en el testimonio de algunos naturales de los más entendidos, y en el de antiguos mapas mexicanos. Por lo demás, todavía al presente afirman los indios que hacen en canoa la travesía de México á Texcoco, que hay en la laguna tal sumidero, llamado por ellos "el remolino."

Sea de ello lo que fuere, lo que no ad-

mite duda es que tanto en la construcción de las albarradas y calzadas, como en la del desagüe, tuvieron los franciscanos una parte muy eficaz, ora dirigiendo las obras como peritos, y ora estimulando á los operarios á que trabajasen activamente, proporcionándoles, no obstante, la debida remuneración, librándolos de las pesadas faenas á que otros directores menos compasivos los condenaban. Vivos están entre otros los ejemplos de los PP. Fr. Gerónimo de Zárate y Fr. Juan de Torquemada, citados en otra parte con ocasión de la calzada de la Piedad que, así como otras, alinearon y construyeron. Estos mismos religiosos dirigieron, como maestros de obras, la reparación de la albarrada que mandó hacer D. Luis de Velasco el primero, y tuvieron á su cargo la construcción y aderezo de las calzadas de San Cristóbal, San Antonio Abad, Chapultepec y Guadalupe, y en la que trabajaron á un tiempo cerca de dos mil peones. Otros religiosos de la misma orden, como el P. Fr. Francisco Moreno, cuidaron del hospital que se dispuso para asistencia de los operarios que enfermaran durante la apertura del canal de Huehuetoca, y otros, como los PP. Luis Flores, Bernardino de la Concepción y Manuel de Cabrera, muerto Henrico Martínez, tuvieron la

superintendencia del desagüe. Y aunque para el desempeño de este encargo no tuviesen toda la aptitud que hubiera sido de desearse, el mismo nombramiento que de ellos se hizo manifiesta que á lo menos eran las personas que, en su tiempo, estaban dotadas de mejores luces, ó que inspiraban á la autoridad por otras prendas mayor confianza.

Una de éstas era, sin duda, la caridad que los inflamaba, la caridad que ejercían, aliviando los padecimientos de los indios, desdichados ilotas cuyas fuerzas eran las que se agotaban en la ejecución de esas empresas colosales. En comprobación, y como una muestra del honroso papel que representaron los religiosos en las inundaciones de la capital, véamos lo que dice el P. Vetancurt, describiendo uno de esos cataclismos:

"El año de 629, día de San Mateo, amaneció la ciudad inundada con cerca de vara y media de agua, donde menos; fué considerable la ruina, así de las casas que se cayeron como, de la hacienda que se perdió en las bodegas, por haber sido de noche y repentina. Era virrey el Marqués de Cerralbo, y Arzobispo el señor D. Francisco Manzo, que salía en canoa á repartir pan á los que no podían salir á buscar el sustento. Todos se mostraron caritativos á tanta lástima; pero

los religiosos de San Francisco, como quienes tenían sus conventos á las orillas de las lagunas, se hallaron más dispuestos para el socorro de las canoas y barcas en que sacaban la ropa y gente, que pobló la comarca, huyendo del riesgo de las casas, y buscando el sustento para sus familias; para consuelo espiritual de los fieles ponían altares portátiles en las azoteas, donde celebraban los días festivos para que oyesen misa los que no podían salir con conveniencia de las casas.

"A toda diligencia se hicieron calzadillas á raíz de las paredes, porque no batiesen las aguas, y para el pasaje á los negocios con puentes levadizos en las encrucijadas, y había cantidad de canoas pequeñas que se alquilaban, navegando por las calles. Duró más de cinco años la inundación, valiéndose en los conventos y casas grandes de norias con que achicaban el agua: permitió la Divina Providencia que en todo este tiempo no se quebrase caño, y así hubo agua dulce en las pilas, que la que inundó la ciudad era salobre: quedó sin inundación la plaza mayor, la Catedral, el palacio y plazuela del Volador, y toda la parte de Santiago, por tener más altura que las calles; el barrio de San Juan de la Penitencia y Santa Cruz, por estar bajos, tu-

vieron más agua, y fueron los últimos que quedaron enjutos.

"Después de enjuta la ciudad con un temblor de tierra que hubo, se trató de que se limpiaran las acequias; señalaron religiosos de San Francisco, que repartidos con cantidad de indios por sus barrios, veinte y tres religiosos limpiaron veintidós mil varas de acequias, ahorrando más de cincuenta mil pesos, porque pedían ciento y cuarenta mil, y con menos de noventa mil se hizo, en especial por los PP. Fr. Juan de Sanabria y Fr. Andrés de Meneses, que llegaron hasta los planes antiguos; y entonces se vió cómo todo lo que coge de la plaza y palacio la acequia principal está enlosada con losas cuadradas de piedra tenayocan, que después no se han descubierto en las que ya se han limpiado.

"En el ínterin de la inundación, como se cerraron las compuertas y creció la laguna de Chalco, temieron no reventara la calzada de Mexicaltzinco, y encomendóse su aderezo al P. Fr. Sebastián de Garibay, guardián que era de dicho pueblo, y á toda diligencia, con estacas y terraplén la dejó segura; y porque se advirtió que de las vertientes del volcán venía un arroyo considerable que entraba en ella, se le cometió lo divirtiese, co-

mo lo hizo, haciéndole madre, y por una barranca lo encaminó á las Amilpas, de que está adelante de Amequemécan en el camino del volcán que va á la Puebla un padrón donde está escrita la obra para perpetua memoria. Después acá, conociendo la utilidad con que los religiosos asisten en las ocasiones que se han limpiado las acequias, se han encomendado á la Religión cada cinco ó cada seis años, que les han dejado á satisfacción de la República, y con menos costo de lo que se ha gastado en otras ocasiones, porque con la asistencia y cariño de los religiosos trabajan los indios más animados."

Como nuestro objeto no es elogiar sistemáticamente, excusamos multiplicar ejemplos de los religiosos franciscanos que intervinieron con honra así en el desagüe de las lagunas de México, como en otras obras que redundaban en provecho de la nación: abundan en las crónicas y puede cualquiera consultarlas con agrado, cierto de que hallará en ellas pruebas irrecusables de lo que ya hemos asentado varias veces, esto es, que nuestros primitivos frailes eran para su tiempo hombres eminentes, colocados á la altura de la civilización que entonces se alcanzaba, aptos no solo pa-

ra el ejercicio de las virtudes monásticas, sabios consumados, artistas ingeniosos, y más que todo, espejos de caridad evangélica, derramando su entrañable cariño especialmente sobre la raza conquistada y abyecta, sobre los desgraciados indios.

Pero ¡qué fatal carcoma se oculta en el seno de las instituciones humanas! ¡por qué todo está sujeto á la ley de decadencia y aniquilamiento! ¡por qué el sér va gradualmente resolviéndose en la nada, como una llama que se extingue poco á poco! ¿Dónde está ese espíritu sublime, ese favor creciente, esa constancia imperturbable que distinguían al misionero del siglo décimosexto y le dotaban de una naturaleza hercúlea para acometer las empresas más árduas? ¿Dónde están esos hombres singulares, de costumbres sencillas, de vestido pobre, que decantaban su separación del mundo, y vivían, sin embargo con el mundo, para difundir la ciencia y avivar el amor del bien entre sus semejantes?

Fueron un instrumento de que se sirvió la Providencia para la obra de regeneración de un mundo; fueron para su época un elemento de progreso, que no

echa menos nuestra sociedad, porque ya no lo ha menester... ¡Quimera!

Existe la necesidad, y se hace sentir imperiosamente; la necesidad de obreros desinteresados, activos, inteligentes, y constantes que sin blasonar de filántropos, siembre la semilla de la civilización en nuestros pueblos, en nuestras rancherías y en los aduares de los indios bárbaros.

Los frailes pudieron, no hay duda, haber desempeñado ese papel glorioso; los frailes pudieron haber conquistado ese laurel, obtener esa prenda más de gratitud á que en otros siglos se hicieron acreedores; pero el antiguo fervor había acabado; no abrigaban ya la conciencia de su benéfico destino, y aunque vivían en cuerpo eran un cuerpo sin alma.

XXI.

Segunda edad.

Hubo, sin embargo, hasta nuestros días miembros ilustres, y sería hacer un insulto á la verdad el negar á las comunidades religiosas esta gloria que fué, á no dudarlo, la principal causa porque se retardó el golpe que después les sobrevino. Pero ¿qué son algunos miembros llenos de salud cuando el mal reside en la fuente de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte principal del edificio?

Hubo hasta nuestros días frailes eminentes—nos complacemos en repetirlo—frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido sólo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron, y sin embargo, bien pudieron haberlo hecho. Aún en esta parte los franciscanos tenían ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su orden que florecieron en el siglo décimoséptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro pais.

Ya por ese tiempo había ocurrido una modificación importantísima en la condición de la orden seráfica que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos gran parte de los pueblos donde los religiosos ejercían la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdicción de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad era esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobación de lo dicho citaremos las fundaciones de nuevas custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mexicano, las crónicas que hasta entonces se escribieron, producciones amables, hijas del amor á la verdad, que son las fuentes más puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que,

desdeñando el reposo de la celda, partían á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados por la caridad como los primeros discípulos de Jesús; y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

XXII

Fray Antonio Margil de Jesús

La curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre de la "Independencia," para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos de Méjico, al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los

anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornato, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidez y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el imán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una iglesia, hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exagerada ó de antipatías de partido, sino de la inclinación natural á compadecer lo que fué por mucho tiempo y deja de existir. El hombre se encariña con las ruinas, porque ve en ellas una imagen de su destino, y porque en la destrucción de un monumento llora su propia destrucción.

Pero la casa de que hablábamos no es propiamente un edificio nuevo, ni aun siquiera trasformado. Si prescindís de la fachada, que es bien pobre, y del patio casi enteramente ocupado por la base de

la escalera que conduce al piso superior, todo lo demás conserva las facciones de su primitiva existencia; es un fragmento de monasterio separado del resto por una calle; todo en él se halla en el mismo estado que tenía cuando era de los religiosos; los mismos claustros prolongados y obscuros, el mismo aspecto vetusto, y la misma sucesión de celdas con sus puertas alineadas y numeradas en la parte superior como las páginas del libro del tiempo.

Sólo una cosa ha huído para siempre de aquel melancólico recinto, y es el silencio: el ruido que forma el ir y venir de los moradores, las voces y risas de estos, contrastan singularmente con la adusta configuración de la casa que descubre á primera vista su orígen cenobítico.

Esta parte del monasterio era la enfermería, ó por lo menos un departamento de ella. Sabíamos por la historia que allí falleció el venerable P. Fr. Antonio Margil, y el deseo de conocer el lugar donde ocurrió ese suceso, nos hizo enderezar los pasos á la casa y en seguida al aposento número 6 de la misma. Habitaba en él un anciano pobre, de maneras francas, que parecía estimar debidamente la fortuna de vivir bajo aquel techo que atesora una página tan bella y provecho-

sa: su menaje era el de un monje: tenía colocado su lecho precisamente en el ángulo donde el buen religioso exhaló el último suspiro, y mostraba por ello una gran satisfacción.

En la pared correspondiente á la cabecera, y á unos dos metros del suelo, se ve pintado el retrato del santo misionero y á su pie leímos la siguiente inscripción:

Verdadero retrato del venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesús, misionero apostólico, el cual falleció en este sitio y convento de N. P. San Francisco de México, el día 6 de Agosto de 1726 años, á 70 de edad.

Desde esa fecha á la prsente ha transcurrido más de un siglo, durante el cual han bajado á la huesa no pocas de esas oleadas de vida que llamamos generaciones, no pocos de esos hechos que nacen y mueren aspirando inmerecidamente á la inmortalidad, no pocas de esas ambiciones de humo que suelen usurpar el nombre de gloria, y en una palabra, no pocas de esas miserias que brindan á los humanos la escasa copa de la di-

cha de un día. Entre tanto ha vivido y vive la memoria de un fraile que, por el contrario, si algún deseo vehemente abrigaba con respecto al mundo era atravesar por él obrando bien, pero ignorado.... ¡Privilegio envidiable de la virtud! Ella no busca recompensas, porque en sí misma tiene siempre su más preciado galardón; hace su peregrinación sobre la tierra con la mirada fija en Dios y derramando á su paso raudales de consuelo; y al emprender el camino á las estrelladas regiones de la bienaventuranza, deja en pos de sí una fragancia divina que jamás disipa el viento del olvido.

Dicha nuestra ha sido aspirar la que exhalan las virtudes del venerable Margil de Jesús, y toma creces esa dicha al reflexionar que no faltan en la generación presente corazones que las estimen, y para quienes no estarán de sobra las pocas líneas que sobre la vida del héroe vamos á trazar.

I.

En la mañana del 6 de Junio de 1683, hubo una gran conmoción en la ciudad de Veracruz.

Avistóse en el mar una flota que si bien parecía procedente de España, por

traer los buques bandera de esa nación, se temió con fundamento no lo fuera más que en apariencia.

Pocos días antes se había hecho á la vela el famoso Lorencillo después de saquear la ciudad, cometiendo todo género de crímenes y como tras un mal vienen otros, recelaban los moradores que las naves que entonces se acercaban al puerto no fuesen portadoras de otros ó de los mismos piratas.

No era así á la verdad.

En la tarde del mismo día todos estaban ya ciertos de que aquella flota era la que se esperaba de la Península desde principios del mes anterior, y entre los navegantes se contaban algunos misioneros que venían destinados al colegio de la Santa Cruz de Querétaro, recientemente fundado.

Uno de estos varones apostólicos era Fr. Antonio Margil de Jesús.

Después de llorar sobre el pasado infortunio de la población donde había encontrado hospitalaria acogida, sin embargo de estar desolada, obedeciendo la orden de su prelado que lo era el R. P. Linaz, se puso en camino para lo interior del país acompañado de otro sacerdote, á pie, y como dice un biógrafo, con sólo el breviario, un báculo y un santo Cru-

cifijo, sin otro subsidio; esperando el sustento de la Providencia divina.

Todo este viaje fué una continua predicación.

Notables fueron los frutos que alcanzaron los misioneros en Cotastla, Huatusco, San Martín, San Salvador el Verde y San Juan del Río, si bien los compraron á costa de mil penalidades, pues siendo entonces como era el tiempo de aguas y extraviándose varias veces por aquel suelo que no conocían, se veían cuando menos lo pensaban sumergidos en pantanos y precisados á que la ropa se les orease en el cuerpo, no trayendo otra túnica de remuda.

Finalmente, asociados en San Juan del Río á otros misioneros llegaron al expresado convento de Querétaro á 13 de Agosto del mismo año.

II

Veinte y seis antes nacía en Valencia un niño que había de ser el blasón más ilustre de todo su linaje, y que era entonces la delicia de sus padres, personas decentes aunque de mediana fortuna.

"Las familias, dice un escritor, suelen tener muchos altos y baios desde su primer origen, variándose los sucesos según se alternan los tiempos. Sufre la sangre

encañada en las venas las desigualdades que el agua oculta en sus arcaduces, que ya sube á los mármoles, ya se abate á los riesgos, sin que pierda lo claro la profundidad á que se humilla, la alteza de quien tuvo su origen. Nadie es tan mucho que haya dejado de ser nada, ni es tan poco que no haya sido mucho. Ha muchos días que se tratan hermanablemente buena sangre y mala fortuna, pues no son los hombres nobles por solo ser ricos, ni menos ilustres por estar colocados en la categoría de los pobres."

Desde sus primeros años mostró el niño excelente índole, y como debió al cielo la dicha de una madre virtuosa, empezó conforme iba creciendo á recibir en su tierna alma las semillas del bien, que germinando más tarde, produjeron esas flores divinas con que la veremos después engalanada.

Los escasos medios de subsistencia de su familia no fueron parte á impedir recibiese una decente educación literaria, sin decuidar por ello las prácticas piadosas á que era singularmente inclinado: ¿qué alma sensible, nacida en el seno de la religión cristiana, no se ha hallado en el mismo caso cuando al salir de la infancia empieza á presentir las misteriosas borrascas de la juventud? ¿quién es el que no recuerda, como uno de los goces

más cumplidos de su primera edad, esas horas de entusiasmo religioso en que se extasiaba al escuchar en el santuario las graves armonías del órgano, y el canto del anciano sacerdote celebrando las glorias del Eterno?

Creció el niño, y ya joven de diez y seis años pasó á esconder su vida al convento de recolección de franciscanos de la misma ciudad, llamado de la Corona de Cristo por conservar como preciosa reliquia la mitad de una espina de la corona de Jesús. Hecha su profesión, la obediencia al prelado le condujo al convento de Denia á proseguir los estudios que comenzara en su niñez; y aprovechando notablemente en la filosofía, se creyó conveniente que volviese, como volvió, al de la Corona á seguir el curso de ciencias teológicas.

Ordenado el presbítero pasó á vivir al monasterio de Santa Catarina de Onda para dar principio al noble ejercicio de la predicación, en que había de adquirir tantas excelencias. Allí, en el retiro y silencio del claustro, fué donde escuchó en lo íntimo de su alma una voz que le llamaba á ejercer su apostólico ministerio á las apartadas regiones del Occidente. Cedió el hechizo de esa voz celestial, y en breve le vemos tomar el camino de Cádiz, donde se embarca para México; no pier-

de tiempo durante la navegación que fué de noventa y tres días, empeñándose por medio de pláticas y sermones en mejorar las costumbres de los pasajeros; y aportando en fin á las playas de Veracruz, emprende su viaje á Querétaro. Ese misionero no era otro que el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús.

III

El colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro ha gozado siempre de tanta nombradía, que se nos echaría en cara como una omisión imperdonable el no consagrar algunas líneas á su historia, particularmente cuando la circunstancia de contar entre sus fundadores á nuestro héroe, le hace merecedor de perdurable memoria.

Su iglesia fué la primera que hubo en la ciudad, y fué asimismo la primitiva parroquia, pues según nos informa el curioso libro titulado "Gloria de Querétaro," "en ella se bautizaban, casaban y enterraban los que se convirtieron del gentilismo, hasta que se mudó al lugar donde se halla hoy el convento grande capitular de N. P. S. Francisco."

"Se hizo la primera vez (continúa el libro citado) en el año de 1531, una pequeña ermita de ramas y materiales cam-

pestres, en donde se dijo la primera misa el día de Sra. Santa Ana, 26 de Julio del mismo año: se hicieron también del mismo material algunas pequeñas celdas para los pocos religiosos y ministros que había, y una vivienda contigua que sirvió de hospital para curación de los indios. Habiendo mudado los religiosos el convento, como dijimos, con el tiempo se consumió la primera ermita, dentro de la cual estaba colocada la milagrosa cruz de piedra; con esto estuvo algunos años esta preciosa reliquia en campo descubierto, obrando muchos y grandes prodigios. La repetición de éstos movió la piedad de los fieles, y á instancias de los religiosos franciscanos se fabricó una ermita de carrizo y tajamanil (tablilla), la que á los cuatro años se mejoró de cal y canto, con techo de madera. Así se conservó esta iglesia hasta el año de 1654, en que vencidas varias dificultades y controversias, y conseguida licencia del rey, se fabricó de nuevo una iglesia más capaz, con un convento anexo á ella para los religiosos que cuidaban de la Santa Cruz, el que sirvió un poco de tiempo de enfermería de la santa provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán: y el año de 1666, estando ya enteramente concluido el convento con todas las oficinas necesarias, lo destinó dicha provincia para

casa de recolección, con el título de San Buenaventura; hasta que por fin el año de 1683 se entregó á los padres apostólicos para que fundaran en él un colegio de misioneros de "propaganda fide," por bula del Sr. Inocencio XI, de 8 de Mayo de 1682, el que hasta el día se conserva sin haber decaído un punto de su primitivo fervor y exactísima observancia.

"La fábrica material del colegio y de la iglesia ha tenido muchos y grandes aumentos desde el año de 1683 hasta el presente (1802). El complemento del crucero de la iglesia, del coro, de la sacristía y del hermoso camarín que está detrás del altar mayor, es debido á la generosidad y beneficencia del Br. D. Juan Caballero y Ocio, que lo hizo á sus expensas. La iglesia principal, que es de un tamaño proporcionado, está bien adornada de colaterales, y tiene contigua una hermosa capilla con tres puertas, por donde se comunica con ella, y ambas tienen su fachada hacia el Poniente. El colegio es bastante amplio y cómodo para la habitación de los religiosos: tiene una famosa librería, con obras muy selectas y apreciables; en el día ascienden sus libros al número de siete mil y tantos volúmenes."

Venéranse en la iglesia algunas imágenes notables, entre otras, una de María con Jesús niño en los brazos, obra de

pincel romano; otra, que es una escultura napolitana y representa al Niño Jesús, la cual donó la señora duquesa del Infantado al P. Fr. Antonio Linaz, cuando vino á fundar el colegio apostólico; y la otra que es un Santo Cristo de marfil, de vara y tres cuartas, muy bien trabajado, que dió á los religiosos el señor Don Toribio Cosío, marqués de Torre-Campo, gobernador que fué de Filipinas, el año de 1731, que pasó para esa ciudad cuando se restituyó á España.

Pero el objeto más preciado que atesora la iglesia, en que cifran su orgullo los queretanos, y que ha dado nombre al colegio, es la cruz de piedra, llamada "de los milagros," que se venera en el altar mayor. Está formada de cuatro piedras rojas que, según la tradición, fueron encontradas en la loma vulgarmente llamada de "Sangremal," el año de 1531, en que conquistaron la ciudad los españoles al mando del cacique otomí D. Fernando de Tapia.

A este colegio llegó nuestro Margil el día y año antes apuntados, y desde luego se dedicó á las tareas de su santo ministerio, preparándose en el retiro con el estudio incesante de la sagrada Escritura. Por el espacio de cuatro meses se le vió trabajar sin descanso, eligiendo para teatro de sus predicaciones ora la ciudad de Querétaro, ora la de México, y ora final-

mente, varias otras poblaciones de inferior categoría, pudiendo con verdad asegurarse que fueron pocas las que no se conmovieron á la insinuante voz del apóstol.

Pero este era un campo bien estrecho para el ardiente celo que le animaba, y la Providencia le había destinado á recorrer otro incomparablemente más vasto. Por el mes de Marzo del mismo año se le intimó la orden del superior para que con otros tres compañeros pasase á evangelizar á los pueblos de la dilatada provincia de Yucatán. Pónense en camino de dos en dos; llegan á Veracruz; recogen colmados frutos en esta ciudad; embarcándose para Campeche, y desde este puerto siguen peregrinando hasta Mérida, capital entonces de la provincia y hoy del Estado de Yucatán.

IV

¿Habéis escuchado ese canto melancólico que entonan los labradores en las haciendas antes de dar principio á sus tareas diarias y poco después de finalizarlas?

La obscuridad, como un velo fúnebre, se extiende sobre el valle y da á las montañas el aspecto de negros murallones.

Todo yace en profundo silencio; el zentzontle duerme todavía en las intrincadas ramas del mezquite, y el brillante colibrí

no vuela zumbando por cima de los floridos matorrales.

Mírase en el horizonte una cinta indecisa de apacible lampo, más no es todavía el primer albor de la mañana. Brillan los luceros en todo su explendor, y en la inmensa bóveda del cielo reina una calma imperturbable, una calma que envidia el corazón y le obliga á suspirar.

Una casa de apariencia rústica, pero de sólida construcción, se levanta hacia la falda del vecino collado: rodéanla una muchedumbre de cabañas, asomando el techo de palma por entre los plantíos de nopales y magueyes.

De uno de esos pobres albergues sale una luz rojiza, aprovechando los espacios que dejan entre sí los mal unidos juncos de que están formadas las paredes: prodúcela la llama del hogar, cerca del cual se dispone á salir un hombre de semblante altivo y formas robustecidas en la escuela del trabajo; su esposa é hijos duermen tranquilamente.

Después de algunos minutos este hombre, que es el mayordomo de la hacienda, pasa de choza en choza despertando á los operarios, deteniéndose á la entrada del cercado de cada habitación, y saludando á cada uno de aquellos con un prolongado ¡Ave María Purísima!

Finalmente, reunidos en el patio de la casa de la hacienda todos los peones, car-

gados con los instrumentos de labranza respectivos, de enmedio del concurso se levanta una voz sonora que entona el primer verso de un himno religioso. Esta voz es grave y tierna como el dolor. como la esperanza próxima á desvanecerse.

Síguenla en coro las de los otros campesinos, y alternándose de este modo el coro y la voz principal llegan al fin del sagrado canto, que parece una queja sostenida y vigorosa, un gran gemido compuesto de gemidos, y el himno del quebranto y la resignación, en cuya melodía van envueltos los corazones como una ofrenda al supremo Autor de la felicidad.

Así cantan nuestros labradores antes de que la selva suspire conmovida por el céfiro, antes de que el Oriente se ilustre con los primeros asomos de la aurora, y antes de que las flores desplieguen la brillante corola para tributar al cielo su fragancia.

Este cántico, que resuena á la misma hora en todos los distritos agrícolas de nuestro país, es el "alabado."

Baña después el sol la inmensidad del espacio en mares de esplendor y gloria. Las sombras se refugian á los pliegues de la vestidura de las montañas; y mientras el hombre riega la tierra con el sudor de su frente, empuñando la esteva y caminando al paso del robusto buey, compañero de sus fatigas, los árboles del valle

mueven perezosamente la olorosa cabellera, y las aves, llenas de júbilo, circulan en bandadas por el cielo formando coros armoniosos: las aves son los ángeles del aire.

A la bochornosa siesta suceden horas más apacibles. El sol declina al ocaso, y ocultándose después tras la montaña, deja en pos de sí el crepúsculo como la memoria aun fresca de la felicidad que acaba de pasar.

Los objetos empiezan á cubrirse con una gasa sombría; vuelve el silencio á dominar en montes y valles; el ave atraviesa el aire en tardo vuelo, sin trinar, buscando el árbol donde ha de reposar durante el imperio de la sombra, y la campana suspendida en la torre del lejano pueblo, se asocia vibrando á la melancolía del alma, produciendo una voz triste y apacible como un adiós á la luz...

En estos momentos vuelven los cansados labradores á congregarse para repetir el himno que entonaron en la mañana. Pero ¡cuán diverso carácter tiene el alabado á estas horas! Si alguna vez lo habéis escuchado al llegar á hospedaros en la hacienda después de caminar durante un día entero, ó si tal vez morando en la ciudad habéis enderezado los pasos hacia algún sitio de los alrededores que conserva para vos alguna memoria sagrada, y al volver del paseo os sorprende la no-

che cerca de la finca en los momentos en que los labradores están juntos para representar la tierna escena de que vamos hablando, ¿á qué pretender recordaros la impresión que causó en lo íntimo de vuestra alma? ¿á qué intentar reproducir una imagen que está viva, y que adoráis en secreto siempre que pensáis en la suerte de esos mortales beneméritos que riegan con sus sudores y á veces con lágrimas un suelo ingrato, para obligarle á producir el pan que nos sustenta, que nos sustenta quizá sin merecerlo?

Juntos los campesinos en el lugar indicado, dejan oír de nuevo la voz que en la mañana era un lamento, y hoy es el canto animado, vibrante, triunfal del agradecimiento y de la dicha. Con él expresan el regocijo por la victoria sobre la tierra, mediante el trabajo, el deseo que pronto van á satisfacer, de tornar á su pacífica morada, donde gustarán las delicias de la familia, y tal vez la esperanza de mejorar de condición, para proporcionar una existencia menos penosa á sus hijos. ¡Oh! bien haya e que inspiró á los hombres del campo la idea de juntarse diariamente para llorar ó bendecir. ¡Bien haya el corazón piadoso que inventó tan inocente y suave melodía! ¡Y bien haya mil veces el humilde religioso, el P. Margil de Jesús, que al

introducir esta costumbre entre los labradores, les enseñó el modo más adecuado y bello para pedir al cielo favor, ó para significarle su reconocimiento por medio de un canto tierno y sencillo, que es al mismo tiempo un himno y una plegaria!

V

Sí, el P. Margil fué el inventor del alabado, que, como ha dicho muy bien un escritor, es nuestro verdadero canto nacional.

Entonábanlo al entrar en los pueblos, y así publicaba su misión; así anunciaba que el enviado de Dios ponía las plantas en aquellos lugares, y que bien pronto iba á hacer resonar la palabra de vida.

Descalzo y sin más armas que el Crucifijo recorrió con el P. López, religioso de la misma orden y su inseparable compañero, gran parte de la provincia antes mencionada. Pasó después á Tabasco y á Ciudad Real; en seguida á Guatemala y á todos los pueblos de la costa y sierra, que dan al mar del Sur, á la Talamanca y á los térrabas, á la provincia de la Vera Paz, á las montañas donde habitan los apóstatas choles del Manché y al país de los indómitos lacandones.

En todas partes se atraía las volunta-

des por medio del ejemplo y de la predicación: su presencia era la de un mensajero de paz y caridad, y dejaba al ausentarse el gérmen de las buenas costumbres, juntamente con la memoria suavísima de una virtud acrisolada.

Los pueblos, por su parte, acogían á los ministros del Evangelio con vivas demostraciones del más puro entusiasmo. "Conmovíanse, (dice el P. Espinosa, biógrafo de nuestro Margil), los circunvecinos pueblos con tal extremo, que sucedió tal vez congregarse por los caminos cuatro mil indios, saliendo desalados de sus chozas, por acompañar á estos dos varones memorables. Quisieran demostrar lo crecido de su afecto y veneración, desgajando verdes ramos de los árboles, los llevaban en las manos muy festivos: y por la multitud frondosa que se movía, pudo parecer, ó que se transladaban de una á otra parte las selvas, ó que, como se le representaron al ciego del Evangelio, caminaban los hombres como árboles. Afligíanse los humildes misioneros con demostraciones tan extrañas, y á fuerza de ruegos, persuasiones y amenazas, cortaron el hilo á estos piadosos excesos, protestando no saldrían de los pueblos, hasta que arrojasen al campo las ramas, por obviar semejantes emulaciones en los vecinos."

VI

Sin embargo, no en todos los lugares que visitaron durante su peregrinación apostólica, tuvieron igual acogida. Poblaciones hubo entre infieles, donde al entrar eran saludados con una lluvia de piedras y saetas, salvando la vida por uno de aquellos sucesos cuyo secreto se reserva la Providencia.

Predicando entre los salvajes de la Talamanca, llegaron á una ranchería, donde maltratados de mil maneras á cual más punzante, estuvieron á punto de ser matados de hambre; entre los lacandones iban á ser pasto de aquellos caníbales; y puede afirmarse sin exageración, que sus peregrinaciones entre los gentiles fueron un continuo peligro, llegando hasta el extremo de que, hipócritamente obsequiados en algún palenque, (aduar de los naturales), con varias frutas, recibieron oculto en ella un fatal veneno, de cuya acción, no obstante, se vieron milagrosamente libres. Asegúralo así el mismo P. Margil en una carta, en que haciendo mérito de este hecho, refiere que admirados los intérpretes, les hablaron cierta vez de esta manera: "¿Padres, los indios dicen, si sois dioses?, porque os han dado veneno en la comida, y no os morís."

Los dignos misioneros, entre tanto, correspondían á esta conducta malqueriente con la mansedumbre y caridad, que son el distintivo de los verdaderos apóstoles. Agenos de ese celo indiscreto en que ardían algunos frailes del siglo décimo sexto, no entraban en los pueblos de idólatras, destruyendo los torpes objetos que adora la superstición: empezaban su bienhechora conquista, procurando alumbrar los entendimientos con la luz de las eternas verdades y sembrar en los corazones el amor de Dios y de los hombres; proseguían su obra desarraigando malas costumbres y corrigiendo vicios, especialmente el de la embriaguez, á que son tan dados los indios, y la coronaban felizmente algunas veces, haciendo deponer á los bárbaros la vida en los montes y reduciéndolos á formar poblaciones regulares, para lo cual les patentizaban la miseria de la condición aislada y beligerante, y las ventajas de la vida civil y cristiana.

Una vez alcanzado este triunfo, ¡qué cuadros tan risueños los que representan á los neófitos dirigidos y aleccionados por los discípulos de Jesús! Para establecer las poblaciones elegían éstos por lo regular los valles dilatados y enriquecidos con todos los dones de la naturaleza: formaban la planta correspondiente,

trazando calles y señalando los sitios donde se proponían edificar iglesias; procedían luego á la formación de ellas y de las chozas destinadas á los habitantes; y era de ver la animación, el entusiasmo, el afecto con que se ejecutaban todas estas obras, siendo los misioneros no sólo directores, sino de los primeros en contribuir á ellas con su trabajo físico. La actividad de los nuevos pobladores podía significarse propiamente con una imagen mil veces empleada en casos como éste, por los escritores griegos y romanos, con la que presentan las abejas al construir su panal.

"Toda la fábrica de estas iglesias era pajiza, (dice el biógrafo antes citado), compuesta de jarales y troncos, y adornados los altares con estampas y vitelas, formándoles sus tabernáculos de cañas y flores de diversas plumas: las colgaduras eran de esteras bien tejidas, y éstas eran las preciosas alhajas que les ministró á los religiosos en aquellos desiertos su re camarera la santa pobreza. El ornamento lo cargaban consigo, que por ser único les servía en todas partes, y para que uno dijese misa, esperaba, ayudándole de ministro, el otro. Para este sacrificio conservaban unas sandalias de una suela, y no les servían más en todo el día, por-

que en toda su peregrinación llevaban los pies enteramente desnudos."

Pero si bien es cierto que este desabrigo les parecía natural y consiguiente á su estado, y por lo mismo, no sólo llevadero, sino apetecible para más asemejarse á los primeros apóstoles, también lo es, que para las pobres chozas que con el nombre de iglesias habían fabricado y destinado al culto, anhelaban alguna más decencia, y así lo pidieron en un informe dirigido al presidente de la audiencia de Guatemala, cuyo pasaje relativo vamos á trasuntar en seguida:

"La mucha caridad, (dicen), que U. S. hace á nosotros, mandando á sus ministros, que todo lo que pidamos por nuestras firmas lo provean de las arcas realeas de su majestad, sea por amor de Dios; pero nosotros, por la misericordia del Señor, no necesitamos de firmar cosa alguna, porque siendo Dios Nuestro Señor servido, con estos hábitos que sacamos del colegio, hemos de volver á él: y en cuanto á la comida, así entre cristianos como entre gentiles, no nos ha faltado lo necesario, y tenemos esa fe en el Señor, que jamás nos ha de faltar; aun que es verdad que en todas estas naciones no hay más comidas que plátanos, yucas y otras frutas cortas, y algún po-

co de maíz; y en la Talamanca un poco de cacao; pero el afecto con que nos asisten en estas casas, hartas veces nos ha enternecido el corazón, y en todo ésto no hemos hallado menos las comidas de otras partes. Pero para las iglesias son necesarias hechuras de los titulares y ornamentos, á lo menos según los ministros hubieren de entrar, y que uno y otro se provea de Guatemala, á donde á U. S. mejor le pareciere, porque en Cartago cualquiera cosa se vende muy cara."

Acaso las poblaciones que tuvieron por fundadores á estos religiosos insignes, son en el día villas y ciudades florecientes; acaso muchas de ellas sin salir de su obscuridad, han desaparecido del mapa. De todos modos, su existencia en el mundo ó en las páginas de la historia, es un monumento imperecedero que da testimonio del espíritu benéfico y civilizador que animaba á los dignos obreros del cristianismo.

VII

Empleando el P. Margil su vida de esta manera tan fructuosa y estando un día en el pueblo de Dolores, situado en la montaña del Lacandan, recibió carta del R. P. comisario general, en que le

ordenaba, partiese inmediatamente á Querétaro á desempeñar el cargo de guardián del colegio de la misma ciudad, para el que había sido electo un año antes.

Púsose luego en camino, y á mediados de Abril de 1697, un viandante notició á los religiosos del expresado colegio, haber dejado algunas leguas atrás, en la vía que conduce de México á Querétaro á un fraile, que, según las señas que dió de él, no podía ser otro que Fr. Antonio Margil de Jesús.

Era él en verdad, y en la tarde del lunes 22 del propio mes, salieron á encontrarle á extramuros la comunidad, y casi toda la población en tumulto. Iba el humilde fraile con el rostro tostado del sol, el hábito remendado, el sombrero, que correspondía al vestuario, colgado á la espalda, y en la cuerda, pendiente, una calavera, que le servía en los sermones. Aunque durante su peregrinación apostólica había traído los pies siempre desnudos, quiso en esta vez no mostrarse excesivamente austero, y calzaba esa especie de sandalias groseras que usan los naturales, formadas de una suela de cuero crudío, que tan sólo abrigan la planta del pie, y que llaman "huaraches" en unos pueblos y en otros "cacles."

Los repiques de las campanas de toda

la ciudad anunciaron la entrada de la comitiva, en medio de la cual iba el apóstol con semblante modesto y lleno el pecho de gratitud por un recibimiento que él conceptuaba inmerecido. Al llegar á la iglesia del colegio, entonó la comunidad el "Te Deum laudamus," y dió fin á aquel acto el venerable Padre con una breve plática que dejó edificado á todo el concurso.

VIII

Por tres años gobernó con sabiduría á la grey encomendada á su cuidado, y después de haber desempeñado en el mismo colegio los oficios de presidente "in capite" y vicario, pasó de nuevo á Guatemala por mandato del superior y llamado del gobierno, para restituir la paz á los corazones de muchos, que turbaban el sosiego público con sediciones.

Su viaje fué un ejercicio continuo de caridad y enseñanza evangélica, y como dice el biógrafo que antes citamos, "en tan dilatado camino iba haciendo lo que el sol, á quien llamaron corazón del cielo, que no se movía sin ir comunicando calor, lucidos rayos y benignas influencias. dejando en cada posada, ciudad ó pueblo, estampado un beneficio."

Llegado á Guatemala, y habiendo cum

plido satisfactoriamente con el objeto á que le llamó la obediencia y el deseo de contribuir al bien de los pueblos, funda un colegio de su orden en la ciudad; parte en seguida á nuevas misiones, entre pueblos ya convertidos al cristianismo; pero ciegos todavía con algunas creencias supersticiosas; vuelve á ponerse en camino para su colegio de Querétaro; pasa después á fundar el colegio de Guadalupe de Zacatecas; emprende la conquista del Nayárit para el Evangelio; intérnase con el mismo objeto hasta la provincia de Tejas; y finalmente, después de lograr los mismos bienes entre los infieles del septentrión, que entre los del mediodía, nos le encontramos en camino de Querétaro para México. Venía gravemen te enfermo, y en esta ciudad, teatro poco antes de sus predicaciones, le esperaba la muerte.

IX

Este último viaje se verificaba hacia fines del mes de Julio de 1726. El 6 de Agosto del mismo año, el venerable religioso pasó á mejor vida.

Pintar las circunstancias de su fallecimiento, es tarea inútil; su muerte fué la muerte del justo.

Al anuncio de este doloros suceso, la

capital se conmovió como herida de una calamidad repentina, y nadie se mostraba dispuesto á creer lo que realmente había pasado en la celda de que hablamos al principio. Una de las más tristes ilusiones del hombre, es imaginarse que el bien ha de ser eterno en la tierra.

Acudían todos al convento de San Francisco á tributar el último homenaje de respeto y gratitud á unos restos queridos, que pronto iba la tierra á esconder en su seno. El cuerpo del digno misionero fué expuesto en la iglesia á la admiración pública. Llamaban la atención por su hermosura el rostro, modestamente inclinado hacia el pecho, y los pies, que sellaba la piedad con mil ósculos, bañándolos en llanto; aquellos pies siempre prontos á caminar, á donde había desgraciados á quienes dispensar consuelo, y que descalzos no habían temido hollar las sierras más ásperas de México y Guatemala.

Asistieron al funeral el virrey, la audiencia, los tribunales, la clerecía, y en una palabra, todo lo más florido de la sociedad mexicana: todos aclamaban por santo al venerable Margil, todos pregonaban á voces las virtudes en que más se había señalado; y eran estas manifestaciones tan expontáneas y entusiastas,

que habrían bastado en los primitivos tiempos de la iglesia, para canonizarle.

Los condes del Valle de Orizava, Don José Hurtado de Mendoza y Da. Graciana Vivero, cedieron para sepultura del venerable cuerpo, una bóveda, que poseían bajo el presbiterio, al lado que llaman del Evangelio.

He aquí la inscripción, que entre láminas de estaño se dejó encerrada en el sepulcro:

Hic yacet sepultus V. Servus dei P. Fr. Antonius Margil: Missionarius, Praefectus et Guardianus Collegiorum de propaganda Fide Sanctae Crucis de Queretaro, Santissimi Crucifixi de Guatemala, et Sanctae Mariae de Guadalupe in hac Nova Hispania erectorum: fama utique virtutum, miraculorumque illustris:

Obiit in hoc percelebri
Mexicano conventu
Die VI. Agusti Anno
DNI. M.DCC.XXVI.

Traducida la anterior inscripción, es co mo sigue:

"Yace aquí sepultado el venerable siervo de Dios Fray Antonio Margil, misionero, presidente y guardián de los cole-

gios de propaganda fide de la Santa Cruz de Querétaro, del Santísimo Crucifijo de Guatemala, y de Santa María de Guadalupe, fundados en esta Nueva España, varón en gran manera ilustre, por la fama de sus virtudes y milagros. Murió en este insigne convento mexicano, el día 6 de Agosto del año del Señor, de 1726."

X

Difícil es encerrar en los estrechos límites de una inscripción, el relato de los hechos notables y de los rasgos característicos de un hombre virtuoso; pero en la que acabamos de leer, no sólo se nota esa falta por los términos generales en que está redactada, sino que se omitió en ella precisamente lo primero y más bien dicho, lo único que debía haberse expresado. Háblase vagamente de virtudes y milagros, y no se llama la atención hacia el distintivo de nuestro héroe, el espíritu altamente evangélico de que estaba animado, que le hacía arrostrar con frente serena los mayores peligros por llegar á su objeto, y en virtud del cual ejecutaba hechos que se pueden poner en parangón con los de los primeros apóstoles.

¿Será que esta prenda, verdaderamente singular en aquel tiempo, no fuese estimada en todo su valor? ¿Se creería acaso que la vida de un religioso no podía emplearse de una manera más digna que administrando sosegadamnte los sacramentos en los templos de las ciudades?

No, sin duda; y la prueba es, que el venerable Margil fué objeto en vida y muerte de las más vivas simpatías, y que su memoria ha sido honrada hasta nuestros tiempos con todo el amor y veneración que se tributa á los varones beneméritos; se ha tratado de su beatificación, según nos ha informado una persona; han escrito su biografía plumas tan gallardas como las de los PP. Espinosa y Villaplana, y Larrañaga le ha cantado en versos latinos, pues tal es el asunto de la "Margileida."

Ahora bien, si tanto amor, si tanto entusiasmo ha excitado en los corazones de seglares y eclesiásticos, ¿cómo es que su vida ha tenido tan pocos imitadores?, ¿qué obstáculo invencible se ha presentado para que siguiesen sus huellas tantos regulares que verdaderamente eran dignos y capaces de esa gloria?

El espíritu del siglo actual dicen algunos, todo lo corrompe y envenena; es un viento helado y asolador que extingue

las más nobles aspiraciones y sofoca en germen los más valientes impulsos: esta es la causa principal de la decadencia de los institutos monásticos.

Pero ¿qué tiene que ver el espíritu del siglo con unos hombres que se apartan del mundo precisamente para contrariar con sus doctrinas y ejemplo la influencia de ese mismo espíritu que suponen tan dañado? ¿ó es otro el objeto de la vida del claustro? ¿Ha sido diverso respectivamente en tiempos anteriores? ¿No es un hecho que el mal siempre ha existido, y que á combatirle es á lo que se han consagrado en la antigüedad los filósofos y después los discípulos de Jesús, ma··· mente los que, como los religiosos, han adoptado una vida más austera? ¿Y no es también un hecho que estos divinos atletas han triunfado? ¿Por qué no pudo suceder lo mismo en nuestros días?

Luego el espíritu del presente siglo, dado que se le identifique con el mal, no es la barrera incontrastable que se opone al desarrollo de la acción del bien, y por lo mismo de las virtudes apostólicas.

Otro ha sido el adversario de ese desarrollo, y es, la falta individual y colectiva de perseverancia en el fervor primitivo: eso es lo que nota y censura el espíritu del siglo, tan mal comprendido y

calumniado, y eso es lo que deploran los hombres pensadores y con ellos toda la sociedad.

Sí, la sociedad, animada de las ideas filosóficas reinantes, anhela, exige que las instituciones llenen su objeto y no sean una mentira sistemada; exige que los hombres que hacen profesión de virtud y heroismo, sean realmente héroes y virtuosos; exige de ellos el cumplimiento del precepto del Salvador, "sed santos como lo es mi padre celestial;" y de otra manera, también exige que desaparezcan de su seno, porque eso está en el orden invariable de las cosas, según la sentencia del Evangelio: "¡árbol que no da fruto será quemado!"

Finalmente, otros oponen que la falta de auxilio, especialmente de los gobiernos, ha cortado las alas al genio emprendedor que en otros siglos dió tanto crédito á los religiosos, y que ella es la que hace imposibles las misiones entre los bárbaros.

No negaremos que la cooperación eficaz del gobierno á las empresas apostólicas sería de alta importancia para obtener buenos resultados; pero jamás concederemos que sea necesaria é indispensable, y antes bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que los viajes más fructuosos de los misioneros han sido

los que realizaron sin protección de ninguna clase, llevados sólo del ardiente celo que los impulsaba y entregados enteramente al cuidado de la Providencia. Buena prueba de ello nos suministra el P. Margil, quien además siempre esquivó en su bienhechora carrera ayudarse del poder humano. Con este motivo, y para concluir, referiremos un caso notable de su vida:

Emprendida por él, como dijimos, la conversión del Nayárit, le excitó la real audiencia á que propusiera los medios más aptos para civilizar aquellas tribus bárbaras, á lo que él respondió: "Los que se me ofrecen son á mi ver los más propios para la suave introducción evangélica, y los que su Majestad, en sus leyes, tiene establecidos para convertir y reducir, disponiendo que siempre preceda la paz evangélica y los más suaves de la persuasión.... Siendo del agrado de esa real audiencia, entraré por aquel rumbo, como tengo intención, con sólo un compañero, predicador misionero, de nuestro colegio, á la sierra, sin escolta ni cuidado de armas."

¿No os parece escuchar el razonamiento de un discípulo de San Pablo?

XI

Dos palabras más.

Los restos del P. Margil fueron exhumados con autoridad apostólica en 10 de Febrero del año de 1778: en el de 1861, á 2 de Abril, cuando ya la mano de la destrucción desmantelaba la iglesia y claustros del convento de San Francisco, eran trasladados á la Catedral por los religiosos Fr. Amado Montes, Fr. Buenaventura Merlin y Fr. Luis Ogazón, acompañados del Lic. D. Luis Rivera Melo, joven de ideas progresistas, y de grandes esperanzas para la literatura. El cuerpo del venerable sacerdote iba encerrado en una caja de madera, forrada de piel roja, y con tres cerraduras. Quedó depositado en la capilla de la Virgen de la Soledad.

Si la afición á las virtudes del héroe cristiano pretende corroborar más la memoria que de él anida en nuestras almas, guárdese de estampar en esa caja una pomposa inscripción: recuerde tan sólo, y este será el mejor epitafio, las palabras que el santo misionero profirió en una ocasión solemne, y que tan bien revelan su desprendimiento de cualquier otro

afecto que no fuese el de la virtud: "no tengo más padre y madre que Jesucristo."

XXIII

EL CONVENTO

Extrañará acaso el lector haber visto el bosquejo de la vida del P. Margil incluido en el cuadro que hemos destinado á los religiosos franciscanos llamados de la observancia, siendo así que el gran misionero pertenecía á los de "propaganda fide," por cuya circunstancia parecía más natural fijar en él la atención al tratar del monasterio de San Fernando; pero hay que saber por una parte que así el colegio de la Santa Cruz de Querétaro, donde floreció al principio de su carrera en nuestro país, como el mencionado poco antes, fueron fundados por la provincia del Santo Evangelio, de que era matriz el convento de San Francisco de México, y por otra, que el venerable padre vino á morir á este último, en él descansaban sus restos, al propio edificio pertenecía la celda donde pasó su postrer enfermedad, según ya expresamos, y todas estas razones nos autorizan á creer que esta era la ocasión de consagrarle las líneas antecedentes.

Por lo demás, los apuntes que dimos sobre esa celda y la enfermería, de que formaba parte, nos conducen naturalmente á hablar de lo restante del convento.

Este grandioso edificio que, según ha dicho un escritor, considerado bajo el aspecto religioso no tiene igual en la República, gozó en todo tiempo de bien merecida celebridad, ora por la hermosura de su iglesia y capillas, ora por la amplitud de los claustros y demás partes anexas, y ora en fin, por los magníficos paramentos y riquezas artísticas que acaudalaba.

Admiración de nacionales y extranjeros fué en nuestros días, y la iglesia en particular se consideró siempre como el punto de reunión de lo más granado de nuestra sociedad, que asistía allí á los divinos oficios celebrados con un esplendor y pompa sorprendentes.

Durante el régimen colonial, por idénticos motivos, fué objeto de la misma afición, del mismo cariño. Los pocos viajeros que entonces recorrieron el país y se detuvieron en la capital, le visitaron: hacían otro tanto los españoles que pasaban á ella con ánimo de avecindarse, ó con el de morar algunos años como los vireyes; y contravéndonos á los segundos, citaremos el ejemplo de la visita que le hizo el primer conde de Revillagigedo

con su familia, de que nos ha conservado memoria el Diario de D. José Manuel de Castro de Santa Anna, en las siguientes líneas:

"La tarde de este día (12 de Septiembre de 1754) S. E., acompañado de la Exma. Sra virreina, los señoritos sus hijos é hijas, sus damas, varios caballeros y sus familiares, entraron en el convento principal de nuestro P. S. Francisco, porque dicha Exma. señora deseaba verlo por ser el más capaz y hermoso de esta ciudad; le circunvalan cuatro cuadras en que se incluye su hermosa iglesia y capillas, pulidos claustros, anchurosos dormitorios, general noviciado, enfermería de bella arquetictura; gastaron toda la tarde en pasearlo, y en la celda principal del reverendísimo padre comisario general, pasaron después hacer mansión; hallábase pulidamente aderezada, y allí se les suministró un opulento refresco, siendo obsequiados por dicho reverendo padre y demás prelados de aquel convento, de donde cerca de las ocho de la noche se retiraron á su palacio."

La importancia, pues, del monumento de que se trata, exige una descripción la más completa que de él pueda darse. y aunque no poseemos todos los datos necesarios para esa tarea, vamos á empren-

der una relación de sus partes principales, para lo cual distinguiremos en él dos estados, el que tuvo hasta principios del año de 1861, y el en que se encuentra actualmente como consecuencia de las mutilaciones y ruina que ha padecido.

I

El P. Vetancourt, cronista de la orden, nos pinta el estado que tenía el convento hacia fines del siglo décimo séptimo, de la manera siguiente:

"Dejo lo antiguo que pasó, y paso á lo moderno que permanece, que aunque en la relación latina escribí lo que supe, no sé si sabré decir en romance lo que á la vista tengo, porque es otra cosa el verlo y mucho menos el decirlo, y sólo el que lo mire podrá creer y decir que es más lo que ve que lo que se dice. No es lo más lo que tiene de vivienda en los altos el convento, aunque en nueve dormitorios unos altos y otros bajos por haber sido en varios tiempos su fábrica: tiene casi trescientas celdas, donde prelados, moradores, enfermos y huéspedes moran de ordinario cerca de doscientos frailes, sobrando celdas altas, bajas y entresoladas para otros muchos, todas acomodadas y con distinción de personas, ordenadas las viviendas, según la calidad de los suje-

tos, con sus pasadizos y oficinas necesarias para todos.

"Tiene dos claustros, y en medio de cada cual una pila de agua que le alegra; la del principal es de piedra de jaspe blanco (que acá llaman Tecale) con dos tazas hermosas de lo mismo y una imagen de talla de San Diego por remate. Los claustros bajos están adornados con lienzos grandes del pincel famoso de Baltasar de Chávez, en que se registra toda la vida de N. P. S. Francisco, y entre cuadro y cuadro una tarja que tienen dos ángeles en que está escrita la historia de cada lienzo en romance lacónico y sucinto: en todo el techo no se divisa viga porque está cubierto de lienzos pintados de varios lazos, alfombras y alcatifas fingidos que hacen á la perspectiva agradable vista; el soclo es de madera con países y montería, y en él pintado el monte Alberne con primor. De allí sigue de norte á sur las dos piezas del refectorio y sala de "profundis;" en esta, que es del tamaño del refectorio, está el sepulcro de los señores Cervantes; en las paredes están las efigies de los dos obispos de Huaxaca (Oaxaca) que ha tenido, con el epitafio funeral cada cual, en que se dicen sus dignidades y oficios: acompaña en esta sala una devota imagen del Santo Cristo de Burgos en su retablo. El refectorio

es tan capaz, que en las mesas caben más de quinientos religiosos, con sus oficinas necesarias y patio donde se asolea el agua que se ha de beber en sus tinajas.

"Tiene cuatro escaleras principales: al entrar de la portería está una con tres ramales de escalones, á San Buenaventura dedicada, con tres lienzos de su vida que la adornan; el techo de artesón dorado con las ocho virtudes de relieve y el Espíritu Santo en medio pendiente, que las corona: en los cuatro ángulos los cuatro pontífices de la religión, de talla entera, con las tiaras en las manos como que al santo las ofrecen; en las cuatro pichinas los cuatro más célebres autores de la orden: Scoto, Lyra, Alejandro de Ales y S. Antonio, de pincel todo, cubierto de plomada, obra que hizo y dedicó el M. R. P. Fr. Buenaventura de Salinas á expensas de bienhechores, con una misa dotada de cincuenta pesos cada año, que en la misma escalera el día de San Buenaventura se canta con su responso; en el primer descanso está una puerta grande y dos pequeñas por donde se entra á una capilla de doce varas en cuadro á nuestra señora de Aranzazu dedicada: tiene dos altares á los lados, uno de N. P. S. Francisco, y otro de S. Buenaventura, de talla entera en sus retablos: en las repisas de los cuatro ángulos cuatro lienzos, de N.

P. Santo Domingo, S. Francisco, S. Agustín y S. Ignacio; el techo, de lazos dorados, con los ocho atributos de la Virgen de medio relieve, por artesón, y en medio un lienzo de la Asunción de nuestra Señora, que á la perspectiva parece que va penetrando las nubes para el cielo, todo cubierto de plomada, con una tribuna, y su órgano en ella, donde se entra por la sala de ordenación, y con otra puerta baja que va al noviciado, y por ella salen los novicios á rezar el oficio de nuestra Señora en alabanza. Hoy pertenece al capitán Antonio Calderón.

"Las otras tres escaleras no son de menos arquitectura y adorno: una que baja á la sala de "profundis," cuyo espacio ocupa un lienzo grande del Tránsito de N. P. S. Francisco, y al otro lado, de su tamaño en proporción, otro lienzo de los milagros del B. Fr. Salvador de Orta. Otra baja á la antesacristía, que se compone de tres ramales y dos derrames: uno que va al claustro principal, y otro al cuarto de los lectores; en el descanso tiene una capilla pequeña de nuestra Señora de Guadalupe, y en el hueco del arco de en medio, en lo bajo, otra pequeña capilla de S. Antonio. La cuarta escalera cae á la parte del poniente en el segundo claustro, que sube al cuarto y dormitorio donde viven los MM. RR. PP. comisarios

generales; está en el techo adornada con diferentes imágenes cuadradas de santos de la orden.

"La sacristía, entierro de los señores condes de Santiago, es de las más vistosas y adornadas piezas que tienen las Indias, toda cuajada de lienzos grandes con sus marcos dorados, y entre lienzo y lienzo de la sagrada Escritura pintados: el paraíso, la escala de Jacob, los triunfos de Judit y de Joel, y las aguas que dió á beber Rebeca; atributos de María Santísima, de mano del insigne Fr. Diego Becerra, religioso lego; toda está con cenefa de azulejos por abajo, con un trono de ángeles y varios lazos por arriba, y toda de cajones de nogal embutidos para los ornamentos, el techo de artesón dorado y su plomada, con cuatro ventanas al oriente, que con las vidrieras finas aumentan la claridad de sus luces.

"La iglesia tiene un hermoso retablo dorado en el altar mayor de obra mosaica y corintia, con diez y seis santos de talla entera que entre las columnas le acompañan; tableros de mano del afamado Basilio, de los misterios de Cristo y de su madre: en medio está una hermosa imagen de talla entera de N. P. S. Francisco y otra más arriba de la Concepción de nuestra Señora, y un Santo Cristo en el tercer cuerpo. El sagrario está de reli-

quias de santos adornado, así en las puertas portátiles con que se cierra, como en lo interior, donde está una espina de la co rona de Cristo en su custodia, el "Lignum Crucis" en una cruz de cristal que tiene de los doce apóstoles reliquias y la canilla entera de San Felipe de Jesús. El cuerpo y capilla mayor tiene tantos retablos, que están unos en pos de otros, tan contiguos, que no permiten ver nada de las paredes que ocupan: tiene una reja de fierro, que divide la capilla mayor del cuerpo de la iglesia, que tiene ocho varas en alto y quince de latitud hecha de maravillosa hechura en la provincia de Cantabria, que su costo llegó á más de diez mil ducados; el techo es todo artesón y de plomada, y por estar con las inundaciones y en su terraplén más de cuatro varas sumido el templo, se trata de hacerlo de bóvedas y levantarlo; obra que el M. R. P. Fr. Juan de Eluzuriaga, comisario general, intenta (cuyo celo será de todos los devotos que lo desean agradecido), y si los bienhechores ayudan, le verán acabado. No se ejecutó.

"Está al lado del Evangelio un lienzo del invicto marqués del Valle D. Fernando Cortés debajo de dosel y con el estandarte de sus armas, y al pie del lienzo en

que está su efigie, están en un baúl pequeño forrado en terciopelo negro sus huesos y los de su hijo el marqués Don Martín Cortés, para cuyo entierro se trajeron de Texcoco, porque fuese con la ostentación de capitán general, yendo los huesos de D. Fernando Cortés en el entierro; quedáronse unos paños azules con sus armas por la paga del funeral, que se consumieron de servir. En el mismo lado está depositado el cuerpo del Sr. D. Nicolás de Vivero, tercero conde del Valle de Orizava, para que se lleve á Tecamachalco al entierro de sus antepasados, y en otra sepultura están las armas de Francisco de Heredia, con cuya limosna de catorce mil pesos se doró el retablo.

"Debajo de la lámpara, al pie de las gradas, están tres losas con sus epitafios, que la una es de D. Juan López Murillo, abuelo del Sr. D. Juan de Mañosca, inquisidor que fué de esta Nueva España y obispo de la Habana, que dejó dotado el aniversario; la otra es de D. Fernando de Hoyos y Azoca, caballero de Calatrava, y de sus descendientes, que dió la primera lámpara que se llevó al convento de la Puebla cuando se puso la que hoy sirve; la otra es de D. Prudencio de Armentia, todas contiguas. En la iglesia y claustros hay altares y entierros de diversos caballeros y conquistadores, cuyas sucesiones

han faltado, y son pocos los que la tienen, porque en las Indias duran muy poco las generaciones, y menos que las generaciones las haciendas, que hay nietos que no gozan lo que ganaron sus abuelos"....

II

La iglesia principal, cuya descripción nos acaba de hacer Vetancurt, no es la que vimos en nuestros días. Ya el cronista sentía la necesidad de que fuese reparada la que existía en su tiempo, levantándola y substituyéndole el techo de artesón y de plomada por otro de bóvedas; y aunque, según hemos visto, dice que no se ejecutó la obra, sí llegó á realizarse este intento pocos años después, fabricándose la magnífica iglesia que nosotros alcanzamos, la cual se dedicó á 8 de Diciembre de 1716, veinte años depués del en que escribía el cronista.

Además de este templo existían entonces, y todavía están en pie otros de menores dimensiones, aunque igualmente suntuosos. Para indicar su situación precisa, entraremos en algunas explicaciones, que servirán al mismo tiempo para ilustrar la historia de todo el monasterio.

Empezaremos por asentar, que este ocupaba una superficie casi cuadrada de unas 3,249 áreas, ó bien 32,490 metros cuadrados.

Fraccionado en consecuencia del decreto de 16 de Septiembre de 1856, de que hablaremos en breve, quedó reducido á una superficie de casi 2,191 áreas, ó sea 21,919 metros cuadrados. La parte del edificio que fué separada del resto por la calle de la Independencia y enajenada, comprendía varios departamentos, entre otros, el jardín, que ya desde antes estaba dado en arrendamiento, la enfermería, y las piezas y capilla que fueron en otro tiempo de los padres comisarios generales de la orden.

Ese resto que quedó á los religiosos era todavía una casa enorme, un palacio. Dividiéndole por una línea imaginaria de Oriente á Poniente, se pueden considerar en él dos partes diferentes y aproximadamente iguales: una hacia el Sur, que abrazaba el panteón, el refectorio, la sala de "profundis," todo el claustro principal, otro menor que ha servido de cuartel, la sacristía y antesacristía, de que se ha hablado; y otra hacia el Norte, donde se asientan la iglesia mayor y las capillas, separadas del pórtico y unas de otras por el cementerio, que tiene dos puertas á la calle, una á la de San Francisco y otra á la de San Juan de Letrán, la primera al Norte y la segunda al Poniente.

Al entrar por la que da á la calle últimamente indicada, se ve á la derecha la

capilla del Señor de Burgos, situada de Norte á Sur; á este rumbo el altar mayor, y á aquél la puerta principal. Se estrenó el 6 de Febrero de 1780, y tiene 31 metros de largo y 12 de ancho. Un siglo antes ocupaba el mismo sitio la capilla de San José de españoles, que se dedicó con asistencia del virrey, duque de Alburquerque, y de la audiencia en 19 de Marzo de 1657, según la crónica de Vetancurt, y en 19 de Julio del mismo año según el Diario de Guijo, aunque parece más probable lo primero. El mejor adorno de sus paredes laterales, consistía en varios cuadros grandes que representaban la vida de San José, obra del célebre Baltasar de Chávez. Tiene otra entrada que dá al oriente.

Frente por frente de la puerta principal de esta capilla se asienta, con entrada al oriente y al altar mayor al rumbo opuesto, la iglesita llamada de los Dolores ó de la Segunda Estación, fabricada á expensas de D. Cristóbal de la Plaza, secretario que fué de la Universidad. Tiene de longitud unos once metros y cinco de anchura; estaba adornada con cuadros de la Pasión de Cristo.

Pero el punto desde donde el espectador puede formarse una idea completa de la muchedumbre de templos que abarca el atrio, es la puerta que comunica con la

calle de San Francisco. Entrando por ella se encuentra á la derecha la capilla de la Tercera Orden, situada de Oriente á Poniente, á este rumbo el altar mayor y al opuesto la entrada principal, pues tiene otra por el Sur dando al atrio.

A la izquierda se ve la capilla de Aranzazu en la misma línea que la anterior, con cuya puerta principal corresponde la suya, de manera que tiene el altar mayor á la parte de Oriente. Su longitud es de treinta y dos metros, y de diez metros su anchura.

En frente se levanta la magnífica capilla de Balvanera, anexa al templo mayor y comunicada con él, la cual fué construída á expensas de los naturales de la Rioja mucho tiempo después del que abraza la crónica antes citada. Tiene una laboriosa fachada á estilo de las de la Santísima y del Sagrario; estilo que algunos malamente reputan gótico, y que es más bien del renacimiento.

La capilla de la Tercera Orden, que como dice bien Vetancurt puede servir de templo al mayor convento, tiene cuarenta y cuatro metros de largo y doce de ancho. Se dedicó, según el cronista antes citado, en 22 de Diciembre de 1624. En la parte superior de la fachada que mira al Sur se halla medio borrada una inscrip-

ción por la que consta que la capilla se acabó y fué dedicada en 8 de Noviembre de 1727, lo cual hace conjeturar, ó que la primera dedicación fué sólo de una parte, ó que la segunda se refiere á otra capilla posteriormente construida en el propio sitio.

En la misma fachada, y al pie de la citada inscripción, se halla un cuadro con figuras de relieve, explicado por el siguiente letrero que tiene á su base:

San Luquesio, á quien N. P. S. Francisco
dió el primer hábito de la tercera
orden.
año de 1221.

A un lado de la puerta que da al Oriente se lee esta noticia:

Fué agregada por cuarenta años esta
iglesia á la sacrosanta lateranense de Roma, en 10 de Julio de 1831.

El adorno interior de la capilla era de buen gusto, así como el de las demás, especialmente en las festividades que en todas eran muy pomposas y frecuentes.

La fachada de la capilla de Aranzazu llamó siempre la atención por cierta elegancia que la distingue. En el friso que sigue al arquitrabe, bajo el cual se abre la en-

trada, se lee dividido en sílabas el letrero que sigue:

Sacrosancta lateranensis ecclesia

Un poco más arriba hay un cuadro con figuras de relieve que representa á un pastor rodeado de una grey, sentado al pie de un árbol y con la vista fija en la copa de éste, donde aparece la imagen de María. Acaso se refiere á la leyenda de nuestra Señora de Aranzazu.

En la parte inferior del cuadro se halla inscrita la relación siguiente:

Capilla de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Aranzazu, y entierro de los hijos y naturales de las tres provincias de Vizcaya y reino de Navarra, de sus mujeres, hijos y descendientes, á cuya costa se fabricó y dedicó en el año de 1688

Comprenderá bien el lector, que los hijos y naturales de las provincias vascongadas costearon la fábrica de esta iglesia; pero le parecerá un poco árduo que los descendientes de ellos hayan contribuido también á la obra, según declara la relación antecedente. Cesará no obstante su

asombro luego que reflexione, que esta clase de inscripciones eran ordinariamente parto de personas que sabían poco de achaques gramaticales.

Hacia el remate de la misma fachada se ve lo siguiente:

Tu honorificentia populi nostri.

Tiene asimismo esta capilla una puerta lateral hacia el Sur, arriba de la cual, y ocupando el centro de la portada, se ve una figura de relieve que representa á S. Prudencio obispo.

Por minuciosos que parezcan los pormenores acerca de las pinturas ó efigies de esta clase, suelen ser útiles é interesantes cuando contribuyen á hacer perceptibles algunos pasajes históricos de importancia, ó se refieren á objetos que recuerdan algún hecho ó suceso memorable, ó bien cuando á estos mismos objetos se tributa un culto sostenido y sancionado por antiguas tradiciones.

De estos objetos abundan en nuestras poblaciones y señaladamente en México.

¡Cuántas veces al pasar por la esquina de la segunda calle de San Francisco y callejón del Espíritu Santo, hemos contemplado con una mezcla de horror y de tristeza el mascarón formidable de pie-

dra que, sobresaliendo en la misma esquina, señala la altura á que llegaron las aguas en una de las mayores inundaciones que ha padecido la ciudad!

Y contrayéndonos especialmente á efigies colocadas en la portada de un templo, ¿ha visto el lector la de la Purísima que ocupa el nicho central de la fachada del hospital de Jesús Nazareno? ¿ignora que esta estatua ha sido en otro tiempo objeto del culto más entusiasta, condecorada con el nombre de "Nuestra Señora de las Maravillas?" ¿Sabe la tradición acerca del origen de este objeto sagrado?

"Pasemos (dice el P. Florencia en su "Zodiaco Mariano") del hospital del amor de Dios al hospital que vulgarmente llaman de Jesús Nazareno por una milagrosa imagen de Jesús con la cruz á cuestas colocada en su altar al lado del Evangelio en la iglesia del hospital. Pero su propio nombre es el de Hospital de la Concepción, título que dió al hospital el insigne conquistador de la Nueva España, D. Fernando Cortés, que fué su fundador.

"En la portada, pues de la iglesia de este hospital se venera una imagen de piedra de la Concepción de la Santísima Virgen, cuyo origen es como se sigue. Al tiempo que se fabricaba la iglesia del dicho hospital, se fabricaba también la casa

de un mayorazgo, en la cual se halló una columna ó pilar de piedra, que según lo que mostraba, se discurría haber sido al gún ídolo de los indios. Pero trabóse contienda entre dos parte sobre el derecho á dicha columna, que por su antigüedad les parecía ser estimable; y llegó á tal extremo la discusión, que pusieron pleito sobre ella ante la real audiencia, la cual solicitó composición, haciendo que las partes cedieran cada cual del derecho que alegaban, y se convinieran en que dicha columna se entregase en alguna obra de las varias iglesias que entonces en México se fabricaban.

"Hízose así, y habiendo echado suertes, le salió la suerte á la iglesia del hospital de la Concepción. Y los que cuidaban de la fábrica determinaron, que pues la titular de aquella iglesia y hospital era la Concepción de la Santísima Virgen se hiciese una estatua que representase á la soberana Señora en ese misterio.

"Así se hizo, y se colocó encima de la puerta principal de la iglesia, como para su defensa, y para que todos los que entrasen en la iglesia, mirando á la imagen, se moviesen á pedirle su intercesión y patrocinio para con su Santísimo Hijo en todo lo que en la iglesia le pidiesen.

"Los señores condes de Santiago, cuya casa principal cae en la plazuela de dicha iglesia, desde los principios tomaron por devoción, y la han continuado hasta ahora por mucho más de cien años, el encenderle todas las noches una vela en farol, que para ello está prevenido.

"Pocos años ha que un buen hombre que vendía maderas en dicha plazuela, comenzó á tener devoción especial á esta santa imagen, y procuró no sólo limpiarla del polvo, sino pintarla y estofarle la vestidura, con la cual se concilia más veneración y devoción de los fieles; y esta ha crecido de tal manera, que acudiendo á ella en sus necesidades han conseguido especiales favores de la Señora, de que son testigos los muchos votos que penden delante de la imagen.

"Y son ya tan frecuentes los beneficios que de su benigna mano han recibido y reciben cada día, que por eso se le ha dado el título de nuestra Señora de las Maravillas. Y es grande el concurso de gente que acude á venerarla; y aun pasando por allí muchas de las principales señoras de México en sus forlones, se apean y en publicidad de aquella plazuela, y en el cementerio de la iglesia se hincan de rodillas, y se encomiendan á su sagrado patrocinio.

"Es verdad que habiéndose hecho á la imagen una hermosa corona de plata, no faltaron sacrílegas manos, que por estar tan patente una noche la robaron. Pero antes de ocho días ya se le había hecho otra corona también de plata, y se le puso el resguardo de vidriera competente, que encierra y defiende toda la estatua." Hasta aquí el P. Florencia.

En el día ni la imagen tiene vidriera, ni farol con luz por la noche, ni votos pendientes delante de ella, ni señoras de landó que se arrodillen en el atrio de la iglesia á orar en su presencia. Pasan las generaciones y los pueblos se transforman. México actual es el fénix nacido de las cenizas de México azteca y español, tal como le formaron tres centurias de dominación monárquica y devota; fénix ardiente de amor y libertad en los primeros días de su nueva existencia. Contempló el espacio; sus pupilas se abrieron y aspiró á embriagarse de luz; mas al volar por regiones desconocidas, se desnudó de algunas de esas plumas lucientes y vistosas que esmaltaban en otro tiempo su galana vestidura.

Lo diremos sin embozo: nosotros al presente no poseemos ni las virtudes de los aztecas ni las de los españoles; nuestra vida como nación es un pobre con-

sorcio de insensata energía y de culpable debilidad. Con un pruritu ciego de imitar todo lo extraño y de abandonar lo nuestro sólo por serlo, vamos ya careciendo de carácter propio, ó más bien, nuestro carácter es no tener ninguno. Y en el pálido mosaico que presentan en conjunto nuestras condiciones sociales, en vano se buscan los instintos y las aspiraciones de un pueblo nacido á grandes destinos, y sí se notan en cambio mil usos exóticos, que han venido á ocupar el lugar de las antiguas costumbres, no todas buenas, pero las más llenas de candor y de poesía..... Volvamos á San Francisco.



III

La iglesia mayor, que es de una hermosa nave, hace fachada exactamente al Poniente, lo cual observan los franciscanos en la disposición de todos sus templos, para conformarse con la costumbre que en esta parte seguían los primeros cristianos. Tiene setenta metros de largo y catorce de anchura.

A la espalda de la misma iglesia, se hallaban todavía en tiempo de Vetancurt la célebre capilla de San José de los na-

turales, mencionada en otro lugar de este libro.

Edificóse por los indios á quienes dirigía y alentaba Fr. Pedro de Gante para toda clase de empresas.

Era el principio á manera de un gran póntico, compuesto de muchas naves, sin puertas, para que aunque fuera copioso el concurso de gente que asistiese en ella á los divinos oficios, pudiera de lejos presenciarlos. Redújose después á cinco naves, cada cual de treinta varas de largo y diez de ancho, y se le pusieron cuatro puertas grandes.

Por tradición se sabía, que el sitio donde estuvo asentada era parte del jardín de plantas, fieras, aves y peces, anexo á la casa ó palacio de recreo de Moteuczoma; y si bien los historiadores al hablar de la capilla dicen vagamente que estaban detrás del templo principal, parécenos que el sitio que ocupaba puede determinarse con precisión, á lo menos tanto cuanto lo permiten los datos que tenemos á mano.

Ante todo se debe saber, que la calle abierta nuevamente en la misma dirección de la de Betlemitas y que atraviesa el convento hasta rematar en la de Independencia, existía antiguamente, aunque

no tan ancha, pues era, según nos han informado, un callejón.

Por otra parte, sabemos también por informe de sujetos curiosos, que el "hotel de Iturbide," ó bien la casa que precedió en el mismo sitio al hotel, era propiedad de una familia apellidada Córdoba y descendiente de persona que figuró entre los conquistadores del país.

Además, el Lic. Guijo da esta noticia con el epígrafe de "Asistencia de la virreina"

"El día de Corpus Christi (Junio de 1655) asistió la duquesa de Alburquerque á ver la procesión en casa de Francisco de Córdoba, contador mayor de cuentas, y estrenó el dicho su casa con esta visita, que es "junto al campanario de la capilla de San José de los indios;" hizo un gasto muy costoso en el regalo de almuerzo, dulces y dádivas á la dicha duquesa virreina y á su hija, y dentro de pocos días se dijo en toda la ciudad que el virrey, presente la dicha virreina, por ocasión pequeña, le dió de mogicones en la boca al dicho Córdoba, que lo bañó en sangre y derribó un diente.

Ahora bien; sabiendo, como se sabe, que en aquel tiempo la procesión de Corpus que salía de la Catedral, pasaba

por la calle de Betlemitas: suponiendo que la capilla de que vamos hablando mirase al Poniente, como todos los templos franciscanos, y que el campanario de la misma estuviera junto á la portada, debemos concluir, que la capilla de San José de los naturales ocupaba una área entre el hotel de Iturbide y la casa de diligencias.

Como quiera que sea, la expresada capilla fué uno de los más ilustres monumentos de la capital, asociando á su existencia memorioas interesantísimas.

Fué la primera parroquia del continente americano, por lo cual y por haber sido seminario de la doctrina cristiana como dice Vetancurt, le concedieron Carlos V y Felipe II privilegios de iglesia catedral.

Celebróse en ella el primer concilio mexicano, así como también el primer auto del santo oficio y las primeras confirmaciones. Hiciéronse en ella también las honras del emperador, á que asistieron los tribunales y todos los caballeros y caciques comarcanos.

Cerca de su entrada se veía en pie una cruz enorme, que los primeros religiosos hicieron de un alto ciprés ó ahuehuetes de los que había y aun hay en Chapultepec,

el cual, por su gran corpulencia era objeto de idolatría entre los mexicanos. Esa cruz gigantesca descollaba por cima de los edificios todos de la ciudad, sin exceptuar las torres, y era vista desde lejos por los viandantes.

IV

Esta capilla se demolió el año de 1769, en que de orden del Rey dejó de ser curato.

Años después se empezó á fabricar hacia el mismo sitio la capilla de los Servitas, que se estrenó en 1791. Véamos lo que acerca de este suceso y del establecimiento de la hermandad de ese nombre, nos dice "La Gaceta de México" del martes 15 de Noviembre de 1791:

"En los días 12 y 13 se solemnizó con vísperas, misa, sermón y procesión, el establecimiento del venerable orden tercero de los siervos de María Santísima de los Dolores, en la iglesia del convento grande de N. P. S. Francisco, siendo el orador su R. P. guardián Fr. Damián Martínez, quien, como delegado del Reverendísimo general de los Servitas, antes de comenzarse la función de la mañana, procedió á darles la profesión á los

hermanos que componen mesa. Fué la concurrencia á ambos actos tan lucida co mo numerosa, respecto á haberse hecho general convite así á todos los venerables órdenes terceros y santas escuelas, como á muchos individuos de las sagradas religiones y sugetos distinguidos por sus em pleos, entre todos los cuales se repartieron más de dos mil luces para la expresada procesión. en que fueron conducidas las sagradas imágenes de San Felipe Benicio y la B. Juliana, S. Francisco, S. Agustín, Nuestra Señora de los Dolores, objeto principal de esta fundación y de tan religiosos cultos; yendo de escoltar una manga de granaderos del regimiento Fijo de Puebla, con su correspondiente música.

"Concurrió á la solemnidad de estas procesiones la iluminación en ambas noches, así de la torre, atrio y portal de dicha iglesia, como de las calles circunvecinas, haberse quemado dos árboles de rara invención, (fuegos artificiales), y el adorno de colgaduras de las mismas calles y demás, por donde transitó la procesión. Pero respecto á que escribimos para lo futuro, no será fuera de propósito dar razón del origen de esta fundación.

"Por el año de 1786, D. Cristóbal Es-

pínola, piloto retirado de la real armada, habiendo consultado con el Rev. Padre Fray Nicolás Ramírez, religioso observante, sobre que quería establecer una congregación con la advocación de los Dolores de María Santísima, dirigido por éste, se asoció con el señor Conde del Valle de Orizava, D. Diego Peredo Hurtado de Mendoza, como hermano de la santa escuela de Cristo, del expresado convento, y ocurrieron á la majestad del señor D. Carlos III, impetrando su real permiso para proceder á la expresada fun dación en dicha santa escuela, á honor de los Dolores, con el título de "Siervos de María," y con los mismos reglamentos con que se erigió en Cádiz en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar; cuya piadosa pretensión logró favorable despacho, dignándose S. M., por sus cédulas de 25 de Enero y 22 de Abril de 1787 conceder la licencia, previniendo á los interesados se presentasen en la cura eclesiástica de esta capital, y que procediesen á formar las reglas que considerasen oportunas al gobierno espiritual y económico de la congregación, conformándose en todo lo posible al ejemplar de constituciones que rige el tercer orden de servitas de Cádiz, que habían remitido á S. M. los postulantes.

"En consecuencia, se procedió á la for-

mación de los estatutos con la autorizada asistencia del señor D. Baltasar Ladrón de Guevara, oidor decano de esta real audiencia: los aprobó en todas sus partes el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo; y pasados por el superior gobierno al señor D. Lorenzo Fernández de Alva, fiscal de lo civil, no se advirtió reparo alguno. Presentáronse al fin en el real y superior consejo de las Indias, y S. M. se dignó aprobarlos por su real cédula fechada en Madrid á 4 de Agosto de 1789.

"Para asegurar los frutos espirituales, y dar todo el esplendor posible al nuevo establecimiento del tercer orden y congregación de los siervos de María Santísima de los Dolores, se ocurrió al M. R. P. Fr. María Clementi de Beluno, Prior general del orden de los servitas, quien por sus letras patentes dadas en Roma el día 2 de Enero de 1791, delegó al R. P. Guardián del convento de N. P. S. Francisco de México, amplísimas facultades para erigir el pretendido tercer orden y congregación, conceder indulgencias y otras gracias, á beneficio espiritual de los terceros y congregantes de uno y otro sexo.

"El expresado fundador de la de esta capital, para dar una nueva prueba de su devoción á María Santísima, ha costeado el hábito á ciento setenta y seis her-

manos de ambos sexos, así terceros como cofrades, y entre ellos algunos eclesiásticos, y para que en lo sucesivo puedan asentarse los que gusten, se ha determinado que en la santa escuela se ponga una mesa para este efecto en todos los días festivos."

La capilla era de tres naves, con techo de vigas, descansando en columnas de madera, y tenía la fachada al Poniente. Llamóse al principio de la Santa Escuela.

Con este título fué también conocida últimamente una capillita, cuya puerta daba al pórtico del convento: era de forma irregular y nada ofrecía de notable.

No así las de la Purísima y S. Antonio, anexas, como la de Balvanera, á la iglesia principal, con entrada por la misma; y situada á la parte del Norte. Fabricóse la primera á expensas del Capitán Cristóbal de Zuleta el año de 1629, quien se la dejó al tribunal del consulado; y aunque el techo era de artesón, cubierto de plomada, se hizo de bóvedas cuando se reedificó la iglesia mayor. Otro tanto se hizo con la de San Antonio, la cual fué construída en el año de 1639, y perteneció á una cofradía célebre por la calidad de las personas que la componían. Ultimamente se cerró al público por haberse inundado.

Ambas capillas eran de hermosa arquitectura, y en la de la Purísima se veneraba la imagen de esta advocación, que, adornada de joyas y ricamente vestida, se sacaba en las procesiones en la fiesta que á la Concepción hacía el convento, y en la que celebraban al propio misterio los doctores de la Universidad.

V

Aunque con riesgo de dar en el escollo de la proligidad, no omitiremos una inscripción que está grabada en la portada de la iglesia principal, y es la siguiente:

Fulgoribus vestita sola predis
Alba solis es: sic soli reddit Alba;
Luces scoti calamo, suis, que, notis,
Opera dicant eius, siempre in portis.

A los lados de la puerta del templo se halla apuntada la fecha de la conclusión del mismo, en esta forma:

Año. . . . . . . .de 1716

La riqueza y gusto en el ornato de lo interior del edificio estaban en consonancia con la hermosura de la fábrica. Basta decir, por lo tocante á la primera, que sólo el tabernáculo del altar mayor, que

era de plata, costó veinticuatro mil pesos.

VI

La otra parte en que dividimos el convento, y abrazaba la habitación y oficinas de los religiosos, queda ya bien descrita por Vetancurt en el pasaje que trasuntamos al principio de este capítulo. Añadiremos, sin embargo, que además de los cuadros de la vida de San Francisco, obra de Chávez, que decoraban las paredes inferiores del departamento principal, había otros en las de arriba debidos al pincel de Juárez, y eran los siguientes:

La Invención de la Santa Cruz,
San Lorenzo mostrando á los pobres, cuando se le pidieron los tesoros de la Iglesia,
Ananías volviendo la vista á S. Pablo,
La curación del paralítico por S. Pedro, y
El martirio de S. Sebastián.
De Ibarra se conservan allí mismo:
La visión de S. Juan (Apocalípsis);
En el refectorio:
Varios cuadros de los apóstoles;
En la antesacristía:

La bajada de Jesús al Limbo, con algunos otros cuadros de mérito;

Y finalmente, en el lienzo interior del pórtico:

Varios cuadros que representan la vida de S. Sebastián de Aparicio.

Estos últimos, así como los que estaban en el refectorio y en la antesacristía, son de un autor, cuyo nombre ignoramos, y todos, ó los más, han sido transladados á la Academia de Nobles Artes para enriquecer las galerías de este amable plantel que, no lo dudamos, recibirá algún día de nuestro gobierno toda la protección que merece.

Para concluir las noticias relativas á la iglesia mayor, diremos, que en el presbiterio estuvieron depositadas las cenizas de Cortés, hasta tanto no fueron transladadas á la iglesia del hospital de Jesús, de donde para libranlas de una estúpida profanación, tuvo una persona que sustraerlas ocultamente y remitirlas, según nos han dicho, á la Habana.

En el mismo presbiterio tenían sepultura los provinciales de la orden, y en él también fueron enterrados, entre otros personajes, los siguientes:

El Lic. D. Mariano Esteva,

El general Valencia, y

Da. Dolores Caballero de los Olivos, última condesa del Valle.

En el panteón, situado á espaldas de la iglesia, estaban sepultados; el general Lombardini y el conde de Cossato.

La iglesia de que venimos tratando con serva, además, algunas memorias tiernas, íntimamente ligadas con la historia nacional.

En ella se cantó el primer "Te Deum," en acción de gracias por el triunfo más santo y sublime que ha alcanzado hasta hoy el valor mexicano, la consecución de la Independencia de la patria. Presidió la función D. Agustín de Iturbide, objeto entonces de admiración y simpatías de todo un pueblo; y en esa misma iglesia, diez y siete años después, en 1838, el consumador de la obra más gloriosa, la primera victima de nuestros rencores políticos, recibía de ese mismo pueblo la más patética expresión de arrepentimiento por la ingratitud con que había pagado sus sacrificios: honrábase la memoria del héroe en sus restos transladados á la capital desde el cementerio de Padilla.

La pompa con que se verificó este ac to religioso en S. Francisco, es de aquellas que no se ven, sino en ocasiones tan raras y solemnes como esta; y para formarse idea del aspecto imponente que

presentaba entonces lo interior de la iglesia, vamos á transladar aquí un pasaje de la relación que de esa solemnidad fúnebre escribió el Sr. D. José Romano Pacheco. Hélo aquí:

"El fondo de la iglesia estaba vestido de negro desde las bóvedas hasta el pavimento: lo estaban igualmente en toda su altura las cuatro columnas del centro del crucero, resaltando más en aquel inmenso fondo obscuro un haz de tres banderas trigarantes, atadas y colocadas en cada una de estas columnas á cierta elevación. Los colores de todas estas banderas estaban en armonía con un grandioso pabellón suspendido bajo la media naranja, cuyo círculo tenía veintiuna varas de circunferencia, y del cual salían, abriéndose cuatro fajas también tricolores de más de cuatro varas de ancho á colocarse sobre los capiteles de las columnas enlutadas en que se hallaban las banderas. Terminaba este pabellón por su extremo superior en un penacho trigarante. Como para disputar la altura al pabellón se levantaba un suntuoso catafalco á más de treinta pies de elevación; su base tenía seis varas por cada lado del cuadrado con tres ó cuatro gradas: encima un pedestal. y sobre éste la esbelta pirámide. E cúspide truncada de su cono se col

ron los restos de D. Agustín de Iturbide dentro de una urna de cristales y bronce dorado, cerrada con una cubierta de lo mismo, que tenía encima los trofeos en que se miraba erguida el águila nacional: todo el conjunto de cortes y molduras era de un trabajo acabado.....

"En los ángulos de la base del catafalco se veían cuatro columnas de quince pies de elevación, vestidas en todo su tamaño de terciopelo negro, con franjas de oro: estaban coronadas con unos fumigadores ó incensarios, que eran unos enormes jarrones de plata maciza.

"En los dos ángulos del frente se hallaban dos inmóviles granaderos, y tras de ellos, en los costados, dos ayudantes de la persona del Presidente, de riguroso luto, con espada en mano y cubiertos.

"En todos los altares del cuerpo de la iglesia se sucedían sin intermisión las misas de "requiem," que se celebraban por el ilustre difunto, á más de las solemnes que se cantaban en el altar mayor y para las que se alternaban las comunidades religiosasas y el cabildo eclesiástico. En todos los altares, en el sarcófago y en el cuerpo de la iglesia, ardían constantemente multitud de cirios de toda magnitud."

Las cenizas de Iturbide estuvieron ex-

puestas en San Francisco á la veneración pública, desde el día 24 de Octubre hasta el 26, en que transladadas á la Catedral, fueron sepultadas en la capilla de San Felipe de Jesús, donde permanecen hasta el día.

La nación no pondrá sobre el mausoleo que las encierra el sello de la indiferencia ó del olvido.

VII

Las capillas también despiertan en el alma algunos recuerdos, y de sus respectivos archivos pudiera extraerse una crónica interesante, que sería nada menos que una descripción acabada de muchas costumbres piadosas de nuestros antepasados.

En el de la capilla del Orden Tercero se registra la noticia de las tomas de hábito y profesión de varias personas notables de ambos sexos, que se verificaban á veces, y conforme á la calidad del sujeto, con extraordinaria pompa. Hasta el día se conserva memoria de la profesión en dicha orden de la duquesa de Alburquerque, persona ya antes mencionada; porque es de saberse que en aquellos siglos de exaltada y general devoción, no sólo el vulgo, sino los caballe-

ros y damas de más noble alcurnia blasonaban de pertenecer á la gran familia franciscana, y la misma reina Da. Isabel la católica fué tercera.

México se modelaba por España, y los usos y costumbres de los reyes y su corte se reproducían en los virreyes y nobleza en la colonia.

Por lo demás, los terceros de la capital formaban no sólo una asociación encaminada á los ejercicios devotos, sino una verdadera familia, cuyos miembros se daban mutuo auxilio en las necesidades de la vida, y es célebre el asilo de caridad que fundaron para sus enfermos, conocido con el nombre de "Hospital de Terceros."

Para los que no tengan noticia de este establecimiento, daremos la siguiente, tomada de los apuntes que sobre él hicimos en el año de 1861.

Fué costeado de los fondos de la Tercera Orden y ocupa un soberbio edificio que se asienta en el sitio donde estuvieron las casas del mayorazgo de los Villegas, esto es, en una área de mil seiscientos metros cuadrados, comprendida en el ángulo que forman las calle de Santa Isabel y San Andrés. La entrada mira á la segunda de estas calles. Desde la puerta goza el espectador de la vista del

patio principal, que es de lo más risueño, alegrado por plantas siempre en flor, y por las aguas de una bonita fuente que ocupa el centro. Como la mayor parte de nuestros antiguos edificios públicos, se compone de dos pisos con amplios corredores en uno y otro lado, dando al patio principal, estando sostenido el techo de éstos por arcadas de majestuosa arquitectura. Tiene capilla, enfermerías con separación para personas de ambos sexos, habitaciones para el capellán y los que asisten á los pacientes, y en una palabra, todas ó casi todas las comodidades apetecibles. Concluyóse la fábrica en Junio de 1756, siendo virrey de México el marqués de las Amarillas.

En el día, suprimida como está la Orden Tercera, ha dejado de existir el hospital, y el edificio está convertido en posada con el título de "Hotel del Ferrocarril."

Sin salir todavía de la historia antigua no pasaremos en silencio un acontecimiento notable enlazado, aunque accidentalmente, con el monasterio de San Francisco; queremos hablar del célebre tumulto acaecido en la capital el día 8 de Junio. infraoctava de Corpus, del año de 1692. Pero la relación de ese acontecimiento exige un capítulo por separado.

XXIV

Hambre y codicia.

En la mañana del 23 de Agosto de 1691 la ciudad de México ofrecía el cuadro de la más espantosa inquietud. Los moradores todos, firmes en la creencia de que el mundo iba á acabarse, corrían despavoridos á los templos, donde, al toque de rogativa, se exponía al Santísimo Sacramento.

Una sombra siniestra se iba extendiendo como un sudario sobre la naturaleza.

El sol parecía agonizante, y las estrellas, como para dar su postrer adiós al hombre, dejaban ver la triste faz en el firmamento, opaco y torvo como la bóveda de una caverna.

Los relojes de la ciudad hicieron oir su voz en lánguidos tañidos: eran las nueve.

En este instante murió la luz del sol: el astro del día desapareció como si una mano monstruosa le hubiera sumergido en un piélago de sombra.

Los luceros brillaron como á la mitad de la noche, y en medio del sepulcral silencio que reinaba en la población, sólo se oía uno que otro ay desgarrador,

el llanto de algún niño perdido en la calle, la sorda voz ó los gemidos del que pide al cielo favor, y el melancólico canto de los gallos.

Fué este un eclipse total de sol, que duró algo más de un cuarto de hora, y á él se atribuyó la plaga de gusano que después cayó á los trigos y causó mucha escasez de mantenimientos.

Perdida asimismo la cosecha de maíz en aquel año, se alarmó justamente la población, previendo el hambre que amenazaba para el siguiente.

Intérprete fiel de esta inquietud fué el P. Fray Antonio de Escaray, de la orden franciscana, que el lunes 7 de Abril de 1692, segundo día de Pascua de Resurrección, predicó en la Catedral en presencia del virrey (que lo era entonces D. Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza, conde de Gálve), de la audiencia y tribunales. Fué el asunto del sermón la falta de víveres, y el predicador se condujo con tal imprudencia, según se expresa el Lic. Robles, "que fué mucha parte para irritar al pueblo, de suerte que si de antes se hablaba de esta materia con recato, desde este día se empezó á hacer con publicidad, atribuyendo las diligencias que hacía el virrey y solicitando bastimentos para la ciudad,

á interés y utilidad suya;" agregando el mismo Robles que el predicador fué en extremo aplaudido.

En tal estado se hallaban los ánimos cuando amaneció el día 8 de Junio, tristemente célebre en los anales de la dominación española en nustro país.

I

Durante las primeras horas de ese día, nada pudo notarse que fuera capaz de infundir temores.

No así á las cuatro de la tarde, hora en que se vió llegar á las puertas del arzobispado á una muchedumbre de indígenas de ambos sexos, todos respirando furor.

Algunos de ellos llevaban en hombros el cadáver de una mujer, mientras otros decían á voces que ésta había muerto en la alhóndiga á manos de un mulato y un mestizo repartidores del maíz, de que entonces había, como dijimos, gran carestía en la ciudad.

El Sr. D. Francisco Aguiar y Seijas, que era el arzobispo, dispensaba á los necesitados en aquel año calamitoso todos los consuelos que estaban en su mano, y se asegura que en socorrer la indigencia no sólo gastó las rentas de que

disfrutaba, sino que aun contrajo deudas cuando ya aquéllas no fueron suficientes, para continuar tan santa obra. Era además gran protector y, digámoslo así, el paño de lágrimas de los naturales, por lo cual, los de que hablamos, iban á quejarse con él de la tropelía usada con la infeliz mujer que, ya difunta, conducían á su presencia.

Pero sea que él no se hallara á la sazón en su palacio, ó bien que los sirvientes negasen con cualquier pretexto á los quejosos la entrada á la habitación donde estaba, la verdad es, que la familia del prelado no les dió más consuelo que decirles: Ocurran ustedes á Palacio, que allí se les hará justicia.

Enderezaron, en efecto, los pasos hacia las casas reales; pero á la puerta hubieron de dar desde luego con un tropiezo: sus excelencias el virrey y su esposa habían salido, y así lo anunciaron los soldados á nuestros indios, prohibiéndoles con altanería pasar los umbrales.

Despechados por dos repulsas consecutivas, y disimulando la hiel en que rebosaba su corazón, partieron con la difunta apresuradamente por las calles del Reloj hasta el barrio de San Francisco Tepito, de donde era originaria;

barrio que pertenecía á la gobernación de los indios de Santiago Tlaltelolco.

II

Entre tanto, unos veinte de ellos siguieron instando por entrar en palacio, arrojando piedras á las puertas y balcones; mas encontrando resistencia en el cuerpo de guardia, y especialmente en el alférez, hubieron de retroceder pronto hasta el cementerio de la Catedral, donde reforzados con más de doscientos de su misma clase, acometieron de nuevo á los soldados que les hacían frente, arrojándoles una granizada de piedras y aprovechando una de éstas en la mano con que el alférez sostenía la rodela, la cual perdió con el golpe. Para recobrarla le fué menester emplear otras; pero todo su brío se esterilizó ante el denuedo de los amotinados, que le obligaron á refugiarse en el palacio con pérdida de dos soldados, y sin hacer ya más resistencia que cerrar las puertas.

Alentados aquéllos con este triunfo, pusieron fuego inmediatamente á las puertas, provistos, como estaban, de materia combustible, pues allí mismo se la ministró la madera de que estaban for-

madas las chozas situadas enfrente de palacio, que servían á los figoneros.

A las seis de la tade el incendio había cundido por todo el palacio, las casas de ciudad, la cárcel, los oficios de provincia, las viviendas de madera que rodeaban parte de la plaza, en las cuales había tiendas de ropa y comestibles, que se llamaban "cajones."

Las llamaradas despedían una claridad infernal que reflejaba en todos los edificios circunvecinos, y especialmente en la Catedral, que todavía entonces no estaba acabada.

La gente corría llena de espanto por las calles buscando asilo en las casas propias ó en las ajenas.

Los caballeros eran desarmados en el paraje donde encontraban con alguno de los sublevados, si bien no recibían más que esta injuria.

Todo el amor de que antes era objeto el arzobispo se había convertido en odio, como lo probó el hecho de que pasando el Sr. Seijas en su coche cerca de los portales que entonces llamaban de provincia, fué saludado con una lluvia de piedras acompañada de alaridos, derribando de una pedrada al que le servía de sotacochero.

En una palabra, los indios, ordinaria-

mente mansos y casi indiferentes á la felicidad ó á la desgracia, parecían trasformados por la rabia en unas deidades infernales salidas del abismo para tomar venganza de una raza opresora y maldecida: y en medio de la confusión en que estaba la ciudad, en medio de los ruidos de los carruajes que se alejan, de las puertas y ventanas que se cierran con estrépito, de las voces de los que piden al cielo misericordia y de la trápala de los que huyen de la plaza para ocultarse, domina una voz, un grito imponente y horrible, un acento que resuena en los aires como venido de una región misteriosa y lejana:—¡viva el rey y muera el mal gobierno!

III

Este grito sobrecogía de terror á los que le escuchaban en circunstancias en que podían considerarlo como una amenaza.

El arzobispo había tenido por más acertado retirarse á su palacio, luego que conoció lo estéril de su presencia para poner un dique al desorden.

Los nobles, los caballeros, dando crédito apenas á lo que veían desde sus moradas, no se atrevían á salir á prestar au-

xilio al gobierno; y pensando sólo en el peligro que corrían sus vidas y haciendas, esperaban de un momento á otro verse asaltados en sus propios hogares, bien por los amotinados, bien por el fuego que hacía progresos inauditos en varios cuarteles de la ciudad.

La compañía que daba guardia en palacio, continuaba entre tanto defendiéndose de los ataques que recibiera desde el principio. Colocados los soldados en la azotea disparaban sus armas contra todo el que se ponía á tiro; y aunque les había prevenido el alférez que no cargasen con bala, algunos de ellos desobedecieron esta orden y mataron muchos de los amotinados.

Al ver estos caer á sus compañeros se encendian en nuevo furor, y su audacia ya no tuvo límites: corrèn de un lugar á otro empuñando horribles teas, en cuya corona de llamas va el principio de la destrucción de toda una casa, quizá de una manzana entera. Un violento huracán coadyuva á sus intentos, y la ciudad va á ser en breve una inmensa pira que reducirá á cenizas el cadáver del despotismo colonial.

IV

En medio de tantos y tan innumerables peligros capaces de poner espanto al corazón más intrépido, hubo sin embargo algunos hombres valerosos. Fué uno de ellos el alférez mencionado, que perdida toda esperanza de contener el tumulto, no pensó ya más que en salvar del fuego las alhajas y preseas de los virreyes, trasladándolas al arzobispado, para lo cual, y asistido de los criados del virrey, abrió un portillo en la pared que da á la casa destinada entonces al balanzario de la caja real, por donde pasaron á la calle y después á las casas del arzobispado, quien les hospedó en ellas aquella noche.

No menos denodado fué otro hombre que, mientras la gente del palacio se afanaba por salvar riquezas, él, con un ardor extremado, con el entrañable cariño de un padre que ve á sus hijos á punto de perder la vida, pugnaba por arrebatar de entre las llamas otra especie de tesoros de más estima: era un clérigo, era el limosnero del Sr. Aguiar y Seijas, que servía de capellán en el hospital del Amor de Dios, y que al saber en su retiro que el fuego había prendido en las casas de

cabildo, corre á ellas acompañado de sus amigos; intentan por las piezas bajas subir á las superiores; no lo consiguen por estar invadidas de las llamas; pero discurren valerse de escaleras portátiles para lograr su intento, y en un instante, forzadas las ventanas, se les ve penetrar en el archivo, de donde sacan, para arrojarlos á la plaza, los códices y libros capitulares que no habían sido presa del fuego, salvando así los monumentos más preciosos de la historia antigua y moderna de nuestra nación que allí se conservaban. ¿Es menester nombrar al sujeto que dió cima á un hecho tan glorioso? ¿Hay mexicanos que ignoren que ese hombre benemérito de las letras, fué nuestro esclarecido compatriota D. Carlos de Sigüenza y Góngora?

Si el denuedo que acreditó en esta vez hubiera tenido imitadores entre las autoridades civiles en la órbita que les correspondía, el incendio habría sido prontamente atajado y los alborotadores reprimidos; mas no parece, sino que estaban resignados á perecer y dejar perecer á todos los vecinos de la capital, bajo los escombros de lo edificios, y sobre todo, bajo el peso de las iras populares.

En este trance el Dr. D. Manuel de Escalante y Mendoza, tesorero de la Ca-

tedral y abad de la congregación de San Pedro, tuvo una ocurrencia que, puesta desde luego en ejecución, fué la medida verdaderamente salvadora de tantos intereses como peligraban, el paso atrevido que hizo salir de su estupor á los funcionarios públicos y demás personas de influencia, y la aurora de paz que conjuró aquella tormenta desencadenada. Pasa al Sagrario de la Catedral, y acompañado de tres monacillos, dos sacerdotes clérigos y un religioso de Santo Domingo, saca en procesión al Santísimo Sacramento; dirígese â la plaza, y advirtiendo que la ruina del palacio era inevitable, retrocede hasta la gran cruz de piedra colocada en el cementerio de la metropolitana, frente á la puerta principal de en medio, y que llamaba el vulgo la "cruz de los bobos."

De allí se encamina hacia la calle del Empedadillo para contener á los indios que ya ponían fuego á las casas del marqués del Valle, y logra con sus exhortaciones que ellos mismos apaguen el incendio en debida veneración al Santísimo Sacramento que llevaba en las manos. Otro tanto consigue en diversas partes; con este arbitrio y el auxilio del presbítero D. Nicolás de Rivas, que predicaba á los mexicanos en su lengua

aconsejándoles la paz, comienza á obtener los resultados más lisonjeros.

Agotadas sus fuerzas por el cansancio, empeña á otro eclesiástico á proseguir en la misma tarea, recogiendo éste los mismos frutos. Siguen después el ejemplo los religiosos de la Merced y de la Compañía de Jesús; y aunque al presentarse los segundos en la plaza, se les recibe á pedradas por venir con ellos algunos paisanos armados, separados éstos alcanzan los religiosos con sus predicaciones un triunfo decisivo y completo sobre los amotinados.

A las nueve estaba sola la plaza, y à la luz sangrienta que despedían los restos del incendio, no se veía más que una que otra figura humana huyendo con paso apresurado, y deslizándose después entre las sombras como fantasmas.

V

Entre tanto, ¿dónde estaban el virrey y su familia?

Los gritos de "¡viva el rey y muera el mal gobierno!" fueron á herir sus oídos y su amor propio en el monasterio de S. Francisco, donde acaso se hallaban de visita, sirviéndoles aquel asilo de un pode-

roso escudo contra los ataques de su encarnizados enemigos.

En efecto, debieron su salvación al respeto tradicional que los naturales tributaron siempre á los religiosos franciscanos.

Hubo no obstante, quien se atreviera á faltar á ese respeto, procurando penetrar en el convento para arrancar de allí al virrey y la virreyna y entregarlos al furor de los amotinados, valiéndose de un pretexto que tenía visos de verdad.

—¡Una confesión! ¡una confesión, por amor de Diós! se oyó exclamar á las puertas del monasterio en lo más recio del tumulto: ¡una confesión! para un pobre sacerdote que acaba de recibir un balazo!....

Conocieron los religiosos la estratagema, se negaron redondamente á obsequiar los deseos que se les manifestaba, por lo cual se vieron ya descaradamente amenazados de correr la misma suerte que el gobierno, si persistían en tener cerrado el convento para contener á los que anhelaban apoderarse de las personas objeto de tanto encono.

A pesar de esta amenaza, prevaleció el amor y respeto que tenían los mexicanos á la morada de los religiosos, y el conde de Gálve y su familia se salvaron.

VI

Aunque D. Lucas Alamán asiente en su "Tabla cronológica de los gobernantes y virreyes que tuvo Nueva España," que el motín fué reprimido por D. Juan de Velasco, conde de Santiago, que salió á caballo con toda la gente principal, Cabrera, en su "Escudo de armas de México" y el licenciado Robles en su "Diario de sucesos notables," afirman todo lo contrario, conviniendo en que durante el desorden "no se vió ni se supo que se tratase de prevenir defensa ó estorbo temporal," y que si bien se presentaron en la plaza el conde de Santiago y algunos otros nobles y funcionarios públicos, fué después de que ya no hallaron á quien castigar, por haberse retirado los principales actores que hicieron papel en las escenas referidas.

Esta conducta, no menos que la actitud hostil que adoptó el gobierno en los días posteriores al 8 de Junio, dieron lugar á que la gente ridiculizase las providencias de aquél, repitiendo en las conversaciones el siguiente adagio: "después de los ladrones, arcabuzasos."

Toda la noche se pasó en el mayor de-

sasosiego, temiendo á cada instante nuevas y más lamentables desgracias.

El número de las víctimas fué crecido, y no obstante los muchos cadáveres que en la misma noche y á deshora fueron sepultados en el cementerio de la Catedral, se hallaron todavía algunos al día siguiente esparcidos en la plaza y en otros lugares.

Al amanecer de este día se encontró en el palacio destruido un pasquín del tenor siguiente:

Aqueste corral se alquila
para gallos de la tierra
y gallinas de Castilla.

Horas después, en conformidad de un bando que se publicó, pusiéronse en arma los habitantes de la ciudad formando cuerpos á manera de nuestros batallones de guardia nacional, y fueron á San Francisco los oidores, los caballeros, el conde de Santiago, y otros doscientos hombres, todos á caballo, á traer al virrey, que vino también á caballo, vestido de negro y con valona, por las calles de San Francisco, en medio de repetidas aclamaciones populares.

Al llegar junto á la Profesa se detuvo la comitiva, y el virrey saludó al arzo-

bispo, que le estaba esperando en aquel sitio, entrando después en el coche del prelado y dejando á la virreina caminar por delante en el que antes ocupaba. En este orden prosiguieron hasta la plaza; dieron vuelta por ella á los gritos de "¡ viva el rey y el conde de Gálve!" y encaminándose en seguida á las casas del marqués del Valle, se despidió el virrey del arzobispo y quedóse á vivir en ellas mientras se reedificaba el palacio.

VII

Pasada la sorpresa causada por tan inesperados sucesos, empezaron las autoridades á emplear las medidas de rigor así para descubrir y castigar á los culpados, como para prevenir la repetición de los mismos ó semejantes sucesos.

Hubo arcabuceados, ahorcados y azotados.

Los bandos se sucedían unos á otros con ridícula y asombrosa profusión.

En uno se prohibía, pena de la vida, que anduvieran juntos arriba de cinco indios; en otro se mandó que saliesen á morar fuera de la ciudad, que se les cortasen las melenas y que trajeran el vestido y cabello á su usanza, como se había prevenido varias veces; y en otro, fi-

nalmente, se prohibió el baratillo y el uso del pulque, atribuyendo á esta bebida la culpa del tumulto.

Estas disposiciones produjeron el efecto deseado; mas como no eran las más á propósito para conciliarse á los descontentos, queriendo éstos mostrar su disgusto, á falta de imprenta, apelaron al único recurso de que entonces podían echar mano, y eran los pasquines. Apareció uno en estos términos:

Represéntase la comedia famosa de
"Peor está que estaba."

¿No se ve asomar en estas manifestaciones el espíritu que más tarde dictó la independencia de la patria?

Presentíanlo así los gobernantes, y de ahí emanaban todas las providencias que tendían á sofocar la menor falta de mesura en la expresión del pensamiento, que bien podía decirse estar encadenado, pues que sólo la proclamación de la libertad de imprenta hubiera sido entonces reputada por blasfemia ó herejía.

Con todo, el sistema de pasquines era el medio adoptado por los oprimidos para echar en cara á los tiranos su maldad, cuando el peso del yugo se hacía sentir en extremo; y en esa vez las palabras y los

hechos tuvieron tal elocuencia, que obligaron al gobierno á variar de conducta. En efecto, no parece, sino que el levantamiento de los naturales tuvo una influencia milagrosa en hacer cesar la carestía de mantenimientos, como que luego al día siguiente hubo maíz y trigo en abundancia; de que se concluyó entonces que la falta que antes había de esas semillas fué obra de ciertos personajes que las ocultaron para venderlas, llegada el hambre, á muy subidos precios.

———

XXV

El Sacristán.

Viniendo ahora al dominio de la historia moderna, el convento de San Francisco nos abre su tesoro de memorias, de entre las cuales sólo escogeremos las que, á juicio nuestro, son más interesantes.

Desde luego la capilla del Señor de Burgos nos invita á consagrar algunas líneas á su célebre sacristán, á Pablo Morales, cuya aventura anda en boca de todos, y que ha dado asunto á una comedia y á varias relaciones novelescas. Añadiremos otra á las ya escritas.

Pablo era el prototipo del sacristán, pero no así como quiera, sino del sacristán mexicano, del sacristán de iglesia rica, á donde concurren diariamente diez ó veinte eclesiásticos á decir misa; amigo del canónigo F., ciego admirador de los sermones del obispo S. y familiarizado, como ninguno, con el lenguaje particular usado en el trato con reverendos y reverendas.

Mocetón afable con las damas que frecuentaban la capilla; sumiso, reverente, y un si es no es adulador de los superiores, sabía captarse las simpatías de los que le trataban obteniendo esa especie de consideraciones que no son ni amistad ni indiferencia, pero que abren la puerta á la confianza.

Bien lo había menester para realizar el proyecto que llegó á concebir en hora menguada.

Pablo no era ambicioso.

Su modesto salario, sus gages no siempre pingües, le ministraban lo suficiente para vivir sin apuros, y estaba contento con su suerte.

Pero llegó á verse, cuando menos lo pensaba, envuelto en las redes acerinas del amor: prendóse de una joven hermosa, y según fundadas presunciones, de fortuna superior á la suya.

Este fué el origen de su desgracia.

Declaró sus ansias; fué desdeñado al principio, correspondido después y al lado de su ídolo llegó á pasar horas de seráficas delicias.

Vino sin embargo, un día en que el desenlace del drama era inevitable: era forzoso casarse.

¡Casarse y sin tener una gruesa suma para comprar ostentosas donas y amueblar una casa decentemente!....esto era un suplicio atroz, insufrible.

¿Qué hacer para haber á lo menos esa suma?

La codicia se apoderó entonces del corazón de Pablo, como una serpiente que se desliza por la yerba y se introduce en su guarida de cieno al pie de un matorral.

El sacristán fué otro.

Su genio de ordinario alegre, sus modales zalameros, le abandonaron, dejando en su lugar la aspereza y la melancolía.

—¿Qué tienes, Pablo? solían preguntarle los religiosos al notar este cambio: ¿estás enfermo? ¿estás descontento con el destino? ¿aspiras á mejorar de sueldo? Habla, dí, te haremos algunas propuestas que puedan convenirte.

El sacristán contestaba con evasivas,

y seguía taciturno, incómodo, desapacible y mal encarado con todos.

Pero las decoraciones se mudan en el teatro de la vida cuando menos se piensa, y las pasiones, los caracteres, las fortunas, las situaciones políticas se transforman ó se suceden como los cambios de temperatura, como la serenidad del cielo y los nublados, como la aurora y el crepúsculo, y como el invierno que despoja á los árboles de su vestidura y el verano que se la devuelve llena de frescura y lozanía.

Pablo se presentó una mañana en la celda del padre sacristán respirando bienestar y regocijo; sus ojos despedían relámpagos de dicha, de sus labios manaban palabras de miel hiblea, y su semblante sonrosado y expresivo era una fiesta.

—¡Gracias á Dios que te veo como en tus días mejores, Pablo! ¿á qué atribuir tan feliz mudanza?

—¡La Providencia me ha favorecido, padre nuestro! soy rico, muy rico!..... ¡dos loterías á un tiempo!

—¡Cómo es eso! ¡vamos, explícate!

—Sí, señor, como su paternidad lo oye: ¡dos loterías á un tiempo! ¡la de tres mil duros de la Virgen y....y....y.... la de cien mil .... de la.... Habana!

—¡Hombre! tú vas á dar hoy á San Hipólito!.... ¡pobre muchacho! no hay duda, ha perdido la chaveta....sí.... en eso había de venir á parar esa tristeza mortal que sin cesar le devoraba..... ¡pobre!

—¿Pobre?... pobre era antes, hoy,—lo digo en mi entero juicio,—soy un potentado, créame su paternidad, y en prueba de ello, vengo á pedirle los mejores paramentos de la iglesia grande para adornar mi capilla, porque voy á costear en ella una función en acción de gracias, que hará ruido.... ¡qué, es humo de pajas el favor que Dios acaba de dispensarme! Esto será antes de mi partida.... sí.... porque yo mismo he determinado ir á la Habana á cobrar mi dinero, y espere su paternidad buenas albricias á mi regreso.

El reverendo quedó largo rato mirando de hito en hito á su interlocutor, y algo menos incrédulo que antes se manifestó dispuesto á condescender con los deseos que éste le había significado.

Días después, los estrepitosos repiques, las cortinas colgantes de las torres, las ruedas de cohetes, la ruidosa armonía de la orquesta, y la concurrencia de las principales señoras de la capital, ostentando su elegante traje de iglesia, anunciaban

una gran solemnidad religiosa, una fiesta "de tono," en la capilla del Señor de Burgos.

El sacristán, primorosamente vestido, risueño, remozado, con una miradilla distraída y un tanto cuanto protectora, repartía almibarados saludos á sus numerosos amigos y amigas, y la promesa de darles albricias se desprendía á menudo de sus labios.

Predicó el sermón el señor Obispo Madrid, que era el orador más popular en aquella época, y en él hizo alusión honrosa al sacristán, y á la manera con que correspondía á los beneficios de la Providencia, exhortando á los fieles á imitar una conducta tan noble y edificante.

El templo, á la luz de mil cirios, resplandecía con los ricos paramentos y la muchedumbre de adornos de oro y plata de la iglesia grande. La mitad de aquellos objetos valían cien veces más que el importe de las dos loterías con que había sido premiado Pablo; pero él, á juzgar por el tono de sus conversaciones, imaginábase dueño de una fortuna superior á la de Creso, y tantos tesoros reunidos, apenas le llamaban la atención, si ya no era por amor al objeto á que estaban destinados.

Nueva decoración.

La gente, que sale en tumulto de la

iglesia, los bulliciosos repiques y los truenos de las ruedas de cohetes antisociales, anuncian el fin de la solemnidad.

Pablo recibe nuevas y más cordiales enhorabuenas, y un momento después, todo estaba en silencio en lo interior de la capilla y en el atrio del convento. No así en una sala, donde el brillante Pablo había mandado preparar un refresco para obsequiar á los religiosos y á varios seglares convidados.

Allí todo era algazara.

Con el calor del festín, las conversaciones se animaban, tomando un rumbo por donde no podían menos de llegar á lisonjear al héroe del día; y como en torno de la mesa no faltaban personas de cuenta, los juicios que formaban acerca de él y sus hechos, tenían un barniz de autoridad envidiable.

Quién sostenía que el insigne sacristán era verdaderamente digno, por sus prendas, del favor que acababa de dispensarle la fortuna; quién aspiraba á la honra de llamarle amigo, ofreciéndole su casa, su hacienda, su influencia y crédito en la sociedad; éste, abundando en sentimientos más benévolos, le manifiesta que, sin saber por qué, hacía tiempo le era muy aficionado, y que no podía verle con ojos serenos en una situación para la cual ciertamente no había nacido; aquél le juzga-

ba capaz de grandes acciones, y no vacila en pronosticar que será con el tiempo la gloria de su patria; y el de más allá, mirándole con recato á veces, y á veces con estudiado asombro, le pregunta al fin el nombre de su padre y abuelo, concluyendo con exclamar:

—¡Bien me lo decía el corazón! al fin, había de encontrar algún vástago de esta noble familia. Según me han informado, usted se llama Pablo Morales.... nativo de México, ¿no es así?.... hijo de Don Pablo, que casó con.... ¡Oh! ¡vaya! si yo casi, casi puedo tutearte. Figúrate que tu padre y yo, de solteros, nos tratábamos como hermanos, más que hermanos, porque los hermanos suelen andar con pleitos, y Pablo y yo, jamás tuvimos el más ligero disgusto, originado de alguna oposición entre los dos, y antes bien, no podíamos estar el uno sin el otro, y todo entre nosotros era común, dinero, amistades, paseos, goces y pesares..... Pero tu padre casó, y cuando tú naciste, yo tuve que partir á la Habana (adonde irás en breve, y cuenta que para allá te daré excelentes cartas de recomendación) y desde entonces, ni yo volví á saber de tu padre, y sin duda ni tu padre de mí. Pero era forzoso que alguna vez la fortuna me deparase la dicha de abrazar al hijo de mi buen amigo Pa-

blo.... ¡Señores, créanme ustedes! acabo de hacer un descubrimiento que me rejuvenece; este muchacho es un objeto á quien deseaba ver hace tiempo, y que hacía falta á mi corazón.... ¡Pero tú aquí destinado! ¡válgame Dios, y á dónde van á parar las familias cuando falta el cabeza de casa algo más temprano de lo que era regular!.... En fin, la Providencia acaba de deshacer la injusticia con que te ha tratado hasta hoy la fortuna..... Haz por aprovecharte.... ya entraremos juntos en algunos negocios que triplicarán tu hacienda en un santiamén. Sin necesidad de esto, mis bienes son tuyos, y dispón de ellos como gustes.

Pablo estaba aturdido.

Oía alternativamente ó casi á un tiempo, todas aquellas ofertas y alabanzas, sin saber qué contestar, sin acertar á explicarse el por qué de tantas atenciones, dudando si estaba soñando ó despierto, y le zumbaban los oídos como si estuviera á punto de ser atacado de un vértigo.

Pero en sus lúcidos intervalos, sonriendo con el más alto desdén, decía en sus adentros:

—¡Mundo ruin! indecentes cortesanos de la fortuna, hombres de cieno, tigres con aquel de quien nada esperáis, y sabandijas inmundas con el que puede seros de algún provecho!.... ¡Cuánto más val-

go que vosotros, yo, que dentro de poco tiempo seré.... y soy ya.... en fin.... pero á lo menos no me nivelaré jamás hasta vosotros, hasta el fango en que os arrastráis!

Terminada aquella escena, Pablo aparece en la casa de su novia, cargado de joyas y soberbios trajes, para engalanar á la bella el día de la boda, que ya estaba próxima.

Para la novia fué esta visita uno de aquellos acontecimientos que dejan una huella profunda en la memoria, y ella también desconoció al sacristán, pareciéndole más joven, más hermoso, de más talento, y sobre todo, más amable y galán. Algo singular había pasado en él, que ella no sabía lo que era, ni á qué atribuirlo; algo verdaderamente maravilloso que le había transformado en un sér de nueva especie, y que le revestía de un hechizo inefable, irresistible.

Pablo se entristeció mucho más, al notar que también de su novia era objeto de tan desmesurada é intempestiva admiración. Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo variar la dirección que regularmente sigue el torrente de los afectos humanos?

A lo menos, aquella mujer no le había desdeñado antes de su engrandecimiento....

Pero llegamos al desenlace del sainete.

Algún tiempo después de los sucesos referidos, se notó en el convento cierto desasosiego, cierto alboroto, que aunque velados al principio por el misterio, no pudieron después ocultarse aún á los ojos menos perspicaces.

Por fin, la causa de aquel sordo movimiento tuvo la más completa publicidad.

—Esto es hecho, Pablo se ha despedido á la francesa, y ni se acordó de dejar sustituto en la sacristía.... ya se vé.... ¡lo que es el dinero!.... ¿qué le importa ahora el convento? ¡y vaya si soy un cándido! ¿pude imaginar que Pablo seguiría en su destino, siendo ya tan rico?

—¡Calle, hermano, qué bien se conoce que no sabe lo que pasa!

—¡Pues, qué pasa!

—¡Que el bueno de Pablo ha desaparecido!

—Ya lo veo.

—Pero no así como quiera, sino cometiendo el más horrible de los sacrilegios.... ¡esto es vergonzoso! ¡y que el convento haya alimentado tanto tiempo á esta víbora en su seno!

—Ahora sé menos lo que pasa.

—¡Pues sépalo bien! Pablo se ha fugado, llevándose consigo innumerables alhajas, pertenecientes á la iglesia; ha vendido algunas antes de irse, regaló

otras á su novia, y ni hay lotería de la Habana, ni....

—Pero, ¡cómo ha sido eso! ¡no lo creo!.... Pablo capaz de semejante crimen!.... ¡oh! ¡vamos, su paternidad se chancea!

—¡Nada de chanza! ¡Vaya y tome informes de nuestro padre guardián!..... ya verá lo que le dice.... todo ha sido un ardid de ese tunante.... la función que costeó en la capilla del Señor de Burgos, fué no más que el medio de reunir en un solo lugar la plata y joyas del convento, para escoger lo que más convenía á sus miras.

—¿Y no se procura averiguar el paradero del delincuente?

—Sí; pero hasta este instante, las diligencias de la justicia no han dado ningún resultado satisfactorio. Se cree que todo, ó la mayor parte de lo robado, parecerá; pero á Pablo se lo ha tragado la tierra. No obstante....

—En fin, ya veremos, y este golpe nos hará más cautos en lo sucesivo.

Así departían los religiosos en la sacristía del templo mayor, después de decir misa y antes de tomar el desayuno.

Entre tanto, los objetos robados iban pareciendo en diferentes casas, donde el ladrón los había ocultado. La misma novia fué despojada de las alhajas y preseas

que en donas había recibido de su futuro, como una planta pierde sus flores á impulsos del huracán.

Las requisitorias se sucedían á las requisitorias, y las pesquisas á las pesquisas.

La policía abrió sus cien ojos.

El proceso seguía con la mayor actividad, y el Juzgado continuaba haciendo cada día nuevos y más importantes descubrimientos. Una mañana se supo que en el camino de México á Veracruz, había sido detenido un carro que transportaba un cajón con varias piezas de plata de iglesia: averiguándose la procedencia del cajón, se vino en conocimiento de que un francés residente en la capital, dueño de una casa de empeño, le había remitido á Veracruz, para que de allí siguiera su camino á Europa. El francés fué puesto á buen recaudo, y las pruebas demostraron que era cómplice del sacristán.

Pasado algún tiempo, se hallaron en la casa de otro francés, también residente en la capital, algunos otros cajones, con piezas de plata de iglesia, y examinadas éstas, así como las del cajón antes mencionado, no hubo la menor duda en que eran las de San Francisco. Pero este nuevo cómplice en el robo, había sabido ponerse en salvo anticipadamente.

La causa llegaba ya á su término; pe-

ro, ¿dónde estaba, entre tanto, èl principal delincuente?

Nadie lo sabía.

Sin embargo, la Providencia había decretado no dejarle sin castigo.

Pasado algún tiempo, y cuando ya se iba evaporando la impresión que el atentado causara en los ánimos, una comisión de policía se encaminó á la villa de Guadalupe Hidalgo, en busca de un sugeto procesado por otros delitos.

Llega á una tienda, y de entre los dependientes saca á un joven, que tembló y se inmutó extremadamente al recibir aquella terrible visita.

Era de modales decentes; pero tenia el rostro desfigurado con algunas cicatrices... reliquias de quemaduras causadas con piedra infernal. El Maestro de Escuela de los "Misterios de París" había tenido un alumno.

Este era Pablo Morales.

Transladado á la capital, fué reducido á prisión, en la que hubo de permanecer hasta que sentenciado á presidio por los tribunales que conocieron de su causa, salió de la cárcel para cumplir su condena en Santiago Tlaltelolco, ó en Ulúa, según otros afirman.

Tal fué el desenlace de este suceso, que bien puede considerarse como un episodio de la historia del convento.

Pablo, en el día, está ya en libertad.

Se le ha visto en las calles de la capital como á un habitante de otro planeta transladado al nuestro.

Pasa frente á la casa donde vive la que fué su novia, y no se atreve á pasar los umbrales.

Huye el rostro á sus conocidos, y de sus mejores amigos se recata.

Sólo halla solaz en el convento de San Francisco. Allí, entre los escombros de los derribados muros, imagen de su destino, pasa largas horas entregado á los inefables placeres de la meditación; y cuando endereza los pasos á lo interior de la capilla del Señor de Burgos, no puede menos de suspirar y de verter una lágrima.

XXVI.

Particularidades

La función religiosa con que el astuto sacristán solemnizó el supuesto cambio de su fortuna, nos trae á la memoria la brillantez, la gallardía, el boato que inseparablemente acompañaban á todas las fiestas en la iglesia mayor y capillas de San Francisco.

Lejos de nosotros, la idea de describir esas fiestas que todos los habitantes de la capital, y muchos forasteros, han podido presenciar, llevados de la curiosidad ó de una devoción que jamás quedaron sin recompensa; pero no es dable concluir el bosquejo de la Orden franciscana en nuestro suelo, sin llamar la atención hacia algunos de esos espectáculos religiosos verdaderamente notables por su magnificencia ó por cierto carácter especial.

I.

El de gravedad y sencillez distinguía la festividad vulgarmente llamada "jubileo de Porciúncula," celebrada el 2 de Agosto en los Monasterios franciscanos de ambos sexos.

Desde el día anterior, se empezaba á ganar la indulgencia, visitando las iglesias de los expresados monasterios, que se abrían á los fieles á la hora de vísperas. ¿Véis esos carruajes, que se detienen á las puertas del convento de San Francisco?

De ellos descienden damas bellas y opulentas, que con aire de recogimiento dirigen los pasos al recinto sagrado, á derramar sus lágrimas ante los altares, y á confundir sus suspiros con los de la po-

bre mujer que sólo cuenta para vivir, con un mezquino salario. Esta pide al cielo el remedio de sus necesidades físicas, mientras aquéllas solicitan con ahinco la medicina que cura las dolencias del alma. Ningún estado, ninguna condición, están libres de miserias, y la riqueza suele ocultar en su seno llagas terribles que le carcomen, y que sólo se atreve á descubrir á los ojos de Dios....

El altar mayor está adornado con flores naturales, y en los rayos de oro que circundan el relicario donde se contiene la hostia consagrada, refleja la luz de los cirios, que arden apaciblemente, colocados en hileras, con simetría.

Ligeras nubes de incienso se levantan despacio hacia las bóvedas: tal vez en su camino se encuentran con un rayo solar que penetra por una de las ventanas del cimborrio, y al atravesarle se tiñen de oro encendido.... ¡Imágenes de los pensamientos que nacen de un alma desgraciada! Tristes y adustos mientras se arrastran por la tierra, alegres y risueños cuando se convierten al cielo.

El canto grave y severo de los religiosos, los suspiros del órgano combinados acaso con los tiernos gorjeos del "saltapared," de esa ave que se complace en frecuentar nuestros templos, la muchedumbre, arrodillada, el murmullo sordo

y no interrumpido del rezo fervoroso, todos estos accidentes, reunidos, contribuyen á dar al cuadro un carácter de majestad, de unción y de tranquila y seductora melancolía.

Al día siguiente, hay misa solemne, y no concluye la función sino hasta la tarde, á puestas del sol, precediendo al acto de depositar al Santísimo Sacramento, la majestuosa letanía de los santos, y las preces de la Iglesia, con las cuales el sacerdote pide al Altísimo la abundancia de los frutos de la tierra, y la paz universal del género humano. El mundo, á esa hora, se despide de la luz: las calles y paseos apenas pueden contener el gentío, los hijos mimados de la fortuna corren en pso de unos placeres que si brindan una gota de dicha, pronto entregan á la alma á los descarnados brazos del hastío. Entre tanto, salen del templo los fieles sencillos, para volver al seno de la familia, abrigando en el espíritu una memoria piadosa y un bálsamo en el corazón.

Una palabra acerca del origen de esta festividad:

Hubo á principios del siglo XIII, un joven singular, venerado de muchos por santo, y tenido por visionario en concepto de sujetos no vulgares, de aquellos que suelen ser el mayor obstáculo con que ha-

cha durante su carrera el hombre nacido á cumplir en la tierra un destino extraordinario. Después de renunciar á todos los bienes de fortuna, vestido con un grosero sayal, consagraba parte de su tiempo á servir á los enfermos en los hospitales, y la otra parte á reedificar con su trabajo corporal algunas iglesias hacía mucho tiempo abandonadas: este joven era San Francisco de Asís.

Una de las iglesias á quienes cupo ser objeto de esta solicitud, fué la de Santa María de los Angeles, seiscientos pasos distantes de Asís, y perteneciente á los monjes benedictinos, la cual, reedificada y cedida al santo patriarca de los frailes menores, fué dedicada solemnemente, y pudo desde entonces considerarse como cuna de la Orden.

En el convento anexo á ella, pasó San Francisco gran parte de su vida, y orando allí una noche, por la salvación de los pecadores, se sintió movido á pedir á Dios una indulgencia plenaria en favor de todo el que con las disposiciones debidas, y poniendo por intercesora á la Virgen María, visitase aquella iglesia en un día determinado.

Concedida esta gracia directamente por Dios, según se refiere, fué años después confirmada por el Papa Honorio III, y vinculada no sólo á la iglesia de Nuestra

Señora de los Angeles, sino á todas las de los monasterios franciscanos de ambos sexos; habiendo sido designado para ganar el jubileo el día 2 de Agosto, en que la Orden seráfica celebra la dedicación de la expresada iglesia. Y como por estar ésta situada en una parte mínima de cierto terreno, perteneciente á los benedictinos, era llamada "la porciúncula," de ahí vino que á la indulgencia se le aplicara el mismo nombre.

II.

Del 2 de Agosto, tenemos que transladarnos al 3 de Octubre, víspera del aniversario de la gloriosa muerte de San Francisco de Asís.

En la tarde de ese día, poco antes de vísperas, un repique á vuelo, simultáneo, en los conventos de Santo Domingo y San Francisco, indicaba un acontecimiento repetido anualmente, una ceremonia singular, cuyo verificativo aguardaba con ansia la muchedumbre curiosa de la capital, en las calles de Vergara y San Francisco. Apiñábase en mayor número hacia la esquina de las calles antedichas, con el ordinario acompañamiento de vendedores y vendedoras de golosinas, jinetes y carruajes colocados en fila en las bocacalles, y jóvenes hermosas y elegantemente ve-

tidas, apoyadas de brazos en los balcones de los edificios contiguos.

Momentos después se veía venir á paso lento á la comunidad de religiosos franciscanos, y tras ella, una música militar y un cohetero bien provisto de los temibles productos de su industria. Colocábanse en el sitio poco antes mencionado, vuelto el rostro á la calle de Vergara, como en busca de un objeto vivamente esperado.

No tardaba mucho en asomar, doblando la esquina de las calles de Vergara y Santa Clara, la comunidad de religiosos dominicos, que continuaba caminando por la primera de las calles indicadas, hasta llegar al punto donde se hallaban los franciscanos.

En el momento del encuentro, la compañía de músicos llenaba el aire de alegres armonías, y el cohetero enarbolaba gentilmente una asta, coronada de una rueda de cohetes, con la mecha encendida, la cual rueda empezaba inmediatamente á girar con celeridad vertiginosa y á espantar con truenos y horribles zumbidos á caballos, niños y mujeres.

Entre tanto, cada religioso de una comunidad saludaba con un abrazo á un individuo de la otra, eligiendo al que le correspondía en dignidad ó categoría; y concluída esta ceremonia, se dirigían jun-

tos al convento de San Francisco, donde los dominicos daban principio desde luego al oficio de vísperas.

Ese encuentro era el que conocía el vulgo con el curioso nombre de "El Tupetón."

Al día siguiente, en la misa solemnísima celebrada en honor de San Francisco, oficiaban también dominicos, lo que correspondían de la propia manera los franciscanos de la festividad de Santo Domingo.

Estas demostraciones recíprocas de benevolencia, tenían por cimiento un hecho antiguo: la confraternidad de dominicos y franciscanos, que aun en los tiempos tormentosos de las disputas escolásticas entre tomistas y escotistas, se conservó á lo menos en apariencia. Nació de la amistad con que vivieron ligados los patriarcas de las Ordenes de que vamos hablando, y que tuvo principio desde que se conocieron en Roma, cuando San Francisco pasó á esa ciudad á solicitar del Papa Honorio III la confirmación de su instituto.

III.

¿Sabe el lector, qué es calenda, y especialmente, qué es calenda de Navidad?

Calenda, en el oficio divino, es la lec-

tura del martirologio romano que se hace diariamente en los coros de las iglesias catedrales y de las comunidades religiosas, para recordar constantemente, como una lección á los cristianos, los ilustres hechos y las virtudes de los santos que han florecido en todos tiempos y naciones.

Calenda de Navidad es la relación en que se determina la fecha del nacimiento del Salvador, computando el tiempo con arreglo á diferentes épocas históricas.

La celebración de esta Calenda era también otra de las particularidades de nuestros frailes menores, y para dar á conocer el ceremonial usado en ella, copiaremos aquí la descripción que de él nos hace el "Tercer Calendario Franciscano," y es la siguiente:

"La víspera del día en que celebra la Iglesia el nacimiento del Salvador del mundo, á las cinco y media de la mañana, se toca con una esquila de las que sirven en los días de primera clase, y mientras ella suena, van entrando al coro, completamente iluminado, todos los religiosos, aun los que por ocupaciones ó enfermedad están dispensados de esta obligación. Se canta la hora de prima, con acompañamiento de órgano, y concluída la última oración, viene de la sacristía un sacerdote, revestido de capa pluvial mora-

da, con el martirologio en las manos, precedido de la cruz alta y ciriales con los religiosos legos de roquete, y cirios encendidos, en forma procesional. Llegado á la puerta del coro, descienden todos de sus asientos al plano, y formados en dos alas, se coloca el celebrante en el medio, incensa tres veces el libro, y comienza á cantar la calenda, que vertida al castellano, es como sigue:

"A los cinco mil ciento noventa y nueve años de haber creado Dios el cielo y la tierra, dos mil novecientos cincuenta y siete del diluvio, dos mil cincuenta del nacimiento de Abraham, mil quinientos diez de la salida del pueblo de Israel, de Egipto, conducido por Moisés, mil treinta y dos de la unción del Rey David, en la semana sesenta y cinco del profeta Daniel, olimpiada ciento noventa y cuatro, á los setecientos cincuenta y dos años de la fundación de la ciudad de Roma, y cuarenta y dos del imperio de Octaviano Augusto, estando en perfecta paz el orbe, en la sexta edad del mundo, Jesucristo, Dios Eterno, Hijo del Padre Eterno, queriendo consagrar el mundo con su piadosa venida, á los nueve meses de concebido por obra del Espíritu Santo, nació en Bethlehem de Judá, de María Virgen, hecho hombre.

"A estas últimas palabras se postran

todos los religiosos, con la frente hacia el suelo.

"Después de las preces de costumbre, para pedir á Dios un día feliz, salen el sacerdote y los acólitos, y el corista más antiguo pronuncia un discurso breve para preparar á sus hermanos á celebrar la Natividad de Jesucristo. Al salir del coro los religiosos, se saludan cordialmente, dándose los parabienes por haber podido celebrar un aniversario más, de la salud del género humano: la conclusión del oficio se anuncia con un repique.

"Quien presencie un ceremonial tan minucioso, sin reflexiones de ninguna especie, lo creerá inútil; pero el que inquiera los motivos que tuvo su autor para arreglarlo así, verá el recuerdo anual de un acontecimiento el más grande, y que dió principio á la era del mundo católico, anunciado primero á pobres pastores de corazón humilde y sencillo, comunicado por éstos á los hombres sabios y poderosos, que juntos tributaron el homenaje de gratitud al recién nacido Infante que venía á dar la alegría y la paz á la tierra.

"La historia del patriarca de los menores, nos dice que él en esta festividad excitaba amorosamente á todos para que con santa alegría le celebrasen, y hasta quería que los animalillos domésticos tuvieran doble ración de la ordinaria, y és-

te, sin duda, es el origen del sermón de la calenda de Navidad."

IV.

No daremos punto á esta relación, sin consagrar alguna líneas al modo especial con que celebraban los franciscanos sus capítulos provinciales, y que, sin duda alguna, fué ideado para alejar de estas juntas canónicas las intrigas y escandalosos desórdenes de que no pocas veces adolecían las de las demás comunidades de regulares. ¡Cuántas veces en los conventos de San Agustín y Santo Domingo, fué menester la presencia del virrey ó de los oidores para hacer volver al orden á los religiosos descontentos con el resultado de alguna elección! ¡y cuántas veces, ya en nuestros tiempos, para lograr el mismo efecto, se ha tenido que recurrir al auxilio de la fuerza armada.

No era éste, en verdad, salvo algún caso raro, el carácter de los capítulos que celebraba la provincia del Santo Evangelio.

El sábado de una de las semanas que preceden á la Pascua del Espíritu Santo, al medio día y al toque compasado de una esquila, iban llegando al convento uno á uno, todos los prelados de las va

rias casas pertenecientes á la provincia, los cuales tenían derecho de votar.

Los foráneos venían, regularmente, acompañados de algunos naturales, á quienes ellos mismos habían educado, y que miraban como á hijos.

Reunidos en el convento, se les alojaba en las celdas destinadas á los huéspedes, sin permitirles comunicación alguna entre sí, lo cual se ejecutaba mediante los celadores nombrados al efecto, de entre los mismos religiosos, y que recorrían incesantemente el departamento habitado por los vocales.

En esta especie de cónclave permanecían hasta el momento de la elección, que se verificaba á los ocho días, pasada la cual, se daban gracias á Dios, en el templo mayor del convento.

Elegidos el provincial y demás prelados, tenían que llenar algunas formalidades, entre otras, dar parte al Gobierno, del resultado de la elección, lo cual se observaba desde el tiempo de la dominación española, como se comprueba con el auto acordado de 8 de Mayo de 1732, por el cual se disponía: "Que siempre que se celebren capítulos generales por las sagradas religiones y provincias de esta gobernación, siendo en esta ciudad y sus confines, los provinciales que salieren electos, y demás prelados locales, priores,

guardianes, comendadores y rectores, den noticia personalmente de sus empleos á todos los ministros togados de esta real audiencia, de cuya ceremonia les avisen los escribanos de cámara, siempre que se celebren capítulos."

Los electos hacían, además, una visita de etiqueta al Virrey y demás autoridades de primer orden; y en cuanto á las otras provincias, tenían obligación de remitir, y remitían, al gobierno, las tablas de la elección de sus respectivos capítulos. Celebrábanse éstos cada tres años.

Secularizados en gran número los conventos de franciscanos, desde mediados del siglo décimo séptimo, según ya hemos dicho, y no poco amortiguado el espíritu monástico hacia fines del anterior, los capítulos celebrados en el actual presentaron el aspecto de una reunión común en cuanto á la suma de concurrentes. No así los que se verificaron en tiempos más lejanos, entre los cuales hubo alguno que por lo copioso pudo compararse con el primero que celebró la orden seráfica, á que asistieron más de cinco mil frailes, y que se llamó "el capítulo de las esteras," porque de ellas principalmente, se levantaron en un espacioso campo, cerca del convento de Nuestra Señora de los Angeles, antes mencionado, las celdas nece-

sarias para alojar á tan numerosa concurrencia.

XXVII.

Un Pronunciamiento.

No parece, sino que el convento de San Francisco está predestinado á representar un papel importante en las conmociones populares.

Ya hemos visto, hace poco tiempo, cómo sirvió de asilo al conde de Galve y su esposa, durante el tumulto acaecido en 8 de Junio de 1692; la misma hospitalidad brindó al marqués de Gelves en el motín de 15 de Enero de 1624, ocasionado por las diferencias suscitadas en materia de jurisdicción entre el virrey y el Arzobispo Don Juan Pérez de la Serna, cuando para sustraerse aquél al furor de los amotinados, tuvo que salir de Palacio, mediante un disfraz, y refugiarse al convento de San Francisco, donde estuvo diez ó doce días encerrado en una pieza obscura que servía de cárcel, detrás del refectorio.

En estos dos casos, las olas de la revolución se han estrellado contra los muros del convento, por haber servido éste

de reparo á los que tuvieron la poca cordura de motivarla; pero hay un caso en que, por el contrario, la revolución fué quien tomó asilo en la morada de los religiosos para preparar desde allí sus ataques contra las autoridades constituídas, y este caso pasó en la noche del 14 de Septiembre de 1856.

Todos sabemos cuánto se afanó el partido conservador en derrocar la administración que tenía en sus manos los destinos de la nación en aquella época memorable.

Días antes, la policía había informado al Gobierno, repetidas veces, de que en los conventos de San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, había reuniones de gente sospechosa, hasta horas avanzadas de la noche.

"Al mismo tiempo (leemos en la obra titulada "México en 1856 y 1857"), se supo que en una casa de la calle de Medinas, había también juntas y conferencias que se daban la mano con las otras; que se estaban reuniendo armas en algunas casas inmediatas á aquellos conventos, y que varios religiosos, entre ellos un P. Angel, excitaban á la plebe de los barrios para que se levantara contra el Gobierno. Más tarde hubo indicios de que el Dr. Serrano, provisor de Puebla, ministraba los fondos necesarios para un movimien-

to, por medio del P. Miranda y de otros agentes. Y por último, después de otras noticias más ó menos fundadas sobre el caso, adquirió el Gobierno la certeza de que se aproximaba un grave peligro para el orden público, por un capitán de la guarnición, que habiendo sido invitado para tomar parte en el movimiento, se lo manifestó al comandante general del Distrito, agregándole que á la cabeza de la revolución debía ponerse el General Don Florencio Villarreal, sobre lo cual se formó un proceso en aquellos días. Todo esto hizo que el Gobierno estuviera alerta, para no dejarse sorprender por un golpe inesperado; pero como el más profundo secreto envolvió en aquella ocasión los trabajos de sus enemigos, no supo más, hasta el 14 de Septiembre, por la noche, en que una señora solicitó hablar al Presidente, y le dió noticias más exactas acerca de aquella revolución, diciéndole que estaba preparada para el 16, á la hora de la procesión cívica."

"Algo se había traslucido de estas especies en el público; pero, acostumbrado éste á tales rumores, no les había dado mucha importancia, cuando en la mañana del 15, la ciudad se vió repentinamente sorprendida con una escena que pasaba en San Francisco. Las puertas del convento estaban cerradas; los frailes es-

taban presos; guardias dobles de soldados, custodiaban el edificio, y la multitud se agolpaba allí, curiosa de saber lo que había pasado. Pronto corrió la noticia: un oficial del batallón de Independencia se había pronunciado aquella noche con algunos soldados del Cuerpo y algunos paisanos: las autoridades habían tenido pronto aviso, y en la madrugada habían estado allí el Presidente de la República, el Gobernador y el comandante general del Distrito, para sofocar el movimiento."

Abortó éste, merced al valor y energía del mayor del mismo batallón de Independencia, Don Vicente Pagaza, el cual, auxiliado de los oficiales Don Pedro Valdés, Don Ramón Salazar, y otros, logro desarmar al jefe pronunciado, y hacer volver al orden á los soldados comprometidos en la asonada.

Al día siguiente, aniversario de nuestra Independencia, salió á luz un decreto de la autoridad, reducido á estos dos artículos:

1o. Para la mejora y embellecimiento de la capital de la República, en el término de quince días, contados desde la fecha de este decreto, quedará abierta la calle llamada Callejón de Dolores, hasta salir y comunicar con la calle de San

Juan de Letrán, y se denominará calle de la Independencia.

2o. Se demolerán los edificios y se ocuparán los terrenos necesarios, por causa de utilidad pública, previa indemnización ajustada con los propietarios.

"El 17 (dice el "Calendario Franciscano") amaneció triste y lluvioso; los religiosos celebraron en el altar de la Impresión de las Llagas de su santo patriarca, el aniversario de este acontecimiento, y al retirarse uno de ellos se quejaba de la distracción que notara en otro al cantar los oficios, y manifestando grande temor porque los expulsaran de su convento."

Este temor no era infundado; nacía de un presentimiento que hubo de confirmarse en el mismo día, como lo probó el decreto cuya parte substancial está contenida en los artículos siguientes:

1o. Se suprime el convento de franciscanos de la ciudad de México, y se declaran bienes nacionales los que le han pertenecido hasta aquí, comprendiéndose la iglesia principal y las capillas, que con sus vasos sagrados, paramentos sacerdotales, las reliquias é imágenes, se pondrán á disposición del Ilmo. señor Arzobispo, para que sigan destinados al culto divino.

2o. El Ministerio de Fomento dictará

las medidas conducentes al aseguramiento y enagenación de los bienes declarados nacionales en este decreto.

3o. El producto de dichos bienes se repartirá desde luego en el orfanatorio, casas de dementes, hospicio, colegio de educación secundaria para niñas, y Escuela de Artes y Oficios de esta capital.

En el referido decreto se indica como fundamento de las disposiciones que abraza el hecho de haberse sorprendido infraganti delito, y en los claustros y celdas del mismo convento, muchos conspiradores, y entre ellos, varios religiosos.

Peligroso, y mucho, es juzgar los sucesos contemporáneos. Cuando la pasión, aún ardiente, y los intereses heridos se interponen como una sangrienta nube, entre los hechos y el entendimiento, es más prudente callar que pretender salvar el círculo de lo presente y usurpar á las generaciones venideras el derecho de fallar definitivamente.

No obstante, hay hechos, como el que nos ocupa, tan claros de suyo, que por más que el espíritu de partido se empeñe en embozarlos, aparecen en toda su desnudez. En este caso, el juicio que acerca de ellos se forma, es involuntario y exacto, como que se trata de hechos evidentes.

Hemos oído opinar de diversa manera

con respecto al papel de la comunidad de franciscanos en la asonada de que se trata, sosteniendo algunos que no tuvo en ella ninguna parte, mientras otros afirman, por el contrario, haber sido ella su principal móvil. Unos y otros van descaminados acaso, por no tomarse el trabajo de hacer competentes indagaciones antes de pronunciar sentencia, que si así fuera, habrían adquirido una certidumbre completa, en cuanto cabe, acerca de la realidad.

Hechas esas indagaciones, se llega, inevitablemente, á esta conclusión: los religiosos fueron culpables, y, por tanto, se hicieron acreedores al condigno castigo.

No hay que atribuirles parte mayor de la que realmente tuvieron en el hecho: no fueron los promovedores de la sedición; pero hubo alguno de ellos inodado en el delito, y en lo general, no pueden alejar de sí el cargo de encubridores. El convento no es un sitio público; en su recinto, en el atrio, á donde no se entra sino por dos puertas, cuyas llaves guardaba el portero, fueron sorprendidos los conspiradores á deshora, en masa, casi en tumulto y próximos á desbordarse por la ciudad como un torrente. ¿Quién si no los religiosos, pueden ser responsables de este hecho?

Por lo demás, el Gobierno, si fué ri-

goroso en el castigo, fué también clemente, y cinco meses después de la supresión de la comunidad, en 19 de Febrero de 1857, á petición de algunos sujetos de los más distinguidos del partido liberal, se expidió un decreto absolutorio que comprende los siguientes artículos:

1o. Se concede á los franciscanos de la ciudad de México, la gracia de restablecer su convento en la parte del mismo edificio que designe el Ministerio de Fomento.

2o. La autoridad respectiva sobreseerá en la causa que se estaba formando á los religiosos del expresado convento.

Con esta página se cerró la historia de un suceso que dió abundante pasto á la prensa y á las conversaciones, y que tuvo un eco prolongado en toda la República.

Reflexionando sobre su naturaleza y causas que le prepararon, no puede menos de presentarse al entendimiento como una prueba dolorosa de las inconsecuencias y extravíos á que conduce el ciego espíritu de clase, cuando preocupado por mezquinos intereses actuales, se desentiende de las ventajas más positivas y duraderas vinculadas al sistema de principios que constituyen la fe social, política y religiosa del presente siglo.

El gran problema que actualmente tra-

ta de resolver la humanidad, que conmueve sin cesar el espíritu de las naciones, y de cuya resolución está pendiente el porvenir del mundo, es, á juicio nuestro, la aplicación práctica, y en su sentido mas lato, de la filosofía del cristianismo al gobierno de las sociedades. Así se comprende en todas partes, aun cuando al plantearlo se le dé á conocer con nombres diferentes. Pero llámese como se quiera: socialismo y progreso en Francia, filosofía en Alemania, filantropía en Inglaterra, y libertad en América, á través de todas estas denominaciones, por diversas que parezcan las ideas que envuelven, se descubre en substancia un solo principio cardinal, único, absoluto: el principio evangélico, el principio de caridad elevado á la categoría de principio político y humanitario.

Pero la resolución del problema, la adopción del principio así formulado, encuentra vigorosas resistencias de parte de los sostenedores de inveterados abusos, de parte de los campeones de lo antiguo sólo por antiguo, y de parte de los eternos adversarios de toda innovación, aun cuando sea enderezada al bien. Esas resistencias constituyen la guerra incesante que se hace en Europa al principio evangélico, invocando la idea monárquica y el legitimismo, mientras en México tiene

que sostener la misma lucha contra lo que se apellidaba partido de religión y fueros, de orden y garantías, y hoy, sin máscara, "partido histórico ó de las tradiciones," como si tradiciones no quisiera decir para nosotros lo mismo que conquista sangrienta, explotación de la raza indígena, depravadas costumbres de los magnates, ignorancia del pueblo, tribunal del Santo-Oficio, y como si partido histórico pudiera significar en nuestro país otra cosa que clases privilegiadas, distinción de castas, tributos para enriquecer el tesoro público de España, tiranía sistemada y correlativa desde la primera hasta la última de las gradas sociales, mengua de la dignidad humana, y, en una palabra, gobierno colonial....

Y sin embargo, el alción se cierne en medio de la tormenta, mirando impávido las olas embravecidas, cuidando apenas de los rayos que por donde quiera lanzan las nubes, porque espera ver en breve hacia el Oriente, la serena luz que apacigua las tempestades: el principio es combatido, pero no vencido; zozobra, pero se levanta; y cuando se le juzga próximo á perecer, asoma, triunfante y coronado [illegible] esplendor.

¡Lucha gloriosa en que la verdad prevalece contra el error, la luz contra las sombras!

Mas, ¿por qué se ven filiados entre sus más encarnizados enemigos á los mismos que debieran sostenerle, aun á costa de su sangre?

El sacerdote del Altísimo, el que se llama sucesor de los apóstoles, ¿es precisamente quien le niega? ¿Desconocéis la doctrina de Jesús, porque tiene ya más vastas aplicaciones, porque del terreno de las costumbres pasa á entronizarse á la esfera de la política, porque permaneciendo la misma en su esencia, muda de nombre?

El principio cristiano no se transforma; se desarrolla, se dilata, en proporción de las necesidades de los tiempos, de las civilizaciones y de las circunstancias especiales de los pueblos. ¿Por qué, pues, atenerse sólo á sus inmediatas consecuencias, y negar y oponerse á las más remotas? Jesús dijo: yo soy la luz del mundo; ¿y queréis que la luz no se propague hasta las regiones más lejanas?

Desde el instante en que se acepta el principio de caridad, hay que reconocer el de igualdad social de derecho, porque ante Dios y ante la humanidad, ningún hombre es superior á otro, porque ni la fuerza física, ni el talento, ni aun la misma virtud, pueden ser un título para dominar necesariamente, y porque la caridad nivela todas las condiciones y todos

los poderes que derivan de la naturaleza ó de la fortuna.

De aquí la apoteósis de la voluntad humana;

El dogma de la soberanía popular;

El derecho de las naciones para constituirse libremente;

La injusticia de los privilegios;

El derecho de destruir ó repeler la opresión;

Y la facultad santa para hacer volver las sociedades viciadas al sendero de lo justo;—de aquí la Reforma.

Estos principios, que constituyen el evangelio social y político de los pueblos modernos, empezaron á tener aplicación entre nosotros, desde los primeros lustros del siglo actual, y el inmediato fruto del principio cristiano en nuestra nación, fué la independencia.

Para el triunfo de tan noble causa, se afanaron, de mancomún, todos los hombres descollantes por su elèvada inteligencia y por sus sentimientos generosos; y consecuentes entonces con el alto destino á que están llamados en el mundo, varios eclesiásticos la apadrinaron con cariño, combatieron otros por ella en el terreno de la política, y no pocos le sacrificaron su bienestar en las cárceles, ó su sangre en el cadalso ó en los campos de batalla. ¿Hay necesidad de comprobar es-

te aserto, citando los nombres de Orcillez, Luna, Mejía, Jiménez, Villaseñor, Vargas, Saenz de la Santa, Oronoz, Cano, Manrique y Navarrete, también ilustre por otros títulos? ¿Quién ignora que fray Bernardo Conde y fray Carlos Medina, franciscanos, compañeros del héroe de Dolores, fueron sacrificados por el Gobierno español en la hacienda de San Juan de Dios, inmediata á Durango, la mañana del 17 de Julio de 1812? ¿Y quién ignora que el Ilmo. Don fray José María de Jesús Belaunzarán, de la orden de franciscanos descalzos, con un valor heróico y digno del célebre Papa que contuvo el furor de Atila, arrostró con los peligros de una situación espantosa, por oponerse al degüello que en el año de 1810 inundó de sangre á Guanajuato?

Sí, el período sublime de 1810 á 1821, admiró entre los héroes de nuestra grandiosa epopeya á varios individuos del clero mexicano, y con ellos no pocos hijos de la orden seráfica. Y esta conducta era lógica. Los que siempre habían abogado por la causa de los oprimidos, ¿podían permanecer espectadores egoístas en los momentos solemnes en que la voz de libertad resonaba desde las desiertas sabanas de Nuevo-México. hasta las abrasadoras regiones de Yucatán y Guatemala?

¿Por qué renegar después de tan honrosos antecedentes? ¡Fulminaron contra el despotismo extranjero, y se filian entre los sostenedores de la tiranía doméstica! ¡Hicieron pedazos el dosel de los virreyes y conspiran á que la nación conserve sus resabios de colonia! ¡Rompieron las cadenas de la arbitrariedad, y se declaran campeones del privilegio, y amamantan y acarician el abuso!

¡Los bienes eclesiásticos!....

¡Quién de vuestros mayores los tuvo! ¿Olvidáis que el patriarca de vuestra orden sagrada los miraba con horror, por peligrosos, y vinculó su dicha en despreciarlos? ¿Olvidáis que el fundamento de su regla fué este consejo del Evangelio: "No queráis tener oro, ni plata, ni dinero; ni en vuestros viajes llevéis alforja, dos túnicas, ni zapatos, ni báculo?" ¿Y olvidáis, por último, que una de las razones que tuvo Cortés para pedir al Emperador religiosos de vuestro instituto, que viniesen á evangelizar á los naturales, fué la sencillez y pobreza de sus costumbres, en nada semejantes á la pompa y boato que despliegan los altos dignatarios de la Iglesia? ¿Por qué, lo diremos otra vez, renegar de tan honrosos antecedentes? ¿por qué detenerse á la mitad del camino?

El espíritu de clase, sí, sólo el espíri-

tu de clase, que es el egoísmo individual convertido en egoísmo mancomunado de muchos, es el que ha podido poner una venda en los ojos de los eclesiásticos que combaten contra la idea progresista, para no ver la inconsecuencia de tal conducta, pues que la Reforma, en su sentido genuino, no es más que la consumación de la independencia!

XXVIII.

Estado actual del Convento.

Pero la Reforma es un árbol á cuyo tronco y ramas vegetan adheridas algunas plantas parásitas, que suelen impedir su natural y benéfico desarrollo. Esas plantas que por su organización repugnan la savia generosa de aquél, y que extraen de la tierra jugos venenosos por alimento, producen abundantes, aunque dañados frutos: prodúcelos también la Reforma, si bien de diferente naturaleza; mas como aparecen unos al lado de otros, los de la planta mortífera junto á los del árbol saludable, he aquí por qué la ligereza ó la mala fe los confunden frecuentemente, para desacreditar al segundo.

Por lo mismo, hay que saber distin-

guirlos, para no tomar unos por otros, ni atribuir al espíritu de la Reforma las hazañas de algunos reformistas.

Esta distinción es aún más necesaria para el que observa el estado lastimoso en que se encuentran varios conventos de la capital, como efecto de una destrucción injustificable, y entre ellos, el de San Francisco.

Hay, por desgracia, en nosotros, una fatal tendencia á imitar lo malo de las demás naciones, y especialmente, de la francesa. No parece sino que teniendo en poco lo de casa, sólo en lo extraño hallamos mérito y atractivo. Desdeñamos ser mexicanos, y cómicamente nos hacemos artistas, poetas, literatos y políticos á la francesa.

¿Gobernamos como conservadores? Pues hay que crear títulos y condecoraciones; hay que aplicarse un "alteza serenísima" y exhumar la "orden de Guadalupe," sólo porque las monarquías europeas se engalanan con bagatelas de esta especie, que son para la vanidad de los hombres lo que los juguetes para el candor de los niños.

¿Somos liberales? ¡Ello es otra cosa! ¿Quién duda que 93 debe ser nuestro modelo? ¡El árbol de la libertad ha de ser regado con sangre para que fructifique; las logias y los clubs son de imprescindi-

ble necesidad; en los congresos, debe haber "izquierda" y "derecha;" nada antiguo, "recedant vetera;" muerte á los monumentos del obscurantismo; abajo los templos, y de ellos no quede piedra sobre piedra!....

¡Triste monomanía! ¡Pueril remedo! Hasta en esto obedecemos todavía el impulso español, porque en la Península se representaron las mismas bufas escenas durante el período de su revolución reformista.

Séamos conservadores ó progresistas, en hora buena; pero sepamos serlo a nuestro modo, conforme á nuestras costumbres y á nuestros hábitos, teniendo en cuenta las circunstancias peculiares de nuestra civilización, abandonándonos á las inspiraciones de nuestro genio y sin chocar con nuestro carácter nacional; en una palabra, séamos conservadores ó progresistas, pero séamos, ante todo, mexicanos.

Por no proceder de esta suerte, vemos en el día abandonados, desmantelados, casi derruídos, los famosos templos del convento de San Francisco, y todo ello sin qué ni para qué.

De los objetos preciosos que contenían, excepto algunos cuadros, nadie da razón. Su producto, si es que fueron enagenados, estamos casi ciertos de que no

ingresó en el tesoro público. Bien es que en cambio habrán quedado muy satisfechos los micos de la revolución francesa, y un tanto cuanto, saciada la voracidad de algunos vándalos que se empeñan en cubrirse con la bandera del progreso.

El desorden que suponen estos hechos, no ha podido atajarlo el gobierno en los primeros días que siguieron al triunfo de nuestra gloriosa revolución, porque no estaba en su mano, porque tenía preferentes atenciones, porque otros puntos de más vital importancia atraían sus miradas hacia las altas regiones de la administración; mas al presente, ¿qué obstáculo habría para que los templos de que se trata fuesen consagrados de nuevo al culto cristiano, como lo están, por ejemplo, los de Santo Domingo y la Profesa?

Aunque forman parte respectivamente, de los lotes en que se ha dividido el convento, para enagenarlo, es un hecho que pocos de esos lotes, si alguno, han de tener compradores, á lo menos por ahora, ya se atienda á lo subido de los precios, y ya á lo difícil que es ponerlos en vía de producir, pues que prescindiendo de los costos que demanda la construcción de edificios habitables al gusto del día, la mera operación de echar abajo los existentes en los mismos sitios, requiere un capital.

Así que, por una parte nada se pierde, y por otra, algo se lograría con restituir esas iglesias á su anterior destino; se lograrían cuando menos, las simpatías de todos los pechos sensibles, que no pueden menos de deplorar la ruina inminente de unos monumentos levantados á costa de los sudores de los naturales, enriquecidos por la munificencia de muchas generaciones, y que son verdaderamente el sagrario de las más tiernas memorias nacionales.

Allí gustaron momentos de tranquilo bienestar nuestros abuelos; de su recin brotan quizá para muchos individuos de la actual generación, los recuerdos más queridos de la niñez ó de la juventud; y en el período tormentoso de la efervescencia de las pasiones, cuando abrumado el corazón por los cuidados de la vida, herido de crueles decepciones, anhela un mundo desconocido y se siente, digámoslo así, ávido de infinito, ¡cuántos de nosotros no han hallado la paz, la resignación y aun la esperanza, debajo de aquellas bóvedas amigas que escucharon la oración de nuesrtas madres y que acogieron complacidas la exaltación de su fe religiosa!

En el día, las puertas de esos templos están cerradas para el infortunio: todo es desolación, vacío lúgubre, ambiente de

fosa, en aquellos edificios gigantescos, en cuyo interior han sucedido, á las solemnes armonías del órgano, los vagos suspiros del viento, que tiene libre paso por las ventanas sin vidrieras y ennegrecidas con el musgo.

Si de las iglesias se pasa á la sacristía mayor, y se atraviesa después por los patios solitarios; si se recorren las abandonadas galerías; si se visitan las celdas, ahora deshabitadas, y donde tantas existencias tuvieron asilo, el alma experimenta un sentimiento indefinible.... ¡cuántos secretos no guardarán entre sus sombras aquellos muros carcomidos!

Finalmente, al despedirse del recinto silencioso desde una de las puertas que dan á la calle, no se puede menos de mirar por última vez aquella antigua mansión, comprendiendo entonces toda la tristeza, toda la amargura que encierra esta expresión de Arolas: "fué un convento."

Sí, allí está el inmenso edificio; allí se divisa el pórtico desierto, aquí el atrio con algunas losas separadas de sus lugares, en parte anegado y en parte sembrado de escombros, más allá la torre sin campanas, y la portada debajo de cuyas cornizas forma su nido la golondrina.... sí, pero todo esto ya no es el convento, es la fantasma del convento. El tiempo hará desaparecer aún ese resto desolado.

Hablando así en lo más recóndito del alma, ponemos las plantas en la calle, y nos confundimos con la muchedumbre indiferente, sintiendo abrumado el espiritu con un mundo de recuerdos, como si acabara de tener una entrevista con la eternidad.



LA CONCEPCION

I.

Años antes de la fundación.

Conventos hay fuera de la ciudad de México, cuyos cementerios, sobre muy dilatados, son cada cual un verdadero jardín. Grupos de palmeras y papayos, de anonas y guayabos, de naranjos y adelfas mezclados á veces con otras plantas tropicales como la ceiba majestuosa, brindando su azahar al ambiente, y sus lucidas flores á la vista, mantienen una eterna primavera en esos sagrados lugares, si los conventos están situados en países calientes, y si en tierra fría ó templada, los pinos en hileras, los olivos y los sauces de ramas suspiradoras hacen veces de esa vegetación risueña, si no tan adecuada á la mansión de los finados.

Así eran también en su mayor parte los cementerios de los conventos desde los primeros años que siguieron á la conquista, y entre ellos no pocos de la capital. Mas no se crea que estos árboles galanos, este lujo de flores y perfumes, tenían por objeto el mero halago de los sentidos. En medio del vergel se levantaba una gran cruz, el árbol santo de redención del linage humano, á cuyo derredor se apiñaba la familia cada día creciente de los recién convertidos á la fe cristiana, para escuchar de labios del misionero la palabra de paz y caridad que recibían los corazones, como las flores casi agostadas beben el rocío de los cielos: no lejos de allí, y á la sombra apacible de aquella olorosa enramada, juntábanse por barrios y formaban corrillos los niños y las niñas aztecas para ejercitarse en aprender las diversas partes de la doctrina cristiana, enseñados los primeros por los que habían sido inmediatos alumnos de los religiosos, y las segundas, por algunos de los mismos niños. Venían las niñas á la iglesia, y volvían á sus casas, bajo la guarda de matronas respetables.

Siguióse este sistema durante el tiempo que fué preciso, para que de entre ellas mismas hubiese quien pudiera enseñar, á su vez, que llegado este caso se doctri-

naban unas á otras. Pero de todos modos, la inocencia tenía un abrigo contra los ardores del sol en aquellos cementerios ó grandes patios, y éste fué el principal objeto que se intentó conseguir, poblándolos de vegetales.

Túvose, además, otra mira, y fué, proporcionar un lugar bastante amplio y abrigado á la muchedumbre de asistentes á los divinos oficios, en días como los festivos, en que, no siendo la iglesia capaz para abarcar toda la concurrencia, era menester celebrarlos fuera. En cada uno de esos mismos patios enormes, se construyó después una pieza, por lo regular á la parte del Norte, donde los músicos de la iglesia ejercitaban su arte, bien por amaestrarse, ó bien por enseñarle á los niños, quienes, además, aprendían allí á leer, escribir y contar, cuando ya sabían la doctrina cristiana.

En cuanto á las niñas, luego que mostró la experiencia cuán dóciles é ingeniosas eran para aprender los rudimentos de nuestra fe, se pensó sériamente en darles una educación en común, que abrazase asimismo la enseñanza de las artes amables propias de su sexo, para lo cual se les puso al cuidado de señoras que pudiesen servirles de modelo, por su intachable conducta.

Eran éstas, unas dueñas ó beatas, y las

primeras á quienes se encomendó el papel importante de maestras del sexo femenino en nuestro país, fueron cuatro que vinieron con la marquesa del Valle, según el historiador Herrera, á quienes, como él mismo afirma, les puso clausura Don Sebastián Ramírez de Fuenleal. Torquemada, al hablar de ellas, dice que vinieron de Castilla por mandado de la Emperatriz Doña Isabel, con recomendación á las autoridades para que les hiciesen casas honestas y competentes, donde pudieran tener recogidas algunas niñas, hijas de los señores, é indios principales, y allí les enseñasen principalmente buenas costumbres y ejercicios cristianos, y juntamente los oficios mujeriles que usan las españolas. Otros historiadores, refiriéndose ya al primer convento de la Concepción, que hubo en México, opinan que fué fundado con el título de colegio por el Ilmo. señor Zumárraga, en el mismo sitio en que hoy se encuentra, con cuatro doncellas que vinieron con los conquistadores, conforme á la disposición de Andrés de Tapia. Si las cuatro señoras á que se contraen los autores mencionados, son ó no unas mismas, es difícil de averiguar; lo cierto es que ellas presidieron el primer ensayo que de vida común hicieron las hijas de este suelo; y aunque no del todo perfecto, puede, sí, considerarse como el

cimiento del edificio que pocos años después había de levantarse.

II.

En qué empleaban el tiempo Las Colegialas.

La vida que observaban esas jóvenes educandas no era rigurosamente común, en el sentido que por lo regular damos á la expresión, significando con ella el estado monástico. Faltábanle los votos, y sobre todo, la clausura estricta y permanente, que muchas veces era infringida, como se observará por la relación de las ocupaciones á que de ordinario se entregaban las colegialas.

"Finalmente (dice Torquemada), púsose por obra lo que la devota Emperatriz mandaba; y hechas las casas, recogiéronse las niñas, y aquellas buenas mujeres que les dieron por madres, pusieron todo su cuidado en doctrinarlas; mas como ellas, según su natural, no eran para monjas, y allí no tenían que aprender más que á ser cristianas y á servir honestamente en ley de matrimonio, no pudo durar mucho esta manera de clausura, y así duraría poco más de diez años. En este

tiempo, muchas que entraron algo grandecillas, se casaban, y enseñaban á las de fuera lo que dentro, en aquel recogimiento, habían aprendido, es, á saber, la doctrina cristiana y el oficio de Nuestra Señora, romano, el cual decían cantando y devotamente en aquellos sus monasterios ó emparedamientos, á sus tiempos y horas, como lo usan las monjas y frailes. Y algunas, después de casadas, antes que cargarse el cuidado de los hijos, proseguían sus santos ejercicios y devociones. Entre los otros pueblos, particularmente en el de Huexotzinco, quedó esta memoria por algunos días, mientras hubo copia de estas nuevamente casadas, que tuvieron cerca de sus casas una devota ermita de Nuestra Señora, adonde se juntaban por la mañana á decir prima de la Sagrada Virgen María hasta nona, y después, á su tiempo, las vísperas. Era cosa de ver oírlas cantar sus salmos, himnos y antífonas, teniendo su hebdomadaria ó semanera y cantoras que comenzaban los salmos y antífonas, y hacían el oficio como en coro formado de monjas. El tiempo que estas mozas estuvieron recogidas en clausura, no dejaban de salir algunas de ellas á lo que era menester, pero siempre acompañadas, á veces con sus maestras y á veces con las viejas que tenían por porteras y guardas de las ni-

ñas; y á lo que salían era solamente á enseñar á las otras mujeres en los patios de las iglesias, ó á las casas de las señoras, y á muchas convertían á bautizarse y á ser devotas cristianas y limosneras, y siempre ayudaron á la doctrina de las mujeres"....

Este esmero en la educación religiosa del bello sexo, no tardó en producir buenos frutos. Bien arraigadas en el alma las ideas de virtud y honestidad, era imposible que dejaran de extender su influencia á la vida práctica, comunicando á varias de esas vírgenes un vigor sublime, para salir vencedoras de algunos peligros que á primera vista se juzgaran superiores á la misma fortaleza. En comprobación de esta verdad, pudiéramos referir algunos casos de los más conocidos, merced á las crónicas; pero no es bien que nos detengamos más tiempo en llegar á la época de la fundación, propiamente dicha, del convento de la Concepción.

III.

Quiénes fueron las primeras monjas.

Ignoramos los datos que haya tenido á la vista el autor de "Los Celos de una Reina" para decir que la fundadora de la Congregación de concepcionistas fué Doña Beatriz de Lara; Beatriz de Silva la llaman cuantos historiadores hemos consultado acerca de este punto, y con el mismo apellido se designa en la introducción al libro de la regla que siguen las religiosas de esta orden.

Como quiera que sea, esta dama, portuguesa, descendiente de una de las casas más nobles é ilustres de su nación, y á quien la Reina Doña Isabel, hija del Rey D. Duarte de Portugal, llevó consigo á España cuando fué á casarse con D. Juan II de Castilla; siendo pretendida de muchos caballeros para contraer matrimonio con ella, á causa de sus prendas relevantes, y habiéndose ocasionado de aquí serios disgustos, sin que de ellos hubiera tenido la más mínima culpa, incurrió esto, no obstante, en la desgracia de la Reina, quien la hizo encerrar por tres días, prohibiendo que se le diese de comer. De esta dama pudo muy bien decirse lo que cantó un poeta:

"¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!"

En este trance, invocó á María Santísima, prometiéndole guardar perpetua castidad si lograba con su ayuda disipar la nube que ofuscaba su inocencia; y como á poco tiempo se viese libre del encierro, para mejor cumplir su promesa, determinó alejarse de los peligros de la Corte, y obtenida licencia de la Reina, se entró en el monasterio de las dueñas de Santo Domingo el Real de Toledo.

En él permaneció de seglar por unos treinta años, entregada á los ejercicios de la más ruda penitencia, y en él también concibió el designio de fundar una orden de religiosas, en reverencia de la Inmaculada Concepción: comunicólo á Doña Isabel, y acogido benévolamente por ella, le cedió para su ejecución unos palacios en Toledo, donde estuvo, y quizá estará, el monasterio de Santa Fe.

Tomó posesión de su nueva morada, juntamente con otras doce doncellas nobles, en el año de 1484, ocho antes del descubrimiento de América, y en el de 89, á instancia suya y de la Reina, el Papa Inocencio VIII, que á la sazón presidía la Iglesia, le concedió la institución y continuación de la orden que había comenzado con el nombre, hábito y oficio de la Concepción, con ciertos estatutos y

ceremonias, y quedando bajo la obediencia del Prelado diocesano.

Muerta Beatriz, las monjas ya profesas, según las constituciones de Inocencio VIII, y otras del Cister de la orden de San Benito, hijas de otro monasterio también de Toledo, con autorización apostólica, hicieron juntas profesión de la regla de Santa Clara, sin dejar el hábito de la Concepción, en el monasterio ya dicho de Santa Fe, donde vivieron así hasta el año de 1501, en que el Papa Alejandro VI las sujetó á los franciscanos.

Mas como no pareciese después conveniente profesar la regla de Santa Clara con el hábito y oficio de la Concepción, adoptaron otra particular, compuesta por unos frailes menores de la provincia de Castilla, y confirmada en el año de 1511 por el Papa Julio II.

Fundada la orden, empezó á ramificarse por varios otros lugares de España, erigiéndose monasterios en las principales ciudades, siendo uno de ellos el de Santa Isabel, de Salamanca, de donde salieron las primeras religiosas que vinieron á nuestro país, las cuales se establecieron en el mismo sitio donde hoy se encuentra el convento de la Concepción.

Pero antes hemos indicado que en él hubo un colegio de niñas, dirigido por

cuatro señoras venidas de España, y esto requiere explicación.

Bien sea que esas señoras hayan venido con los conquistadores, bien que la Emperatriz, movida de su propio celo, las haya enviado poco tiempo después de consumada la conquista, ó bien que la Marquesa del Valle, por encargo del señor Zumárraga ó á instancia del mismo Cortés, las haya traído consigo para poner al cuidado de ellas la educación de las jóvenes mexicanas, lo cierto es que llegaron á México antes del año de 1530, y establecieron clausura en el sitio indicado, según la disposición de Andrés de Tapia, que es el mismo sujeto que con este nombre figura entre los conquistadores como capitán de cuenta, y á quien cupo ese solar en el repartimiento que se hizo, de la ciudad recién ganada.

Eran, según Herrera, unas beatas de San Francisco y de San Agustín; bien que esta noticia no está apoyada en la autoridad de Motolinía, ni en la de Torquemada, contemporáneo de aquel autor, ni en la de Bernal Díaz, que era bien minucioso, y que hablando de la venida de la Marquesa del Valle, menciona á los padres mercedarios que trajo ésta en su compañía, siendo muy notable que ni una palabra diga de las beatas.

Sea como fuere, las matronas de que

venimos hablando, continuaron en la dirección del colegio con notable aprovechamiento de las educandas, hasta que por los años de 1541 se fundó el convento de la Concepción con las religiosas que hemos mencionado, las cuales trajo el V. P. Fr. Antonio de la Cruz, y fueron tres, llamadas:

Paula de Santa Ana,
Luisa de San Francisco, y
Francisca de San Juan Evangelista.

Hay quien afirma que fueron cuatro con la superiora, á quien el maestro Gil González Dávila, citado por Vetancurt, llama Elena de Mediano ó Medrano.

Para asignar esa fecha á la fundación del convento, nos hemos apoyado, principalmente, en la autoridad de Cabrera, quien á su vez se guía por las averiguaciones del célebre Sigüenza. Vetancurt hace retroceder ese acontecimiento once años, fijándole en el de 1530, equivocando tal vez la fecha del establecimiento de las monjas en la capital, con la de la cédula del Rey que autorizó la fundación del monasterio.

La erección de éste fué aprobada por la Santa Sede, hasta el año de 1586, por bula de San Pío V, en la que, según opina el señor D. J. M. Dávila, sujetó estas fundaciones á los ordinarios; si bien el

cronista poco antes citado asegura, en cuanto á las monjas de que se trata, que pasaron á la obediencia de los diocesanos, por no poder ya ser atendidas de los frailes menores, que escaseaban en los conventos.

Entramos ahora en el campo de las suposiciones.

Como quiera que Andrés de Tapia puede ser considerado primer patrono del convento, es creíble que no sólo haya cedido á las religiosas el solar que poseía, sino que levantara en él, á su costa, templo y habitación para ellas, siendo una y otra como la mayor parte de los edificios de aquel tiempo, de cortas dimensiones y de pobre arquitectura.

No es menos creíble que, muerto Tapia, las monjas quedaron sin patrono, bien porque aquél no dejase herederos, ó bien porque éstos rehusaran continuar en el mismo encargo; lo cual se colige de que habiéndose arruinado años después el monasterio, nos encontramos sacando de cimientos la nueva fábrica, á Don Tomás de Aguirre Suasnaba, que no pudo concluirla por su fallecimiento, ni tampoco sus herederos, quienes, por lo mismo, renunciaron el patronato.

Entre tanto, y esto sí ya consta de cierto, el número de las monjas fué aumentando asombrosamente cada día, y se

mantuvo siempre en un guarismo eleva do, á pesar de la diminución que frecuentemente ocasionaba la salida de muchas para formar en otras casas, nuevas comunidades, ó como decía Balbuena:

Gerarquías de humanos serafines,
Que en celestial clausura y vida santa
Buscan á Dios con soberanos fines.

Hijas de las familias más encumbradas, doncellas eminentes por sus talentos y sus gracias, eran las que aspiraban á encerrar su juventud, llena de fragancia y armonías, en este retiro humilde y estrecho, en cuyo seno deponían las exigencias de una aristocracia radicada en las costumbres, y se despojaban de todas las galas del siglo.

No obstante, el hábito de la Concepción no podía eclipsar del todo los hechizos de una educación esmerada, y hé aquí por qué en medio de los rigores de una vida austera, descollaba en todo lo de las monjas, y particularmente en las funciones de iglesia, esa elegancia, ese gusto exquisito, ese refinamiento que son los naturales frutos de unas potencias cultivadas por el estudio ó aleccionadas por el buen ejemplo.

Distinguíanse las hijas de este convento, sobre todo, en la música, y por eso,

al hablar de ellas el poeta antes citado, recordando sin duda los ratos deliciosos que gozaría en el templo oyéndolas cantar, dice con entusiasmo:

La limpia Concepción, cuyas gargantas
Suenan á cielo, y en aqueste fueron
De sus vergeles las primeras plantas.

IV.

La caja del milagro.

Para saber quién fué el sucesor de Aguirre Suasnaba en el patronato del convento de la Concepción, conviene que asistamos á una escena curiosa representada en lugar sagrado. Ella nos probará que si hay y ha habido héroes por fuerza, bienhechores hubo también por compromiso.

Era el día consagrado al culto de la Virgen titular del convento.

Como la fábrica del templo que hasta hoy existe se hallaba á medio empezar, los oficios divinos se verificaban en una capilla ó ermita, y en ella se celebraba ese día la misa solemne á que asistía lo más selecto de la capital, ó del reino, según la expresión de aquel tiempo.

Llegado el momento del sermón, sube al púlpito un eclesiástico virtuoso, pero de muy pobre hacienda: empieza su discurso, todo alabanzas al objeto de la función, todo entusiasmo al elogiar la piedad de los fieles empeñados en sostener aquellos cultos, y todo ternura al reflexionar en la pompa de aquel acto, digno, ciertamente, de una iglesia menos estrecha y mejor engalanada.

Por un encadenamiento de ideas muy natural, pasa de ahí á encarecer á las monjas la necesidad de que ofrezcan el patronato á alguno de los muchos sujetos acaudalados y piadosos avecindados en la ciudad, asegurando que no duda lo aceptará cualquiera, y que aun sabe ya, que un caballero hermano suyo, Don Simón de Haro, pensaba solicitarlo por sólo el deseo de unir su nombre á una obra de beneficencia.

Por último, concluye exhortando á la concurrencia á perseverar en la devoción á María Santísima, y á Don Simón de Haro á no apartarse un punto de su hidalga disposición para con las religiosas.

Pero antes de pasar adelante en la relación, hay que apuntar un ligero incidente.

Mientras hablaba de esta suerte el eclesiástico, todas las miradas se clavaron en el futuro patrono, que presente estaba, el

cual no lo sufría, y conforme subían de punto los elogios, mostraba en el semblante una congoja, una palidez tal, que parecía colocado sobre el potro de la Inquisición: atribuyeron muchos á modestia esta turbación; pero el verdadero motivo lo manifestó sólo á su hermano, cuando ya concluída la misa se vieron juntos en la sacristía.

—¡Pardiez! que me habedes puesto en gran aprieto, hermano!

—¡Cómo! no alcanzo....

—Alentado de vuestra devoción, que es grande, y sin reparar en nuestra hacienda, que, como lo sabe todo el reino, es corta, tuvísteis ánimo para comprometerme en una empresa que dará con mi honra al traste.... mirad bien en ello.

—Hablemos claros: no sé de qué queréis acusarme.

—¡Cómo de qué! ¿Perdísteis ya el juicio? ¿No hacéis memoria de lo del patronazgo? ¿Qué haré si las monjas se muestran dispuestas á dármelo, habiéndoles vos asegurado que yo lo estaba á pedirlo?

—¡Pero yo no he dicho tal!

—¡Cómo, si lo dijísteis! no os hagáis del olvidadizo.

—¡Cómo! ¡cuándo! ¡en qué manera!

—¡En el sermón que acabáis de regalarnos!

—Creedme, hermano Don Simón, por las sagradas órdenes que recibí, que no hago memoria de haber dicho en el sermón ni una palabra de patronazgo.

En llegando á este punto el diálogo, los interlocutores, á cual más confusos, quedaron gran rato en silencio, abismados en un piélago de reflexiones.

Después, como si obedeciesen ambos al impulso de una misma idea, sus miradas se encontraron, y el clérigo habló de esta manera:

—¿Hay sino ver en esto la mano de Dios? El en sus altos juicios os tiene destinado para bienhechor de este convento, y por eso yo, sin pensarlo, me he expresado en el púlpito según habéis oído: no hay que titubear, que el galardón se os guardará en el cielo; ánimo y echar la carga á cuestas.

—Todo, bien considerado, creo también que en el caso hay algo que trasciende á maravilla; pero, ¿de dónde haber caudales para fabricar convento, iglesia, y lo demás que han menester las religiosas?

—¿Cuál es vuestro haber en el día?

—Os váis á reír: trescientos pesos!

—Principio quieren las cosas.

Dicho y hecho. Tres días después, las monjas habían ya concedido á Don Simón de Haro y su esposa, Doña Isabel de Ba-

rrera, él español y ella mexicana, el patronato del convento; y extendida la escritura respectiva, con aprobación de los superiores, el nuevo patrono, aguijoneado incesantemente por su hermano, emprendió continuar la fábrica de la actual iglesia, contratando operarios, comprando materiales, para lo cual tuvo que dar desde luego el primer jaque á los consabidos trescientos pesos, que cuidadosamente guardaba en una caja de cedro.

A fin de semana, á la hora de pagar á los operarios el salario que hasta entonces habían devengado, ó, como vulgarmente se dice, hacer la raya, acudió á la caja de cedro, y se proveyó del dinero necesario: pasó otra semana y sucedió lo mismo; pero entonces advirtió, revisando sus cuentas, que llevaba ya gastados no sólo los trescientos pesos referidos, sino diez veces más, y con todo, la caja atesoraba la misma cantidad de siempre.

No hay más que decir, sino que la fábrica del convento y de la iglesia hubo de concluirse, subiendo el costo á doscientos cincuenta mil pesos, y sólo hasta entonces se agotó el dinero del arca prodigiosa: ¿podía desear más el patrono del convento?

Desde que á todos se hizo público este hecho, el precioso mueble, que si no hubiera al fin perdido su virtud productora,

fuera la más rica mina del mundo, empezó á llamarse "la caja del milagro," y fué conservada con estima hasta nuestros días en el convento.

V.

El estreno de la Iglesia.

La noticia que antecede pertenece al dominio de la tradición cíclica.

La historia, en cuyo semblante, animado aunque modesto, descubre á las claras ser incapaz de alucinarse, sin que nada turbe su mirada de águila; si bien sonríe al vislumbrar el manto vaporoso de la conseja, esquiva prudente acogerla en su palacio de luz y escuchar de unos labios seductores conceptos llenos de armonía, que á manera de eslabones de una cadena mágica, aprisionan al alma incauta, adormeciéndola con tornasoladas mentiras.

Sólo la realidad la lleva en pos de sí, arranca sus suspiros, ocasiona su desvelo y le merece apasionado culto; la realidad, altiva hermosura que desdeña vanos arreos, enemiga jurada de sombras y misterios, deidad ingénua que se complace en presentarse á los ojos de la historia en

inocente desnudez, y que apaga en ella cualquiera otro anhelo que no sea el de contemplarla y poseerla.

La historia es, por lo tanto, la sacerdotisa favorecida de la verdad; es un oráculo, y un oráculo temible para los adoradores de la fábula.

Así, pues, si no queremos ver disiparse como el humo nuestra hechicera caja del milagro, no consultemos á la historia; mas si pretendemos saber de positivo con qué caudales contó Simón de Haro para llevar su obra adelante, interroguémosla confiados, y nos responderá, que el buen caballero, el noble republicano, era, como quien dice nada, un mercader de plata y que para cualquier empresa podía disponer con desahogo de muchas barras de aquel precioso metal.

Sentado esto, quien quiera podrá escoger entre la severidad un poco brusca de la historia, y la fragancia de la conseja.

Por lo demás, siguióse con tesón la fábrica del monasterio, y en menos de cuatro lustros, las monjas vieron coronadas sus esperanzas con el éxito más halagüeño , pudiendo ya proceder, como procedieron, á la dedicación de la iglesia.

Verificóse este acto con las solemnidades acostumbradas, y para dar de ellas una idea, trasuntamos en seguida el pa-

saje correspondiente, del diario del Licenciado Guijo:

"Dicho día sábado 13 (de Noviembre de 1655), se abrió la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, de esta ciudad, sujeta al ordinario, de donde es Vicario Simón Estéban de Alzate, Canónigo de esta Catedral; la cual se edificó desde las paredes á expensas de Simón de Haro, mercader de plata, vecino de esta ciudad: porque sus cimientos los había hecho el capitán Tomás Aguirre Suasnaba, alguacil mayor que fué del tribunal del Santo Oficio de este reino, y muerto él por el año de 45, renunciaron sus hijos el patronato y le tomó el dicho Simón de Haro, y empezó luego á edificar costosamente la iglesia, coro alto y bajo, sacristía y sus oficinas, y sala de labor y torre; en que dicen tiene gastado más de ciento sesenta mil pesos: salió la procesión este día, á las tres de la tarde, de la Catedral, y fué á reconocer los balcones de Palacio, donde estaba la virreina, y de allí fué por la calle del Reloj, hasta la esquina del campanario de Santa Catalina de Sena, para que la viese una religiosa devota de la virreina, y de allí pasó por la delantera del convento de la Encarnación y plazuela de Santo Domingo, y llegó hasta la esquina de las casas del regidor Don Fernando de la Barrera, y torció á

la pila de la Cerca de Santo Domingo, y fué por la delantera del convento de San Lorenzo, hasta llegar á la Concepción, donde se colocó el Santísimo Sacramento, y se cantaron las vísperas por el Cabildo de la iglesia: y el domingo siguiente dijo la primera misa y predicó el dicho Dr. Simón Estéban, y á todos estos actos asistió el virrey, audiencia, ciudad, tribunales y todo el reino: colgáronse las calles costosamente, y pusiéronse muy lucidos altares, y entre todos lo fué el que puso el convento de Santo Domingo, por ser Prior de él un cuñado del dicho patrón, llamado el maestro Fray Alonso de la Barrera: púsose en la peaña de la cruz de la plazuela de Santo Domingo: ocurrió toda la clerecía con sobrepellices, por edicto de ruego y encargo, y todas las religiones por convite, y por mandado del Provisor los estandartes de todas las cofradías; quemáronse grandes fuegos durante la procesión, y á la noche, y asimismo en casa del patrón, sin embargo de que estaba impedido y en riesgo de la vida de hidropesía, y lo sacramentaron sábado 20 de dicho mes."

Vetancurt coloca este suceso dos años después, es decir, en el de 1657, si ya no es que esta diferencia de fechas sólo provenga de una de tantas erratas tipográ-

ficas de que abunda el libro del cronista franciscano.

Volviendo á Simón de Haro, añadiremos, que gravemente enfermo como estaba, el día del estreno de la iglesia, no pudo gozar por mucho tiempo de las preeminencias anexas á sus derechos de patrono, y en el mismo año, á 28 de Diciembre, murió, dejando una cuantiosa fortuna, consistente en numerario, barras de plata y oro, que subía á cuatrocientos diez y seis mil pesos, sin contar el menaje, plata labrada, esclavos y posesiones.

Fué, sin disputa, uno de los magnates más opulentos de su tiempo. Nombró por sucesores en el patronato, después de los días de su mujer, al rector y diputados de la cofradía del Santísimo Sacramento. Fué enterrado en la bóveda que á este fin hizo construir en la referida iglesia, y aún no concluía el acto, que tuvo verificativo á las cinco de la tarde, cuando se supo en la ciudad que de orden del virrey se estaba procediendo al embargo de todos los bienes que dejó, por resulta de las veces que fué prior del consulado.

Sin embargo, parece que esos bienes tuvieron la rara fortuna de salvar de las garras del Fisco, lo cual puede conjeturarse de que Doña Isabel de Barrera quedó en posibilidad de seguir aplicando una parte de ellos á obras como las de la Con-

cepción. El ya citado Lic. Guijo nos informa, que á expensas de esa señora, se reedificó la parroquia de Santa Catarina Mártir, la cual fué abierta de nuevo con una procesión solemnísima, el día 22 de Enero de 1662.

VI.

Progresos

Desde que nuestras monjas abrieron su nueva iglesia á la admiración de los fieles, creció el ahinco en las nobles familias de los vecinos de México, y señaladamente en las descendientes de conquistadores, porque sus hijas tomasen el hábito de la Concepción, y pocos años después, según refiere el curioso Vetancurt, encerraba el convento ciento treinta monjas de velo, con otras tantas niñas educandas y sus correspondientes mozas de servicio.

Y esto era natural, atendidos los elementos constitutivos de nuestra sociedad en aquel tiempo.

La aristocracia era intransigente en sus aspiraciones y exigencias, tratándose de dar estado á las doncellas nacidas en su seno. Por otra parte, los hombres que pudieran satisfacer esas exigencias y con-

tentar esas aspiraciones, escaseaban cada día más y más. Pero, ¡cómo era posible que una señorita de sangre goda, cuya madre había sido acaso dama de la reina, uniese su suerte á la de un criollo plebeyo, por adinerado que fuese! Bien podía el amor tener unidos los corazones de uno y otra, con vínculos de fuego; bien podía el amante estar dotado de prendas personales no comunes; bien podía ser dueño de los tesoros de un judío; el padre, y en especial la madre de su pretendida, desestimaban todas estas ventajas reales, y antes que consentir en dar al criollo la mano de la señorita, la ofrecerían gustosos al mozo pobretón, jugador y pendenciero, pero de sangre azul, ó sacrificarían el bienestar de la ninfa encerrándola, contra su voluntad, en un convento.

Ya por este tiempo estaba fundado el real de Jesús María, cuyo patronato tuvieron los monarcas españoles, y que fué expresamente destinado para servir de asilo á las doncellas desvalidas, vástagos de conquistadores, que anhelaran sepultar sus días en el claustro; pero el de la Concepción gozaba privilegios de antigüedad y de hermosura que no podía ningún otro disputarle: era ya una rica mansión que brindaba en su recinto silencioso todas las comodidades que hacen la vida llevadera y aun amable; habitábanla

damas de sangre ilustre, enriquecidas con el prestigio de la juventud, las gracias y los dones de una fortuna colosal y cada día en aumento; y sobre todo, pertenecía á una orden en cuyo establecimiento y adelantos intervinieron sucesos tan maravillosos como los ya referidos. Que ¡Doña Beatriz de Silva era una mujer vulgar!.... La noble fundadora no había hecho más que obedecer el mandato de la Virgen María, á quien tuvo la dicha de contemplar cara á cara; y el hábito de las monjas es una semejanza del en que se presentó á su alma candorosa y abrumada de pesares.

Además, su hermosura, su incomparable hermosura, ¿no fué el tema de todas las conversaciones, y no causó las ansias y desesperación de tantos caballeros? ¿no dió lugar á los celos de una reina? ¿y no cautivó, según dicen malignos historiadores, aun al alma belicosa de Don Juan II de Castilla?

Por otra parte, los principios del monasterio mexicano, nadan en una fragancia de dulces memorias, entre las cuales preside también la hermosura con todos sus hechizos. Las primeras damas que le fundaron, con destino á la educación de niñas indias, según dijimos, fueron enviadas por la Emperatriz Doña Isabel, la mujer más bella de su tiempo: lo era en

tan alto grado, que su esposo, Carlos V. el monarca más poderoso de su siglo, en un arranque de entusiasmo, en un exceso de idolatría, le dió por divisa las Tres Gracias; mas no como las representa la fábula, sino teniendo una en la mano una rosa, otra una rama de mirto, y la última otra de encina con fruto, para simbolizar con este ingenioso grupo, belleza, amor y fecundidad: las gracias ostentaban, por su parte, esta divisa: "Haec habet et superat;" como si el Emperador hubiera querido decir: mi amada posee todo esto y mucho más.

Nada podemos decir acerca del solar donde se edificó el convento; pero mucho sí, del célebre español á quien perteneció recién hecha la conquista de México, y que lo cedió para que en él se fundara el primer asilo de nuestras concepcionistas; Andrés de Tapia fué un hidalgo por mil títulos notable, y de quien la historia hace honorífica mención á cada paso.

Fué natural de Medellín, y por lo mismo, del lugar donde nació Hernán Cortés, á quien acompañó en su expedición á nuestro país, y del cual obtuvo singulares muestras de confianza: en la toma de Zempoala y prisión de Pánfilo de Narváez, figuró en el tercio que mandaba Cristóbal de Olid: reconoció el Popocatépetl después de Ordaz, y antes de Mon-

taño y de Mesa; distinguióse en el sitio de la capital; procuró apaciguar los ánimos durante los trastornos que en el gobierno de la naciente colonia sobrevinieron á la ausencia del conquistador, empeñado en su desastrosa expedición á Hibueras, ó sea Honduras; y por último, tuvo en encomienda la ciudad de Cholula, que cedió después á la corona, en cambio de Atotonilco, figurándose sacar mayores ventajas de este pueblo, en lo que ciertamente padeció equivocación.

Esto y más grabó la historia en nuestros fastos acerca del sujeto que primero tomó á su cargo la protección del monasterio de la Concepción. Acaso él fué también quien tuvo, antes que otro ninguno, la idea de importar de España á nuestro país, la primera Colonia de vírgenes, consagradas al retiro bajo el hábito religioso, por más que el cronista ántes citado nos insinúe hasta dos veces que toda la gloria de este hecho debe atribuirse á la orden franciscana, y que "al que planta una parra, de cuyos sarmientos se hacen otras viñas, se le debe, como á primera causa, la honra de sus frutos;" citando en apoyo de esta verdad el ejemplo de Noe, que "plantó después del diluvio la primera parra, y le tuvieron por Dios los gentiles, á quien llamaron Jano, que quiere

decir divino, ofreciéndole perpetuamente pámpanos y racimos."

No entraremos nosotros á decidir sobre este punto verdaderamente accesorio; lo que importa saber es, que todas estas noticias, que ya en tiempo de Simón de Haro formaban un tesoro de doradas tradiciones, hacían aparecer el convento á la imaginación de nuestros jóvenes compatriotas, como un palacio encantado, cuyos muros resplandecían con los colores del iris, dentro de los cuales moraban lejos de los afanes y cuidados del mundo, las inocentes ilusiones, los castos ardores de un amor divino, y en cuyo recinto, poblado de celestiales armonías, el corazón no echaba menos los festivos goces de la juventud, ni las incomparables caricias de una madre, ni las sabrosas consejas del abuelo, referidas en el silencio de la noche y en el seno de la familia, embebida al escucharle. ¿Qué había, pues, de extraño, en que las más garridas doncellas volasen al claustro, como se congregan mariposas á libar la miel que atesora el seno de una flor?

El espíritu monástico tomaba un vuelo desmedido autorizado por lo ilustre de sus conquistas, por el auxilio eficaz de una aristocracia engreída y desdeñosa, y por la incesante protección que le dispensaba todas las clases de la sociedad, er

cendidas en una devoción más ó menos ferviente.

Así es que, el monasterio que al principio se vió reducido á cortos tamaños, poco á poco fué invadiendo los lugares circunvecinos, que ocupaba con nuevas habitaciones para otras tantas vírgenes, apartadas de grado ó por fuerza, de las seducciones del mundo; y en breve ya no fué un solo edificio, sino muchos, adunados, con franca entrada de unos á otros, á manera de un palacio monstruoso ó de una ciudad construída en el mismo recinto de otra ciudad.

Cada habitación de las susodichas, capaz de abrigar una familia, pertenecía, no obstante, á una sola monja, y se llamaba humildemente "una celda."

Finalmente, para completar el cuadro que presentaba el convento en aquel período, añadiremos que sus rentas eran sobradas, y que cada año, deducidos los gastos del culto, que se sostenía con pompa, las superioras sacaban de arcas, previa licencia del Reverendo Arzobispo y de la comunidad, una suma respetable de pesos fuertes que imponían á censo en alguna finca bien acreditada.

VII.

Un hallazgo curioso

"Esto y más" acabamos de decir respecto de lo que nos cuenta la historia acerca de Andrés de Tapia. No pensamos agotar todas las noticias que le conciernen, porque sobre haber menester para ello más espacio, sería impertinente, y, por lo mismo, enojoso; pero á su nombre se asocia una aventura no muy vulgar y poco celebrada de los escritores que han cultivado últimamente nuestra historia antigua, y estas circunstancias nos mueven á pensar que el relato de la misma no será acogido con un ademán de displicencia.

Hallábase Cortés con su flota en la isla de Cozumel, después de la salida que hizo de Cuba, con dirección al Continente americano.

Entre sus soldados había algunos de los que le precedieron en aquella expedición, viniendo con Francisco Hernández de Córdoba, y dos de ellos eran Martín Ramos, vizcaíno, y el amable Bernal Díaz del Castillo.

A estos se dirigió pensativo, una vez, preguntándoles qué sentían de las palabras "castilan, castilan," que habían oído

de boca de unos indios de Campeche cuando acompañaron al citado Hernández de Córdoba.

Los interrogados se limitaron á contestar refiriendo minuciosamente la ocasión y circunstancias en que oyeron esas palabras; pero él, más avisado, les dijo haber pensado en ello muchas veces. y que sospechaba estarían algunos españoles en aquellas tierras.—Paréceme. añadió, que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel, si saben alguna nueva de ellos.

Hízolo así en efecto, valiéndose de intérprete, y todos á una, los principales de la isla contestaron que habían conocido en la Tierra Firme hombres con barbas, que eran extranjeros, y los tenían por esclavos unos caciques; añadiendo que hacía poco tiempo les habían hablado.

Pero dejemos continuar la narración á Bernal Díaz, testigo presencial de estos hechos:

"E díjoles Cortés (á los principales) que luego los fuesen á llamar con cartas, que en su lengua llaman "amales," y dió á los caciques y á los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo, que cuando volviesen les daría más cuentas: y el cacique dijo á Cortés, que enviase rescate para los amos con quien es-

taban, que los tenían por esclavos, porque los dejasen venir: y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de cuentas: y luego mandó apercibir dos navíos, los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantín, y con veinte ballesteros y escopeteros y por capitán de ellos á Diego de Ordás, y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche (hoy cabo Catoche) aguardando ocho días con el navío mayor: y entre tanto que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés, de lo que hacían, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra y escrita la carta, decía en ella: Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, yo os pido por merced, que luego os vengáis aquí á Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar: veníos con toda brevedad: de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchan, etc.

Luego se embarcaron en los navíos con las cartas, y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos días las dieron á un español que se decía Gerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba.... Y después las hubo leído, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello, y lo llevó á su amo el cacique, para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese.

"Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, que le respondió:

—"Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerra: íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara, y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de esta manera? é ya véis estos mis tres hijitos cuán bonitos son: por vida vuestra que me déis de esas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.

"Y asimismo la india, mujer del Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo:

—"¡Mira! con que viene este esclavo á

llamar á mi marido; íos vos, y no curéis de más pláticas.

"Y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo, que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer y hijos lo hacía, que la llevase consigo, si no los quería dejar; y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir. Y parece ser, aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desque el Gerónimo de Aguilar vido que no quería venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole, y desque llegó, no le halló, que ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días, y aun uno más que llevó de plazo el Ordás, para que aguardase; porque desque vió el Aguilar no venía, se volvió á Cozumel sin llevar recaudo, á lo que había venido: y desque el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde antes solía vivir.

"Y dejaré esto, y diré cuando Cortés vió venir al Ordás sin recaudo, ni nueva de los españoles, ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabras soberbias al Ordás, que había creído que otro mejor recado trajera que no venirse así sin los españoles, ni nueva de ellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra."

Perdida, según esto, la esperanza de juntarse con ellos, á lo menos por entonces, determinó el conquistador seguir su viaje: dió algunas instrucciones á los isleños, acerca del culto cristiano, y ordenada competentemente la flota, se hizo á la vela con buen tiempo.

Eran las diez de la mañana, y vogaban las naves prósperamente, cuando la tripulación de una de ellas da voces alarmantes; pónense á la capa y disparan una pieza de artillería, cuya detonación pudieron oír todavía los moradores de Cozumel.

Averiguada la causa de este acontecimiento, fué reconocido que el navío capitaneado por Juan de Escalante, donde iba el pan de cazabe, se anegaba y volvía apresuradamente á la isla; por lo cual dispuso Cortés que los demás le acompañasen, arribando todos juntos á la playa, de donde poco tiempo antes se habían separado.

Hecha la relación de este contratiempo, prosigue así Bernal Díaz:

"Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios, que habíamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera, y dió gracias á Dios, y mucha priesa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa, y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate

que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serían cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcados, dijeron á Cortés unos soldados que iban a montería (porque había en aquella isla puercos de la tierra), que había venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venía de la punta de Cotoche; y mandó Cortés á Andrés de Tapia y á otros soldados, que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros, indios sin temor ninguno con canoas grandes, y luego fueron: y desque los indios que venían en la canoa que traía alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor, y queríanse tornar á embarcar, é hacer á lo largo con la canoa, y Aguilar les dijo en su lengua, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos: y el Andrés de Tapia como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni más ni menos que era indio), luego envió á decir á Cortés, con un español, que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa: y después que hubieron saltado en tierra, el español más mascado y peor pronunciado, dijo:

—"Dios é Santa María, y Sevilla.

"Y luego le fué á abrazar el Tapia; y otro soldado de los que habían ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha priesa á demandar albricias á Cortés, como era español el que venía en la canoa, de que todos nos alegramos, y luego se vino el Tapia con el español adonde estaba Cortés; y antes que llegase adonde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaba al Tapia, ¿qué es del español? aunque iba allí junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquildo á manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro y una cotara vieja calzada, y la otra en la cinta, y una manta vieja muy ruin, é un braguero peor; y traía atada en la manta un bulto, que eran Horas muy viejas.

"Pues desque Cortés le vió de aquella manera, también picó como los demás soldados, y preguntó al Tapia, que qué era del español? y el español, como lo entendió, se puso en cuclillas como hacen los indios, y dijo: Yo soy: y luego le mandó dar de vestir camisa y jubon, y zaraguelles, y caperuza, y alpargates, que otros vestidos no había, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino á aquella tierra?

"Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Gerónimo de Aguilar,

y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio; que había ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darien á la Isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mil pesos de oro, y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar la Isla de Cuba ó á Jamaica; y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los calachionis (caciques) de aquella comarca los repartieron entre sí, é que habían sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y de ellos se habían muerto de dolencia; y las mujeres que poco tiempo pasado había que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler, é que á él que le tenían para sacrificar, y una noche se huyó, y se fué á aquel cacique con quien estaba, y que no habían quedado de todos sino él, y un Gonzalo Guerrero, y dijo que le fué á llamar, y no quiso venir.

"E desque Cortés lo oyó, dió muchas gracias á Dios por todo, y le dijo, que

mediante Dios que de él sería bien mirado y gratificado.

El venturoso capitán cumplió su palabra, pues parece que le distinguió en adelante con favores y miramientos que jamás excusaba con personas de quienes podía sacar provecho, y en este caso se hallaba Aguilar. Este, en efecto, prestó importantes servicios en el curso de la expedición, y fué antes de Doña Marina, el intérprete por medio del cuâl se comunicaron los españoles con los indígenas del Continente americano.

Era valeroso. Desempeñó comisiones de confianza, como fué la de exigir de los cholultecas el juramento de fidelidad á Carlos V, antes de que el ejército invasor se dirigiese la primera vez á México. Estando ya en esta ciudad, pidió á nombre de Cortés, licencia á Moteuczoma, para construir una capilla donde se pudiesen celebrar los divinos oficios, obtenida la cual, y merced á la empeñosa cooperación del mismo rey, que dió indios operarios, y los materiales que eran menester, la fábrica se concluyó en dos días, siendo éste el primer oratorio que los españoles tuvieron en la capital.

Figuró después como actor en el gran drama de la conquista del país; y cuando quedó éste ya sujeto, residió en él por muchos años y murió tullido, logrando,

como Andrés de Tapia y casi todos aquellos aventureros, la fortuna de no perecer en el campo de batalla, y tal vez la de vivir colmados de honores y riquezas en medio de una nación que poco antes consideraban enemiga.

Ignórase si después de la conquista cultivaron su trato Tapia y Aguilar; pero es probable que así fuese, y que el primero no dejara de sonreír al recordar con el segundo las singulares y novelescas circunstancias en que hubo de conocerle. Inagotable sería el caudal de su conversación, en la que se verían admirablemente enlazadas todas sus aventuras y descritos todos los pasos dichosos ó infortunados que en una senda estrecha y sembrada de espinas, tuvieron ambos que dar para llegar á la cumbre de la gloria: comunicarían entre sí los juicios que formaban acerca de las cosas del país, y particularmente del Gobierno de la naciente colonia; se confiarían sus proyectos de futuro engrandecimiento; y acaso Tapia escogería con el buen eclesiástico, los medios más aptos para realizar la fundación del convento de concepcionistas, que fué tal vez en el último tercio de su vida, la idea favorita que le traería constantemente ocupado; participando de la naturaleza de aquellos hombres cuya juventud pasó entre agitaciones, quienes al fin de su

carrera se consagraban regularmente al culto de un pensamiento humanitario ó piadoso, y de una fisonomía tanto más serena, cuanto fueron descabellados ó tumultuosos los proyectos que absorvieron en otro tiempo toda la actividad de sus potencias.

VIII.

También las monjas se pronunciar

Pero basta de digresión.

Y con todo, sin digresiones no formamos la historia que nos hemos propuesto, porque las monjas no la tienen propiamente tal, si no es que por historia se entienda el reflejo de la vida doméstica.

En efecto, con excepción de las noticias tocantes á la erección del instituto, primeras personas que lo abrazaron y auspicios bajo los cuales se verificó tal ó cual fundación perteneciente al mismo, ¿qué le queda al investigador sino el relato, un si es no es abigarrado y grotesco de sucesos tomados de la historia general del país en que se vive, cuando tienen conexión más ó menos íntima con la existencia del monasterio de que se trata?

¿O sería bien zurcir con lo dicho un compendio de la regla que observa la comunidad, una tabla que manifieste el estado de las rentas del convento en diversas épocas, ó un cuadro descolorido de las costumbres de aquélla, siempre las mismas desde los tiempos más remotos?

En cuanto á lo primero, baste decir, que la regla de nuestras concepcionistas es como quien dice nada, todo lo más apetecible, lo más excelente, lo más prodigioso, lo más divino; es, en suma, según expresa su título,—"llave de oro para abrir las puertas del cielo."

Por conquistar esta llave, ¿no habrían desistido los argonautas de la famosa empresa que los condujo á las playas de Colcos?

Por lo tocante á lo segundo, sin entrar en intimidades, sólo indicaremos que el monasterio llegó á encerrar ciento treinta religiosas de velo, según el cronista Vetancurt nos lo ha contado: no concediendo á cada una sino cuatro mil pesos de dote, tenemos la suma de quinientos veinte mil pesos, importe de todos los dotes, que unida á otro tanto, cuando menos, de fondo de manos muertas, componen un millón cuarenta mil pesos; y ya se vé si con un millón de capital no se disfruta una renta pingüe y generosa.

No se crea, por lo expuesto, que siem-

pre fué tan lisonjero el estado de esas rentas; tiempos hubo de aflictiva escasez. en que el hambre pálida solía tiranizar al convento, dando á cada religiosa una limitadísima ración en especie, diariamente, ó suministrándole doce reales para alimentos correspondientes á toda una semana; pero no ha sido esto lo general, y aun en nuestros tiempos de decadencia, cuando los terribles jaques de los gobiernos que se han sucedido en el país han hecho empobrecer el tesoro de las monjas hasta un grado lastimoso, todavía las rentas acudían á éstas en tropel, y con semblante benévolo y sumiso.

Réstanos dar algunas pinceladas acerca del tenor de vida de las hijas de la Concepción, que servirán al mismo tiempo para retratar el que siguen todas las que profesan la misma regla.

Compónese el hábito que usan, de una túnica blanca con escapulario del mismo color, una y otro de estameña, y un manto asimismo de estameña ó paño basto de color de cielo azul. En el manto y escapulario traen una imagen de Nuestra Señora, cercada de los rayos del sol, y coronada de estrellas la cabeza, con guarnición llana y decente, sin ser de oro, piedras ni esmalte: la del pecho está de suerte asida al escapulario, que se puede quitar y poner cuando se quiera, sin trabajo,

mientras que la del manto se halla cosida en él á la parte del hombro izquierdo. Entran como complemento de este vestido, un calzado tosco, un cordón de pita ó cáñamo, y una toca blanca de lienzo, que cubre la frente, mejillas y garganta, y sobre ella un velo negro común, sin adornos ni artificios.

"Por lo que respecta á la distribución de las horas, á las cinco de la mañana se toca á prima, bajan las religiosas â comulgar en los días de obligación, y en los demás las que quieren; y en esto, dar gracias y el desayuno, se gasta hora y cuarto.

"A las seis y cuarto entran á rezar las horas, conviene á saber, prima, tercia, sexta y nona; los lunes se reza un nocturno de difuntos por los bienhechores, y los viernes un nocturno del oficio par vo por los mismos.... Desde Pascua de Resurrección hasta el día de la Exaltación de la Santa Cruz, se reza nona de doce á una, sólo los domingos, y en esta hora entra media de oración, que se tiene antes de rezarla, y en todo este tiempo, de doce á una se guarda silencio, para lo cual anda una celadora con una campanilla.

"De siete á siete y media oyen misa, conforme á la regla.... á las ocho y media se toca á sala de labor, á que asisten

todas, aun algunas, enfermas, que no están del todo impedidas (como son las habituales) por tiempo de una hora, y de ella la media ó tres cuartos es de lección espiritual. Acabada ésta, se retiran á sus celdas unas, otras á sus oficinas, y la que tiene reja, á ella, siendo de advertir que en tiempo de cuaresma y adviento no las hay, ni día de comunión de regla, ni cuando está patente el Divinísimo, ni en estos tiempos van al torno.

"Luego que dan las doce, tocan á refectorio, adonde van todas las nó impedidas. Las criadas llevan la comida hasta sus puertas, y allí la reciben y ministran las religiosas que turnan, y hay, entre tanto, lección espiritual.

"A las dos y cuarto tocan á vísperas, comienzan á las dos y media, y acabadas, rezan completas, y los lunes, miércoles y viernes se reza el salmo "De profundis," por los bienhechores....

"A las cinco tocan á maitines, entran al cuarto, rezan laúdes, en lo que se gasta una hora cabal, salen á refrescar un cuarto, y á las seis y media vuelven á entrar á coro, rezan el rosario, que dura hasta las siete; después se tiene media hora de oración; acabada, se reza el "Ave maris stella," y otras devociones particulares de cada una, y regularmente salen á las ocho.

"Se retiran á sus celdas, cenan, y á las nueve tocan á dormir, van al dormitorio todas, á excepción de las que están totalmente imposibilitadas. La prelada da la bendición, que dura un cuarto de hora, según las oraciones que se dicen: ella misma echa el "asperges" en todas las camas, y cerradas las puertas de los dormitorios por la celadora, se entregan las llaves á la prelada.

"De nueve á diez anda una celadora, todo el convento, cuidando del silencio y de que estén cerradas las celdas."

Extractamos estos apuntamientos sobre el método de vida de nuestras monjas, de la "Sinópsis histórica de la fundación y progresos de el sagrado orden de religiosas de la Purísima é Inmaculada Concepción, y del real convento de Jesús María, de México," que dió á luz el Lic. D. Baltazar Ladrón de Guevara; y aunque este opúsculo se refiere á las costumbres observadas por las religiosas, en la época en que se redactaba, esto es, á fines del siglo próximo pasado, podemos afirmar que en el día no se ha introducido variación alguna, porque es sabido, que en establecimientos de esta especie, los usos y costumbres se perpetúan sin alteración por muchos siglos.

Tenemos, pues, descrito un día en el convento, que, eslabonado con otros, for-

ma la historia monótona, tranquila y uniforme de la vida en el claustro, modificada sólo de cuando en cuando por la entrada del confesor para alguna enferma, la elección de abadesa, las visitas del médico ó del prelado diocesano, y en otro tiempo las de llegada ó despedida que hacían á las monjas los virreyes.

Imposible parece que criaturas tan amables, sustraídas á miradas profanas, como flores de un palacio encantado, que se gozan en el retiro como ángeles de paz y de inocencia; vírgenes hermosas enamoradas sólo del cielo, y que viven constantemente embriagadas de amor divino, en medio de una atmósfera que fomenta los sentimientos tiernos y ocasiona los suaves deliquios celestiales; imposible parece, decimos, que criaturas como éstas, que al parecer no tienen de humano más que la figura, hayan dado á entender alguna vez que las miserias y delirios del mundo anidan también en el seno de la observancia religiosa, y que á pesar de la oración y los raptos, á pesar de las dulzuras ascéticas, el corazón humano es el mismo en todas partes.

Concebimos muy bien que hay consecuencia en la conducta de quien dijo:

Siempre el juguete fuí, de mis pasiones.

Fué un poeta desgraciado, escéptico de remate, más escéptico que Byron, su modelo; sí, porque Espronceda sentía clavada la duda en las entrañas, y el gran lírico inglés la alimentó no pocas veces sólo por ostentación ó por sistema: concebimos muy bien que sus acciones fuesen casi siempre dictadas por la fiebre de ambición que le devoraba, que declamase contra todo sentimiento noble, juzgando incapaz de virtud á la naturaleza humana, y que buscara la felicidad en el torbellino de los placeres mundanos ó en el contentamiento de las pasiones revolucionarias: concebimos muy bien que las almas del mismo temple sigan sus pisadas; ¡pero las monjas!.... Y no cabe la menor duda: las esposas del Cordero sin mancilla han echado á espaldas alguna vez las sublimes lecciones que les da el Esposo en el seno del retiro; las monjas de la Concepción han intrigado, revolucionado, armado una asonada, empuñado armas mortíferas, puesto manos airadas en la superiora, vociferado, corrido como posesas, como bacantes, en una palabra.... ¡se han pronunciado!

Y este escándalo ha tenido verificativo en el período de más fervor religioso, en pleno gobierno colonial, á principios del siglo décimo octavo, cuando aún ardía el

brasero insaciable de la plazuela de San Diego.

Y no esperaron la llegada de la noche; no se avergonzaron al verse frenéticas, con el rostro contrariado de cólera, y respirando venganza, mientras la luz del sol reflejaba cariñosamente en la torre del convento, mientras la brisa sutil de la mañana mecía los tallos lánguidos de las plantas que cuelgan de las cornizas, mientras llegaban á los claustros las oleadas fragantes del incienso que se quema á eas horas en el templo, ante los altares, y mientras el esmaltado "chupa-rosa" visitaba, saludaba, besaba las flores del jardín, volando de unas á otras, como una centella fosfórica.

No repararon en lo poco que les sentaba el mirar iracundo, la falta de compostura, el desarreglo del hábito y las convulsiones de la rabia substituídas al aire de modestia, de humildad, de santidad inherente á las buenas religiosas; y poseídas de arrebatada demencia, buscan armas, las empuñan y blanden, con unas manos acostumbradas sólo á tocar las cuentas del rosario.

Están resueltas, resueltas á aniquilar al objeto de sus furores; quieren apagar su encono en la sangre de una víctima, de la abadesa, su hermana, su madre, á quien deben amor, sumisión, filial obediencia....

Y estas escenas pasan en el claustro, mientras el mundo las cree en oración implorando favor para los desgraciados pecadores, y vestidas de cilicio y ayunas para aplacar la cólera del Eterno.

¡Hay horas en que el mundo camina dando tras pies como un beodo!

¿Y cuál fué la causa del tumulto monástico?

Jamás llegó á traslucirse para los profanos, impenetrables, como son, los muros de un convento, y hasta el presente nadie la sabe.

Cúbrela el misterio con sus alas de crespón, y todo lo que nos ha llegado de ese acontecimiento, es la nota que de él tomó D. Antonio de Robles en su diario, y es la siguiente:

"Viernes 30 (Setiembre de 1701), como á las nueve del día, poco más ó menos, fué el señor Arzobispo (el Ilmo. y Excmo. señor Don Juan de Ortega Montañés) en la carroza del provisor, el cual y el canónigo D. Rodrigo Flores, fueron acompañándole al convento de la Concepción, por habérsele dado aviso de que había motín entre las religiosas contra la abadesa, y que la querían matar, como hubiera sucedido, si su Ilma. se hubiera tardado una hora, el cual las sosegó y compuso, con harto trabajo, por estar tan inquietas, que al mismo Arzobispo respon-

dían y hablaban con resolución y claridad.

IX.

Una prómesa cumplida

Sin embargo, no se crea que las monjas de la Concepción vivieron siempre entregadas á tan descomunal anarquía, y en obsequio de su bien granjeada reputación, diremos que en la historia del convento puede considerarse el escándalo antes descrito, como un paréntesis odioso, trazado por el genio del mal, aprovechando un descuido del espíritu de observancia religiosa; fué, en suma, el "cuarto de hora" funesto que aqueja á todo mortal en su vida, y en el cual se muestra débil el fuerte, estúpido el sabio y pecador el virtuoso.

Por lo demás, nuestras monjas fueron dechado de religiosas, y aun hubo algunas que vivieron y murieron en opinión de verdaderas santas. Ignoramos sus nombres; pero la tradición nos ha conservado algunos de los hechos que más contribuyeron á fijar su existencia en la memoria y en la veneración de sus hermanas, y aunque envueltos en los dorados

celajes de lo maravilloso, todavía fuera interesante la noticia de todos ellos en un libro especial, contentándonos nosotros con la relación de uno solo, que se refiere á una venerable maestra de novicias.

Poseía esta monja el don de profecía, y hojeaba el gran libro del porvenir, descubriendo los secretos de la existencia, como recorría las páginas de su breviario para hallar las oraciones de su rezo diurno. Veía, además, lo íntimo del corazón humano, con la misma claridad que en un remanso de agua limpia se perciben las arenas brillantes, las guijas aglomeradas caprichosamente y los enjambres de larvas que circulan en torno de las peñas.

Era, por lo tanto, una persona, si bien respetada, temida, muy temida. Centinela siempre alerta para observar la conducta de las religiosas, testigo invisible de todo cuanto pasaba en las celdas y en los más remotos ángulos del monasterio. el simple recuerdo que de ella se hacía, era una amonestación ó un reproche, y lo que menos inquietud causaba, era su presencia en persona.

Con todo, estaba favorecida del cielo, con tanta modestia, con tanta benevolencia, con tanta amabilidad, que de todas las moradoras del claustro era buscada y

solicitada en las aflicciones, en las perplejidades y en todos los cuidados de la vida, como el consuelo más pronto y seguro, como un ángel tutelar, y como el mejor intérprete á la vez que medianero para con Dios.

De aquí nacía la ilimitada confianza que inspiraba á las novicias; confianza más delicada y grata que la que se establece entre una hija inocente y una madre virtuosa y llena de experiencia; confianza que abría enteramente los corazones de una y otras para comunicarse en amoroso abandono sus pensamientos y afectos, y aun sus más insignificantes deseos. En una palabra, la encantadora maestra de novicias era para con ellas, no el mentor severo, inflexible, tiránico y agrio que las desalentara para proseguir por el sendero del bien ponderando los tropiezos de que está sembrado, sino la directora ilustrada, deferente para todo lo que no importaba una trasgresión de los preceptos monásticos, suave en las reprensiones, sencilla en los consejos, humilde al inculcar el amor á la perfección evangélica, y, en suma, no una maestra, sino una verdadera amiga.

Hallándose un día esta buena señora, en conversación con las novicias, pronunció estas palabras:—Luego que haya profesado la que menos tiempo lleva en el

convento, emprenderé yo el viaje que tanto deseo.

No todas las novicias comprendieron el oculto sentido de esta expresión, aunque la mayor parte vió en ella una predicción de la cercana muerte de quien la había proferido. Entristeciéronse algunas y dudaron otras; pero el hecho correspondió á la profecía.

Poco antes de morir la venerable monja, rodeáronla todas las que habían sido sus alumnas, y cada cual le hizo encargos para la eternidad; de esos encargos, que consisten en recomendaciones á fin de alcanzar del Autor del bien tales y cuales auxilios para no naufragar en el tormentoso océano de la vida.

Una sola había permanecido derramando sus lágrimas en silencio, sin atreverse á pedir nada á su madre, en cuyo rostro leía que estaba á punto de expirar; pero ella la animó diciéndole:

—¡Y tú, nada tienes que encargarme para el Esposo!

—Es mucho lo que deseo, y no me atrevo á pedirlo..

—No desaproveches este instante, dime lo que más deseas.

—Pues bien, quisiera saber, como tú, madre mía, el día de mi muerte, con toda la anticipación necesaria para prepararme á ese trance, de una manera especial.

—Yo te prometo venir á anunciártelo, cómo y cuando más convenga á tu eterna salud.

—¡De veras!

—Y morirás conforme á tu deseo; ese deseo que no tienes valor de comunicarme.

Falleció la maestra de novicias: su hábito, los utensilios que le pertenecían, y hasta las flores que la adornaron en su ataúd, se repartieron entre los individuos de la comunidad, como sagradas reliquias.

Pasaban los años, y entre tanto, la monja tímida no olvidaba la promesa de la que fué su maestra.

Pero, ¿cuál era el deseo que no se había atrevido á manifestarle?

Era una puerilidad, si se quiere; pero al fin era un deseo inocente, y de que no tenía que avergonzarse: quería morir escuchando la música tierna, suave y conmovedora del himno que se entona en las profesiones de las religiosas, y que empieza con estas palabras: "Veni sponsa Christi."

Acercábase ya nuestra monja á la vejez, y al entrar un día á coro, notaron sus hermanas que se había detenido á escuchar, como si conversara con ella un espíritu: concluída la oración, se apresuró á pedir licencia á la abadesa, para hablarle á solas: nadie supo de qué trataron en

aquella entrevista; pero lo cierto es que la monja se retiró desde luego á la ermita destinada á ejercicios espirituales más continuos y perfectos, de donde salió pasada una semana, y en la víspera de la profesión de una novicia.

Reflejaba en su rostro una luz serena; distraíase durante la conversación, y sus miradas parecían fijarse en un objeto que no era **de este** mundo.

Nadie, sin embargo, se acordaba ya, ni de la maestra de novicias, ni de la promesa que había hecho poco antes de expirar; y una y otra hubieran quedado sepultadas para siempre en el olvido, si al día siguiente, cuando se cantaba el "Veni sponsa Christi," durante la profesión de la novicia de que acaba de hablarse, no hubieran visto las monjas reunidas en el coro bajo, que una de ellas, la que acababa de salir de "ejercicios," desfallecía al escuchar las delicadas y apacibles melodías del himno, y que poco á poco vino á tierra, pronunciando distintamente estas palabras:

—Gracias, madre mía; muero, y tu promesa está cumplida.

X.

Transformación.

El recuerdo de la ermita donde se preparó á morir nuestra religiosa amante del "Veni sponsa Christi," nos conduce á buscar ese lugar en el convento, para describirlo, ya que desde el año de 1701, en que acaeció el pronunciamiento de las monjas, hasta su translación al monasterio de Regina en el de 1861, se presenta en su historia un gran vacío que no podemos llenar con la relación de ningún otro hecho ó acontecimiento de importancia. Pero tropezamos con un inconveniente, y es, la incertidumbre respecto á la situación de esa ermita, ahora principalmente cuando la gran manzana que ocupaba la morada de las concepcionistas se vé cruzada por calles para cuya apertura ha sido menester derribar no pequeña parte del edificio.

—¿Quién sabe si la capilla que buscamos está reducida á escombros y nos fatigamos en vano?—Tal era la pregunta que nos hacíamos una tarde, al atravesar por una de las nuevas calles susodichas, procurando estudiar los muros derruídos, páginas desordenadas de aquel gigantesco libro de piedra.

—Mas entremos á esa gran casa de vecindad, que fué no ha mucho tiempo uno de los más amplios y cómodos departamentos del monasterio.

—Aquí hay algo que ver, nos dijo, sin ser preguntada, una joven que encontramos á la puerta; aquí, pasado el patio, y luego el callejón largo, se llega á un patiecito obscuro donde hay una escalera que casi lo llena todo, y en uno de los lados está una pieza que se conoce fué capilla, porque dentro tiene un retablo, aunque muy viejo, y fuera, junto á la entrada, hay en la pared escritos algunos versos.

Agradecimos la indicación, y pasamos á dar pávulo á la curiosidad, recorriendo aquel edificio y llegando por fin á encontrarnos en el patiecito, frente por frente de la capilla mencionada. Era tal cual se nos había descrito, y los versos son los siguientes:

I.

En qué piensas, mortal, qué divertido
Vives en el deleite y el pecado!
Cuál es el fin para que fuiste criado,
Y cuál ha sido el modo en que has vivido?
Como bruto sensual entorpecido,
Vives á los placeres entregado:

¿Es posible que te hayas olvidado,
De tu destino noble y distinguido?
¡Ea! vuelve en tí, recuerda tu nobleza;
Confúndete de haber puesto tu anhelo
En vivir para el polvo y la vileza:
Mira hácia arriba, no mires al suelo,
Que es delirio contrario á tu grandeza,
Buscar el polvo, siendo tuyo el cielo

II.

Pára, detén el paso, caminante;
Mira á dónde has llegado y qué es tu in-
(tento.
De Dios es el auxilio y tocamiento;
Mas quiere que sea tuyo lo restante.
Agua y fuego te pone aquí delante:
Elige lo que quieras; pero atento
A que de esta elección y llamamiento,
Cuenta has de dar en el postrer instante.
¿Qué sabes tú, si aqueste auxilio ha
(sido
Aquel en que tu Dios ha decretado
Que quedes reprobado ó elegido?
¡Oh! no lo pierdas: piensa con cuidado
Cuántos millares de almas se han perdido
Por no haber igual luz aprovechado.

III.

Antes de entrar aquí, medita un tanto,
Qué motivo á esta empresa te dá aliento:

Si es alguno mundano, en el momento
Vuélvete al mundo, tórnate á su encanto:
  Pero si atraída del auxilio santo,
A tratar con tu Dios vienes de intento,
Entra en buena hora, y en tu seguimiento
Venga el dolor, la compunción y el llanto.
  Entra, que aquí las gracias, los favores,
De éste Padre clemente se derraman.
A la medida fiel de los fervores.
  Entra, que aquí son oídos cuantos cla-
(man;
Entra, que aun á los tibios pecadores
Pávulo aquí se dá, con que se inflaman.

IV.

¡Mi Dios. mi Padre, mi Pastor pacien-
(te!
Ya entro, ya estoy aquí, ya llegó la hora
En que esta tu criatura pecadora
Vuelve á casa del Padre más clemente;
  Mi Pastora divina, diligente,
La gran María, mi Reina, mi Señora,
Cuya mano tus gracias atesora,
Que me trague el infierno no consiente.
Por salvarme, al redil me ha conducido,
Donde limpias las almas del pecado;
Héme aquí, Padre mío, ya estoy rendido:
  Toca á tí que me vea resucitado,
Cúrame, pues, me miras tan herido;
Gózate de que al pródigo has hallado.

¿Será esta la ermita que buscábamos? No nos atrevemos á asegurarlo, si bien todas las apariencias la señalaban como tal.

En el día, está convertida en la habitación de una familia pobre, y en el mismo caso se encuentran todas, ó casi todas las viviendas que formaban el monasterio. ¿Podrá estar enojado el cielo á causa de esta transformación? ¿No ha sido un positivo adelanto, un acto de verdadera filantropía, el abrir las puertas de los conventos á todos los desvalidos, para que mejorasen de habitación? ¿No ha sido laudable brindarles con una vivienda cómoda y aseada por el mismo precio en que alquilaban esos cuartos de los arrabales, que son unas pequeñas mazmorras, perpétuamente infestadas de exhalaciones pútridas, y por cuyas puertas penetra con dificultad la luz del sol?

Casi todas las viviendas, dijimos, y es la verdad, porque hay algunas habitadas por ricos, que son al mismo tiempo los propietarios de ellas, en virtud de compra autorizada por las leyes de desamortización. Respetamos esas enagenaciones; pero, ¿no hubiera sido más conforme al espíritu del progreso, conceder á los pobres la propiedad de todos los conventos, como la conquista que hubiese hecho para ellos la Reforma?

Como quiera que sea, el conjunto de casas monstruosas de que se componía el convento de la Concepción, va perdiendo de día en día su aspecto monacal, y adquiriendo el aire de elegancia que caracteriza los edificios de moderna construcción, porque realmente esas casas se están transformando á gran prisa, y pasados algunos años, no ofrecerán un solo vestigio de lo que fueron.

Sólo queda, como antes, el grandioso templo, con sus portadas de orden corintio y su torre, que es una de las más altas de la ciudad. El adorno de lo interior es digno de verse. En el altar mayor se venera la efigie que representa la Purísima Concepción, de quien la tradición refiere estupendas maravillas, y cuyo origen se pierde en las sombras de la antigüedad. No menos celebridad gozaba el coro alto, por un hecho propio para alimentar temores supersticiosos ó alarmar la credulidad femenil. Dícese que á espaldas del órgano, había en el suelo un punto donde caía de lo alto una gota de agua cristalina, pero sólo de cuando en cuando, y con tal misterio, que nadie pudo jamás descubrir de qué parte de la bóveda se desprendía.

Creyóse alguna vez, que se filtraba por una grieta imperceptible desde abajo: revocó el albañil, con nimia escrupulosidad,

todo el espacio de la bóveda, que se tuvo por conveniente, aunque no halló en ella la más leve abertura; pero la diligencia fué estéril, y la gota singular siguió cayendo, como antes, produciendo un ruído seco y extraño que se oía en el silencio de aquel lugar, como la pisada de un espectro.

No faltó monja á quien fuese revelado que la gota intermitente era un reloj misterioso que medía la duración del convento, el cual sería destruído tan luego como aquélla dejase de caer.

Diremos, para concluir, lo relativo al monasterio de la Concepción, que en el curso de su existencia ha tenido ya otras metamórfosis, y una de ellas fué la que indica la siguiente inscripción, que se vé en la torre, á corta distancia de la cornisa del primer cuerpo:

"En 19 de Octubre de 809, se renovó este convento"

SANTIAGO TLALTELOLCO

I.

Los colegiales.

Mientras las ruinas de que está sembrado el suelo de Tlaltelolco, ministran un nuevo ejemplo de la instabilidad de las cosas humanas, los árboles, siempre verdes y gallardos que en grupos ó en hileras le cubren por varias partes, son la prueba más cumplida de que sólo la naturaleza es grande en sus obras.

Ahí está ese barrio cuyos edificios compitieron en belleza con los de la famosa Tenochtitlán: ahora son escombros, ó, en su lugar, se asientan chozas miserables, paredones informes y de aspecto adusto, cercas de color gris á cuya puerta suele asomar una mujer, con el hambre pinta-

da en el rostro, vestida de harapos y con aire receloso.

¡Y tanta desolación, tanta miseria, bajo el hermoso cielo de México! ¡Tal decadencia, tal abandono, mientras las orillas de las acequias se ven cubiertas de una vegetación secular! ¿Por qué no siempre imita el hombre los procederes de la naturaleza? ¿Cómo sufre indolente que la carcoma de los siglos destruya, pulverice sus obras más queridas, mientras sostiene aquélla las suyas con un continuo alimento?

Tlaltelolco fué, en otro tiempo, un barrio ilustre de la capital, mejor dicho, Tlaltelolco y Tenochtitlán eran dos ciudades gemelas que dormían en un mismo lecho, lecho de grama y flores, en medio de los apacibles arrullos de la laguna. Al presente, mientras la segunda es una reina en todo el esplendor y majestad de su gloria, la primera es una esclava infeliz que va muriendo de consunción y de sed.... ¡sí, de sed!

¡Los moradores de Santiago carecen de agua potable, ó á lo menos, de la suficiente para cubrir sus necesidades con desahogo, y esta es la principal causa de la despoblación de esta parte interesante de México! Pero, ¿cómo es que en este suelo clásico, aún no se han abierto mu-

chos pozos artesianos, si es que el mal no puede remediarse de otra manera?

Echando mano de este arbitrio, pronto veríamos renacer de sus cenizas un barrio que alcanzó tanta prosperidad en siglos anteriores, y donde ahora hacen manida la desolación y la miseria; veríamos poblarse de esmerados y risueños jardines esos eriales que le atraviesan en todas direcciones, cubiertos de eflorecencias salinas, y levantarse edificios decentes en los mismos sitios donde el observador halla con disgusto paredes carcomidas ó montones de escombros.

Y con todo, ese esqueleto de ciudad, observado desde un punto limítrofe, tiene un imán irresistible, un hechizo poderoso.

Estamos colocados cerca de la estación principal del camino de hierro.

Apartemos la vista de esa vasta llanura en que sobresalen algunas casas irregularmente situadas como peñascos erráticos en un desierto, y fijémosla en las hileras de árboles del Perú que orlan las acequias, ó en los fresnos y sauces que se levantan formando grupos en los patios de uno que otro edificio excepcional. Sobre todo, procuremos abarcar con una ojeada el cuadro que se presenta hacia el Norte.

Engalanado con nubes de una blancura de cisne y contrastando suavemente con

ellas su azul claro y luminoso, se ostenta el cielo como una inmensa cortina que sirve de fondo á la cadena pintoresca del Tepeyácac: entre los cerros que la componen, dos hay que llaman la atención, de un modo especial, y son, el que, situado á la izquierda, se alza gentil con su figura cónica y vistosa como el juguete de un titán, y otro de aspecto severo que se presenta á la derecha, hacia el remate oriental de la misma cadena, á cuya falda se vé Guadalupe Hidalgo, como engastada, ó más bien, como un bajo relieve de ciudad.

Recorriendo después el espacio que media entre esa población y Tláltelolco, se percibe claramente la calzada nueva, donde ahora se asienta el ferrocarril, á lo largo de la cual y fijos en la orilla derecha respecto de nosotros, descuellan de trecho en trecho unos altares aislados, especie de ermitas ó retablos pintados de blanco: son quince y están dedicados á los misterios del rosario, que en otro tiempo se rezaba caminando á pie desde México al Santuario, y haciendo parada delante de cada altar, para ofrecer el misterio correspondiente.

Empezóse á construir esa calzada el 17 de Diciembre de 1675, y se estrenó en 14 de Agosto del siguiente año, siendo costeada por el fiscal Don Francisco Mar-

molejo y el Dr. Don Isidro de Sariñana: corre paralelamente á la antigua, que fué obra de los reyes aztecas, y cuya reparación se hizo después, según hemos dicho, en tiempo del Virrey Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes-Claros, bajo la dirección del P. Torquemada, que era á la sazón guardián del convento de Tlaltelolco.

Esta calzada antigua se hace visible desde lejos, por los árboles sombríos, chopos, álamos y fresnos, que, formando dos líneas poco interrumpidas, la limitan de uno y otro lado, y componen una avenida enorme que se extiende en la llanura, cubierta de césped, como una serpiente gigantesca.

Más acá se vé, sobresaliendo de entre las casas contiguas, el hermoso edificio impropiamente llamado "la garita," y no lejos de él, la plaza de Santiago y el Técpan, casa de educación para la niñez desvalida, que merece las atenciones del Gobierno, de nuestros potentados, y de todo el que aspire á unir su nombre al recuerdo de una obra meritoria. En frente, y á la izquierda, está el convento de Santiago Tlaltelolco.

Ahí le tenéis, descollando sobre un conjunto informe de casas edificadas posteriormente, parásitas del monumento, y que sin embargo de ser bien altas, no

pueden privarle enteramente del efecto agradable que produce la gallardía de su figura. Señoréalas á todas graciosamente, la Iglesia, ostentando la serie horizontal de sus bóvedas, llamadas hornacinas, y sus dos torres, incompleta la una, y la otra delgada, esbelta y aérea, como un alminar.

Hay en México iglesias de mayores dimensiones y de formas indudablemente más correctas y elegantes; pero ninguna, sin exceptuar las de Loreto y San Fernando, que por su situación, por los edificios que las rodean, por los árboles cercanos, y por mil otros accidentes que sería prolijo enumerar, ofrezca á la vista una imagen más bella y atractiva que la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Y si á esto se agrega el caudal de memorias que atesora, el prestigio infinito que en la mente ejerce la historia, no ya tan sólo del monumento, sino del sitio donde se asienta, tendremos suficiente disculpa en dejar una tarde los placeres con que embriaga al alma la moderna Tenochtitlán, y enderezar los pasos al antiguo reino de Quaquauhpitzahua, para pensar y meditar en medio de ese vasto cementerio de generaciones y en presencia de un templo que guarda los secretos de más de dos centurias.

Desde luego, nos sale al encuentro, do-

minando todos nuestros recuerdos, una imagen risueña, inocente, majestuosa; la representación de la escena tierna y solemne con que se inauguró el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, destinado á la instrucción superior de niños indios.

Gobernaba en México el primer virrey, el benemérito Don Antonio de Mendoza. á quien todos llamaban el padre de los indios, y era una mañana en que la ciudad aguardaba con ansia la salida de una procesión que había de seguir á la magnífica función que se estaba celebrando en San Francisco.

La población toda se agolpaba á las calles que conducen desde la plazuela de Guardiola hasta la gran plaza de Santiago, saboreando en la imaginación un espectáculo que se creía con razón fuese de los mejores de su especie, y que no se hizo esperar mucho tiempo.

En efecto, á una hora en que el calor del sol no era todavía molesto, se oyó un repique en la iglesia de San Francisco, que anunciaba el fin de la misa, y poco después se vió desfilar la procesión.

Figuraban en ella, además de las autoridades subalternas, civiles y eclesiásticas, el virrey, el Ilmo. señor Zumárraga y el Obispo de Santo Domingo, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, que había sido presidente de la segunda audiencia

de México. Pero lo que más llamaba la atención eran unos cien indios niños, que en dos filas caminaban con la mayor compostura por delante de la comunidad de franciscanos, que aún era poco numerosa, y de los personajes antes mencionados: eran estos niños, hijos de los caciques ó principales señores de los pueblos y provincias de la entonces Nueva-España; y sus deudos los veían pasar en aquellos instantes, por la carrera de la procesión, con un gozo que solía acibarar la tristeza al pensar que, si bien los habían traído para que se educaran, iban en breve á dejarlos al cuidado de manos extrañas, mientras ausentes ellos en su domicilio respectivo, desearían en vano prodigarles las atenciones que sólo se hallan en el seno de la familia.

Mas á pesar de esta consideración, que en ciertos momentos se les presentaba con tintas muy sombrías, ellos eran los primeros en mostrarse satisfechos de la benevolencia con que se trataba á los educandos, y para acreditarlo del modo más explícito, hacían que sus sirvientes fueran delante de la procesión, esparciendo flores y yerbas olorosas.

Poniendo las plantas en esta alfombra natural, llegó al fin toda la concurrencia al gran patio ó cementerio de la iglesia de Santiago, que no era la que hoy está

en pié, como después diremos; y luego que entró en ella, predicó un sermón el P. Fr. Alonso de Herrera, habiendo hecho antes lo mismo en San Francisco, el Dr. Cervantes.

De allí pasaron los colegiales, presididos del virrey, los obispos y los religiosos, al refectorio del convento, donde se les tenía preparada la comida, la cual costeó el señor Zumárraga; y mientras la tomaban unos y otros, escucharon un nuevo sermón, predicado por el P. Fr. Pedro de Rivera. Este discurso sirvió, según dice Vetancurt, de "inicio" ó entrada á los estudios.

Al día siguiente nos encontramos á la juventud asistiendo á sus cátedras; y pasados algunos lustros, la contemplamos iniciada en las buenas letras y en casi todas las ciencias útiles, como la gramática, la filosofía, la medicina, y aun en las artes de mero adorno, como la música. ¡Loor eterno á los primeros que difundieron la luz del saber en nuestro suelo! La gloria ha escrito sus nombres en los fastos de México, y estos nombres jamás se borrarán, porque los guarda contra las injurias del tiempo y del olvido, la gratitud que profesa todo pecho honrado al hombre que emplea el poder en beneficio de sus semejantes. Si todos los virreyes que sucedieron á Don Antonio

de Mendoza, hubieran imitado el hermoso ejemplo que les dejó, y si las virtudes de los primeros religiosos que evangelizaron á nuestro pueblo, hubieran resplandecido en los que les siguieron, no cabe duda que la mano que por tres siglos gobernó la Colonia, sería hoy objeto de nuestras bendiciones, y que la nación toda, y mayormente la raza indígena, le deberían un bienestar y una ilustración que distan mucho de poseer. Mas por desgracia, pronto se cansa el hombre de seguir el sendero del bien: apenas da los primeros pasos, cuando retrocede; y no sin razón ha sido considerada como una de las virtudes más difíciles, la perseverancia

---

II.

El Colegio de Santa Cruz.

Personas hay imbuídas en la creencia de que la iglesia de Santiago Tlaltelolco fué la primera que se edificó en México. Fúndanse tal vez en una tradición, según la cual, fué levantada la iglesia primitiva de la capital, en el mismo sitio que ocupaba el templo mayor de los aztecas, dedicado á Huitzilopochtli, que, como dice Villaseñor en su "Teatro Americano," se

asentaba en el barrio de los tlaltelolcas; por lo que el aserto de este autor ha servido para corroborar aquella creencia.

Pero lo cierto en este punto, es, que por los datos que ministran historiadores más antiguos, y á quienes se supone mejor informados, se puede con exactitud fijar el asiento del templo del Marte mexicano, en la superficie limitada actualmente por las calles del Empedradillo, primera de Santo Domingo, de Cordobanes, parte de la de Montealegre, de Santa Teresa, del Arzobispado, y por la línea que corre desde esta última, atravesando el atrio de la Catedral hasta tocar con la primera.

Así que, en el supuesto de que la primitiva iglesia de México haya sido edificada en el sitio que ocupó el templo de Huitzilopochtli, esa iglesia no pudo ser la de Tlaltelolco, sino la de que habla Vetancurt al designar el sitio del primer convento de franciscanos. Pero hay más todavía.

Sigüenza y Góngora, citado por Cabrera, asegura que la primera iglesia de que vamos tratando, fué la que se levantó en el cementerio de la Catedral, destinada á Parroquia, y dedicada al apóstol Santiago, con cuyo nombre fué conocida: esta iglesia vino á tierra cuando se empezó á construir otra de mayores dimensiones,

también Parroquia, que se llamó de Nuestra Señora, y fué erigida en Catedral por el Papa Clemente VII, la cual desapareció asimismo luego que estuvo muy adelantada la obra de la Catedral actual.

Pero Santiago era y es el patrón de las Españas; "¡Santiago y cierra España!" fué siempre el grito de guerra de los hijos del Cid y de Pelayo; y creían firmemente que á las batallas que dieron por resultado la conquista de nuestro país, cooperó el apóstol, como lo había hecho antes peleando, caballero, contra los moros: durante el sitio de México, se le vió, según afirma el buen Cabrera, acompañando á la Virgen de los Remedios, que apretaba los puños, llenos de tierra, para arrojarla después á los ojos de los mexicanos. Hé aquí por qué, en debido homenaje de agradecimiento, dedicaron los conquistadores la primera iglesia de la capital á su protector Santiago. Y una vez derribada, ¿era posible dejar de edificarle otra, para perpetuar sus cultos?

No, en verdad, y esta obligación, impuesta por un sentimiento respetable en sí mismo, fué probablemente la que dió origen á la iglesia y convento de Santiago Tlaltelolco.

Sea de ello lo que fuere, es positivo que esta iglesia y convento se edificaron desde los primeros años que siguieron al

establecimiento de los españoles en Anáhuac, y poco tiempo después de la fundación del monasterio de San Francisco. Que desde entonces la iglesia de Tlaltelolco fué Parroquia, es un hecho que tampoco puede ponerse en duda, si se atiende á que el Cura de San José de Naturales no podía cuidar más que de sus feligreses de Tenochtitlán.

Pero hácia ese mismo tiempo acaecían dos hechos dignos de notarse. Mientras esclavizaban á los indios los bárbaros conquistadores; mientras les negaban la racionalidad, y por lo mismo, la capacidad para ser iniciados en la doctrina del cristianismo; y mientras sostenían unos que era inútil enseñarles las ciencias, conceptuándolos de muy limitado entendimiento, y otros que no era conveniente ilustrarlos, por temor de que se rebelaran contra el gobierno, Fr. Pedro de Gante tenía su famosa escuela de artes, en el sitio donde está ahora el colegio de Letrán, y en el convento de San Francisco, haciéndose sordos los religiosos á los clamores de la ignorancia y la codicia, instruían á la juventud indígena en el idioma latino.

Daba impulso á estas tareas, Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, hombre benéfico y amante de los adelantos en la ciencia, ordenando á los franciscanos que

insistiesen en la enseñanza de los naturales, para descubrir la aptitud de éstos y confundir á los que los detractaban; y correspondiendo aquéllos á este afán, lograron que sus discípulos llegaran á ser aventajados latinos.

Justo es mencionar al catedrático que más descolló por sus buenas prendas, en la enseñanza de este ramo de los conocimientos humanos, y fué el P. Fr. Arnaldo de Bassac, ó Bassacio, como entonces se le llamaba, latinizando, ó más bien, castellanizando su apellido transpirenaico. Francés de nación, hijo de una familia ignorada, como las de la mayor parte de los religiosos de aquel tiempo; persona de talento no común, cuya juventud pasó inadvertida de la historia, todo lo que de él sabemos es, que siendo profeso en uno de los conventos de la provincia de Aquitania, vino en el año de 1530 á la del Santo Evangelio de México. Aprendió con suma brevedad la lengua azteca, y llegó á hablarla con tal facilidad y corrección, que admiraba á los mismos indígenas; siendo, por estas prendas, así como por sus buenas costumbres, uno de los que más cautivaban los corazones, desde el púlpito. Consagrado á los ejercicios de la penitencia, vivía en la mayor estrechez, siendo muy severo consigo mismo, aunque afable y complaciente con

los demás. El fué quien en Cuautitlán enseñó, antes que otro ninguno, la música. y puso capilla de cantores. Murió en el convento de Tulancingo, donde fué sepultado su cuerpo.

Pero no obstante el empeño de este y otros religiosos de su orden, porque los educandos aprovechasen en los estudios, todavía se echaba menos alguna más formalidad en la enseñanza, un lugar más á propósito para el recogimiento y la concentración de las facultades intelectuales, circunstancias que tanto ayudan á la sólida instrucción, y sobre todo, una renta fija para el sustento de estudiantes pobres.

A estas necesidades proveyó de remedio la munificencia del primer virrey, fundando el colegio de Santa Cruz en el convento de Santiago Tlaltelolco.

Para dotarlo competentemente, impuso capitales á censo en varias fincas urbanas, y le hizo donación de una hacienda que poseía en el Cazadero. Llámase así el campo que se extiende entre el pueblo de Jilotepec y el de San Juan del Río, y se le aplicó este nombre, á causa de la montería que para dar gusto al mismo virrey Don Antonio de Mendoza, hicieron allí más de quince mil indios, al modo que las hacían sus antepasados, esto es, situándose como un muro viviente,

que abrazaba un círculo de algunas leguas, y estrechándose á medida que se acercaban al centro, donde se juntaba una muchedumbre de animales de caza, que asustaban ellos al andar, y mataban en seguida.

Procuróse, en cuanto fué dable, que la vivienda de los alumnos tuviese las mayores comodidades. Comían juntos en refectorio, y dormían en una gran sala común, que llamaban dormitorio de monjas, donde cada cual tenía su lecho, compuesto de tarima, frazada y estera ó petate. Para guardar los libros y la ropa, poseía también cada una su cajuela con llave. El tenor de vida que observaban era, segun la describe Torquemada, semi-monástica. "A prima noche decían los maitines de Nuestra Señora, y las horas á su tiempo, y en las fiestas cantaban el "Te Deum laudamus." En tañendo á prima, los frailes (que es luego, en amaneciendo) se levantaban, y todos juntos en procesión, venían á la iglesia, vestidos con sus ropas, y dichas las horas de Nuestra Señora, en un coro bajo que hay en la iglesia, oían una misa, y de allí se volvían al colegio á oír sus lecciones. En las fiestas, se hallaban en la misa mayor, y la oficiaban."

Siendo esto así, las lecciones que con algún fruto empezaron á recibir los niños mexicanos en el convento de San

Francisco, vinieron á continuarlas á Santiago Tlaltelolco en un colegio en toda regla, y bajo la dirección de eclesiásticos instruídos y virtuosos, habiendo podido todavía asociarse á esta obra meritoria, el P. Fr. Arnaldo de Bassac, que siguió enseñando gramática latina.

III.

Iglesias primitivas.—Estudiantes célebres.

Se extrañará hoy día, no hallar en la iglesia el coro bajo de que nos habla el P. Torquemada; pero hay que saber que la existente es la tercera de las que se han edificado en el mismo sitio.

La primitiva iglesia de Tlaltelolco fué propiamente una capilla ú oratorio, sobre la cual estaban las viviendas de los religiosos. Hízose después otra más capaz, por los años de 1543, que era de tres naves, según Motolinía, y en la que sin duda estaba el coro bajo de que se ha hablado. Ultimamente se erigió la que hoy existe, debida al sudor de los indios, que trabajaron en la fábrica con la mayor alegría, y sin salario alguno. Dirigió la obra como perito, el P. Torquemada, según

nos informa en el prólogo de su "Monarquía Indiana," y puso mano en ella también el P. Fr. Juan Bautista, guardián que fué del mismo convento, autor de muchos escritos celebrados, y al cual llamaban en su tiempo el Cicerón de la lengua mexicana. Costó este deificio más de noventa mil pesos, y se dedicó en el año de 1609.

Mas no perdamos de vista el colegio.

La obra del virrey Don Antonio de Mendoza, fué dignamente continuada por el sucesor de tan noble caballero, Don Luis de Velasco, el cual, informado de que las rentas del establecimiento no eran ya bastantes para sustentar á los colegiales, cuyo número había crecido, lo puso en conocimiento del emperador, obteniendo por este medio la autorización competente para aumentarlas cada año con doscientos ducados, tomados del real erario.

En cambio de este corto sacrificio por parte del Gobierno, creció lozana la tierna planta de Tlaltelolco, y no defraudó las esperanzas de los que con tanto anhelo la cultivaron al principio; aquellos niños de color obscuro y de tímido mirar, á quienes conceptuaban idiotas los orgullosos castellanos, llegaron á ser, en breve, jóvenes provechosos á la patria, sirviéndole con sus conocimientos, ora

ayudando á escribir las obras que debemos á la pluma de los primeros franciscanos, ora desempeñando cátedras en el mismo colegio donde fueron alumnos, y ora, en fin, ocupando con honra los puestos públicos á que, según su condición, eran llamados.

Sin acudir á muchos ejemplos, sólo citaremos á dos de esos jóvenes, Hernando de Rivas y Don Antonio Valeriano. Fué el primero, natural de Texcoco, y grandemente perito en idioma latino, tanto, que con la mayor facilidad traducía en castellano y mexicano cualquier escrito en latín, atendiendo más al sentido que á la letra. Ayudó al P. Fr. Alonso de Molina, en la composición del vocabulario de la lengua mexicana, y á Fr. Juan de Gaona, en la del libro, escrito en la misma lengua, titulado: "Coloquios de la paz y tranquilidad del alma." Murió en el año de 1597.

Don Antonio Valeriano, natural de Atzcapotzalco, fué varón señalado en conocimientos de latinidad y filosofía, y sucedió en las cátedras á los que habían sido sus maestros. Después de algunos años de profesorado, fué electo gobernador de la parcialidad de San Juan, y desempeñó el cargo por más de treinta y cinco años, con grande aceptación de los virreyes y edificación de los españoles, co-

mo dice Fr. Juan de Torquemada, que fué su discípulo en la lengua mexicana. Voló su fama hasta la Península, y el rey le dirigió una carta en que elogia su talento y se le muestra muy complacido por la conducta que observaba. Murió en el año de 1605, y á su entierro, que fué en la capilla de San José de Naturales, asistió un concurso numeroso, así de indios como de españoles, entre los cuales se hallaron presentes los colegiales de Tlaltelolco, por haber sido el finado su catedrático, según dijimos. Refiérese que dejó varios escritos, tanto en latín, como traducidos del mexicano en español, entre otros, una traducción de Caton, "cosa cierto muy para estimar," como se expresa el historiador antes citado. Suponemos que el Caton de que se trata es Dionisio, que floreció en el siglo tercero de nuestra éra, y que escribió los cuatro libros de "Dísticos morales."

El ejemplo de estos dos indios eminentes, cuyo saber y pureza de costumbres encarecen los historiadores de aquel tiempo, pudo haber sido bastante para convencer á los incrédulos, de que los hijos del país no sólo eran capaces de aprender las ciencias, sino susceptibles de la más esmerada educación literaria; pero hubo, además, hechos ruidosos, que acreditan haber sido menester adquirir ese

convencimiento mediante sacrificios de amor propio, y de ellos referiremos uno muy celebrado en las crónicas.

Fué el caso, que un clérigo recién venido de España, de los que recitaban sin saber, una regla de gramática, como había muchos en aquella época, no pudiendo creer que los indios sabían la doctrina cristiana, ni mucho menos el idioma latino, acertó á pasar un día por Tlaltelolco, á tiempo que salían del aula los estudiantes, y acercándose á uno de ellos, ignorando que lo era, le preguntó si sabía el "Pater Noster."

—Sí, padre, contestó el indio.

—Pues bien, dilo.

El estudiante lo recitó á satisfacción del clérigo; pero insistiendo este en su tema, añadió:

—Ahora dí el Credo.

Obedeció el examinado, y comenzó á decirlo en latín; mas al llegar á las palabras "Natus ex Maria Virgine," replicóle su interlocutor:

—"Natus" no es bien dicho, sino "Nato".... sí, "Nato ex Maria Virgine."

—No, padre, "Natus" es lo que pide la gramática.

—¡Cómo! No puede ser....

—"Reverende pater," dijo entonces el colegial, queriendo traer á su adversario

al terreno de la gramática, "Nato, cujus casus est?"

El reverendo, que ni siquiera entendió la pregunta, confuso y sin saber qué responder, tartamudeó una respuesta, que todo pudo ser, menos congruente, y se despidió del indio, con el rostro encendido de vergüenza.

IV.

Los rectores del Colegio.

Hemos consagrado un recuerdo á los alumnos, y justo es que no nos olvidemos de los maestros.

Ya hemos hecho mención en otra parte, de Fr. Maturino Gilberti, que escribió un tratado de gramática latina para los estudiantes de Tlaltelolco, y del P. Fr. Andrés de Olmos, aunque respecto de este religioso no hemos indicado todavía la parte que tuvo en la enseñanza de los colegiales, que fué grande: baste decir, que durante el tiempo que residió en la capital, antes de partir á misionar entre infieles y mientras se dedicaba á las lenguas mexicana, huasteca y totonaca, que llegó á poseer con perfección, tuvo á cargo la cátedra de latinidad con

gran aceptación de sus prelados y provecho de los estudiantes.

No menos benéfico á estos fue el R. P. Fr. Bernardino de Sahagun. Este insigne religioso, natural de un lugar de España, que tiene por nombre su apellido, hizo sus estudios en Salamanca y tomó el hábito en el convento de aquella ciudad.

Pasó á México en 1529 con Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, y desde luego se hizo estimar por sus raras prendas habiendo merecido no sólo la benevolencia de sus hermanos, sino lo que entonces se consideraba como un bien excelso, la amistad y frecuente trato con el V. Fr. Martín de Valencia. Fué guardián varias veces; pero su amor al estudio le obligó después á renunciar ese cargo y á pretender el de lector en el colegio de Santa Cruz, que consiguió sin dificultad conocida como era de los superiores su aptitud para la enseñanza.

Ya desde la fundación del establecimiento había sido nombrado catedrático juntamente con el doctísimo Fr. Juan de Gaona, y así entonces, como después sobresalió por su amor á la juventud mexicana, á quien con la mayor paciencia hizo aprender á leer y escribir, ex-



tendiendo asimismo su cuidado á instruirla en la música. Pero el ramo que principalmente enseñó, fué la gramática, así como su compañero, la retórica y la filosofía.

Frutos de su talento y laboriosas investigaciones fueron varias obras de que hablan con elogio los cronistas, entre otras, "el arte de gramática mexicana, Sermones para todo el año," en mexicano, "Comentarios al Evangelio, para las misas solemnes del día de precepto, la Historia de los primeros pobladores franciscanos en México, Escuela Espiritual," que fué, según se dice, la primera obra que se imprimió en México, en la imprenta que trajo de España Hernán Cortés, y el "Diccionario trilingüe de español, latin y mexicano," que tuvo en las manos el P. Vetancurt, y que ignoramos si habrá llegado á las de la posteridad.

Pero ninguna de sus producciones ha sido en nuestros días tan celebrada como la "Historia general de las cosas de Nueva-España," y ninguna ciertamente que más merezca serlo, así por su gran mérito y las circunstancias de su formación, como por la mala suerte que corrió en su tiempo, la cual influyó notoriamente para que permaneciese inédita hasta nuestro siglo.

Esta obra fué dividida por el autor en doce libros, de los cuales el duodécimo trata de la conquista de México. Como lo indica su título, abraza una materia importante y muy extensa, que hasta la fecha en que se propuso estudiarla nuestro fraile, había sido vista por sus hermanos con descuido ó por lo menos, con bien poca afición. El le consagró los afanes de la mitad de su vida. En cuanto á los motivos que lo obligaron á tomar la pluma y los medios de que se valió para salir airoso de la empresa con que el tino y escrupulosidad á que era tan inclinado, nadie mejor que él puede informarnos; y así para ese objeto como para dar una muestra de su estilo á quien no le conozca, trasuntaremos la parte conducente del prólogo que puso al principio del libro segundo. Hé aquí cómo se expresa:

"Como en otros prólogos de esta obra he dicho, á mí me fué mandado por santa obediencia de mi prelado mayor, que escribiese en lengua mejicana lo que me pareciese ser útil para la doctrina, cultura y manutenencia de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan. Recibido este mandamiento, hice en lengua castellana

una minuta ó memoria de todas las materias que había de tratar, que fué lo que está escrito en los doce libros y la postilla (comentario) y cánticos, la cual se puso de primera tijera en el pueblo de Tepeapulco, que es de la provincia de Colhuacán ó Texcoco: hízose de esta manera. En el dicho pueblo, hice juntar todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba Don Diego de Mendoza, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en las cosas curiales, bélicas y políticas, y aún idolátricas. Habiéndolos juntado, propúseles lo que pretendía hacer, y pedíles me diesen personas hábiles y experimentadas con quien pudiese platicar, respondieron que se hablarían acerca de lo propuesto, que otro día me responderían, y así se despidieron de mí. Otro día vinieron el señor con los principales, y hecho con muy solemne parlamento, como ellos entonces lo solían hacer, que así lo usaban, señaláronme hasta diez ó doce principales ancianos, y dijéronme que con aquellos podía comunicar y que ellos me darían razón de todo lo que les preguntase. Estaban también allí hasta cuatro latinos, á los cuales yo pocos años antes había enseñado la gramática en el Colegio de San-

ta Cruz en el Tlaltelolco. Con estos principales y gramáticos también principales, platiqué muchos días cerca de dos (siguiendo el orden de la minuta que yo tenía hecha). Todas las cosas que conferimos me las dieron por pintura, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban; los gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaración al pie de la pintura. Tengo aún ahora estos originales. También en este tiempo dicté la postilla y los cantares; escribiéronle los latinos en el mismo pueblo de Tepeopulco. Cuando fué al capítulo donde cumplió su hebdómada el padre fray Francisco Toral, el cual me impuso esta carga, me mudaron de Tepeopulco llevando todas mis escrituras: fuí á morar á Santiago de Tlaltelolco; allí juntando los principales, les propuse el negocio de mis escrituras y les demandé me señalasen algunos principales hábiles, con quien examinase y platicase las que de Tepeopulco traía escritas. El Gobernador con los alcaldes me señalaron hasta ocho ó diez principales escogidos entre todos muy hábiles en su lengua, y en las cosas de sus antiguallas; con los cuales, y con cuatro ó cinco colegiales todos trilingües, por espacio de un año y algo más encerra-

dos en el colegio, se enmendó de claro, y añadió todo lo que de Tepeopulco traje escrito, y todo se tornó á escribir de nuevo de ruin letra, porque se escribió con mucha prisa. En este escrutiño ó exámen, el que más trabajó de todos los colegiales, fué Martín Jacobita, que entonces era rector del colegio, vecino de Tlaltelolco, del barrio de Santa Ana. Habiendo hecho lo dicho en el Tlaltelolco, vine á morar á San Francisco de México, con todas mis escrituras donde por espacio de tres años las pasé y repasé á mis solas, y las torné en enmendar, y dividílas por libros en doce libros, y cada libro por capítulos y párrafos. Después de esto, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro, y general de México el padre fray Diego de Mendoza, con su favor se sacaron en blanco en buena letra todos los doce libros, y se enmendó y sacó en blanco la postilla y los cantares, y se hizo un arte de la lengua mexicana, con un vocabulario apéndiz, y los mexicanos añadieron y enmendaron muchas cosas á los doce libros cuando se iban sacando en blanco; de manera, que el primer cedazo por donde mis obras se pasaron, fueron los de Tepeopulco, el segundo, los de Tlaltelolco, el tercero los de Mé-

xico, y en todos estos escrutinios hubo gramáticos colegiales."

Llamaron muchos á esta obra cuando se estaba formando, "Calepino," figurándose acaso que lo que en ella trataba principalmente el autor era, dar á conocer la lengua mexicana, que conocía perfectamente, al modo que lo hizo aquel polígloto con respecto á la romana. A pesar de que la naturaleza del libro de que hablamos no corresponde á esta creencia, puede él considerarse como el tesoro más copioso de las voces y locuciones propias y elegantes del mexicano, siendo aún por solo este título de una utilidad y excelencia indisputables.

Pues bien, Sahagun tuvo el sentimiento de ver que su trabajo era tenido en poco, ó más bien, que se le reputaba peligroso y aún nocivo á los naturales del país. Creyóse erradamente que un escrito en que aparecía la relación fiel y por extenso de los dogmas y ritos de la idolatría azteca, podría hacer infructuosas las tareas de los misioneros enderezadas á desarraigar la superstición y á sembrar la semilla del cristianismo en el entendimiento de los mexicanos, sin reparar en el sabio historiador se encargó en el mismo libro de impugnar

aquellos dogmas absurdos y ritos sanguinarios, presentando así el antídoto al lado del veneno.

La obra fué, pues, acogida con disfavor por parte de los religiosos, y so pretexto de que el traslado de los manuscritos que Sahagun había acopiado, era un gasto exhorbitante para el convento, quedó aquella á medio concluir y arrinconada por espacio de más de cinco años.

En este tiempo hizo el autor un sumario de toda ella, que llevaron consigo á España los padres fray Miguel Navarro y fray Gerónimo de Mendieta, el cual fué á dar á manos de D. Juan de Ovando, presidente del consejo de Indias. Este sujeto hizo de él toda la estimación que merecía, y por encargo suyo luego que vino de comisario general el P. Fr. Rodrigo de Sequera, se recogieron los preciosos manuscritos, que estaban diseminados en varios conventos de la provincia, y se mandó á nuestro historiador que los tradujese en castellano, proveyendo de lo necesario para que se trasuntasen de nuevo, ordenándolos en dos columnas por página, la lengua mexicana en una y el romance en la otra.

Hecho esto, y añadida una columna más destinada á la declaración de los

vocablos mexicanos, señalados por sus cifras, quedó dispuesto el libro en dos volúmenes de á folio y fué enviado á Madrid.

Todo conspiraba á hacer creer que allí sería dado á la estampa; pero lo cierto es que desde entonces volvió á caer en su anterior desgracia, y desconocido por más de dos siglos, aunque no del todo olvidado, sólo hasta fines del anterior amaneció de nuevo en el horizonte literario, merced al laudable empeño de Don Juan Bautista Muñoz. Este literario halló el manuscrito en la biblioteca del convento de Tolosa en Navarra, y de la copia que hizo él de propio puño se sacaron dos, una que publicó lord Kingsborough en 1830 en el tomo sexto de su compilación (de que hay un ejemplar en el Museo Nacional de antigüedades), y otra que costeó para sí nuestro compatriota Don Diego García Panes, que fué la que dió á luz un año antes, en México, Don Carlos María de Bustamante.

El destino singular de esta obra, á quien ni su mucha importancia pudo librar del olvido y de una celebridad tardía, harán en todo tiempo desmayar á los autores cuyas producciones se encuentren en las mismas circunstancias, cuando su

pluma no obedezca otro móvil que el amor á la gloria contemporánea; mas no á los que aspiran á otra especie de renombre, al que otorga reconocida la posteridad á los ingenios cuyos partos se encaminan al bien del linaje humano. En esta segunda categoría está colocado nuestro historiador. Dedicando sus obras al P. Rodrigo de Sequera, le dice, entre otras cosas: "de manera que el sér y valor que tienen y tendrán, á sólo el que las favoreció para que saliesen á luz, se ha de atribuir más que no al autor." Aunque envuelto en un velo de modestia, se percibe en estas palabras el sentimiento que abrigaba el P. Sahagun, del mérito imperecedero de sus escritos; sentimiento que le mantenía firme en el propósito de darlos á conocer, á pesar de la injusticia de sus opositores, y que le vaticinaba el aprecio que haría de ellos la gente venidera, dado que no lograse durante sus días, contrastar esa injusticia. Simpatiza el corazón con un hombre que descansando sólo en su conciencia, aguarda lleno de confianza el fallo de los siglos por venir, y causa admiración ese su empeño en ofrecer al mundo una obra acabada para labrarse una fama póstuma, mayormente si se compara con la frivolidad que distingue á no pocos escritores de nuestro

tiempo, sobrado impacientes por ganar gloria y muy descuidados en saberla merecer.

Después de cuarenta años de enseñar á los colegiales de Tlaltelolco, murió el P. Sahagun á los sesenta de su edad, en el convento de San Francisco, en cuyo templo fué sepultado su cuerpo, acompañándole al sepulcro las lágrimas de los indios y de todos los hombres que estiman en su valor real una vida consagrada al culto de la virtud y de la ciencia.

Para completar el cuadro de los primeros lectores del colegio de Santa Cruz, señalaremos también como uno de ellos al P. Fr. Francisco de Bustamante, natural del reino de Toledo, varón docto, que vino á nuestro país en 1542; enseñó artes y teología en el citado establecimiento; fué provincial y comisario general, dos veces, y habiendo pasado á España á negocios del bien público, según dice Vetancurt, murió en Madrid á primero de Noviembre de 1562. No olvidaremos tampoco á los PP. Fr. Juan de Gaona y Fr. Juan de Focher, éste francés, y aquél natural de Burgos, descollantes ambos en el conocimiento de la lengua mexicana, y autores de varias obras, la mayor parte inéditas; tan casto y modesto el primero, que se le proponía por dechado á las doncellas, y tan docto el segundo, es-

pecialmente en cánones, derecho civil y teología, que aun los sabios le consultaban para oír su parecer; siendo éste tan acreditado, que el P. Fr. Alonso de la Veracruz, fundador de la Universidad de México, al saber la muerte de nuestro fraile, exclamó:—¡ Focher es muerto, pues todos quedamos en tinieblas!

Habiendo tratado de los primeros alumnos y lectores que ilustraron el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, faltaríamos á un deber si pasáramos adelante sin detenernos á contemplar la hermosa figura del mejor guardián del convento de Santiago, del historiador de México, cuya obra ha llegado hasta nosotros acompañada siempre de merecido aplauso, en fin, del autor de los "Veintiún libros rituales y Monarquía Indiana."

V.

Fray Juan de Torquemada

El cronista Vetancurt, sin saberse por qué razón, negó en su "Menologio franciscano" un lugar al religioso cuyo nombre hemos colocado al principio de este capítulo. Toda la noticia que de él nos da, se reduce á que fué hijo de la provincia del Santo Evangelio, y su cronista;

que salió electo provincial en el capítulo celebrado en Xochimilco en 18 de Enero de 1614, y que escribió y publicó la vida del beato Sebastián de Aparicio, así como la historia que acabamos de mencionar. respecto de la cual añade que se valió para formarla, de los muchos escritos de los más antiguos padres, y señaladamente del libro que compuso Fr. Gerónimo de Mendieta, intitulado "Historia eclesiástica indiana," que pasó á manos del P. Fr. Juan Bautista, y de ahí las de nuestro historiador, su discípulo. Pero algunos apuntamientos propiamente biográficos, la indicación siquiera de los lugares donde nació al mundo y á la orden seráfica, esto es lo que no ha hecho Vetancurt, y semejante proceder le ha acarreado la fea nota de envidioso.

Mas no sólo se contentó con ese desdén, sino que obrando con la mayor injusticia, no ha dudado callar un hecho que fué, sin duda, reputado en aquellos tiempos como un timbre para el P. Torquemada; queremos hablar de la parte señaladísima que tuvo éste en la erección de la actual iglesia de Santiago Tlaltelolco: atribuyendo su émulo toda la gloria de ese hecho al P. Fr. Juan Bautista, siendo así que no hizo más que sacar de cimientos el edificio, el cual fué levantado hasta cerrarlo con bóvedas, por el autor

de la Monarquía Indiana. Dirigió él, igualmente, la obra del retablo principal, y—oigamos cómo se expresa:—"sin tener maestros que amaestrasen lo uno ni lo otro, sino yo sólo, que para haber de salir con ello, tuve necesidad de muy grande estudio en cosas de arquitectura; la cual me comunicó el Señor sin haberla estudiado ni sabido, ni aprendido de maestros, que suelen enseñarla, aprovechándome de los libros que de esto tratan."

Esta malquerencia de Vetancurt es tanto más inexplicable, cuanto que él se sirvió de casi todas las noticias importantes sembradas en la Monarquía Indiana para componer en gran parte su "Teatro Mexicano," siendo no pocos pasajes de esta obra, una verdadera copia ó translado de pasajes de aquélla. Y con todo, se atreve á notar de plagiario á Torquemada, por haberse aprovechado, para la formación de su libro, de los escritos de autores que le precedieron en el desempeño del mismo asunto; siendo así que, tomando en tal sentido la palabra plagiario, casi no queda historiador que no lo sea, como observa muy bien el señor García Icazbalceta. Mas la posteridad ha tomado á su cargo la venganza de este agravio á todas luces inmerecido, y dejando á cada uno de nuestros dos historiadores en

el buen lugar que les corresponde, ha inclinado, sin embargo, la balanza de la justicia del lado de Torquemada, y aun no ha faltado autor (Clavijero) que ponga sobre el libro de Vetancurt la misma tacha con que él pretendió afear el de aquél escritor.

Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el mal causado por el autor del "Menologio," es acaso irreparable: pudiendo, á no dudarlo, haber derramado abundante luz sobre la vida de Fr. Juan de Torquemada, nos ha dejado en tinieblas, y fuera de las escasas noticias antes dadas, todo lo que sabemos acerca de este buen religioso, es que fué natural de España; que vino niño á México, y tomó el hábito de San Francisco en el convento grande, hacia fines del siglo décimo-sexto; que se dedicó con ardor á recoger todas las tradiciones que pudieran suministrarle material para su preciosa obra; que trabajaba en ella sin desatender las obligaciones de su estado, y que murió siendo guardián del expresado convento. El señor Ramírez, en sus noticias concernientes á Motolinía, fundado en algunos monumentos que consultó, fija el nacimiento de nuestro Torquemada por los años de 1563 ó 1565; su ingreso á la religión franciscana en el mes de Febrero de 1583, y su muerte en el año de 1624,

de donde podemos inferir que alcanzó una edad de cincuenta y nueve ó sesenta y un años.

No obstante esta pobreza de noticias tocantes á la persona del fraile insigne, debemos consolarnos con la idea de que vive en sus obras, vive inmortal en sus escritos, y especialmente en su famosa historia mexicana. En ella es preciso estudiar el objeto del cuadro y al artista que con tanto primor y valentía manejaba el pincel. Todo seduce en esta producción, el asunto y el modo de tratarlo, la materia y la forma; todo en ella da una idea favorable del escritor, y, ¡cosa rara! interesa hasta por lo que á primera vista podría parecer más insignificante, la dedicatoria.

Esta pieza sorprende de la manera más agradable. Cuando las de su género, que se escribían en aquella centuria, dan grima de puro insulsas y rastreras; cuando en la mayor parte ofende, molesta, da vergüenza hallar entretejida la torpe adulación con la más ridícula pedantería, asombra ver en la de Torquemada el sello de una alma noble, la revelación de un carácter independiente, digno y superior á las miserias de su siglo. Cuando hasta los poderosos buscaban á un magnate por mecenas, el humilde fraile no solicitaba para su libro más amparo que el de Dios.

Todos los que escriben libros (dice, hablando con la Divinidad) buscan modos como más honrarlos y ampararlos de los que los calumnian; y unos los dedican á reyes y monarcas poderosos, pareciéndoles que en ellos está su defensa, y otros, á personas de las cuales se reconocen obligados, y en orden, ó de lisonjearlas creyendo que en esto les dan gusto, ó de obligarlas á mayor gratitud y agradecimiento, les desentrañan las vidas y hacen largos procesos en contar las de sus pasados, hasta llegar al tronco y cepa donde comenzó su nobleza; pero al fin dan en laja, pues llegan á término donde se acaban las caballerías, y en el mismo se comienza á descubrir la hilaza de la masa de Adán, donde toda nobleza é hidalguía quedó por el suelo, abatida, y el sambenito de la culpa primera puesto á los pechos, que aunque más se quiera cubrir con hábitos de San Juan, de Calatrava, Alcántara y Santiago, no es posible, por cuanto él campea sobre todos. Y poniéndome á considerar todas estas cosas, hallo por muy cierto, que todas tienen fin, y que no consiguen lo que pretenden los que les dedican sus obras; pues en muriendo el amparador, muere con él también la protección y amparo que les hacía; y no sabemos de ninguno que haya dejado en cláusula de testamento, ni en

vínculo de mayorazgo, á sus sucesores y descendientes, que tomen á su cuidado los libros que en su nombre se imprimieron."

¿Puede apetecerse más dignidad, más elevación de ideas, más delicadeza de sentimientos, y al mismo tiempo una sátira más fina? Esa elevación se ve también patente en el juicio que de la historia en general tenía formado, el cual no dudaría prohijar un filósofo griego ó romano. "Es la historia (dice) un beneficio inmortal que se comunica á muchos: ¿qué depósito hay más cierto y más enriquecido, que la historia? Allí tenemos presentes las cosas pasadas, y testimonio y argumento de las porvenir: ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece; los montes no la estrechan, ni los ríos, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta á la diferencia de los tiempos, ni del lugar. Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres, y una recompensa de la brevedad de esta vida."

Otra de las prendas que resaltan en nuestro autor, es el entrañable cariño que profesaba á los naturales del país; y así es que, enumerando las razones que le

movieron á poner mano en su historia, "otra fué—nos valdremos de sus propias palabras—ser yo tan aficionado á esta pobre gente indiana, y querer excusarlos, ya que no totalmente, en sus errores y cegueras, al menos en la parte que puedo no condenarlos, y sacar á luz todas las cosas con que se conservaron en sus Repúblicas gentílicas, que los excusa del título bestial que nuestros españoles les habían dado."

Como éste, hay innumerables pasajes en su obra, que respiran el mismo afecto, siendo de notarse muy especialmente aquéllos en que se muestra complacido de la conducta de Las Casas, por el celo y perseverancia con que abogaba por la causa de los indios.

En conclusión, la Monarquía Indiana es uno de aquellos libros que debían andar en manos de todos nuestros patricios. Tiene sus pasajes áridos, á veces aun molestos, por hallarse cargados de una erudición pesada; pero estos lunares, que son los de casi todas las producciones literarias de su época, no hacen desmayar al lector, y una vez comenzada la lectura, no se deja fácilmente, sino hasta haber apurado el deleite con que brinda. Buen estilo, locución propia y generalmente esmerada, imágenes de brillante colorido, apreciaciones exactas, jui-

cios filosóficos, sesudos, nobleza de miras, y sobre todo, gran copia de hechos y suma fidelidad en referirlos, hé aquí las cualidades que aseguran á la obra de Torquemada la afición y estima de la posteridad, y por las cuales se ha granjeado el autor el renombre de Tito Livio mexicano. Vivirán uno y otra, mientras haya un lugar donde se hable la lengua de Mariana y de Cervantes, y mientras interese á la humanidad la suerte feliz ó desgraciada de los hijos de Anáhuac.

VI.

El Colegio de San Buenaventura.

Desde el año de 1537, en que tuvo principio en Tlaltelolco el primer plantel literario, hasta el de 1564, en que terminó el gobierno del virrey Don Luis de Velasco, inmediato sucesor, como se ha dicho, de Don Antonio de Mendoza, la juventud mexicana bebió las generosas aguas de la ciencia, dando muestras de lo que era y de lo mucho que podía ser.

Mas con la muerte del segundo de esos bienhechores, faltó la mano que la sostenía en la carrera de su perfeccionamiento: dejó de existir el colegio imperial de

Santa Cruz, y dejó de existir, porque los gobernantes que después vinieron, no estaban animados de los sentimientos que abrigaron sus antecesores para con la raza subyugada; y en vez de procurar instruírla, sólc trataron de embrutecerla, privándola del beneficio de las luces, para adormecerla en la esclavitud.

Tenían razón los tiranos. Cuanto más degradados, cuanto más envilecidos estuviesen los indios, eran menos capaces de sublevarse contra sus opresores, eran más gobernables, tolerarían con más docilidad los tributos y los trabajos á fuerza: por eso, en lugar de poner en sus manos la antorcha de la civilización, amontonaban nubes sobre su inteligencia; el hombre que nada conoce, nada apetece, á nada aspira, abdica su dignidad de sér inteligente y se convierte en máquina; y esto era precisamente lo que formaba el núcleo de la política que con nuestros compatriotas empleaban aquellos bajás: tener supeditados brutos y no racionales; en vez de súbditos, instrumentos.

Y es forzoso convenir, que en gran parte alcanzaron esa triste gloria; pero también debemos confesar que los primeros virreyes mostraron tendencias más nobles, más humanas, y dignas ciertamente de una administración sabia y generosa. Y lo que en este punto llama la atención

es, que su ejemplo no haya producido en los que les sucedieron, los frutos que eran de esperarse. ¡Qué, la idea de un pueblo oprimido, de un pueblo que desfallece bajo el peso del yugo, no los perseguía como un remordimiento eterno en sus horas de arbitrariedad y durante sus ensueños de codicia! ¡no los hacía sonrojarse de una conducta tan ruin y anticaballerosa, cuando había tantos pechos virtuosos que la censuraban abiertamente, cuando había un Obispo de Chiapas que protestaba contra ella. con toda la energía de la conciencia indignada!

El hecho es que á principios del siglo décimo-séptimo, y aun á fines del anterior, ya se notaba en los indios ese estado de postración intelectual que llegó después hasta la más crasa ignorancia, y en muchos hasta la barbarie. Descuidóse enteramente su instrucción por parte del gobierno y por la de los frailes, pues que ya en éstos empezaba á decaer el fervor primitivo. Hubo más: conceptuándolos indignos de civilizarse, todo el empeño que antes se puso en doctrinarlos en las ciencias y en las artes, se convirtió en favor de la juventud española, pareciendo, según indica Torquemada, que los gobernantes tenían por mal empleado el bien que se hacía á nuestros naturales, y por

tiempo perdido el que con ellos se gastaba.

El edificio del colegio de Santa Cruz, ampliado con aulas y esmeradamente cuidado por el P. Sahagun y por el religioso que acabamos de nombrar, permaneció en pie muchos años, y todavía en el de 1605, se le mostraba como uno de los primeros monumentos de la civilización española que mejor hicieran rostro á las injurias del tiempo. Pero los colegiales habían desaparecido, con el favor y protección que al principio se les otorgara, y el establecimiento estaba reducido á una escuela de educación primaria para niños tlaltelolcas y de los barrios inmediatos, donde los religiosos los enseñaban á leer y escribir, juntamente con la doctrina cristiana.

Transcurrió medio siglo, y ya ni esta fantasma del colegio existía: la absoluta falta de rentas, la incuria, las inundaciones, todo conspiró á su ruina, y pocos años después, una casa de estudios tan famosa, se veía convertida en un montón de escombros.

Hácia este tiempo, vino de comisario general de San Francisco, el P. Fr. Juan de la Torre, que era hijo de esta provincia, y fué después obispo de Nicaragua. Advirtió el estado deplorable en que se encontraba un edificio tan estimado en

otro tiempo, y tan digno de celebridad eterna; pero en vez de poner mano en su reedificación, haciendo que, como el fénix, renaciera de sus cenizas, se conformó con erigir otro colegio, más bien convento, cerca del sitio que ocupaba el antiguo, y es el que hasta nuestros días ha subsistido, con el título de San Buenaventura. Componíase de un claustro espacioso con treinta celdas, un refectorio capaz de contener cien frailes, sala "de profundis," cárcel general con asientos altos y bajos, aulas, biblioteca y otras oficinas destinadas á la comodidad de maestros y discípulos. Montó el costo de la fábrica á unos cincuenta mil pesos, y es presumible que los hijos de Tlaltelolco hayan contribuído á la ejecución de la misma, con su trabajo personal.

Demás de esto, el futuro obispo buscó un bienhechor que sustentase con sus limosnas á los estudiantes. Prestóse á desempeñar este papel honroso, el señor Don Pedro de Soto López, síndico general de las provincias, y alguacil mayor del Santo Oficio, imponiendo á censo en varias fincas, cincuenta y ocho mil pesos, para que de los réditos se mantuviesen dos lectores de teología escolástica, uno de moral, y un maestro de estudiantes, de los cuales ocho habían de ser de la pro-

vincia del Santo Evangelio, y ocho de las de Zacatecas, Guadalajara y la Florida

Y aunque en recompensa de este beneficio, le fué concedido á Don Pedro de Soto López el patronato del nuevo colegio, viéndose después sin herederos, lo cedió á esta provincia en 15 de Marzo de 1661, la cual coronó la obra del fundador y del patrono, sosteniendo, reparando y aun hermoseando el establecimiento.

VII.

Restablecimiento y extinción final del colegio.

Pero, como acaba de verse, el colegio de San Buenaventura no era el seminario primitivo; y lejos de conformarse con el instituto de éste, los estudiantes que en él eran educados no pertenecían á la juventud indígena: tampoco eran seglares, sino individuos de la orden franciscana, que salidos del noviciado, entraban en la carrera de los estudios, con objeto de adquirir los conocimientos indispensables para ejercer debidamente el ministerio santo á que estaban llamados.

Todo lo que entonces se hizo en favor de nuestros indios, fué construir, en el

lugar que ocupaba su colegio, dos grandes salas, donde se les volvió á enseñar á leer y escribir, cuya obra, que costó tres mil seiscientos pesos, fué debida al P. Fr. Domingo de Noriega; y para ver positivamente restablecido el seminario de Santa Cruz, es menester transladarse á la centuria siguiente.

En efecto, con motivo de la visita que en 1728 hizo al convento de Santiago, el oidor y juez de colegios reales, Don Juan Olivar Rebolledo, tomó informes acerca del establecimiento primitivo; y reconocidos sus bienes existentes, derechos y acciones, y en atención á su venerable antigüedad y á los hombres insignes que había producido, de los que ya hemos hecho mención poco antes, dió providencias para su reparo y nueva erección, en Junio del citado año.

Hízose así con todo empeño, y en 19 de Noviembre del mismo, se abrió el colegio con un acto dedicado al Ilmo. señor obispo de Honduras, á que concurrieron los nuevos colegiales, vestidos de manto azul y becas blancas, en el lado izquierdo de las cuales, sobre la encomienda de Santiago, se les colocó una corona imperial en memoria de Carlos V, á quien se dió el honor de la primera fundación; siendo de extrañarse que en las gacetas de ese tiempo no se haga ni siquiera mención de

Don Antonio de Mendoza, por cuyas órdenes y con cuyos bienes se erigió el primitivo seminario, según hemos dicho.

"Los colegiales que se mantenían en el colegio, según la gaceta de Diciembre del propio año, eran once, con el residuo de las rentas antiguas y con limosnas del padre comisario general de la orden de N. P. S. Francisco, que se le aplicaron al colegio. Con tan escasos haberes, no es difícil de concebir la falta de formalidad del resucitado colegio de Santa Cruz. Los padres franciscanos tenían grandes simpatías por el establecimiento, y de hecho hicieron muchos y repetidos esfuerzos para sacarlo del abatimiento y miseria en que yacía, particularmente en 1785, en que redoblaron sus instancias; pero todo fué en vano: las inundaciones, las pestes, que despoblaron la parte Norte y Nordeste de la ciudad, la falta de agua potable, la injuria de los tiempos, la falta creciente de recursos, y acaso las mismas causas que indicaba, como hemos visto, el repetido Torquemada, produjeron el abandono y total ruina del Colegio. Ya en 1811, época en que el señor Beristáin escribía, no existía, como él mismo lo asienta, y al presente aún preguntamos dónde estaba el colegio imperial de Santa Cruz, que para muchos de nuestros lectores es desconocido hasta su nombre."

Respecto de esta última noticia, que acabamos de trasuntar de un artículo del señor Berganzo, publicado en el Diccionario de Historia y Geografía, hay que hacer dos advertencias.

Tan cierto es que los franciscanos se interesaron en el restablecimiento y subsistencia del colegio de Santa Cruz, que el R. P. Fr. Fernando Alonso González, coadyuvando á los deseos de Don Juan Olivar Rebolledo, costeó la biblioteca del mismo colegio, contribuyó para los gastos de la conducción del agua al barrio de Tlaltelolco, y pagó el vestido de siete colegiales caciques. Nació este religioso en Medina del Campo; tomó el hábito el año de 1689, y en el de 1700 pasó de misionero á la provincia de Michoacán, en donde permaneció algunos años. Vino después á México, y en el de 1734, á 28 de Diciembre, murió en el convento de Santa María la Redonda.

Debemos también advertir que no es tan difícil determinar la situación del colegio de Santa Cruz, si se tiene en cuenta que desde el principio estuvo anexo al convento de Santiago Tlaltelolco, y que, según nos informan los cronistas, la puerta principal de aquel edificio daba al patio del segundo. Esto supuesto, y admitiendo que el convento de San Buenaventura no sea más que el antiguo, reedificado; si se

nos preguntara dónde estaba el colegio de que vamos tratando, ni titubearíamos en responder, y con algún fundamento, que se asentaba en la superficie que cae al Oeste del sobredicho convento.

En el día, esa superficie forma parte de otra mayor, cercada por una gran tapia que se extiende en cuadro, abrazando por el Sur la huerta, el presidio militar, la casa de asilo para mendigos, y por el Oeste algunos patios, ó más bien, solares abandonados.

La parte principal del convento está destinada al presidio civil. Forman lo restante, la sacristía, en el piso bajo, y en el alto, todo el claustro, las celdas, el antecoro y la antigua cátedra de filosofía, donde hace poco tiempo se enseñaban las primeras letras á los niños del barrio. A la entrada de esa cátedra se ven dos cuadros en la pared, uno en cada lado, representando el de la derecha al P. Fr. Fernando González, y el de la izquierda al R. P. fundador del colegio de San Buenaventura. Ambos retratos son de buen pincel, y al pie del segundo se lee esta inscripción:

"El Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Fr. Juan
" de la Torre, hijo de esta provin-
" cia del Santo Evangelio, P. de la
" Santa provincia de Búrgos, predi-

" cador apostólico, comisario gene-
" ral de todas las provincias de esta
" Nueva-España, y obispo de Nica-
" ragua, á cuya solicitud y cuidado
" se hizo la fábrica de este colegio
" de San Buenaventura Tlaltelolco,
" 1661."

La sacristía conserva un tesoro que no se sabe cómo ha podido salvarse entre las vicisitudes del establecimiento: queremos hablar de un mueble precioso, de la cátedra que estaba en el general. Su forma es parecida á la de todas las de su tiempo, entre ellas, la del colegio de San Ildefonso. Es de nogal, y en su hechura puede admirarse una obra maestra de ebanistería.

Además del colegio de San Buenaventura, parece haber existido, hacia fines del siglo pasado, una casa pequeña situada al Sur de ese edificio, y destinada á hospicio de los religiosos que venían de Nuevo-México. Resto de esa casa es el patio que se ve actualmente entre la huerta y el referido colegio, en cuyo centro hay una fuentecita octágona, cubierta de azulejos, que no carece de gracia. Junto á la pared que divide el patio de la huerta está otra fuente, encima de la cual y escrita en la misma pared, se lee esta noticia:

"Se acabó este hospicio de la Santa
" ta Custodia de la Nueva-México,
" á 31 días del mes de Julió, de or-
" den de N. M. R. P, comisario ge-
" neral de todas las provincias de es-
" te reino, Fr. Pedro Navarrete, y
" procurador.... de la dicha Custo-
" dia, el P. Fr. Juan Miguel Menche-
" ro, año de 1776."

Lo que hoy se llama la huerta, no es más que una pequeña parte de la que, según tradición tenía el colegio de Santa Cruz, y ocupaba toda ó casi toda la área donde se levantan actualmente el presidio militar y la casa de asilo para mendigos. No obstante, reducida como está, es todavía de una extensión considerable, y no parece hallarse mal atendida por las personas que cuidan del edificio. Vénse en ella plantados, varios olivos y algunos otros árboles de vistoso follaje, sobresaliendo entre todos un fresno secular, de estatura gigantesca, á cuya sombra se imagina el observador ver en pie las venerables figuras de Sahagun y Torquemada.

———

VIII

El Santo Cristo del Milagro.

Pero ya es tiempo de que entremos á la iglesia.

Su forma es la de una cruz latina, como la de casi todos nuestros templos, y se respira cierto bienestar bajo de esa nave tan bella y espaciosa.

Desde luego llama la atención el coro, por tres pinturas á la aguada, que representan pasajes de la vida del beato Sebastián de Aparicio: son de figura oval y de gran tamaño. Había otras de las mismas dimensiones en el convento de San Francisco, y por tradición se sabe que todas fueron traídas de Roma, donde sirvieron para adornar la Basílica de San Pedro el día de la beatificación del virtuoso lego.

El retablo mayor, de una arquitectura al gusto del siglo décimo-sexto, fué también obra del insigne Torquemada, como hemos indicado, y costó, según dice, veintiún mil pesos, y aun más, si se tiene en cuenta que los oficiales trabajaron en él de balde. Ostenta cuadros en que lució el pincel del célebre Baltasar de Echave ó Chávez, único en su arte, como entonces se le llamaba.

Este retablo, así como los que adornan las dos pilastras laterales, fueron dorados de nuevo á mediados del siglo décimo-octavo, según consta de la noticia escrita al lado de la portentosa imagen de un San Cristóbal colosal que está pintado en la pared, hacia la puerta que da al Norte. Hé aquí esa noticia:

"A expensas solicitadas y aplica-
" das por N. M. R. P. Fr Manuel
" de Nájera, siendo comisario gene-
" ral de esta Nueva-España, se reto-
" có esta imagen; se revocó y blan-
" queó toda esta iglesia, por dentro
" y fuera, y se doraron de nuevo el
" retablo mayor y los dos laterales
" de sus pilastras, año de 1763."

Además de esos retablos, posee otros la iglesia, en uno de los cuales se veneraba un Crucifijo, por el que en vano hemos preguntado en nuestros días, pero que alcanzó gran celebridad en otro tiempo.

El motivo de esa celebridad se justifica, pues fué nada menos que un milagro, y un milagro estupendo.

Es de saberse que allá por los reinados de Felipe III ó Felipe IV, en cierto día salió de casa un indio, dando voces:—¡el Señor está sudando, el Señor está sudan-

do! vengan á verlo, vengan á verlo! decía entre gozoso y espantado.

Acudieron los vecinos en tropel, y la modesta habitación del indio se vió en pocos instantes invadida por una muchedumbre, ávida de contemplar la maravilla. En la pieza de esta habitación, destinada á oratorio, que los naturales llaman "santo calli," sobre un altar engalanado con flores, se hallaba una estátua gigantesca de Jesús, un corpulento Crucifijo, como le llama Cabrera; y en efecto, algunas gotas como de sudor, se dejaban percibir en varias partes de la efigie.

Uno de los españoles, que al olor de la novedad se había mezclado entre los espectadores, después de observar atentamente el prodigio, dijo en voz baja á uno de aquéllos:

—¡Vaya un clima éste, donde hasta los santos sudan el quilo!

—¡Calla! respondió el otro; si es que el Crucifijo acaba, sin duda, de salir del "temaxcalli!"

Por fortuna de estos pillastres, "esprits forts" de su época, y acaso descendientes de portugués ó de judío, no acertó á encontrarse oculto entre la turba algún auxiliar del Santo Oficio.

Los demás concurrentes creyeron á pie juntillas que milagrosamente sudaba el Crucifijo, y los más devotos, que eran

unos españoles mocetones y robustos, determinaron, sin consultar el parecer del dueño, cargar con la estátua y transladarla procesionalmente á la iglesia de Santa Catarina Mártir. Opónense los indios; insisten aquéllos en su determinación, indicando la necesidad de que á la imagen se dé el debido culto; no se persuaden los otros, y amenazan á los ladrones con un severo castigo; búrlanse éstos de la amenaza, y aquí de Dios!

Divídense en dos bandos los circunstantes, y arremeten unos contra otros, con ardor diabólico. Al principio todo fué confusión y vocería; llovían palos y puñadas; caían los combatientes y se levantaban con mayor brío; se extremecía la pieza; volaban los muebles, como armas arrojadizas, y, sin embargo, la victoria quedaba indecisa.

Triunfan los españoles, al cabo de una hora de combate: sálense á la calle formando un grupo por encima del cual se alzaba el disputado Crucifijo; pero este paso fué su perdición. Corren tras ellos los indios, armados de palos y piedras; dispónense los españoles á una nueva pelea, apiñándose en derredor de la efigie, como un batallón que defiende su bandera; pero una granizada de piedras, lanzada por sus contrarios, los obliga á dejar

caer la presa, y á poner pies en polvorosa.

Quedó el campo por los indios.

Mas, ¡cuál fué su asombro, cuando, al levantar el Crucifijo, advirtieron que tenía en la garganta del pie derecho una herida que sangraba!

Esta herida fué causada por el golpe de una piedra inicua.

Arrepentidos los vencedores, de su mal proceder, aplicaron una venda á la herida, y condujeron devotamente el Crucifijo á la iglesia de Santiago, donde procuraron desagraviarle, de cuantos modos les fué dable; y colocado en un altar suntuoso, empezó á ser conocido desde entonces con el nombre de "El Santo Cristo del Milagro."

Pero á este milagro sucedió otro no menos insigne. Había enfrente del altar, donde fué puesto el Crucifijo, una estátua de San Antonio de Padua, en ademán de ver al niño Jesús, que sostenía en la mano izquierda; mas apenas observa colocado en su altar el Santo Cristo, cuando, alzando los ojos hácia él, queda en esta actitud para siempre, con admiración de los arrepentidos tlaltelolcas.

IX.

Una ojeada á la Historia Antigua.

Viniendo ahora á lo exterior de la iglesia, no se puede prescindir de mirar y examinar las puertas, que son de una hechura laboriosa y agradable. La fachada principal del edificio, que da al Poniente, tiene una portada sencilla y de buen gusto. El cornisamento del primer cuerpo descansa sobre cuatro pilastras dóricas, dos á cada lado de la puerta, las cuales dejan ver en los intercolumnios un nicho con su estátua correspondiente; apóyase èl del segundo en otras tantas pilastras jónicas, y el del tercero, en igual número de pilastras de orden corintio. Se vé, por lo mismo, que el arquitecto siguió en la obra, y por lo que hace á la especie de pilastras. la gradación que pide la naturaleza, colocando arriba las más ligeras, respectivamente á las de abajo. Lo que sí no puede perdonársele, es que haya puesto por remate del tercer cuerpo un fróntis semicircular, siendo todos los de esta figura un aborto del arte, ya degenerado. Esta falta se evitó en la portada que corresponde á la entrada lateral de la iglesia, cuyo fróntis, de forma triangular, os-

tenta encima un águila, con las alas extendidas.

El aspecto de todo el edificio es severo é imponente; y según lo reforzado de los muros, señaladamente de los que forman la parte inferior de las torres, no parece sino que el P. Torquemada intentó construir un edificio perdurable.

Observado desde el cementerio, y á unos cien pasos de distancia al Norte, se presenta en majestuoso aislamiento, sin más compañía que la de un árbol del Perú, que por su postura especial, con el tronco inclinado y las ramas colgantes, parece como agobiado bajo el peso de los siglos.

A la sombra de este árbol, quizá contemporáneo de la primera iglesia, y el único de los que en otro tiempo alegraban el cementerio, hemos contemplado la puesta del sol en una tarde de primavera.

Un enjambre de abejas que poblaba el follaje libando la miel de las flores, y platicando armoniosamente, comunicaba al ánimo una melancolía apacible, haciéndonos recordar el sauce y el "levi susurro" de Virgilio.

Por otra parte, la soledad, el cielo limpio de toda nube, y el astro del día, mudo testigo de las dichas y miserias de tantas generaciones, invitaban á recorrer con

el pensamiento los sucesos de que habían sido teatro aquellos sitios, y á remontarse hasta las risueñas fábulas que presiden al establecimiento de los tlaltelolcas.

Cuando los aztecas venían peregrinando en busca de las encantadas regiones donde, según su oráculo, debían fijar su imperio, llegaron á un lugar llamado Cohuatlicámac, en que permanecieron tres años.

Estando juntos un día en el campamento que tenían formado, aparecieron dos "quimillis" ó envoltorios, en medio de ellos, y movidos de la curiosidad, se dieron prisa en desatar uno, para saber lo que contenía.

No fué vana su diligencia: el quimilli atesoraba en lo más interior, una piedra preciosa, á manera de esmeralda; pero excitada la codicia de todos, cada cual la quiso para sí ó su familia, y en último, caso, para toda su parentela. Resultó de aquí, que se formasen dos bandos, que por disputarse el hallazgo, se vieron á pique de venir á las manos.

En tal conflicto acudió á poner paz Huitzíton, que hasta allí los había ido acaudillando, y dirigiéndoles la palabra, les echó en cara su poca cordura en contender por la alhaja descubierta en el envoltorio, sin averiguar siquiera lo que el

otro contenía, que por ventura podía ser algo más precioso.

Convencidos de la fuerza de una observación tan juiciosa, dieron treguas á la disputa, y quedándose los de un bando con la piedra, se pusieron los del otro á desatar el envoltorio hasta entonces intacto. Concluída la operación, hallaron sólo dos palos.

No conformes con este resultado, iban de nuevo á emprender la contienda con los poseedores de la piedra; pero Huitzíton, que estimaba en más el segundo hallazgo, y que á toda costa quería mantener unidos á los miembros de aquella gran familia, se presentó á calmarlos, indicándoles que mayor tesoro eran los palos que poseían, pues que dotados de una virtud inestimable, les servirían de mucho en el discurso de su peregrinación.

Preguntado cuál era la virtud que tanto ponderaba, tomó los dos palos, y restregándolos uno contra otro, sacó fuego de ellos.

Comprendieron, á vista de este fenómeno, que hasta entonces había sido para todos un secreto, que su caudillo tenía razón; pero, como es fácil preverlo, renació la disputa, quizá con más ardor, que al principio, á causa de los palos, y aunque el prudente Huitzíton logró que no tomara cuerpo, quedaron indispuestos los

ánimos, y los de un bando permanecieron enemistados con los del otro, para siempre.

Hé aquí el origen de la división de la gente azteca en dos tribus ó parcialidades, y de las disensiones que después turbaron la armonía de su sociedad. Reputábanse nobles los que se apropiaron la esmeralda, y los dueños de los palos, plebeyos.

Pasaron los años, y cuando ya unos y otros habían llegado al valle de Anáhuac, término de su viaje; establecidos ya en la isleta situada en medio de la laguna, aunque harto mal acomodados por lo mezquino del terreno, un día en que la tribu de los nobles se mostraba altamente disgustada de esa estrechez, sucedió que varios sujetos pertenecientes á ella vieron levantarse hacia el Norte, y de entre los carrizos y espadañas, una columna de polvo á manera de remolino, que se perdía en el cielo.

Asombrados del caso, pues que ciertamente no podía producirse polvo donde no habían visto más que agua, enderezaron los pasos hacia el lugar en que se verificaba: llegan, mas ¡cuál es su admiración al ver una isleta formada de un terreno arenisco y que parecía estar convidando pobladores! Hallan, además, en

la parte más elevada, una flecha, una culebra enroscada, y una rodela ó "chimalli."

Persuadidos de que la presencia de estos objetos era una insinuación divina, volviéronse á participar á la tribu de los suyos todo lo ocurrido, resultando de aquí que se separase de la de los plebeyos para establecerse definitivamente en el lugar nuevamente descubierto. Era éste elevado hacia el centro, de donde disminuía en altura gradualmente, hasta la orilla, por lo que, y atendiendo á la materia de que se componía, le llamaron "Xaltelolco," ó sea "montón de arena."

Una vez fabricadas las primeras casas, para agrandar el terreno, empezaron los nuevos pobladores á formar al rededor chinampas, que con el tiempo se fueron asentando; y aumentando el número de ellas sobremanera,, llegaron á componer mediante este arbitrio, una gran superficie, que desde esa época adquirió el nombre de Tlaltelolco, el cual significa, según los historiadores, "montón de tierra artificial, ó hecho á mano." De aquí también les vino á los habitantes de ese lugar el nombre de Tlaltelolcas, así como por otra razón el de tenochcas ó mexicas, y hoy mexicanos, á los de la isla situada al Sur, llamada Tenochtitlán.

Separados unos de otros, los tlaltelol-

cas se constituyeron en nación independiente, y deliberaron entre sí acerca del gobierno que les convenía. Escogida la forma monárquica, pidieron rey al señor de Atzcapotzalco, de quien eran tributarios, el cual les dió á Quaquauhpitzahuac, su hijo segundo, que los gobernó por muchos años, hermoseando la ciudad con buenos edificios, huertas y jardines, y extendiendo sus dominios por medio de las conquistas que hizo, de varios pueblos comarcanos, entre otros, los de Coacalco, Xaltocan y Tenayocan, hoy Tenayuca.

Muerto este rey, entró en su lugar Tlacatécatl ó Tlacatéutl, que siguió la política de su antecesor, y conquistó los pueblos de Coyohuacan y Aculhuacan

El tercer rey de Tlaltelolco fué Quauhtlatohuátzin, que aspirando á hacerse dueño de México, murió en la guerra que se suscitó por este motivo entre sus vasallos y los hijos de aquella ciudad.

El cuarto señor que gobernó á los tlaltelolcas fué Moquihuix, de funesta memoria. Era hombre de perversas inclinaciones. Casó con la hermana de Axayácatl, rey de México, y observó con ella una conducta tan cruel y villana, que puso á su cuñado en la necesidad de reprenderle con acrimonia, y al fin, de hacerle la guerra, en que pereció el primero. Peleaban en ella con terrible furia, mexica-

nos y tlaltelolcas, mientras el monarca de los últimos los contemplaba desde lo alto del templo: indignados éstos, le afeaban su cobardía, dándole voces para que bajase á participar de los peligros de la batalla; pero sordo á su llamamiento, se mantuvo en la posición que había elegido, hasta que, perdida toda esperanza de victoria, se dejó caer, ó le precipitaron, según otros afirman, muriendo de resultas del golpe. Con la muerte de este mal soberano, acabó el señorío de Tlaltelolco, y la ciudad pasó desde entonces á ser un barrio de Tenochtitlán, en cuya categoría se conservó hasta la conquista del país por los españoles.

Los hijos de este barrio eran más valientes y tenaces en la pelea, que sus vecinos, como lo acreditaron durante el sitio que puso á México Hernán Cortés: ganada esta ciudad en tres días, refugiáronse los tenochcas á Tlaltelolco, donde todos juntos resistieron todavía al invasor, por más de noventa días, hasta que acosados del hambre y la peste, hubieron de rendirse.

Después de la conquista recobraron los hijos de Tlaltelolco una sombra de su pasado señorío. El gobierno español conservó hasta cierto punto la independencia de las dos antiguas parcialidades, dando á cada una su gobernador, escogido

de entre los caciques ó principales, y éstos funcionarios se sucedieron sin interrupción hasta la consumación de nuestra independencia. El primer gobernador de Tlaltelolco fué Don Pedro Temile, que auxilió á los castellanos en las conquistas de Guatemala y Honduras, y el último, Don Francisco Soria, de quien hay todavía parientes en el barrio.

Sin embargo de la unión de las dos tribus bajo una misma soberanía, y del concierto de las voluntades para rechazar al invasor extranjero, así antes como después de la conquista, insistieron en su anterior enemistad, que se perpetuó de padres á hijos, como una triste herencia; y hasta hoy, se conserva memoria de los terribles encuentros que tenían á veces los vecinos de Tlaltelolco con los de Santa María la Redonda, por un puente situado en este último barrio, conocido todavía con el nombre de "Puente de las Guerras."

Por tradición se sabe, que el sitio que al presnte ocupan la iglesia de Santiago, el Técpan y la Alameda ó proyecto de Alameda que se vé en la plaza, era el mismo donde se establecieron primitivamente los nobles propietarios de la esmeralda, y que fué agrandado después, merced á sus afanes.

En él estuvo el célebre mercado, ó gran

plaza, rodeada de portales, según la describen los historiadores, donde cada cinco días se juntaban comerciantes venidos de todos los pueblos del imperio, y aun de los países más lejanos, como Guatemala. En él estuvo, asimismo, el templo dedicado á Huitzilopochtli, no el mayor, que, como hemos dicho, se hallaba en Tenochtitlán, sino otro que fué incendiado durante el cerco que pusieron á la ciudad las huestes españolas.

Sobre el área donde se asentaba este teocalli, fueron levantadas las iglesias primitivas de Santiago, así como la que hoy está en pie, dedicada al mismo santo.

Ya se sabe lo bastante acerca de ellas. Como la más antigua del barrio, era parroquia, continuaron siéndolo también las posteriores, y todavía á mediados del siglo décimo octavo, hablando Cabrera sobre la última, hace mención del cura ministro y de los otros religiosos que en ella asistían. El cementerio actual es probablemente el mismo donde se congregaban para asistir á los divinos oficios, los primeros mexicanos, convertidos al cristianismo, entre los cuales se hallaría el célebre Juan Diego.

Tal fué el resultado de la correría que hicimos por el campo de la historia de Tlaltelolco durante los momentos que pasamos al pie del árbol consabido, mien-

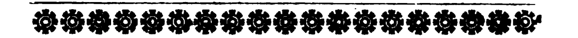
trás el sol se abismaba detrás de las desiguales cimas de la cordillera.

Apareció después el crepúsculo, tinta melancólica, luz dudosa é ideal, que hermosea apaciblemente el semblante de la naturaleza. Las lomas del Tepeyácac nadaban en una atmósfera sonrosada, y el Popocatépetl apenas se dejaba entrever, cubierto por una cortina de nubes, como se oculta en el porvenir un gran pensamiento, velado por la ignorancia y preocupaciones de la edad presente.

Acercábase la noche, envolviendo los objetos con su manto de sombras y silencio, cuando un ruído sordo y no interrumpido nos hizo convertir los ojos hacia el Tecpan: pasaba la locomotora por el camino de hierro; ¡pasaba rápida, incansable, triunfante, ávida de espacio, como el espíritu de la civilización, como el genio del progreso!

¡Ah, si las sombras de Quauhtemoc y de Mendoza contemplaran este espectáculo! nos dijimos en un instante de delirio. Mas basta ya de interrogàr á lo que fué, añadimos, mirando el rastro de vapor que en pos de sí dejaba la locomotora: la antigua México se pierde más y más cada día en el desierto de la eternidad, como esa nube efímera se va disipando en el espacio silencioso. Nuestra herencia es el

porvenir. Lo pasado merece un saludo, es verdad; más el porvenir es la esperanza de la nación; en él reside toda su vida y el tesoro imperecedero de su felicidad: ¿será concedido á nuestra generación hacer esa conquista?....



SANTA CLARA

I.

La dedicación de la Iglesia.

En la tarde del 22 de Octubre de 1661, los habitantes de la ciudad de México se agolpaban á las calles de Tacuba y del Empedradillo, impacientes por gozar de un espectáculo que excitaba vivamente la curiosidad en aquellos tiempos.

La segunda de las calles sobredichas, llamada entonces "Plazuela del Marqués del Valle," por el palacio de Cortés, que la limitaba hacia el Poniente, era en especial digna de observarse, á causa de la muchedumbre que en ella se agitaba, y del adorno suntuoso de los edificios contiguos, entre los cuales se distinguía el mismo palacio antes mencionado.

Era éste un alcázar almenado, especie de fortaleza gótica, con dos soberbios bastiones, uno en la esquina de la calle de Plateros, y otro en la de Tacuba, que le daban un aspecto imponente. En su fachada sombría, adusta y parca en ornamentos arquitectónicos, aparecía una série de balcones, cuyos balaustres toscos se ocultaban á la sazón bajo enormes cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro, con un gusto aristocrático. La del balcón principal ostentaba el escudo de armas de la familia, de la cual no había ya en México, más que ramas colaterales, pues que la línea recta masculina se había extinguido en Don Pedro Cortés Ramírez de Arellano, IV marqués del Valle; por lo que el mayorazgo había pasado al duque de Terranova, á virtud del casamiento de éste con Doña Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, sobrina de Don Pedro.

Hallábase ausente la marquesa; mas no por eso escaseaban concurrentes al palacio, y en la tarde á que nos referimos, poblaban los balcones damas y caballeros de lo más granado de la nobleza mexicana, brillando las primeras por la hermosura y la pompa regia de los trajes. Con todo, no podían ufanarse de una excelencia que estaba lejos de ser exclusivamente suya, supuesto que tenían rivales no

menos bellas y galanas en los balcones de las casas de la calle de Tacuba. El adorno en ésta era también más profuso y vistoso; y el sol, que ya declinando al ocaso la inundaba en un torrente de encendida luz, daba animación, inquietud, alborozo, á todos los objetos, haciendo aparecer bajó formas transparentes y fantásticas, las cortinas pendientes de los balcones, las flámulas y gallardetes de todos colores, que en continuo vaivén colgaban de la parte superior y saliente de los edificios, los arcos de ramas verdes y frescas que á manera de puentes unían una acera con la otra, y por último, el río de gente que ora avanzando, ora retrocediendo, ora arremolinándose en las bocacalles, producía un rumor confuso, incesante, amenazador como el de una avenida.

Pasada media hora, tomó incremento aquel rumor, al dejarse oír un repique estrepitoso, que no bien había comenzado en la Catedral, cuando se le asoció el de las campanas de las demás iglesias.

Al mismo tiempo empezó á salir de la metropolitana la procesión más grave y numerosa que hasta entonces había recorrido las calles de la capital. Todas las cofradías con sus estandartes, toda la clerecía, los músicos de coro de la catedral, y una multitud de personas de la más al-

ta categoría, hé aquí lo que formaba esa espléndida procesión, la cual en dos filas paralelas se fué extendiendo por las calles antedichas. La mayor parte de estas personas llevaba vela en mano. En el suelo se regaban flores y ramas de oloroso mastranzo. A lo último iban los canónigos, y tras ellos, bajo de palio, conducía al Santísimo Sacramento el Dr. Don Juan de Poblete, Deán del Cabildo eclesiástico de México, y Arzobispo electo de Manila. Cerraban esta gran comitiva, el virrey, que lo era el conde de Baños, y la real audiencia con las demás autoridades subalternas.

Al llegar el sagrado huésped al templo de Santa Clara, en medio de una lluvia de rosas y panes de plata voladora, las puertas, que hasta ese momento habían estado cerradas, se abrieron de par en par, dejando salir siete niñas ricamente vestidas á la mexicana, las cuales empezaron á ejecutar una graciosa danza al son de una música tierna y sencilla.

Tras esto, dos de esas ninfas de Anáhuac recitaron una loa, cuyo asunto era dar la bienvenida al Santísimo Sacramento; y colocado que fué en el altar mayor, se procedió inmediatamente al oficio de vísperas, que terminó ya casi al anochecer.

En la mañana de aquel mismo día, ha-

bía sido bendecida la iglesia, con las ceremonias que prescribe el ritual romano. por el P. Fr. Alonso Bravo, guardián del convento grande de San Francisco, y después obispo de Nicaragua. Su adorno interior era, para aquellos tiempos, maravilloso, y la ciudad toda acudía á contemplarlo y admirarlo, sin cesar de aplaudir al insigne artífice á cuyo ingenio y destreza era debido: Llamábase éste, Pedro Ramírez, arquitecto y escultor famoso, á quien daban el dictado de maestro de maestros, y que se había granjeado esta reputación no sólo por la obra del templo que á la sazón se estrenaba, sino por la del convento grande de San Francisco, y la de casi todos los de México.

Al siguiente día cantó la misa el Dr. Don Juan de Poblete, y predicó el Dr. Don Francisco de Siles, canónigo por oposición, de Sagrada Escritura, cuyo sermón fué en extremo celebrado.

En los otros días del octavario tuvieron á su cargo las funciones correspondientes las comunidades religiosas de Santo Domingo, San Agustín, el Carmen, la Merced, la Compañía de Jesús, San Diego y San Francisco; predicando en ellas, y por el orden que sigue, Fr. Cristóbal Téllez, Fr. Nicolás de Acuña, Fr. Fernando de la Madre de Dios, Fr. Alonso de Sedeño, el P. Luis de Legaspi, Fr.

Diego de Astudillo, y Fr. Alonso Bravo, todos sujetos de gran saber y excelentes disposiciones oratorias.

Tal es, en sinópsis, la solemnidad con que se verificó la dedicación de la iglesia de Santa Clara.

II.

Dónde estuvo al principio el Monasterio.

Ochenta y dos años antes del suceso referido, esto es, en 1579, á eso de las diez de la mañana del 4 de Enero, había una selecta y numerosa concurrencia en la ermita de la Santísima Trinidad, situada donde hoy está la iglesia del mismo nombre.

Las miradas todas se fijaban en el señor Don Martín Enríquez, virrey entonces de Nueva-España, que ostentando un magnífico vestido á la moda de aquel tiempo, eclipsaba á las demás autoridades y palaciegos que le acompañaban. Asistían, igualmente, el comisario general de San Francisco, Fr. Rodrigo de Sequera, el Dr. Don Pedro Farfán y varias otras personas notables, tanto eclesiásticas como seglares. ¿Qué motivo las había llevado á aquel lugar?

Es de saberse que el pequeño edificio

anexo á aquella ermita, conocida años antes bajo la advocación de San Cosme, San Damián y San Amaro, se había establecido desde 1568, un beaterio, de que fueron fundadoras una noble señora, viuda de un sujeto cuyo nombre no ha podido averiguarse, y cinco hijas suyas, á las cuales se asociaron después varias doncellas pertenecientes á las primeras familias mexicanas. Ignóranse, asimismo, los nombres que tenían en el siglo la señora y sus hijas, pero no los que adoptaron cuando ya en 1570 se resolvieron á entrar de lleno en la vida monástica, bajo el hábito y regla de Santa Clara. Son los siguientes:

Francisca de San Agustín.
María de San Nicolás,
Isabel del Espíritu Santo.
Luisa de Santa Clara,
María de Jesús, y
Francisca de la Concepción.

Desde esa fecha, el número de las novicias fué aumentando más y más cada día, pero sin que se sepa que alguna haya profesado, hasta que en el año de 1579 se tuvo por conveniente que con toda solemnidad hicieran los votos; de manera que la función que atraía á los moradores de México á la ermita de la Santísima Trinidad en la mañana á que nos hemos

referido, era nada menos que la que acompaña á una profesión de monja.

Mas no una, sino veintidós, eran las que iban entonces á profesar.

En efecto, después de la misa y sermón de costumbre, hicieron los votos esas veintidós señoras, en manos de la madre Luisa de San Gerónimo, monja del convento de la Concepción, de donde salió para desempeñar en el nuevo de Santa Clara el cargo de abadesa, dejando el hábito y regla con que profesó, y adoptando el hábito y regla que la mudanza de su situación exigía. En 6 de Enero del mismo año, profesaron otras cuatro novicias.

Pasaron las religiosas casi todo ese año en la ermita de la Santísima Trinidad; pero hallándose incómodas, por la estrechez de la vivienda, dispusieron transladar el convento á un edificio más holgado, y así lo verificaron en 22 de Diciembre, pasándose á unas casas que compraron hacia la esquina de las calles de Vergara y Tacuba, en las cuales permanecieron hasta nuestros días. Ese sitio fué llamado antiguamente en lengua mexicana, "Pepétlan," que significa "fábrica de esteras ó petates," porque en él se hacían y vendían esos utensilios.

No será por demás, añadir que nuestras monjas quedaron desde la fundación

del convento, sujetas á los religiosos franciscanos de la capital, y que su primer vicario fué el P. Fr. Bernardino Pérez, religioso docto y de buenas costumbres

---

III.

Desenfado español.

Pero antes de pasar adelante en la historia del nuevo monasterio, tenemos que retroceder á los tiempos del primitivo, para referir dos hechos que le conciernen, y en que figura el beato Sebastián de Aparicio.

Ya dijimos en otro lugar, que el caritativo lego renunció sus bienes, en favor de las monjas de Santa Clara, y que se dedicó á servirlas en clase de donado. Véamos ahora. cómo se efectuó esa renuncia.

Hallábase un día, cuando aún era seglar, con algún desasosiego, pensando que nada había hecho para agradar á Dios, y servir á sus semejantes. En tal disposición de espíritu, acudió á pedir consejo á un religioso de Tlalnepantla:—Padre, le dijo, ¿qué debo hacer para considerarme como discípulo de Cristo?

—Vé, le contestó con el consejo del

Evangelio; vé y vende lo que tienes, y dálo de limosna.

—¿A quién le parece será bueno darla?

—A las monjas de Santa Clara, que son hoy las más pobres.

—Pues, délo por hecho, respondió Aparicio, sin titubear.

Y en efecto, dentro de pocos días vendió dos haciendas que tenía en el valle de México, un hato de ovejas y un negro esclavo, en que consistían todos sus bienes; y reservando sólo una pequeña porción de dinero para sustentarse, hizo donación de lo demás, que montaba á veinte mil pesos, al convento de que vamos tratando.

A este paso, siguió el de vestirse con el tosco sayal de San Francisco, y dedicarse á servir á las religiosas en la clase antes indicada. Su mayor afición era entonces, el desempeño de las labores de sacristía, poniendo gran diligencia en que todo lo concerniente al culto estuviese perfectamente arreglado Hizo más: por lograr la satisfacción de ayudar á misa, empleó muchas horas en aprender de memoria las oraciones que corresponde saber al ayudante; y cuando ya creía haberlo conseguido, se presentó una vez resueltamente, á desempeñar el papel que tanto ambicionaba. Al principio, todo caminó á maravilla: el sacerdote rezaba y él

respondía como era debido; pero al decir aquél "orate fratres," nuestro Aparicio notó, con sentimiento, que la memoria le era infiel. No obstante, con un aplomo admirable, aunque no sabía qué responder, se volvió al coro, donde las monjas asistían al santo sacrificio, y les dijo en alta voz: "madres, Deo gracias;" expediente famoso que dió no poco que reír.

IV.

La Iglesia.—Incendios.

Bosquejamos ya la solemnidad con que se dedicó y bendijo el templo del convento de Santa Clara, y justo es no retardar la noticia de su erección y costo, así como la de las calamidades que le han sobrevenido después.

"No se cierren mis ojos hasta que yo eche cimientos y levante paredes," decía á menudo el buen anciano Antonio Arias Tenorio, sujeto de noble alcurnia y dueño de una cuantiosa hacienda, que vivía en la capital hacia fines del siglo décimo sexto. Con tal expresión significaba el deseo vehemente de que se edificase alguna iglesia á su costa.

Hacia ese mismo tiempo se translada-

ron, como hemos visto, las monjas de Santa Clara al sitio de la calle de Tacuba; y no teniendo caudales suficientes que destinar á la obra del templo, que desde luego pensaron levantar junto á las casas donde moraban, solicitaron persona que los tuviese y quisiera aprontarlos para ese objeto, ofreciéndole en debida gratitud el patronato con las ventajas y preeminencias consiguientes. Arias Tenorio, que no deseaba otra cosa, aprovechó la coyuntura, y el asunto quedó en breve arreglado, extendiéndose las escrituras respectivas.

En virtud de este compromiso, se procedió á abrir los cimientos del edificio, y en 13 de Octubre de 1601 se puso la primera piedra, gobernando la Iglesia el Papa Clemente VIII, siendo Rey de España Felipe III, comisario general de San Francisco el P. Fr. Pedro de Pila, y abadesa del convento de Santa Clara la madre Flora Angela de San Miguel.

La obra adelantó muy lentamente. Con todo, habría llegado á su término desde entonces, si Arias Tenorio no hubiera muerto cuando apenas se había construído poco más de la mitad, en lo que se gastaron sesenta mil pesos. Pero los herederos del patrono distaban mucho de hallarse animados del mismo celo por el acrecentamiento del culto, y en conse-

cuencia, abandonaron la obra que aquél había comenzado con tanto afán, si bien es creíble que para ello hubo, además, otra razón, cual fué la de haberse disminuído el caudal; siendo exacto lo que á este respecto dice Vetancurt, que las haciendas que se distribuyen en herederos van á menos, y en las Indias no llegan á los nietos, porque si el padre es rico, el hijo es caballero, y el nieto pordiosero.

Muchos años pasaron sin que las monjas lograsen medio de continuar la fábrica del templo, y acaso habría permanecido hasta el día sin concluirse, si el Licenciado Juan de Ontiveros Barrera no hubiera dejado en su testamento la cantidad de cincuenta mil pesos para ese objeto, mediante la cual consiguieron ver coronada la obra, estrenándose ésta en el día que ya hemos señalado.

Desde entonces acá, los sucesos más notables que nos recuerda esta iglesia, son los dos incendios que en ella se han verificado, siendo el primero á las ocho y media de la noche del 20 de Septiembre de 1677: prendió el fuego en la sacristía, comunicándose de un brasero que quedó allí olvidado, al cajón de los ornamentos; pero cesó pronto, merced á la eficacia de dos religiosas, que salieron por la craticula, á apagarlo.

Acaeció el segundo incendio, en Abril

videncias, como se vé por esta noticia, tomada del mismo diario:

"Los reverendísimos padres comisario general y provincial de la orden seráfica, determinaron que en el ínterin que las religiosas claras se mantienen en el convento de Santa Isabel, se les ministre diariamente por la provincia del Santo Evangelio, seis carneros y cien tortas, para ayuda de su manutención: asimismo dichos reverendos padres pasaron acompañados de los más peritos maestros de alarife, á reconocer la iglesia y convento para su habilitación, y á proporcionarles viviendas en que puedan asistir, sin que les perjudique la obra, la que luego principiaron; y para los gastos precisos de ello, dicho reverendo padre provincial, en compañía del síndico general Don Miguel Alonso de Ortigosa, salieron á recoger entre los sujetos de esta República, y en el primero juntaron 5,600 pesos; continuaron la diligencia, y se tiene por cierto lograrán cuanto se necesita, respecto al amor con que todos miran al seráfico padre y sus hijos, lo que se ha experimentado en estos días en las abundantes comidas que han llevado á las religiosas de las casas de los mariscales, coronel Rivascacho, Correo Mayor y otras."

En el siguiente mes, pudieron ya las monjas transladarse á la morada provi-

sional que se les construyó en su mismo convento. El diario antes citado nos suministra una descripción de ella y de las circunstancias que acompañaron al acto de la translación:

"Con grande exigencia procuraron los reverendos prelados de la orden seráfica, el que con abundancia de operarios se facilitasen viviendas cómodas en el convento de Señora Santa Clara, á sus religiosas, con separación de la reedificación de coro alto y bajo, claustros y oficinas que arruinó el incendio; formóseles coro alto en la tribuna de la capilla mayor de su iglesia, y el bajo, en la que era antes sacristía, condenando la puerta que caía á ella, sirviendo la del presbiterio para manejarse: blanqueóse la mitad de la iglesia, dividiéndose con un tabique, y quedándole una de las puertas principales: pusiéronse cuatro retablos y un campanil, que cae á la calle de Vergara, en donde pusieron tres campanas; y la mañana del 10, á las seis, la religión seráfica, en compañía de la betlemítica, en cuya iglesia se depositó el Divinísimo la mañana del incendio, transladaron en devota procesión á Su Majestad á la referida iglesia de Santa Clara, y teniendo aprontados crecido número de forlones en el convento de Santa Isabel, pasaron al suyo á las reverendas madres claras: afectuosas fue-

ron las expresiones al tiempo de la despedida de unas y otras religiosas, por los especiales favores que recibieron en el hospedaje de un mes y cinco días, y tiernas y lamentables al tiempo que entraron en su convento, viendo la ruina que causó en él y en su iglesia el fuego, que no se ha podido averiguar su principio ni causa: el Ilmo. señor Arzobispo les envió este día una espléndida comida, y no fué menor la que recibieron de las religiosas isabeles: correspondiente fué la cena con que las obsequiaron las religiosas de San Juan de la Penitencia, de la misma filiación: los reverendos padres de la Sagrada Compañía de Jesús de la Casa Profesa, sus vecinos, les enviaron una crecida porción de chocolate labrado, y doce arrobas de azúcar, y otras muchas personas de esta ciudad manifestaron con varios regalos la voluntad que les profesan."

Sin embargo de la actividad que se desplegó en la prosecución de la obra, casi un año pasó para que se llegara á ver concluída en parte. Hé aquí lo que á este respecto nos dice el mismo Castro Santa-Anna:

"El 18 (Marzo de 1756) se bendijeron los hermosos y bien adornados coros alto y bajo de religiosas de Santa Clara, y asimismo la mitad de su iglesia, que se

hallaba dividida, por el estrago que causó en ella y dichos sus coros, el incendio del año próximo pasado, cuya fábrica ha tenido considerables costos, y los que continúan en la fábrica de su convento, y al anochecer, estrenaron los coros las religiosas, con una tierna y devota procesión de penitencia, suplicando á su Divino Esposo las liberte en lo de adelante. de semejantes ruinas."

Como se ha podido muy bien advertir, no sólo en la iglesia, mas también en el convento, halló pasto la voracidad de las llamas, causando una pérdida difícil de repararse en poco tiempo. Por desgracia, carecemos de datos para seguir la historia de la reedificación hasta la conclusión de la obra. El diario de que nos hemos servido, termina en el año de 1758, y por él ya no sabemos más, sino que la fábrica continuaba sostenida con los productos de algunas loterías destinadas á ese objeto. Las gacetas de México, que empezaron á publicarse en 1784, nada dicen sobre el paricular. Con todo, no será muy aventurado colocar la conclusión de la obra de que vamos hablando, en uno de los años que abraza el período de 1758 á 1784, quedando desde entonces el monasterio, en el estado que guardó hasta el presente siglo.

Desapareció el campanil que daba á la

calle de Vergara, y le substituyó el actual, que mira á la de Santa Clara, no ya con tres, sino con muchas más campanas.

Quien no conozca la iglesia de que se trata, debe saber, que está situada de Oriente á Poniente; á este viento el altar mayor, y á aquél los coros de las religiosas. Tiene dos puertas, que dan á la calle antiguamente llamada de Tacuba, y hoy de Santa Clara. Hacia la esquina que forma esta última con la de Vergara, se vé una capillita, ó, más bien, pequeña rotonda, no de mala apariencia, que, según el bajo relieve que ostenta arriba de la entrada, parece haber estado dedicada á la Purísima Concepción. Al presente, está convertida en albergue de una vendedora de fruta y aguas frescas; mas no así la iglesia, que, sin embargo de no hallarse ya al cuidado de las monjas, sigue destinada al culto católico.

V.

Religiosas Célebres.

Pasando al convento, hoy convertido en casa de vecindad, con ventaja de los pobres, empezaremos por decir que, aten-

dida su amplitud, justifica la pintura hiperbólica que de él hizo Balbuena en el terceto siguiente:

La gran clausura de la Virgen Clara.
Que encierra una ciudad dentro en sus (muros.
Y un cielo en su virtud y humildad rara.

El departamento principal, aunque de una arquitectura tosca y caprichosa, llama la atención, por lo muy plano de los arcos de sus corredores, así como por cierto efecto agradable de perspectiva. Vése en el medio una fuente, á que dan sombra algunas higueras, muy antiguas, si juzgamos por su estatura gigantesca.

Esa fuente recuerda un hecho que figura en el repertorio de las maravillas del convento.

Martín López de Gaona y Doña Petronila Niño, naturales de México, poseían una joya de grande estima, una hija linda. como una rosa blanca. Llevados del espíritu de su tiempo, hicieron por inclinarla al estado monástico, pintándoselo como el "non plus ultra" de la felicidad; pero la muchacha, que se veía hermosa y dueña de una fortuna no despreciable. sin contradecir abiertamente á sus padres, procuraba darles á entender que no había nacido para el claustro. En efecto,

aunque no descuidaba las prácticas de devoción, á que su piadosa madre era muy aficionada, el vestido elegante, la gracia del tocado, las lecturas amenas y algunas otras ocupaciones divertidas propias de sus quince abriles, consumían gran parte de su tiempo, con sentimiento de sus progenitores, que en tal género de vida no podían hallar alimento á las esperanzas que abrigaban.

Con todo, no las perdían enteramente, cuando notaban que entre los pasatiempos de la señorita, había uno á que mostraba singular predilección, y era visitar los monasterios de religiosas, entre las cuales contaba no pocas amigas.

—¡Ah, si al menos quisieras entrar de niña en alguna clausura!, le dijo una vez Doña Petronila, suspirando.

—Joven soy todavía, señora, y tiempo habrá para pensarlo con madurez. No será milagro que un día de estos os vaya saliendo con que me meto monja; que para entrar de niña, mejor me estoy en casa, á vuestro lado, donde tengo todo lo que más puedo apetecer en esta vida, comodidades, buena crianza, ejemplos de virtud, y, lo que yo más estimo, amor, cariño, el cariño de mis padres, á que otro ninguno puede compararse. No pensemos por hoy más en esto, y vamos, si lo tenéis á bien, á visitar el convento de las

madres claras, ya que nos han concedido permiso.

Con semejante respuesta, la buena señora, que en aquel instante, no las tenía todas consigo, sonriendo placentera, cedió á la indicación de su hija, y se dirigieron al convento de Santa Clara. Llegan á la portería; pasan al claustro, y mientras la señora se entretiene con las monjas graves platicando sobre la depravación de costumbres de la juventud, haciendo la apología de los antiguos tiempos, y sosteniendo que el mundo progresa sólo en malicia y no en nada bueno, la niña se divierte vagando por los corredores y observando los cuadros colgados á la pared, que representan vidas de santos, é imágenes risibles de los suplicios que en el infierno esperan á los réprobos.

En esto andaba, cuando de repente, con la voluptuosidad de una mariposa, se encamina al centro del patio principal: ¿qué le ha llamado la atención? ¿qué ha picado su curiosidad de niña? La fuente; la fuente, en cuyas aguas limpias como la inocencia, y transparentes como un pecho franco, se retrata el cielo azul y la blanca nube que pasea, por la extensión tranquila, con la majestad de una reina. Quiere gozar de este espectáculo; quiere oír cerca de sí el ruído sabroso que forma el li-

gero chorro al caer sobre el agua represa, desatándose en hilos de perlas y en traviesas armonías; quiere escuchar la voz del agua; pero quiere también contemplar su hermosura en el líquido cristal. Acércase, da una mirada en torno de sí, por asegurarse de que no la ven, y en seguida.... Pero, ¡qué le ha sucedido! ¡por qué, pálida y reflexiva, permanece inmóvil como una estátua, como el genio de la meditación!

Al inclinarse sobre la fuente, vió su imagen, sí, pero no como la esperaba.... ¿Estaré soñando? se decía con asombro. Vuelve á inclinarse, y retrocede espantada: ella era, la misma, la misma belleza, los mismos atractivos; pero se vé en hábito de religiosa.... ¿Podía resistir á un aviso semejante?

En este hecho ve la indicación del camino por donde la llama el cielo. Días después entraba al noviciado, y pasado un año, la tenemos de religiosa profesa, bajo el nombre de Sor Isabel de San Diego.

La alegría de los padres se deja á la consideración del piadoso lector.

Véamos ahora el reverso de la medalla.

La madre María Isabel de Jesús quiso desde su primeros años, ser monja; pero se lo estorbaron siempre sus padres, ins-

pirándole por cuantos medios estaban á su alcance, afición al matrimonio, como el estado más conforme á su calidad y fortuna. Logró conocerla un joven, y prendado de su mucha hermosura y demás cualidades que la recomendaban, la pidió para casarse. Como él, por su parte, llenaba para marido de la niña, las condiciones apetecidas por los padres, se vió en breve, dueño del tesoro que ambicionaba.

Era la primera noche que iba á pasar en compañía de su mujer; el amor abrasaba su corazón, con la idea de una dicha embriagadora, y cuando terminado el baile y los festejos correspondientes, se quedó á solas un momento en su recámara, oye una voz misteriosa que le hace estremecer....

Nadie supo lo que expresó esa voz imponente; pero lo cierto es que el mancebo se presentó al día siguiente en el Arzobispado, solicitando una entrevista con el provisor, de la cual resultó la separación de los consortes, entrando la joven al convento de Santa Clara, para vestir el hábito de religiosa, como había anhelado toda su vida.

Además de estas dos monjas, hubo en el monasterio otras muchas que vivieron y murieron en olor de santidad, llegando á diez y siete las que ocuparon la pluma

de Vetancurt, en cuyo Menologio puede leerse la historia de todas y cada una.

Al presente, las religiosas de Santa Clara se hallan en el convento de San Juan de la Penitencia, como consecuencia de la disposición del Gobierno, por la que fueron transladadas unas comunidades de religiosas á los edificios que otras habitan.

La regla que siguen estas monjas es la de Santa Clara, mitigada por las constituciones del Papa Urbano IV, de donde les ha venido el nombre de urbanistas, con que en otras partes son conocidas, dado que en la República se les llama vulgarmente "claras." Con la misma advocación que este monasterio, hay otros dos, que también administraban los religiosos de la provincia del Santo Evangelio, uno en la ciudad de Puebla, y otro en Atlixco ó villa de Carrión. En uno y otro han florecido religiosas notables, por la elevación de espíritu y la pureza y austeridad de costumbres.

Volviendo al convento de México, nos parece oportuno añadir, por si el recuerdo tuviere algún agrado, que en el sitio de enfrente, y hacia la esquina de la calle del Factor, estuvo situada la casa de

Quauhtemótzin, último Rey mexicano. Hé aquí por qué en los documentos correspondientes á los años que siguieron inmediatamente á la conquista, encontramos que esa calle era llamada, corrompido el vocablo, de Guatimuz ó Guatimoza.

SAN-COSME

I.

La Ribera.

México es nuestra ciudad histórica por excelencia, y el suelo que pisamos es tan clásico como el recinto de Aténas ó el que ciñen las Siete Colinas. Desde que era corte de los reyes aztecas, desde que se llamaba la gran Tenochtitlán, hasta nuestros días, en que tiene el modesto nombre de capital de la República, ha sido y es el centro de la civilización de los pueblos que habitan el Anáhuac; el lago de luz á cuyo seno vienen á parar los raudales de la ciencia; el punto donde hallan eco mil y mil sucesos; el espejo portentoso que reproduce la imagen de las glorias y desdichas de la patria, y finalmente, el archivo de todas nuestras tradiciones.

Por eso cuando al rayo de la luna se recorren sus calles dilatadas, el espectáculo de los muros iluminados y de las sombras que empañan los del lado opuesto, como una gasa mortuoria, infunde en el ánimo un vivo afecto hacia lo desconocido: ¿quién no se ha dicho entonces, interrumpiendo un instante su paseo solitario, cuál ha sido la historia de esta ciudad, cuál será su suerte después de un siglo?

Pero Dios se ha reservado la llave del porvenir; la curiosidad, empeñada en descubrir lo que sucederá, y la importancia para satisfacerla, hacen desesperar. Hé aquí por qué, desprendiéndose el alma de esta idea inquieta y abrumadora, se acoge á la tradición, y reclinada en su seno, fija la vista en el dominio de las pasadas edades, recuerda y medita. La brisa de la noche susurra entonces al oído palabras misteriosas que escuchamos como si fueran el suspiro salido del sepulcro donde yacen los primitivos moradores del valle de México; la imaginación puebla las calles con la vida de otros siglos; vemos á los aztecas en el esplendor de su gloria; asistimos á las escenas de la conquista de la ciudad por los castellanos; pasan á nuestros ojos las generaciones que les siguieron, dejando la huella de su existencia en los monumentos gran-

diosos que por todas partes nos rodean; y entregados al mágico poder de la ficción, en cada sombra procuramos entrever un secreto, y cada edificio bañado con la claridad de la luna, nos dice en voz baja: yo guardo una conseja

En efecto, la historia íntima del pueblo mexicano, la parte de vida más preciosa, la vida inmortalizada de los hombres que nos han precedido en este suelo, es un depósito sagrado que atesoran nuestros monumentos, por insignificantes que parezcan algunos á los ojos de la vulgaridad ó de la ignorancia. En cada uno hallamos el origen de una institución benéfica, el sello de la piedad y caridad de nuestros mayores, la personificación del espíritu religioso de otras épocas y el dejo agradable de otras costumbres en lo general más sencillas, ya que no más inocentes. Tal es el fruto que recoge quien con detenimiento y sin prevenciones injustas estudia á México monumental; tal es el que hemos procurado alcanzar en el paseo que de un convento á otro emprendimos hace días, en compañía del lector.

Durante este paseo, apenas ha habido calle en donde los ojos no se hayan detenido á contemplar con agrado alguna página interesante de nuestra historia ó de nuestra tradiciones populares. Quedamos, no ha mucho tiempo, en presencia del

convento de Santa Clara, y de la ca[illegible] donde se asentó el palacio de Cuauhtémoc; y si el resultado de las investigaciones hechas entonces no fué muy satisfactorio, nos prometemos hallar más pávulo á la curiosidad, si no más interés, en el camino que vamos á seguir desde ese sitio al convento de San Cosme, hoy hospital militar, y en otro tiempo casa de recolección de franciscanos.

Desde luego nos llama la atención el colegio de Minería ó Escuela de Minas, como generalmente le nombran los extranjeros. ¿Quién puede pasar frente á ese edificio, sin quedar cautivado por la impresión que causa su arrogante y majestuosa arquitectura? Vémosle todos los días, y todos los días hallamos en él algo que admirar, algo que seduce y absorbe las potencias: los fundadores, y los que después de ellos le han conservado y mejorado, no deben haber sentido gastar el millón y medio de pesos que la obra ha tenido de costo, desde fines del siglo pasado, en que se comenzó, hasta el presente; y Tolsa, el gran arquitecto que le levantó, pudo muy bien haber dicho al verle concluído:—aquí se encierran todos los primores de mi arte, este edificio es mi pensamiento, con toda su elevación y hermosura, y él es la herencia que deja mi númen á los siglos venideros.

En la acera opuesta, una casa de aspecto serio y de formas altivas y correctas como las facciones de un romano, atrae la vista sin dificultad: fué un colegio de jesuitas, y hoy es el Hospital de San Andrés.

Ved más allá el palacio del mariscal de Castilla, haciendo esquina á la calle del Puente de la Mariscala: tomó nombre esta calle, del puente colocado sobre la acequia que en otro tiempo atravesaba por aquellos sitios, y de una de las poseedoras del título antes mencionado.

"La dignidad de mariscal de Castilla, fué instituída por el Rey Don Juan I, en 1382, y con ocasión de la guerra de Portugal: el primero que la obtuvo fué Fernando Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja: el oficio del mariscal de Castilla, es asistir al rey en los consejos de guerras, campañas y desafíos, aposentar los ejércitos en los alojamientos, para lo que tiene jurisdicción sobre los maestres de campo: han llegado los soberanos á crear hasta seis mariscales en Castilla." El "Diccionario de Historia y Geografía," que nos ministró esta noticia, omite la que era de esperarse tocante al sujeto condecorado con esta dignidad en nuestro país, y cuya familia representó durante el gobierno colonial un papel importantísimo. Esta familia poseyó grandes

riquezas y desplegó siempre un lujo que igualaba, si no excedía, al de la casa de los condes de Santiago, modelo de la aristocracia mexicana. Su palacio, coronado de almenas, amplio y cómodo, construído para hacer rostro á todas las injurias del tiempo, aunque de arquitectura tosca y ramplona, era el centro de lo que hoy llamaríamos "buen tono;" y á los bailes y saraos que animaban sus salas, adornadas con boato régio, concurría lo más galano de la sociedad de aquellos tiempos, el valor, el talento, la hidalguía y la belleza. Aun hay memoria, gracias al diario de Castro Santa-Anna, del festejo que hizo un mariscal de Castilla en la noche del 7 de Mayo de 1758, para obsequiar al virrey marqués de las Amarillas y á la virreina, á quienes convidó á ver pasar desde su casa la procesión con que vino esa tarde Nuestra Señora de los Remedios á la capital.

Hallábase el palacio vistosamente aderezado: la señora mariscala había convidado á muchas damas principales, para que la acompañasen á cortejar á la virreina, que así ella, como su esposo, vinieron de San Angel, sólo con objeto de presenciar el acto religioso antes dicho. Concluído éste, "se les ministró á sus excelencias un especial y exquisito refresco, de todo género de dulces, masas, frutas

de horno, quesos, canutos y bebidas heladas, sirviendo el refresco á sus excelencias y las señoras, los caballeros parientes de dicha casa, siguiendo después un festejo de los principales músicos y todo género de instrumentos, que duró hasta las once de la noche, á cuya hora se restituyeron sus excelencias á San Angel... y al día siguiente remitió á la Excma. señora virreina, la señora mariscala, una hermosa fuente de plata, llena de exquisitos dulces, y en medio una hermosa piña de plata de martillo, y en los lados dos jarras de la misma especie, con pulidos ramos; otra fuente más pequeña, llena de bucaritos de Guadalajara, exquisitamente guarnecidos, cuyo obsequio estimó mucho dicha Excma. señora."

Se vé, por esto, cuán rumbosa era la corte de México, y cuán sobrada razón tenían los grandes de España en aspirar al virreinato, que tantos goces y utilidades les proporcionaba. Mas apartemos la vista de esa escena de costumbres del siglo décimo-octavo, y fijémosla en el templo que se levanta pasado el palacio del mariscal, rumbo al Poniente.

Allá por los años de 1525 y 1526, cuando apenas empezaba á poblarse esta parte de la ciudad, había en la calzada de Tacuba, ó "camino que va á Tacuba," como entonces se decía, tres árboles secos, que

se divisaban á distancia como espectros silenciosos y pensativos. Junto á ellos se edificó una iglesia, y en ella fundó Hernán Cortés una archicofradía de nobles, con el título de la Cruz, formando estatutos y constituciones que fueron aprobadas por Fr. Domingo de Betanzos, vicario general del reino, por auto de 30 de Marzo de 1527. En el mismo año y el siguiente, se concedió á los cofrades un sitio para que fabricasen ermita ú hospital anexo á la Iglesia. Venérase en ella el Señor de la archicofradía, que por estar siempre cubierto con siete velos, le llama el vulgo el Señor de los Siete Velos. Esta iglesia, que fué erigida en parroquia desde el año de 1568, y que hace fachada al Poniente, formada en la mayor parte de sillares, y de orden dórico, es la que conocemos con el nombre de la Santa Veracruz.

Separado de esta iglesia por un espacio de cincuenta metros, se halla el templo de San Juan de Dios, en situación inversa á la de la misma, de manera que las fachadas se miran: los edificios tienen aproximadamente la propia forma, y las propias dimensiones; y al verlos con sus erguidas torres y el uno frente al otro, como si se contemplasen, no pueden menos de representarse á la fantasía como dos gigantes petrificados un momento antes de venir á las manos.

Con más detenimiento hablaremos después, de la iglesia de San Juan de Dios y por ahora entremos á la Alameda. La capital es deudora de este paseo, al virrey Don Luis de Velasco el II, que lo mandó formar, en parte, del terreno conocido entonces con el nombre de "tiánguis de Juan Velázquez." Era este sujeto, según nos informa Alamán, un indio principal que tenía su casa por allí; y antes que se fundase San Francisco, todas las mercedes de solares que se hicieron en la calle de este nombre, se designan con el de "la calle que va al tiánguis de Juan Velázquez."

Pero la Alameda, en su principio, ocupaba un espacio menor que el que hoy abraza: á la parte de Oriente había una extensa superficie donde se construyeron casas, y en las que pertenecían á Doña Catarina de Peralta, viuda de Don Agustín Villanueva y Cervantes, fundó esta señora en el año de 1600 el convento de Santa Isabel, al cual consagraremos en breve algunos recuerdos. Por el lado del Poniente tampoco llegaba hasta el límite que tiene actualmente, y entre la línea que la terminaba y la iglesia de San Diego, se extendía una plazuela donde estaba el quemadero de la inquisición, no exactamente en el medio, sino mas cerca de la parte donde después se fabricó el

acueducto de la Tlaxpana. Años después adquirió la extensión que hoy ocupa, y fué por mucho tiempo el único paseo que disfrutó la población. Recién consumada la independencia de nuestro país, cuando fué separada de la plaza la estátua de Carlos IV, donde se asentaba sobre un magnífico pedestal en medio de un zócalo rodeado de balaustrada de piedra, los restos de ésta, así como las cuatro rejas que correspondían á otras tantas puertas que daban entrada á ese recinto, se transladaron á la Alameda, donde las rejas desempeñan el mismo papel, colocadas en los ángulos de ella; y todavía hoy presentan las letras M. G., cifras del nombre Miguel de la Grúa, que era el del marqués de Branciforte, autor del monumento erigido al monarca, su bienhechor. El Ayuntamiento ha mandado poner últimamente en las puertas que dan frente á Corpus Christi y á Santa Veracruz, las dos rejas con que se cerraban las entradas al cementerio del convento de San Francisco.

Prosiguiendo nuestro camino, llegamos al templo y hospital de San Hipólito. Toda la calzada de Tacuba, pero muy especialmente este monumento, trae á la memoria un suceso escrito en nuestros fastos con caractéres indelebles: queremos hablar de la retirada, ó, más bien,

fuga de Cortés con su ejército, verificada la noche del 30 de Junio ó madrugada del primero de Julio de 1520. Todos sabemos las desastrosas circunstancias que imprimieron un carácter tan terrible á ese suceso, cuyo sólo recuerdo en mejores días hizo temblar más de una vez á los conquistadores, y que ha sugerido el expresivo nombre de "noche triste," para denotar el tiempo en que tuvo cabida.

Pues bien, cerca del sitio donde la matanza fué más horrible durante esa célebre jornada, un español llamado Juan Garrido, vecino de México, fundó una ermita que llevó primero su nombre, y después el de "Los Mártires," pues por tales eran tenidos los conquistadores que morían en las guerras, á que los inducía su sórdida codicia. Llamóse en seguida de San Hipólito, "y de ella, dice Alamán, tomó el nombre la hermandad que fundó en 1567 el venerable Bernardino Alvarez, por haberse establecido su hospital, contiguo á aquella capilla que le sirvió de iglesia. El objeto de esta fundación era recoger en el hospital á los convalecientes y ancianos que no tenían medios de subsistencia, y también á los dementes, para cuya asistencia no había establecimiento alguno. Extendió también el fundador su celo caritativo, al cuidado de los polizones ó jóvenes que venían de Espa-

ña, faltos de auxilios y conocimientos, para cuya conducción desde Veracruz, donde morían muchos, por carecer de recursos para hacer el viaje, estableció una récua, y llegados á esta capital, les buscaba ocupación ó destino. La primera fundación, bajo el título y advocación de la Ascensión del Señor, se hizo en la casa que para ello donaron Miguel Dueñas y su mujer, Doña Isabel de Ojeda, en la calle de la Celada, lindando con la que era del escribano Antonio Alonso, en que después se construyó el convento de San Bernardo. La fecha de la escritura de esta donación, es de 2 de Noviembre de 1566. Este sitio pareció estrecho para su objeto al fundador, por lo que prefirió el inmediato á la mencionada capilla de los Mártires, cuyo patronato tenía el ayuntamiento, y siendo ésta de adobe, y muy maltratada, se transladó poco después el depósito, á una sala baja que se había construído en el hospital, la que sirvió de iglesia mientras se fabricaba la nueva, que hizo el ayuntamiento de sus fondos, á instancias del virrey conde de Monterrey, y se dedicó en el año de 1739."

En esta misma iglesia se celebraba anualmente, el 13 de Agosto, una función solemne, en conmemoración de la toma de la capital por los españoles, á que

asistían el virrey, audiencia, arzobispo y demás autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, viniendo á caballo y acompañando el pendón que conducía el alférez real de turno. Este mismo paseo se hacía la tarde del 12, con ocasión de la asistencia á las vísperas.

De la calle de San Hipólito se pasa á la del Puente de Alvarado.... ¡el Puente de Alvarado! Tenemos que volver á contemplar el cuadro de la "Noche Triste."

Era ya el momento en que el primer albor, suave como la sonrisa de un ángel, y consolador como la esperanza, asomaba por encima de las montañas de Oriente, tiñendo de nácar los cielos y acariciando la diadema de hielo del Popocatépetl y de la Mujer Blanca.

A favor de esta claridad serena, se ofrecía á los ojos un espectáculo de sangre y desolación: la calzada de Tlacópan, faja blanquecina y prolongada, "via-crucis" de los invasores, estaba sembrada de cadáveres, y por toda ella no se oía más que una armonía dolorosa, el concierto fúnebre y siniestro que formaban los ayes de los heridos y el estertor de los moribundos. El ambiente estaba tranquilo, y la brisa había plegado sus alas para detenerse á escuchar.... Pero, ¿qué causa esa gritería, producida repentinamente

allá á lo lejos? Un arrogante adalid, sólo, herido, y cuando ya los suyos están en salvo, se halla en un trance horrible cerca de la segunda cortadura hecha en la calzada para impedir el paso á las huestes españolas. Ha perdido su hermosa yegua alazana, con la cual se hubiera abierto paso entre el enemigo y pasado el foso á nado; pero sólo conserva su lanza, no le queda más que su valor, el valor, que jamás desfallece en las almas de su temple; no tiene tiempo que perder; rompe por entre la turba de mexicanos, sedientos de su sangre; y apoyándose en la lanza para levantarse, hace un esfuerzo sobrehumano; se le ve un instante suspenso en el aire y cae en seguida al otro lado de la cortadura... ¡Verdaderamente que este hombre es hijo del sol, es "Tonatiuh!" exclaman á una, poseídos de espanto, los aztecas, al presenciar esta hazaña, y suspenden toda hostilidad.

Años después, sobre la acequia que pasaba cortando la calzada hácia el lugar donde comienza la arquería del acueducto de la Tlaxpana, hubo de colocarse un puente que se llamó "Puente del salto de Alvarado," y ahora tiene este nombre toda la calle que se extiende hasta la de Buena Vista.

Es de advertir que esa arquería se prolongaba aún no ha muchos años, hasta

la entrada de la calle del Puente de la Mariscala. Construyóse, para obviar los inconvenientes que se seguían, de que el agua delgada viniese á la ciudad por la antigua atargea mandada fabricar en el cabildo de 7 de Octubre de 1524. Cada arco tuvo de costo mil pesos, y la obra se acabó á mediados del siglo décimo-séptimo.

Desde la calle de Buena Vista comienza propiamente el barrio de San Cosme, es decir, la parte más amena, más salubre y agradable de la ciudad. A la izquierda tenemos la casa de la señora Doña Victoria Rul de Pérez Gálvez, que no sin razón es reputada por uno de los edificios mejor construídos y de más bella arquitectura. Su fachada es única en México, y sus puertas y ventanas, ordinariamente cerradas, le dan cierto aire severo y misterioso que cautiva el ánimo, haciendo recordar las mansiones silenciosas y aristocráticas que representan un papel tan importante en el orbe de las novelas: es el "palazzo" de un príncipe italiano.

A la derecha se disfruta la vista de un cuadro risueño. Después de pasear las miradas por las hileras de fresnos que pueblan las calles, y por algunos jardines perfectamente cultivados, se fijan con placer en las casas del señor Hidalga, arquitec-

to distinguido, y las cuales, como suyas, y edificadas bajo su dirección, pueden proponerse como muestra de un gusto delicado.

Pasada "la Garita," además de la casa de Polidura, á uno y otro lado de la cal zada, no faltan edificios graciosos y elegantes que observar, sobre todo si dando rienda suelta á una curiosidad muy disculpable, se penetra con la vista en lo interior de ellos, para formarse idea del cuadro que ofrece la vida de sus moradores.

Esto es fácil, aprovechando el medio con que brindan las ventanas situadas á poca altura, y francamente abiertas á tales y cuales horas del día. Tiestos con plantas coronadas de flores engalanando los corredores y patios; huertas y jardines primorosos, matizados, hechiceros, como el ramillete de una ninfa; en las habitaciones, buenos muebles, aseo, bienestar, alegría, y aun lujo, hé aquí el espectáculo que, con raras excepciones, se goza recorriendo los edificios de que hablamos.

Sí, ¿queréis respirar un aire puro, balsámico, lleno de vida; queréis distraeros de una idea enojosa, deponer la molestia, la desazón, que regularmente ocasionan los negocios, y recobrar el vigor de espíritu necesario para volver á ellos con

más aptitud; queréis espaciaros por un cielo menos reducido que el que os dejan libre en la ciudad los edificios, y ver árboles, sembrados y hermosas casas de campo? Venid á San Cosme: este barrio es la poesía de México; desde Buena Vista hasta la casa de los Mascarones, tenéis un perpétuo idilio, ó, más bien, una série de armonías apacibles, exquisitas, seductoras; una colección de páginas siempre interesantes, perfumadas de amor, de tiernas ficciones y de memorias imperecederas. Aquí tiene la hermosura su mansión predilecta, y para ostentarse en todo su esplendor, no se vale de costosas galas, ni de afectados y prosaicos atavíos que reprueban á una voz el arte y la naturaleza; aquí, por el contrario, lográis contemplarla en ese traje de elegante y simpática sencillez, que sólo un gusto muy refinado sabe estimar; y si al pasar junto á la ventana donde se asienta como una reina, os dirige una mirada, sentís que os envuelve una atmósfera embriagadora en que se respira un amor inefable, y conserváis en lo íntimo del corazón, el encanto de esa mirada, como la impresión que causa un rayo de la luna. deslizándose por entre el follaje de los árboles de un soto.

El barrio de San Cosme es, por otra parte, el esfuerzo grandioso de la ciu-

dad para cimentarse en mejor sitio; es la aspiración á un aire menos infecto y á un terreno menos ocasionado á inundaciones. Los conquistadores tuvieron, además, otra mira al poblar ambos lados de la calzada, cual fué la de proporcionarse un paso seguro hasta la tierra firme, por entre dos líneas de edificios, en caso de haber necesidad de una salida como la de la "Noche Triste." Para conseguir ese objeto, mandaron ensanchar la calzada, y señalaron solares en uno y otro lado, que concedieron á los principales sujetos avecindados en la capital, con obligación de fabricar casas continuadas sin interrupción, ó, según la expresión usual en aquel tiempo, "con casa muro por delante y por las espaldas."

Realizado en gran parte este designio, como la calzada, aun después que se le dió mayor anchura, estuviese bañada de una y otra orilla por las aguas del lago, con toda propiedad pudo decirse que las casas edificadas en ella se hallaban en "la ribera," conociéndose al presente con tal nombre, todo el barrio, dado que ya desapareció el motivo.

Reflexionando en la singular disposición de este barrio, no puede menos de pensarse que sería bien curiosa la vista que en aquella época ofrecería México, observado desde cierta altura. Ocupaba

el lago una grande extensión del valle, y la ciudad, asomando en medio de las aguas, era una ondina que al bañarse negligentemente en presencia del cielo y de la cordillera, tenía extendido un brazo, para asirse de la tierra firme.

II.

Historia del Convento.

Llegamos por fin al término de nuestro paseo, el establecimiento religioso que por tantos años ha sido testigo de los principios y transformaciones de esta parte de la ciudad, viviendo absorto en medio de un espectáculo de animación, engrandecimiento y mejora. Para encerrar en breve espacio los principales hechos, concernientes á su fundación y progresos, no podemos hacer cosa mejor que trasuntar el siguiente pasaje del "Diccionario de Historia y Geografía," copiado en él de otra obra que no conocemos.

"El convento de San Cosme, de padres franciscanos recoletos, fué en sus principios, hospital para indios forasteros. Lo fundó el Ilmo. señor Don Fr. Juan de

Zumárraga, y por falta de rentas, no pudo subsistir.

"Habiendo venido el año de 1581, la segunda misión de religiosos franciscanos de la reforma de San Pedro Alcántara, para pasar á fundar á Filipinas, los señores virreyes, conde de la Coruña, y Don Pedro Moya de Contreras, actual arzobispo, les dieron este hospital para hospicio, y mantuvieron su posesión hasta el año de 1593.

"Fundado el convento de San Diego, de esta provincia de México, se pasaron á él los descalzos, y entonces pidieron el hospital los observantes, para ayuda de parroquia, hasta el año de 1667. El 7 de Mayo de este año, celebró capítulo provincial la provincia del Santo Evangelio, y se resolvió á dar cumplimiento á las patentes de los superiores, en que se mandaba erigir en esta provincia, casa de recolección, como las hay en las provincias de la regular observancia, y determinaron poner la primera en el convento de San Cosme. El padre comisario general, Fr. Fernando de Rúa, llevó en procesión, desde el convento grande, á los RR. PP. Fr. José de Trujillo, guardián, Fr. Francisco de Sala, vicario y maestro de novicios, cuatro predicadores, tres novicios y tres legos, que todos abrazaron voluntariamente la recolección.

"Luego que dejaron ese hospicio los padres descalzos de San Diego, y entraron en él los de la regular observancia, para ayuda de parroquia, un caballero nombrado, Don Agustín Guerrero, que tenía una casa y huerta contigua al hospital, la dió á los religiosos, y ofreció labrarles mejor iglesia, dando el patronato.

"En efecto, se lo dieron y se comenzó á fabricar la iglesia, con el nombre de Nuestra Señora de la Consolación. Murió el patrono, cesó la fábrica, y quedó imperfecta la obra. Erigido en casa de recolección, se reconvino á Don Diego Guerrero, sucesor en el patronato, para que cumpliendo lo estipulado concluyese la obra: no pudo ejecutarlo, y renunció el patronato para que el guardián y religiosos pudieran elegir nuevo patrono. Eligieron á Don Domingo Cantabran (Cantabrana le apellidan Vetancurt y el Lic. Robles), á cuyas expensas se concluyó la iglesia, convento y noviciado, y él y sus sucesores son patronos.

"La iglesia está situada de Oriente á Poniente: á este viento el altar mayor, y á aquél la puerta principal. Está muy bien adornada, y se dedicó el día 13 de Enero de 1675, bajo el mismo título de Nuestra Señora de la Consolación, cuya milagrosa imagen está colocada en el re-

tablo mayor. Para con el vulgo conserva todavía la iglesia y el convento, el primer nombre de San Cosme y San Damián, y algún tiempo fué conocida con el nombre de los "Descalzos Viejos."

"Luego que se fundó esta recolección, se transladó la ayuda de parroquia al sitio en que estaba una ermita dedicada á San Lázaro, distante un cuarto de legua de San Cosme, al mismo rumbo del Poniente, en el pueblo que hoy llaman San Antonio de las Huertas Este se había fundado poco antes, de orden del virrey, marqués de Mancera, y se le había dado el título de Villa de Mancera, que no subsistió. Administraron los padres franciscanos observantes en este pequeño pueblo, hasta el año de 1769, en que de orden de S. M. entregaron al ordinario el curato primitivo de Señor San José, de que era ramo esta doctrina.

"En la corte se halla un cuaderno que trata menudamente de esta recolección, que escribió y entregó al regidor Beye Cisneros el P. Fr. José Díaz, guardián que fué de dicha recolección."

Acaba de verse que además de los padres Fr. José Trujillo y Fr. Francisco de Sala, hubo cuatro predicadores, tres novicios y tres legos, todos fundadores de la casa de recoletos cosmistas. Bueno

será no ignorar sus nombres, que son los siguientes:

Predicadores: Fr. Cristóbal Infante, Fr. Francisco de Ibarra, Fr. Luis Castro, y Fr. Antonio Aguado.

Novicios: Fr. Andrés de Borda, Fr. Antonio del Villar, y Fr. Antonio Rodríguez.

Legos: Fr. José de la Concepción y Mesa, Fr. Juan de Guzmán, y Fr. Juan de San Antonio.

El sentimiento que presidió á la erección del convento y conclusión de la segunda iglesia, fué respetable, fué la gratitud. Don Domingo de Cantabrana, noble caballero, natural de Santo Domingo de la Calzada, recién venido á México, y andando una vez por el camino de Tacuba, al caer de la tarde, vió repentinamente cubrirse el cielo de nubes tempestuosas: desatóse en seguida un terrible aguacero; y no teniendo entonces el caballero alguna casa en el barrio, donde refugiarse, llamó á las puertas del convento, que se le abrieron sin tardanza, siendo después obsequiado por los religiosos durante la noche, con los agasajos que su pobreza les permitía usar. No echó á las espaldas aquel humilde, pero cordial hospedaje, y en retribución, determinó levantar á su costa la iglesia y convento de que vamos hablando, habiendo llega-

do la hidalguía de su comportamiento, hasta el grado de rehusar el patronato que merecidamente le correspondía; de manera que no es exacto lo que á este respecto se asienta en el pasaje antes copiado. Consta así, de un cuadro que se halla en la iglesia, colgado á uno de los muros laterales que dan al Presbiterio, y representa á San José sostenido por un grupo de ángeles, debajo del cual están de rodillas algunos religiosos, con tres seglares: uno de éstos es Cantabrana, que designa el patronato en el Santísimo Patriarca, y otro, el escribano, que extiende la escritura respectiva. En la parte inferior de la pintura, obra de Don José de Alzíbar, artista distinguido y discípulo de Ibarra, se ven las siguientes líneas, que explican el asunto:

"Habiendo dado fenecimiento á la fábrica de esta iglesia, el capitán Don Domingo de Cantabrana, en la que trabajó, no sólo con mucha parte de su caudal, sino también con la asistencia personal; guiado sólo del auxilio de Dios y de la Divina Inspiración, para darle entero cumplimiento á su religiosa acción y caritativa obra, cuando el R. P. guardián Fr. Joseph de Ortiz, los PP. Discretos y el síndico, que era actual Don Jo-

seph de Quesada Cabreros, trataba con licencia del R. P. Ministro Provincial, que entonces era, de darle la posesión y patronato, que tan de justicia se le debía al dicho capitán Don Domingo de Cantabrana; mostró el desinterés y cristiano celo que tuvo para tal obra, que era, no por fin temporal, sino sólo por el aumento del culto divino, exaltación y gloria del glorioso Patriarca Señor San Joseph, pidiendo á los dichos PP. y síndico, que en su lugar admitiesen al Santo Patriarca por patrón, y renunciando jurídicamente el tal derecho, en su nombre y de sus herederos, lo admitieron los PP. así unánimes "ad perpetuam rei memoriam," y otorgó el síndico este contrato, firme é irrevocable: en testimonio de lo cual, así el patrón, como los PP. y síndico, en presencia de escribano público y testigos, pusieron la escritura en manos de este Santísimo Patriarca, como más largamente consta de la escritura que se guarda en el archivo de este convento de Nuestra Señora de la Consolación, vulgo de San Cosme, extramuros de la ciudad de México, fecha á 11 de Enero del año de 1675. Movido del mismo amor, culto y devoción al Santísimo Patriarca Señor

San Joseph el señor Doctor y Maestro, Don Agustín de Quintela, actual síndico de este convento, "ad perpetuam rei memoriam," hizo pintar este lienzo y altar, á su costa; reiterando la entrega del patronato de esta iglesia, como síndico, al Santísimo Patriarca Señor San Joseph, el año de 1762, á 19 de Febrero del mismo año."

Cantabrana hubo de quedar muy satisfecho de esta acción, así como de la belleza del templo, el cual es de una hechura soberbia. No tiene más que una nave espaciosa esbelta, y de bóveda tan elevada, que al levantar los ojos para contemplarla, se siente sublimado el espíritu, como á la presencia de todo objeto ó imagen que sugiere la idea de lo infinito. Los arcos y bóveda que sostienen el coro, llaman también la atención, por su muy poca corvatura.

Volviendo al Presbiterio, frente por frente del muro donde está el cuadro poco antes descrito, se halla el monumento sepulcral del virrey marqués de Casafuerte, magnífico para el mal gusto del tiempo en que se construyó, según dice, con razón, Alamán. Fué este virrey, uno de los pocos hombres dignos de gobernar Nació en la ciudad de Lima, y por es-

pacio de cincuenta y nueve años que sirvió á la corona en distintos puestos, descolló por su capacidad y por otras prendas no comunes. Su buen manejo en el gobierno de nuestro país, le granjeó la confianza de Felipe V, que á la sazón ocupaba el trono de España, mereciendo se le otorgasen amplias facultades y se le prolongara el virreinato hasta su fallecimiento. En su tiempo, se levantaron los magníficos edificios de la casa de moneda (hoy Palacio de Justicia) y la aduana de México; se practicaron las visitas de los presidios de las provincias internas, comisionándose para ello al brigadier Don Pedro de Rivera, que arregló todo lo concerniente al mejor servicio de tan importantes establecimientos; y se estrenó el año de 1730, en el coro de la metropolitana, la reja de metal de China, que tanto admiran los inteligentes, la cual fué construída en la ciudad de Macao, según los dibujos que se remitieron de México. Finalmente, murió el marqués de Casafuerte, dejando una memoria agradable á la posteridad, así por los relevantes servicios que prestó en el gobierno, como por las muchas fundaciones piadosas á que destinó su caudal.

El monumento á que nos referimos poco antes, es una especie de alto relieve figurando un pedestal, sobre que descan-

san cuatro pilastras que sostienen una pieza á manera de fróntis. En los espacios que dejan entre sí estas pilastras, se ven unas láminas de mármol, con las siguientes inscripciones:

I.

Don Juan Acuña, marqués de Casafuerte, murió siendo virrey de este reino, en 17 de Marzo de 1734. Está sepultado en este presbiterio.

II.

Vivere non desiit
Qui mori didicit, ut aeternum viveret.
Assuetus Dei timori
Nihil habuit ultra, quod in bello timeret.
Nec hostes prius vicit,
Quam sui victor de venere triumpharet.
Novo impositus orbi
Exemplo potius, quam imperio eminuit.
Non tan coelibem quam coelitem crederes
Qui nullo potuit auro corrumpi,
Modesto corporis cultu.
Dignior est visus, quem colerent, omnes
Mortales: demun hic posuit exuvias
Et heredem sui nominis.
Ingentium memoriam meritorum
Scripsit.

III.

Descansa aquí, no yace, aquel famoso
  Marqués, en guerra y paz esclarecido,
  Que en lo mucho, que fué, lo merecido
  No le dejó qué hacer á lo dichoso:
Ninguno en la campaña más glorioso,
  Ni en el gobierno fué tan aplaudido,
  No menos quebrantado que sufrido,
  Vinculó en la fatiga su reposo.
Mayor que grande fué, pues la grandeza,
  A que pudo incitarle regio agrado,
  Fué estudiado desdén de su entereza,
Y es que retiró tanto su cuidado
  De lo grande, que tuvo por alteza
  Quedar entre menores sepultado.

Al pie del cenotafio se halla una losa de mármol de Tecali, que es la que cierra el sepulcro, y contiene otra inscripción en que se enumeran los empleos y dignidades que obtuvo en vida el marqués, y que omitimos, por no hacer más difuso este capítulo.

III.

Nuestra Señora de Consolación.

Pero no saldremos de la iglesia sin consagrar una mirada al tabernáculo del altar mayor. En él se encierra una imagen que ha sido por casi dos centurias, según puede congeturarse, el imán de los corazones piadosos, el objeto á quien tributan un culto constante los habitantes de la capital, y señaladamente los vecinos de la Ribera. Esa imagen, que es una estátua de reducido tamaño, representa á la Virgen María sosteniendo con la mano izquierda al niño Jesús, y extendiendo el brazo derecho como para asir algún objeto colocado en el suelo, al cual dirige la vista con interés. En otro tiempo tenía realmente asida la efigie de una niña, en actitud de salvarla de un grave peligro; mas al presente, sólo la tiene esculpida en su vestidura metálica, para memoria de ese hecho.

Cualquiera conoce desde luego á la vista del bello simulacro, que se trata de un portento debido á la Virgen María, y hé aquí lo que nos refiere acerca de él la leyenda.

En el barrio llamado de "Tlaxílpam," que empieza en el linde occidental del de

San Juan, y se dilata rumbo á San Diego, vivía una buena señora, dechado de virtudes domésticas, que cifraba todo su amor en una hija única, niña de dos á tres años. María (que este era el nombre de la niña), gustaba sobremanera, como todas las personas de su edad, de divertirse vagueando y corriendo por el patio de la casa. La mirada de la madre tiene que ser tan vigilante y solícita, como la de la Providencia; de otra manera, los hijos, mayormente en la puericia, rara vez dejan de ser acometidos por los infortunios y sinsabores á que los expone su inexperiencia, y esto fué cabalmente lo que pasó con María.

Traveseaba en el patio, cerca del pozo, en cierta ocasión en que la madre había descuidado de ella enteramente; y subiendo á la parte superior del brocal, dió incautamente algunos pasos, se distrajo, y cayó de golpe en el agua.

Por de pronto no la echó menos la madre, entretenida, como estaba, en sus quehaceres; mas pasado algún tiempo, salió al patio, y advirtiendo que no estaba allí, comenzó á llamarla á voces. Inútil fué esta diligencia: la niña no podía responder, la niña se había ahogado.

Traspasada de dolor y fuera de sí, la señora, tan luego como supo con evidencia lo sucedido, cayó en seguida en un

estado de inmovilidad que revelaba el más cruel desaliento, y en él permaneció durante algunos minutos. Alzó después los ojos al cielo; paseó la vista por la bóveda azul; se engolfó en la inmensidad tranquila, silenciosa, esplendente; y aunque al contemplarla sintió oprimido el corazón con un pesar inefable, y derramó lágrimas sin tasa, poco á poco se fué serenando, como si su alma bebiese.. en el empíreo la paz, la resignación, el valor y fortaleza que había menester para triunfar en aquel horrible trance. Á la desesperación muda, al dolor intenso que la abatía ó la exaltaba hasta el delirio, sucedió una melancolía dulce, suave, como la fragancia del nardo, y la idea religiosa cruzando su mente como un rayo de la luna, llenóla de consuelos celestiales y despertó en ella la fe, la fe ardiente y sencilla, la fe que sostuvo al discípulo de Jesús sobre las desenfrenadas olas del Océano.

El nombre de la niña, María, resonó en lo íntimo de su sér, como una armonía deliciosa: María es la estrella del mar, el amparo del náufrago;—ella será también mi refugio y mi esperanza, se dijo con aire de triunfo la afligida madre, y corre á su habitación, y vuelve, trayendo consigo una pequeña imagen de María. La desgracia no raciocina, la desgracia

cuando es extrema, ni duda ni filosofa, es crédula y candorosa, porque su alimento es la fe.

Aquella madre desolada, movida de un espíritu superior á la humana flaqueza, ata una cinta á los brazos de la efigie y la baja hasta el fondo del pozo, donde yacía flotando el inanimado cuerpo de su hija.

No salió fallida su esperanza. El autor de la vida quiso, por intercesión de María, volver á animar el cadáver de la niña; y un momento después, quedó asombrada la buena señora, al ver el agua del pozo hervir, y levantarse hasta el brocal, á manera de una ola, trayendo encima á la divina estátua, que conducía de la mano á la niña, viva y sin lesión alguna.

El milagro se hizo público, y teniéndose por más decoroso que la imagen se venerase en alguna iglesia, y no que continuase en la casa de la señora, suscitóse disputa entre varias de las iglesias circunvecinas, alegando unas la cercanía del lugar donde se verificó el portento, y otras la jurisdicción á que pertenecía, como otros tantos derechos para poseer aquel tesoro. Convínose en decidir la contienda por la suerte, y ésta favoreció al convento de San Cosme.

Desde entonces empezó á ser conocida esta imagen, con el nombre de "Nuestra

Señora de Consolación," y ocupando el tabernáculo del altar mayor, ha sido también desde entonces el objeto de la devoción del vecindario. Llamóse, asimismo, "Nuestra Señora del Valle," bien porque la casa en que estuvo pertenecía al marqués del Valle, bien porque los labradores del valle cercano la invocaban en la seca que los campos padecían, ó, lo que parece más cierto, porque en Sevilla la Vieja, hay, según dicen, una imagen con el título "del Valle," que hizo un milagro semejante al referido.

Acerca de este milagro, no seremos nosotros los que pretendiendo sujetarle á examen, aplicándole el lente de la crítica, ni mucho menos burlarse de la tradición, que le ha consagrado por cierto; pues aunque poco ó nada aficionados á lo maravilloso, comprendemos que es tan fácil al entendimiento desdeñar lo que no concibe, como le es imposible fijar límites á la omnipotencia divina.

IV.

Algo más acerca del convento.

Si de la iglesia pasamos al cementerio, nos hallamos agradablemente sorprendidos á la vista de dos fresnos eminentes, insignes, en especial uno de ellos, digno rival del "árbol bendito" de Tacubaya. Contemporáneos del convento, mientras éste va caducando, si se permite decirlo, crecen ellos lozanos y majestuosos, convidando al paseante á gustar frescura y solaz bajo su copa.

La sombra de estos gigantes del reino vegetal, se derrama por casi todo aquel sitio, poco frecuentado, comunicándole un aspecto severo y triste, que sienta bien á la mansión de los finados. Así es que no causa extrañeza ver al pie de la cerca que separa del bullicio aquel recinto fúnebre, dos tumbas sencillas y aisladas, una de las cuales encierra juntamente los restos de un padre y de su hija, habiendo muerto el primero en 14 de Junio y la segunda en 12 de Agosto de 1837. Ignoramos el nombre de la hija; mas no el del padre, que ocupa un lugar distinguido en nuestro fastos: este sujeto fué Don Rafael Mangino, uno de nuestros hombres públicos más notables, por su honradez,

talento é instrucción, en materias de hacienda. La otra tumba ofrece la particularidad de estar aprisionada bajo una poderosa reja, á manera de jaula. Carece de epitafio, y hasta ahora no hemos podido averiguar cuyas son las cenizas que encierra. Las inscripciones sepulcrales debían quedar reservadas para los muertos ilustres, y señaladamente para aquellos que en vida ejercitaron altas virtudes ó sobresalieron por heróicos hechos, cuya memoria interesa á la humanidad que se conserve, como una lección digna de ser imitada. Aun en este caso fuera de desearse que no se diese cabida á esas pomposas relaciones sugeridas por la vanidad de los vivos, y que no hacen más que infundir sospechas respecto de los elogios que en ellas se prodigan: la memoria de un grande hombre, vive en la historia como en su propio dominio y en la tumba que guarda las reliquias de un finado verdaderamente ilustre, basta grabar su nombre. Por lo que mira á la existencia cuyas modestas virtudes sólo brillaron en el recinto del hogar doméstico, descubrirla á los ojos del vulgo es exponerla á la profanación: el corazón de los que la aman la guardará como un perfume, y si la echa en el olvido, ¿para qué es el epitafio inscripto en la losa de su tumba?

Dejemos el cementerio.

El convento, aunque espacioso, es un modelo de mal gusto en punto á construcción, y no parece sino que el arquitecto se propuso hacer alarde de que sabía reproducir perfectamente en sus obras la infancia del arte. Con todo, la vista de los carcomidos muros del edificio, excita recuerdos agradables. En él se albergaron los religiosos que vertieron después su sangre en el Japón, en defensa de la fe, y entre ellos, San Felipe de Jesús; floreció en él Fr. Pedro Bautista, buen religioso, célebre predicador, á quien Vetancurt llamó santo; y en él vive en honrosa pobreza, consagrado á las tareas de su santo ministerio, el último de los recoletos cosmistas, Fr. Ignacio, sujeto muy justamente querido de los vecinos de la Ribera, y de todas las personas que le tratan, pues en él hallan un amigo que para hacer bien no atiende á clases ni á opiniones políticas: carácter propio del ministro evangélico.

Finalmente, tanto cuanto la iglesia es hermosa por su parte interior, así es mezquino y adusto su aspecto por de fuera, mayormente si se compara con las casas de las bellas colonias de "Los Arquitectos" y de "Santa María," en medio de las cuales representa el papel de un ídolo azteca colocado entre estátuas esculpidas por Fidias y Cora.



SANTA ISABEL

I.

Las fundadoras.

Poco antes hemos visto que la señora Doña Catarina de Peralta, fundó el convento de Santa Isabel, en las casas que le pertenecían, y están ubicadas en una parte del sitio que se llamó Tiánguis de Juan Velázquez. Fué al principio su intención, que le habitaran vírgenes descalzas de la primera regla de Santa Clara: mas considerando la poca salubridad de aquellos lugares, y la falta de limosnas con que las monjas pudieran mantenerse, resolvió después que el monasterio fuera de urbanistas, y así se fundó, con bula de Clemente VIII, datada á 31 de Marzo de 1600.

Dispuesta la clausura y las demás oficinas necesarias, siendo comisario general de San Francisco el R. P. Fr. Pedro de Pila, y provincial de la provincia del Santo Evangelio, el P. Fr. Buenaventura de Paredes, en procesión solemne salieron del convento de Santa Clara el 11 de Febrero del siguiente año, seis religiosas fundadoras cuyos nombres se expresan á continuación:

María de Santa Clara—abadesa,
Beatriz de San Juan—vicaria,
Catalina de San Gerónimo—maestra de novicias,
Ana de Jesús,
Ana de San Francisco, y
Ana de San Bernardo.

Con la entrada de algunas jóvenes al nuevo monasterio para vestir el hábito, aumentó el número de las religiosas, hasta el grado de que en poco tiempo se contaban ya en él cincuenta y dos. Doña Catarina de Peralta les dejó capitales para que con las rentas atendiesen á su manutención, reservando para sí y sus sucesores el patronato, con el privilegio perpétuo de nombrar dos capellanas de entre sus parientas más cercanas; pero habiendo muerto pocos años después sin sucesión, pasó el patronato á la provincia del Santo Evangelio, según lo dejó ordenado en su testamento.

A los religiosos de la misma provincia quedaron desde entonces sujetas estas monjas, y el hábito que usan es igual al de las de Santa Clara, así como la regla que siguen. Erigióse el convento bajo la advocación de Santa Isabel, Reina de Hungría.

En él se hospedó, según Vetancurt, la V. M. Gerónima de la Asunción, que vino de Toledo, con la V. M. Juana de San Antonio, para ir á fundar en Manila el convento de religiosas de la primitiva regla de Santa Clara: emigraron con ellas y para el mismo objeto, las MM. Leonor de San Buenaventura y María de los Angeles, una y otra del convento de que tratamos.

II.

Las dos Iglesias.

La primera iglesia de nuestro convento se formó de dos salas bajas y de las altas que les correspondían. Pero un edificio de tal estructura no podía subsistir mucho tiempo sin amenazar ruina, y en breve fué menester llenarles de puntales para estorbar que las paredes, ya hendidas por varias partes, viniesen á tierra.

En tal extremo deparó Dios á las monjas dos bienhechores, en los capitanes

Don Diego del Castillo y Don Andrés de Carbajal y Tapia, quienes levantaron á su costa la hermosa iglesia de bóvedas que duró hasta nuestros días. Ignoramos el costo total de la fábrica; pero sí sabemos que Carbajal aprontó treinta mil pesos para comienzo, y que para la conclusión, dejó después, en testamento, cincuenta mil. Castillo desembolsó, probablemente, iguales sumas.

Hecho el diseño y abiertos los cimientos respectivos, el señor arzobispo Don Fr. Payo Enríquez de Rivera, vestido de pontifical y asistido del deán y del comisario general de San Francisco, en 6 de Agosto de 1676, puso la primera piedra, para que sobre ella se levantara la fábrica, la cual se concluyó en poco menos de cinco años.

Edificáronse, además, dos capillas, en lo interior del monasterio: una llamada de Belén, y la otra que cae á un jardín, dedicada á Nuestra Señora de Guadalupe.

Bendijo la iglesia el señor obispo de Troya, Don Fr. Juan Durán, mercedario, que pasó después á China: á ese acto asistieron cuatro capellanes de coro, el maestro de ceremonias y cincuenta religiosos franciscanos, teniendo verificativo en la tarde del jueves 24 de Julio de 1681.

El sábado 26, día de Santa Ana, se abrió la iglesia á los fieles y empezó la

fiesta de la dedicación, que duró siete días más, con la misma solemnidad que en el primero.

El cronista antes citado nos da una idea de la parte interior del templo en el siguiente pasaje: "El adorno de colaterales es precioso. Al lado del Evangelio uno del glorioso San José, con sus retablos de pincel de sus misterios, hermosa talla en que se excedió el artífice: al lado de la epístola, uno aunque más pequeño, por lo curioso grande, de Santa Rosa de Lima, hechizo de las Indias; adelante uno de San Lorenzo, que á sus expensas y á todo costo dedicó el señor Don Gonzalo Suárez de San Martín, presidente de la real audiencia, y comisario de la Santa Cruzada, cuyo cuerpo descansa debajo del altar: otro de San Antonio, con pinceles de sus milagros, que se lleva los ojos: junto al coro uno de una Santa Verónica, admirable hechura, todo de láminas ricas y relicarios grabado, que á expensas de los obreros se dedicó; otro enfrente de la cofradía de la Santa Cruz, y Destierro de la Virgen, que subiendo á los arcos de las bóvedas, se ha levantado con la grandeza de su arquitectura y composición corintia, con la atención de los curiosos."

La anterior descripción se contrae al adorno del templo, tal como era al prin-

cipio, y como fué muchos años después. Ultimamente era muy diverso, y presentaba el mismo carácter que el de todas las iglesias, cuyo interior se ha transformado, según el gusto dominante en México, malo en lo general.

Como esta iglesia, á lo que parece, está destinada á venir abajo dentro de muy poco tiempo, bueno será que no se eche en olvido su situación y tamaños. La única nave de que se compone, corre de Norte á Sur; á este rumbo se halla el altar mayor, y al opuesto, el coro de las religiosas: tiene cuarenta y tantos metros de largo, sin comprender el coro, que tiene unos catorce. Su latitud es de doce á catorce metros.

Aunque la torre ha desaparecido bajo la mano de fierro de la demolición, todavía conserva el templo, en gran parte, su forma exterior primitiva, y se sostiene firme contra los rigores de su mala estrella, como un guerrero, que mutilado en el campo de batalla, persiste en combatir con ánimo imperturbable

En cuanto al convento, basta saber que está convertido en varias casas de particulares, amplias y cómodas, como debe suponerse, y de una fisonomía agradable y enteramente mundana, en especial las que dan á la Alameda.

III.

Flores exquisitas.

Costumbre muy antigua fué en los místicos, llamar á los conventos de monjas, floridos vergeles, huertos cerrados y jardines celestiales donde se deleita el Esposo: expresiones tomadas ó imitadas del Cantar de los Cantares, y aplicadas con más ó menos acierto y oportunidad. No se extrañe, pues, que apadrinando por un momento semejante estilo, y consecuentes con él, llamemos nosotros flores exquisitas á las religiosas de Santa Isabel, que descollaron por la perfecta observancia de la regla, y aun por cierto linaje de virtudes propias del claustro, referidas y celebradas en las crónicas.

En este caso están las madres Josefa de San Andrés, María de San Antonio, Micaela de San Gerónimo y otras muchas de quienes da algunas noticias Vetancurt. Las dos primeras fueron hijas de uno de los bienhechores del convento, Don Andrés de Carbajal y Tapia. Vivieron ambas en suma pobreza, por ajustarse más á su divino modelo, Jesucristo, y ajenas al espíritu de vanidad que pudieran haber engendrado en ellas las cuantiosas riquezas de su padre. De María de San Antonio se refiere, que estando apestado el convento, pidió á Dios que si la plaga era

castigo, en ella lo ejecutara, privándola de la vida, con tal de que se doliese de sus hermanas afligidas. Fuéle concedido lo que pedía, y dijo á las religiosas que muriendo, cesaría la peste, como se verificó.

En cuanto á la madre Micaela de San Gerónimo, se sabe que era cercana parienta de San Pedro Alcántara, y excelente religiosa, pues no parece sino que con la sangre había heredado del Santo lo perfecto, según se expresa el autor del Menologio. Se sabe, además, que perdió la vista, y que á pesar de eso, nunca faltó del coro, porque en él le concedía Dios el ver el rezo, para su consuelo, sin percibir otra cosa. Murió de más de noventa años, en el de 1678, á 28 de Marzo, habiendo sido de las primeras que profesaron después de la fundación del convento.

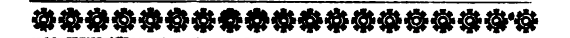
Viniendo ahora á las religiosas que en nuestros tiempos han florecido en Santa Isabel, sólo diremos que es probable haya habido entre ellas algunas semejantes á las de que hemos hablado, y á las cuales sólo hace falta un biógrafo. Con respecto á la comunidad actual, tuvo la mala suerte de habitar un edificio situado en una de las mejores calles, y, por lo mismo, haciendo, como otras, su viaje, de orden suprema, se encuentra hoy en el convento de San Juan de la Penitencia.

INDICE DEL TOMO II.

SAN FRANCISCO

(Continúa.)

LA CONCEPCION



SANTA ISABEL

I.

Las fundadoras.

Poco antes hemos visto que la señora Doña Catarina de Peralta, fundó el convento de Santa Isabel, en las casas que le pertenecían, y están ubicadas en una parte del sitio que se llamó Tiánguis de Juan Velázquez. Fué al principio su intención, que le habitaran vírgenes descalzas de la primera regla de Santa Clara; mas considerando la poca salubridad de aquellos lugares, y la falta de limosnas con que las monjas pudieran mantenerse, resolvió después que el monasterio fuera de urbanistas, y así se fundó, con bula de Clemente VIII, datada á 31 de Marzo de 1600.

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

Tomos publicados

Obras de García Icazbalceta.—Tomos I y II, Opúsculos varios.—III y IV Biografías.—V Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga.—VI, VII y VIII Opúsculos varios.—IX Biografías.—X. Opúsculos varios.

Obras de Peón Contreras.—Tomos I y II. Teatro. III Romances.

Obras de Villaseñor y Villaseñor.—Tomos I y II. Estudios Históricos.

Obras literarias de D. Victoriano Agüeros.—Tomo I.

Obras de D. José López Portillo y Rojas.—Tomo I.—*La Parcela*, novela inédita.—Tomo II y III *Novelas Cortas*.

Obras de Couto.—Tomo I Opúsculos varios.

Obras de D. J. Fern° Ramírez.—Tomo I. Opúsculos históricos.—Tomo II *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin*, inéditas.— Tomo III. *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* conclusión y Opúsculos históricos.

Tomos IV y V Memorias para servir á la Historia del Segundo Imperio Mexicano. Primera y segunda parte.

Obras literarias de D. José de Jesús Cuevas.— Tomo I.

Obras de D. Ignacio Manuel Altamirano.— Tomo I.

Obras de D. Manuel E. de Gorostiza.—Teatro completo.— Cuatro tomos.

Obras de D. Lucas Alamán—Tomos I, II, III y IV.—Disertaciones sobre la Historia de México.

Obras literarias de D. Joaquín Baranda.—Un tomo.

Obras de D. Rafael Angel de la Peña.—Un tomo.

Obras literarias del Sr. Lic. D. Silvestre Moreno.—Un tomo.

Novelas Cortas de Autores Mexicanos del primer tercio del Siglo XIX [Rodríguez, Galván, Pesado, Pacheco Navarro, etc.] Dos tomos.

Obras de D. Manuel Payno. Tomo 1°. Novelas cortas.

Obras del Lic. D. Primo Feliciano Velázquez—*Opúsculos Históricos*.—Un tomo.

Obras de Roa Bárcena.—Tomo I. Cuentos.—Tomos II y III. Recuerdos de la Invasión Norte-americana, 1846-1848.—Tomo IV.—Biografías.

Obras de D. Fernando Calderón.—Poesías y Teatro.

Obras de D. Rafael Delgado. Tomo I. Cuentos.—II "Los Parientes Ricos." Novela.

Obras de Juan Díaz Covarrubias.—Novelas.

Obras de Florencio M. del Castillo.—Novelas.

Obras de Don Bernardo Ponce y Font.—Un tomo.

Obras de Fr. Manuel Navarrete.—Un tomo.

Obras del Lic. D. Alfredo Chavero. Tomo I.

Obras del Dr. D. Justo Sierra.- Tomos I y II.

Obras de Ignacio Pérez Salazar.—Un tomo.

Obras del Lic. Rafael Ceniceros y Villarreal.—Novelas.

Obras de D. Manuel Ramírez Aparicio.—Tomos I y II. Los Conventos suprimidos en México.

Perfiles de artistas, por el Lic. D. Manuel G. Revilla

Precio de cada tomo:

$1 50 en toda la República y $2 en el extranjero.

En Prensa:

La Hija del Judío, por el Dr. D. Justo Sierra, y Cuentos y Narraciones, por el Sr. D. Alfonso M. Maldonado.

☞ Todos los tomos serán enteramente iguales al presente. De venta en la Administración y Librería de EL TIEMPO: Primera calle de Mesones 18, y en las demás librerías de la capital.- En los Estados, en las casas de los Agentes y corresponsales de EL TIEMPO